



## PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

AÑO XLIV.

MADRID, 30 DE SETIEMBRE DE 1885.

NÚM. 36.

### SUMARIO.

1. Traje de paseo. — 2. Traje de calle. — 3 y 4. Acerico para horquillas. — 5. Fichú. — 6. Cuello-fichú. — 7. Cenefa para muebles. — 8. *Matinée* de raso color de núa. — 9. Falda y confeccion de otoño. — 10. Enagua para vestir. — 11. Traje de luto para señoritas. — 12. Traje de visita. — 13 y 14. *Matinée* y bata. — 15. Traje de paseo. — 16. Traje de mañana. — 17. Traje para niñas de 6 á 8 años. — 18. Capota de entretiempo. — 19. Capota de cañamazo color de musgo. — 20. Traje de entretiempo. — 21. Traje de luto rigoroso. — 22. Traje de luisina y terciopelo. — 23. Vestido y confeccion de otoño. — 24. Traje para niñas de 11 á 12 años.

Explicacion de los grabados. — Cartas á una madre (continuacion), por D.<sup>a</sup> Maria del Pilar Simés. — Al Cielo, poesia, por D. José Antonio Paniceira. — Prácticas sociales (continuacion), por *Mario Halka*. — Correspondencia parisiense, por X. X. — Explicacion del figurin iluminado. — Correspondencia particular, por D.<sup>a</sup> Adela P. — Explicacion del pliego de dibujo para bordados. — Sueltos. — Anuncios.

### Traje de paseo. — Núm. 1.

Vestido de sarga color de núa y guipur gruesa mordorada. Fondo de falda, sobre el cual va montado un volante hecho de guipur. Sobrefalda absolutamente recta, de sarga, recogida á la derecha sobre el volante. En la izquierda, muy atras, esta falda va fijada bajo una escala de rosáceas de cinta de terciopelo color núa. Corpiño de sarga, abierto por delante y en la espalda, sobre un canesú de raso color de núa, bordado de cuentas mordoradas y de seda al relieve. Un cordon de cuentas ribetea la abertura. La aldeta va recortada en punta por delante y por detras, y descansa sobre un volante de guipur, fijado sobre la cadera derecha, y por delante, con rosáceas de cinta de terciopelo. Manga ancha y fruncida, de guipur, sujeta en el brazo con un puño de cuentas mordoradas. Collar de las mismas cuentas. Se necesitan para este vestido 4 metros 40 centímetros de tafetan, de 55 centímetros de ancho; 5 metros de sarga, de un metro 20 centímetros de ancho, y 2 metros de raso núa para el forro de las mangas y el canesú, que forma chaleco.

### Traje de calle. — Núm. 2.

Este traje es de una tela de lana gruesa trenzada, azul marino, y una lanilla flexible, color beige. El fondo de falda sostiene una falda de tela azul marino, la cual va ribeteada de un entredos con dibujos de cachemira. La túnica, que es de lana beige, se compone de una especie de banda con pliegues agrupados por delante y recogida por detras. Corpiño con aldeta, recortada en punta por delante, y hojas cuadradas por detras, adornadas de entredoses.



1.—Traje de paseo.

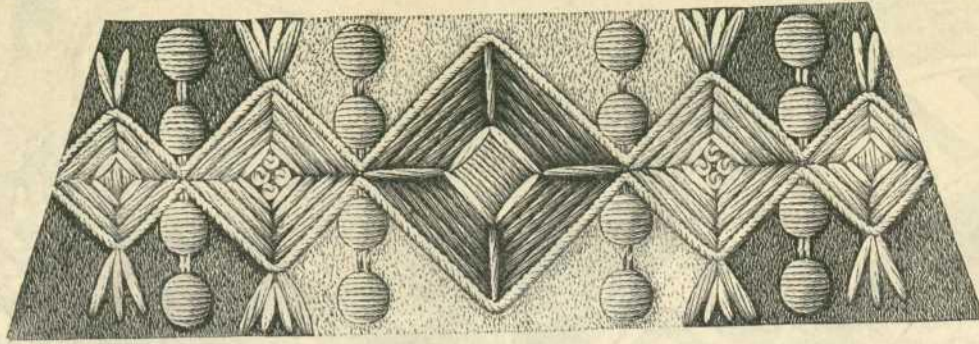
2.—Traje de calle.



Los delanteros y la espalda se abren sobre una camisa fruncida de *surah beige*, sujeta en el escote con un cuello hecho de un entredós. Tela necesaria: 4 metros 20 centímetros de tafetan, de 55 centímetros; 4 metros 20 centímetros de tejido trenzado, de un metro de ancho, y 5 metros 40 centímetros de lana *beige*, de un metro 20 centímetros de ancho.

**Acerico para horquillas**  
Núms. 3 y 4.

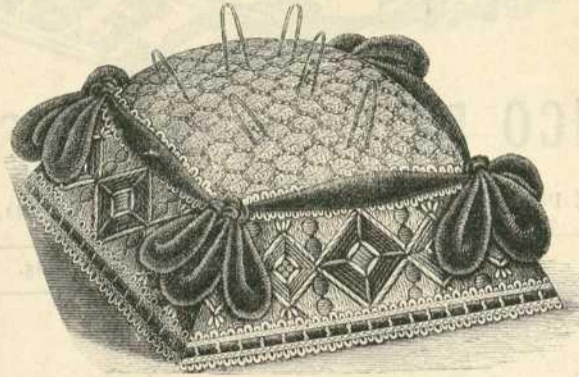
Este acerico se compone de una caja de carton llena de crin, cubierta de fieltro y adornada de un bordado, galones de pasamanería estrecha y felpilla. Para ejecutar esta caja se corta, para el fondo, un pedazo de 13 centímetros en cuadro, y para los costados, cuatro pedazos del largo necesario y de 5 centímetros de alto, sesgados en su borde inferior hacia el superior. Se pegan estos pedazos entre sí y se cubre el fondo, en la parte inferior, con papel moaré blanco. Se ejecuta el bordado con arreglo á las indicaciones del dibujo 4, que representa una parte del bordado, de tamaño natural, sobre ti-



4.—Bordado del acerico para horquillas.  
(Véase el dibujo 3.)



5.—Fichú.



3.—Acerico para horquillas.  
(Véase el dibujo 4.)

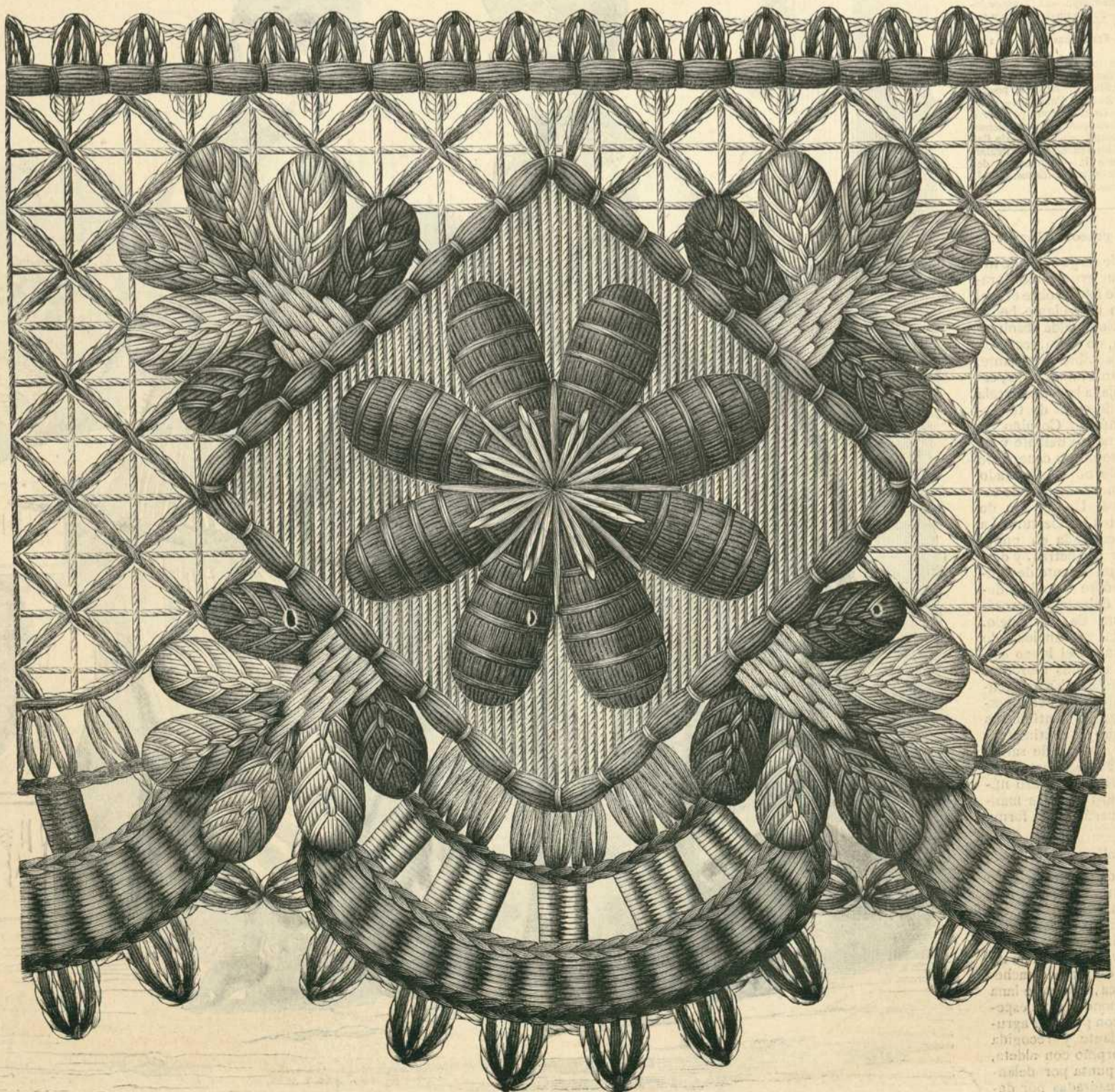


6.—Cuello-fichú.

ras reunidas de fieltro marron y color masilla. Para el centro de cada tira se emplea fieltro color masilla, y para los lados, fieltro marron. Se hace el bordado con lana encarnada marron, de varios matices, y seda azul, verde, color de aceituna y marron, al pasado, punto anudado y punto ruso. Se rodean los dibujos, formando cuadros, con trencilla rizada, que irá fijada en las esquinas con puntos trasversales, hechos con seda amarilla. Despues de haber rellenado la caja de crin, se la cubre de curvas de mallas, al aire, *flojas*, hechas con lana color masilla, y de un pedazo que descansa sobre el primero, ejecutado del mismo modo con lana marron sombreada. Se pegan estos pedazos al borde superior de la caja, y se cose el bordado, cuyo principio se cubre con un galon de felpilla encarnada marron, seda y trencilla rizada, de un centimetro de ancho. Se dispone el adorno de felpilla sobre el acerico.

**Fichú.—Núm. 5.**

Para hacer este fichú, que se lleva sobre un corpiño abierto en forma de corazon, se dobla un pedazo de crespón de la China, color



7.—Cenefa para muebles.





8.—Matinée de raso color de nütria.

crema, de 56 centímetros, en cuadro, formando un triángulo. Se redondean los picos del medio, que caen uno sobre el otro, y se guarnece el borde exterior, reuniendo los bordes de la tela con un encaje de seda, color crema, de 6 1/2 centímetros de ancho. Un encaje igual va fijado á 5 centímetros de distancia del primero.

**Cuello-fichú. — Núm. 6.**

Se corta un pedazo de gasa de seda, color crema, doble y



9.—Falda y confeccion de otoño.



10.—Enagua para vestir.

versales de lana igual. Las curvas y las barretas van bordadas con lana marron y encarnada, de varios matices. Se les rodea de puntos de cadeneta con seda color de aceituna. Los festones de las curvas y el borde superior van adornados con lana color masilla y seda azul, al punto ruso. El fondo, calado, va bordado en forma de cruz con lana marron y cordoncillo de oro.

**Matinée de raso color de nütria. — Núm. 8.**

Los delanteros van separados sobre un chaleco ancho de raso, color de nütria, bordado de seda color de salmon. Un bordado ancho forma volante y va sujeto con una cinta anudada á la derecha. Un bordado ribetea la abertura



11.—Traje de luto para señoras.

al sesgo, cuyo pedazo tendrá 19 centímetros de largo por 4 1/2 de ancho, y se le guarnece á cada lado con un pedazo de gasa igual, puesta doble, de 17 centímetros de ancho y 15 de largo. Un encaje plegado, de 10 centímetros, adornado con unas presillitas de cuentas de oro y cuentas blancas, va cosido por el interior de la tira del cuello y en los pliegues del pedazo de gasa. Se fija un encaje igual en el borde inferior de la gasa, y otro bajo los festones del primero. Para cerrar este fichú se emplea una cordonadura de seda, con cascabeles y bellotas.

**Cenefa para muebles. Núm. 7.**

Esta cenefa va hecha con un encaje, color masilla claro, de 20 centímetros de ancho. Los arabescos van bordados con lanas de diferentes colores, con seda y cordoncillo de oro, al pasado, punto de cadeneta, punto de zurcido, punto de espina y punto ruso. Los dibujos en forma de estrella, puestos sobre el bordado, y los dibujos en forma de hojas, se hacen, parte con lana encarnada y marrón, y parte con lana azul y color de rosa de varios matices, al pasado. Las estrellas van bordadas con puntos trasversales, hechos con seda del mismo color. El centro va bordado al punto ruso con seda color de aceituna. Las hojas van bordadas al punto de espina. El fondo de los cuadros va lleno de hileras de cordoncillo de oro; se le rodea con varias hebras de lana, color de aceituna, fijadas con puntos tras-



12.—Traje de visita.



Traje de luto para señoritas.—Núm. 11.

Falda de moer negro, enteramente plegada, con una sola quilla de crespón inglés. Túnica corta de crespón, anudada por detrás en la cintura como un cinturón. Los faldores de esta túnica van forrados. A una altura de 20 centímetros, de tela igual al traje. El chaleco, que es de la misma tela, forma un cinturón suizo. La parte superior figura un camisolín de crespón. La chaqueta es de moer, y va ribeteada de un galon estrecho de lana. El delantero termina en punta y la espalda forma postillon.

Traje de visita.—Núm. 12.

Fondo de falda de tafetan, color de hoja seca, guarnecida de un volante de encaje de lana, que rodea la falda. Otros dos volantes del mismo ancho cubren la falda hasta la cintura. Estos volantes, puestos en forma de quilla, tienen 40 centímetros de ancho cada uno. El vestido de encima, que es de cachemir de la India, color de hoja seca, va dispuesto como indica el dibujo. Las personas que lo prefieren pueden separar el corpiño de la falda y reunirlos bajo el cinturón. Todos los adornos de este traje, la tira que rodea el vestido, el cinturón, el cuello y la punta del delantero del corpiño, son de terciopelo color de núa. Chorrera de encaje.—Sombrero cubierto de encaje y adornado con terciopelo y plumas.

Matinée y bata.—Núms. 13 y 14.

Núm. 13. *Matinée*. Es de sarga de lana color de seta. Falda de la misma tela. La parte inferior va adornada con tres pliegues, ribeteados cada uno con una hilera de bolas de seda del color de la sarga. La *matinée* se abre sobre un chaleco bullonado de *surah* color de seta. La aldeteta de detrás va abierta sobre unos pliegues añadidos. Todo el contorno de la *matinée* va rodeado de bolas; cuello vuelto y manga larga. Una tira forma cinturón y se anuda por delante.

Núm. 14. *Bata*. Es de felpa rayada, color de núa, y vigóna gruesa, color beige. La espalda es muy ajustada. El delantero derecho cruza sobre el izquierdo, y va adornado con una solapa de felpa fijada en la cadera con una rosácea de cinta de terciopelo color de núa. De la abertura de este corpiño sale un camisolín de *surah* glaseado, color de núa y beige. Manga larga. Collar de terciopelo, cerrado con un lazo, que sujeta un rizado de *surah* glaseado.

Traje de paseo.—Núm. 15.

Vestido de sarga de lana color de bronce y felpa del mismo color. Sobre un fondo de falda va una falda de sarga, sin vuelo por delante, pero plegada por detrás



17.—Traje para niñas de 6 á 7 años.

en pliegues redondos. Túnica plegada en la izquierda, siguiendo los pliegues de la falda, recogida en el lado derecho. Un bias ancho de felpa adorna el borde inferior. La túnica de detrás consiste en un paño ancho, replegado en la forma que indica el dibujo y guarnecido de felpa. Corpiño con aldeteta casi redonda. Chaleco de felpa abrochado en línea recta. Esclavina abierta en los lados, con capucha puntiaguda. Cuello y manga semilarga, abierta en la costura del codo y adornada con dos carteras.

Traje de mañana.—Núm. 16.

Este traje es de cheviota gruesa, color masilla. Sobre el fondo, que es de alpaca, va montada una falda recta de vigóna, plegada sencillamente. La falda se abre por delante sobre un delantero de terciopelo granate, y un entrepaño del mismo terciopelo en la derecha. Corpiño con aldeteta almenada, cuyas puntas descansan sobre un bias de terciopelo. Los delanteros, abiertos en cuadro, van cruzados: el derecho abrochado sobre el izquierdo. De la abertura sale una especie de peto de terciopelo granate, bordado y recortado sobre un transparente de seda granate. Cuello recto y alto, cerrado en la izquierda. Manga semilarga, abierta en punta de almena sobre un borde de terciopelo. Lazo de cinta en el codo.—Capota plegada, de terciopelo granate.

Traje para niñas de 6 á 8 años.—Núm. 17.

Este traje es de felpa color de bronce, bordada de seda color de rosa. Falda corta, ribeteada de un rizado de raso color de bronce y de un bordado de seda. La falda va montada en el borde inferior de un corpiño largo y ajustado por detrás. El delantero derecho se abrocha sobre el izquierdo, bajo una banda de raso color de bronce, anudada á la izquierda y sujeta con un broche de pasamanería. Cinturón ó faja plegada. Cuello bordado. Manga larga, guarnecida de una cartera bordada.

Capota de entretiempo.—Núm. 18.

Es de otomano color de plomo y cuentas del mismo color. El ala va formada por encaje gris bordado de cuentas. El fondo es de otomano plegado y adornado del mismo modo. Por delante se pone un bullonado de otomano color de rosa y dos pájaros de colores. Brides de cinta de otomano color de rosa.

Capota de cañamazo color de musgo.—Núm. 19.

Todo el fondo es de cañamazo plegado, color de musgo. Dos encajes del mismo color van dispuestos en conchas para formar el ala, que es puntiaguda. Unas cuantas rosas musgosas van puestas en el hueco del ala, y un ramo grande de las



15.—Traje de paseo.

16.—Traje de mañana.



13.—Matinée

14.—Bata.

de los delanteros. Cuello recto cubierto de un bordado. Lazo en el delantero. Manga semilarga, adornada con un volante bordado y una cinta color de núa.

Falda y confeccion de otoño.—Núm. 9.

La falda, de bengalina negra, va guarnecida de faya plegada. La túnica, también de bengalina, va abierta por delante y sujeta á cada lado con dos ó tres puntas sobre la falda de debajo. La confeccion es de tejido cachemira listado de terciopelo marron rojo, cuyas listas van salpicadas de cuentas color marron. Las solapas y las carteras de las mangas son de terciopelo marron rojo. Este abrigo va forrado de seda encarnada.

Enagua para vestir.—Núm. 10.

Esta enagua, que es de percal, va adornada en su borde inferior con un volante ancho, bordado, y entredos y tira bordada por encima. Por detrás van tres volantes, bordados con entredoses por encima.



18.—Capota de entretiempo.



20.—Traje de entretiempo.



22.—Traje de luisina y terciopelo.



21.—Traje de luto rigoroso.

mismas rosas adorna la parte superior. Un lazo de cinta de terciopelo color de musgo completa los adornos.

Traje de entretiempo.—Núm. 20.

Este traje se compone de un fondo de tafetan, sobre el cual cae una falda plegada de borreta lisa verde oscuro, y de una túnica de borreta del mismo color con lunarcitos de felpilla, que viene á ser una sobrefalda plegada y recogida en el lado derecho. Corpiño de borreta lisa, con aldeteta añadida. Los delanteros se cierran en medio con corchetes inglesas, y va adornado con dos hileras de botones. Capucha de la misma tela, plegada y forrada de *surah* tornasolado, encarnado y verde. Cuello recto, cerrado con un lazo flotante. Manga larga, sin adornos, abrochada en el codo con dos hileras de botones.—Sombrero redondo de fieltro verde, forrado de terciopelo del mismo color y adornado con un lazo de cinta de terciopelo verde y encarnado.

Traje de luto riguroso.—Núm. 21.

Vestido de lanilla ensortijada y crespón inglés. Sobre un fondo de falda va montada una especie de falda plegada á la derecha, en forma de entrepaño, el cual va rodeado



19.—Capota de cañamazo color de musgo.

23.—Vestido y confeccion de otoño.



de dos solapas anchas, de crespon inglés. El delantal va plegado y recogido en el lado izquierdo, hacia atrás, bajo una túnica formada de un paño ancho, plegado y vuelto para formar una coca á la derecha. Corpiño con aldetas en punta moderada por delante, y formando por detras dos presillas que descansan sobre dos tiras cuadradas de crespon inglés. Los delanteros, guarnecidos de una cartera de crespon, se abren sobre un chaleco fruncido de crespon liso. Cuello de crespon inglés y manga semilarga, adornada con una cartera de lo mismo. Capota plegada y adornada con cocas de crespon inglés. Velo largo de crespon, echado hacia atrás.

#### Traje de luisina y terciopelo.—Núm. 22.

Este traje es de luisina color habano y terciopelo, género cachemira. Falda redonda, adornada con tiras de faya color habano. Túnica larga, recogida por un solo lado con una cordonadura de seda. Corpiño con chaleco plegado. El delantero derecho cruza sobre el izquierdo, y se abrocha con una bola artística. Chaqueta de terciopelo color habano, formando solapas á todo lo largo, cuyas solapas van guarnecidas de botones artísticos. Dobles solapas puntiagudas de faya.—Sombrero del mismo color del vestido, adornado con un ramo de rosas encarnadas.

#### Vestido y confeccion de otoño.—Núm. 23.

Falda de pekin color de coral y negro. Doble delantal de crespon de la China, color de coral, y *pouf* de pekin. Corpiño de pekin con banda plegada de crespon. Confeccion de otomano atoreciplado, color de corteza de encina. La espalda va cortada de una sola pieza. Las mangas son las de una visita ordinaria. Los delanteros se cortan 30 centímetros más largos, y esta tela excedente va dispuesta, como indica el dibujo, bajo un magnífico adorno de pasamanería y de cuentas. Los demas adornos se componen de encaje y golpes de pasamanería. Este precioso abrigo, que es muy fácil de confeccionar, puede hacerse de felpa, terciopelo ó cualquier tela análoga.

#### Traje para niñas de 11 á 12 años.—Núm. 24.

Vestido de lanilla gris y terciopelo del mismo color. Falda corta, plegada con pliegues anchos y redondos. El borde inferior va bordado con seda al relieve. Chaqueta de felpa, abierta por delante de una manera original, sobre una banda de cañamazo gris claro, que se anuda en el lado izquierdo. Un broche artístico sirve para cerrar la chaqueta. Cuello alto de felpa y manga larga con bordado en su borde inferior.

## CARTAS Á UNA MADRE.

SEGUNDA.

**N**o es difícil, mi amada Luisa, el inculcar á las niñas ideas sólidas de piedad cristiana; no es necesario darles en espectáculo las prácticas continuas de una beatería ilógica é irrazonada; debe decirseles que si por cumplir un deber no se puede ir á misa, Dios no se enoja, porque es tan bueno que tiene en cuenta las razones que nos han impedido cumplir el precepto. Amar al prójimo como á nosotros mismos, socorrer la miseria donde quiera que se halle, consolar la desgracia; éstos son los medios mejores de amar y servir á Dios, sin que por eso olvidemos la oracion, que es como el alimento del alma: una vez inculcadas estas ideas ya no varían en la mujer y le inspiran una paciencia y una conformidad que es su egida en todas las pruebas de la existencia.

« Si quereis moralizar la sociedad, formad las mujeres », dice Mme. Campman en sus cartas á Napoleón I.

« Si quereis hacer buena á la mujer y adornarla de virtudes, grabad en su alma las dulces verdades y los santos preceptos de la religion », dice Mme. de Génlis en su tomo de *Conversaciones*, dedicado á su educanda la joven princesa Luisa Adelaida de Orleans, y en estas frases explica claramente la Condesa de Génlis el sentido de las del gran Emperador: para formar á la mujer es necesario hacerla religiosa ante todo.

La ilustre aya de la Princesa de Orleans demostró cuán grande es la influencia de la religion en el alma tierna y apasionada de la mujer, en la educacion que dió á aquella niña, vástago Real de un tronco herido; la joven princesa, que habia aprendido con preferencia á todo á respetar la voluntad de Dios, soportó con heroica paciencia todas las penas del destierro y todas las miserias de una existencia errante y perseguida. En la ciudad de Brengartem y su convento de Santa Clara, donde habia sido acogida por los buenos oficios del general Montesquieu, se vió próxima á morir lejos de su familia y amigos, agobiada por los pesares de muchos meses de expatriacion, durante las luchas políticas del año 1792.

Cuando empezaron sus desgracias todavia no contaba Luisa Adelaida catorce años, y ya habia cumplido treinta y siete cuando pudo cobijar su fatigada cabeza bajo el regio techo de sus padres: siempre amante de su familia, siempre llena de abnegacion, fué la compañera de destierro de su hermano mayor el Duque de Chartres, y cuando éste fué coronado con el nombre de Luis Felipe, su hermana siguió siendo su consuelo y su refugio moral.

Tan continuadas penas, aunque soportadas con heroica resignacion, dejaron en el alma de la Princesa una melancolia incurable, y sólo fué alegre su sonrisa cuando vió entreabrirse la gloria, donde la esperaba para ceñirle la inmortal corona aquel Padre celestial á quien ella habia amado y respetado tanto.

Muy raros son en nuestros dias esos modelos de virtud y de resignacion; si existen, se ocultan á las miradas de la multitud, temerosos de que ésta los hiera con sus sarcas-

mos; y sin embargo, sólo amparados del sagrado estandarte de la religion podremos lograr una vida tranquila y una sociedad bien organizada.

La muerte es un gran bien, comparada con una vida sin ideales, sin esperanza y sin objeto; la oscuridad de la conciencia, el vacío del corazón, convierten en un cadáver al ser humano, y le dejan sin consuelo y sin defensa en medio de la ruda batalla de la vida.

Una mujer de gran talento habia sentido enfriarse su fe religiosa por los crueles golpes que habian amargado su vida: engañada en sus más caros afectos, sin fe en el presente ni esperanzas en el porvenir, procuró convencerse de que Dios deja que las cosas de la tierra se arreglen ó desarreglen como puedan, y sin intervencion ninguna de su parte. Pero la indiferencia en que se envolvió, lejos de ser un escudo para ella, fué como la losa de hielo de que nos habla el Dante; un dolor sordo y profundo la devoraba, y en el sitio de su corazón le parecia que tenía un hueco que sólo llenaba el frío de la muerte; la oracion huía de sus labios, y si éstos querian formularla, su alma, que no tomaba parte alguna, permanecía helada y muda; en sus largas horas de soledad acusaba al cielo de que todos los amores de su vida se hubieran convertido en hiel y en humo, y enojada con el supremo regulador de los destinos humanos, le hacia responsable de todas las injusticias que sufría.

Hallábase un dia de visita en casa de una de sus amigas cuando entró otra señora anciana, en cuyo semblante resplandecía una dicha tranquila, y sobre todo una paz profunda, y como la desgraciada de que me ocupo hacia pocos instantes que se hallaba sentada, la señora de la casa, que apenas la habia saludado, la preguntó afectuosamente:

—¿Y tú, cómo estás?

—De salud, bien; de lo demas.... no puedo estar peor.

—¿Duermes?

—Cada dia ménos.

—¿Qué es lo que padece esta señora?—preguntó la anciana con interes.

—¡Ay, mi querida tia!—respondió la señora de la casa—padece una enfermedad terrible que se llama *cansancio de la vida*.

—No; lo que esta señora padece—repuso la anciana con una benévola sonrisa—tiene otro nombre: se llama «enfriamiento del alma»; mal terrible y que podemos cortar cuando aparece.

—¿De qué modo?

—Despidiendo con valor las ilusiones de la juventud y buscando á Dios, sumo bien, consolador supremo de las más amargas decepciones. Conozco á muchas mujeres heridas de esta dolencia: sus ilusiones las van dejando, porque cuando nosotras no las dejamos á tiempo son ellas las que nos abandonan: refugiémonos en Dios y en la caridad; en tanto que haya desgraciados en el mundo tenemos el deber de socorrerlos y de consolarlos.

—Cuando pienso en mis males no puedo compadecer los ajenos—repuso bruscamente la descreída.

Y levantándose airada, salió de la habitacion casi sin saludarnos.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

## AL CIELO.

Esperando no sé qué....  
¡Siempre en los labios un nombre!....  
La historia de siempre.... un hombre  
Que la amó, y despues se fué.  
¡Y es tan hermosa!.... No sé,  
Ni yo puedo adivinar  
Que haya quien llegue á olvidar  
Á una niña como aquella,  
Cuya bondad es estrella  
Que su alma hace brillar.

Un año que en la arboleda  
No se agita en el ambiente  
Un nombre que dulcemente  
Traia la brisa leda.  
La niña murió; no queda  
De su paso por el suelo  
Ni una huella, y es que el vuelo  
Tendió cuando vió que amar  
Es en la tierra llorar....  
Y para amar se fué al cielo.

JOSÉ ANTONIO PANICEIRA.

Barcelona.

## PRÁCTICAS SOCIALES,

POR

MARIO HALKA.

(Continuacion.)



AS jóvenes que escriben á señoras de edad habrán de demostrar afecto al par que respeto; de modo que si empiezan diciendo «Muy señora mía», añadirán: «y excelente amiga» ó «querida amiga», suponiendo que lo sea.

De todas maneras, no siendo el que escribe inferior en posición social á aquel á quien se dirige, es preferible que comience la carta de un modo más bien afectuoso que reservado; pues si no hubiera motivo para tanta cordialidad, hay tiempo en el curso de la carta de redactarla más ceremoniosamente, cuando el que escribe ocupa un alto lugar en el mundo de la aristocracia ó del talento; el que se muestre cariñoso en el principio de su misiva halaga al que la recibe, en tanto que si una persona insignificante, y teniendo una amistad superficial, usa del mismo lenguaje con un supe-

rior, parecerá atrevido, ó por lo ménos inoportuno. La ocasion de usar de ciertas delicadezas es cuestion de tacto y no puede marcarse de un modo positivo.

A las religiosas no se les pondrá nunca en los sobres señorita, por más que no hayan formulado sus votos: antes de tomar el velo serán «Señoras»; despues, «Hermanas», y ya profesoras, «Madres». Al escribir á una Superiora se pondrá en el sobre «Reverenda Madre Superiora». En ciertas comunidades guardan otras denominaciones; pero así dirigidas las cartas, no se faltará á ninguna consideracion ni conveniencia.

Para escribir á un criado bastaría empezar la carta poniendo su nombre solo; pero generalmente, siendo anti-guo en la casa, se antepone «Apreciable», sin decir «Mi apreciable», y se termina con «Su afectisimo».

Para concluir, las que cambian las personas de confianza no hay fórmula establecida, por ser, como ya hemos dicho, innumerables las frases que pueden usarse.

A las personas Reales, cuando se les escribe por estar autorizado para ello, se les debe respeto, tengan la edad que se quiera, hayan dado la confianza que les parezca.

Á las personas de edad, á no ser que ellas mismas tomen ya un género de vida que indique lo convencidas que se hallan de que sus años les dan derecho á todas las consideraciones y les quitan el de tomar parte en la agitada marcha de los alegres círculos, no se les podrá escribir de un modo que les recuerde que la veneracion es el sentimiento que mayormente inspiran, al lado del afecto *filial* que le dedican las amigas de ménos edad. Hay, pues, que dirigirse á ellas como á cualquier otra, ó al ménos empleando frases que se adapten á todas las edades. Si se cree que mi «Respetable» les molesta, la palabra «Excelente» expresa un sentimiento que puede manifestarse lo mismo á una niña de quince años que á una señora de ochenta.

Los italianos llevan á un grado bastante exagerado la acumulacion de adjetivos distinguidos en los sobres de las cartas. *Nobilissima ed egregia donna, Gentilissima ed illustre signora, Distintissima e nobil damigella*, etc., etc.

REDACCION.

Rara vez, en la correspondencia familiar, se piensa lo que se escribe, y sin embargo, nunca debiera escribirse sin bien pensar lo que se va á decir. La palabra escrita es, en ciertos casos, tan á propósito para hacer que aparezca la sospecha de un sentimiento que jamas existió en el espíritu que la dictára, que si siempre se tuviera presente la facilidad de las conjeturas equivocadas, dejaría de existir la mitad de la correspondencia epistolar, puesto que muchas gentes prefieren guardar la pluma á recoger sus ideas antes de mojarla en la tinta.

Siempre que se escribe debe expresarse con claridad el pensamiento que dicta.

Recordamos una vez que nos enseñó un jóven un perfumado billete que sólo decía:

«Le espero á las doce.

ENRIQUETA»;

y al ver nuestro asombro, pues la Enriqueta de que se trataba era una mujer tan virtuosa como encantadora, se sonrió, diciendo:

—«Si: ahora mismo romperé la esquela; pero confieso que con ella podía hacer que se me felicitase por la conquista.... sobre todo en algunos círculos. Sin embargo, vean VV. cuán inocente es el objeto de la cita. Se trata de un jóven, casi un niño, cuya madre desea absolutamente que me acompañe en mi próximo viaje á América, donde reside su padre. El marido de Enriqueta irá á las once á buscar á la madre y al hijo para llevarlos á su casa, adonde yo he de concurrir con el fin de que se haga la presentación oficial, despues de la cual almorzaremos juntos.»

Aquella buena Enriqueta debió, pues, escribir: «Esperamos á V. á las doce mi marido y yo, para hacerle la presentación del jóven que le tenemos recomendado. Almorzaremos reunidos.»

Todo esto debió expresarse en la carta, de no haberla escrito el marido (lo cual es siempre más natural), pues si bien la persona á quien se dirigía estaba enterada del asunto, ello era que la línea escrita podía tomarse en no pocos sentidos.

Éste, que es un ejemplo entre mil que pudieran citarse, demostrará la atencion que debe dedicarse á los más insignificantes escritos.

Si nunca se debe hablar mal de nadie, á pesar de que las palabras se las lleva el viento, júzguese lo que será por escrito, donde ha de quedar perenne un pensamiento que tal vez en la mente que surgiera no duró sino el instante que tardó en expresarlo. Piénsese siempre en que la carta puede caer en manos de aquel á quien se censura.

Las mujeres, sean solteras ó casadas, no sostendrán correspondencia con personas de otro sexo, salvo los amigos de edad y los parientes que sean ó ancianos ó niños. Los maridos, por su parte, no deben tenerla tampoco con mujeres jóvenes, sean ó no casadas. No hay que olvidar que en un matrimonio todo es comun: de consiguiente, las ideas, los secretos y peticiones que pudieran encerrarse en una carta han de ser conocidas de ambos; una vez casados, ni ellas ni ellos han de tener interes en sostener más correspondencia que aquella que á los dos obliga por cariño ó por negocios.

No creemos deber aconsejar nada en cuanto á la forma y carácter de letra. Lo que hace falta, ante todo, es la claridad. Sin embargo, una letra demasiado grande, si habia de decir algo, necesitaría llenar varios pliegos; en cambio, la demasiado pequeña es molesta para quien ha de leerla, y recuerda la costumbre de la China, en donde, cuanto más fina y pequeña es la escritura y más pliegues se forman en el margen de las cartas, es señal de mayor respeto á la persona á quien se dirigen.

La manera de redactar las cartas no es asunto que pueda explicarse con claridad. Cada caso requiere un lenguaje. ¿Quién puede inculcar en un alma seca esas delicadas



transiciones que sabe hallar otra á la que aliente el celo de la caridad, y que describe en el papel la desolada situación del desgraciado á quien recomienda con tales frases que sea imposible negar lo que solicita? No es, sin embargo, que haya expresado uno á uno los detalles de la miseria que quiere socorrer: esto sería lánguido y sin efecto. Es que, ántes de empezar á escribir, ha recordado, estudiándolo, el carácter de la persona á quien va á dirigirse; y como el general que calcula los puntos débiles de la fortaleza que va á asaltar, y prevé donde hallará mayor resistencia y por qué lado podría darse un inesperado asalto, empieza su misiva y marcha valerosamente hacia su contrario. Hay que aclarar que hasta tanto que el solicitado ha concedido lo que se le pide, la que á él se dirige lo mira como su contrario.

No tenemos reparo en asegurar que en eso de pedir para otros, en eso de darse á la más ardiente caridad, la mujer española tiene una práctica sublime y que no necesita consejos en la manera de escribir para fines benéficos. Si es en cartas de consulta, si es en las amorosas, podrá aconsejársela los centímetros de margen y la forma de plegado; pero en cuanto á su redacción no hay que decirle sino que deje correr la pluma.

Cuando se ha obtenido un favor, se debe inmediatamente dar por él las gracias de un modo sencillo, pero sentido; pues si no, no guardaría proporción la elocuencia con que se pide y la apatía con que se agradece.

Las cartas de pésame se referirán poco á la persona que se llora: elogiar sus cualidades, cuando aún están calientes sus cenizas, es más bien para tratado entre amigos que para repetido á la familia cuyo dolor se aumentaría con tal recuerdo. Puede hacerse una ligera alusión á sus virtudes, si éstas fueron relevantes, pues á veces muere una persona que ha sido causa de la ruina y hasta de la muerte de alguna otra de su familia, y entónces el hablar de sus buenas dotes en la carta de pésame sería una ligereza imponderable.

Cuando hay entredichos con una familia y muere algun individuo de ella, siendo tan allegado como padres, abuelos, marido, etc., debe escribirse sin aludir al motivo de su resentimiento y sin temor al desaire de no ser contestado. En el caso improbable de que así sucediese, quedaría siempre la satisfacción de haber obrado generosamente.

En todas ocasiones, al morir una persona de la cual se han recibido beneficios, se expresará en la carta de pésame lo vivo que se conserva el sentimiento de la gratitud hacia el que ya no existe, pues este recuerdo es siempre grato á las familias en esos momentos en que desearían ver rodeada de méritos la memoria del que han perdido.

Para las cartas que encierran una resolución extrema, es decir, aquellas que hayan de ser causa de un rompimiento de amistad, de la cesación de un beneficio que venia concediéndose, de la aceptación de cualquier compromiso que envuelva gravedad, vamos á dar un consejo que podrá causar hilaridad ó desden, pero que, seguido en todas sus partes, ahorraría no pocas desazones. Escríbase la carta en cuestión, póngase el sobre, sin cerrarlo, y léase el primer día; consérvase otros dos ó tres días más, y vuélvase á leer: ábrase un interrogatorio entre la conciencia y el corazón, y una vez acordes, mándese á su destino....

Esta generosa receta ha curado varios juicios injustos y severidades extemporáneas. ¡Cuántas veces se habrán querido recoger frases escritas en el acaloramiento de un desaire recibido, de una traición descubierta! ¡Cuántas también se han roto hoy las cartas ayer escritas, y no enviadas por haber habido algun entorpecimiento que luego se ha celebrado!

La violencia y el furor momentáneo son comunes, sobre todo en los países meridionales. En el primer instante se quisiera pulverizar á todo culpable: el enojo supera á la falta, el enojado lo reconoce despues y se humilla pensando que fué injusto, y viene á confesarse reo por no haber tenido la calma del juez.

Cuando haya que negar un favor solicitado, se usará del más afectuoso lenguaje, expresando, si es posible, los motivos en que se funda la negativa.

Si hay que reclamar un favor de la persona á quien se hubiese hecho un beneficio, no se le recordará éste, pues sería poco delicado.

(Se continuará.)

man parte. Así, las hay en que la señora del dueño de la propiedad puede y debe presidir la comida de los cazadores, y otra en que debe abstenerse en absoluto. Cuando los cazadores son huéspedes habituales de la casa, y para los cuales la cacería no es más que una ocasión de reunirse de nuevo, claro es que, en lo que les concierne, no hay ninguna variación y que su puesto está determinado en la mesa de familia.

Mas no sucede así con los convidados á la caza, y á la caza exclusivamente, quienes, por estar en relaciones sociales ó de negocios con el marido, no son precisamente de la sociedad acostumbrada de la esposa. Estos convidados suelen ser amigos de círculo, de café, colegas de la misma profesión, personalidades de orden distinto, con los cuales, por una razón ó por otra, desea cumplir; en cuyo caso, el dueño de la casa hace solo los honores de la recepción, y la etiqueta en tal coyuntura consiste, no en recibir los convidados en las habitaciones principales del *château*, sino en un pabellon de caza, construido á propósito. La comida, servida en vajilla rústica y con mantelería adornada con dibujos cinegéticos tiene todo el carácter libre de un festín campestre, donde se puede reir, beber y conversar con el abandono completo de una reunion de hombres.

En algunas cacerías, los convidados, despues de la partida, toman un refrigerio y se vuelven á sus hogares. En otras, por el contrario, el dueño de la casa los convida á comer y á pasar la velada, y no los deja libres hasta una hora muy avanzada de la noche, y á veces hasta el día siguiente. En casos tales tiene lugar una verdadera reunion cinegética, donde el elemento femenino desempeña su papel. Este papel comienza á la hora de la comida—pero sólo á esta hora—y la dueña de la casa toma desde aquel instante la direccion absoluta de la recepción, con exclusion de su marido.

En Ferrières, propiedad de los Rothschild, donde este último género de recepción se practica los domingos, los cazadores, al regresar de una partida, hallan un vasto edificio, preparado especialmente para ellos é independiente de la mansion señorial, donde pueden refrigerarse y descansar á placer. Varios cuartos rodean el inmenso salon, y en estas celdas ó vestuarios entran los cazadores á mudarse de traje y á vestir el *frac* negro y la corbata blanca, para presentarse primero en el salon y despues en el comedor de la Baronesa de Rothschild.

Cito el anterior ejemplo, porque constituye ley en todas las grandes posesiones donde se caza: en Chantilly, en Montjoye, en Ecelimont, en Longes, en Vaux, en las Bergeries y cien otras que podria citar.

Excuso decir que la dueña de la casa y las damas que asisten á la reunion se presentan en traje de *soirée*: corpiños abiertos, con flores y joyas. A menudo se baila despues de la comida.

En algunas posesiones, durante la comida, una banda de música, colocada á distancia oportuna del comedor, ejecuta aires de caza á cada servicio.

Finalmente, la imaginación de las señoras sabe variar hasta el infinito los detalles de estas recepciones para darles un sello particular, y sólo me he propuesto indicar los rasgos generales. Merced á la solicitud de estas providenciales directoras, el epilogo de un día de caza viene á ser su episodio de mayor interes, y una inapreciable compensación de las desilusiones de las escopetas poco afortunadas.

«¿Sabes VV.—decia Montroud—el momento en que la caza se me aparece como un placer divino? Cuando veo en mi plato la perdiz ó la liebre.»

¡Cuántos cazadores piensan del mismo modo y no se atreven á confesarlo!

El drama ó el misterio de Villemonble, con su olor de huesos desenterrados y de humo de incienso, es lo que ha apasionado la atención de la muchedumbre de quince dias á esta parte. Y la salida de Mad. Judic para América habria pasado desapercibida, hasta tal punto la curiosidad estaba concentrada en Mlle. Ménetreh, si algunos gaceti-lleros minuciosos no hubiesen tenido cuidado de legar á la historia la lista de los vestidos que forman parte del equipaje de la actriz y el catálogo de los perritos falderos que lleva consigo. Detalles que merecian, en efecto, una mención escrupulosa.

Varias personas disertan sobre la longevidad.  
—Yo tenía un tío que murió á los ciento cinco años.  
—Eso no es nada: mi abuelo murió á los ciento quince.  
—¡Quite V. allá! Mi tío, por parte de padre, ha vivido hasta la edad de ciento cuarenta y cinco años.  
Un gascon, profundamente humillado:  
—Pues bien, señores; en mi familia.... nadie se ha muerto aún.

X. X.

París, 23 de Setiembre de 1885.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.830.

(Sólo corresponde á las Señoras Suscriptoras de la 1.ª edición de lujo.)

1. Traje de moaré y cañamazo. Vestido de moaré color de hoja seca, y cañamazo del mismo color, con cenefa de seda encarnada, tejida en la tela. Fondo de falda de tafetan, cubierta de una falda de moaré enteramente lisa. Sobrefalda de cañamazo, con cenefa en su contorno. Esta tercera falda es redonda y va recogida cerca de la cadera izquierda. Chaqueta de moaré. Los delanteros van cerra-

dos en el cuello, desde donde se abren, sobre una camiseta bullonada, hecha de una tira de tela igual á la cenefa de la sobrefalda. La espalda va hendida en el bajo de la costura del medio. Cuello recto de moaré. Manga de codo.—Capota de paja mordorada, cubierta de tul del mismo color, y adornada con un bullon de terciopelo y un lazo *arlequin* de cinta de varios colores y de varios géneros.

2. Traje de cañamazo de lana azul. Este traje es de cañamazo de lana azul, sobre fondo de faya del mismo color. Falda de faya, guarnecida de un delantal de cañamazo, atravesado á lo largo por tiras de gasa negra bordadas de azabache. El resto de la falda va cubierta de una túnica larga y ancha, de cañamazo, que forma unos pliegues numerosos en la cintura, y va recogida ligeramente en las caderas. Por detras esta túnica va unida al borde inferior del corpiño, y cae formando pliegues sueltos el bajo de la falda. El corpiño, de la misma tela, va guarnecido por delante de un canesú liso, rodeado de un galon de cuentas, sobre gasa, como el que guarnece la falda. El corpiño va ajustado con pinzas y abrochado en línea recta, y va guarnecido de un peto plegado que termina en punta. Un galon de cuentas rodea el corpiño, y va á abrocharse al lado izquierdo, bajo los pliegues de la túnica. Cuello en pié cubierto de un galon. Manga de codo con cartera formada por un galon. Fichú de encaje blanco en la cabeza.

3. Traje para niñas de 7 á 8 años. Falda redonda de terciopelo. Blusa rusa. La falda de la blusa va completamente plegada por delante, formando un delantal largo en la derecha. Por detras, un *pauf* poco abultado. El corpiño va ahuecado como una camiseta, y se cierra en la izquierda bajo un galon ruso bordado. El mismo galon rodea el cuello. Un lazo largo y flotante adorna el lado izquierdo de la falda. Mangas rectas, sujetas con un galon bordado. Medias de hilo de Escocia, del mismo color de la falda de debajo.

CORRESPONDENCIA.

SRA. D.ª E. B. DE M.—El traje que describe estará bien; pero yo preferiria las mangas de encaje dobladas. En este mismo número publicamos dos modelos, que serán muy á propósito para ese traje.

SRA. D.ª C. L. DE N.—Las cuentas de madera están muy de moda, y no dudo que las hallará en las principales tiendas de sedas de Madrid, adonde puede pedir las. La tela que mejor se adaptaría con el brochado á que se refiere es la faya negra. Elija un modelo entre los que publica LA MODA ELEGANTE. Puede hacer muy bien ese vestido, tal como se indica en nuestro dibujo, forrándolo de faya ó de velo. Las anclas son de corcho. Mande montar su abanico á una abaniquería principal; siendo, como dice, un país de precio, vale la pena de hacer el gasto.

SRA. D.ª J. M. DE S.—Pruebe una infusion de té bien filtrada y bien reposada. Le aconsejo que pruebe primero esa tintura sobre un lienzo fino.

Á C. S.—Despues del tiempo que hace de llevar usted el luto, puede usar toda clase de telas negras, azabaches, encajes, pasamanería, plumas, etc. Me gustaria mucho se hiciera V. una manteleta como la de la elegante figura 30 de LA MODA correspondiente al 6 de Julio último.

La misma figura tiene un precioso sombrero. Puede hacer el casco de azabache; las flores, lilas ó violetas, y la cinta, negra.

Para la niña, lo más elegante es: falda fruncida, de encaje toda, ó con una tira ancha y que tenga muy poca tela del vestido; cuerpecito escotado, adornado con encajes, ó tira bordada fina. Cinturon con una lazada ancha, y lazos en los hombros.

Á UNA POLLA ARISTOCRÁTICA.—El peinado más propio para jovencitas es el moño á la inglesa, ó un peinado por el estilo de la figura 26 de LA MODA correspondiente al 6 de Julio último. Puede ponerse el cabello más recogido.

En LA MODA se anuncian con bastante frecuencia los mejores polvos y aguas para la dentadura. Los de carbon vegetal son completamente inofensivos y dan muy buenos resultados.

Para los hábitos no rige la moda, como lo he dicho varias veces en esta misma seccion del periódico. Cuanto más sencillo sea, más en armonía estará con su objeto, y con la clase de vida que debe observarse mientras se lleve. Además, que si el hábito no fuera muy sencillo, el sacerdote no lo bendeciría.

Zapatos con barretas, ó á la inglesa. Es muy adecuado para señoritas de esa edad el modelo de las figuras 19 y 20 de LA MODA del 22 de este mes, el cual reúne la ventaja de tener patrones en la hoja que acompaña al mismo número.

Son tantas las casas acreditadas que hay en Madrid, de la especialidad que V. pregunta, que me sería difícil indicarle una con preferencia á las demas. Por otra parte, no tengo por costumbre recomendar ninguna.

ADELA P.

EXPLICACION DE LOS DIBUJOS PARA BORDADOS

CONTENIDOS EN LA «HOJA-SUPLEMENTO» QUE SE REPARTE CON EL PRESENTE NÚMERO Á LAS SEÑORAS SUSCRITORAS Á LA 1.ª Y 2.ª EDICION DE LUJO.

PRIMERA PLANA.—1. Dibujo para bordar una tela destinada para una rinconera.—2 y 3. Para bordar enaguas.—4. Iniciales para bordar sobre ropa blanca.—5 y 6. Dibujos de forma ramillete, para bordarlos de diversas maneras.—7 y 8. Iniciales para bordar sobre ropa blanca.—9 á 12. Iniciales para bordar sobre ropa blanca menor.—13. Enlace para lo mismo.—14, 15, 16, 17, 19, 20 21 y 22. Letras mayúsculas y nombres para bordar sobre pañuelos.—18. Dibujo de una rinconera.—23 á 32. Letras para marcar.

CORRESPONDENCIA PARISIENSE.

SUMARIO.

Las recepciones cinegéticas.—Curiosos detalles.—Ferrières, posesion de Rothschild.—El verdadero placer de la caza.—El misterio de Villemonble y el viaje de Ana Judic.—Una familia afortunada.

**N** Setiembre empieza la estacion de las recepciones cinegéticas. Describir, ni siquiera enumerar, estas recepciones, sería materia imposible; pues tienen lugar en todos los ámbitos de la Francia, animando igualmente el comedor del *château* y la cocina inmensa de la quinta, y me parece más interesante dar á las lectoras de su ilustrado periódico algunos detalles sobre la manera de dirigir estas recepciones.

Ante todo, haré notar una moda, que si no se generaliza, mereceria generalizarse: la de enviar para las partidas de caza esquelas de convite litografiadas—como para las *soirées*—con la indicación de la serie de dias especiales. Esta moda se practica principalmente, hasta ahora, en las tierras que se extienden en un radio de treinta leguas en torno de París, y es sumamente cómoda en el concepto de que el cazador puede prepararse con muchos dias de anticipación á una serie de partidas de caza en diferentes puntos, sin que le cojan de improviso.

El orden y la marcha de una recepción cinegética varían, naturalmente, segun la importancia de la propiedad donde tiene lugar la caza y los huéspedes que en ella to-



SEGUNDA PLANA.—Letras M, N, N, S, S, O, O, Q, Q. Continuación del alfabeto gótico de la Edad Media.—1 á 3. Iniciales para bordar sobre ropa mayor.—4 á 7. Dibujos para el bordado de una relojera.—5. Entredos.—8 á 14. Nombres para bordar sobre pañuelos.—15 á 19. Letras para bordar ropa menor.

PEQUEÑA GACETA PARISIENSE.

Cualquiera que sea el talento de una modista, para que el traje que haga resulte irreprochable es necesario un corsé modelado según las líneas de la estatuaría antigua, si el talle ha de aparecer gallardo, esbelto y flexible.

Dos corsés privilegiados de la casa de PLUMENT imprimen al talle una gracia suprema: el corsé *Sultana* y el corsé *Coraza*, ambos reproducidos en cuti arrasado, en faya ó en raso.

El corsé *Sultana* es el corsé de uso diario, el corsé que se puede poner al levantarse, sin experimentar por ello la menor fatiga. El corsé *Coraza* es el corsé de las grandes *toilettes* para comida de ceremonia, baile, etc.

Para recibir uno de estos corsés, irreprochables como corte y confección, hay que pedirlo á la casa *F. Aurigemma, 3, calle Fernando, en Barcelona*, depositaria de los afamados corsés de PLUMENT, de París. Las medidas que hay que mandar (tomadas sobre la persona vestida), son: ancho del talle en la cintura; anchura de pecho y espalda, pasando la medida por debajo de los brazos; anchura de caderas; largo del busto; largo de talle, desde el sobaco; distancia desde un sobaco al otro.

LA JABORANDINE es soberana para impedir la caída del cabello; fortalece el pelo, no lo engrasa, le da espesor y facilita el peinado. El frasco, 20 francos. *DUSSER, 1, rue J. F. Rousseau, París.*



21.—Traje para niñas de 11 á 12 años.

Aconsejamos á las personas que hacen uso del VINO CHASSAING, que se aseguren bien de la autenticidad de los frascos que compran. El gran consumo de este producto ha dado lugar á numerosas falsificaciones, por lo que debe exigirse: 1.º, la firma CHASSAING sobre la etiqueta; 2.º, la misma firma en cuatro colores sobre la banda que rodea las cápsulas; 3.º, sobre cada página del folletito que rodea los frascos, la filigrana *Chassaing-Guénon et Co, París* (visible al transparente); 4.º el timbre de *La Union de los Fabricantes*, obliterado por la firma CHASSAING.



¡QUININA DULCE!—En una napolitana, que sólo sabe á chocolate, cuatro granos de sulfato. Hay tambien polvo. Va por correo. De venta en muchas boticas. Pedid prospectos al doctor Santoyo (de Lináres).



Depósito en todas las principales Farmacias

PASTA DE NAFÉ DE DELANGRENIER. Cincuenta médicos de los hospitales de París han demostrado su poderosa eficacia contra los *Resfriados, Grippe, Bronquitis, Irritaciones del pecho y de la garganta*. No conteniendo ni *opio*, ni *morfina*, ni *codeína*, puede darse sin temor á los niños que padecen de tos. Depósitos en las farmacias del mundo entero.

ANUNCIOS.

NEURALGIAS PÍLDORAS DEL Doctor Moussette

Las Neuralgias, tan dolorosas y con tanta frecuencia rebeldes á todo tratamiento, han sido objeto, durante muchos años, de estudios constantes hechos por el Doctor MOUSSETTE. Despues de los ensayos más serios, y con ayuda de los trabajos científicos más recientes, el Doctor MOUSSETTE ha logrado componer las *Pildoras antineurálgicas*, bien superiores á todas las preparaciones empleadas hasta el día.

Las VERDADERAS PILDORAS MOUSSETTE calman y curan las *Neuralgias* más rebeldes, las *Jaquecas*, la *Gastralgia*, la *Cística* y las *Afecciones reumáticas* agudas y dolorosas que han resistido á todos los demas remedios.

Las VERDADERAS PÍLDORAS MOUSSETTE deben tomarse en las comidas. El primer día se tomarán tres: una por la mañana, una á mediodía y otra por la noche. Si no se encuentra alivio, se tomarán cuatro pildoras el segundo día: dos por la mañana, una por la tarde y una por la noche. No se deberá tomar más de seis pildoras diarias.

Se hallarán las *Verdaderas Pildoras Moussette* de *Clin y C.ª* en las principales farmacias y droguerías.

PARIS.—CASA CLIN Y C.ª—PARIS.

MODELO DE LA CASA ERNEST KEES, 28, RUE DU 4 SEPTEMBRE, PARÍS.



ABANICOS ORDINARIOS Y DE LUJO. («CORBEILLES» DE BODA Y DE TEATRO.)

**CALLIFLORE FLOR DE BELLEZA** Polvos adherentes é invisibles. Por el nuevo modo de emplear estos polvos comunican al rostro una maravillosa y delicada belleza, y le dan un perfume de exquisita suavidad. Además de su color blanco, de una pureza notable, hay cuatro matices de *Rachel* y de *Rosa*, desde el más pálido hasta el más subido. Cada cual hallará, pues, exactamente el color que conviene á su rostro en la *Perfumería central de AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra*, y en las cinco *perfumerías succursales que posee en París, así como en todas las buenas perfumerías. MADRID: MM. C. GONZALO y C.ª, Calle de Sevilla, 8 y 10. — VALENCE: M. Enrique TIFFON, 46, Calle del Mar. — BARCELONE: M.ª V.ª LAFONT & Fils, Plaza de la Constitución.*

NO ARRANQUEIS, levantad suavemente y sin sentir el vello masculino, perdido en vuestro rostro, con la ayuda de la *Crema Epileina*, nuevo producto de la *Perfumería Exótica, 35, rue du 4 Septembre, París*. El *Agua Epileina* (5 francos el frasco) tambien suprime el vello de los brazos y piernas.

LA FALSIFICACION se ceba más que nunca en el *Anti-Bolbos* de la *Perfumería Exótica, 35, rue du 4 Septembre*, único extractor inofensivo de las pecas ó manchas de la nariz. Para no ser engañados, exigir en el frasco la inscripción impresa del nombre *Anti-Bolbos*.

UNA NARIZ ROJA es la caricatura de la cara. Devolvedle su blancura por medio del *Nasalbor*, nuevo preparado de la *Perfumería Exótica, 35, rue du 4 Septembre, París*.

LAS PARISIENSES todas tienen manos régias, gracias al uso que hacen de la *Pasta de los Prelados*, de la *Perfumería Exótica, 35, rue du 4 Septembre*.

ATRAED á vuestro rostro la juventud y belleza fugitivas, recurriendo á la *Brisa Exótica* de la *Perfumería Exótica, 35, rue du 4 Septembre, París*.—El catálogo de los productos se envia franco á todos los países.

REUMATISMOS. GOTA. DOLORES. SOLUCION del Doctor Clin

Premiado por la Facultad de Medicina de París.—Premio Montyon.

La SOLUCION DEL DOCTOR CLIN, de *Salicilato de Sosa*, posee una eficacia incontestable en las *Afecciones reumáticas agudas y crónicas*, en el *Reumatismo gotoso*, en los *Dolores articulares y musculares*, y todas las veces que se quiera calmar los padecimientos atroces ocasionados por estas enfermedades.

Para obtener todos los buenos resultados que debe dar el *Salicilato de Sosa*, es menester tener á su disposicion un producto *absolutamente puro* y de una composicion invariable.

Con estas condiciones, se tendrá una entera garantía para el uso de la *Solucion del Doctor Clin*. La *Solucion del Doctor Clin*, preparada con dosis exactas, siempre idéntica en su composicion y de un gusto agradable permite tomar facilmente el *Salicilato de Sosa puro* y variar la dosis según la intensidad del dolor.

En resumen, la VERDADERA SOLUCION CLIN de *Salicilato de Sosa* es el mejor remedio contra los *Reumatismos*, la *Gota* y los *Dolores*.

Cada frasquillo va acompañado de una instruccion detallada.

Se halla la VERDADERA SOLUCION CLIN de *Salicilato de Sosa* en las principales Farmacias y Droguerías.

PARIS — CASA CLIN Y C.ª — PARIS



NEURALGIAS JAQUECAS, DOLORS DE ESTOMAGO y todas las *Enfermedades nerviosas* se curan al instante con las *Pildoras Anti-Neurálgicas* del Docteur CRONIER. PARIS — 14, Rue des Saussaies, 14 — PARIS Y en las principales Farmacias de Francia y del Estrangero.

A NUESTRAS LECTORAS

Para poseer las verdaderas recetas de juventud y hermosura, venidas en línea recta de *Ninon de Lenclos* y encontradas por el doctor *Leconte*, así como los otros productos auténticos de la *Perfumería Ninon*, pedidlos únicamente á esta casa de París, 31, rue du 4 Septembre. Sin tener nunca nada que temer de las falsificaciones, encontraréis allí la *Verdadera Leche Mamilla* para reconstituir el pecho sin necesidad de recurrir al algodón ni al caoutchouc ni á los ahuecadores de las ballenas del corsé; la *Verdadera Agua de Ninon*, que purifica la piel y os permite desahar las arrugas en cualquiera edad; el *Vello de Ninon*, el más sano de los polvos de arroz, como lo ha probado el sabio doctor *Constantino James* en sus conferencias, que comunica al rostro una blancura ideal; la *Savia cejil*, que hace brotar sin artificio las cejas y las pestañas.—La *Perfumería Ninon* manda á todos los países los productos que se le piden, cuando acompaña al pedido un cheque sobre un Banco de París.—La *Perfumería Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.





## PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

AÑO XLIV.

MADRID, 6 DE OCTUBRE DE 1885.

NÚM. 37.

### SUMARIO.

1. Traje de desposada. — 2. Traje para ceremonia nupcial. — 3. Paletó de paño guarnecido de felpa-astakan. — 4. Rosácea al crochet. — 5 y 6. Tira para cortinaje. — 7. Continuación del alfabeto al punto contado. — 8 y 9. Visita de vigoña. — 10. Paletó de paño rayado. — 11. Peto de tul bordado de cuentas. — 12. Camisolin de *surah*. — 13. Vestido de moiré con listas de cañamazo. — 14. Vestido de cañamazo y encaje de lana. — 15 á 25. Abrigos para señoras y señoritas, y traje de niña.

Explicación de los grabados. — Virtud á prueba, por D. S. Rueda. — Llegar á tiempo, por D. Alvaro Ortiz. — Magdalena, historia vulgar, por D. Juan Cervera Bachiller. — Revista de Modas, por la Sra. Vizcondesa de Castelfido. — Explicación del figurin iluminado. — Artículos de París recomendados. — Suelos. — Advertencia. — Soluciones. — Jeroglífico.

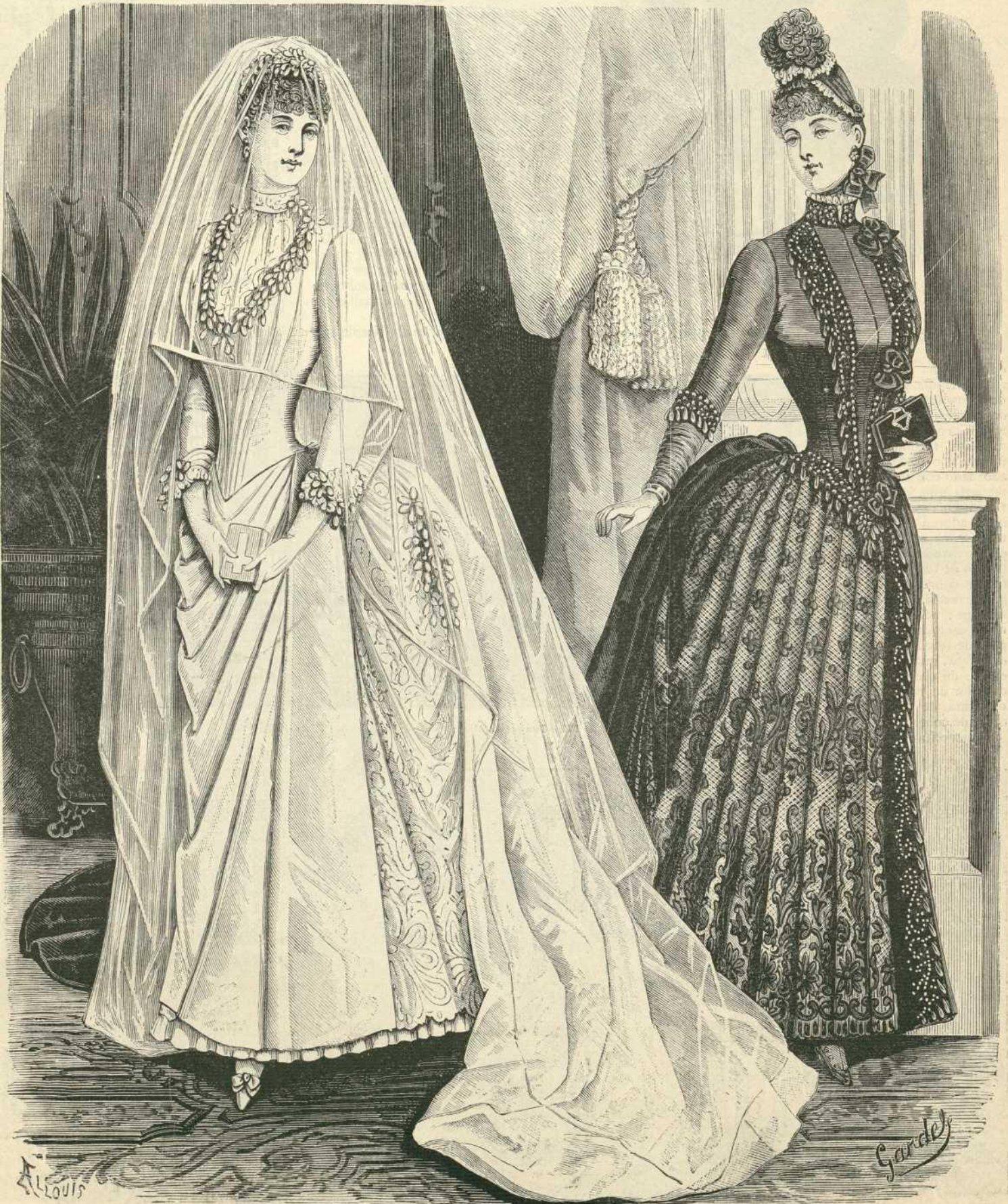
### Traje de desposada. Núm. 1.

Vestido de terciopelo liso blanco y crespon de la China también blanco. Fondo de falda de tafetan, ribeteado de un rizado grueso de faya, el cual va cubierto á medias por una doble falda de crespon de la China, recogida como indica el dibujo. Entrepaño de encaje y cola de terciopelo liso, la cual es redonda y sin adornos. Corpiño de terciopelo liso terminado en punta por delante. La aldetá de detras forma tres puntas pequeñas, que descansan sobre otras puntas añadidas entre las aberturas de estas últimas. Los delanteros van abiertos en forma de corazon sobre un camisolin fruncido de encaje. El escote va adornado de una guirnalda de flores de azahar. Cuello en pié de encaje. Manga semilarga, adornada con una guarnición de encaje y un ramito de flores de azahar. Velo largo de tul de ilusion, prendido por un ramo de flores de azahar.

Tela necesaria: 4 metros 40 centímetros de tafetan blanco, 3 metros 10 centímetros de faya, 3 metros 60 centímetros de crespon de la China y 9 metros 40 centímetros de terciopelo.

### Traje para ceremonia nupcial. Núm. 2.

Este traje es de faya gruesa rayada color de cobre. Se compone de una falda corta de tafetan color de cobre, sobre la cual cae á la derecha otra falda plegada de encaje de Chantilly, recogida muy atras bajo la cola, que es de faya y no lleva ningun adorno. En el lado izquierdo, una falda de faya plegada cubre la falda de



1.—Traje de desposada.

2.—Traje para ceremonia nupcial.



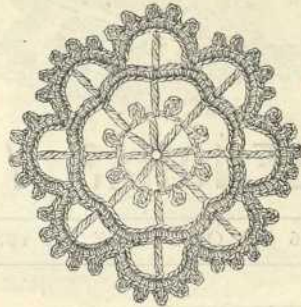
vestido 4 metros 40 centímetros de tafetan, de 55 centímetros de ancho, y 14 metros 30 centímetros de faya, de 60 centímetros de ancho.

Paletó de paño guarnecido de felpa-astrakan. Núm. 3.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. IX, figuras 41 á 48 de la Hoja-Suplemento.

Rosácea al crochet. — Núm. 4.

Se ejecuta esta rosácea con algodón núm. 70 sobre una cadeneta de 5 mallas al aire, cuya última se une á la primera por medio de una malla cadeneta simple.

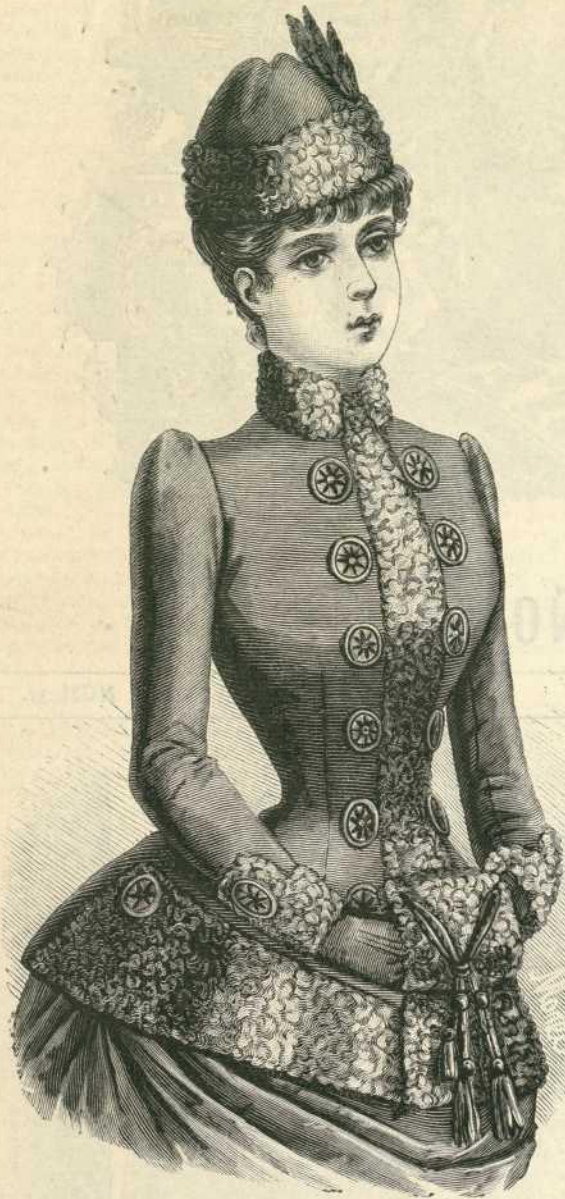


4.—Rosácea al crochet.

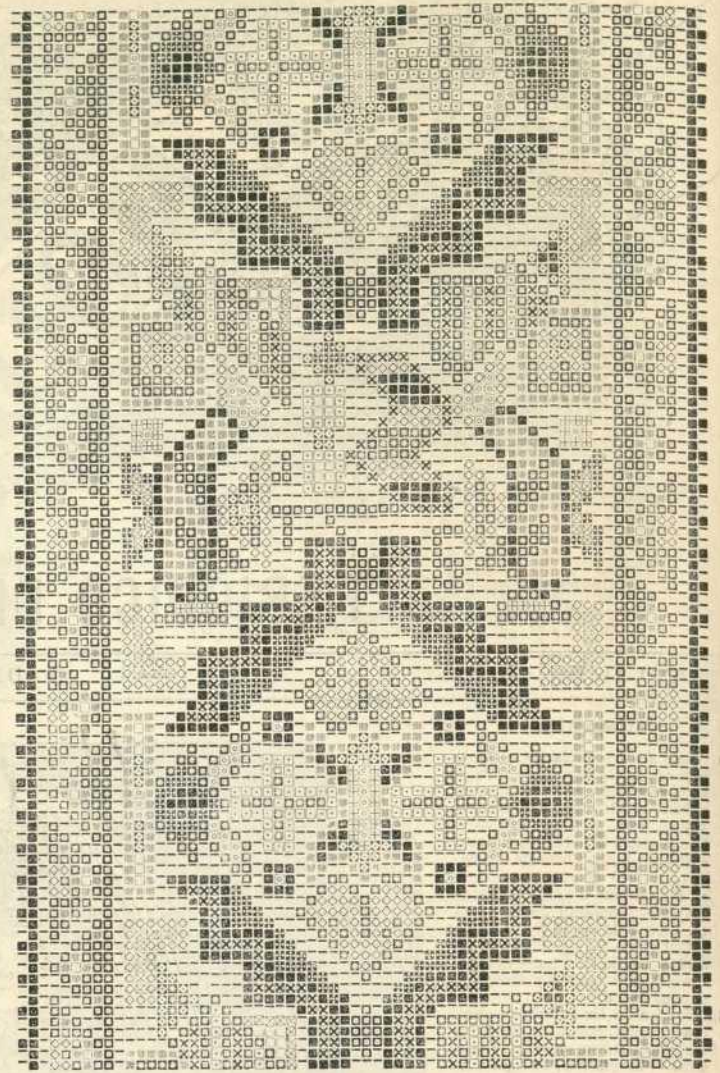
1.<sup>a</sup> vuelta. 5 mallas al aire, —<sup>o</sup> un piquillo, — 2 mallas al aire, — una brida doble, — una malla al aire. Vuelve á empezarse otras siete veces desde <sup>o</sup>, pero al terminar, en vez de la brida doble y de la malla al aire se hace solamente una malla cadeneta simple sobre la 4.<sup>a</sup> de las 5 primeras mallas al aire de esta vuelta.

2.<sup>a</sup> vuelta. 11 mallas al aire, — 7 veces, alternando, una brida doble sobre la brida doble más próxima de la vuelta anterior, 7 mallas al aire. Al terminar se hace una malla cadeneta simple sobre la 4.<sup>a</sup> de las 11 primeras mallas al aire de esta vuelta.

3.<sup>a</sup> vuelta. Una malla simple so-



3.—Paletó de paño guarnecido de felpa-astrakan. (Explic. y pat., núm. IX, figs. 41 á 48 de la Hoja-Suplemento.)

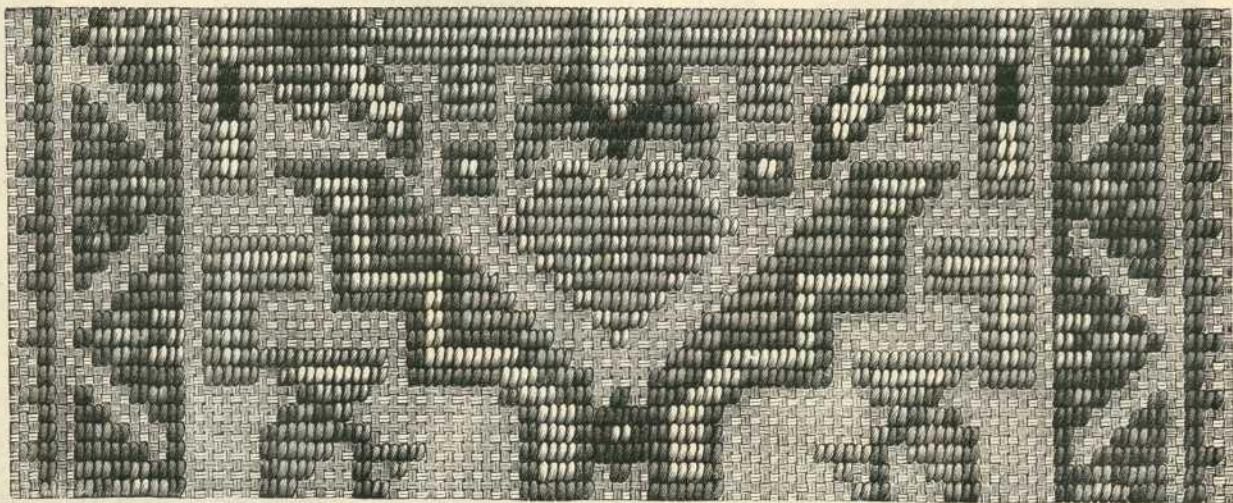


6.—Dibujo de la tira al punto de Gobelinos. (Véase el dibujo 5.)

Explicacion de los signos: ■ encarnado oscuro; X encarnado medio; □ encarnado claro; \* marron oscuro; ⊠ marron claro; ⊞ aceituna oscuro; ⊞ aceituna medio; ⊞ aceituna claro; ⊕ azul oscuro; ⊞ azul claro; ⊕ verde azul oscuro; ⊞ verde azul claro; ⊞ negro; — fondo.

debajo. Una pasamanería de felpilla y cuentas de cobre separa la parte de encaje del paño de faya. Corpiño de la misma faya terminado en punta por delante y adornado con una pasamanería que forma cinturón. Una pasamanería igual adorna los delanteros y va apuntada en el lado izquierdo con tres lacitos de terciopelo color de cobre. Cuello de pasamanería. Manga semilarga, adornada con una pasamanería.—Capota de terciopelo color de cobre, guarnecida de encaje de oro y plumas de color de rosa. Bridas de cinta de terciopelo color de cobre.

Se necesitan para este

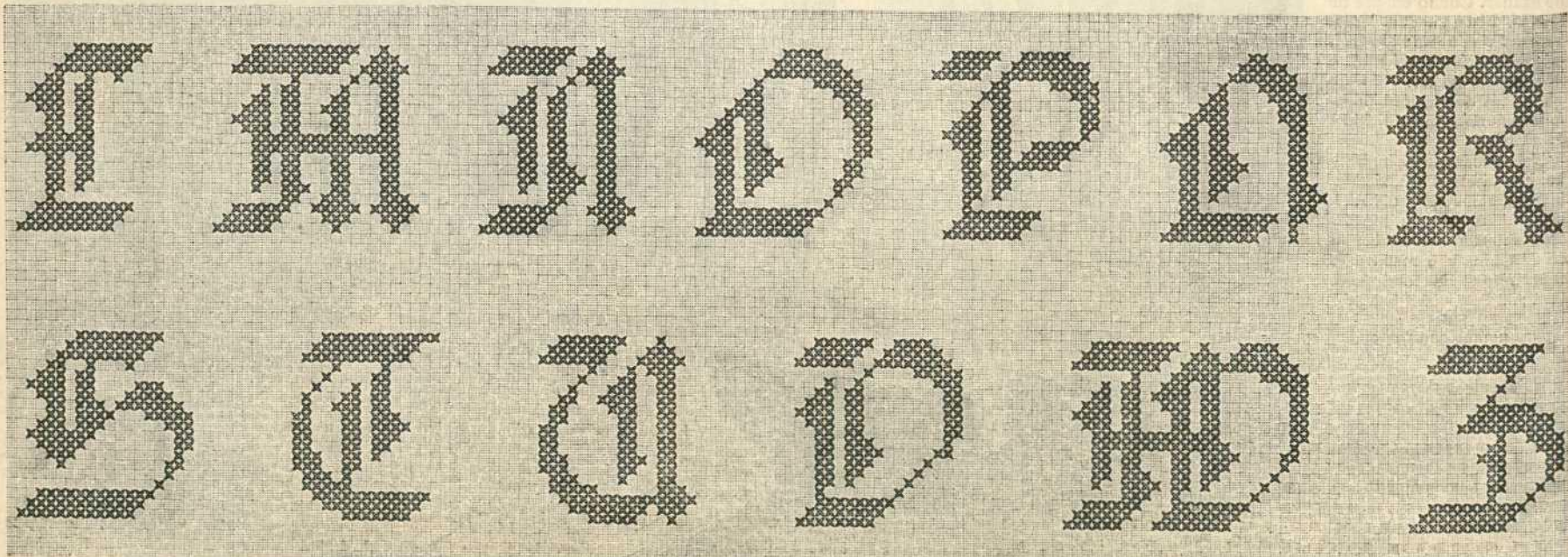


5.—Tira para cortinaje (punto de Gobelinos). (Véase el dibujo 6.)

bre cada malla de la vuelta anterior.

4.<sup>a</sup> vuelta. Dos mallas cadenetas simples sobre las dos mallas más próximas de la vuelta anterior, —<sup>o</sup> 3 mallas simples sobre las tres mallas siguientes, — 6 mallas al aire, — una brida doble sobre la 3.<sup>a</sup> malla siguiente, — 6 mallas al aire, bajo las cuales se pasan 2 mallas. Se vuelve á empezar otras 7 veces desde <sup>o</sup>. Para terminar, se hace una malla cadeneta simple sobre la 1.<sup>a</sup> de las 3 primeras mallas simples de esta vuelta.

5.<sup>a</sup> vuelta. <sup>o</sup> Una malla simple sobre la malla más próxima, — se pasa una malla, — sobre las



7.—Continuacion del alfabeto al punto contado. (Véase el núm. 32 de LA MODA.)





8.—Visita de vigoña. Espalda.  
(Explic. y pat., núm. III, figs. 17 á 22 de la Hoja-Suplemento.)

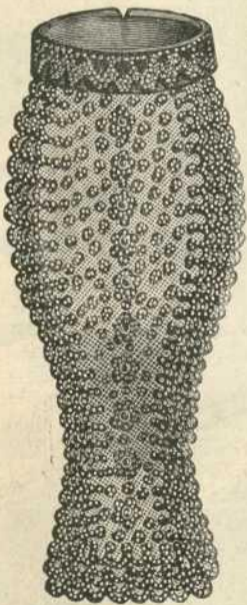
13 mallas más próximas se hacen 14 mallas simples, cuyas 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup>, 5.<sup>a</sup> y 6.<sup>a</sup>, 7.<sup>a</sup> y 8.<sup>a</sup>, 9.<sup>a</sup> y 10.<sup>a</sup>, 11.<sup>a</sup> y 12.<sup>a</sup> van separadas cada una por un piquillo. Se hacen 2 mallas simples sobre la brida doble,—se pasa una malla y se vuelve á empezar otras 7 veces desde 0. Para terminar, se hace una malla cadenetá simple sobre la 1.<sup>a</sup> malla simple de esta vuelta.

**Tira para cortinaje (punto de Gobelinos).**  
Núms. 5 y 6.

Esta tira va ejecutada con seda de diferentes colores sobre cañamazo de Java color crema. El dibujo 5 representa una parte de la tira de tamaño natural, y el dibujo 6 la ejecución del bordado, que se hace al punto de gobelinos sobre dos hebras dobles de altura y una hebra doble de ancho del cañamazo. Se puede ejecutar igualmente esta tira al punto de cruz ordinaria, ó bien con lana sobre el lienzo trenzado.

**Continuacion del alfabeto al punto contado.—Núm. 7.**

Las letras a, b, c, d, e, f, g, h, i, j, k de este alfabeto,



11.—Peto de tul bordado de cuentas.  
(Explic. y pat., núm. V, fig. 24 de la Hoja-Suplemento.)

para marcar toallas, mantelería, etc., las hemos publicado en el núm. 32 de LA MODA.

**Visita de vigoña.**  
Núms. 8 y 9.

Para la explicacion y patrones, véase el núm III, figs. 17 á 22 de la Hoja-Suplemento.

**Paletó de paño rayado.**  
Núm. 10.

Véase la explicacion en el verso de la Hoja-Suplemento.



10.—Paletó de paño rayado.  
(Explicacion en el verso de la Hoja-Suplemento.)



9.—Visita de vigoña. Delantero.  
(Explic. y pat., núm. III, figs. 17 á 22 de la Hoja-Suplemento.)

**Peto de tul bordado de cuentas.—Núm. 11.**

Para la explicacion y patrones, véase el núm. V, fig. 24 de la Hoja-Suplemento.

**Camisolín de «surah».—Núm. 12.**

Para la explicacion y patrones, véase el núm. IV, fig. 23 de la Hoja-Suplemento.

**Vestido de moaré con listas de cañamazo.**  
Núm. 13.

Véase la explicacion en el verso de la Hoja-Suplemento.

**Vestido de cañamazo y encaje de lana.—Núm. 14.**

Véase la explicacion en el verso de la Hoja-Suplemento.

**Abrigos para señoras y señoritas, y traje de niña.**  
Núms. 15 á 25.

Para la explicacion y patrones de estos abrigos del traje, véase la Hoja-Suplemento.

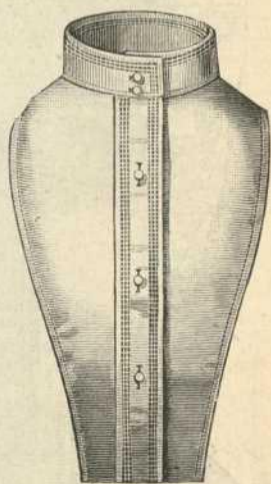
**VIRTUD A PRUEBA.**

La de mi cuento era una mujer ántes baja que alta, delgada, nerviosa, de cabellos negros, tez morena y



13.—Vestido de moaré con listas de cañamazo.  
(Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

14.—Vestido de cañamazo y encaje de lana.  
(Explicacion en el verso de la Hoja-Suplemento.)



12.—Camisolín de surah.  
(Explic. y pat., núm. IV, fig. 23 de la Hoja-Suplemento.)

unas pestañas de ébano, en torno de las cuales flotaba algo de siniestro.

Trabajaba en un taller de modista. A las siete ya se habia levantado y se habia hecho al espejo el más gracioso rodete que pudo sonar mujer andaluza. Despediase entónces de su madre, único sér que le quedaba en el mundo, y atravesando calles y plazas llegaba al taller, donde, si no era siempre la primera en entrar, rara vez llegaba á ser la segunda. Al revés de sus demas compañeras, casi nunca tomaba parte en las bromas de las oficiales. Era





15.—Paletó de reps.  
(Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

16.—Abrigo de vigoná, Espalda.  
(Véase el dibujo 23.)  
(Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

17.—Abrigo de terciopelo liso y terciopelo rizado.  
(Véase el dibujo 20.)  
(Explic. y pat., núm. II, figs. 11<sup>a</sup> á 16 de la Hoja-Suplemento.)

18.—Paletó de felpa y raso.  
(Explic. y pat., núm. VII, figs. 27 á 33 de la Hoja-Suplemento.)

19.—Vestido para juvenetas.  
(Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

20.—Abrigo de terciopelo liso y terciopelo rizado.  
(Véase el dibujo 17.)  
(Explic. y pat., núm. II, figs. 11<sup>a</sup> á 16 de la Hoja-Suplemento.)

21.—Paletó de paño.  
(Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 10 de la Hoja-Suplemento.)

22.—Abrigo de tela de lana.  
(Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

23.—Abrigo de vigoná. Delantero.  
(Véase el dibujo 16.)  
(Explic. y pat., núm. VIII, figs. 34 á 40 de la Hoja-Suplemento.)

24.—Traje para niñas de 3 á 5 años.  
(Explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.)

25.—Abrigo de diagonal y terciopelo listado.  
(Explic. y pat., núm. VIII, figs. 34 á 40 de la Hoja-Suplemento.)



de suyo retraída, y aunque nunca lo fué tanto que destacara su figura de aquel cuadro alegre y expansivo, bien se notaba que su centro verdadero era el aislamiento, y su expresión más adecuada la honestidad.

Entre aquella insoportable baranda de ruido de máquinas, risas locas y voces juveniles del taller, veíase siempre á Teresa con los ojos fijos en el respunte, atenta sólo á su trabajo, dejando brillar en torno de sí á manera de una aureola de respeto que nadie se atrevía á romper. Cuando las oficiales velaban á causa de excesivas tareas, era de ver á la jóven embebida en su costura, con el semblante envuelto en aquella sombra sin fin de sus pestañas, que hería verticalmente la luz.

Pero, con todos estos atractivos, ¿no tenía Teresa nadie que la amara? Sí; un jóven de esos que, buscando entretenimiento á sus ocios, se dignan descender al ramo de las modistas, la perseguía constantemente, y más de una vez le había dirigido al pasar algún requiebro, que ella jamás oyó, si bien aceleraba el paso, temerosa de ser seguida por su admirador. Pero el tenorio no cesaba tan fácilmente en sus propósitos. Un día y otro la aguardaba á la salida de la tienda, y acercándose á su lado trataba de hablarla. Ella, como siempre, apresuraba el paso sin prestar oído á sus palabras, entre las cuales había creído escuchar, en más de una ocasión, alguna propuesta favorable á medios de fortuna, aunque contraria al decoro.

Fernando, que así se llamaba el amante, no era un jóven que mereciese el desprecio de Teresa, en cuanto á figura. Era alto, delgado, de faz morena y barba afilada, maneras elegantes y una pulcritud en el vestir irreprochable, circunstancias todas ellas poco favorables en la presente ocasión al petimetre, porque bien veía Teresa que sus muestras de simpatía no irían encaminadas al más honroso fin. Por lo demás, dicho sea en verdad, el jóven no disgustaba á Teresa, que por intuición amaba lo distinguido y noble.

El sueldo que ganaba la jóven en el taller era escaso. Apenas si de una manera incomprensible podían salir adelante ella y su madre, haciendo toda clase de privaciones. A más de esto, llegó un día en que disminuyó el trabajo en la tienda, y á Teresa le fué rebajado el jornal. ¡Qué día de disgusto para la jóven! Al principio trató de ocultar la verdad á su madre; pero luego tuvo que declarar su situación, sopena de que se hubiera creído que ella gastaba el escaso sueldo en cosas fútiles, olvidando sus deberes.

La noticia fué recibida por la madre con el mayor silencio. Dentro de su corazón retorciéronse las fibras más íntimas, pero nada dijo á su hija por no entristecer más su ánimo. La ruina era cierta.

¿Qué hacer? En tal situación, Teresa se acordó involuntariamente, y por una ley fatal de la Naturaleza, de aquella proposición no bien oída de su amante, en la cual iba envuelto algo favorable á su posición. Empezaron sus pensamientos á moverse en ronda siniestra dentro de su cerebro; como tropel de mariposas todavía radiantes, que empezaba á aventarse, querían escapar volando á sitios no del todo puros; pero al pretender salir de aquella cabeza excitada, chocaban contra el pudor, bien como el pájaro contra el cristal.

La madre de Teresa tenía un padecimiento. Era del corazón. Cuando algún lance de la vida la maltrataba poníase á la muerte, y sólo á fuerza de cuidados conseguía un relativo bienestar.

Esa vez cayó en el lecho con más violencia que nunca. La situación de Teresa tomaba aspecto de siniestra.

En otros talleres, donde la jóven trató de buscar trabajo, no lo encontró. Era una época malísima; insistió, y nada.

¿Qué hacer? Su madre agravábase por momentos, y en tan terrible situación de nada tenía á qué echar mano para contrarrestar el peligro. Sus escasos muebles habían sido empeñados; sus ropas, lo mismo; sólo quedaban en su casa una enferma que se moría, una silla, donde la jóven se sentaba para ver extinguirse poco á poco la vida de su madre, y un jergón sin sábanas en un ángulo, donde Teresa, en la flor de sus años, soñaba con la miseria en vez de soñar con torres de oro y horizontes azules.

Un día por la mañana la madre se moría. La jóven veía el oleaje de la muerte llegar hasta sus pies y dejarlos bañados en su espuma de sangre. Sintió la fuerza del vértigo en la cabeza. Eran las siete de la mañana, y disponíase á ir al taller. Salió. Sus cabellos iban en desorden, y lo extrañado de sus ojos indicaba la agitación de su alma. No obstante, iba extrañamente hermosa. Llegó á la tienda. La noticia primera que recibió fué la de que no había trabajo.

La ola de lo desconocido rodó sobre el organismo de Teresa. En aquel momento quedose sin acción, mirando de un lado para otro, como quien busca un sitio por donde escapar. Su amante la esperaba. Salió la jóven, y el tenorio se puso á su lado. Por primera vez volvió la cara Teresa hacia aquel hombre, y no sólo la volvió, sino que le habló. El diálogo fué rápido y expresivo.... El jóven acompañaría á Teresa á su casa....

Marchaban. El río de gentes los envolvía en sus pliegues á medida que avanzaban, deteniéndolos en este sitio, parándolos en aquel escollo, dividiéndolos por medio de una isla de personas y uniéndolos nuevamente, yendo á semejanza de dos hojas que se encuentran en un río, y aunque hijas de ramas distintas, hacen juntas su viaje hacia el mar.

Un océano era el que llevaba Teresa en el pecho, cuyas olas establecían rompientes en su cerebro.

Llegaron. La anciana estaba en la agonía. Una agitada respiración movía su pecho. Su vida se agotaba. Al ver llegar á la jóven quiso hablar, sin poder conseguirlo. Teresa se acercó llena de espanto y miró al semblante de su madre, buscando á través de la materia un alma para retenerla en aquel cuerpo casi exánime. El seno de Teresa, que había quedado medio descubierto, temblaba en agitación soberbia, como si un oleaje ronco rodara bajo su carne. Estaba la niña espantosamente humana y hermosa....

Fernando no se movía. Su primera impresión fué de espanto; después le sobrecogió honda piedad ante aquel naufragio imponente. Dirigió la vista á la habitación. Ni un mueble en ningún lado. ¿Qué casa era aquella? Y él ¿qué intentaba? No se dió respuesta. El estertor de la anciana

le sacó de aquel estado, y corrió cerca del lecho. Teresa seguía con los ojos fijos en el semblante de su madre.

Este tomó el tono de color de la cera; se fué apagando poco á poco, y cuando restaba un solo hilo de vida á la enferma, fijó los ojos en su hija y le dijo con voz parecida al ruido de una hoja seca sobre una tumba:

—¡Adios! ¡adios!

Teresa clavó entónces en Fernando una mirada inmóvil, que tenía algo de petrificada; púsose delante del cadáver de su madre, como quien defiende algo, y con voz completamente firme dijo secamente:

—¡Ya no es necesario! ¡Puede V. marcharse!....

Teresa cose nuevamente en el taller. Ahora inclina más la cabeza sobre la costura, y el dolor ha puesto dos lirios en sus ojos.

S. RUEDA.

Madrid, 1885.

## LLEGAR Á TIEMPO.



Los mozos de la aldea que en las operaciones de quinta verificadas días ántes en la Casa Consistorial con motivo del último reemplazo del ejército habían sido designados por la suerte para cubrir plaza en las filas militares, se despedían de sus deudos y amigos entonando coplas y más coplas al compás de un alegre y bullicioso guitarrillo.

De boca de los ancianos oían palabras de cariñoso consuelo los jóvenes reclutas; las madres lloraban pensando en sus hijos; las mozas solteras suspiraban tristemente pensando en sus novios, y los más espigaditos rapaces, con el candor de sus pocos abriles, daban evidentes muestras de envidiar la suerte de los nuevos soldados.

El momento de la partida estaba próximo.

Los jóvenes reclutas habían recorrido ya toda la aldea entonando cantares en los que predominaba un natural sentimentalismo, y se detuvieron, por fin, ante una bonita casa de construcción moderna y elegante.

Una jóven de quince á dieciséis años, pálida entónces como la muerte, hallábase asomada al balcon de la bonita vivienda, y fijaba su vista con marcado interés en el grupo de reclutas. Esta jóven sobresalía entre todas las mozas del pueblo por su belleza excepcional: era alta, de formas esculturales, rubia como un querube, gentil como una palmera, y en sus ojos negros y grandes se traslucía un alma temerosa de las impurezas del mundo.

Juan Perez, uno de aquellos sencillos reclutas, fijó en la hermosa jóven sus ojos anublados por las lágrimas, y de sus labios se escapó un profundo suspiro de tristeza. Mas consiguiendo el pobre mozo sobreponerse por un instante al dolor rudo que acababa de sentir, cantó la siguiente copla al compás del alegre guitarrillo:

Voy á cumplir los deberes  
Del servicio militar;  
Y aunque de tí me halle lejos,  
Mi amor contigo estará.

Poco despues el jóven cantor se despedía de los moradores de la casa.

El padre de Juan, que desempeñaba en ella las funciones de jardinero, dijo al pobre recluta dándole un estrecho abrazo:

—¡Adios, hijo mio! Acuérdate de mí, y escríbeme á menudo.

El dueño de la casa le tendió la mano, y le dijo con voz ruda:

—¡Anda con Dios, muchacho! ¡No hay que amilarse!

La jóven que ántes se hallaba en el balcon quiso decir algo para despedir á Juan, y no pudo. Sufria en aquel momento una conmoción espantosa.

—No me olvides—le dijo Juan con voz apenas inteligible y apretándole la mano.

—¡Adios, Juan!—murmuró por fin la afligida jóven al verle marchar.—Piensa en mí, y no temas que yo te olvide.

Un cuarto de hora despues los pobres reclutas, acompañados del sargento que había intervenido en la operación de la talla, veían á lo lejos la torre de la iglesia y la saludaban tristemente.

¿Quién era aquella hermosa jóven y quién aquel Juan Perez que abandonaba la aldea para ir al servicio de las armas?

Pronto van á saberlo mis lectoras.

Pedro Sanchez tenía quince años cuando se alejó de L<sup>ooo</sup>, su pueblo natal, y regresó cuando frisaba en los cuarenta.

Había ido á América, de donde tornó con una regular fortuna.

Poco despues de su vuelta contrajo matrimonio con una rica hacendada del pueblo, la cual murió á los dos años de efectuarse la boda, y fruto de esta union fué Rosalía, la hermosa rubia á quien ántes me he referido.

Desearo pasar en L<sup>ooo</sup> el resto de su vida, adquirió Pedro una porción de tierras laborables, y se hizo edificar una bonita casa con jardín en el sitio más pintoresco de la aldea.

Este jardín se hallaba, como he dicho, al cuidado del padre de Juan.

El tío Andres, que así se llamaba el pobre jardinero, hallábase viudo hacia algunos años, y Juan era el único hijo que tenía de su matrimonio.

Rosalía y Juan habían pasado juntos su existencia, y

ambos se querían con un amor completamente exento de egoísmo. Muchas veces había visto el jóven á su hermosa compañera entregada á una profunda meditación, y le había preguntado con cariñoso interés:

—¿En qué piensas, Rosalía?

Y la jóven solía contestarle tristemente:

—Piensa en tí, Juan. Pronto irás al servicio de las armas, y pasará mucho tiempo sin que nos veamos.

—¿Quién sabe?—decía el pobre mozo con mal disimulada amargura.—No pensemos en eso todavía.

—¡Si papá te proporcionase el dinero necesario para tu redención!.... ¿Quieres que se lo diga?

—¡Te lo prohibo terminantemente!

Juan cumplió la edad reglamentaria para entrar en quintas, y Pedro Sanchez ni siquiera pensó un momento en que podía redimir al jóven recluta.

Trascurrió un año. La guerra civil se hallaba en su apogeo, y Juan, combatiendo contra las huestes de D. Carlos, había obtenido varias recompensas por sus valerosas hazañas. Ya era sargento, y le habían sido concedidas algunas cruces.

Cuando escribió á la aldea para comunicar la noticia de su último ascenso, su padre acababa de bajar á la tumba.

El pobre Juan humedeció completamente con su llanto la carta en que se le refería tan triste nueva.

—¡Nadie me queda ya en el mundo!—exclamó con voz sorda.

Y de pronto, como si su pecho hubiera sentido el influjo de un bálsamo consolador, dijo sonriéndose melancólicamente:

—¡Ah, sí! Mi padre ha muerto; ¡pero vive ella todavía!

Juan continuó dando en la campaña contra los carlistas pruebas fehacientes de singular denuedo. Casi siempre que su compañía ó su batallón tomaba posiciones al enemigo, Juan era el primero que ponía sobre ellas su planta victoriosa. Así es que no pasaba año sin que obtuviera uno ó dos ascensos.

Cuando la guerra civil estaba ya á punto de darse por terminada, el jóven ex recluta era nada ménos que capitán. Para los vecinos de L<sup>ooo</sup> no había pasado todavía de simple sargento, porque siempre se abstuvo, desde la muerte de su padre, de dar á ninguno de ellos noticias del rango que ocupaba en las filas del ejército.

No era nada vanidoso, y obraba así en conformidad con su sencillez de costumbres.

Creyéndose ya digno de ser esposo de Rosalía, escribió una carta á Pedro Sanchez, en la que le manifestaba su propósito con respecto á la jóven.

Esa carta, despues de los preliminares de costumbre, decía así:

«Hace algunos años que su hija y yo nos amamos en secreto. Si yo continuára siendo un pobre campesino, sin más patrimonio que el corto producto de mi trabajo, trataría de sofocar á toda costa el amor que profeso á su hija. Pero hoy no son iguales las circunstancias, y el puesto que ocupo en el ejército me permite aspirar á la mano de Rosalía.

»Tenga V. la bondad de decirme si se halla dispuesto á consentir que el matrimonio sancione la felicidad de ambos amantes.»

Juan ocultaba también en esta carta, no sé si por olvido ó intencionalmente, el grado que tenía en el ejército.

Todo era posible.

El efecto que la lectura de la carta reproducida anteriormente causó en el ánimo de Pedro Sanchez, no es para descrito.

—¡Demonio!—exclamaba el padre de Rosalía estrujando el manuscrito entre sus dedos crispados por la cólera.—¡No creí que llegase á tal punto la audacia de ese monigote! ¿Si creará el infeliz que por el hecho de ser un simple sargentillo puede alcanzar el cielo con las manos? ¡Ya le diré yo quién es Pedro Sanchez!

En aquel momento recordó que Agustín Lopez, un mozo de familia muy bien acomodada de la aldea, venía galanteando á Rosalía desde que Juan se hallaba ausente.

—Debo conocer las intenciones de Agustín—murmuró—antes de dar en este asunto un paso decisivo.

Pocos días despues, el mismo Agustín se presentó en casa de Pedro Sanchez á solicitar la mano de Rosalía.

—Por mi parte—dijo el padre de la jóven—no hay obstáculo ninguno para que ese matrimonio se efectúe. Si la chica es gustosa, ¡adelante con los faroles!

—Ella—respondió Agustín—está ciegamente enamorada del sargentillo; ¡como si el muy pobrete pudiera sostenerla en el rango que á VV. corresponde!

—Eso ya se arreglará—repuso Pedro Sanchez con voz firme.

Desde este momento, el padre de Rosalía procuró y consiguió detener mañosamente todas las cartas que á nombre de la jóven llegaban á L<sup>ooo</sup>, é hizo correr la voz de que Juan había muerto en una refriega sostenida contra las huestes de D. Carlos.

Cuando esta miserable patraña llegó á oídos de Rosalía, la pobre jóven estuvo á punto de volverse loca.

Pedro Sanchez trató de consolar á su hija haciéndole entrever un porvenir lleno de ventura; pero la triste jóven, preocupada siempre con el recuerdo de Juan Perez, no conseguía hallarse libre del acerbo dolor que había echado hondas raíces en su alma.

—No seas tonta—le decía su padre;—los muertos no han de resucitar. Agustín es buen muchacho, rico por contera, y seréis felices si los lazos del matrimonio unen vuestros corazones.

La jóven permanecía silenciosa y triste.

Al fin, los repetidos consejos de su padre le hicieron



aceptar, no sin disgusto, el matrimonio que se le proponía.

¿Cómo resistirse?

Mientras esto ocurría en la aldea, Juan trataba en vano de averiguar el motivo del silencio de su amada.

— Me explico — solía decirse — que á D. Pedro le haya sentado mal la carta en que le pedí la mano de Rosalía, porque al fin ese hombre es vanidoso hasta dejarlo de sobra; pero ¿qué motivos tiene mi amada para no escribirme?

Y el pobre Juan, para consolarse de algun modo, concluía por atribuir el hecho de no llegar cartas á sus manos al mal servicio de comunicaciones.

En esto se dió la guerra civil por terminada, y Juan obtuvo el grado de comandante.

No reteniéndole ningun asunto en el que fué campo de batalla, adquirió permiso para regresar á la aldea.

Dos días despues veíase galopar por la carretera que conduce á L... un brioso caballo, sobre el cual cabalgaba el jóven comandante vestido de uniforme.

No bien pisó Juan el suelo donde habia nacido y habia pasado los mejores años de su existencia, cuando hallóse con un antiguo camarada que se descubrió al verle llegar.

— ¡Hola, Roque! — le dijo Juan con cariñoso acento. — ¿Por qué te descubres?

— ¡Cómo! — replicó el interrogado, no queriendo dar crédito á sus ojos. — ¿Es V. Don Juan? ¡Pues si decían que V. habia muerto!... ¡Pobre Rosalía! ¡Cómo va á alegrarse cuando le vea á V.!... Pero, ahora que me acuerdo, ¿no sabe V. que hoy se casa con Agustin Lopez?...

— ¿Ella? — preguntó Juan estremeciéndose como si le hubiera picado una víbora.

— Sí, señor; Rosalía se casa hoy con Agustin. ¿No lo sabía V.? ¡Ya estarán en el templo!...

Juan no quiso oír más. Despidióse de su antiguo camarada y hundió fuertemente las espuelas en los ijares del caballo, poniéndole en camino de la iglesia.

Al llegar al vestibulo, ató el caballo á un árbol próximo y penetró en el templo.

Rosalía oyó el ruido que produjo Juan con las espuelas al entrar, y fijó con vivísimo interes sus hermosos ojos en el recién llegado.

Pronto reconoció á Juan.

La sorpresa de Rosalía al ver á su antiguo amante no tuvo límites.

En aquel momento el sacerdote hacia á la jóven la siguiente pregunta:

— ¿Quiere V. por esposo á Agustin Lopez?

— ¡No! — contestó la jóven con voz clara y enérgica.

Todos los presentes quedaron atónitos al oír esta inesperada contestación.

— ¿Cómo es eso? — balbuceó Agustin con rabia mal comprimida.

— ¡Imbécil! — exclamó Rosalía fuera de sí. — ¿No ves que está aquí él, Juan, mi verdadero amante?

— ¿Dónde? — preguntaron varias personas á la vez.

— ¡Aquí! — respondió Juan presentándose á la comitiva. — Ya veis — añadió — que esta boda no puede efectuarse.

El jóven militar, con sus galones relucientes y las meritorias cruces que pendían de su pecho, causó grande asombro entre aquellos sencillos aldeanos.

Agustin, por decir algo que estuviese en armonía con lo crítico de las circunstancias, prometió solemnemente que habia de vengarse, y salió presuroso de la iglesia.

Pocos momentos despues todos los vecinos de L... sabian que la boda de Rosalía y Agustin se habia deshecho; que la muerte de Juan habia sido una invención propalada por Pedro Sanchez, y que el supuesto difunto habia regresado á su país natal con los galones de comandante del ejército.

Rosalía y Juan se han casado y son felices como nunca. Pedro Sanchez, que no opuso últimamente resistencia á esta union, suele decir á Juan, dándole con simulado cariño una palmadita en el hombro:

— Pero, muchacho, ¿cuándo llegas á general?

ÁLVARO ORTIZ.

MAGDALENA.

HISTORIA VULGAR.

I.

AQUELLA noche se celebraba en Madrid la verbena de San Lorenzo.

El barrio de Lavapiés, todo entero, se agitaba y se revolvia por calles y plazuelas con bullicio ensordecedor y desbordada alegría.

Nada más pintoresco que aquel espectáculo popular que la tradición ha consagrado y aun en la actualidad hace las delicias de los buenos habitantes de los barrios bajos, ese otro Madrid que en nada se parece al Madrid culto, elegante y perezoso de los salones y los ateneos, de los teatros y del Parque del Retiro.

Delante de la parroquial iglesia dedicada al diácono mártir de la legendaria parrilla, y á lo largo de la calle, se extendían dos hileras de puestos de flores y rosquillas, macetas con plantas de albahaca y claveles, torraos y avellanas tiernas, santos de barro y juguetes de á real la pieza: un verdadero campamento de tinglados y abigarradas garitas, de buñolerías al aire libre y horchaterías económicas.

Los vendedores con su característico vocear atronador, los ciegos con sus cantares picarescos y los chiquillos con

las estridentes pitadas de sus trompetillas, acababan de dar vida y animación al cuadro.

A la puerta de algunas tiendas de vinos, ó en el portal de ciertas casas de vecindad, algun que otro chulo de melena corta y sombrero flamenco rasgaba nerviosamente la guitarra, punteando un vals ó una habanera; y era de ver cómo al compas de aquella música ligera é incitante se agitaban en revuelto torbellino cien parejas, bailando á todo bailar y sudando como africanos bajo esa temperatura canicular y asfixiante propia de las noches de Agosto en aquellos barrios de calles estrechas, empinadas y tortuosas, que tan poco honor hacen á la policía urbana de Madrid.

Por medio de la calle, en el espacio comprendido entre las dos filas de puestos de la verbena, paseaba, ó mejor dicho, se estrujaba lindamente una muchedumbre de gentes de ambos sexos y de todas las edades, alegre, riante, decidora y provocativa, dispuesta á divertirse á todo trance y á pasar una noche de jaleo y de expansión.

Las muchachas jóvenes y las hembras de rompe y rasga, que tanto abundan aun por aquel extremo de la córte, como semilla más ó ménos degenerada de las antiguas manolas, ostentaban, en su mayoría, sobre los hombros el clásico pañolón de Manila, de largas rozagantes puntas y fleco de á vara de finísima seda, que, replegándose y ondulando con los desenvueltos giros, no exentos de gracia y voluptuosidad, de aquellas arrogantes mozas, prestan no sé qué nuevo encanto á sus formas y qué mágicos atractivos á la nativa gentileza de las madreñilas de pura sangre.

Veíanse entre aquella bulliciosa muchedumbre gentes de todas clases y categorías, porque tambien entre el pueblo hay categorías y clases; gran número de jóvenes obreros, artesanos y chulos; mujeres de plazuela y mozuellas de lengua desenfadada y ojos negros de mirada penetrante como el filo de puñal toledano, y no faltaban tampoco aficionados al regocijo y al ruido, de más elevadas clases, y tenorios averiados de la goma de Madrid.

Porque quizá ninguna otra romería ni verbena presenta aspecto tan singular y tan pintoresco como la de San Lorenzo.

Es una verdadera exposición del garbo, la travesura, el lujo y el desparpajo de la gente del Lavapiés y sus contornos.

Aquella noche de todos lados se cruzaban, á una, cantares, gritos, requiebros, amenazas, empujones, chanzonetas picantes y convites.

II.

Tras un grupo de muchachas, ninguna de las cuales llegaría á los veinte años, pero de las que ninguna tampoco era fea, y en cambio todas tenían remuchísima sal y mucho donaire, venían, cogidos del brazo, dos caballeros, que de una legua denotaban por sus maneras y sus trajes no ser vecinos de aquellos barrios y si gente de más alta estofa social que la generalidad de los que por la verbena andaban revoloteando.

— Pero, mira, mira qué bonita y qué reteguapa es esa morenilla del pañolón blanco — decía uno de ellos, dirigiéndose á su compañero y ahuecando un poco la voz para que oyese el piropo la aludida.

— Te digo que es un terroncito de sal, Adolfo; tienes buen gusto, chico.

— La verdad es que esta niña se me lleva de calle; quisiera ser ese clavel que ves entre sus trenzas, para que, cuando se lo quite, me deshojase entre sus manos.

— Creo que te estás enamorando....

— Y no te equivocas; la voy á seguir hasta el fin del mundo, porque se me van los ojos tras ella.

— Pues temo que vas á quedarte ciego.

— No, porque ya lo estoy desde que he visto á mi morenita.

— Me parece que con este calor que hace te estás derri-tiendo.

Las muchachas, al oír este ingenioso equívoco, rompieron á reír á todo trapo.

Les hacían gracia indudablemente aquellos requiebros por lo fino, como ellas suelen decir, á que no estaban acostumbradas.

Ello es que á poco rato los unos preguntaban y contestaban las otras; y de bromita en bromita, y de piropo en piropo, la cosa concluyó por hacerse general la conversación y permitir las jóvenes que los dos señoritos las acompañasen por la verbena.

Las vehementes declaraciones de Adolfo, que era perro viejo en materia de amorios, produjeron el efecto natural en el corazón de la linda morena, para quien aquel lenguaje y aquel apasionamiento eran absolutamente desconocidos.

El tal Adolfo era un jóven como de treinta años, de buena figura y elegante porte, ligeramente pálido de rostro, por consecuencia quizá de su vida no muy arreglada y de su afición á trasnochiar en reuniones, orgías y casinos.

Tenia un buen destino en Hacienda, aunque apenas parecía por la oficina una vez á la semana, pues contaba con padrinos de alto rango, y por consecuencia se le importaba un ardite de los expedientes, de las minutas y de las genialidades de los jefes, que nunca se atrevían con él, sabiendo, como sabían, que era del gremio de los privilegiados.

Así que nuestro hombre sólo pensaba en cobrar su paga, que, con otra rentilla que por su casa disfrutaba, derrochaba buenamente en placeres y devaneos.

Su ocupación más importante era correr á caza de conquistas femeninas y flanear como un potentado.

Volteriano por temperamento y por costumbre, se burlaba de todo, y sólo consideraba bueno y práctico lo que pudiera proporcionarle goces y distracciones. El espíritu no era para él más que una fuerza nerviosa en las funciones de la vida orgánica. Frio, insensible y despreocupado hasta la exageración, era el prototipo de cierta clase de entes, perfectamente inútiles, pero perfectamente dañinos tambien, que tanto van abundando en la sociedad.

Cuanto á la jóven morena que en la verbena le habia

entrado por ojo, era, á la verdad, una muchacha preciosa.

Esbelta, aunque no muy alta, vivaracha, decidora y de mórbidas formas, Magdalena, que así se llamaba, era uno de esos tipos que suelen verse por el Lavapiés, rebosando gracia y sal y pimienta.

Huérfana de padre desde niña, su madre, *corredora* de ropas y alhajas, la habia dedicado á la aguja, y Magdalena era ya á la sazón una costurera que tenia puesto muy alto el pabellón en el taller.

La jóven chula estaba dotada de exquisita sensibilidad natural, y todas sus compañeras la apreciaban mucho por su ingenua afabilidad, sus generosos sentimientos y su gracejo poco comun.

Por lo demas, su instrucción era la correspondiente á su clase, y eso áun gracias al despejo nativo de su inteligencia, porque habia tenido que dejar en edad temprana la escuela por el obrador; y no era tampoco mucho más profunda su educación moral, porque la madre se cuidaba poco de tales bagatelas, aficionada como era á vivir á su libertad y á su capricho.

III.

Entablada la conversacion entre los tenorios y las alegres muchachas amigas de la costurera, pronto se estableció entre unas y otros cierta cordialidad franca y expansiva.

Las verbenas son uno de los más poderosos medios de aproximación entre las gentes, sobre todo tratándose del pueblo, siempre fácil y dúctil á la confianza y á la comunicatividad.

Inmediatamente vinieron los convites, y las muchachas se dejaron obsequiar y agasajar á gusto de sus improvisados caballeros, que no eran, á la verdad, mezquinos en el gastar, y ménos en honor de mujeres, y de mujeres bonitas y nada esquivas ni desdénosas.

En suma, la velada se pasó agradablemente, y todos quedaron á la postre muy amigos y muy satisfechos unos de otros.

Adolfo paseó del brazo por la verbena á la preciosa morenita, escoltándole el amigo de aquél y las muchachas, que bromeaban entre sí de lo lindo.

No perdió el calavera volteriano tan propicia ocasión, y le espetó á Magdalena su declaración en toda forma, empezando por el *tuteo* de rigor en tales casos.

— ¿A qué hora sales del taller, Magdalena? — le dijo por último el conquistador.

— A las ocho de la noche; pero mañana es fiesta.

— Bueno, pues pasado mañana te esperaré á la salida.

— Muchas gracias, pero que no te vean las compañeras; son muy *guasonas*, y en seguida no me dejarían vivir con sus *pullitas*. ¡En los obradores se corta cada traje!....

— Corriente; te aguardaré en la plaza de Santa Ana, junto al kiosko de las flores, casi frente á la del Angel.

— Me parece bien; yo huiré el bulto al salir de casa de la maestra, y se acabó.

— Cuidado que me faltes.

— No faltará; eso se queda para vosotros los hombres, que sois tan *vareables*.

— ¿Te quieres callar, chiquilla? Te he dicho que estoy enamorado de ti como nunca lo he estado de mujer alguna, y lo repito; esos ojillos traidores me están quemando el corazón.

— Anda, que buen picaro estarás tú....

— Lo que yo estoy es queriendo y sintiendo tener que separarme tan pronto de una mujer tan remonísima.

— ¡Puede!

— Voy á enfadarme si continúas tomando á broma mis declaraciones.

— ¡Jesús! ¡qué pronto te incomodas! Mira, no quiero que seas así, Adolfo, porque me harás llorar mucho....

— ¿Yo hacerte llorar, vida mia? No se te ocurra tal disparate; pero es preciso que me creas.

— Bueno, sí, ya te creo; todo es una bromita: ya verás como yo te quiero tambien, y más que tú á mí.

— No sé por qué ha de ser eso.

— Pues, sí señor; porque tú habrás tenido ya Dios sabe cuantas novias, y yo no he tenido ningun novio hasta ahora — contestó ruborizándose y bajando dulcemente los ojos la costurera.

— ¿De verás?

— ¡Te lo juro!

— ¿De manera que yo soy tu primer amor?

— El primero, eso es.

— ¡Qué dichoso me haces con esas palabras! ¡Soy el hombre más feliz del mundo!

— Con tal que no me olvides....

— ¿Yo? ¡Quita de ahí! ¡Jamás!.... ¡Tuyo para siempre!

— ¡Y yo para siempre tuya! — contestó la jóven suspirando conmovida.

La primera batalla estaba ganada: aquel tierno suspiro se lo probó con toda evidencia al afortunado Adolfo, harto perito en estos lances para no saber á qué atenerse.

La necesidad de retirarse las muchachas puso fin al idilio de la enamorada pareja.

Despidiéronse todos cariñosamente, estrechándose las manos como amigos de toda la vida, ya que las jóvenes se opusieron á que las acompañasen Adolfo y su compañero, por no llamar la atención en su barrio.

Magdalena entregó ántes á su rendido caballero el clavel que llevaba entre las trenzas, como prenda de su amor, y Adolfo se apresuró á ponérselo en el ojal del chaqué: era su primer trofeo.

JUAN CERVERA BACHILLER.

(Se continuará.)

REVISTA DE MODAS.

Paris, 2 de Octubre.

Como era de prever, el *traje*, es decir, el vestido compuesto de falda, doble ó sencilla, túnica y corpiño, éste último separado de la túnica ó formando parte de ella; el



traje, en una palabra, ha salido triunfante del asalto de las reformadoras ó partidarias de la novedad á todo trance.

La falda y la túnica, si bien del mismo color, serán sin embargo casi siempre de tela distinta. La falda será de tela lisa, rayada ó *chiné*, y en tal caso, la túnica y el corpiño se harán de tela listada de un solo color, ó de varios matices de un mismo color, ó bien de tela brochada, cuyo fondo será igual á la falda.

La combinacion inversa se empleará á menudo: falda listada ó brochada, corpiño y túnica de tela lisa del mismo color. Finalmente, se harán tambien la falda y el corpiño de la misma tela, lisa, listada ó brochada, y la túnica, de otra tela de color igual.

En todos estos géneros, lo liso no será invariablemente liso en cuanto á la fabricacion de la tela, pero lo será invariablemente por lo que respecta al color. Un tejido más ó menos ensortijado, mosqueado ó de lunarcitos será considerado como liso desde el momento en que un color solo entra en su fabricacion.

Como los tejidos á la moda van adornados de listas aterciopeladas, rizadas, afelpadas, etc., las cuales alternan á menudo con listas de moaré caladas, ó de otro género, esta moda exigirá cierta sencillez. Los adornos complicados, las bandas revueltas y cruzadas hasta el punto de ser incomprendibles, los bullonados, en una palabra, todos los adornos voluminosos son incompatibles con las telas de que voy tratando. Así es que se verán muy pocas guarniciones de esta clase.

En materia de listas las hay que no tienen más anchura que un hilo un poco grueso y otras que son del ancho de una mano, sin contar los grados intermediarios, que son innumerables. Se fabrican tambien unas telas lisas, con una cenefa ancha de felpa ó de tejido rizado de varios colores, cuya cenefa va puesta de modo que pueda utilizarse para el borde inferior de la falda. Una cenefa igual, pero menos ancha, está destinada al corpiño y á la túnica. Se hacen tambien las mismas cenefas imitando la tapicería antigua.

Los lienzos de embalaje, el lienzo de rodillas, la toalla afelpada.... Mis lectoras van á preguntarme sin duda, al leer las anteriores denominaciones, lo que significa la invasion de estos lienzos en un artículo de modas. Esto significa que el tejido de estos lienzos y de estas toallas ha sido imitado y reproducido en telas de lana gruesas, y servirá para vestir las personas que gusten de esta clase de telas, que no serán tal vez las personas menos elegantes.

Segun ya hemos dicho, los tejidos *guipure*, encaje de lana, etc., prolongarán probablemente su boga, extendiéndola hasta el invierno próximo. Estos tejidos se llevan siempre sobre un vestido de seda; no creo que la pretension sea inadmisibile. Se preparan tambien algunos de estos tejidos con filetes gruesos de lana torzal de varios colores, otros con listas brochadas, etc. Por último, citaremos los tejidos de *guipure* fabricados con su forro de color vivo, que forma un vivo ó trasparente inseparable.

Una tela mucho más conocida, infinitamente sencilla, y que, á pesar de estos dos defectos, no dejará de emplearse con mucha frecuencia el invierno próximo, es el casimir, especie de paño muy fino y muy ligero. Se harán de esta tela trajes muy lindos y distinguidos en extremo, precisamente porque están destinados á pasar desapercibidos. He tenido últimamente ocasion de ver en uno de los obradores principales de París un vestido de este género, que me ha llamado la atencion, como llama la atencion la violeta, porque se esconde al parecer. El vestido en cuestion era de cachemir gris y limosina gris listada, empleada esta última en *quillas* y en tiras que ribeteaban una manteletita igual al vestido. Un poco de encaje de lana gris y varios lazos de moaré del mismo color componian todos los adornos del vestido; pero este vestido, en su extremada sencillez, era delicioso.

Entre los trajes sencillos citaré otro que era de tela de lana, fondo color de bronce oscuro. La falda, hecha de esta tela, iba dispuesta por detras en pliegues gruesos, y el paño de detras se prolongaba, al parecer, por delante, para formar dos bandas, que se cruzaban é iban á fijarse en los costados bajo este paño. El corpiño, terminado en punta, iba muy abierto sobre un peto de *surah* granate, plegado en forma de banda horizontal. Todos los contornos del borde inferior del vestido, de las dos bandas, de las mangas y de los delanteros del corpiño, iban ribeteados de tiras de felpa, muy estrechas, de tres colores: verde inglés, granate y color de bronce, de un matiz más claro que el del vestido. En el borde inferior de éste iban seis tiras de felpa, dispuestas, por lo que hace á los colores, como acabo de indicar.

Los abrigos cortos de otoño se hacen, ora de tela y color igual á los vestidos (á la falda ó á la túnica), ora de pañetes y lanillas ligeras, diagonal, cheviota, etc., de colores neutros, como fieltro, crudo ó masilla. Se forran estos abrigos de una franela ligera de color vivo, lo cual es suficiente para todo el mes de Octubre y parte de Noviembre.

VIZCONDESA DE CASTELFIDO.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.831.

(Corresponde á las Sras. Suscriptoras de la 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> edicion.)

1. *Traje de otoño.* Falda de tafetan color de musgo, adornada en el borde inferior con un tableado de 35 centímetros, hecho de faya del mismo color. Segunda falda de siciliana color de musgo, fruncida en la cintura y recogida por delante con una herradura. Corpiño fruncido de la

misma siciliana. La tira que adorna el borde inferior de la segunda falda, el canesú del corpiño, el cuello y todos los demas adornos son de terciopelo color de escabiosa. Este elegante traje va completado con una levita cubierta de seda adamascada color de musgo con dibujos de relieve de color de escabiosa. Esta levita deja completamente descubierto el delantero del vestido y se abrocha sobre el corpiño con dos correas de terciopelo.

Tela necesaria: 5 metros de tafetan para la falda de debajo, 3 metros de faya para el tableado, 6 metros 50 centímetros de siciliana, 2 metros de terciopelo y 6 metros de tela adamascada para la levita. Todas estas telas tienen 60 centímetros de ancho.

2. *Traje para recibir.* Vestido de lanilla color de tórtola y limosina listada color de caoba, verde y color de hierro mohoso de varios matices. Falda lisa de lana, con listas tejidas en la misma tela. Polonesa de limosina, muy ajustada y abierta sobre la falda desde la cintura. El chaleco, ó mejor dicho, el peto, es de faya color de caoba y va cruzado por unas correas de pasamanería de lana, que sirven para cerrar la polonesa. Una trenza de pasamanería de lana igual rodea dos veces la cintura y va anudada en el costado como indica el dibujo. Cartera de faya color de caoba en la manga. La polonesa va forrada enteramente de *surah* azul.

Se necesitan para hacer este traje 4 metros de limosina, de un metro 20 centímetros de ancho, y 60 centímetros de faya para los adornos. La falda se vende ya preparada, y tiene 2 metros 30 centímetros de vuelo y un metro 6 centímetros de altura.

ARTICULOS DE PARÍS RECOMENDADOS.

El mejor de los jabones es el *Sapoceli*, jabon á la esperma de ballena, del perfumista GUERLAIN (15, rue de la Paix, París); pero, como todos los jabones, hay que emplearlo con cierta precaucion para el rostro. Dos enjabonados á lo más, por semana, son suficientes; pero mayor número ofreciera inconvenientes. Hé aqui cómo debe procederse á los enjabonados, cuando se trata del rostro: extiéndase jabon sobre un lienzo empapado en agua tibia, y frótese con él la cara; despues, lávese ésta por dos veces con agua clara, á fin de que no quede traza de jabon sobre el cutis. Si se experimenta la menor sensacion de picor ó crispacion en la piel, aplíquese un poco de *cold-cream* ó *crema de fresas*, y séquese al cabo de algunos instantes.

Las señoras que monten á caballo, que se ocupen de jardinería ó que viajen, y que, por lo tanto, consideren insuficiente dos enjabonados por semana, deben usar la pasta de terciopelo, que limpia tan bien como el jabon, y es más suavizante.

La faja *Regente* y el corsé *Ana de Austria*, de la casa de VERTUS, 12, rue Auber, en París, son igualmente apreciados por las señoras elegantes y por las señoras prácticas: de las primeras, porque dan á sus talles el aire de moda; de las segundas, porque, á la vez que la elegancia, encuentran el bienestar, de que no siempre se preocupan las primeras. El talle, bien marcado por un corte acertado, conserva su flexibilidad y la libertad de sus movimientos. Este corte se modifica segun el busto, ya sea para alargarlo, ya para disminuir su grueso. La faja *Regente* es del todo graciosa en sus proporciones, relativamente reducidas; es el verdadero corsé para los trajes de verano, y aunque muchas damas elegantes lo llevan en cualquier estacion, nos parece especialmente apropiada á las *toilettes* ligeras, al corpiño ahuecado, á la camiseta albanesa y al fichú plegado.

La acreditada modista DOÑA SOFÍA FRANCÍ avisa á sus favorecedoras, que por olvido ó mala direccion no hayan recibido aviso particular, que se ha trasladado á la calle de Las Fuentes, 1, pral., donde encontrarán un gran surtido en adornos y encajes, como tambien buen gusto en la confeccion de vestidos, abrigos, etc.

Á las SEÑORAS que residen en PROVINCIAS se las servirá con actividad y economía. Se contesta á las consultas, se envian muestras, y se remiten los encargos por el punto que se indique.

¡QUININA DULCE! — En una napolitana, que sólo sabe á chocolate, cuatro granos de sulfato. Hay tambien polvo. Va por correo. De venta en muchas boticas. Pedid prospectos al Dr. Santoyo (de Lináres).

El CREPÉ FRANCÉS es el más barato y mejor relleno para almohadillas de polisones. Unico depósito en Madrid, Fuencarral, 8.

«Nantes (Loire-Inférieure), 21 de Noviembre de 1882.—Siendo de constitucion anémica, y habiendo usado muchas veces el Hierro Bravais, he visto hasta ahora que me había procurado siempre el mayor alivio. Como mi provision se ha acabado, le ruego á V. me envíe 6 frascos.—L. PERRIN.»

En todas las farmacias. Exigir la firma R. Bravais, impresa en rojo.

Los Depilatoires DUSSEY destruyen de raíz los pelos inconvenientes y aseguran su desaparicion definitiva. Más de cincuenta años de éxito permiten dar la seguridad formal de que es así; rue J. F. Rousseau, 1, París, y en Madrid, en las perfumerías de Pascual, Frera, Inglesa, etc.

ADVERTENCIA.

Los frecuentes abusos que vienen cometiéndose por individuos que falsamente se atribuyen el carácter de representantes de esta Empresa en las provincias, nos ponen en el caso de recordar nuevamente: 1.<sup>o</sup>, que no respondemos más que de aquellas suscripciones que se hayan formalizado y satisfecho en nuestras oficinas; 2.<sup>o</sup>, que el público debe acoger con la mayor reserva las instancias de personas que, á la sombra del crédito de la Empresa, y atribuyéndose una representacion que de ningun modo pueden justificar, abusan lastimosamente de su buena fe, y 3.<sup>o</sup>, que siendo en gran número los libreros, impresores y dueños de establecimientos mercantiles que en todas las capitales y poblaciones importantes del Reino reciben suscripciones á LA MODA ELEGANTE y á LA ILUSTRACION ESPAÑOLA, correspondiendo con honradez á la confianza que en ellos deposita el público, no nos es posible estampar aquí una lista tan numerosa, ni es tampoco necesario; porque conocidos como son en sus respectivas localidades, por el crédito que su comportamiento les haya granjeado, nada es tan fácil para las personas que deseen suscribirse por medio de intermediarios, como *asesorarse previamente de la responsabilidad y garantia que puede ofrecerles aquel á quien entregan su dinero.*

La Administracion de estos periódicos hace saber que D. Victor M. Pruneda, de Avilés (Gijón), NO ESTÁ AUTORIZADO para cobrar suscripciones á los mismos.

SOLUCION AL JEROGLIFICO DEL NÚMERO 34.

Las numerosas huestes de Napoleon fueron diezmadadas en la sin par Zaragoza.

La han presentado las Sras. y Srtas. D.<sup>as</sup> Hipólita los Arcos de Hernandez.—D.<sup>a</sup> Cruz y D.<sup>a</sup> Encarnacion Navarro.—D.<sup>a</sup> Teresa Escobar de Maza.—D.<sup>a</sup> Elisa Miranda de Beltran.—D.<sup>a</sup> Alicia y D.<sup>a</sup> Otilia Armada Lopez.—D.<sup>a</sup> Arsenia Rodriguez.—D.<sup>a</sup> Concepcion Hernandez.—D.<sup>a</sup> J. Varela Mendez de Lina.—D.<sup>a</sup> Carmen Hontan.—Sra. de Fons.—D.<sup>a</sup> Amelia Rodriguez.—D.<sup>a</sup> Rosalia Rubio.—D.<sup>a</sup> Herminia Sanchez.—D.<sup>a</sup> Mercedes Samped.—D.<sup>a</sup> Fernanda Feijó.—D.<sup>a</sup> Esperanza Castillo.—D.<sup>a</sup> Emilia Suarez.—D.<sup>a</sup> Carmen Espinosa.—D.<sup>a</sup> Lucia Amador.—D.<sup>a</sup> Teresa Montes.—D.<sup>a</sup> Ramona Alonso.—D.<sup>a</sup> Dolores Perez.—D.<sup>a</sup> Eloísa de Córdoba.

Tambien hemos recibido de la Isla de Cuba solucion al Salto de Caballo núm. 29 de las Sras. y Srtas. D.<sup>as</sup> Rosa de Ferreira Diaz.—D.<sup>a</sup> Antonita Melgares, y una Suscritora de Guanabacoa.

JEROGLÍFICO.



LA SOLUCION EN UNO DE LOS PRÓXIMOS NÚMEROS.





Nº 500

*Paris. Alp. Schickhaus. conf. Aquilino Gu. B.º. 1885.*

Nº 1831

# LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Administracion Carretas 12 pral.

MADRID

*Perfumeria de lujo. Guerlain. 15. r. de la Paix. Paris.*

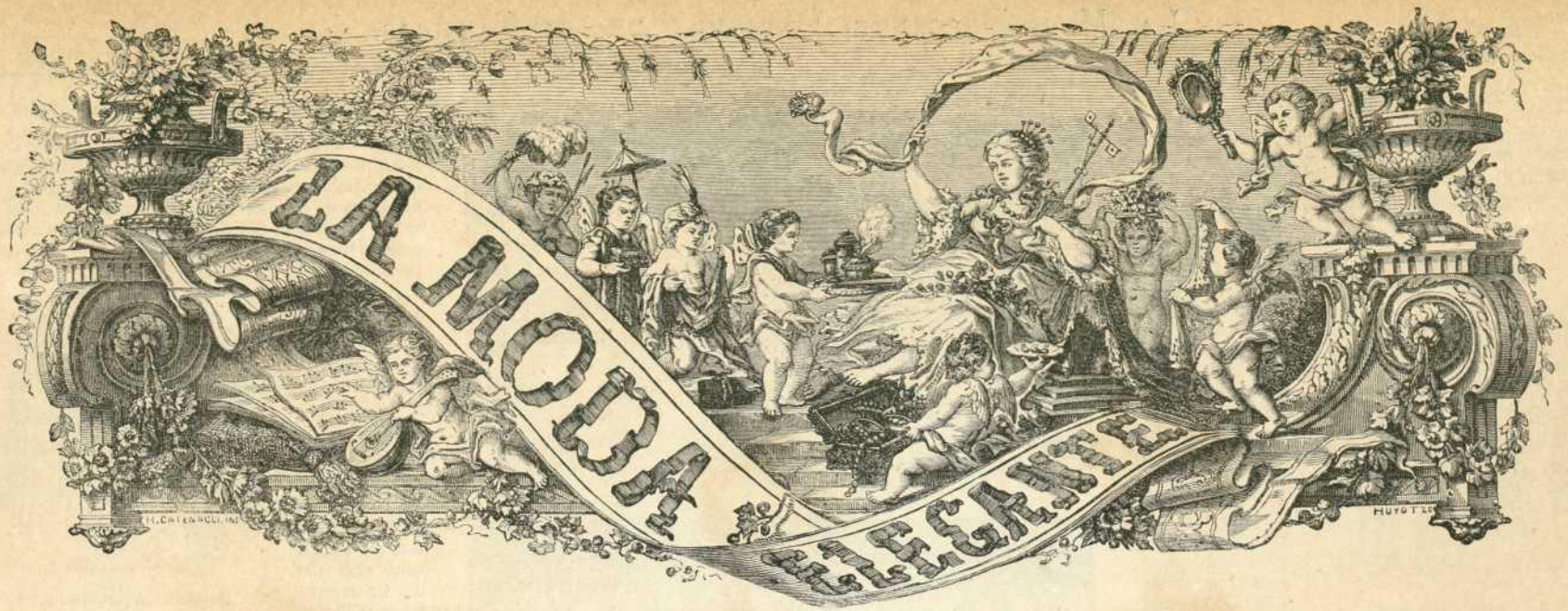
*Corse. Ana de Austria y Faja Regente B.º. de M.º. de Vertus. 12. r. Auber. Paris.*











## PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

CONTIENE LOS ÚLTIMOS FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARÍS, PATRONES DE TAMAÑO NATURAL, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, CROCHET, TAPICERÍAS DE COLORES NOVELAS.—CRÓNICAS.—BELLAS ARTES.—MÚSICA, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

AÑO XLIV.

MADRID, 14 DE OCTUBRE DE 1885.

NÚM. 38.

### SUMARIO.

1. Corpiño para teatro ó concierto.—2. Camiseta para niños.—3. Camiseta para niños pequeños.—4. Pantalón para niños pequeños.—5 á 7.—Toalla bordada.—8. Dibujo corriente.—9. Faja para niños pequeños.—10. Peinado de recepción.—11. Peinado de calle para señoritas ó señoras jóvenes.—12. Traje de visita.—13. Traje de paseo.—14. Manton de la India transformado.—15 y 16. Sombrero y capota de luto.—17. Sombrero de fieltro color de nítida.—18. Abrigo para niñas de 6 á 7 años.—19. Confección para niñas de 5 á 6 años.—20. Paletó para niños de 4 á 5 años.—21. Abrigo para niños de 6 á 8 años.—22. Traje de mañana.—23. Traje de luto.—24. Traje de calle.—25. Vestido para señora de cierta edad.  
Explicación de los grabados.—Magdalena, historia vulgar (conclusion), por D. Juan Cervera Bachiller.—Alucinación, cuento, por D.<sup>a</sup> Sofia Casanova.—Correspondencia parisiense, por X. X.—Poesías: A mi distinguida amiga Filina U., por D. P. de Torre-Istunza.—A una niña, con ocasión de comulgar la primera vez, por D. Enrique Menéndez Pelayo.—Recetas útiles.—Explicación del figurín iluminado.—Suetos.—Soluciones.

bordada y de un dibujo calado. Se la guarnece de un encaje blanco. La toalla se compone de un pedazo de lienzo de un metro 58 centímetros de largo por 58 centímetros de ancho, doblado á todo el rededor para formar un dobladillo de un centímetro de ancho. Para hacer la labor calada (véase el dibujo 6, que representa esta labor de tamaño natural), se sacan de uno de los lados trasversales, á un centímetro de distancia del dobladillo, 8 hebras; se dejan 4 hebras y se sacan otras 2. Se hace en el borde inferior de esta labor un dobladillo calado con algodón grueso. Se reúnen, siempre por medio de un punto, 4 hebras

flojas; se rodean despues las 4 hebras pasadas, reuniendo alternativamente en uno de los lados las 4 hebras anteriores; se pasa la aguja por debajo de las hebras pasadas, dirigiéndose de arriba abajo hácia la parte exterior; se reúnen con la aguja 4 hebras; se conduce la hebra dirigiéndose hácia abajo, al exterior. Se fijan igualmente las hebras en el otro lado de esta segunda hilera de calados por medio de un dobladillo. Se reúne cada una de las 8 hebras por medio de un punto y se enrolla la hebra extendida, con algodón. Para ejecutar la hilera de cuadros, se sacan 8 hebras, despues de haber dejado un intervalo de 12 hebras á lo largo y al traves, despues de lo cual se pasan 16 hebras para cada cuadro. La tela cortada va rodeada de puntos de feston apretados. Se reúnen siempre 4 hebras flojas á cada lado, por medio de un dobladillo calado; se pasan otras 12 hebras; se hacen 2 hileras de calados como las dos primeras, pero en sentido contrario. Cada una de las 12 hebras pasadas va adornada con una hilera de puntos de espina.

Se hace á un centímetro de distancia de la labor calada (véase el dibujo 7), al punto de cruz y punto Renacimiento, con algodón de color (el galon estrecho se continúa sobre los lados largos). La toalla va guarnecida de un encaje hecho al huso.

### Dibujo corriente.—Núm. 8.

Se borda ese dibujo sobre una tela de hilo color crema, á cuadros tejidos y calados; se ejecuta el bordado con sedas color marrón y acituna, de dos matices. Los dibujos de los cuadros grandes van hechos al punto de cordoncillo y punto de respunte, con seda marrón. Los dibujos de los cuadros pequeños se hacen al pasado y punto ruso, con seda color de acituna.

### Faja para niños pequeños.—Núm. 9.

Esta faja es de franela blanca, y va adornada con galones estrechos de seda y cerrada con un lazo.

### Peinado de recepción.—Núm. 10.

Los cabellos van ondulados en ondas anchas y terminan sobre la frente en sortijillas, que no van fijadas. Por detras las ondulaciones descienden sobre la nuca. Los cabellos, levantados en forma de casco, forman dos cocas sobre la coronilla, cuyas cocas van apuntadas con un pájaro que tiene en el pico unas cerezas.

### Peinado de calle para señoritas ó señoras jóvenes.—Núm. 11.

Los cabellos van levantados á la china, excepto algunos ricitos que cubren el centro de la frente y otros que cubren las siénes, los cuales son mucho más numerosos. Los cabellos de detras van enrollados en forma de casco, ó más bien en forma de caracol, y sujetos con una peinetas de cuentas.

### Corpiño para teatro ó concierto.—Núm. 1.

Este corpiño es de terciopelo azul zafiro y bordado blanco. La aldeta va añadida hasta la costura de debajo del brazo, desde cuyo punto forma 5 pliegues huecos, forrados igualmente de terciopelo azul. El corpiño va colocado sobre un camisolin fijado en la espalda, el cual es de muselina de la India, plegada y atravesada por entredoses de bordado blanco sobre muselina. Estos entredoses van puestos sobre un viso de color de rosa, y van disminuyendo en la cintura, como indica el dibujo, terminando en punta. Las ballenas van colocadas bajo el viso de color de rosa de los entredoses. Las mangas son de muselina de la India y van plegadas y adornadas de entredoses de bordado sobre transparente de color de rosa. En el borde inferior, la manga va fruncida y sujeta con un brazalete de bordado.

### Camiseta para niños.—Núm. 2.

Esta camiseta es de percal fino y entredoses bordados. El delantero es de percal y va atravesado por entredoses bordados puestos en forma de V. Cuello de bordado, que se cierra en el lado derecho bajo un lazo de cinta de terciopelo encarnado. Manga plegada, adornada con entredoses y lazo de cinta.

### Camiseta para niños pequeños.—Núm. 3.

El delantero es de nansuc, alternado de entredoses bordados, y va cortado en forma de peto cuadrado. Un bordado forma el escote. Manga larga de nansuc, adornada con una cartera de plieguecitos y entredoses.

### Pantalón para niños pequeños.—Núm. 4.

Este pantalón es de percal. La parte superior es ancha y va fruncida en la cintura. Un bordado adorna la parte inferior.

### Toalla bordada.—Núms. 5 á 7.

Esta toalla, que es de lienzo blanco, va adornada de una cenefa



1.—Corpiño para teatro ó concierto.



Traje de visita.—Núm. 12.

Vestido de siciliana color de musgo y crespon de lana del mismo color, bordado de flores de relieve mezcladas de cuentas. Sobre una falda de tafetan color de musgo cae la falda de crespon de lana bordada (la cual puede reemplazarse por otra falda de tela de más abrigo). Túnica polonesa de siciliana color de musgo. Los delanteros van abiertos y cruzados después sobre un chaleco de crespon bordado. El lado derecho termina en pliegues un poco más abajo de la cintura, bajo una hebilla de plata antigua,



2.—Camiseta para niños.

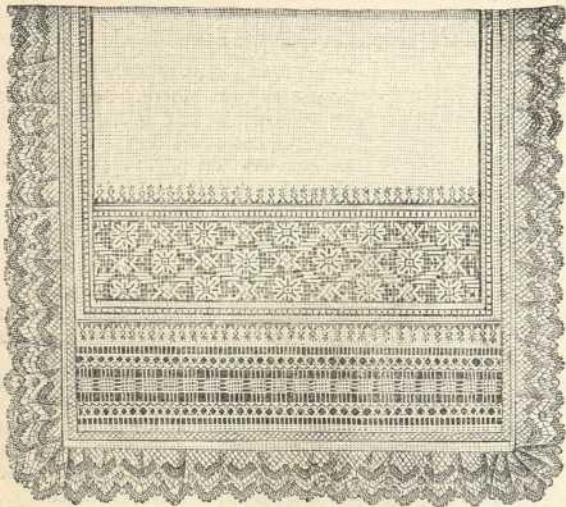
que sujeta al mismo tiempo los pliegues de la falda. El lado derecho se recoge hacia atrás, y sus numerosos pliegues van fijados con tres rosáceas de cinta de faya color de musgo. En el lado izquierdo la túnica va plegada como indica el dibujo. La espalda se abre y se pliega, como el delantero, sobre un espaldar bordado. Cuello en pie bordado. Manga semilarga, ancha y sujeta en el borde inferior con un puño bordado.

Traje de paseo.—Núm. 13.

Este traje es de encaje de París color de azufre y moaré listado del mismo color. La falda es de encaje y moaré listado y va recogida bajo un cuello de cinta de moaré color de azufre. Corpiño de moaré, terminado en punta por delante, y postillon plegado por detrás. Los delanteros van adornados de encaje. Manga semilarga, adornada con una cartera de moaré y un lazo.

Manton de la India transformado.—Núm. 14.

Se pliega este manton, que es de capucha, sin cortarlo, dándole la forma de una visita. Para su ejecución no hay más que seguir las indicaciones de nuestro dibujo, disponiéndolo sobre la persona misma ó sobre un maniquí.



5.—Toalla bordada. (Véanse los dibujos 6 y 7.)

Sombrero de luto.—Núm. 15.

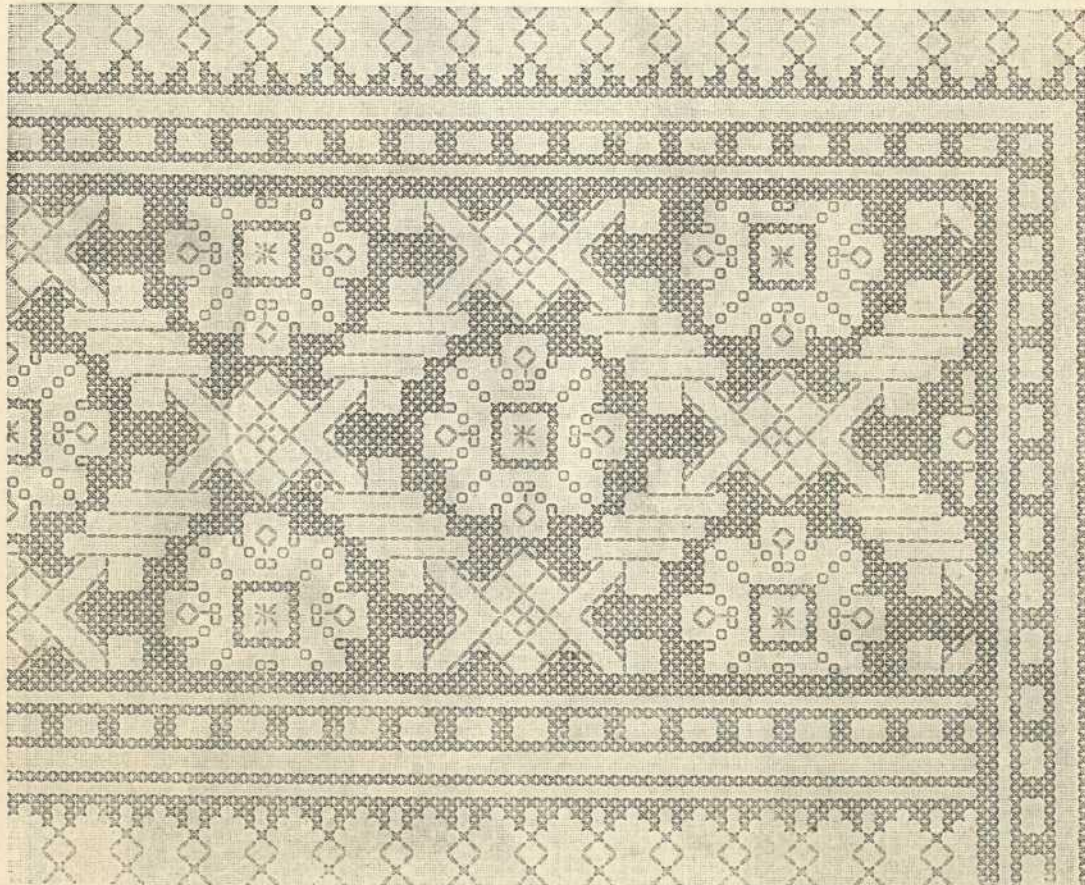
El ala va formada por dos rizados de crespon inglés. El fondo es asimismo de crespon inglés, plegado. Sobre la parte superior van apuntadas varias cocas del mismo crespon inglés. Un pájaro de azabache mate va puesto en el lado derecho.

Capota de luto.—Núm. 16.

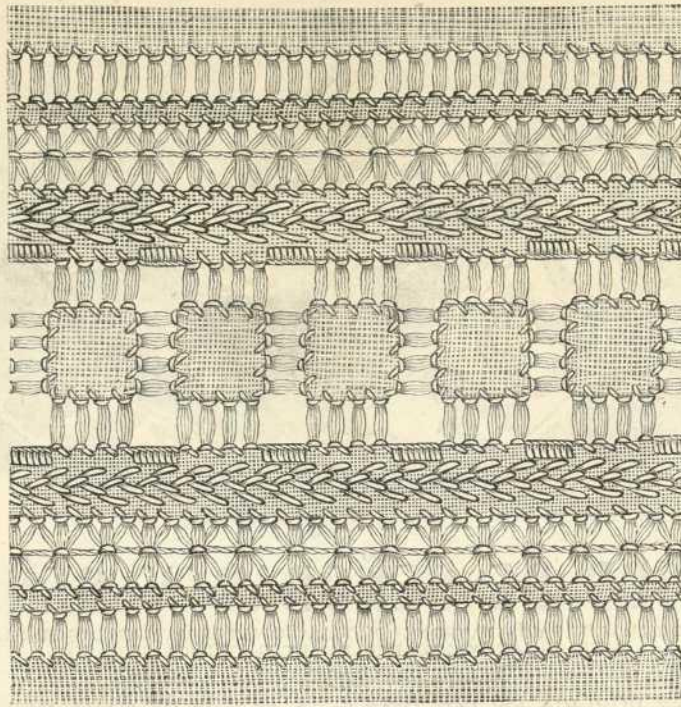
Dos bieses de crespon inglés dispuestos en rizados gruesos forman el ala. Esta última va coronada de una hilera de cuentas gruesas de madera negra. El fondo es de crespon inglés, bullonado. Lazo compuesto de varias cocas de crespon, ribeteadas de una cinta de faya negra.

Sombrero de fieltro color: de nútria.—Núm. 17.

Este sombrero, redondo, es de fieltro flexible color de nútria. La copa es bastante alta. El ala va muy levantada por el lado izquierdo y forma por el derecho un borde estrecho. Se guarnece el sombrero de terciopelo marron y seda otomano de matiz más claro que el fieltro. El terciopelo va dispuesto en 5 tiras estrechas puestas unas sobre otras, y se le fija sobre la parte superior del ala. El resto va cubierto de un forro liso de terciopelo. Se disponen al lado

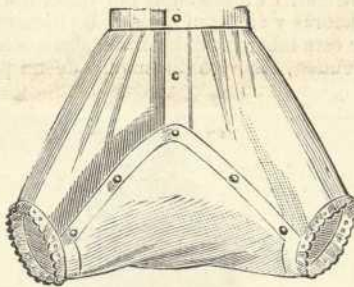


7.—Bordado de la toalla. (Véase el dibujo 5.)

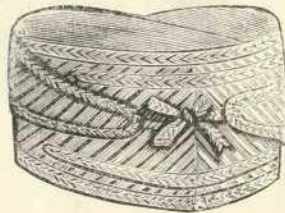


6.—Labor calada de la toalla. (Véase el dibujo 5.)

derecho de la copa unas tiras al sesgo, plegadas, de terciopelo y seda, y se las dispone en forma de lazo, que llega hasta lo alto de la copa. Unas tiras enrolladas, más estrechas, de seda y terciopelo, van fijadas en el lado izquierdo de la copa. Los adornos del sombrero se completan con plumas de varias clases, del color del sombrero.



1.—Pantalon para niños pequeños.



9.—Faja para niños pequeños.

Abrigo para niñas de 6 á 7 años.—Núm. 18.

Este abrigo, ajustado por detrás, y recto y cruzado por delante, con dos hileras de botones de nácar encarnado, es de sarga de lana gruesa color de bronce. Manga larga, adornada con una cartera de terciopelo del mismo color. Cuello vuelto del mismo terciopelo.

Confecion para niñas de 5 á 6 años.—Número 19.

Esta confeccion es de pañete color de avellana. La espalda es corta y forma una punta muy acentuada. La manga tiene la forma de una manga-visita, y va montada del mismo modo. El delantero es recto y va abrochado en medio. Capucha forrada de seda encarnada. Cuello recto de paño. Los contornos de este abrigo van respunteados con seda del mismo color.



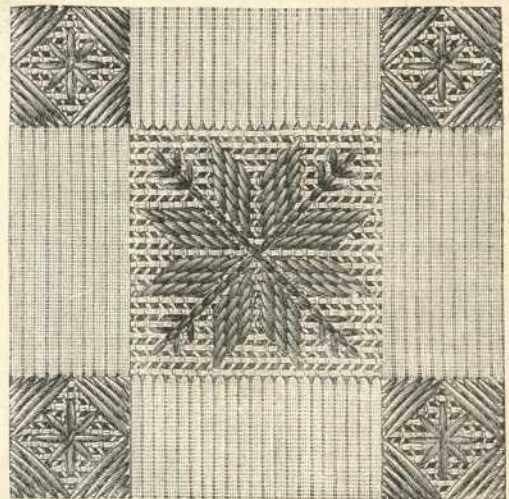
3.—Camiseta para niños pequeños.

Paletó para niños de 4 á 5 años.—Núm. 20.

Este paletó es de cheviota color beige, y es semiajustado por detrás y recto por delante, y abrochado en medio con botones de pasamanería color de tabaco. Falda plegada y añadida por detrás, bajo un cinturón ancho de terciopelo color de tabaco, que se abrocha en la izquierda con una hebilla de acero color de bronce. Borde de terciopelo en la parte inferior. Cuello-esclavina, abierto por delante y adornado con una solapa de terciopelo y un cuello vuelto de lo mismo. Manga larga, guarnecida de una cartera de terciopelo.

Abrigo para niños de 6 á 8 años.—Núm. 21.

Este abrigo es de paño color de nútria. La espalda es semiajustada por medio de una costura. Los delanteros se abrochan bajo una cartera. Los hombros van cubiertos con tres esclavinas sobrepuuestas. Cuello vuelto, de terciopelo color de nútria, y bolsillos cuadrados del mismo terciopelo. Manga larga. Todos los contornos de este paletó van respunteados.



8.—Dibujo corriente.

paño. Manga larga. Todos los contornos de este paletó van respunteados.

Traje de mañana.—Núm. 22.

Falda de debajo muy estrecha, de moaré blanco. El delantero va guarnecido de un tableado de velo de la India, color beige, que sube hasta la cintura. La segunda falda es de tela de lana marron rojizo. Esta falda se une á los delanteros por medio de unas solapas de felpa marron sonrosado muy oscuro, adornada con botones de nácar labrado. Las bandas de lana marron forman parte del paño de detrás de la falda y van fijadas sobre un peto bullonado de velo beige con espalda de chaleco, sobre el cual caen las bandas plegadas. La chaqueta, de felpa igual á las solapas de la falda, con mangas de lana marron, queda independiente de las bandas y del chaleco, que van reunidos. Carteras de felpa y cuello de lana. Esta chaqueta es de forma redonda, con aldetas cortas y redondas igualmente.

Traje de luto.—Núm. 23.

Falda plegada de armure sobre fondo de seda. Esta falda va plegada y adornada de un bias de crespon inglés, de 25 centímetros de ancho. La túnica, de armure, tiene la forma de un manton y deja completamente descubierto un lado de





10.—Peinado de recepcion.

la falda. Por detras, esta túnica forma dos picos largos de manton. El corpiño, que es de *armure*, como el resto del traje, va guarnecido de un bias de crespón inglés figurando un peto, y de otro bias igual que rodea la aldeta. Manga recta con carteras de crespón. — Sombrero de crespón inglés.

Traje de calle. — Núm. 24.

Falda redonda de moaré listado de felpa encarnada y azul. Esta falda va puesta como un volante ancho, á 25 centímetros de la cintura, sobre un fondo de falda de tafetan azul. Túnica y corpiño de *armure* azul. La túnica va formada bajo la aldeta del corpiño, el cual va enlazado á la aldeana sobre un peto de felpa encarnada. La esclavina, que puede hacerse de felpa lisa, encarnada ó azul, es de la misma tela de la falda. La capucha es de *armure* azul y se abro-



12.—Traje de visita.



11.—Peinado de calle para señoritas ó señoras jóvenes.

cha por delante con un broche de metal. Cuello vuelto de moaré listado.

Vestido para señora de cierta edad. — Núm. 25.

Falda redonda, de faya color de musgo, adornada en el borde inferior con un tableadito de la misma tela. Esta falda va guarnecida de cuatro volantes de guipur antiguas, con dibujos muy ligeros. El primer volante va puesto en línea recta; los demas forman punta por delante. El corpiño y la túnica van cortados de una sola pieza. El delantero forma chaqueta con faldones cortos y puntiagudos. La espalda tiene un metro 80 centímetros de largo y forma un *pouf* largo y recogido con gracia. Esta especie de polonesa es de siciliana color de musgo. Un peto de faya musgo, con chorrera de encaje, guarnece el delantero. Un lazo grande flotante, de terciopelo negro con revers de raso color de musgo, adorna cada lado de la túnica. Lazo igual en las man-



13.—Traje de paseo.



14.—Manton de la India trasformado.



gas y en el escote.— El sombrero es de guipur sobre fondo color de musgo, y sus adornos son de terciopelo.

MAGDALENA.

(Conclusion.)

IV.

Los amores de Magdalena y Adolfo fueron pronto viento en popa.

El galán esperaba todas las noches á la linda costurera, en cuyos ojos centelleaba un rayo de felicidad tan pronto como divisaba á su novio en el punto de cita.



15.—Sombrero de luto.



18.—Abrigo para niñas de 6 á 7 años.



20.—Paletó para niños de 4 á 5 años.



17.—Sombrero de fieltro color de níttria.



21.—Abrigo para niños de 6 á 8 años.



19.—Confeccion para niñas de 5 á 6 años.



16.—Capota de luto.

Despues se daban largos paseos por las calles de fuera del centro, ó por los paseos exteriores, ó se pasaban la velada en un café de segundo ó tercer órden.

Magdalena no entraba en su casa ninguna noche sin algun regalillo de Adolfo, aunque no fuera más que flores ó dulces.

A los tres meses la costurera y su madre se mudaron á otra calle, y con ese motivo, no teniendo ya que temer las murmuraciones de las vecinas maliciosas, la *señá* Pepa hizo que su hija ofreciese la casa al Adolfo, que no deseaba otra cosa.

La mujer, que era muy aprovechada, estaba encantada de la esplendidez del galán, de cuyos regalos participaba casi siempre, y queria intimar relacion con él. —No quiero que andeis por ahí, aburriéndoos de calle en calle; ademas hace ya frio, y vais á coger una pulmonía el dia ménos pensado.

—Tiene V. mucha razon, madre—contestó la muchacha, que sentía saltársele de alegría el corazon con tan grata nueva.

—En estas noches de invierno, tan largas, estaréis mejor en casa al amor del brasero, y pasaremos el rato divinamente los tres, destrozando cualquier triolera, ya que D. Adolfo es tan campechano y tan rumboso.

—Ya lo creo que lo es. —Otras veces harémos que nos lleve al café, ó al teatro de Variedades. ¡Qué demonio! hay que echar de cuando en cuando una cana al aire, ya que se presenta la ocasion..... Bastante trabaja una y rabia, y todo para mal pasar, y no llega.

—¡Y tanto que me gusta á mi el teatro!

—Pues anda, no seas tonta; á divertirnos, y al que le pese, que le salte un ojo.

—Vaya, ¡y poco gusto que tendrá Adolfo en llevarnos á que pasemos un rato bueno de cuando en cuando! Y dicho y hecho.

El calavera bendijo entusiasmado á su buena estrella, que tan propicia se le mostraba, cuando Magdalena le dió noticia de los deseos de su madre.

Con tan agradable motivo, á la noche siguiente



23.—Traje de luto.



21.—Traje de cañe.

Adolfo llevó á la *señá* Pepa y á su hija á cenar á un *restaurant* de segundo órden, pero donde se comia admirablemente.

La corredora de ropas y alhajas salió de allí contentísima; no se habia visto en funcion tal en toda su vida.

A los pocos dias llamaba ya al novio de su hija Adolfo á secas, y lo mimaba como á un niño; no tenia lengua bastante para elogiarle.

Verdad es que el muy solapado se gastaba bonitamente el dinero por obsequiar á las mujeres y ganarse la voluntad de la madre... Conocia bien el terreno que pisaba.

Aquel invierno fué una serie no interrumpida de diversiones y comilonas para la *señá* Pepa.

Magdalena, más espiritual, y sobre todo perdidamente enamorada de su Adolfo, se daba por sobradamente feliz con disfrutar tan buenas veladas al lado del hombre á quien adoraba, fuera en el teatro, en casa ó en el café.

La dicha, la alegría y el amor se pintaban en sus ojos y en su semblante, radiante siempre de júbilo cuando tenia cerca de sí al galán, que, ciertamente, estaba tambien muy enamorado de la preciosa morena.

V.

El positivismo de la madre, el amor acendrado de Magdalena y la astucia del experto novio, contribuyeron á crear unas intimidades y una situacion cuyas consecuencias no era difícil calcular.

Una de tantas historias como pasan á cada momento en estas grandes ciudades. Cuando á la primavera siguiente la Naturaleza comenzó á germinar, y los árboles florecieron, y los pájaros volvieron á cantar sus amores desde los nidos, Magdalena sintió germinar tambien en su seno el fruto del amor. ¡Era madre!

Aunque su amor no estaba sellado por vinculos legítimos, no por eso experimentó ménos los dulcísimos trasportes que la idea de la maternidad despertaba en toda mujer sensible y enamorada.

Adolfo se mostró satisfecho, al ménos ostensiblemente.



25.—Vestido para señora de cierta edad.

La *señá* Pepa se dijo para sí, con un cinismo calculador que era muy propio en tal mujer: —¡Es claro! ¡eso tenia que pasar!... Pero ¡que más da! Así el pájaro estará más seguro, y nada nos faltará en adelante para vivir sin apuros. ¡Pues poco cumplido y cabal es Adolfo!

Pero se guardó de comunicar tan poco escrupulosas ideas á su hija; é hizo bien, porque ésta no participaba de aquellas groseras máximas, que, aunque parezca increíble, abundan más de lo que fuera justo entre ciertas gentes.

Desgraciadamente para ella, la *señá* Pepa no pudo soborear la realizacion de sus esperanzas.

Antes de que Magdalena diera á luz el fruto de



sus amores con el calavera, la antigua *corredora* sucumbió á consecuencia de una enfermedad al corazón, que en pocos días la llevó á la eternidad.

La pobre Magdalena, que amaba á su madre entrañablemente, lloró con inmensa amargura á la que le había dado el sér.

Adolfo pagó los gastos del entierro, en el que no escaseó nada, y la muchacha se lo agradeció con vivos trasportes de sincero reconocimiento.

Por fin, como todos los plazos se cumplen, llegó el momento supremo.

La adorable Magdalena dió al mundo un hermoso niño, y se creyó morir de alegría al estrecharlo en sus brazos y cubrirlo con sus besos maternales.

Precisamente por aquellos días Adolfo estaba lejos de Madrid; importantísimos negocios reclamaban inevitablemente su presencia en Francia.

La jóven se afligió mucho por no poder tenerle á su lado en tan solemnes momentos.

Á los pocos días del nacimiento del niño, Adolfo regresó y fué á visitar á su amante, Magdalena, que tenía una naturaleza vigorosa y robusta, se hallaba ya restablecida de sus naturales padecimientos.

¡Bien lo había menester para poder soportar el golpe que le esperaba!

Adolfo, al ver á la inocente criatura en brazos de la jóven madre, en lugar de prodigarle las caricias propias de un padre, se mostró vivamente contrariado, frío, hasta agresivo.

—Siento mucho—dijo secamente á su atribulada amante—siento mucho encontrar todavía el niño en tu poder.

—¿Por qué, Adolfo mio?—preguntó timidamente la costurera.

—Porque has debido alejarlo de tí para siempre desde el primer momento, y evitarme este disgusto.... Esa criatura sólo de obstáculo puede servirnos: nublará todas nuestras dichas.

—Pero ¿hablas en serio? ¡Me parece estar soñando!

—No; estás bien despierta, y yo no digo las cosas más que una vez.

—¡Eso es horrible! ¡Tú no puedes ser tan cruel con este ángel!

—Basta de sermones: que no esté aquí cuando yo vuelva.

Se levantó bruscamente y salió.

No es posible pintar el dolor que tan ruda embestida produjo en el alma de la desventurada Magdalena.

La muerte hubiera sido para ella ménos terrible.

Mas no alejó de sí á su hijo, y durante muchos días sostuvo una lucha titánica con el seductor, cuyo corazón parecía haberse petrificado.

Por fin, un día Adolfo le planteó un dilema aterrador.

—Elige hoy mismo—le dijo:—ó ese niño, ó yo; no hay remedio, ni admito réplicas.

—¿Pero cómo le abandono ahora?

—La Casa de Beneficencia tiene siempre abiertas sus puertas....

—¡Eso es espantoso! Y los vecinos y mis amigas ¿qué dirán? Se alejarán de mí como de un apestado.

—Di que lo has enviado á criar á un pueblo....

—¿Por Dios, Adolfo, compadécete de mí!

—Tengo dicho que no quiero sermones.... Ya sabes mis órdenes: á la noche volveré: si tienes aún aquí á esa criatura, habrá concluido todo entre nosotros y no volveré más.... ¡Escoge!

Tremenda situación la de Magdalena. Perder á su adorado Adolfo equivalía á quedar aislada en el mundo para siempre, deshonrada y despreciada, cuando ella amaba á aquel hombre más que á sí misma.

Pero ¿y el niño? ¿cómo alejarle para siempre de su regazo maternal?

—¡No, no; antes quiero verte muerto, hijo de mi alma, que arrojarte á esa sima sin fondo, para abandonarte á la soledad, al olvido, al destierro eterno de la madre que te adora! ¡No quiero, no! ¡Hijo, hijo mio! ¡Ángel de mi vida!....

Y la infortunada madre, presa de dolor infinito, estrechaba convulsa y nerviosamente á la inocente criatura contra su amante pecho.

La razón pareció faltarla instantáneamente.

Estaba desesperada, frenética, loca, y apretaba en sus brazos al niño, como leona á quien persigue el cazador para robarla sus cachorros.

Debió ser aquel momento un suplicio formidable para la pobre Magdalena.

De pronto pareció serenarse y recobrar la razón, por un instante extraviada.

Se inclinó sobre su hijo para besarle....

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡misericordia!—gritó súbitamente con cavernoso y angustiado acento.—¡Mi hijo! ¡hijo de mi alma! ¡Está muerto mi hijo!

Y prorrumpió en acerbo llanto.

En aquel raptó de locura había ahogado al niño entre sus brazos, á fuerza de caricias y de querer estrecharlo en su seno para que no se lo robaran.

Magdalena ocultó á todo el mundo aquella escena desgarradora, y la muerte del niño se atribuyó á asfixia casual.

Adolfo, cuando volvió y vió al niño muerto, creyó que su amada había cumplido sus órdenes, y guardó silencio con una frialdad inconcebible.

Magdalena calló tambien.

Parecía que ambos se tenían miedo mutuamente.

El angelito fué enterrado y nadie volvió á hablar más del asunto.

VI.

Corrieron meses y meses, un año y otro año, y como el tiempo todo lo borra, Magdalena había borrado sus tristes recuerdos, enloquecida como ántes por su amor hacia Adolfo, que no había vuelto á mostrarse adusto ni mentar al pobre niño.

La infortunada jóven sintió germinar otra vez la exis-

tencia de un nuevo sér en su seno; pero guardó la mayor reserva con el hombre que había sido su verdugo.

Una noche tuvo una terrible pesadilla.

Sonó que aquella nueva criatura era una segunda encarnación de su hijo muerto, que venia de parte de Dios á pedirle cuentas de su muerte.

Presa de horrible excitación, pasó una noche de congojas y de angustias indecibles: el genio de la locura volvió á soplar sobre la frente de la infeliz madre, y poco faltó para que perdiera la razón para siempre.

Pero Dios se apiadó de ella, y con la aurora volvió la calma y despertó de aquella pesadilla infernal.

Estaba palida como una muerta, y temblorosa como las hojas que el huracán del otoño agita en los árboles.

El sueño, sin embargo, no se apartaba de su imaginación.... Lanzaba palabras incoherentes, y hablaba á cada instante de la muerte de su hijo: de cuando en cuando otro rayo de locura cruzaba por aquella imaginación calenturienta.

Una pèrfida vieja que habitaba el cuarto inmediato al de la jóven, y que, sin motivo fundado, odiaba de muerte á la antigua costurera, oyó á ésta algunas palabras que le dieron la clave de la prematura muerte del primer hijo.

La endiablada mujer tenia en su mano la venganza y no la dejó escapar. Avisó secretamente á la policía, y el delegado del distrito se presentó en la habitación de Magdalena.

Esta, al saber que tenia delante de sí á un auxiliar de la justicia, se desconcertó por completo, confesó, sin saber lo que se hacia, un delito que realmente no le era imputable, y luègo se desmayó.

A las pocas horas estaba en la cárcel de mujeres, á disposición del juzgado correspondiente.

Enterado Adolfo de la novedad, y sabiendo que él aparecería como verdadero causante del parricidio de su hijo á las primeras diligencias, si Magdalena hablaba, se apresuró á huir de Madrid y desapareció tambien de España poco despues.

Magdalena tuvo serenidad bastante para referir ante la Sala de lo Criminal, entre lágrimas y sollozos, toda su historia y la tremenda escena durante la cual ahogó involuntariamente al hijo de su amor.

Magistrados, fiscal y letrados se sintieron hondamente conmovidos por aquella extraña relación y por el acento convencido con que se expresaba la presunta reo.

Su sinceridad, y la convicción que se formó el tribunal acerca de su inocencia, por más que los indicios la condenasen aparentemente, la libraron de la dura pena que hubiera debido sufrir en otro caso, conforme al Código, y sólo se le impuso ocho meses de prision correccional, calificando el delito como imprudencia temeraria.

Una de esas damas de nuestra aristocracia que se consagran á aliviar los grandes infortunios sin ruido ni ostentación, tomó bajo su protección á la infeliz madre, fué madrina del nuevo niño que dió á luz Magdalena en el correccional de mujeres, y cuando ésta salió de aquella penitenciaría, cuyos usos y costumbres le repugnaban en alto grado, aunque merced á su protectora pudo vivir aparte de las otras penadas, se la llevó á su propia casa.

VII.

La hermosa morena, victima de su inexperiencia, de su amor y del positivismo brutal de su madre, ha borrado con raudales de lágrimas sus faltas de otro tiempo.

Merece el nombre de *Magdalena* que le pusieron al nacer.

Gracias á la poderosa ayuda de la ilustre dama que la protege, hoy está al frente de un obrador propio y comparte su existencia entre el trabajo y el amor de su adorado hijo, que es un angelito de cabellos de oro y vivo retrato del primero que perdió.

Del volteriano calavera sin alma no se ha vuelto á saber más.

Magdalena, por su parte, le ha borrado de su corazón y de su memoria.

JUAN CERVERA BACHILLER.

ALUCINACION.

( CUENTO. )

I.

CUANDO llegué por primera vez á aquel poblacho famoso por sus viñas, y tuve el gusto de conocer á las notabilidades que lo habitaban, y que son el cura, el médico y el maestro de escuela, que lo es hace cincuenta años y está más pobre cada día, llamó singularmente mi atención una sobrina de aquél por lo alegre y expansivo de su carácter, que contrastaba con el de sus compañeras las otras muchachas del pueblo. Ella repasaba las lecciones á los pequeños discípulos de su tío, y librando de unos palmetazos á Roque, que hacia burla al maestro poniéndose unas gafas de papel pegadas con saliva, tiraba de las orejas á Juan, que vaciaba los tinteros para *hacer adornos* en las paredes.

En un abrir y cerrar de ojos limpiaba la casa, echaba de comer á las gallinas y á los pájaros, y escribía á tal ó cual vecina una carta para el hijo que servía al Rey.

No paraba un momento: proyectaba fiestas, arreglaba bodas, y á ella acudían sus amigas cuando querian hacer las paces con sus novios.

Toda la actividad de su espíritu asomaba á sus grandísimos ojos negros, que centelleaban, moviéndose constantemente como si estuvieran ávidos por ver algo desconocido, y toda la alegría de su carácter retozaba en sus risas prolongadas y armoniosas, que tenían el doble encanto de enseñar la perfecta dentadura de Juanilla.

Un día que estaba yo hablando de ella con el respetable

maestro, me dijo con el tono agrídule que empleaba para regañar á los muchachos:—Sí, sí, alábelo usted, que hoy lo merece por el disgusto que me ha dado.

—¿Un disgusto?—le respondí—y ¿por qué?

—Porque es una aturdida, un diablillo. Claro está, como desde pequeña se quedó huérfana, y yo, aunque la traje á vivir conmigo, tengo que atender á la escuela, no he podido educarla á mi gusto, y es voluntariosa y caprichosilla.

Esta mañana, segun el señor cura me ha dicho, llegó tarde á la misa mayor, que es á la que asisten todas las mozas del pueblo, y en vez de estar con el recogimiento debido, dicen que parecia azogada, pues no hacia más que moverse, volver á todos lados la cabeza y mirar á un caballero que sé yo gusta de ella; pero no para aquí la cuestión, si no que de pronto suelta una carcajada y sale precipitadamente de la casa de Dios. El señor cura ha venido á decirme que la castigue, y el pueblo está escandalizado y la llaman la *endemoniada*; figúrese usted, ¡qué vergüenza, qué vergüenza tan grande para mí!

Aquí llegaba en sus lamentaciones el maestro, cuando asomó por la puerta del jardín la graciosa Juanilla y dijo con acento mimoso, colgándose del cuello de su tío, que, encontrándose desarmado, se esforzaba para fruncir el ceño:

—Cálmese V., padrino, cálmese V., que no es para tanto.

—¿Qué no es para tanto, grandísima pícaro? ¿que no es para tanto ofender á Dios en el templo mismo y tener que aguantar el nombre de endemoniada?

—Vamos, padrino, cálmese V., yo....

—¡Que me calme! Respóndame V., *doña Sinjuicio*, ¿por qué llegó V. tarde á misa?

—Pues mire V., padrino—añadió Juanilla poniéndose muy seria—he llegado tarde á misa porque un pobrecito niño que no habla como nosotros y viene desde muy lejos pidiendo limosna, se cayó junto á nuestra puerta hiriéndose la frente; yo, que le vi sangrando que daba compasión, y sin que nadie le socorriera, le cogí como pude en mis brazos, le curé la herida, le acosté en mi cama hasta que se pusiera bueno, y allí le tiene V. todavía mirando de un modo que parece que da las gracias con los ojos.... Con que dígame V. ahora si el señor cura no me perdonará haber llegado tarde á misa.

—Siendo así, tienes alguna disculpa—contestó el anciano, no queriendo dar por completo la razón á la jóven;—pero.... ¿y lo otro, lo peor de todo, aquella carcajada escandalosa en el momento mismo de la bendición?

—¡Ay, padrino! ¿qué culpa tengo yo de que á San José le falte un ojo?

—¡Muchacha!

—Sí, señor, un ojo; cuando me iba á arrodillar en su capilla, como hago todos los domingos, miro la cara del Santo, y ¡estaba tuerto!.... Vamos, me dió tal gana de reir, que si no salgo pronto de la iglesia, de seguro me ponga mala. Ya ve V. que no es mia toda la culpa, y si tuviesen más cuidado con los santos....

—¡Calle V., picaronaza!—gruñó el maestro.—¡Habrás visto la chucuela queriendo enmendar la plana al mundo entero! Si te dejan hablar encontrarás disculpa para todo, hasta para las sacrílegas miradas que diriges á ese forastero de la casa blanca, que siempre será algun pillito. ¿Te figuras que ese jovencuelo con tantos trenes y tanto lujo querrá saltamente á una lugareña como tú? Pues te engañas.

Juanilla, al escuchar aquellas frases, se puso encarnadísima, y bajando los ojos respondió tímidamente:

—Yo no soy una cualquiera... ni una desgraciada, porque al fin soy la sobrina de V.

—¿Si? pues valiente cosa para estar satisfecha—dijo sonriéndose el pobre señor;—y viendo que los ojos de su sobrina estaban llenos de lágrimas, tosió ligeramente, y ahuecando la voz continuó con acento pausado para que pareciese grave:—¿Lágrimas tenemos? Bien; véte á cuidar de ese niño desgraciado, y que tu conducta en adelante te devuelva la fama de muchacha formal; por esta vez estás perdonada.

Juanilla besó silenciosamente la mano de su tío y se alejó llorando. El anciano, limpiándose los ojos, se dirigió al jardín y me dijo con voz entrecortada:

—Me ha costado mucho trabajo reñirla tan severamente, pero he cumplido con mi deber.

—Sí—le respondí;—pero el deber muchas veces martiriza á los buenos, y esa muchacha es un ángel.

II.

Un año despues volví al pintoresco pueblo de Juanilla, situado en la falda de una montaña abrupta y espléndida en contrastes, como lo son todas las del Norte, y ya el campo vestía los melancólicos tintes del otoño, y se tornaban de colores violáceos las hierbas que nacen en las orillas de los arroyos y de las fuentes. Desde la ventana de mi cuarto contemplaba yo todas las tardes aquella porción de pequeñas casas, agrupadas en derredor de la iglesia, de pardos y agrietados muros, de ojivales ventanas llenas de trepadoras plantas, que subian enlazándose como para prestar apoyo al viejísimo y todavía esbelto campanario.

Una grandísima extensión de viñedos y praderías, que se perdía á lo lejos hasta confundir sus aterciopelados matices con el brumoso azul del horizonte, terminaba de un lado tan bello paisaje, mientras que del otro, y como un ancho feston blanquecino, se tendía la carretera, por la que tornaban á sus hogares los pobres labradores cantando alegremente con la esperanza de abrazar á sus pequeños.

¡Qué dulces emociones despiertan en el espíritu esos sencillos cuadros campestres, entre la poesía de los cantos populares y la poesía del anochecer! ¡Y qué desventurados serán aquellos seres que ante la calma y soledad de las aldeas no acojan con ternura la idea de la familia ni sientan agrandarse en su alma, á los sonidos de la campana tocando el *Angelus*, la fe en un Dios grande y piadoso, que teniendo el poder de crear todos los mundos que cruzan el



espacio, tuvo tambien la virtud sublime de morir para redimirnos!



En una de aquellas tardes oí que decian debajo de mi ventana unas mujeres:

—¡Ya viene, ya viene la santa! Dejádla pasar. Y momentos despues pasó Juanilla acompañada de un niño, que la miraba fijamente, miéntras ella le decia, como si contestára á una pregunta:

—Si; pero yo pronto le seguiré por aquel otro camino. Y señalaba el cementerio.

Todo en ella habia variado: estaba demacradísima, con los ojos apagados, amarillenta la cara, descuidado el vestido, y sin gracia en los ademanes.

—¡Cómo!— me dije al ver el respeto que la demostraban, al pasar, las gentes;—¿por qué llamarán santa á la que el año pasado tenian por endemoniada?

Y me propuse averiguar lo que habia de cierto en aquel cambio tan repentino.

Entónces supe que desde que se marchó el forastero de la casa blanca ella se tornó triste y no salia más que á la iglesia ó al camino de los álamos para ver pasar el tren todas las tardes, acompañada siempre de aquel pobre niño que ella recogió y que no queria separarse de ella.

Que un día, cuando estaba rezando al Santo Cristo de talla, que como una reliquia de su madre se conservaba en la salita baja de la escuela, dió un grito y dijo mirando los ojos de la imagen:

—¡No te has ido, estás ahí, eres tú!— y la recogieron desmayada.

Que desde entónces era tanta la devocion que tenia al Cristo, que se pasaba los días enteros sin querer comer ni dormir, mirándole constantemente, y que, como estaba en gracia de Dios por aquel fervor religioso, el párroco iba á poner en conocimiento del señor arzobispo de la diócesis caso tan extraordinario, para ayudar los justos deseos de todo el pueblo, que veia por un milagro convertida en santa á la endemoniada de quien todos huian ántes.

Las murmuraciones y los comentarios que hacian los habitantes de aquella aldea apartada é ignorante hirieron tan profundamente mi imaginacion y avivaron de tal modo mi interes hácia Juanilla, que me decidí á vigilarla de cerca hasta averiguar qué ocurría en su espíritu exaltado, al parecer, por el misticismo.

Más tarde penetré, sin que me viera, en aquella salita cuadrangular, de cuyo techo pendian y bajaban, hasta besar á las doradas mazorcas que adornaban las paredes, los racimos cuajados de uvas, que parecian allí colocados como ofrendas hechas á la severa imagen de Cristo, que apoyaba su cruz en un testero de la habitacion, enfrente de la ancha ventana por donde se veian la campiña y el cielo.

Juanilla, pálida, descompuesta, desconocida, en fin, miraba ansiosamente el campo, y le oí decir con voz muy débil:

—¡Yo le queria, yo le quiero aún; pero los palacios y los trajes que me ofrecia no podian ser para mí, pobre lugareña! Allí, junto á la cruz del valle, le vi la primera vez; y allá, por el camino de los álamos, se marchó para no volver nunca. ¡Oh Cristo mio, Cristo de mi madre, llévame con ella, ya que no puedo vivir junto á él!

Y prorrumpiendo en copioso llanto, inclinó la cabeza sobre el pecho como abrumada por su hondo pesar.

Pasados algunos momentos moviése con enérgico arranque, y mirando fijamente el rostro de la divina efigie, se iba acercando á ella, y sonreia como á la vista de una felicidad esperada largo tiempo. Las pupilas de Juanilla se dilataban al contemplar las del Cristo, que brillaban heridas por un rayo del sol moribundo, y temblaba su boca dejando escapar palabras inconexas; sus manos se retorcian entrelazándose nerviosamente, sus mejillas tornábanse cárdenas, y todo su cuerpo se estremecia, como sintiendo un frio gracioso. Se detuvo un instante; pasó las manos por los ojos, como si despertára de un sueño, y entónces dijo con voz entrecortada y dulcísima estas frases, que revelan la horrible perturbacion moral de aquella criatura, víctima de una alucinacion extraordinaria:

—Como tanto le recé á mi Cristo para que volvieras, me ha escuchado, y ya estás aquí.... Ahora me marcharé contigo lejos, muy lejos, á tus palacios.... y llevaremos á mi Cristo tambien, porque tiene los ojos como tú.

Calló repentinamente, se tapó la cara con las manos, y despues de algunos instantes de silencio aproximó á la imagen una silla, subió sobre ella, y enlazando sus brazos á la hermosa cabeza de Jesus, besó con tal frenesí sus labios, que la cruz, apoyada solamente en la pared, y vencida con el peso que hacia Juanilla, casi colgada de ella, rechinó un instante y se vino á tierra con gran estrépito, oyéndose un grito agudísimo y desgarrador.

Cuando salí de la estancia el pueblo entero estaba allí bendiciendo aquella milagrosa conversion, y bendiciendo á la santa, que queria morir abrazada al Cristo de su madre.

III.

Días despues meditaba yo cómo se engañan los hombres, y cómo un amor profano puede tomarse por religioso y divino, cuando vi que tornaba la comitiva de un entierro. La última persona que salió del composanto era un niño, aquel pobre niño extranjero que recogió Juanilla herido junto á su puerta. Llevaba un saquito colgado á la espalda, descalzos los pies y los ojos hinchados de llorar.

Cuando pasó cerca de mí, le llamé y le dije:

—Muchacho, ¿vas de marcha?

—Si— me respondió con acento italiano y sin mirarme;— de marcha y para no volver.

—¿Y adónde vas?

—A buscar al forastero de la casa blanca.

—¿A buscarle! ¿dónde? ¿cómo?

—¿Dónde? por el mundo, ¿Cómo? pidiendo limosna.

—¿Quiéres quedarte en la aldea?

—No.

—¿Por qué?

—Porque en la aldea ya no queda nadie.

—¿Pues y Juanilla, tu protectora?

—¡Ah!— me contestó mirándome con los ojos llenos de lágrimas— me quedaria, me quedaria si me enterrasen con ella.

Le miré alejarse por el frondoso camino de los álamos, y mucho tiempo despues, cuando el sol acariciaba tristemente las majestuosas cresterias de las montañas, en el cerro altísimo que domina la aldea le vi agitando un pañuelo blanco como despidiéndose de alguna persona querida.

SOFÍA CASANOVA.

CORRESPONDENCIA PARISIENSE.

SUMARIO.

Lo que absorbe la atención pública.—Candidaturas femeninas.—Inconsecuencia de las candidatas.—Historia de las reivindicaciones políticas del bello sexo.—Un procurador poco galante.—Temores de la Convencion.—Disolución de las sociedades de mujeres.—Jorge Sand candidata.—Los teatros de París.—Competencia de la comedia electoral á las representaciones teatrales.—Cuento de Abril, en el Odeon.

**D**E quince días á esta parte toda la actividad, toda la atención, toda la curiosidad de que es susceptible este pueblo, ligero y mudable por excelencia, se halla concentrada en el drama—ó comedia—electoral, cuyo desenlace, cuyo acto último, se representa á la hora en que escribo estas líneas.

Dios me libre de meter mi hoz, modestamente literaria, en la mies política.

Y sin embargo, un episodio de la actual campaña electoral debería ser, hasta cierto punto, de mi competencia. Me refiero á las candidaturas femeninas.

Media docena de ciudadanas, la mayor parte de edad proveccta y que desmienten en su generalidad el calificativo que se da comunmente á nuestro sexo, se presentan como candidatas á la diputacion del departamento del Sena, ó mejor dicho, de París.

Parecia lo más racional y lógico que ántes de hacer acto de elegibles estas señoras políticas hiciesen acto de electoras, es decir, que reclamasen y obtuviesen el derecho de votar para su sexo, con lo cual tendrían alguna probabilidad de ser elegidas. Pero vea V. lo que son las contradicciones humanas. Despues de declamar furiosamente en los clubs, en las reuniones públicas, en los periódicos, en todas partes, contra la tiranía, la injusticia, la perversidad de ese monstruo apellidado hombre, estas amazonas con *polisson* se muestran tan confiadas en la galanteria del sexo enemigo, que no vacilan en solicitar sus sufragios.

¡Oh candidez, propia de años más juveniles!

Crean algunas personas equivocadamente que á nuestra época pertenece la gloria de haber dado á luz, entre tantos otros engendros, las reivindicaciones políticas del sexo que llaman débil. La aparicion de esta teoría emancipadora data de cerca de un siglo.

En 1789, las Luisa Michel, las Rouzade y las Barbe-rousse de la época plantearon por primera vez la cuestion de los derechos políticos de la mujer, pidiendo que se las admitiera á formar parte de los Estados generales.

Esta solicitud fué seguida de varias otras, dirigidas á la Asamblea nacional, y de una declaracion de los derechos de la mujer, cuyas aspiraciones fueron apoyadas en un artículo famoso de Condorcet, secretario de la Academia de Ciencias, en el cual se halla formulada la demanda de admision de la mujer al derecho de ciudadanía. Finalmente, las oradoras que predicaban en los clubs la emancipacion de su sexo organizaron varias sociedades de mujeres.

En 1793 las delegadas de estas sociedades, acaudilladas por la actriz Rosa Lacombe, invadieron la sala de sesiones del Consejo general de la Commune; pero el procurador Chaumette no permitió á las delegadas que expusiesen sus reclamaciones, y las mandó expulsar por la fuerza despues de haberlas injuriado groseramente.

El comité de Seguridad general, que no veia con buenos ojos la agitacion femenina, hizo declarar en la tribuna de la Convencion que una aglomeracion de más de seis mil mujeres que pedian su emancipacion era un peligro para el órden público. La Convencion creyó ver en este movimiento emancipador una tentativa antirevolucionaria, y sin vacilar decretó que todas las sociedades de mujeres quedaban suprimidas.

En 1848 abrióse, como ahora, una campaña en pro de la elegibilidad de la mujer, llegando á ofrecerse la candidatura á Jorge Sand. Pero la célebre novelista tuvo miedo del ridiculo, y declinó modestamente el honor de representar su sexo en la Asamblea Constituyente.

Veinte años despues, en 1868, inauguróse un nuevo movimiento, suscitado por André Léo, Jenny d'Hérécourt, Maria Deraisme y otras, movimiento que no se ha interrumpido desde entónces y nos ha conducido, por una serie de discursos, de escritos de peticiones y hasta de actos, como la negativa de parte de un grupo de comerciantas y propietarias á pagar las contribuciones en cuyo voto no toman parte, al año de gracia de 1885, en que la candidatura femenina se ostenta en gruesos caracteres sobre los muros de París.

La temporada teatral se resiente naturalmente de los estragos de la epidemia política. Los señores empresarios, temerosos, y con razon, de la competencia que la comedia electoral, con sus reuniones públicas y sus reclamos en los periódicos, tenia que hacer á las representaciones teatrales, se han guardado muy bien de darnos obras inéditas.

Desde la reapertura anual de sus establecimientos estos señores vegetan casi todos con reproducciones, que se suceden sin interrupcion.

Sólo, entre los audaces que no temen arrostrar el peligro de poner en escena obras nuevas actualmente, el inteligente empresario del Odeon, M. Porel, ha alcanzado un triunfo literario, que le honra sobremanera y le dará sin duda pingües beneficios. Los cuatro actos del *Cuento de Abril*, sacados de la *Noche de Reyes*, de Shakespeare, por M. Augusto Dorchain, ventajosamente conocido en la república de las letras, fueron muy bien acogidos por el público de la primera representacion, y lo han sido despues por la crítica en general.

En cambio, el teatro de Variétés ha mandado ya al macen de inservibles los despojos del *Naufragio*, de ese pobre M. Godet, que, al ménos, no ha querido imponerse por mucho tiempo al público del boulevard Montmartre. «Modesto como un buzo», ha dicho un escritor satírico.

En cuanto al Vaudeville, no ha tenido, á la verdad, muy buena mano con la comedia nueva *Cherchez la femme*, obra poco digna de los autores de *Bebé*.

No merece ni siquiera mencion la *ferie* en cuatro actos y treinta y tres cuadros, de los Sres. Paul Furier, Paul Burani y Edmond Flourey, estrenada la semana pasada en el Chatelet y que lleva el titulo grotesco de *Coco-Felé*. A pesar de las circunstancias atenuantes que militan en favor de un género poco literario, todo el mundo está conforme en que es difícil, por no decir imposible, dar á la escena nada más sandio, más vulgar y más desprovisto de interes dramático que la última *fiée* del teatro del Chatelet.

Nos queda el teatro Frances, que despues de habernos dado una representacion admirable del *Tartufe* para el debut de M. Laugier, puso en escena el sábado pasado una comedia nueva en tres actos, de M. Raimond Deslandes, *Antoinette Rigaud*. Pero como esta obra vale la pena de un exámen detenido y no me queda mucho espacio para terminar la presente carta, permítame V. que lo aplice para la próxima quincena.

X. X.

París, 8 de Octubre de 1885.

Á MI DISTINGUIDA AMIGA FILINA U.

Son tus ojos, Filina,  
Negros, muy negros,  
Y hermosos, tan hermosos  
Como los cielos....  
Son tus labios dos lindos  
Capullos tiernos,  
Rosados, muy rosados,  
Frescos, muy frescos;  
Es la débil sonrisa  
Que vaga en ellos,  
Dulce como las mieles  
De los romeros;  
Y tu voz es tan grata  
Como el recuerdo  
Del eco delicado  
Del primer beso.  
Por eso al ver tus ojos  
El cielo veo;  
Por eso no me canso  
De verme en ellos;  
Por eso tus sonrisas  
Son mi consuelo;  
Por eso, si me dices  
Que te haga versos,  
Yo te respondo siempre  
Que no me atrevo....

P. DE TORRE-ISUNZA.

Á UNA NIÑA,

CON OCASION DE COMULGAR POR PRIMERA VEZ.

No te vi comulgar, mas te imagino  
Como el ángel divino  
Que, de la noche en la callada paz,  
Miéntras se ahoga en lágrimas el pecho,  
Junto al revuelto lecho  
Muestra piadoso su serena faz.  
No es ficcion del poeta: así te vieron  
Cuántos te dirigieron  
Por la senda del bien en ese hogar;  
Diles si, cuando anoche te dormiste,  
En el beso que diste  
No oyeron el del ángel palpar.  
Temblando hoy llegas con piadoso anhelo  
A ese festin del cielo,  
Hondo misterio del divino amor,  
Alto banquete donde un Dios se inmola,  
Y en una copa sola  
Beben juntos el siervo y el señor.  
Por la primera vez, niña querida,  
Al santo pan de vida  
Haces lugar en tu impecable sér,  
Y tu inocente y claro pensamiento  
El sublime portento  
Áun no alcanza quizás á comprender,  
Nunca en tu alma, á quien el cielo escuda  
Fiera batalla ruda  
Afectos y deberes librarán:  
Conozco el yunque donde la han forjado,  
Y sé que se ha formado  
Para el deber con incansable afán.



Jamas han de desviarte de su lado  
El agravio infundado,  
La torpe ofensa ó la traición falaz;  
La mordedura alevé de la envidia,  
La bárbara perfidia  
De quien odia impotente la verdad.  
Ni ha de mancharte el alma ni los labios  
La ciencia de esos sabios  
Que en ley suprema erigen la razón,  
Y á la razón aherrojan y difaman,  
Y en su locura llaman  
Problema á la soberbia rebelión.  
No habrá problemas en tu santa vida;  
Mas del dolor la herida,  
¿Quién se excusó jamás de recibir?  
Ni ¿qué precio ó qué mérito tuviera,  
Si sólo calma fuera,  
Y no eterno luchar, nuestro vivir?  
La eficacia del místico consuelo  
Que hoy te ha otorgado el cielo  
Has de llegar entónces á entender,  
Cuando, como el ladrón en despoblado,  
En la senda apostado  
Salga el pesar tu planta á detener.  
Verás entónces que el auxilio humano  
Es impotente y vano  
Cuando sopla de recio el huracán;  
Que sólo tras la valla, ángel amado,  
A que hoy te has acercado,  
La luz, la calma y el remedio están.  
Que otro antídoto no hay, ni le halla el bueno,  
De la vida al veneno  
Que el que te sirve Cristo en el altar;  
Si del alma no sabe, enferma ó sana,  
¿Cómo la ciencia humana  
Podrá males del alma remediar?  
No temas al dolor, y si su herida  
Llega á nublar tu vida,  
No te abandones al sopor mortal:  
¿Quién más feliz que tú, que, en paz ó en guerra,  
En el cielo y la tierra  
Protegida te encuentras por igual!  
Alto designio de quien quiso y pudo  
Cortó con golpe rudo  
Vida de que la tuya se formó;  
Mas porque en ella y en el cielo esperes,  
En todos esos séres  
Encarnado su espíritu dejó.  
.....  
Cuando de tanto pláceme cansada  
Vayas hoy en la almohada  
Tu rubia cabecita á reclinar,  
Sentirás otro beso todavía;  
¡Es tu madre, María,  
Que te vió esta mañana comulgar!

ENRIQUE MENENDEZ PELAYO.

## RECETAS ÚTILES.

## APRESTO PARA LA ROPA BLANCA.

Hiérvase en medio litro de agua un trozo de jabón blanco de Marsella, del tamaño de una nuez, incorporándole 250 gramos de almidón, que se habrán previamente desleído en un litro de agua tibia.

Agréguese un pedazo de bórax del grueso de una avellana, y déjese cocer hasta que esté la mezcla trasparente: pásese por tamiz, y añádase luego un poquito de añil.

Con este apresto se almidona la ropa cuando todavía está húmeda: póngase á secar, y después de enteramente seca, almidónese con la mezcla antedicha, enrollando las prendas fuertemente para que el almidonado quede por igual, y por último, pláchese.

## OTRO PROCEDIMIENTO DE APRESTO.

Almidón, 250 gramos; bórax, 20 gramos; aceite de oliva, una cucharada; sal, un puñadito.

Dilúyase el almidón en medio litro de agua fría; hágase hervir el bórax y la sal en un litro de agua, y en seguida incorpórese poco á poco el almidón desleído, agregando después el aceite. Remuévase la mezcla hasta que quede trasparente; retírese del fuego, y cuélese, añadiendo después el añil.

Para su empleo véase la anterior receta.

## APRESTO EN CRUDO.

Hacer hervir un trozo de bórax, del tamaño de una nuez, en medio litro de agua: disuélvase 250 gramos de almidón en tres litros de agua fría; cuando el agua donde se ha puesto el bórax se haya enfriado, mézclase todo, agregando el añil.

La ropa debe estar enteramente seca cuando se vaya á meter en el apresto en crudo.

Hay que evitar el planchar la ropa demasiado húmeda, dejando pasar algunas horas entre el almidonado y el planchado: cuando está la ropa demasiado húmeda, el almidón se pega á la plancha, y ésta ensucia las prendas.

El piqué, cuyo uso es tan general para pellicias y trajes de niños pequeños, se plancha húmedo, sin ningún apresto; pero debe tomarse la precaución de poner debajo una gruesa manta de lana, lo mismo que cuando se trate de planchar bordados.

## EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.832.

1. *Abrigo para niñas de 10 á 12 años.* De limosina listada encarnada y color crudo. Es una especie de paletó recto por delante y ajustado por detrás. La falda, fruncida, va añadida al paletó. El centro de detrás va pegado más arriba que el resto del contorno. Esclavina ceñida en la espalda y cuya parte inferior va doblada por delante hasta el escote para formar manga. Sobre los delanteros van dos caídas, adornadas cada una con un lazo flotante. Cuello en pié y cuello vuelto cortado al sesgo.—Sombrero redondo de fieltro crudo, forrado de terciopelo encarnado y adornado con un pájaro del mismo color.

2. *Traje para niñas de 7 á 8 años.* Vestido inglés de lana rizada color de tabaco. Dos delanteros derechos se abrochan con corchetes sobre el hombro izquierdo, bajo un ancla bordada de oro. Una especie de correa, que forma parte del delantero de debajo, se reúne bajo un ancla con otra correa que forma cinturón y sujeta al mismo tiempo los pliegues del lado izquierdo. La espalda va ajustada y plegada en la falda únicamente. Cuello recto y manga larga. Todos los bordes inferiores de este traje van adornados de pespuntos.—Sombrero de terciopelo color de tabaco, guarnecido de terciopelo azul y plumas azules.

3. *Traje para niñas de 7 á 8 años.* Este traje es de borreta azul rizada y de cuadritos. Falda corta plegada en pliegues anchos. Delantal plegado por delante y recogido en los costados, al mismo tiempo que su contorno va doblado hacia dentro. Puf fijado en el borde inferior del corpiño. Este es una especie de chaqueta Figaro, abierta y redonda por delante, con un chaleco bullonado de seda gaseada azul claro. Unos pompones de seda azul ribetean el delantero. Cuello de terciopelo azul. Manga redonda en el borde inferior y ribeteada de pompones.

Las figs. 1 á 7 de la *Hoja-Suplemento* al presente número corresponden á esta chaqueta.

4. *Traje para niños de 3 á 4 años.* Es de vigoña gruesa color granate. Se compone de una casaca, abierta por delante sobre un chaleco estrecho, que va abrochada con una hebilla sobre un peto bullonado, todo de la misma tela. El borde de los delanteros va adornado con botones dorados. Bolsillo cuadrado y cuello á la marinera. Manga larga con cartera. Faldita corta, fruncida y pegada á la casaca.—Sombrero de fieltro granate, guarnecido de cintas del mismo color.

Se cortan la casaca y el peto por las figs. 28 á 35 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

5. *Traje para señoritas de 16 á 17 años.* Este traje es de sarga de lana color de musgo. Sobre un fondo de falda de alpaca va montada una falda de sarga, plegada en pliegues redondos por delante y en la derecha. En el lado izquierdo se hacen varios fruncidos apretados. Banda formando pico de manton en el lado derecho. Corpiño con aldeta, recortada en punta por delante; el centro por detrás va plegado, así como los laditos. La parte inferior se abre sobre unas correas de terciopelo que se fijan con corchetes. El delantero derecho cruza y se abrocha en la izquierda, pasando sobre una banda plegada y un peto. Borde de terciopelo color de musgo, sobre el cual pasa una cartera de sarga, guarnecida de pespuntos. Dos broches dorados sujetan la punta del terciopelo á la cintura. Cuello en pié de terciopelo. Manga larga, adornada con un brazalete de terciopelo. Todos los bordes de este vestido van pespunteados.

Se corta el corpiño por las figs. 18 á 27 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

6. *Abrigo para niñas de 8 á 9 años.* Es de cheviota color de núa y tiene la forma de un paletó, ajustado por detrás y plegado en la falda. En los lados, un bolsillo, de donde sale un pliegue redondo, va fijado en lo alto con dos correas cruzadas y abrochadas. El delantero derecho va recortado en forma de correas, las cuales se abrochan

sobre el delantero izquierdo, que va plegado. Cuello recto y manga larga, guarnecida de una correa cruzada y abrochada.—Sombrero de seda color de núa. El bordé va forrado de terciopelo. Lazo de cinta de terciopelo núa y plumas encarnadas.

7. *Traje para niñas de 9 á 10 años.* Este traje es de tela de lana afelpada color beige. Falda corta plegada, sobre la cual cae un corpiño largo, cuyos delanteros se prolongan como indica el dibujo. Bolsillos de terciopelo del mismo color, fijados con dos botones. Los delanteros se abren sobre un chaleco de terciopelo abrochado por arriba y abierto por abajo sobre otro chaleco ó peto de *surah beige* fruncido. La espalda va ajustada y recortada en punta bajo la aldeta, que se disimula bajo una cinta anudada en medio. Capucha plegada de terciopelo beige, forrada de seda del mismo color. Cuello en pié de terciopelo. Manga larga con cartera de terciopelo.—Sombrero de fieltro beige, adornado con un puf de terciopelo del mismo color, cintas de faya y plumas beige.

Se corta este corpiño por las figs. 8 á 17 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

## ARTICULOS DE PARÍS RECOMENDADOS.

Todos esos trajes elegantes que cada semana describimos, perderían todo su encanto si las señoras que los llevan descuidaran los medios aparentes para hacerlos valer.

Lo más seguro es tener un corsé bien cortado, bien cosido, y procedente de una casa de primer orden como la casa P. DE PLUMENT, de París.

Con un corsé fabricado por dicha importante casa, el talle adquiere una perfección notable. ¿Sois un poco gruesa? El corsé-coraza *Juana de Arco* atenuará la amplitud de las caderas; sostendrá el talle y lo hará ganar en esbeltez, disimulando, sin perjudicar vuestra salud, una superabundancia de carnes, que os atormenta en vuestro natural deseo de parecer bien.

¿Sois delgada? El corsé *Sultana* hará resaltar las elegancias de vuestro busto.

Pídase á la casa Aurigemma, de Barcelona (calle Fernando, 3), el *Boletín-guía de la casa de Plument*, que será remitido franco de porte, y en el cual se encuentran los dibujos de todos los corsés y ahuecadores de aquella importante casa.

¡QUININA DULCE!—En una napolitana, que sólo sabe á chocolate, cuatro granos de sulfato. Hay también polvo. Va por correo. De venta en muchas boticas. Pedid prospectos al Dr. Santoyo (de Lináres).

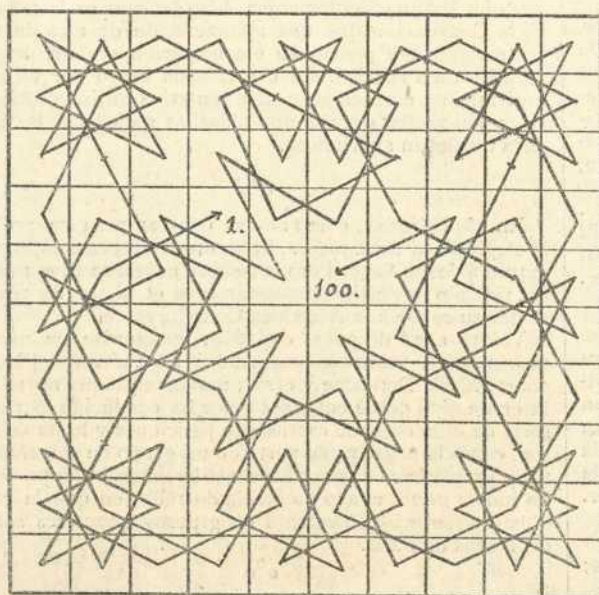
El CREPÉ FRANCÉS es el más barato y mejor relleno para almohadillas de polisones. Único depósito en Madrid, Fuenarral, 8.

Un médico eminente de Londres, consultado sobre el mérito que como medicamento tiene el *Hierro Bravais*, escribe: «He empleado de un modo muy extenso, tanto en mis diferentes dispensarios como en mi clientela, el *Hierro Bravais*, habiéndolo administrado en casos en los cuales el *Hierro* no podía ser tomado de otro modo. Esta es la mejor preparación ferruginosa que hasta hoy se ha hallado.»

La JABORANDINE es soberana para impedir la caída del cabello: fortalece el pelo, no lo engrasa, le da espesor y facilita el peinado. El frasco, 20 pesetas. DUSSEY, inventor, 1, rue J. J. Rousseau, París.

ALIMENTO DE LOS NIÑOS.—Para robustecer á los niños, las mujeres y personas débiles del pecho, del estómago, ó que padecen de clorosis ó de anemia, el mejor y más barato alimento es el *RACAHOUT de los ARABES*, de De-langrenier, de París. Depósitos en las farmacias del mundo entero.

## SOLUCION AL SALTO DE CABALLO DEL NÚM. 35.



## EN UN ABANICO.

Un lindo abanico,  
Pintado en su tela  
Dos árboles tiene,  
Dos ríos, dos peñas,  
Dos tiernos palomos,  
Dos enredaderas,  
Dos blancas casitas,  
Dos altas palmeras....  
—¿No sabes, hermosa,  
Lo que esto te enseña?  
Que debe tu alma  
Buscar compañera.  
—¡Ojalá,  
Y buscara la mía,  
Que sola se encuentra!

La han presentado las Sras. y Srtas. D.<sup>as</sup> Manuela Gaspar de González.—D.<sup>a</sup> Arsenia Rodríguez.—D.<sup>a</sup> Pilar Arenillas.—D.<sup>a</sup> Elodia Arenas y Rodríguez.—D.<sup>a</sup> Teresa Escobar de Maza.—D.<sup>a</sup> María Duarte y Choquet.—Srtas. de Muñoz y Trageda.—D.<sup>a</sup> María Muñoz y Revuelta.—D.<sup>a</sup> Rosa Pérez de Langoni.—D.<sup>a</sup> Rita y D.<sup>a</sup> Aurora Pardo de Cela.—D.<sup>a</sup> Alicia y D.<sup>a</sup> Otilia Armada López.—D.<sup>a</sup> Hipólita Los-arcos de Hernández.—D.<sup>a</sup> Lucina y D.<sup>a</sup> Elisa Martínez.—D.<sup>a</sup> J. Varela Menéndez de Limia.—D.<sup>a</sup> María y D.<sup>a</sup> Bonifacia Ahijón.—D.<sup>a</sup> Encarnación Saez.—D.<sup>a</sup> Luisa Merino.—D.<sup>a</sup> Fernanda Samped.—D.<sup>a</sup> Virginia Escobar.—D.<sup>a</sup> Presentación Jimenez.—D.<sup>a</sup> Milagros Rodríguez.—D.<sup>a</sup> Herminia Otero.—D.<sup>a</sup> Concepción Salvatierra.—D.<sup>a</sup> Carmen Velasco y Rodríguez.—D.<sup>a</sup> Joaquina Quintana.—Doña Elvira Campománes.—D.<sup>a</sup> Lucía Fernández.—D.<sup>a</sup> Virginia Pérez.  
También hemos recibido de Chile soluciones al Salto de Caballo del número 23 de las Sras. y Srtas. D.<sup>as</sup> Delfina Pelissier.—D.<sup>a</sup> Amrita Uzquiano.—D.<sup>a</sup> Dorotea Aguirre.





## PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

CONTIENE LOS ÚLTIMOS FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARÍS, PATRONES DE TAMAÑO NATURAL, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, CROCHET, TAPICERÍAS DE COLORES NOVELAS.—CRÓNICAS.—BELLAS ARTES.—MÚSICA, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DÍAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

AÑO XLIV.

MADRID 22 DE OCTUBRE DE 1885.

NÚM. 39.

### SUMARIO.

1. Abrigo de felpa-astrakan.—2 y 3. Canasto para leña.—4 y 5. Estuche para naipes.—6. Papelera.—7 y 8. Dos encajes al crochet.—9. Cenefa para cortinas.—10 y 11. Vestido de moaré con listas de cachemir.—12 y 13. Vestido para señoritas.—14. Traje de calle.—15 y 16. Chaqueta.—17. Traje para niñas de ocho años.—18. Traje para niñas de seis a siete años.—19 y 20. Vestido de diagonal.—21. Vestido de cachemir.—22. Vestido de lana y seda brochada.—23 y 24. Vestido de cheviota.—25. Traje para niños de nueve a once años.—26. Paletó para niños de ocho a diez años.—27. Cuello y chorrera de encaje.—28. Cuello en pie.—29. Collar de cinta de raso.—30. Capota de terciopelo.—31. Sombrero de fieltro.—32 a 36. Corpinos y chaquetas.

Explicación de los grabados.—Crónica de Madrid, por el Marqués de Valle-Alegre.—Un Templo en el aire (recuerdos de viaje), por D. Eusebio Martínez de Velasco.—Cartas a una madre (tercera), por Doña María del Pilar Sinués.—A..., poesía, por D. Adolfo Llanos.—Violeta (fragmento de una novela inédita), por D. Pablo Nougés.—Revista de modas, por la Vizcondesa de Castelfiño.—Explicación del figurin iluminado.—Sueltos.—Anuncios.

#### Abrigo de felpa-astrakan.—Núm. 1.

Véase la explicación en el recto de la Hoja-Suplemento al presente número.

#### Canasto para leña.—Números 2 y 3.

Este canasto, que es de junco, tiene 44 centímetros de alto por 50 de largo. La parte interior va guarnecida de badana gruesa. Un bordado hecho sobre paño granate adorna la tapadera, y un lambrequin del mismo paño guarnece la parte delantera del canasto. El dibujo 3 reproduce una parte de la labor. Para este lambrequin se toma una tira de paño de 21 centímetros de alto, y suficientemente larga para guarnecer la parte delantera del canasto. Se recortan unos pedazos de paño azul, encarnado, aceituna y color moda. Se les aplica sobre el lambrequin, y se les fija por medio de un punto de Boulogne, ejecutado con varias hebras de lana de los mismos colores. En el borde superior y en los lados trasversales el lambrequin va guarnecido con un galon de 2 centímetros de ancho, formado con pedazos de paño color de aceituna, que alternan con pedazos de paño encarnado. El bordado de la tapadera es igual al del lambrequin. Cuando la labor está terminada, se forra el paño de raso de lana y se pone el lambrequin y la parte de encima de la tapadera, rodeándolos de un cordón grueso de lanas de diferentes colores. Se adorna el canasto con bolas y borlitas hechas de las mismas lanas empleadas en la labor.

#### Estuche para naipes.—Números 4 y 5.

Las figuras 49 a 51 de la Hoja-Suplemento al núm. 37 de LA MODA corresponden a este objeto.

Los dibujos 4 y 5 representan este estuche abierto y cerrado. Se le hace de raso, se le adorna con bordados y se le ribetea de una cinta. Se corta un pedazo de raso gris ó de color masilla, de 29 centímetros de largo por 8 de ancho, y se ejecuta sobre este pedazo el bordado, empleando torzal de seda encarnada antigua. Se recorta al sesgo uno de los lados trasversales para formar una vuelta y se forra con seda encarnada. Se toma un pedazo



1.—Abrigo de felpa-astrakan.

(Explicación en el recto de la Hoja-Suplemento al presente número.)

de cartón grueso blanco, de 9 centímetros de largo por 7 de ancho, se le ribetea con una cinta de seda estrecha, y se fija sobre él cierto número de hojas de papel que sirven de libro de juego. Se fijan sobre uno de los lados dos presillas de cinta elástica, destinadas a contener un lápiz, después de lo cual se cose el cartón por la parte interior de la mitad de debajo del estuche.

Para formar en la mitad de encima el bolsillo destinado a contener los naipes, se prepara un pedazo de raso gris de 9½ centímetros de ancho por 12 de largo, adornado con un bordado, que se hace con arreglo a la fig. 51. En el borde inferior se hace un plieguecito y se fija el bolsillo sobre el estuche. Se cierra éste por medio de una cerradura pequeña y de un ojete de metal incrustado en el estuche.

#### Papelera.—Núm. 6.

Las figuras 25 y 26 de la Hoja-Suplemento al núm. 37 de LA MODA corresponden a este objeto.

Esta papelera colgante, hecha de felpa color reseda, va adornada con un bordado de oro y fijada sobre un marco de madera torneada y tallada. Se corta un pedazo de cartón grueso, de 31 centímetros de alto por 19 de ancho, se le cubre por un lado con felpa color de reseda, y por el otro con raso del mismo color, y se le clava con unas puntitas en el interior del marco. El bolsillo tiene 27 centímetros de ancho por 20 de alto. Se le corta de felpa, se le forra de raso y se frunce su borde inferior, de modo que forme una cabeza de 3 centímetros de alto. La felpa va bordada por las figuras 25 y 26. Para hacer este bordado, se tiende un torzal de oro liso, formando hileras que se fijan con seda fina, de color de oro. Se cuelga la papelera con cordones de seda color reseda.

#### Dos encajes al crochet.

##### Números 7 y 8.

Núm. 7.—Se hace este encaje con algodón núm. 60, sobre una cadeneta de 28 mallas, yendo y viniendo.

1.<sup>a</sup> vuelta. Se pasa la malla más próxima y se hace siempre una malla simple sobre la malla siguiente de la cadeneta.

2.<sup>a</sup> vuelta. 4 mallas al aire, — alternativamente, una brida doble sobre la segunda malla siguiente, — 1 malla al aire (la última brida doble va hecha sobre la malla pasada de la cadeneta).

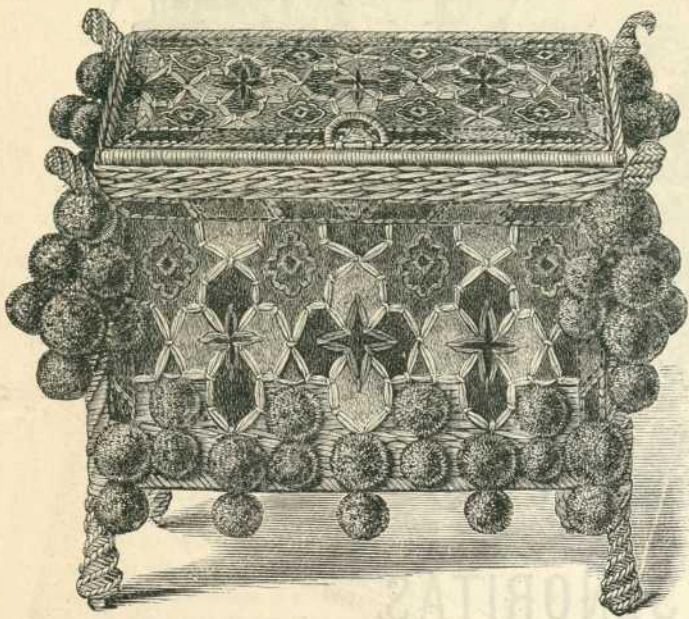
3.<sup>a</sup> vuelta. Siempre dos mallas simples sobre la malla más próxima al aire.

4.<sup>a</sup> vuelta. 3 mallas al aire, — 4 veces, alternativamente, 3 bridas sobre las 3 mallas más próximas, — 3 mallas al aire bajo las cuales se pasan 3 mallas, 3 bridas sobre las 3 mallas siguientes.

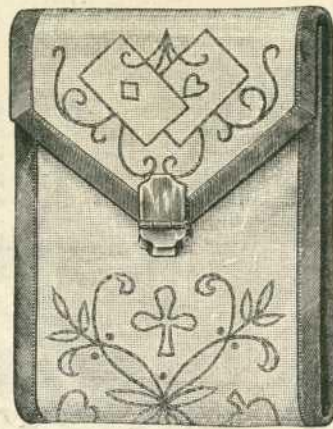
5.<sup>a</sup> vuelta. 7 mallas al aire, — 4 veces, alternativamente, 3 bridas sobre las 3 mallas más próximas al aire, — 3 mallas al aire, — 1 brida sobre la 4.<sup>a</sup> malla siguiente.

6.<sup>a</sup> vuelta. Como la 4.<sup>a</sup> vuelta, y al empezar, 2 mallas al aire, — sobre la malla más próxima al aire se hacen 5 bridas triples separadas cada una por 2 mallas al aire, — 2 mallas al aire, — 1 brida doble sobre la malla siguiente, — 2 mallas

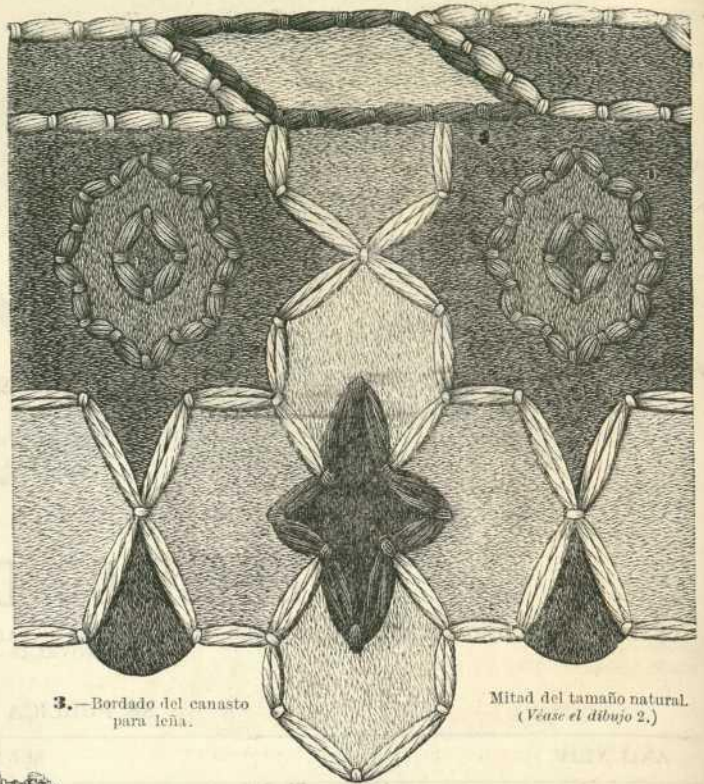




2.—Canasto para leña. (Véase el dibujo 3.)



4.—Estuche para naipes. Cerrado (Véase el dibujo 5.)



3.—Bordado del canasto para leña.

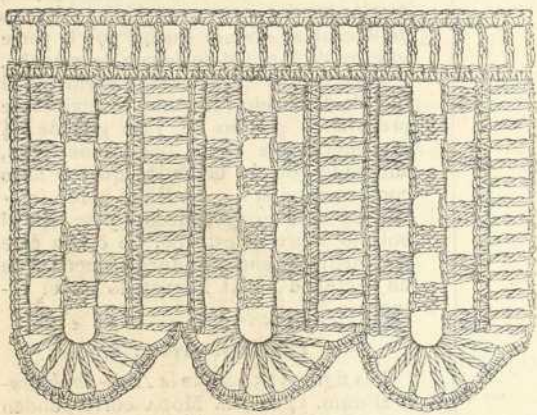
Mitad del tamaño natural (Véase el dibujo 2.)

al aire,—1 malla simple sobre la última brida de esta vuelta.

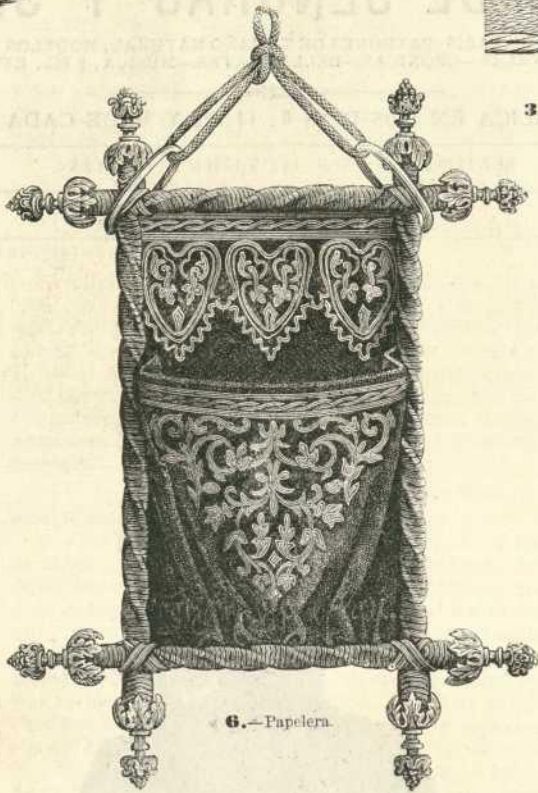
7.<sup>a</sup> vuelta. 8 veces 4 mallas simples sobre las 2 mallas más próximas al aire,—siempre una malla simple sobre la malla siguiente,—vuelve á empezarse siempre la 2.<sup>a</sup> vuelta hasta la 7.<sup>a</sup>, pero antes de ejecutar la 7.<sup>a</sup> vuelta de cada division del dibujo, se la une á la última malla simple de la vuelta igual de la division precedente del dibujo. Se hacen, en los lados de mallas del borde superior del encaje, otras 3 vueltas como la 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup>

Núm. 8.—Se hace este encaje con algodón núm. 60.

1.<sup>a</sup> vuelta. 7 veces una hojita (es decir, 5 mallas al aire y



7.—Encaje al crochet.

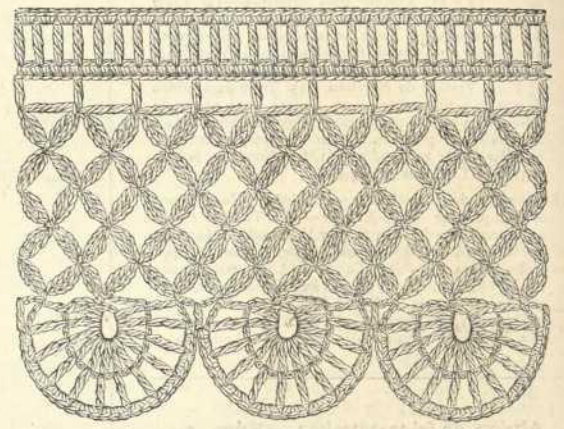


6.—Papelera.

Cenefa para cort' nas.—Núm. 9.

Se puede aplicar este dibujo á diversos usos: bordándole sobre cañamazo con seda, lana ó algodón de color, para cenefas de cortinas, en cuyo caso se ejecutará la cinta dispuesta en zigzag, de color de madera, y los arabes-

cos, alternativamente, de color azul, rosa y verde musgo. Si se quiere emplear la cenefa para un tapete pequeño, se fijará sobre la tela del tapete (terciopelo, seda ó lana) un pedazo de cañamazo, sobre el cual se bordará la cenefa. Las líneas rectas se harán en tal caso con torzal de plata, los



8.—Encaje al crochet.

una doble brida sobre la 1.<sup>a</sup> de las 5 mallas), —1 malla cadeneta simple sobre el lado de malla, entre la 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> hoja, —2 veces una hojita, 1 malla cadeneta simple en el lado de malla, entre la 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> hoja,—una hojita,—1 brida triple sobre la 1.<sup>a</sup> malla al aire,—y luego vuelve á empezarse desde 2.

2.<sup>a</sup> vuelta. 1 malla simple en el lado de malla, entre las dos hojas siguientes, antes de la curva más próxima,—1 brida sobre la brida más próxima de la curva,—11 veces alternativamente 1 brida sobre la brida siguiente, 3 mallas al aire,—1 malla simple entre las dos hojas siguientes,—5 mallas al aire,—vuelve á empezarse desde 2.

3.<sup>a</sup> vuelta. 1 malla simple sobre las 3 mallas más próximas al aire,—9 veces 4 mallas simples sobre las 3 mallas al aire siguientes, despues de lo cual se pasan 3 mallas al aire,—1 brida sobre las 5 mallas al aire más próximas,—se pasan 3 mallas al aire,—vuelve á empezarse desde 2.

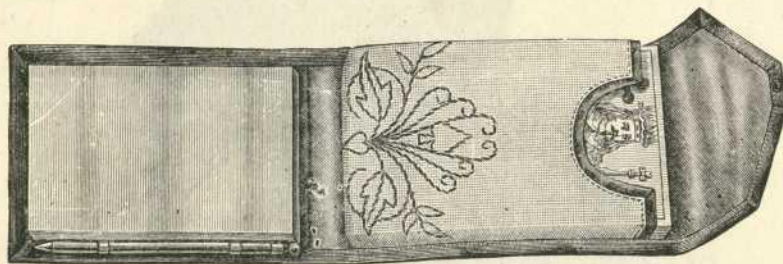
En el otro lado del encaje se hacen:

1.<sup>a</sup> vuelta. Siempre alternando, 1 brida sobre la malla, en la cual se ha hecho la brida triple más próxima,—5 mallas al aire

2.<sup>a</sup> vuelta. Se hace siempre 1 malla simple sobre cada malla.

3.<sup>a</sup> vuelta. Alternativamente, 1 brida doble sobre la malla más próxima,—1 malla al aire, bajo la cual se pasa 1 malla.

4.<sup>a</sup> vuelta. 2 mallas simples sobre la malla al aire más próxima



5.—Estuche para naipes. Abierto. (Véase el dibujo 4.)

zigzag con torzal de oro, y los arabescos como hemos indicado en la primera combinacion.

Vestido de moaré con listas de cañamazo.—Núms. 10 y 11. Véase la explicacion en el verso de la Hoja-Suplemento al presente número.

Vestido para señoritas.—Núms. 12 y 13.

Para la explicacion y patrones, véase el número III, figs. 20 á 27 de la Hoja-Suplemento al presente número.

Traje de calle.—Núm. 14.

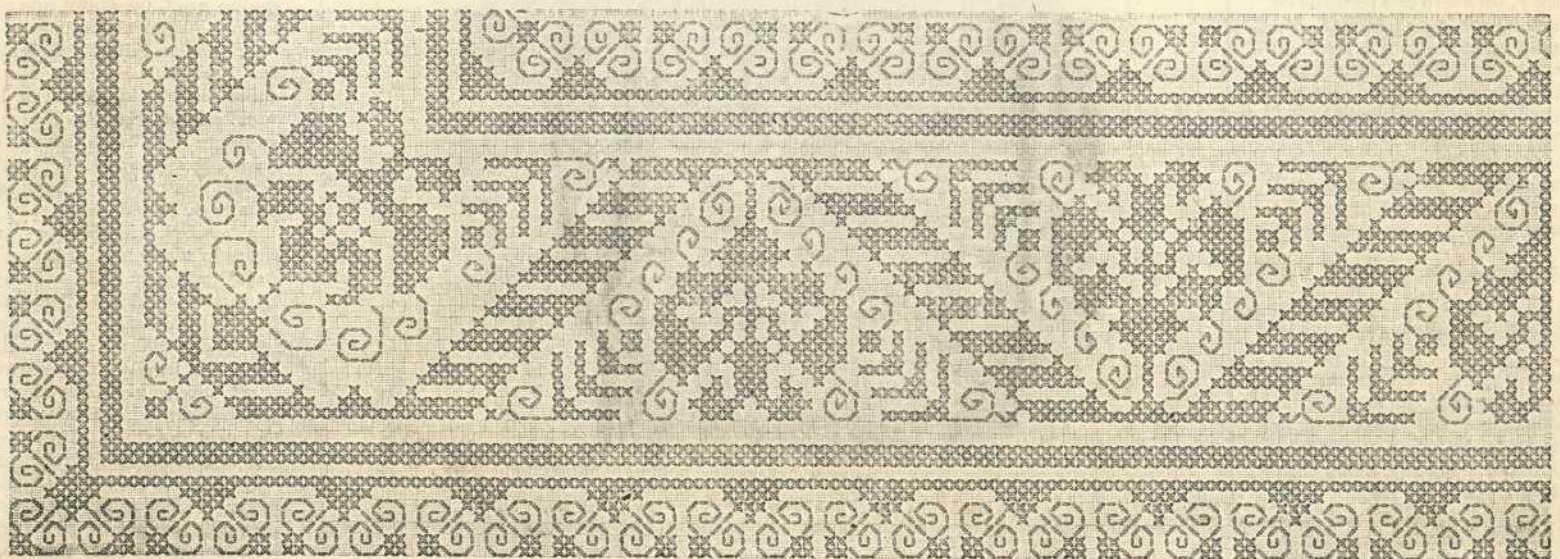
Nuestro dibujo representa el mismo traje del figurin iluminado que acompaña al presente número, sólo que está visto por detras. Véase el figurin y su explicacion.

Chaqueta.—Núms. 15 y 16.

Para la explicacion y patrones, véase el número I, figs. 1 á 10 de la Hoja-Suplemento.

Traje para niñas de 8 años. Núm. 17.

Vestido inglés de bengalina color de rosa seca, fruncido por detras y por delante, así como en la cintura. La falda de este vestido va forrada de muselina.—Cinturon de cinta de faya verde oscuro.—Medias rayadas de color de



9.—Cenefa para cortinas de cañamazo, tapete, etc.





12 y 13.—Vestido para señoritas. Delantero y espalda.—(Explicación y pat., núm. 111, figs. 20 á 27 de la Hoja-Suplemento.)

rosa de dos matices.—Sombrero de terciopelo adornado de plumas color de hoja seca y blanco.

Traje para niñas de 6 á 7 años. — Núm. 18.

Vestido de debajo de cachemir de la India azul oscuro, forrado de tafetan del mismo color. Este vestido es de una sola pieza; la espalda es lisa, y el delantero va fruncido en el escote y en la cintura. Debe dejarse el vuelo necesario para que la falda vaya plegada. Bajo esta falda se pone un tableadito de tafetan glaseado del mismo color. Una chaqueta de terciopelo azul marino, adornada con una pasamanería de seda y cuentas del



15.—Chaqueta. Espalda.—(Explicación y patrones, núm. 1, figs. 1 á 10 de la Hoja-Suplemento.)



14.—Traje de calle. Espalda. (Véase el figurín que acompaña al presente número y su descripción.)



10 y 11.—Vestido de moaré con listas de cañamazo. Espalda y delantero. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

mismo color, completa este traje.—El sombrero es de muselina de la India, y va adornado de terciopelo color de rubí.

Vestido de diagonal. — Núms. 19 y 20.

Para la explicación y patrones, véase el núm. 11, fig. 11 á 19 de la Hoja-Suplemento.

Vestido de cachemir. — Núm. 21.

Véase la explicación en el verso de la Hoja.

Vestido de lana y seda brochada. — Núm. 22.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VI, figuras 45 á 53 de la Hoja-Suplemento al presente número.

Vestido de cheviota. — Núms. 23 y 24.

Véase la explicación en el recto de la Hoja.



16.—Chaqueta. Delantero.—(Explicación y patrones, núm. 1, figs. 1 á 10 de la Hoja-Suplemento.)



17.—Traje para niñas de 8 años.



19.—Vestido de diagonal. Espalda. (Véase el dibujo 20.)—(Explic. y pat. núm. 11, figs. 11 á 19 de la Hoja-Suplemento.)

21.—Vestido de cachemir. Explic. en el verso de la Hoja.)



18.—Traje para niñas de 6 á 7 años.





25.— Traje para niños de 9 á 11 años. (Explic. y pat., núm. IV, figs. 28 á 37 de la Hoja-Suplemento.)



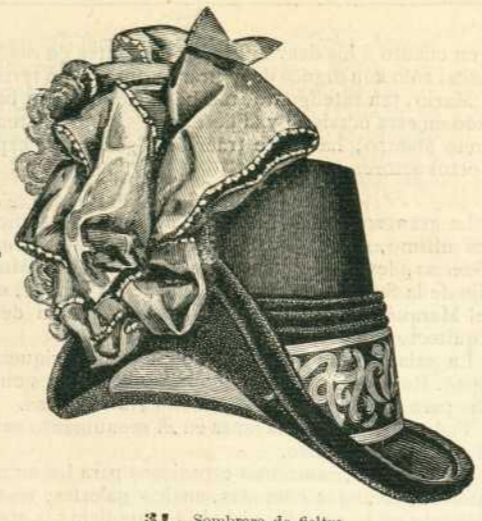
27.—Cuello y chorrera de encaje.



28.—Capota de terciopelo.



29.—Collar de cinta de raso.



31.—Sombbrero de fieltro.



28.—Cuello en pie.



26.—Paletó para niños de 8 á 10 años.—(Explic. y pat., núm. V, figs. 28 á 44 de la Hoja-Suplemento.)



20.—Vestido de diagonal Delantero. (Vase el dibujo 19.) (Explic. y pat., núm. II, figs. 11 á 19 de la Hoja-Suplemento.)

22.—Vestido de lana y seda brochada. (Explic. y pat., núm. VI, figs. 45 á 53 de la Hoja-Suplemento.)



32.—Corpiño de raso.

33.—Corpiño de muselina para jovencitas.

35.—Chaqueta de paño.

34.—Chaqueta Figaro.

36.—Corpiño de terciopelo y tul.



23 y 24.—Vestido de cheviota, Delantero y espalda.—(Explicacion en el recto de la Hoja.)



**Traje para niños de 9 á 11 años.—Núm. 25.**

Para la explicación y patrones, véase el núm. IV, figura 28 á 37 de la *Hoja-Suplemento*.

**Paletó para niños de 8 á 10 años.—Núm. 26.**

Para la explicación y patrones, véase el núm. V, fig. 38 á 44 de la *Hoja-Suplemento*.

**Cuello y chorrera de encaje.—Núm. 27.**

Este cuello es de encaje blanco, y va adornado con una chorrera del mismo encaje, que va dispuesto como indica el dibujo, y apuntado con tres broches de metal.

**Cuello en pié.—Núm. 28.**

Se hace este cuello de surah color crema, se le pliega y se le adorna con un lazo de cinta de faya del mismo color, de 3 centímetros de ancho. Puede unirse á este cuello un peto del mismo surah, plegado en su parte superior, y formando por abajo un bullonado que se apunta más arriba de la cintura, y se le adorna con un lazo flotante de cinta igual á la del lazo del cuello.

**Collar de cinta de raso.—Núm. 29.**

Este collar se compone de ángulos de dos dimensiones distintas, cortados de cinta de raso color crema. En medio de cada ángulo se fija una cuenta de oro. Se pegan estos ángulos en el doblez de una cinta igual, con la cual se forma también el lazo de delante.

**Capota de terciopelo.—Núm. 30.**

Esta capota es de terciopelo color de barro cocido, bordada de cuentas de plomo de dos tamaños. El ala va bordada con las mismas cuentas, pero más espaciadas. Se emplea, para hacer este ala, un pedazo de terciopelo cortado en forma de triángulo, cuyo pedazo se pone en el borde de la capota, disponiéndolo en pliegues planos, como indica el dibujo. Se coloca este pedazo sobre la capota de manera que forme una diadema un poco bullonada, cuyas extremidades se pliegan. Por delante, en medio de esta diadema, se fija un lazo de cinta de moaré del mismo color del vestido, pero de matiz más claro, y de seis y medio centímetros de ancho. Bidas de la misma cinta y plumas de color igual.

**Sombrero de fieltro.—Núm. 31.**

Este sombrero es de fieltro de seda verde musgo. Copa alta. Ala levantada por detras y forrada de terciopelo color de musgo. La copa va guarnecida de un galon ancho del mismo color, con dibujos de color crudo, y de un biés de terciopelo por encima. Plumitas de color de musgo. Lazos de cinta del mismo color, pero de dos matices.

**Corpiños y chaquetas.—Núms. 32 á 35.**

**Núm. 32. Corpiño de raso.**—Corpiño redondo, de raso, color encarnado oscuro antiguo, muy abierto por delante sobre un peto plegado horizontalmente, cuyo peto es de crespon de la China, color crema. Las solapas y las carteras de las mangas son del mismo crespon. La rosácea de cinta que termina las solapas es de cinta de raso color crema.

**Núm. 33. Corpiño de muselina para jovencitas.**—Este corpiño, plegado por delante y por detras, y liso en los costados, va adornado con correas de cinta de raso y hebillas de metal. Las mangas, plegadas, forman un bullon en el codo y terminan en un rizado de encaje. Cuello recto plegado.

**Núm. 34. Chaqueta Figaro.**—Esta chaqueta es de terciopelo azul oscuro, y va adornada con pompones de seda. La chaqueta va completada por una camiseta de surah azul pálido. Las mangas de la chaqueta terminan en un bullon de la misma tela.

**Núm. 35. Chaqueta de paño.**—Se hace esta chaqueta de paño mordorado, y se la forra de seda color de oro antiguo. Se la puede llevar con todas las faldas, armonizando los colores. Se la adorna con un galon marrón y cordoncillo color de oro antiguo. Chaleco de paño de oro antiguo con cuello y cinturón de terciopelo marrón.

**Núm. 36. Corpiño de terciopelo y tul.**—Este corpiño, que es de terciopelo color de musgo, va ribeteado de un galon de seda bordado de cuentas mordoradas. Se le completa con una camiseta de tul, color de crema bordado, cuya camiseta, plegada en el cuerpo, lleva mangas del mismo tul, y un cuello formado de galon igual al que adorna el corpiño.

**CRÓNICA DE MADRID.****SUMARIO.**

Los días tristes.—Porvenir mejor.—El arco Iris.—La vuelta de los emigrados.—Los que faltan y los que no vendrán.—*Potins* ó *chismes*.—El otoño y las carreras de caballos.—Reflexiones filosóficas.—Reapertura de los teatros.—Ojeada rápida.—*Les Folies-Bergère*... en Madrid.—El nuevo coliseo de la Princesa.—El Español.—El Real.

**V**OLVEMOS á reanudar nuestras tareas en la época y en las circunstancias más favorables; Madrid sale rápidamente de su letargo, de su postración, y renace á la vida despues de larga y dolorosa crisis.

Han pasado los tristes, los dolorosos días de la epidemia; han concluido los temores, las inquietudes de los individuos y de las familias; vuelven, por fin, la calma y la tranquilidad á los espíritus, afligidos largo tiempo por una calamidad incomparable.

Aunque sus estragos fueron menores de lo que se recelaba, han dejado huella indeleble y profunda en las distintas clases de la sociedad. La más castigada ha sido la más desvalida: aquella que, no sólo no pudo huir del peligro con la ausencia, sino que hasta carecía de recursos para evitarlo.

Sin embargo, la patria llora hombres eminentes, arrebatados cruelmente por el funesto azote; jóvenes que empe-

zaban la vida llenos de ilusiones, y que han caído como flores tronchadas por el huracán.

La emigración ha sido numerosísima en Madrid, y es todavía considerable.

Aun hay gente en los puertos de mar, en San Sebastian, en Zarauz, en Biarritz; pero mucha más en París, donde los placeres de la gran ciudad, las modistas y los sastres, detienen, gratamente entretenidas, á damas elegantes y aristocráticas.

Algunas han regresado ya, cargadas con las obras de Worth, Pingard, mesdames Lafferrière y Virot: la mayoría no llegarán hasta fines del presente mes ó principio del próximo, dejando entre tanto desiertos sus palacios y vacíos sus palcos del teatro Real.

A creer á los noticieros y chismosos, varias familias permanecerán á orillas del Sena—ó de otros rios—el invierno de 1885 á 1886.

En el número se citan los Duques de Alba y de Fernan-Nuñez, la Duquesa de la Torre, los Marqueses de la Torrecilla, los Condes de Santovenia, los de Villagonzalo....

Estos son los únicos que decididamente no vuelven, porque venden entera su cuadra:—diez hermosos caballos de silla y de tiro, que se disputan á elevados precios los aficionados.

Dios solo sabe lo que se habla acerca de los motivos de la voluntaria expatriación de personas altamente colocadas en el gran mundo y que figuran en primera línea en la sociedad.

Pero son todos *potins*, segun dicen los franceses: *chismes*—como decimos nosotros—*chismes* procedentes de Biarritz, donde durante el verano los ociosos y las malas lenguas se han despachado á su gusto.

Confiamos en que pronto ocupará la Duquesa de la Torre su hotel de la calle de Villanueva; sus palacios los Duques de Fernan-Nuñez y de Alba; y que los Marqueses de la Torrecilla, despues de acompañar cierto tiempo á su bella hija la Condesa de Villagonzalo, tornarán á proseguir en la calle de Peligros sus banquetes y sus tertulias de los miércoles.

Lo hemos indicado arriba: nuestra capital vuelve á recobrar su vida y su animación ordinarias.

Los teatros se han abierto uno despues de otro; el Retiro se puebla de carruajes; los comedores se abren para comidas de confianza, y desde el 24 al 29 del corriente tendremos las corridas de caballos del otoño.

Las cuadras de Villamejor, de Garvey, de Fernan-Nuñez, de Lorite y de otros conocidos *sportsmen*, hacen preparativos para competir en ellas; siendo seguro que el Hipódromo de la Fuente Castellana presentará el aspecto de costumbre en los días designados para las fiestas hípicas.

El espectáculo no parece estar en vías de aclimatarse en España, á pesar de los perseverantes esfuerzos de la *Sociedad de Fomento de la Cria Caballar*.

El pueblo gusta más de las corridas de toros con sus sangrientos y horribles detalles, que de la lucha pacífica de *Gipsy* con *Gladiateur*, ó de *Tribby* con *Esperance*.

Todo tiene sus inconvenientes; y si en la plaza los hombres exponen su vida, en el *turf* exponen su patrimonio.

Las carreras son en Francia, en Inglaterra y en otros países un verdadero juego de azar, en que se pierden ó se ganan sumas fabulosas.

De desear es que no suceda lo propio entre nosotros.

El teatro de Apolo es el único que, á la hora en que escribimos, no ha franqueado aún sus puertas, si bien se dispone á ejecutarlo en breve:—quizás á la hora en que se publiquen las presentes líneas.

Los demas han ido inaugurando sucesivamente sus temporadas.

¿Las concluirán todos?

¡Ecco il mistero!

Los de Eslava, Lara y Martin dieron el ejemplo, comenzando sus tareas á mitad de Setiembre; Novedades y la Zarzuela les imitaron con pocos días de diferencia, y no mucho más tarde vinieron á aumentar el número los de la Comedia, Variedades y el circo-teatro de Price.

En la semana que hoy termina hemos tenido nada menos que tres inauguraciones: las del nuevo coliseo de la Princesa, las del Español y del Real.

Los lectores no aguarden que demos cuenta de lo que han ofrecido al público todas las empresas; nuestra costumbre es no hablar sino de aquello que merece la pena por la importancia de la obra, ó de la manera como se representa.

Así, manifestaremos que el teatro de la Corredera de San Pablo conserva su habitual concurrencia; no así el de la calle de la Magdalena, muy abandonado de sus prístinos favorecedores.

Arderius, el introductor, el propagador del género bufo, ha querido introducir también entre nosotros el espectáculo de *Les Folies-Bergère*, de París, el cual consiste en hacer alternar las operetas cómicas con los bailes; la gimnasia con las piezas en un acto.

Pero ni los actores y cantantes ajustados son buenos, ni los acróbatas notables, ni las bailarinas pasan de modestas medianías.

Así el público no llena la vasta sala, y no tenemos fe en el éxito del ensayo.

Lo propio diremos de la Comedia, donde se ha intentado algo semejante.

Allí siquiera hay dos actores notables: Rubio, que tiene tantos amigos y apasionados; Castilla, que cuenta asimismo con vivas simpatías.

El resto de la compañía no corresponde á sus dos *jefes*;

y en cuanto á los desventurados cantantes de *couplets* franceses, sólo son dignos de figurar en un *café* de tercer orden.

Mario, tan inteligente, tan hábil siempre, se ha equivocado en esta ocasion; y si desea que su antiguo teatro continúe abierto, habrá de traer otro género de espectáculo y otros actores.

La gran solemnidad artística del año se verificó el jueves último, con la inauguración del nuevo *Teatro de la Princesa*, levantado por el joven Marqués de Monasterio, hijo de la Sra. Duquesa de Medina de las Torres, en la calle del Marqués de la Ensenada, bajo la dirección del célebre arquitecto Villajos.

La sala es una maravilla de elegancia, riqueza y buen gusto. Rara vez se aunan y concilian estas tres circunstancias para formar un conjunto bello y armonioso.

Todo es digno de alabanza en el monumento erigido por la aristocracia al arte.

Amplio foro, camarines espaciosos para los actores en lo interior; escaleras cómodas, anchas galerías, vestíbulo espléndido en lo exterior; hé ahí lo que llama la atención en un edificio, para cuyo ornato nada se ha omitido, resultando uno de los más bellos y suntuosos que existen en España y en el extranjero.

La opinión del público y de la prensa ha estado unánime al ensalzar la obra del Sr. Villajos y el noble pensamiento del ilustre joven que ha consagrado parte de su patrimonio á tan digno y elevado objeto.

La inauguración se verificó la noche del 15, asistiendo SS. MM. las Reinas Cristina é Isabel, las Infantas, y una concurrencia igualmente numerosa que distinguida; componiéndose el espectáculo de la famosa comedia de Breton *¡Muérete... y verás!* y de un sainete nuevo del Sr. Luceño, titulado *El Corral de las Comedias*.

Ambas composiciones fueron desempeñadas á la perfección por la Mendoza Tenorio y la Martínez; por Mario, Cepillo, Rossell, Sanchez de Leon, Aguirre y demas individuos de la antigua compañía de la Comedia, que al cambiar de escena, ni han perdido sus dotes artísticas, ni su auditorio simpático y entusiasta.

Á la noche siguiente abrió sus puertas el coliseo Español con el drama de Lope de Vega *Sancho Ortiz de las Rozas*, cuyos principales papeles interpretaron la Cirera y Vico, con aplauso de los espectadores.

También parte de la Familia Real honró con su presencia la función, contribuyendo á la brillantez de ésta, favorecido por crecida y elegante sociedad.

Vico va á dar ahora, durante dos semanas, espectáculos diferentes cada noche, compuestos de las obras antiguas y modernas que gozan de mayor crédito y celebridad.

Tan feliz y oportuna idea no podrá ménos de atraer á las personas ilustradas y de delicado gusto.

Apénas nos quedan espacio ni tiempo para tratar de la reapertura del regio coliseo, efectuada anoche con gran pompa, esplendor y fortuna.

Desde muy temprano se presentaron en su palco las Reinas Cristina é Isabel, en compañía de las dos Infantas Isabel y Eulalia, y no tardó en ocupar todas las localidades un público escogido y elegante.

Aun se advertía la ausencia de muchas notabilidades residentes en París; aún no estaba completa y reunida la *high life*; pero, sin embargo, en la concurrencia se veían multitud de damas hermosas, de políticos ilustres, de *sportsmen* conocidos, de literatos y de periodistas «de marca».

Cantóse *Roberto el Diabolo*, en que hicieron su primera salida la Conti Joroni, la Scifoni, y el tenorino Baldini; volviendo á dejarse oír el tenor Stagno y el bajo Uetam, que tantos admiradores cuentan entre nosotros.

El éxito de la grandiosa *partitura* de Meyerbeer fué completo; y así *los debutantes* como los artistas conocidos, lograron generales y repetidos aplausos y frecuentes llamas á las tablas.

El Conde de Michelena principia con próspera suerte la temporada; y contando con una compañía excelente y numerosa, donde figuran la Pasqua y la Kupfer Berger; tenores como Gayarre, Stagno y Tamagno; barítonos y bajos tan notables como Uetam y Kaschmann, no es aventurado profetizar que logrará resarcirse de las pérdidas sufridas el año último, por causas y motivos independientes de su voluntad.

EL MARQUÉS DE VALLE-ALEGRE.

Octubre 18 de 1885.

**UN TEMPLO EN EL AIRE.**

(RECUERDOS DE VIAJE.)

**C**UÉNTASE en Asturias que el poeta Lamartine, visitando aquel país en compañía de un ilustrado canónigo de la colegiata de Covadonga, sentíase tan hondamente impresionado ante el sepulcro del gran Pelayo, ante la grandeza del sitio, que estrechó la mano de su guía y *cicerone*, y exclamó en súbito arranque de entusiasmo:—*¡Vive l'Espagne!*

Dijole entonces el canónigo, no ménos entusiasmado por la generosa frase del insigne poeta francés:

—Aquí se ve que es verdad el dicho de vuestro compatriota Victor Hugo; es á saber: que «los pueblos antiguos han escrito su historia en páginas de piedra.»

—No—replicó el autor de *Graziella*:—aquí se lee la Historia en las piedras de los templos y de las ruinas; pero también se lee en los montes, en los riscos y hasta en los troncos de los árboles.

Todo en Covadonga es grandioso y sorprendente.



Valles y colinas floridos, peñascos negruzcos y descarnados, montañas gigantescas sombreadas por bosques de castaños y abedules, cascadas y corrientes de agua clarísima que se precipita por angostas quebraduras, el lago de Enol encerrado entre los picos del Auseba, el titánico Monte de la Virgen que se apoya en cimientos de granito y alza su frente, coronada de encinas y seculares álamos, hasta perderse en la vaguedad de las nubes.

Los recuerdos de gloria se despiertan allí con frecuencia que abrumba el espíritu, y en ménos de diez kilómetros puede visitar el viajero los tres lugares más célebres en la historia de Pelayo: el teatro de su triunfo, Covadonga; la iglesia votiva donde fué sepultado con su consorte Gaudiosa, Santa Eulalia de Abamia ó de Velamio; el venerando túmulo empotrado en la roca de la cueva, que guarda las cenizas del héroe.

Allí está el sitio donde Alkaman y sus moros «sufrieron el martirio de la espada», como dicen los cronistas árabes; allí está el Campo de la Jura, donde los victoriosos cristianos prometieron fidelidad y obediencia al restaurador de la patria; allí está la pequeña llanura de Re-Pelayo, donde los próceres godos y los optimates astures «alzaron sobre el paves», según la antigua usanza, al vengador del desastre de Guadalete; allí está el río Diva ó Deva, «que creció y se hizo grande (refiere el cronista salmanticense) con la sangre de los muertos en la pelea, y le duró muchos días el correr teñido con ella»; allí está Covadonga, la gruta memorable, la «cripta santa», donde «cabén trescientos hombres, y no más», y donde se inauguró con la victoria la creación de un poder nacional, ibérico, y empezó á recobrar la patria su libertad perdida.

En esa misma cueva estaba el Templo en el aire.

Dice el obispo Sebastian de Salamanca, á quien sigue el historiador Ambrosio de Morales, que en su tiempo se conservaba en el país una tradición piadosa.

Vivía en aquella cueva un santo ermitaño, que cuidaba del culto de una imagen de la Virgen; el infante Pelayo, refugiado en Canicas despues que los moros de Munuza y Alkaman atravesaron la cordillera cantábrica, tuvo noticia de que cierto malhechor habia cometido un asesinato horrible, y marchó en busca del criminal; éste se acogió á la Cueva de Santa María (que así llaman á Covadonga los primeros cronistas de la restauracion), y cuando Pelayo entró en aquel lugar misterioso para castigar al miserable, el santo ermitaño le salió al encuentro, y le dijo proféticamente:

—Perdonadle, señor, en nombre de Jesucristo y de la Santísima Virgen, y yo os prometo que algun día no lejano vendréis vos á refugiaros en este asilo, y triunfaréis de vuestros enemigos.

Perdonóle Pelayo, y la profecía del viejo ermitaño no tardó en cumplirse puntualmente.

Está la cueva en lugar fragoso por todo extremo: inaccesibles riscos estrechan el horizonte, y forman un valle cerrado, que termina en desfiladero; al frente se eleva la altísima Peña, desnuda de toda vegetacion, y semejante á inmensa cúpula de la montaña; rodeánda, como atalayas imponentes, los derrumbaderos de Hines, los picachos de la sierra de Europa y el monte de Orandi, por el cual se precipita bramando dentro de aquélla, hasta la profunda cañada, un brazo del riachuelo Deva; á unos cien piés de altura, desde la base, aparece la entrada en la curva que describe la Peña, y luégo avanza ésta en pendiente hasta la altura de 60 metros.

Al borde de la cueva, en las salientes rocas, hay una galería suspendida sobre el abismo, desde la cual se ve el ancho lago que forman las aguas del río, y se siente el fragor de la catarata que se despeña en la garganta del medroso valle; la bóveda es la misma Peña; el pavimento se compone de algunas tablas que nivelan el suelo: ése es el templo en el aire.

En aquel asilo se refugió Pelayo con sus valerosos guerreros, y allí fundó más tarde el rey Alfonso I, yerno del héroe, el célebre santuario de la Virgen de las Batallas, aunque algunos historiadores dudan de la autenticidad de esta fundacion, y suponen que pertenece á época más cercana á la nuestra.

Hay en ese pequeño templo dos objetos que inspiran devocion piadosa y profundo respeto: la imagen de Santa María y el sepulcro que guarda las cenizas de Pelayo y de Alfonso el Católico.

La imagen está colocada en la galería, en una capillita con ventana de medio punto, y se cree generalmente que es la misma Virgen de las Batallas que condujeron á los combates contra los moros Alfonso I el Católico, Alfonso II el Casto y Alfonso III el Magno; y aunque la crítica moderna se obstina en no reconocer como auténtica aquella tosca escultura, el pueblo asturiano, fiel á sus tradiciones, la venera cual reliquia sagrada del Infante y de Covadonga.

El sepulcro es un túmulo enteramente liso, empotrado en la Peña, bajo un arco de medio punto, y abierto el nicho en la roca; protégese al exterior una sencilla reja de hierro, y ostenta sobre el arco una cartela de piedra, con inscripcion mal redactada y mal hecha en el siglo XVII, que reemplazó, desdichadamente, á la antigua.

No cabe duda de que están allí sepultados los dos monarcas: los restos de Pelayo y de su mujer Gaudiosa, que tubieron enterramiento en la iglesia de Santa Eulalia de Abamia ó de Velamio (donde aún existen los nichos vacíos), fueron trasladados solemnemente á Covadonga por orden de Alfonso X el Sabio, y de Alfonso II el Católico se sabe que fué sepultado en «Santa María de Covadonga», ó sencillamente en «Santa María», como se expresa el obispo Sebastian de Salamanca.

Para subir á la cueva, ó sea al Templo en el aire, es preciso pasar por la moderna colegiata, antigua iglesia y monasterio que ya existian en el siglo IX, á juzgar por los sepulcros bizantinos que conserva su reducido claustro; créese que habitaron en aquel lugar canónigos reglars de San Agustín, y luégo monjes benedictinos, y sus privile-

gios é inmunidades, que eran muchos, fueron confirmados por los reyes D. Fernando III y D. Alfonso X.

Posteriormente, acaso en el siglo XVI, se dedicó la iglesia de este monasterio á San Fernando.

Así subsistió el Templo en el aire más de diez siglos, hasta la infausta noche del 17 de Octubre de 1777, cuando un violento incendio producido por exhalaciones eléctricas, cebándose en la maleza que tapizaba la histórica gruta, redujo á cenizas lo que entonces se llamaba el milagro de Covadonga.

Reinaba D. Carlos III, y este ilustre monarca, al ver arrojado á sus piés al abad de la colegiata, que le presentaba la espada de Pelayo (desde aquella época se conserva en la Real Armería), único trofeo del humilde lucilo del héroe y único resto salvado del incendio, concibió la idea de construir en Covadonga uno de esos edificios suntuosos que forman época en la historia artística de un pueblo, y confió la ejecucion del proyecto al insigne D. Ventura Rodríguez, el clásico arquitecto, que pretendia elevar en aquellas asperezas un magnifico templo greco-romano, con arrogante cúpula y panteon circular, bajo cuya mole de granito quedaria encerrada la histórica gruta, y recogida en estrecho cauce de mármol la sorprendente cascada del Deva.

«¡Ojalá llegue un día (exclamó con este motivo el sabio Jovellános, en su Elogio de Ventura Rodríguez) en que, reunidos los prodigios de la Naturaleza y del Arte, atraigan de nuevo allí la admiracion de los pueblos! ¡Qué maravilloso contraste no ofrecerá á la vista tan bello y magnifico objeto en medio de una escena tan hórrida y extraña!»

Peró la muerte cortó la vida del generoso monarca, y quedaron suspendidas para siempre las costosísimas obras que fueran empezadas al amparo de la Real munificencia.

Constrúyese ahora allí una iglesia ojival, bajo la proteccion de SS. MM. los Reyes y con el concurso de las corporaciones eclesiásticas y civiles de la provincia de Oviedo y de la suscripcion nacional que iniciaron los promovedores del proyecto; y cuando otro incendio desastroso completó; pocos años hace, el estrago del 17 de Octubre de 1777, el Dr. D. Benito Sanz y Forés, hoy arzobispo de Valladolid y entonces prelado ovetense, hizo construir de nuevo la capilla de la gruta y renovó la galería y el altar de la Virgen de las Batallas.

Así permanece todavia en Covadonga el Templo en el aire.

Años hace ya, cuando visité el santuario de Covadonga, en compañía del dignísimo abad de la Colegiata, supliqué á este venerable sacerdote que depusiera en el altar de la Virgen de las Batallas mi humilde ofrenda de escritor católico: una azucena de plata y oro que otorgó el Ateneo de Cádiz, en público certámen, á mi primera poesia.

EUSEBIO MARTINEZ DE VELASCO.

Octubre 1885.

CARTAS Á UNA MADRE.

TERCERA.



Uno de los más grandes males que nos trae la falta de fe religiosa es la acritud del carácter: cuando no hay un apoyo moral en que descansar, las pruebas que la vida nos ofrece nos parecen insostenibles; así le sucedía á la desdichada que tan bruscamente se separó de nosotros, dejándonos atónitos con tan destemplada salida; la cólera, cuando no se procura refrenar, crece como la espuma, invade el alma, y oscurece todas las bellas cualidades del corazón; no permitas jamás el que tu hija se deje dominar por la cólera; si en un hombre es odioso un carácter irascible, lo es mucho más en una mujer, por que la mujer no tiene ni puede tener otras armas que la ternura y la persuasion.

Segun me refirió mi amiga, aquella pobre mujer era el sér más desgraciado de la tierra, no porque hubiera sufrido mayor número de penas que otras muchas, sino por su educacion, completamente descuidada en la parte religiosa.

Cuando la imaginacion de una niña no es viva, basta con acostumbrarla á la oracion de rutina; pero cuando es vehemente, se la enseña á que hable á Dios como á un amigo, como á un padre; á que le cuente sus penas, sus dudas, sus decepciones; á que le pida alivio, consejo, consuelo y conformidad. Dios mismo lo ha dicho: «Pedid y se os dará.»

La costumbre de la oracion es necesaria, porque si no adquirimos esa costumbre, jamás hablaríamos con Dios, distraídos con los cuidados de la vida; por eso, aún con el alma fría y distraída, áun preocupados por cuidados materiales y mezquinos, debemos orar al levantarnos, al dormiros, y cada vez que nuestra alma tenga necesidad de acercarse á su Dios.

Procura, mi querida Luisa, que tus hijas sean sumisas á los decretos de la Providencia, para que no caigan jamás en la culpa horrible de juzgarla; he oído á no pocas mujeres desesperarse de la manera más estéril, y hacerse con una tenacidad impia estas absurdas preguntas: «¿Por qué rige en el mundo la ley del más fuerte? ¿Por qué no he hallado yo en mi camino un amor puro y verdadero? ¿Por qué he perdido á toda mi familia? ¿Por qué he nacido sin fortuna? ¿Por qué no he encontrado quien me estime en lo que valgo? ¿Por qué me rodean la soledad y el vacío?»

Tales son las impías preguntas que continuamente se hacen los ateos, y lo que es más horrible, se las hacen también las madres; pero nadie más que Dios podría contestarlas, y Dios rehusa hacerlo, porque nos quiere sumisos á su soberana voluntad.

Sin una firme y sólida fe religiosa no tendrán jamás tus hijas esa dulzura, esa mansedumbre en el carácter, que es

el más bello atributo y el encanto primero de una mujer: donde quiera que volvemos los ojos y el corazón tropeza con la injusticia humana, nuestro corazón se amarga, nuestros nervios se irritan, y la rebelion se apodera de nosotros cuando no pensamos en aquella sublime promesa: «Los que lloran serán consolados.»

No puede hacerse amar la religion á los niños si se les oprime con prácticas severas y mortificantes. La ley santa de Dios es un código sublime de amor y de perdon; basta explicarla con claridad y sencillez para que las almas infantiles se apasionen de ella. «Amad los unos á los otros.» «Dejadme á mi el cuidado de la venganza.» «Tomad vuestra cruz, y seguidme si me amais.» Tales son los preceptos de esa ley, tan grandiosa, que hace iguales á todos los hombres, y que redime por el arrepentimiento á los más culpables.

No asustes jamás las almas inocentes de tus hijas con la pintura del infierno y de tormentos eternos é irredimibles; háblales del Dios del amor, y no del Dios de la justicia; díles que el verdadero infierno es el estar privados para siempre de ver á Dios. La ausencia de las personas amadas ¿no nos causa tormento, y á veces dolor inconsolable? Díles que ése es el castigo que nos espera cuando salgamos de este mundo, pero que ese dolor será mayor, porque entonces verémos lo bueno y lo piadoso que era Dios con nosotros; que el valor del bien perdido sólo se conoce cuando le hemos perdido para siempre; y así, con imágenes de la tierra, y con los accidentes tristes ó alegres de la vida, esculpirás en sus cerebros, no ideas oscuras de una devocion exagerada, sino nociones claras, dulces y consoladoras de la bondad infinita de Dios.

Díles que las palabras honor, abnegacion y sacrificio no son vacías de sentido; que el deber es severo, pero que cuando le cumplimos, nos deja satisfacciones inefables; que todo lo bueno es bello, y que todo lo bello y bueno es agradable á Dios. En cada manifestacion del genio ó del talento, que vean una emanacion de Dios: el artista que los entusiasma con su canto, el cuadro cuya vista les conmueve, el libro que les hace pensar y sentir, díles que se deben á esa centella sagrada que viene de Dios mismo, y que él sólo puede negar ó conceder; que se penetren, en una palabra, de que el amor, la belleza, el talento, todo lo que nos encanta, todo lo que nos eleva, todo lo que nos hace gozar siglos en un segundo, todo aquello en que toma parte el alma, todo goce divino del espíritu, de Dios procede, de Dios baja hasta nuestra pequeñez.

De esta suerte las creencias serán imborrables é inamovibles en el alma pura de tus hijas; y escudadas con ellas podrán atravesar, como la salamandra, las llamas del dolor, que arrojan sus fatídicos resplandores en el camino de la vida; de esta suerte ellas á su vez presentarán una generacion robusta, con la fe que salva, que contrastará con los hijos de la duda, que mata y aniquila; enséñales á odiar el mal como una mancha indigna, como un oprobio irredimible del que deben huir; alguna madre, al verte en tu sitio, á la vez dulce y firme, corrigiendo y amando á tus hijos; alguna madre, digo, te imitará, y poco á poco llevaremos nuestro grano de arena al edificio de la regeneracion social; porque, ya te lo he dicho, Luisa, mientras no haya madres religiosas é ilustradas, mientras no haya fe cristiana, padecerémos la terrible dolencia, el malestar indefinible, que tantos dejan tras la pavorosa puerta del suicidio.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

Á....

Ojos que me provocais,  
Labios que me conmovéis,  
¿Por qué, si bien me queréis,  
De tal modo me tratáis?  
¿Por qué cuando me miráis,  
Por qué cuando sonreís  
Mi amante pecho partís?  
Ojos y labios que admiro,  
¿Qué pensais cuando suspiro?  
Cuando lloro, ¿qué sentís?

ADOLFO LLANOS.

VIOLETA.

(FRAGMENTO DE UNA NOVELA INÉDITA.)

I.



La aparicion de ese nombre en los carteles del teatro de la Opera produjo la más extraordinaria sensacion en el mundo elegante. El abono de las plateas y los palcos principales sufrió desusado aumento, y como la gente comun sigue el impulso de la sociedad distinguida, ocho dias antes del señalado para el estreno no se encontraban localidades á ningun precio. La empresa habia sin duda hecho grandes sacrificios para disputar el ajuste de la diva á los coliseos de primer orden.

Peró el éxito prometió desde su principio coronar dignamente sus esfuerzos, y desde su principio la soberana iniciativa de los dilettanti llevó á raudales el oro á las cajas de la contaduría. Monsieur Delatre, gerente de la compañía anónima, formada para la explotacion del teatro nacional de la Opera durante un largo período de años, hallábase muy satisfecho de sí mismo. Habia pasado mortales horas de duda antes de resolverse á cotizar los esplendores del astro filarmónico de Europa en la cifra exagerada de sus pretensiones.

Monsieur Delatre era un hombre de conciencia, muy serio, muy estimado, muy irreprochable en su traje y en sus ademanes, muy cortés, muy reflexivo, digámoslo en honra de su ya respetable fama. Así es que hizo muchos cálculos, y se presentó muchas objeciones primero de de-



cidirse á firmar el contrato. Aun despues de consumada su *grandiosa locura*, así solía llamarla en su lenguaje pintoresco de *entrepreneur*, tuvo noches horribles de insomnio y sueños más horribles todavía de angustia.

La verdad es que le iba en el acierto más que la ganancia, porque le iba poco ménos que la vida. Tanto montaba para él la reputacion de infalible agiotista de bastidores, convertida en lucrativo *metier* á la vez, por imperioso decreto de la vocacion y por razonadas combinaciones del entendimiento. En aquellas perplejidades póstumas que él denominó más adelante *la modestia de su genio*, la severa figura del ilustré gerente cobró no sé yo qué especie de tenebrosa rigidez, reflejada, á pesar suyo, en las líneas angulosas de su enjuto semblante.

Dijérase como que los rojos cabellos que ceñían á la manera de siniestro casquete de fuego la opaca osamenta de su frente, cubierta por la amarillenta palidez de una piel tersa á la manera de los pergaminos de antiguo códice; dijérase como que aquellos rojos cabellos oprimian con mayor fuerza que nunca, crespos y ensortijados, tanto el frontal saliente cuanto los pronunciados parietales. Los dos ojillos verde-gris, achicados merced al fruncimiento del entrecejo, relucian más fatidicos de lo de costumbre, escondidos bajo la sombra de las dos espesas cejas, ásperas cual manojos de cerdas embadurnadas de bermellon. Y la boca, de labios finos é impenetrables, que rara vez dejaba entrever los dientes apretados y menudos, afectaba extrañas curvaturas é insólitos repliegues.

Pero M. Delatre era verdaderamente lo que él se imaginara, y no tardó en aparecer unido por la curiosidad pública el profeta de una profesion aun en mantillas, mas llena de promesas resplandecientes. Su golpe de vista habia obtenido la victoria de las victorias, y habia asegurado la temporada de las temporadas al mismo tiempo. Satisfaccion de todo en todo inapreciable era ésta para un hombre de su clase, que venia á inaugurar las primicias de una extrema tentativa á la raiz de dos colosales quiebras y dos estreptosas catástrofes.

Pero la fortuna no trastornó su receloso aspecto de ceremonia ni pintó el regocijo en su extática fisonomia de negociante. Con el propio aire grave con que regateaba á un artista un puñado de pesetas en la noche de su beneficio, se presentó á anunciar á sus poderdantes la buena nueva de que la entrada estaba asegurada por medio año. Léjos de ponderar la infalibilidad de sus previsiones, se confesó culpable de felices atrevimientos y habló de proyectadas economías á sus socios. Estos participaban de la impresion general respecto de Violeta, que era la estrella de moda en el cielo de las constelaciones musicales, y recompensaron la solicitud de M. Delatre con el homenaje de su más expresivo voto de confianza.

Entre tanto, la incomparable *prima dona exclusiva* llegó á Madrid y sembró en el *Paseo de coches* la admiracion y la envidia de la juventud *comm'il faut* de ambos sexos. Figuras la belleza de una estatua de Praxitéles animada por el espíritu de una provocacion de Cupido, si sentis prisa de conocer á la mujer por defuera. Alta y esbelta, dulce y correcta la línea general de su contorno, reunia al majestuoso perfil de las Madonas de Rafael la incitadora gracia de las Manolas de Goya.

No era pelinegra como las últimas, sino rubia como las primeras. El óvalo de su rostro, ni demasiado esférico en sus tendencias, ni demasiado oblongo en sus pronunciamientos, suave, delicado, parecia bizarro canastillo de jazmines, ligeramente matizado con el color de las rosas. Sorprendiase el curso de la sangre que serpenteaba á lo largo de las venas bajo el cútis aterciopelado del amplio seno, y sobre el airoso cuello de alabastrina transparencia descansaba una cabecita encantadora, adornada por el abundante tejido de finísimas hebras de oro. Sus ojos, de un azul vivo y espléndido, centelleaban bajo el arco de las cejas y la curva de las pestañas, como las estrellas de los meses estivales bajo el apacible cielo y la diáfana voluptuosidad de las noches andaluzas.

Los labios siempre entreabiertos, como para dar salida al perfume de los suspiros, mostraban una linda dentadura hecha con menudos pedacitos de nácar blanco, incrustados en coral rosa, simulando el tibio nido de claveles donde aleteaban los besos de la pasion pudibunda. La barba, bien conformada y mullida, como cojin de delicias, ostentaba en su centro un hoyuelo juguetero é incitativo, como para fijar el deseo á despecho del albedrio de los hombres. Y todos esos encantos se encontraban realizados por la elegancia original de su traje y la distincion peregrina de sus modales, que á la vez aumentaba la atmósfera de immaculados aromas que servia de envoltorio á la hechicera criatura.

En la tarde de su presentacion imprevista sobre la vía aristocrática del Buen Retiro no hubo miradas sino para ella, y sólo para ella hubo palabras de lisonja ó de malicia. Las señoras más encopetadas la reprochaban apenas la altivez de su continente, y los caballeros más escrupulosos la declaraban desde luego en alta voz la reina sin rival de la hermosura. Ella cruzaba reclinada sobre los almohadones de su landó por entre aquel laberinto de miradas inquisidoras, tranquila é indiferente, en compania de su doncella de cabellos rizados y una mirada inteligente no exenta de atractivos para los experimentados exploradores del sexo. En ese humilde blanco fueron á dar, sin embargo, los epigramas concebidos, mediante la emulacion, contra la artista. La conversacion femenina se cebó en la pobre muchacha sin rastro de piedad cristiana.

La figura decorativa, la denominaron unas damas; la *Mosca de Venus*, la titularon otras. La *Azafata de Su Majestad* se la nombró en tales tertulias; en cuales tertulias se la apodó *el Rabo de la Estrella*. Se motejaban sus manos por excesivamente largas, y sus dedos por excesivamente puntiagudos, y sus bucles por excesivamente inmóviles, y sus pupilas por excesivamente movilizadas, llegando hasta á bautizarla de *Madame Panza*, cuando pecaba precisamente de espiritual en demasia, y quizá en demasia de romántica

la soñadora naturaleza de aquella servidora del arte. De tantas pullas, Marieta, porque no hay motivo para ocultar su nombre de pila, no se hubiera enterado en su eterna vida sin una circunstancia rarísima. La de haberle salido un *attaché* tambien soñador, tambien romántico, tambien espiritual como el más melencólico vate.

Pero volvamos á hablar de la *diva* que habia centuplicado la expectacion de los altos círculos madrileños, merced á su exhibicion repentina. Durante los pocos dias que faltaban para su *debut* recibió dos cartas y dos visitas en el hotel de Roma, donde paraba, encaminadas á obtener su beneplácito para retratarla en la poética *toilette* de la obra que habia elegido para su estreno. Violeta se negó absolutamente á satisfacer esa doble pretension, y ello no obstante, su fotografia circulaba de mano en mano antes de lograr el primero de sus innumerables triunfos en nuestra córte.

A todo esto, el ensayo general del *Mefistófeles*, de Arriago Boito, vino á elevar la temperatura del entusiasmo entre los *fasionables* hasta los últimos limites del delirio. *Gathe vous doit sa vraie Marguerite*; dijo el corresponsal de uno de los más acreditados diarios franceses al felicitar á la *diva* en su cuarto. *C'est l'oiseau du Paradis*, exclamaba el embajador turco, para sintetizar ante una reunion de grandes damas el juicio de la artista, en una frase propia del expresivo lenguaje de los orientales. *Boito peut mourir heureux après entendre son chant*, fueron las palabras de la galanteria crítica al transmitir por el telégrafo sus primeras impresiones. Monsieur Delatre se creyó en el caso de acompañar á Violeta hasta el estribo del coche, y al ofrecerle la mano para auxiliaria en su brevisima ascension, la dijo gravemente: «No esperaba yo tanto.»

Ha de convenirse en que el laconismo del empresario superaba en valor efectivo á los más hiperbólicos elogios. Un hombre como él espera siempre más de lo que obtiene, y sólo obtiene lo que desea, para esperar algo más de lo obtenido. La confesion de M. Delatre suponía, por lo tanto, que la codicia y la vanidad se habian puesto de acuerdo para satisfacer aquella noche los sueños de una vida entera. En honor de la verdad, la inauguracion de la temporada no podia presentarse con más bellos colores.

Media hora antes de abrirse las puertas del coliseo en la siguiente noche, la plaza de Isabel II y las vias laterales del edificio estaban invadidas por el público anónimo de las galerías y de la ignominia, especie de enorme masa movible, rumorosa, impaciente, cuyos latidos contenia con trabajo la fuerza de seguridad escalonada para mantener el orden. Las oleadas continuas, arrojando, ya del centro á la circunferencia, ya de la circunferencia al centro, los átomos humanos como perdidos en la sombra impersonalidad de la inmensa mole, determinaban, desde la plaza de Oriente á la calle del Arenal, un violento movimiento de oscilacion semejante al del Océano agitado por los vendavales del equinoccio de invierno.

Sobre aquel mar de cabezas intranquilo y bullicioso, la luz de los mecheros de gas descendia á la manera de vaga aureola de resplandor, como descendiendo la lumbre de las estrellas sobre las espumosas montañas de la mar embravecida por la tormenta. El curioso observador que hubiera perseguido atentamente las vicisitudes del espectáculo ofrecido por la casualidad al aire libre, habria podido advertir un momento solemne de recrudescencia imprevista en la perenne trepidacion de la informe muchedumbre acampada ante el gran teatro.

PABLO NOUGUÉS.

(Se concluirá.)



Paris, 16 de Octubre.

La gran boga de la chaquetilla corta, que unos llaman chaqueta *Figaro*, otros chaqueta *Cármén* y otros *Chaqueta de torero*, se extiende de día en día. Esta especie de corseillo tiene efectivamente la forma de una chaqueta de torero, y se la hace, por lo general, de seda negra, enteramente salpicada de cuentas color de fuego. En torno del cuello se pone un canesú estrecho de terciopelo del mismo color. Las mangas son negras, van salpicadas de cuentas y guarnecidas de una cartera de terciopelo color de fuego. Abierta enteramente, esta chaquetilla se pone sobre un corpiño negro, ó de un color que se armonice con el terciopelo que adorna la chaqueta.

En la disposicion de las faldas, se han introducido modificaciones de importancia: las hay que forman pliegues gruesos dobles, con otros pliegues gruesos que sirven de *quillas*, y son de diferentes colores del vestido. En cuanto al *pouf*, ya formado tambien de pliegues dobles gruesos, sobre los cuales caen flotando dos tiras anchas coronadas de dos carteras dispuestas en conchas. Esta clase de *pouf*, que es bastante difícil de explicar, ha recibido el nombre de *baldaquin*, á causa de su semejanza con este objeto.

Los pliegues anchos, añadidos y puestos al sesgo, son una novedad. Se hacen muchos vestidos de raso de fondo oscuro con listas anchas de diferentes colores, desvanecidos con mezcla de raso liso. He visto últimamente un vestido de raso color de cáscara de almendras con listas verde hiedra, nuez verde, color de lechuga y color de aceituna. Unos pliegues anchos iban puestos al sesgo á cada lado del delantero, bajo unas bandas plegadas de raso liso. Un corpiño muy ajustado, formando por detras aldeta postillon terminada en punta, llevaba por encima una preciosa chaquetilla *Figaro* de seda color de naranja y terciopelo gris, todo cuajado de cuentas.

Describiré algunos trajes que ofrecen bastante novedad.

*Vestido para teatro.*—Es de raso color de luz y va bordado por delante con dibujos de realce. Unos pliegues anchos cubren los costados y rodean una cola larga, ribeteada de un rizado grueso de tul del mismo color. Corpiño desbordado del mismo raso bordado de cuentas y rodeado de guipur de Venecia. Ramo de flores naturales en el costado, en el hombro y en los cabellos.

*Traje de calle.*—De tejido jabali azul golondrina. Falda redonda con tableadito de terciopelo del mismo color, que sobresale por debajo, cuya falda forma pliegues muy anchos á todo el rededor. Dos pliegues anchos y dobles de lana blanca, atravesados de trencilla de mil colores, van puestos á cada lado y quedan medio cubiertos por los enormes pliegues del *pouf*. Corpiño de estilo de sastrer, con un peto de lana blanca bordado de trencilla de colores varios. Faja ancha de lana blanca bordada en las caidas como el resto del vestido. Manteletita de felpa azul golondrina, de forma Directorio, con picos anudados por delante. Sombrero de fieltro azul, forrado de terciopelo y coronado de unas golondrinas.

*Traje de paseo.*—Falda de astrakan de lana color de nütria. La túnica polonesa, que es de sarga de lana color de nütria, va recogida muy arriba por un solo lado y se la cruza por delante. El cuello, solapas y las carteras de las mangas, muy anchas, son de astrakan de lana, igual al de la falda. Una cordonadura sirve para recoger la polonesa.

*Traje de visita.*—Vestido de pekin con listas de moaré y raso y de faya color azul marino. El lado izquierdo de la falda es de pekin. Una banda plegada, larga y ancha, de faya azul, cubre el lado derecho. El corpiño, que es de faya, va adornado de unos delanteros de pekin cortados al sesgo.

Los nuevos tejidos gruesos han salido á luz en las cacerías de Compiègne. Sus nombres no son aún bien conocidos, pero importa poco el conocerlos, puesto que en las tiendas están clasificados con un simple número, y los dependientes no sabrian lo que se les pide. Despues de todo, la *ursina* (de *ours*, oso), la *espuma de mar*, el *plumon de águila*, y otros análogos, pertenecen á la gran familia de los burieles, de las sargas de lana y de los *jabalies*. La tela más original, por el momento, es un tejido de lana, grueso y afelpado con trama de mil colores, lo cual la convierte en un verdadero camaleon, cambiando á cada pliegue sus matices.

La *ursina* es una franela de un grueso extraordinario; la *espuma de mar* es una especie de musgo, y el *plumon de águila*, una felpa de seda blanca de un efecto admirable.

Los rasos escoceses tienen mucha aceptacion, así como los de listas bayaderas ó al sesgo; sólo que todos estos rasos deben combinarse con rasos lisos.

Las capotas de terciopelo, de felpa y de raso aparecen por todas partes; la mayor parte de ellas son preciosísimas. Todavía se muestran medio veladas de encaje; pero cuando los frios empiecen á arreciar, se dejarán ver en su sencillez deliciosa, formando pliegues de terciopelo, ó figurando como un gorro de felpa.

VIZCONDESA DE CASTELFIDO.

## EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.833.

*Traje de calle.* Vestido de sarga de lana color de musgo lisa y sarga del mismo color con tira de cachemir tejida sobre la sarga. Fondo de falda de tafetan color musgo, sobre la cual van montados por delante, á la derecha y á la izquierda, unos paños de sarga con franjas de cachemir. Túnica de sarga lisa. A la derecha va un paño ancho, plegado en pliegues huecos, y cuya extremidad va levantada en conchas forradas de faya color de musgo, que van á unirse por detras con una falda plegada, la cual se dispone en pliegues redondos en el lado izquierdo. Delantal estrecho recogido bajo varios pliegues echados, que dependen de la túnica de detras. Corpiño con aldeta recortada ligeramente en las caderas. Los delanteros se abren sobre un chaleco color de gamuza, el cual va abierto á su vez sobre otro chaleco de cachemir. El chaleco de gamuza va fijado con botones de oro, y el de cachemir va abrochado con corchetes ingleses. El corpiño va adornado con solapas de terciopelo color de musgo y botones gruesos bronceados. Cuello recto de cachemir, abrochado á la derecha con un botón. Manga larga, guarnecida de una cartera color de bronce.—Sombrero redondo de fieltro bronceado, adornado con un lazo de cinta de terciopelo color granate, que se compone de cocas muy altas.

Se necesitan para este vestido: 4 metros 40 centímetros de tafetan, para el fondo de falda; 2 metros 40 centímetros de sarga de lana con tiras de cachemir, de 1 metro 20 centímetros de ancho, y 7 metros de sarga de lana lisa del mismo ancho.

El dibujo 14 del periódico representa este figurin visto por detras.

El CREPÉ FRANCES es el más barato y mejor relleno para almohadillas de polisones. Unico depósito en Madrid, Fuen-carral, 8.

## PRECIOS DE LAS DEPLATOIRES.

Dusser, en Paris.

*Pâte épilatoire* para pequeños bigotes. . . . . 10 francos.  
Para las señoras que tienen pelos en las mejillas. . . . . 28 »  
*Pilivore* para los brazos, la caja. . . . . 10 »

1, rue Jean-Jacques Rousseau, Paris.

El HIERRO BRABAIS es un precioso medicamento, ha adquirido universalmente los favores del mundo sabio y las simpatías de la humanidad doliente; se debe esto á que es en realidad el remedio soberano contra la enfermedad de la época, es decir, contra la ANEMIA.





Nº1833

# LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Administracion . Carretas . 12 . pral

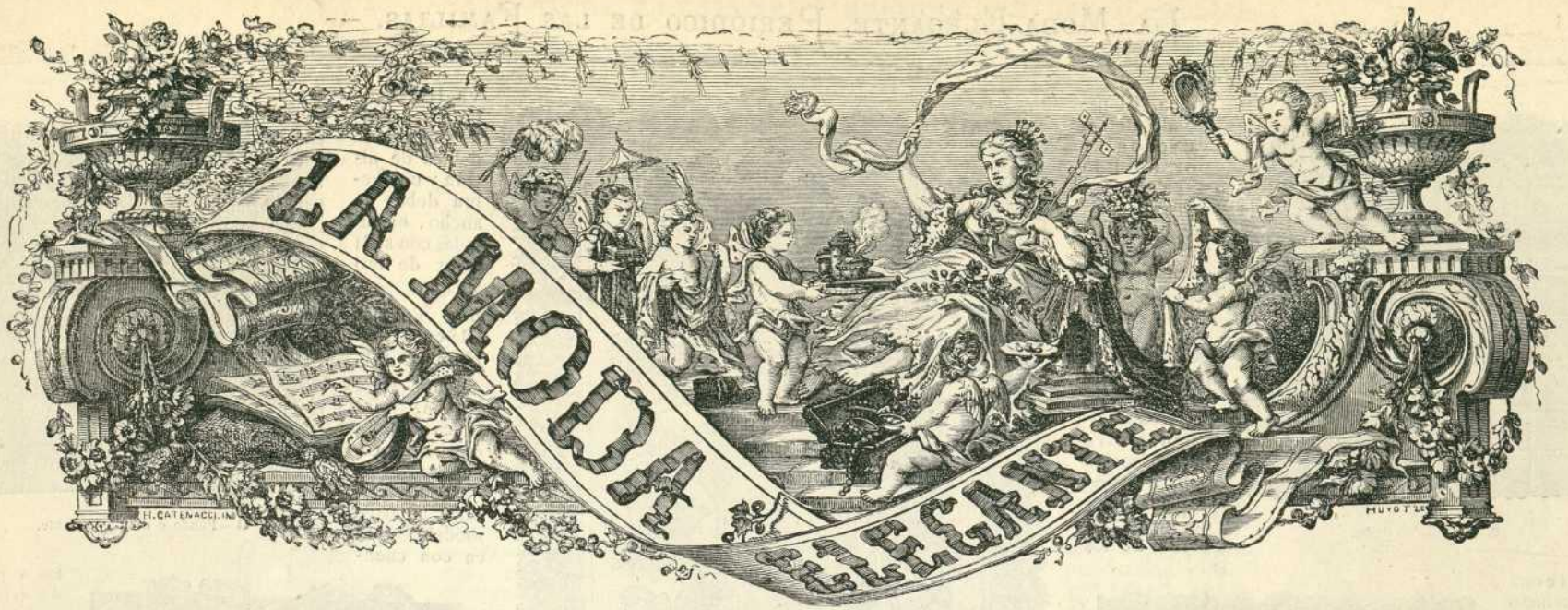
MADRID

*Perfumeria de lujo Guerlain 15 r. de la Paix, Paris.  
Faja Regente B<sup>te</sup> y Corsé Anna de Austria de Ab<sup>ma</sup> de Vertus, 12 r. Auber, Paris.*









## PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

AÑO XLIV.

MADRID, 30 DE OCTUBRE DE 1885.

NUM. 40.

### SUMARIO.

1 y 2. Trajes de otoño é invierno.—3 y 4. Mantel de aparador.—5. Dibujo corriente.—6. Fondo ó dibujo corriente.—7 y 8. Dos galones de cuentas.—9 y 10. Dos dibujos corrientes de cuentas.—11. Fondo de cuentas.—12. Palma de plumas.—13. Penacho de plumas.—14. Traje para niñas de siete á ocho años.—15. Traje para niños de tres á cuatro años.—16. Traje para niñas de tres á cuatro años.—17. Matinée.—18. Bata.—19. Jersey.—20. Chaqueta larga.—21. Sombrero de fieltro negro.—22. Capota de fieltro gris.—23 y 24. Abrigos para señoritas.—25. Abrigo de invierno.—26. Abrigo de otoño.—27 y 28. Visitas largas.—29 y 30. Abrigos de invierno.—31 á 35. Trajes para señoras y señoritas.

Explicacion de los grabados.—Poesías: Mis días de fiesta.—Uno de tantos.—Adios!—Correspondencia parisiense, por X. X.—Explicacion del figurin iluminado.—Correspondencia particular.—Suelto.—Anuncios.

### Trajes de otoño é invierno. Núms. 1 y 2.

Núm. 1. *Vestido de lana color arena.*—Fondo de falda de tafetan, adornado con un tableado de tela de lana, que sobresale muy poco de una túnica polonesa, de forma muy nueva y elegante. El delantero es sumamente ancho, y va plegado á la izquierda y cruzado sobre otro delantero de un ancho ordinario, en la forma que indica el dibujo. En el lado izquierdo, el costado de delante y el ladito son rectos, anchos y plegados. La espalda es de levita, bastante ancha, y se compone de dos paños: el de la izquierda va plegado y cae recto; el de la derecha, que es un poco más largo, se recoge formando cocas. Dos galones de cuentas de rosario adornan el delantero izquierdo y el costado. Un galon igual guarnece el cuerpo. Cuello de galon. Manga casi larga, guarnecida de un galon.—Sombrero de felpa color de arena. El ala va rizada y el fondo plegado. Plumas encarnadas y pájaro de diferentes colores.

Tela necesaria: 4 metros 40 centímetros de tafetan para el fondo de falda, y 7 metros 65 centímetros de lana, de 1 metro 20 centímetros de ancho.

Núm. 2. *Vestido de tela de lana color de tabaco, con cenefa tejida, género cachemir.*—Falda de debajo de tafetan, sobre la cual va montado un volante ancho y plegado de faya color de tabaco. Sobre la falda de tafetan cae una especie de falda de lana, adornada á todo el rededor con una franja ancha de cachemir tejida en la misma tela. Esta segunda falda va recogida con varias puntadas en el lado izquierdo, y cae naturalmente por el lado derecho, yendo fijada sobre la falda de debajo con adornos de pasamanería de los colores de la



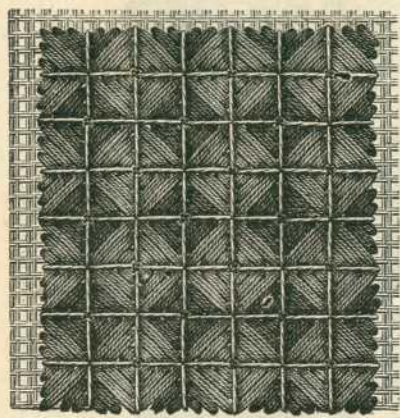
1.—Traje de calle.

2.—Traje de paseo

TRAJES DE OTOÑO É INVIERNO.

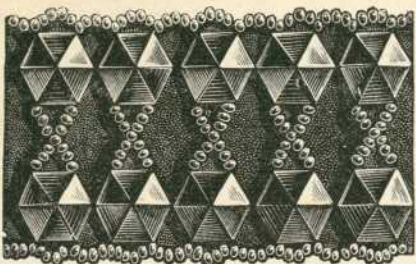
J. P. T. sea





5.—Dibujo corriente.

franja. El paño de detras va recogido por un lado para formar unas conchas, las cuales se forran de seda color de fuego. Corpiño conaldeta, formando punta por delante y postillon por detras. Los delanteros se separan sobre un chaleco ó peto fruncido de seda color de fuego. El borde de los



7.—Galon de cuentas.

delanteros va adornado con una tira estrecha de cachemir. Esclavina de astrakan color de tabaco, forrada de seda color de fuego, cuya esclavina va sujeta con un collar de cuentas gruesas de color de tabaco. Manga casi larga, ribeteada de una cartera de cachemir.

Se necesitan para este vestido: 4 metros 20 centímetros de tafetan, 3 metros 60 centímetros de lana lisa, de 1 metro 20 centímetros de ancho, y 4 metros 20 centímetros de lana con franja tejida, del mismo ancho.

**Mantel de aparador.**  
Núms. 3 y 4.

La fig. 51 de la Hoja-Suplemento al núm. 39 de LA MODA ELEGANTE corresponde á este objeto.

Para hacer este mantel se emplea un pedazo de lienzo fuerte, blanco ó crudo, de 2 metros 2 centímetros de largo por 43 centímetros de ancho. Se hace á todo el rededor un dobladillo de medio centimetro, y se ejecuta el bordado con arreglo al dibujo 4, que representa una parte del bordado de tamaño natural. Se pasan este dibujo y el de la fig. 54, que forma la

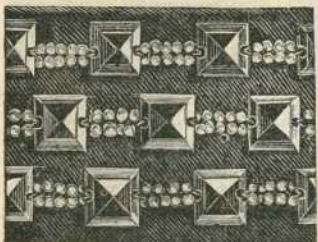


12.—Palma de plumas.

continuacion á la tela, y se hace el bordado con hilo blanco satinado (hilo brillante) ó hilo azul, al pasado, punto de cordoncillo, punto de espina, punto anudado y punto ruso. Se rodean todos los arabescos de algodón azul, y se guarnece el mantel de un encaje bordado de algodón azul.

Dibujo corriente.—Núm. 5.

Se le ejecuta sobre cañamazo di-



10.—Dibujo corriente de cuentas.

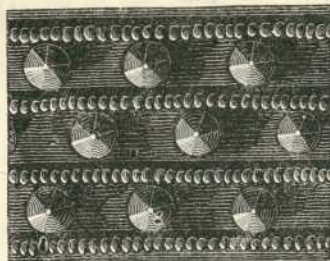
vidido con seda encarnada y seda verde, á puntos, dispuestos como lo indica el dibujo. Se cubre este bordado con puntos largos de cordoncillo de oro, dispuestos en forma de enrejado.

Fondo ó dibujo corriente.  
Núm. 6.

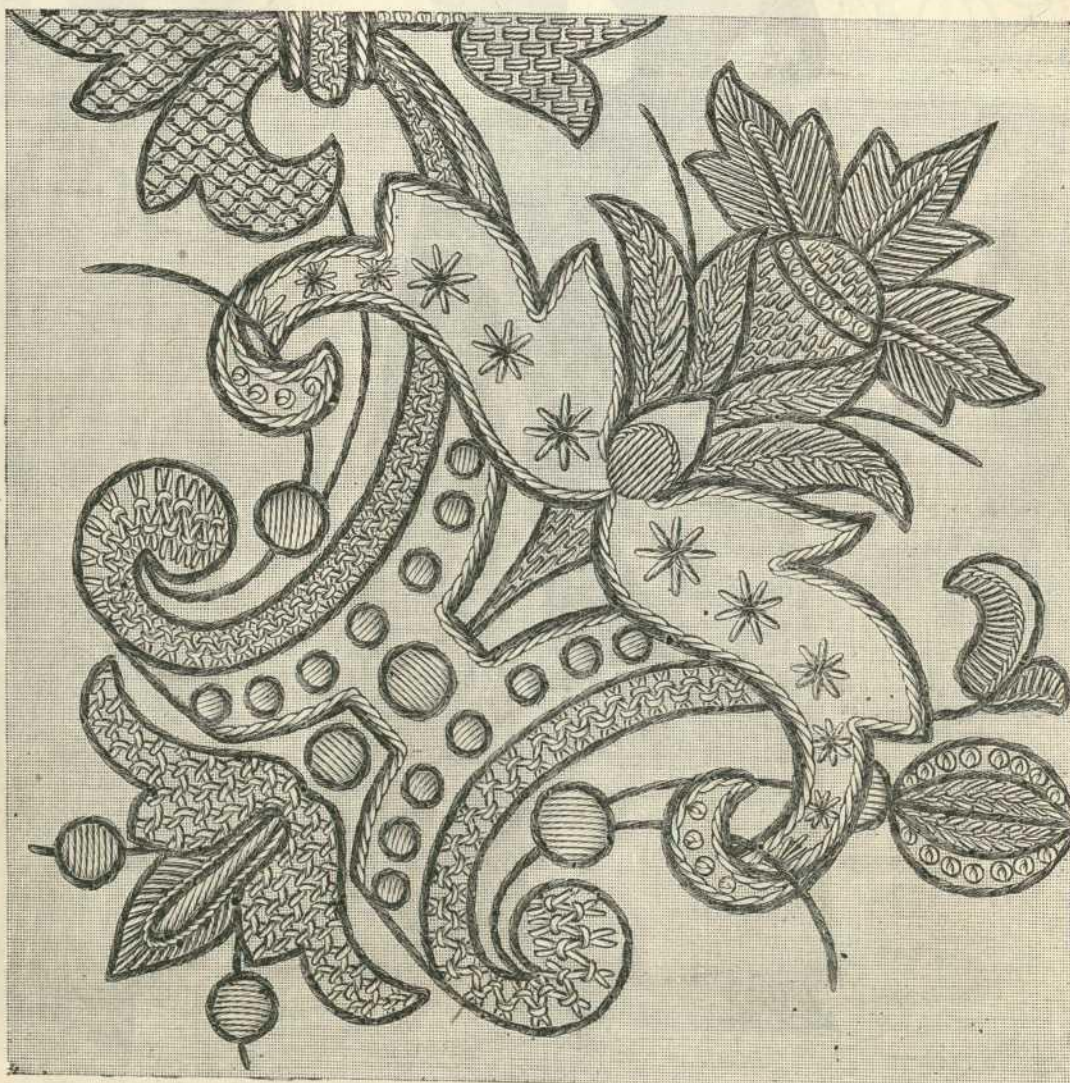
Las hileras que se cruzan van hechas al punto de cruz ordinario con torzal de seda azul claro, y forman un enrejado á intervalos de tres hebras dobles del cañamazo. La parte interior de estos cuadros



3.—Mantel de aparador. (Véase el dibujo 4.)



9.—Dibujo corriente de cuentas.

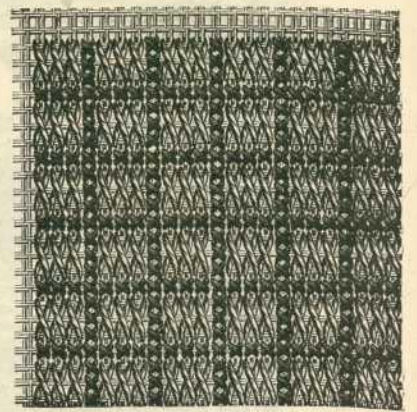


4.—Bordado del mantel, tamaño natural.—(Véase el dibujo 3.)

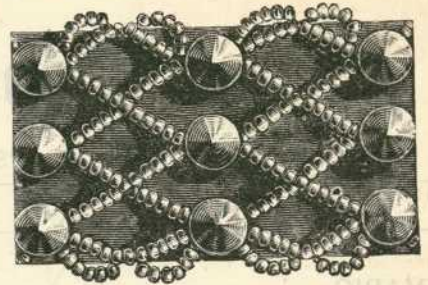
va llena de cruces largas de tres hebras dobles de altura y una hebra doble de ancho, ejecutadas con seda color de oro antiguo.

Dos golones de cuentas.  
Núms. 7 y 8.

Núm. 7. Se le empleará para cenefas de sombreros, cuellos, adornos de petos, etc. Nuestro modelo se hace con cuen-



6.—Fondo ó dibujo corriente.



8.—Galon de cuentas.

de una placa, se ensartan 7 cuentas, se pasa la aguja por uno de los agujeros de otra placa, se ensartan 5 cuentas, se pasa la aguja por el 2.º agujero de la última placa, se ensartan 3 cuentas, y se pasa la aguja por la 4.ª de las 7 cuentas ensartadas anteriormente, se ensartan 3 cuentas, se pasa la aguja por el agujero todavía libre de la 1.ª placa,

se ensartan 4 cuentas, y se pasa la aguja por la cuenta que precede al primer agujero de la misma placa, y luego, dirigiéndose hacia abajo, por el agujero de la misma placa, dirigiéndose hacia arriba, por el 2.º agujero de la misma placa, y por la cuenta más próxima, se ensartan 4 cuentas, se dirige la aguja hacia abajo para pasarla por una nueva placa, y se vuelve á empezar desde 2.º. Cuando el galon tiene el largo requerido, se fijan los cascabeles de la siguiente manera: en el lado largo, todavía libre, se ata la hebra de seda á la placa más próxima, se pasa la



13.—Penacho de plumas.

aguja dirigiéndola hacia abajo por el 1.º agujero, y dirigiéndola hacia arriba por el segundo agujero de la misma placa, así como por la cuenta más próxima, se ensartan 3 cuentas, se dirige la aguja por la cuenta que precede á la placa más próxima, y se vuelve á empezar desde 2.º.

Núm. 8. Se le ejecuta con placas negras talladas en puntas y cuentas de azabache. Cuando la labor está terminada, se le cose so-



11.—Fondo de cuentas.

bre la tela á que se le destina. Se labra á lo largo del galon.

1.ª hilera. Se ensarta una cuenta, se ensarta alternativamente una placa, 9 cuentas, y en último lugar una placa, y luego una cuenta.

2.ª hilera. Se ata la hebra á la primera placa, despues de lo cual se pasa la aguja alternativamente por la placa más próxima de la hilera precedente, se ensartan 11 cuentas.

3.ª hilera. Se ensarta una cuenta, se pasa una aguja por la





15.—Traje para niños de 3 á 4 años.

nueva placa,—se ensartan 5 cuentas,—se pasa la aguja por la 6.<sup>a</sup> de las 11 cuentas más próximas de la hilera anterior,—se ensartan 5 cuentas. Vuelve á empezarse desde 2.<sup>a</sup>.

4.<sup>a</sup> y 5.<sup>a</sup> vueltas. Como la segunda y 3.<sup>a</sup> 6.<sup>a</sup> vuelta. Como la 1.<sup>a</sup>

Para las curvas pequeñas de cada lado largo, se labra de la manera siguiente: se pasa la hebra por la placa más próxima,—se ensartan 6 cuentas,—se pasa la aguja por la 5.<sup>a</sup> de las 9 cuentas más próximas,—se ensartan 9 cuentas, y se vuelve á empezar desde 2.<sup>a</sup>.

Dibujos corrientes y fondo de cuentas. Núms. 9 á 11.

Se les ejecuta con placas y cuentas cosidas directamente sobre la tela que se trata de adornar: tul,

terciopelo, raso ó lana, copiando la disposición de nuestros dibujos.

Palma de plumas.—Núm. 12.

Esta palma va ejecutada con plumas de un verde agua, adornadas en sus extremidades con unas placas muy ligeras de un verde más pálido, y con plumas planas del mismo color.

Penacho de plumas.—Núm. 13.

Se compone este penacho de tres plumas: una aceituna, otra encarnada y la tercera de un verde oscuro, y de dos plumas de gallo puestas á manera de cresta.

Traje para niñas de 7 á 8 años.—Núm. 14.

Vestido de lana gris oscuro. Un bullonado de surah gris va rodeado de una tira de tela de lana con florecillas de terciopelo encarnado. La falda consiste en un volante plegado, cuyos pliegues alternan con tiras de la tela rameada. Faja de faya gris anudada por detrás, y guarnecida de flecos en sus extremidades. Cuello recto y manga adornada con tela de florecillas.

Traje para niños de 3 á 4 años.—Núm. 15.

Este traje, que es de pañete color de nütria, consiste en una es-



14.—Traje para niñas de 7 á 8 años.

pecie de chaqueta, con aldeta añadida por detras, recta y abrochada por delante. Cuello á la marinera, de terciopelo rayado encarnado y color de nütria. Cinturon y bolsillo de terciopelo. Falda plegada, corta, añadida por debajo de la chaqueta. Manga larga con cartera de terciopelo.

Traje para niñas de 3 á 4 años. Núm. 16.

Vestido de lanilla de cuadritos encarnados y azules. Se compone de un corpiño largo, ajustado por detras y recto por delante, cruzándose sobre un camisolin fruncido de surah encarnado. Falda plegada y ribeteada de un bordado encarnado y azul. Otro bordado adorna la abertura de los delanteros, formando el cuello. Manga semilarga, adornada con un bordado.



16.—Traje para niñas de 3 á 4 años.

Matinée.—Núm. 17.

Esta matinée es de cachemir color crudo. Va abierta sobre un chaleco de raso maravilloso color de fuego, plegado y cruzado en el lado izquierdo, donde se le fija con un lazo de cinta del mismo color. La parte inferior va recortada en forma de presillas. Se guarnece el contorno de la matinée con entredos bordado. Camisolin fruncido de tul bordado. Rizado de encaje en el escote y lazo de cinta de raso. La manga, que es semilarga, va ribeteada de un encaje, sujeto con un torzal de raso maravilloso color de fuego. Se completa la matinée con una falda corta de cachemir fruncida á todo el rededor, y adornada con tres entredoses bordados.

Tela necesaria: 6 metros 40 centímetros de cachemir, de 1 metro 20 centímetros de ancho.

Bata.—Núm. 18.

Esta bata es de vigoña color de ladrillo. Es enteramente redonda. Los delanteros van abiertos y plegados sobre un chaleco fruncido de tul bordado color de rosa sobre fondo crudo, cuyo chaleco va levantado por medio de una faja de faya color de rosa, deshilachada en sus extremos y anudada sobre un delantal de tul bordado, que



17.—Matinée.

18.—Bata



19.—Jersey.

20.—Chaqueta larga.





21. - Sombrero de fieltro negro.



H. Charles

23 y 24. - Abrigos para señoritas.



H. Charles

25. - Abrigo de invierno.

A. R. T. Co.

26. - Abrigo de otoño.



22. - Capota de fieltro gris.



27 y 28. - Visitas largas.



31. - Traje de calle.

32. - Traje de paseo.

33. - Traje de calle.

34. - Traje de mañana.

35. - Traje de ceremonia.



29 y 30. - Abrigos de invierno.



forma la continuacion del chaleco. Esta faja sale de las costuras de los costados. La espalda va completamente ajustada. Gola de encaje en el escote. La manga, que llega solamente hasta el codo, va ribeteada de un volante ancho de encaje.

Se necesitan para esta bata 8 metros 80 centímetros de vigoña, de 60 centímetros de ancho.

#### Jersey. — Núm. 19.

De tejido de punto azul oscuro. La espalda va ajustada con dos laditos. La aldeta de detras se abre en el centro. Los delanteros se abrochan en línea recta, y su parte inferior se abre para formar unas puntas. Galon de lana azul pasa sobre la pinza, que ajusta el delantero para figurar un chaleco, y ribetea igualmente todo el contorno del jersey. Cuello de terciopelo azul. Bolsillos ribeteados de un galon. Manga larga adornada con un galon.

Tela necesaria: 2 metros de tejido de punto, de 1 metro 20 centímetros de ancho.

#### Chaqueta larga. — Núm. 20.

De paño fino color de núa. Los delanteros, que no llevan pinzas, se abren sobre un chaleco de terciopelo del mismo color. La parte superior va cerrada con un broche de acero. Se ajusta la espalda con dos laditos, y al centro de la espalda se abre formando pliegues echados. Cuello recto de terciopelo. Manga larga adornada con una cartera de terciopelo.

Tela necesaria: 2 metros de paño, de 1 metro 20 centímetros de ancho.

#### Sombrero de fieltro negro. — Núm. 21.

Uno de los lados del ala es largo é inclinado, y el otro mucho más corto y levantado. Toda ella va ribeteada de un galon de azabache. Lazo de cinta negra de moaré en el lado derecho, cuya cinta va salpicada de várias herraduras de azabache. Plumas negras, sujetas en el lado derecho con un lazo grande de moaré.

#### Capota de fieltro gris. — Núm. 22.

El centro de la copa va plegado. El borde es de terciopelo gris rizado, y la parte de encima va adornada con un galon de felpilla. Dos palomas blancas van reunidas con una cinta retorcida de terciopelo gris. Plumas grises figurando palmas, y un adorno de hueso en el lado izquierdo. Dos bandas plegadas, de terciopelo gris, van reunidas por detras con una espiga de acero. Bidas de cinta de raso gris.

#### Abrigos para señoritas. — Núms. 23 y 24.

Núm. 23. *Paletó de paño ensortijado color de tabaco.* — Este paletó va ceñido por medio de un ladito. La aldeta es corta por detras y plegada. Los delanteros son largos y rectos. La manga es una especie de esclavina que sale de la costura del ladito y de la del hombro, y va adornada con una hilera de cascabeles de pasamanería color de tabaco. Cuello recto de terciopelo del mismo color.

Se necesita para hacer este paletó: 1 metro 60 centímetros de paño, de 1 metro 30 centímetros de ancho.

Núm. 24. *Abrigo corto de paño rizado color de núa.* — Consiste este abrigo en una especie de esclavina ceñida por detras con tres costuras. Los delanteros son rectos, y se abrochan con corchetes hasta la cintura. Una segunda esclavina corta rodea los hombros, y va guarnecida de una hilera de cascabeles de pasamanería color de núa. Cuello recto y alto de terciopelo.

Tela necesaria: 1 metro 10 centímetros de paño, de 1 metro 30 centímetros de ancho.

#### Abrigo de invierno. — Núm. 25.

Visita de paño brochado. Los delanteros van cortados en forma de manteleta, y la espalda va ceñida con tres costuras. Manga adornada, así como el contorno de la visita, con una franja ancha de castor natural.

Tela necesaria: 1 metro 60 centímetros de paño, de 1 metro 30 centímetros de ancho.

#### Abrigo de otoño. — Núm. 26.

Visita de paño fino brochado color de núa. Tres costuras ciñen la espalda, que es corta de aldeta. Los delanteros son más largos y rectos y van adornados, así como las mangas, con una guarnición imitando plumas, hechas con galoncitos de seda marrón.

Tela necesaria: 1 metro 60 centímetros de paño, de 1 metro 30 centímetros de ancho.

#### Visitas largas. — Núms. 27 y 28.

Núm. 27. Esta visita es de paño afelpado negro. La espalda es corta y va ceñida con tres costuras. Falda fruncida y añadida en la espalda bajo un golpe de pasamanería de lana negra. Delantero recto abrochado bajo una tira ancha de astrakan negro. Manga grande terminada en punta y rodeada igualmente de una tira de astrakan. Cuello de lo mismo.

Se necesitan para hacer este abrigo: 3 metros 25 centímetros de paño, de 1 metro 40 centímetros de ancho.

Núm. 28. Visita de paño afelpado negro. La forma de esta visita difiere muy poco de la anterior, si se exceptúa la manga, que es algo más larga y termina en una punta más pronunciada. Se la adorna asimismo de astrakan negro.

#### Abrigos de invierno. — Núms. 29 y 30.

Núm. 29. Visita larga de paño ensortijado imitando el astrakan. Los delanteros se abrochan bajo dos tiras de piel de castor teñida de negro. Tres costuras ciñen la espalda. Mangas cuadradas guarnecidas de una tira de castor. La falda va plegada por detras y se abre sobre una tira de castor. Un golpe de pasamanería va puesto más abajo de la cintura. Cuello de castor.

Tela necesaria: 3 metros 50 centímetros de paño, de 1 metro 40 centímetros de ancho.

Núm. 30. Esta visita larga, que se diferencia muy poco de la anterior, es igualmente de paño negro imitación de astrakan. La manga va plegada en su borde inferior y rodeada de castor negro.

#### Trajes para señoras y señoritas. — Núms. 31 á 35.

Núm. 31. *Traje de calle.* Vestido de lana gruesa color de bronce y pekin de felpa color de bronce y color de madera. Fondo de falda corto, sobre el cual va montada una falda de pekin, con las listas al traves. Túnica de lana dispuesta á lo largo en dos puntas que se abren sobre la falda, y cuyas puntas van adornadas con unos galones de felpilla color de bronce y cuentas de madera, que imitan las cuentas de un rosario. A la izquierda la túnica va recogida bajo los paños de detras. Corpiño adornado con un galon y terminado en punta. El delantero izquierdo se abrocha á la derecha y va recortado en redondo sobre un peto de pekin. Cuello formado de un galon bordado de cuentas.

Núm. 32. *Traje de paseo.* Vestido de tela de lana y seda de cuadritos azules y granate, y terciopelo granate. Falda de debajo corta, sobre la cual va una falda de terciopelo granate. Túnica de tela de cuadritos, ribeteada de un galon azul bordado de encarnado. Corpiño con aldeta muy corta y ribeteada en el borde inferior de un galon bordado. Los delanteros van cruzados y guarnecidos de terciopelo y de un galon. Cuello muy grande de terciopelo, abierto sobre un peto formado de galones. Cuello en pié del mismo terciopelo.

Núm. 33. *Traje de calle.* Este traje es de sarga gruesa de lana azul oscuro con dibujos de cachemir. Sobre la falda de debajo se monta, á la derecha, una quilla plegada de faya azul oscuro, medio cubierta con una punta de cachemira; fijada en lo alto con dos solapas de terciopelo azul y un broche de acero. Sobrefalda recogida en el lado derecho y formando pliegues rectos en el izquierdo. Los delanteros se abrochan bajo dos tiras de cachemir formando peto. Solapas anchas de terciopelo, dobladas en forma de capucha puntiaguda por detras. Cuello de terciopelo y manga larga, adornada con una cartera de terciopelo y una punta de cachemir.

Núm. 34. *Traje de mañana.* Vestido de lana gruesa color de piel de ciervo y terciopelo color de tabaco. La falda es de terciopelo, y la túnica, larga, es de lana y va dispuesta como indica el dibujo, y guarnecida con unas correas adornadas de galoncillos y abrochadas con botones en el lado izquierdo del delantero. Corpiño con aldeta casi redonda, cerrada por detras con correas cruzadas de galones. Los delanteros van abiertos sobre un chaleco ribeteado de un galon y abierto á su vez sobre un camisolin fruncido de surah tornasolado gris y color de rosa. Una correa reúne los delanteros en la cintura. Cuello alto de terciopelo. Manga adornada con una cartera de lo mismo.

Núm. 35. *Traje de ceremonia.* Vestido de faya mordorada lisa y faya con listas de felpa. La primera falda es de faya atravesada de tiras de felpa graduadas, tejidas sobre la misma faya. Túnica de faya plegada por delante como un delantal, dejando lo alto de la falda descubierto. Corpiño con aldeta casi redonda. El delantero izquierdo se cierra sobre el derecho, bajo una tira de terciopelo que pasa bajo una cartera doble de faya y felpa. Peto y cuello de faya mordorada. Manga ancha sujeta con un puño de terciopelo.

## MIS DIAS DE FIESTA.

Niña cándida y modesta,  
¡Nunca al verme te imagines  
Que son mis horas de fiesta  
Aturdirme con la orquesta  
Ni visitar los jardines!

¡En cada dulce ilusion  
Realizo un aniversario,  
Porque, en mi ardiente pasion,  
Yo guardo en mi corazon  
Más fiestas que el calendario!

Soñar con que ya es la hora;  
Besar un ramo de flores;  
Aguardar juntos la aurora.....  
¡Dime si hay fiestas mejores  
Para un corazon que adora!!!

Mi alma en ellas se recrea;  
Y tanto no gozarán,  
Cuando el domingo alborea,  
Ni en el templo el sacristan,  
Ni el campesino en la aldea.

Sosten mi amante ilusion;  
Dame el perfume que exhala  
Tu frenética pasion,  
¡Y verás mi corazon  
Cómo se viste de gala!!!

Oye las palabras mias;  
Dame de tu amor la palma;  
Quiéreme como solias,  
¡Y entónces todos los dias  
Repicarán en mi alma!!!

ANTONIO F. GRILO.

## UNO DE TANTOS.

Sale el paquete para la Habana,  
Su esposo amante se marcha en él,  
Y así decía, llorando á mares:  
¡Dios mio! ¿cuándo le vuelvo á ver?  
¿Cuándo sus ojos en estos ojos,  
De nuevo un día, dejarán luz?  
¿Cuándo la niebla del alma mia  
Será, constante, tranquilo azul?  
¿Cuándo mis manos, entre sus manos  
Sentiré presas con dulce afan?

¿Cuándo á estos ángeles, tristes y solos,  
Vendrá el ingrato, tierno, á abrazar?  
¿Cuándo su pecho sobre mi seno  
Tornará, amante, rudo á latir?  
¿Por qué mis penas, rotas en lágrimas,  
Desde su ausencia no tienen fin?  
¿Por qué al crepúsculo, mirando al cielo,  
Palpitar siento mi corazon?  
¿Por qué mi lecho, siempre vacío,  
Ya no me ofrece dulce calor?  
¿Por qué mis hijos, con faz llorosa,  
Sorprenden siempre mi despertar  
Y me interrogan con la mirada  
Cual preguntando si volverá?  
¿Por qué la lámpara, que el sueño vela,  
Lanza al espacio triste gemir,  
Y en oleadas de luz y sombra  
Da á los objetos negro matiz?  
¿Por qué es más tétrica la mariposa  
Que volteja la habitacion?  
¿Por qué es más lúgubre la campanada  
Que en el silencio bate el reloj?  
¿Por qué ahora crujen los ensamblajes,  
Y el viento silba, y aulla el can?  
¿Por qué las sombras de la alta noche  
Vienen mi sueño siempre á turbar?  
Vuelve, mi vida, vuelve á mis brazos,  
Tu esposa amante te hará un eden;  
Ven que te abrigue con mi cariño,  
Ven, amor mio del alma, ven.

Tornó el paquete desde la Habana,  
En espirales rugió el vapor;  
Pero el marino tan esperado  
Jamás volvió.

J. DE ARÉVALO.

Cádiz, 6 de Octubre.

## ¡ADIÓS!

Hay un lazo entre los dos,  
Tan inflexible y tan fuerte,  
Que siento angustias de muerte  
Cuando me dices..... ¡adios!

No da esa frase medida  
Á la ausencia, y me acongoja;  
No sé por qué se me antoja  
Tan triste esa despedida.

Cuando dulce *adios* me das  
La pena en mi pecho crece.....  
¡Decirte *adios* me parece  
Que es no volverte á ver más!

Hallo tu *adios* tan amargo,  
Que el alma no lo soporta.  
¡Para una ausencia tan corta  
No fijes plazo tan largo!

Cuando lleno de temor  
Que me despidas te ruego,  
Di, vida mia, *hasta luego*,  
O *hasta ahora*, que es mejor.

Y poniendo el mal á raya,  
Creeré por tu despedida  
Que he de volver en seguida,  
Aunque muy léjos me vaya.

Al separarme angustiado,  
Mi esperanza es el regreso.  
¿Pues, á no pensar en eso,  
Cómo marchar de tu lado?

Tan dulce es volverte á ver,  
Que se puede soportar  
La tristeza de marchar  
Por el gozo de volver.

Ya mis temores oiste;  
Conque, al llegar mi partida,  
Emplea la despedida  
Que parezca ménos triste.

¡No digas *adios* jamas,  
Si algo mi amor te merece,  
Porque tu *adios* me parece  
Que es no volverte á ver más!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

Madrid, Setiembre 1885.

## CORRESPONDENCIA PARISIENSE.

### SUMARIO.

TEATRO FRANCÉS: *Antoinette Rigaud*, comedia en tres actos y en prosa, de M. Raimundo Deslandes.

En mi anterior dejó pendiente, por falta de tiempo y espacio, el análisis de la comedia en tres actos de Raimundo Deslandes, estrenada últimamente en el Teatro Francés, con éxito bastante lisonjero. *Antoinette Rigaud*, que así se titula la comedia nueva, pertenece al género de la comedia de intriga, género cultivado principalmente por Scribe, y muy en boga en su tiempo, pero desdeñado por la juventud literaria de nuestros dias, que prefiere la comedia de costumbres—otros la llaman de carácter— como el *Yerno de M. Poirier* ó el *Demi-Monde*.

Esto no obstante, la comedia de género ó de intriga



tiene aún en nuestra época, como en la época de Scribe, el privilegio de ejercer sobre la masa del público una acción irresistible. Y cuando este género está hábilmente tratado y la obra correctamente escrita, como sucede en *Antoinette Rigaud*, merece sin disputa los honores de la primera escena dramática de París.

Pero basta de crítica, y entremos sencillamente á exponer la acción de la comedia nueva.

Olivier de Treuilles es un oficial de porvenir; á los veinte y cinco años es capitán y agregado al Estado Mayor del general Tréfond. Es un militar en la más bella acepción de la palabra: carácter altivo, corazón tierno y generoso, alma noble y valerosa como su espada; en una palabra, el soldado ideal de todos tiempos.

Las obligaciones del servicio le ponen sin cesar en contacto con la hija del general Tréfond, la encantadora Geneveva; y como sucede siempre en el teatro, y á menudo en la vida real, no ha podido verla sin amarla. Geneveva por su parte se siente inclinada hácia el jóven y gallardo capitán. Pero éste, que es pobre, no se atreve á pedir la mano de una rica heredera, por temor de que le acusen de especular con tan brillante casamiento.

Su hermana, Antoinette Rigaud, le saca de estas vacilaciones. Antoinette, que no sólo es su hermana, sino su mejor amiga, era, ántes de que conociese á Geneveva, su única y profunda afección. Ambos quedaron muy niños huérfanos y sin hacienda; él sirvió de padre á aquella hermana querida; él la casó con el único partido que en su modesta posición podía convenirle, M. Rigaud, antiguo operario, en la actualidad fabricante, hombre de educación vulgar, pero rico. Ella se resignó, por no ser gravosa á su hermano.

La casualidad, providencia de los enamorados, hizo que Antoinette fuese de visita á casa del General el día en que éste daba una fiesta de familia, siendo recibida como la hija de la casa. Su hermano le descubre el pesar, que ella había ya adivinado.

—Déjame, que yo lo arreglaré todo, le dice Antoinette. Y sin ambages, en una entrevista que obtiene del General, le pide la mano de Geneveva para su hermano.

Si el General hubiese consentido, allí acababa la acción; es decir, que no había comedia posible.

Por consecuencia, el General niega la mano de su hija. Olivier es un soldado, y el General sabe por experiencia cuán triste es la suerte de una jóven que se casa con un militar. Su esposa murió de los pesares y sobresaltos que le ocasionara la guerra de 1870, y á la hora de la muerte le hizo jurar que apartaría de su hija áquella copa de amargura, y él prestó el juramento exigido.

Se trata, pues, de vencer al General de que debe faltar á aquel sagrado juramento. Y cuando esté convencido, cuando haya consentido en el casamiento, la comedia habrá terminado. Es preciso, pues, que consienta.

Veamos cómo se realiza este casi milagro, en el cual atriba todo el interés de la acción.

Antoinette Rigaud se ha casado por interés, «por razón», como se dice entre cierta clase de gente. Su marido es más que prosaico, es un hombre vulgar; y en cambio, ella es más que distinguida, es etérea, y sueña con otro ideal. El ideal se ha presentado bajo la forma del jóven pintor Santiago Saunoy, á quien había conocido en los baños del Tréport, y que le había hecho la corte. Antoinette había cometido la imprudencia de contestar á sus cartas; pero no había cometido otras.

La jóven imprudente se encuentra con el enamorado pintor en casa del General, de quien está haciendo el retrato. La mera casualidad es causa de este encuentro. Antoinette se había prometido no volverle á ver, y para probarle una vez más que todo ha concluido entre ellos, le pide sus cartas, y él promete devolvérselas.

Aquí empieza el acto segundo. Son las once de la noche. Antoinette está en su dormitorio, donde acaba de instalarla Geneveva, quien se retira al suyo llena de afección, pues Antoinette le ha participado la resolución del General.

La puerta se abre; es el pintor Saunoy. ¡Ah! hé ahí lo que todo el mundo temía; el tal Saunoy, que es listo y audaz como un enamorado de Scribe, ha escalado los muros del jardín con el fin honesto de devolver las cartas; pero muestra tal desesperación de tener que desprenderse de semejante tesoro, que la jóven le da en cambio, como recuerdo, una miniatura donde ha estampado él mismo las facciones de la que ama. Para esto no valía la pena de pedirle las cartas; pero la pasión comete á menudo estas inconsecuencias.

En el momento en que va á retirarse presuroso, se oye sonar la campanilla de la verja. Es el marido de Antoinette que llega de improviso, y que entra precisamente por el corredor por donde debía escaparse Saunoy.

Este va á refugiarse, sin saber lo que hacía, en la alcoba de Antoinette, mientras que ésta escucha distraída las bromas de su señor y dueño, quien al mismo tiempo que devoraba un alon de gallina, le refiere que el jurado de que formaba parte acababa de absolver á un marido que había asesinado al pretendiente de su mujer, y añade que, si se encontrara en semejante caso, él haría lo mismo. Su esposa se siente desfallecer. Él la abraza y se retira á su habitación.

Saunoy aprovecha este momento para huir por el corredor, pero la puerta de salida está cerrada; retrocede á tientas, y encontrando otra puerta medio entornada, la empuja: es la del cuarto de Geneveva. La atraviesa en medio de la oscuridad, abre la ventana y se arroja por ella al jardín.

Rigaud, el marido de Antoinette, que estaba precisamente á la ventana de su cuarto fumando un cigarro y contemplando la luna, ha visto abrirse la ventana de al lado y saltar un hombre al jardín. Convencido de que se trataba de una intriga amorosa de Geneveva, corre á dar parte del incidente á su mujer, que está medio loca de terror.

—Yo se lo contaré al General, le dice terminando. Y cae el telón. Fin del acto segundo.

El primero había abrazado una exposición muy animada; el segundo, que la continúa y la termina, contiene una acción llena de movimiento. Nos acercamos á la situación que va á servir de desenlace.

Á la mañana siguiente, mientras que el General sirve de modelo al retratista, Rigaud llega presuroso y le cuenta lo que ha visto: un hombre que se arrojó de la ventana de al lado de la suya al jardín.

—¿Cómo! ¿la ventana de al lado? Es la ventana del cuarto de mi hija.... Eso es imposible.

Manda llamar á Geneveva, quien refiere ingenuamente que, en efecto, durante la noche había creído ver, sin duda en sueño, un hombre pasar rápidamente junto á su cama, abrir la ventana y desaparecer. Y ¡cosa singular! al día siguiente había encontrado la ventana abierta.

Saunoy, que asiste á esta información, disimula lo mejor que puede, pero las pruebas se acumulan. Las huellas del fugitivo han quedado marcadas en la tierra del jardín; el enrejado de madera está roto, y, finalmente, el jardinero se ha encontrado un medallón al pié de la ventana.

Rigaud lo conoce: es el medallón de su esposa. ¿Á quién ha podido dárselo? ¿quién lo ha dejado caer en el jardín? El tigre enseña ya las garras. Antoinette está perdida.... Entra Olivier: Antoinette está salvada....

Ese medallón me pertenece; mi hermana me lo había regalado.

¡Á él! luego es él quien ha saltado por la ventana. Efectivamente, es él. ¿Y á qué iba al cuarto de Geneveva? Á esto no contesta.

—Ya veo lo que es, exclama el General. Yo le había negado la mano de mi hija, y V. ha querido obligarme comprometiéndola. ¿No es así?

Olivier confiesa, por salvar á su hermana. La escena está perfectamente dirigida y es muy conmovedora, pues todos los personajes que han tomado parte en la acción se hallan presentes, y cada una de las respuestas de Olivier excita en cada uno de los que le escuchan emociones variadas y violentas.

Al oír esta confesión, el General, sofocado por la indignación y por el desprecio, exclama:

—¡Oh! un oficial.... un oficial.... Caballero, aguardo vuestra dimisión.

—La tendrá V. ántes de una hora.

Lo que sucede despues es fácil de adivinar. No se trata sino de descubrir al General la verdad del caso, y el anciano militar, conmovido de la magnanimidad desplegada por el jóven, le abrirá sus brazos y le otorgará la mano de su hija.

Pero hay que saber presentar este desenlace. ¿Quién ha de descubrir al General la verdad de lo sucedido? No debe, no puede ser nadie más que Antoinette, que expiará así su falta confesándola. Por lo demás, puede fiarse de aquel hombre de bien, que no la venderá.

El General sabe, pues, á qué atenerse cuando entra Olivier con la dimisión. ¡Penosa escena! El General, que quiere saber hasta dónde llega la fuerza de alma del jóven, reitera sus preguntas, y á todas contesta Olivier como lo ha hecho ya, inclinando la frente y conteniendo los sollozos que le ahogan.

—Está bien, replica el General; firme V. la dimisión.

Olivier hace un postrer esfuerzo, estampa su firma al pié del documento y lo presenta al General, que lo toma y le dice:

—¿Quiere V. darme un abrazo, hijo mio?

El efecto de esta escena final es indescriptible, y ante ella la crítica queda desarmada. Cuando las lágrimas corren, la razón enmudece.

Por lo demás, *Antoinette Rigaud* es una obra muy bien compuesta, de acción sumamente rápida, salpicada de episodios interesantes y escrita en un estilo claro, fácil y no exenta en algunos pasajes de rasgos de ingenio.

De la ejecución, excuso decir que fué perfecta. Sabido es que los artistas que componen la compañía del Teatro Frances son los primeros actores de París, y que no hay obra que no interpreten con una conciencia y un saber escénico incomparables. — X. X.

París, 24 de Octubre de 1885.

### EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.834.

#### TRAJES DE PASEO.

1. *Traje de faya lisa y faya listada de terciopelo.*—Levita larga de faya listada de terciopelo. Los delanteros, abrochados en el cuello, se abren y caen en línea recta sobre un peto de faya lisa, que se prolonga á todo lo largo de los delanteros, formando falda. Este peto va añadido á la derecha y se abrocha en la izquierda. La levita va cerrada por medio de un forro en medio del delantero. Dos solapas anchas de terciopelo, pegadas al cuello y á la costura del hombro, descienden formando una punta en la cintura. La espalda es muy ajustada. En la cintura se añade un paño de la misma tela, que se reúne á los demás paños en la costura de la falda. De esta costura sale á cada lado una banda plegada de faya, que se une al cuello de terciopelo. Manga enteramente lisa.—Capota de fieltro del mismo color de la falda, guarnecida por delante con una escarpela de cinta color de fuego y un ala de plumas del color del sombrero.

2. *Traje para señoritas.*—Vestido de paño ligero de varios tonos, guarnecido de galones de lana. Falda redonda montada, con bastante vuelo y guarnecida en su borde inferior con seis galones de lana. Segunda falda de paño más claro, formando pliegues anchos alrededor de la cintura. Se recoge esta falda en el lado izquierdo, formando como un bullonado, que forma *pouf* por detras. En el lado derecho, la segunda falda continúa formando pliegues que llegan hasta un poco más atrás de la cadera.—Chaqueta larga, estilo Luis XIII, hecha de paño oscuro. Los delanteros salen de la costura del hombro y se abren sobre un peto coraza, de paño cubierto de galones puestos al traves. Una faja de paño rodea la cintura y va á anudarse cerca de la

cadera izquierda. Dos solapas anchas recortadas y guarnecidas de galones van añadidas sobre los delanteros de la chaqueta. La espalda es de corte de sastré y va terminada en dos pliegues huecos. Cuello de terciopelo. Manga enteramente cubierta de galones.—Sombrero redondo de fieltro con ala levantada por detras y guarnecido de cocas de cinta de terciopelo y de varios pajarillos.

En el Suplemento á nuestro núm. 42 daremos el patron de esta chaqueta.

### CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

SRA. BARONESA DE G.—Los vestidos de seda negra están siempre de moda, y podrá llevar el suyo todo el invierno, sobre todo si, como dice, está adornado de encaje.—El peinado en cuestión puede adoptarse como «peinado de calle»; pero, ante todo, debe consultar el espejo para ver si le sienta bien; esto es lo importante. Réglala general: debe adoptarse siempre el peinado que mejor sienta.

SEÑORITA D.<sup>a</sup> E. P.—Para teatro y *soirées* se llevan mucho los guantes adornados de encaje. El encaje sólo comienza en el antebrazo, desde el tercero ó cuarto boton. Este encaje es una especie de malla con agujeros grandes, y las flores son mates y van rodeadas de un cordón que forma relieve. Lo bonito de este guante consiste en que el encaje se arrugue enrollándose en torno del brazo.

SRA. D.<sup>a</sup> C. S. DE T.—Las plantas de salón exigen, por lo general, un calor templado y mucha luz; esta clase de plantas se marchitan pronto á la sombra. Para el regalo, que no es el mismo en todas las plantas, debe consultarse un jardinero, pues unas exigen más humedad que otras. Las begonias de hojas grandes se echan á perder con frecuencia por haberlas regado en demasía. El *camchú* y todas las plantas verdes de hojas brillantes tienen necesidad de ser lavadas todos los días, hoja por hoja.

SEÑORITA D.<sup>a</sup> E. G.—Con el paño puede hacer toda clase de labores muy lindas. Corte el paño en pedacitos muy regulares y forme con él estrellas, cuadros ó lo que más le plazca, poniendo el encarnado en medio. Se hacen de este modo tapetes, colchas, fundas de piano y otros objetos análogos, de muy buen efecto.

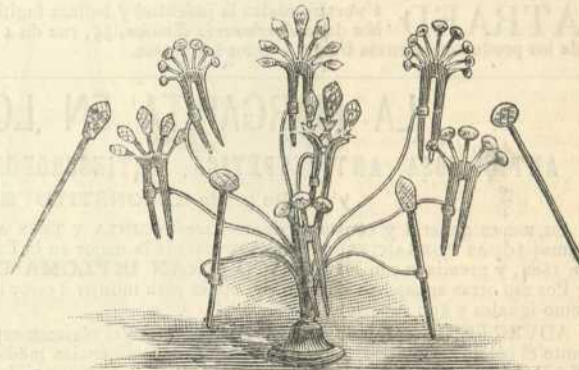
Á UNA JÓVEN ELEGANTE.—El calzado, los guantes y el sombrero deben estar en armonía con el resto del traje. En lo que se refiere al calzado, las puntas agudas y largas han perdido parte de su prestigio; se las hace más bien redondas. El tacón bajo y un poco ancho; los tacones altos y puntiagudos, sobre ser incómodos, se han hecho pretenciosos. Se hacen todavía tacones un poco altos, pero nunca puntiagudos, para las personas que no se resignan á perder esta costumbre.

SRA. D.<sup>a</sup> L. J. DE M.—El té, propiamente dicho, se sirve en la sala principal. Los criados sirven los dulces secos y los pastelillos, á no ser que haya señoritas de la casa, quienes se encargan generalmente de este servicio, lo cual es más agradable para los convidados.

Á UNA ELEGANTE DE LUTO.—Hé aquí la descripción de un traje de luto, de última moda: falda de crespón negro, con entredoses de encaje de lana. Corpiño todo de encaje de lana. En el borde inferior de la falda unos volantitos de encaje de lana, formando como una especie de espuma, que parece haberse inventado para los vestidos elegantes de este género.

SEÑORITA D.<sup>a</sup> D. T.—Dentro de poco publicaremos varios dibujos y patrones de salidas de baile y teatro. Entre tanto, le indicaré dos modelos muy elegantes, creados por una de las principales casas de París: 1.<sup>o</sup> De crespón de la China con lunares blancos y forro de seda encarnada. Capucha sujeta con borlas de oro. Esta salida de baile va ribeteada de piel de zorro blanco. 2.<sup>o</sup> De terciopelo y de una forma bastante larga. Los paños de delante son muy largos y cuadrados. Mangas anchas de siciliana encarnada, de estilo turco, sujetas en el puño con una tira de piel. Capucha de encaje crema, guarnecida de piel.

SRA. D.<sup>a</sup> A. H. DE C.—El astrakan negro vuelve á estar de moda. Una levita de paño con cuello de astrakan y guarnecida de una tira de astrakan en la abertura de la espalda, estará muy bien.



En la primavera pasada dimos á conocer algunos preciosos modelos de peinetas de concha é imitación, con bolas talladas de *verdadero ámbar*, que tuvimos el gusto de ver aceptadas por gran número de las principales damas de nuestra sociedad elegante. Esto nos es tanto más lisonjero, cuanto que, lejos de decaer la moda, como sucede de ordinario, hemos visto que al inaugurarse la presente temporada teatral son muchísimas las señoras conocidas por su distinción y elegancia á quienes hemos visto lucir tan gracioso adorno.

Hoy llamamos la atención de nuestras lectoras hácia una nueva colección de modelos, tan notables como aquéllas, pero fabricados con pié de búfalo y bolas de *azabache auténtico*, los cuales son tanto más recomendables, cuanto que se trata de un adorno *esencialmente español*. En efecto; se han tomado por modelos las peinetas de más carácter español, y tanto el azabache que entra en su confección, como la fina mano de obra, son genuinamente españoles.

En la conocida perfumería de Frera (calle del Carmen) hallarán nuestras lectoras una completa exhibición de estas lindísimas peinetas, que merece los honores de una visita.



# ENFERMEDADES NERVIOSAS CÁPSULAS del Doctor Clin

Premiado por la Facultad de Medicina de Paris. — Premio Montyon.

« Las **VERDADERAS CÁPSULAS CLIN** de Bromuro de Alcanfor, se emplean con el mejor éxito en las afecciones nerviosas, en general y sobre todo en las enfermedades siguientes :

« *Asma, afecciones del corazón y de las vías respiratorias, Tos nerviosa, Espasmos, Coqueluche, Insomnios, Epilepsia, Histérico, Palpitaciones nerviosas, Corea ó Baile de San Vito, Parálisis agitada, Tiro nervioso, Nevrosis, Turbaciones nerviosas causadas por estudios excesivos, Enfermedades cerebrales ó mentales, Delirium tremens, Convulsiones, Vértigos, Dolores de cabeza, Vahidos, Halucinaciones, Enfermedades del cuello de la vejiga y de las Vías urinarias y en las Excitaciones de toda clase.*

« En resumen, las **VERDADERAS CÁPSULAS CLIN** de Bromuro de Alcanfor, están recomendadas cada vez que se quiera producir una acción sedativa y calmante sobre el sistema nervioso. » (Gazette des Hôpitaux.)

Dosis : De 3 a 6 cápsulas diarias. — En cada frasquillo hay una instrucción detallada. Se hallan las **VERDADERAS CÁPSULAS CLIN** de Bromuro de Alcanfor en las principales Farmacias y Droguerías.

PARIS — CASA CLIN Y C<sup>IA</sup> — PARIS

# GRAGEAS, ELIXIR & JARABE DE Hierro Rabuteau

Premiado por el Instituto de Francia

El empleo, en medicina, del **Hierro Rabuteau** esta enteramente fundado sobre la ciencia. Los estudios hechos por los sabios mas distinguidos de nuestra época, han demostrado que el verdadero **Hierro Rabuteau** es superior á todos los ferruginosos para curar los casos de *Clorosis, Anemia, Colores pálidos, Pérdidas, Debilidades, Eatenuacion, Convalecencia, Debilidad de los niños*, y las enfermedades causadas por la debilidad y alteracion de la sangre a consecuencia de fatigas, veladas y excesos de toda clase. — El **Hierro Rabuteau** está preparado en **Grageas**, en **Elixir** y en **Jarabe**.

**GRAGEAS DE HIERRO RABUTEAU.** — Las **Grageas Rabuteau** no ennegrecen los dientes y se digieren por los estómagos mas débiles sin causar constipacion. — Dosis : Tómense con regularidad 3 **Grageas Rabuteau**, mañana y tarde, en las comidas (6 diarias). El tratamiento ferruginoso por las **Verdaderas Grageas de Rabuteau** es muy económico, y el gasto diario que origina es muy mínimo.

**ELIXIR DE HIERRO RABUTEAU.** — El **Elixir Rabuteau** está recomendado á las personas débiles que no pueden tragar las **Grageas Rabuteau**. — El **Elixir Rabuteau** tiene un gusto agradable y debe tomarse á la dosis de una copita en cada comida. El **Verdadero Hierro Rabuteau** se halla en las principales Farmacias y Droguerías.

PARIS — CASA CLIN Y C<sup>IA</sup> — PARIS



## FLOR DE RAMILLETE DE BODAS.

para hermoear la tez.

POR MEDIO DE LA APLICACION DE LA FLOR DE RAMILLETE DE BODAS AL ROSTRO, HOMBROS, BRAZOS Y MANOS, SE OBTIENE HERMOSURA FASCINANTE, ESPLENDOR INCOMPARABLE Y LA ENCANTADORA FRAGANCIA DEL IIRIO Y DE LA ROSA. ES UN LIQUIDO LACTEO E HIGIENICO, Y NO CONOCE RIVAL EN TODO EL MUNDO EN CREAK, RESTAURAR Y CONSERVAR LA BELLEZA.

VÉNDESE EN LAS PELUQUERÍAS, PERFUMERÍAS Y FARMACIAS INGLESAS — FÁBRICA EN LONDRES, 114 Y 116, SOUTHAMPTON ROW; EN PARIS Y NUEVA-YORK.

En Madrid, perfumería Frera, calle del Carmen; perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3; perfumería Pascual, Arenal, 2; C. Gonzalez y C.<sup>a</sup>, Carrera de San Jerónimo, 21; E. Jorcin, La Central, calle de Don Martin, 63.

## PÂTE AGNEL \* AMIDALINA Y GLICERINA

Este excelente Cosmético blanquea y suaviza la piel y la preserva de cortaduras, irritaciones, picazones, dándole un aterciopelado agradable. En cuanto a las manos, les da solidez y transparencia a las uñas.

En la Perfumería Central de AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra y en las seis Perfumerías sucursales que posee en Paris, así como en todas las buenas Perfumerías. MADRID: MM. C. GONZALO y C.<sup>a</sup> Calle de Sevilla, 8 y 10. — VALENCIA: M. Enrique TIFFON, 46, Calle del Mar. — BARCELONA: M.<sup>ta</sup> V.<sup>ta</sup> LAFONT & Fils, Plaza de la Constitucion.

**NO ARRANQUEIS,** levantad suavemente y sin sentir el vello masculino perdido en vuestro rostro, con la ayuda de la *Crema Epileina*, nuevo producto de la *Perfumería Exótica*, 35, rue du 4 Septembre, Paris. El *Agua Epileina* (5 francos el frasco) tambien suprime el vello de los brazos y piernas.

**LA FALSIFICACION** se ceba más que nunca en el *Anti-Bolbos* de la *Perfumería Exótica*, 35, rue du 4 Septembre, único extractor inofensivo de las pecas ó manchas de la nariz. Para no ser engañados, exigir en el frasco la inscripcion impresa del nombre *Anti-Bolbos*.

**UNA NARIZ ROJA** es la caricatura de la cara. Devolvedle su blancura por medio del *Nasalbor*, nuevo preparado de la *Perfumería Exótica*, 35, rue du 4 Septembre, Paris.

**LAS PARISIENSES** todas tienen manos régias, gracias al uso que hacen de la *Pasta de los Prelados*, de la *Perfumería Exótica*, 35, rue du 4 Septembre.

**ATRAED** á vuestro rostro la juventud y belleza fugitivas, recurriendo á la *Brisa Exótica* de la *Perfumería Exótica*, 35, rue du 4 Septembre, Paris. — El catálogo de los productos se envia franco á todos los paises.

## LA MARGARITA EN LOECHES.

ANTIBILIOSA, ANTIHERPETICA, ANTIESCROFULOSA, ANTISIFILÍTICA.  
y en alto grado RECONSTITUYENTE.

Su uso es general y constante desde hace TREINTA Y TRES AÑOS, y tan superior á todas las demas AGUAS PURGANTES, que fué considerada la mejor en la Exposicion Internacional de Niza, en 1884, y premiada con EL ÚNICO GRAN DIPLOMA DE HONOR.

Por eso otras aguas han imitado su botella para inducir á error al público, á pesar de pregonarlas como iguales y aún superiores.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.—Despues del régimen especial alimenticio observado durante el cólera, conviene, segun la opinion de eminencias médicas, hacer uso del agua de LA MARGARITA para evitar otras enfermedades que, favorecidas por la actual estacion, pueden ser funestas. Depósito central en Madrid, Jardines, 15, bajo. Venta tambien en todas las farmacias y droguerías. En el último año se han vendido

MAS DE DOS MILLONES DE PURGAS.

## AGUA DE HOUBIGANT

Muy apreciada para el Tocador y para los Baños.

**HOUBIGANT**

Perfumería de la Reina de Inglaterra.  
19, Faubourg St-Honoré, Paris

**NEURALGIAS** JAQUECAS, DOLORES de ESTÓMAGO y todas las *Enfermedades nerviosas* se curan al instante con las *Píldoras Anti-Neuralgias* del Docteur **CRONIER**.

PARIS — 14, Rue des Saussaies, 14 — PARIS  
Y en las principales Farmacias de Francia y del Estrangero.

## AGUA DE BOTOT Sola verdadera

Unico Dentifrico aprobado

por la Academia de Medicina de Paris

## POLVOS DE BOTOT Dentifrico con quina

Depósito : 229, rue St-Honoré. Se exigira la firma : *M. J. Botot*  
Détail : 18, Boul. des Italiens (Paris).

MEDALLA EXPOSICION UNIVERSAL-1878

## GLICERINA CREOZOTIZADA de CATILLON

Recetada con el mejor éxito contra las **ENFERMEDADES del PECHO, RESIADOS, CATARROS, ASMA, BRONQUITIS, LARINGITIS, EXPECTORACIONES ABUNDANTES**, etc.

Muy superior al Alquitran, cuyo principio activo es la *Creozota*. Reemplaza el Aceite de higalo de bacalao con la ventaja de que lo toleran todos los estómagos aún durante los calores.

PARIS, 23, 120 Saint-Vincent-de-Paul, y en todas las Farmacias

## A NUESTRAS LECTORAS

Para poseer las verdaderas recetas de juventud y hermosura, venidas en línea recta de Ninon de Lenclos y encontradas por el doctor Leconte, as como los otros productos auténticos de la *Perfumería Ninon*, pedidlos únicamente á esta casa de Paris, 31, rue du 4 Septembre. Sin tener nunca nada que temer de las falsificaciones, encontraréis allí la **Verdadera Leche Mamilla** para reconstituir el pecho sin necesidad de recurrir á algodón ni al caoutchouc ni á los ahuecadores de las ballenas del corsé; la **Verdadera Agua de Ninon**, que purifica la piel y os permite desahogar las arrugas en cualquiera edad; el **Vello de Ninon**, el más sano de los polvos de arroz, como lo ha probado el sabio doctor Constantino James en sus conferencias, que comunica al rostro una blancura ideal; la **Savia cejil**, que hace brotar sin artificio las cejas y las pestañas. — La *Perfumería Ninon* manda á todos los paises los productos que se le piden, cuando acompaña al pedido un cheque sobre un Banco de Paris. — La *Perfumería Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

EXPOSITION UNIVERSALE 1878

Médaille d'Or Croix de Chevalier

LES PLUS HAUTES RÉCOMPENSES

## AGUA DIVINA E. COUDRAY

LLAMADA AGUA DE SALUD

Preconizada para el tocador, conserva constantemente la frescura de la Juventud, y preserva de la Peste y del Cólera morbo.

ARTICULOS RECOMENDADOS

**PERFUMERIA A LA LACTEINA**

Recomendada por las Celebridades Medicas.

**GOTAS CONCENTRADAS** para el pañuelo.

**OLEOCOME** para la hermosura de los Cabellos.

SE VENDEN EN LA FÁBRICA

PARIS 13, rue d'Enghien, 13 PARIS

Depósitos en casas de los principales Perfumistas, Boticarios y Peluqueros de ambas Américas.



GRANDES ALMACENES DEL

## Printemps

NOVEDADES

## PEDIR

el **MAGNÍFICO ALBUM ILUSTRADO** conteniendo 498 grabados de los nuevos modelos de la estacion.

Se remite gratis y franco á quien lo pida por carta franqueada dirigida á

MM. JULES JALUZOT & C<sup>IO</sup> PARIS

Se remiten igualmente franco las muestras de todos los tejidos que componen el inmenso surtido del **PRINTEMPS**.

Remesas á todos los Paises del Mundo.

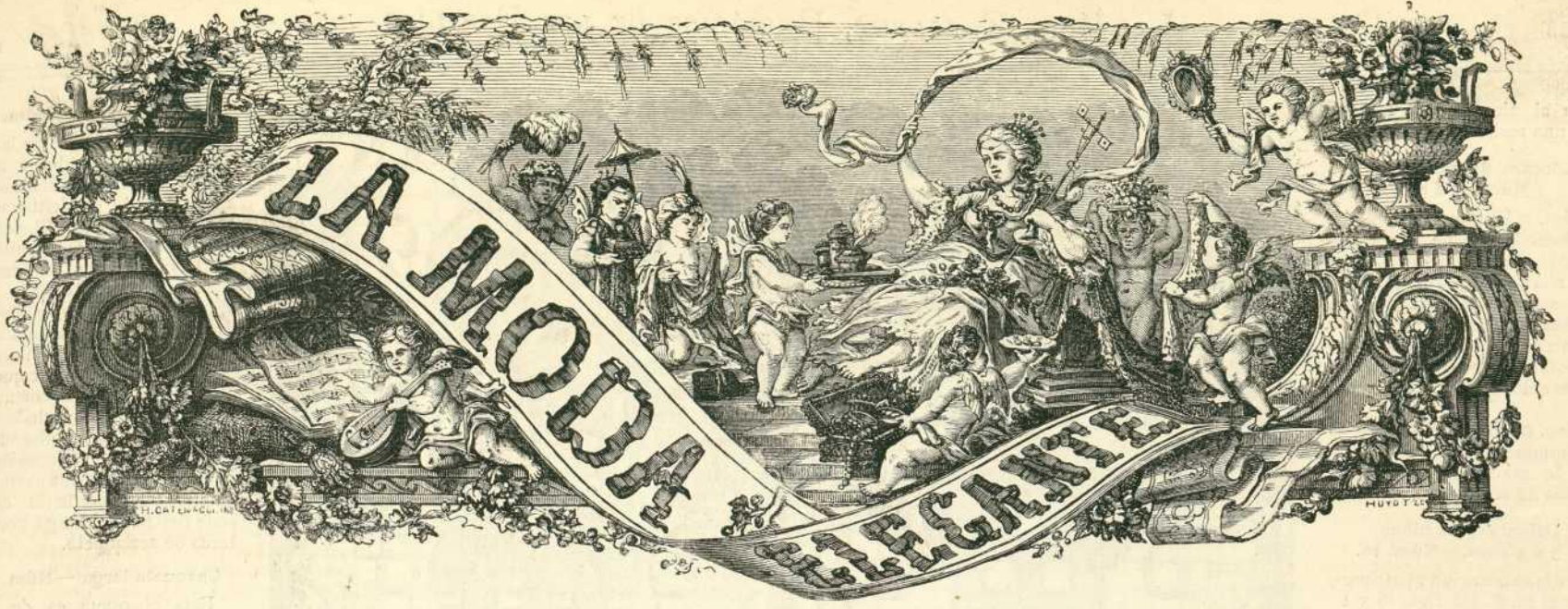
## CONTRA

los Catarros, los Resfriados, la Gripe, la Tos, Bronquitis, etc., el **Jarabe** y la **Pasta pectoral de Nasé de Delangrenier** tienen una eficacia cierta y justificada por los Miembros de la Academia de Francia. Sin **Opio, Morfina** ni **Codeina**, se les dan sin temor, á los Niños atacados por la **Tos**, la **Coqueluche**.

En Paris, calle Vivienne, 53

Y en todas las Boticas del Mundo entero.





## PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

CONTIENE LOS ÚLTIMOS FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARÍS. PATRONES DE TAMAÑO NATURAL, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, CROCHET, TAPICERÍAS DE COLORES NOVELAS.—CRÓNICAS.—BELLAS ARTES.—MÚSICA, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

AÑO XLIV.

MADRID, 6 DE NOVIEMBRE DE 1885.

NÚM. 41.

### SUMARIO.

1. Traje de *soirée* ó teatro —
2. Traje de moaré y crespon de la China para desposada.—
- 3 á 5. Cabecera de butaca.—6. Encaje para lencería.—7 á 9. Adornos de sombreros.—10. Delantal para niñas de 3 á 4 años.—11. Delantal para niños de 2 á 3 años.—12. Delantal para señoritas.—13. Delantal de batista bordada —14 y 25. Vestido para niñas de 6 á 8 años.—15. Fichú de cañamazo.—16. Traje de calle.—17. Traje de pascó.—18. Chaqueta larga.—19. Chaqueta con capucha.—20. Vestido de teatro y concierto.—21 y 22. Vestido de lana y felpa—astrakan.—23. Traje para niños de 7 á 9 años.—24. Vestido inglés para niñas de 2 á 4 años.—26. Paletó para niños de 3 á 5 años.—27 y 28. Abrigo de lana con dibujos de relieve.—29. Paletó de astrakan gris.—30. Paletó de lana gruesa.—31. Paletó de paño.—32. Vestido de felpa y raso.—33. Traje de mañana.

Explicacion de los grabados.—Violeta, fragmento de una novela inédita (conclusion), por D. Pablo Nongués.—Crónica de Madrid, por el Marqués de Valle-Alegre.—La mejor venganza, por D. Antonio de San Martín.—Los Guantes, por la Condesa de Peñalonga.—Cantares, poesía, por don Adolfo Llanos.—Revista de modas, por V. de Castelfido.—Explicacion del figurin iluminado.—Suetos.—Advertencia.

### Traje de «soirée» ó teatro.—Núm. 1.

Véase la explicacion en el recto de la Hoja-Suplemento al presente número.

### Traje de moaré y crespon de la China para desposada.—Núm. 2.

Véase la explicacion en el recto de la Hoja-Suplemento al presente número.

### Cabecera de butaca. Núms. 3 á 5.

Se prepara con hilo crudo, al punto de red, un cuadro suficientemente grande para el tamaño de la cabecera, y se le borda al punto de lienzo con hilo crudo y con arreglo á los dos dibujos, que representan cada uno una cuarta parte del cuadro, y que publicaremos en nuestro número próximo. Se disponen estos cuadros en forma de damero y se bordan los contornos



1.—Traje de *soirée* ó de teatro.

2.—Traje de moaré y crespon de la China para desposada.

(Explicacion en el recto de la Hoja-Suplemento al presente número.)

con seda azul, encarnada, marron, verde y oro antiguo. Las venas y tallos se ejecutan con las mismas sedas. Se preparan y bordan del mismo modo el entredos y el encaje que sirven para rodear la cabecera. (Véanse los dibujos 4 y 5.)

Se puede renovar el aspecto de estas cabeceras, bien estén hechas al crochet ó de guipur sobre malla, bordando los contornos de los dibujos del mismo con sedas de colores.

### Encaje para lencería. Núm. 6.

Se ejecuta este encaje con galoncillo ondulado é hilo de mediano grueso.

1.<sup>a</sup> vuelta, ° en medio de la curva más próxima de uno de los lados del galoncillo, se hacen 2 mallas simples, separadas por 1 malla al aire,—2 mallas al aire,—1 brida doble en el hueco de la curva más próxima,—las mallas al aire. Vuelve á empezarse desde °.

2.<sup>a</sup> vuelta, — alternativamente, 1 malla simple sobre la malla al aire más próxima colocada entre 2 mallas simples de la vuelta anterior,—9 mallas al aire.

3.<sup>a</sup> vuelta,—° 1 malla simple en la malla al aire más próxima de la vuelta anterior, y al mismo tiempo sobre la de más abajo, que pertenece á la penúltima vuelta,—13 mallas simples sobre las 7 mallas al aire más próximas,—1 malla simple, como anteriormente, sobre la malla al aire más próxima y la que está más abajo. Vuelve á empezarse desde °.

Desde la 4.<sup>a</sup> á la 6.<sup>a</sup> vuelta, se labra sobre el otro lado del galoncillo repitiendo las 3 vueltas que acabamos de indicar.

7.<sup>a</sup> vuelta.—Alternativamente, una malla simple sobre la 7.<sup>a</sup> de las 13 mallas más próximas de la vuelta anterior,—7 mallas al aire.

8.<sup>a</sup> vuelta.— Siempre alternando, una brida sobre la malla siguiente de la vuelta anterior,—una



malla al aire bajo la cual se pasa una malla.

**Adornos de sombreros.**  
Núms. 7 á 9.

Núm. 7. El ramo se compone de hojas largas de terciopelo gris con venas verde gris, hierbas rizadas y un escarabajo fijado sobre un tallo de alambre.

Núm. 8 El primer penacho se compone de una cabeza de pájaro verde y encarnada con alas de color marron y cola amarilla.

Núm. 9. El segundo penacho se compone de plumas grises y alas de mariposa, hechas de cuentas de acero.

**Delantal para niñas**  
de 3 á 4 años.—Núm. 10.

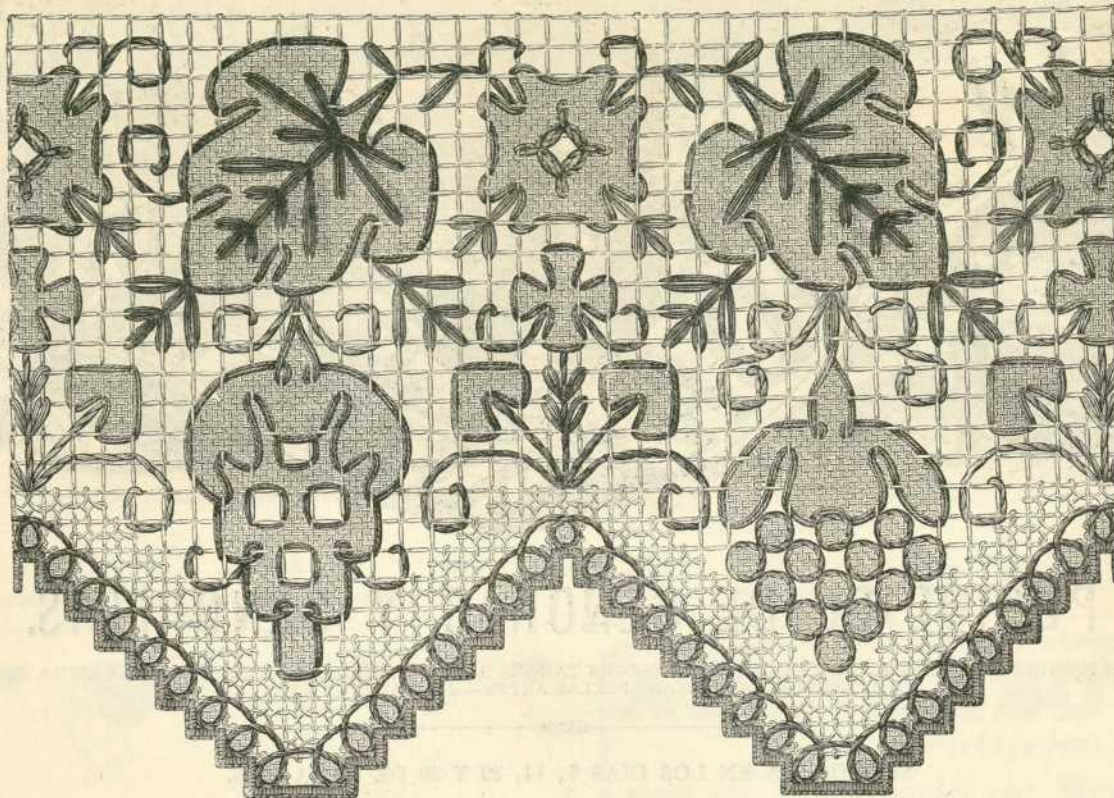
Para la explicacion y patrones, véase el núm. III, figs. 18 y 19 de la *Hoja-Suplemento*.

**Delantal para niños**  
de 2 á 3 años.—Núm. 11.

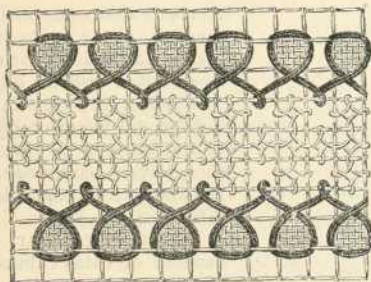
Para la explicacion y patrones, véase el núm. X, figs. 46 á 49 de la *Hoja-Suplemento*.

**Delantal para señoritas.**  
Núm. 12.

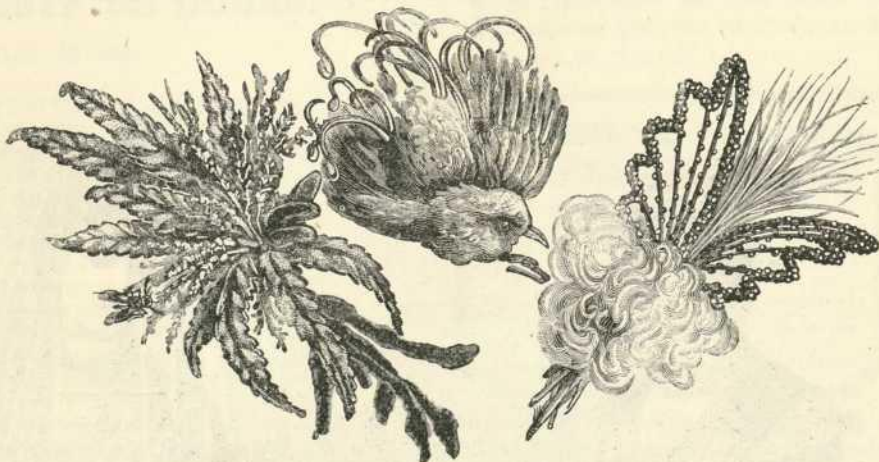
Para la explicacion y patrones, véase el núm. V, fig. 22 de la *Hoja-Suplemento*.



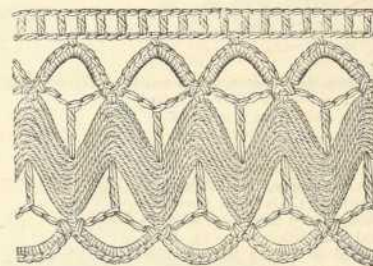
4.—Encaje de la cabecera. (Véase el dibujo 3.)



5.—Entredos bordado de la cabecera. (Véase dibujo 3.)



7 á 9.—Adornos de sombreros.



6.—Encaje para lencería.

Tela necesaria: 2 metros 10 centímetros de paño, de un metro 20 centímetros de ancho.

**Delantal de batista bordada.** Núm. 13.

Véase la explicacion en el verso de la *Hoja-Suplemento*.

**Vestido para niñas de 6 á 8 años.**—Núms. 14 y 25.

Explicacion y patrones, número VII, figs. 24 á 31 de la *Hoja-Suplemento*.

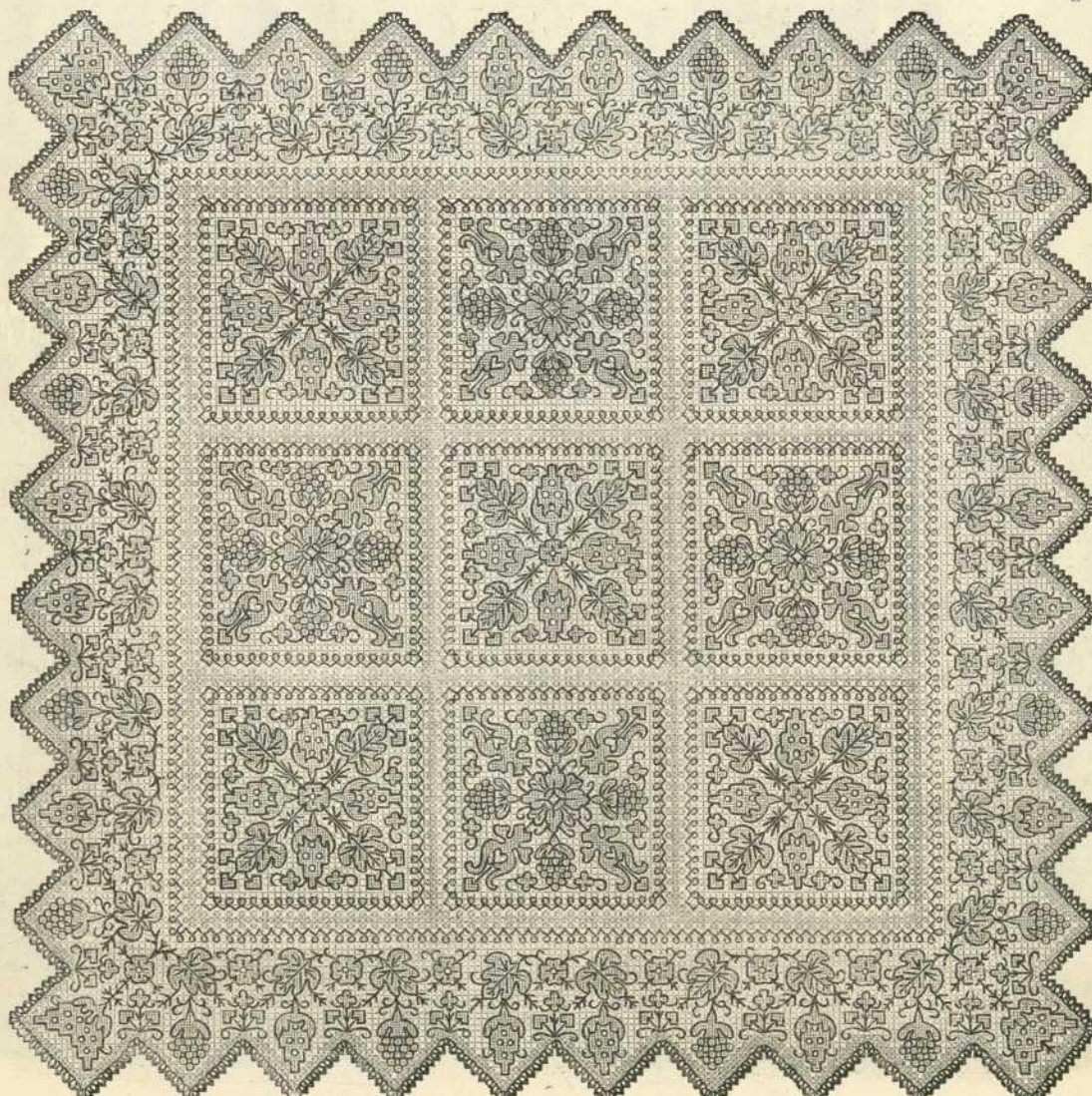
**Fichú de cañamazo.**  
Núm. 15.

Para la explicacion y patrones de este fichú, véase el núm. IV, figs. 20 y 21 de la *Hoja-Suplemento*.

**Traje de calle.**—Núm. 16.

Vestido de cheviota color de seta, y tela listada color de seta y encarnado. La falda, sin pliegues, es de tela listada y va adornada en el bajo, á la derecha, con tres hileras de cuentas de madera del color del traje. Un paño de cheviota va plegado en la izquierda, y doblado sobre sí mismo, yendo á unirse con una solapa ancha de terciopelo color de seta. La túnica de detras se compone de dos paños de cheviota, el de la izquierda formando *poof* y el de la derecha dispuesto en conchas y rodeado de una hilera de cuentas de madera. Corpiño con aldeta casi redonda, recortado por detras en tapas y rodeado de cuentas de madera. En lo alto va un peto de terciopelo, el cual se abre sobre un segundo chaleco de tela listada. Un borde de cuentas rodea la abertura de los delanteros. Cuello de terciopelo y manga adornada con dos hileras de cuentas.

Tela necesaria: 4 metros 20 centímetros de tafetan, 3 metros 50 centímetros de tela listada, y 5 metros 30 centímetros de cheviota, de un metro 20 centímetros.



3.—Cabecera de butaca. (Véanse los dibujos 4 y 5.)

**Traje de paseo.**—Núm. 17.

Este traje, que es de lana de cuadritos encarnados y azules y lana lisa azul, se compone de una falda de cuadritos y una túnica de tela lisa. El delantal va plegado en el lado izquierdo, doblado por abajo y forrado de seda encarnada. El lado derecho se continúa formando pliegues, que van á reunirse en la parte de detras, la cual va dispuesta en forma de capuchas. Corpiño con aldeta corta, plegada por detras; chaleco de cuadritos y peto plegado de seda encarnada. Solapas de terciopelo de una forma particular. Cuello plegado de la misma seda del peto. Manga con carteras de terciopelo.

**Chaqueta larga.**—Núm. 18.

Esta chaqueta es de paño azul marino. La espalda va ceñida con dos laditos, sujetos por detras con botones de oro. Los delanteros no llevan pinzas; el de la derecha cruza ligeramente y se cierra en el lado izquierdo con botones de oro. Bolsillos con bordes respunteados. Cuello alto y recto, en cuyos ángulos va bordada un ancla de oro. Manga larga, guarnecida de una cartera abrochada.

**Chaqueta con capucha.**—Núm. 19.

Esta chaqueta, larga, es de paño aborregado negro muy elástico. La espalda va ajustada con dos laditos; la parte inferior va abierta en medio, cruzando ligeramente. Correa abrochada en la cintura por detras. Los delanteros, aunque muy ajustados, no llevan pinzas, y se abrochan en medio. Capucha forrada de seda color de fuego. Manga adornada con una cartera ribeteada con una trenza de lana, como todo el contorno de la chaqueta.

Tela necesaria: 2 metros 30 centímetros, de un metro 20 centímetros de ancho.

**Vestido de teatro y concierto.**  
Núm. 20.

Véase la explicacion en el recto de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

**Vestido de lana y felpastrakan.**—Núms. 21 y 22.

Véase la explicacion en el recto de la *Hoja-Suplemento*.

**Traje para niños de 7 á 9 años.**  
Núm. 23.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. II, figuras 9 á 17 de la *Hoja-Suplemento*.

**Vestido inglés para niñas**  
de 2 á 4 años.—Núm. 24.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. IX, figuras 39 á 45 de la *Hoja-Suplemento*.

**Paletó para niños de 3 á 5 años.**  
Núm. 26.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. VIII, figuras 32 á 38 de la *Hoja-Suplemento*.

**Abrigo de lana con dibujos de relieve.**—Números 27 y 28.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. I, figuras 1 á 8 de la *Hoja-Suplemento*.





12.—Delantal para señoritas.  
(Explic. y pat., núm. V, fig. 22 de la Hoja-Suplemento.)



10.—Delantal para niñas de 3 á 4 años.  
(Explic. y pat., núm. III, figs. 18 y 19 de la Hoja-Suplemento.)



14.—Vestido para niñas de 6 á 8 años.  
Espalda. (Véase el dibujo 25.)



11.—Delantal para niños de 2 á 3 años.  
(Explic. y pat., núm. X, figs. 46 á 49 de la Hoja-Suplemento.)



13.—Delantal de batista bordada.  
(Explic. en el verso de la Hoja.)

**Paletó de astrakan gris.**  
Núm. 29.

Este paletó, de astrakan gris, va adornado con una banda plegada y cruzada de reps azul muy oscuro. Esta banda va fijada con una placa de metal oxidado. Las carteras de las mangas, iguales á la banda, van guarnecidas de botones del mismo metal de la placa.

**Paletó de lana gruesa.—Núm. 30.**

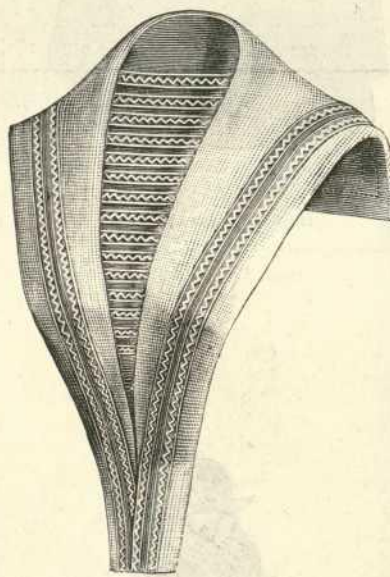
Este paletó, hecho de una tela de lana gruesa color de nùtria oscuro, va abierto sobre un chaleco de seda color de nùtria enteramente cubierto de una pasamanería color de nùtria con puntitos de oro. El chaleco se abre por arriba para dejar ver un peto plegado de la misma seda lisa.

**Paletó de paño.—Núm. 31.**

Es de paño color de cabeza de negro, y se abrocha en el costado. Va guarnecido de felpa del mismo color.

**Vestido de felpa y raso.—Núm. 32.**

Falda de debajo de tafetan, guarnecida de dos volantes de raso; el de debajo es de raso color de pasa de Corinto, y el de encima es de raso color de rosa seca. Sobre estos volantes cae una falda de felpa color de corinto, recortada en dientes y adornada con dos ramos bordados con seda color de hoja seca de varios matices. Banda plegada de raso color de hoja seca, sujeta con un broche de flores artificiales iguales á las flores bordadas. Corpiño muy largo de felpa con peto igual á la banda y flores iguales á las del broche.



15.—Fichú de cañamazo.  
(Explic. y pat., núm. IV, figs. 20 y 21 de la Hoja-Suplemento.)

**Traje de mañana.**  
Núm. 33.

Falda de lana rizada gris hierro listada de unas tiritas de pekin y felpa de color más oscuro. Túnica de lana rizada.—Abrigo de faya brochada de dibujos aterciopelados y adornada con franjas de plumas de gallo, de forma visita.—Sombrero de terciopelo negro con una golondrina gris.

**VIOLETA.**

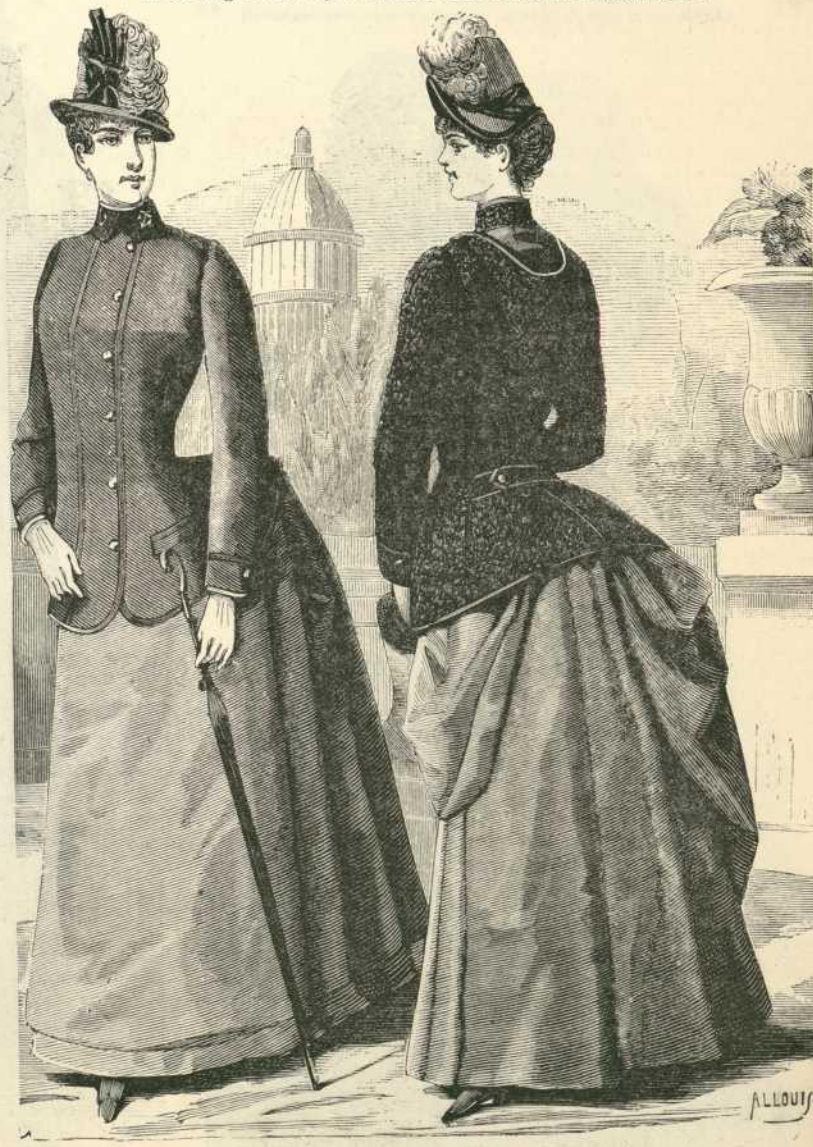
(FRAGMENTO DE UNA NOVELA INÉDITA.)  
(Conclusion.)

El ruido ensordeció de improviso el espacio; el oleaje destruyó de repente las resistencias; un sordo resbalar de infinitos pies sucedió al vaiven extremo y al ruido atronador de un punto, empezando de súbito á sumergirse y desaparecer de golpe la gente tras de los muros del coliseo, á modo de gigantesca catarata en las profundidades del abismo, hasta quedarse solitaria la superficie de los adoquines y de las aceras blanqueadas por el fulgor de la luna. Al cabo de un corto intervalo empezaron á desfilan los trenes de Binder que conducian las bellezas del gran mundo desde los cuatro puntos cardinales de la córte al centro momentáneo de la vida. Por esta vez se habia interrumpido la costumbre de acudir perezosa la *high life* á las fiestas del arte filarmónico, y parecia haberse impuesto, á semejanza de la plebe, la consigna de la puntualidad en honor de la debutante.



16.—Traje de calle.

17.—Traje de paseo.



18.—Chaqueta larga.

19.—Chaqueta con capucha.





27.—Abrigo de lana con dibujos de relieve. Espalda. (Véase el dibujo 28.) (Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 8 de la Hoja-Suplemento.)



28.—Traje para niños de 7 á 9 años. (Explic. y pat., núm. II, figs. 9 á 17 de la Hoja-Suplemento.)

24.—Vestido inglés para niñas de 2 á 4 años. (Explic. y pat., núm. IX, figs. 39 á 45 de la Hoja-Suplemento.)



25.—Vestido para niñas de 6 á 8 años. Delantero. (Véase el dibujo 14.) (Explic. y pat., número VII, figs. 24 á 31 de la Hoja-Suplemento.)

26.—Paletó para niños de 3 á 5 años. (Explic. y pat., núm. VIII, figs. 32 á 38 de la Hoja-Suplemento.)



22.—Vestido de lana y felpa-astakan. Es palda. (Explic. en el recto de la Hoja.)



21.—Vestido de lana y felpa-astakan. Delantero. (Véase el dibujo 22.) (Explic. en el recto de la Hoja.)

20.—Vestido de teatro y concierto. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento al presente número.)



28.—Abrigo de lana con dibujos de relieve. Delantero. (Véase el dibujo 27.) (Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 8 de la Hoja-Suplemento.)



31.—Paletó de paño.

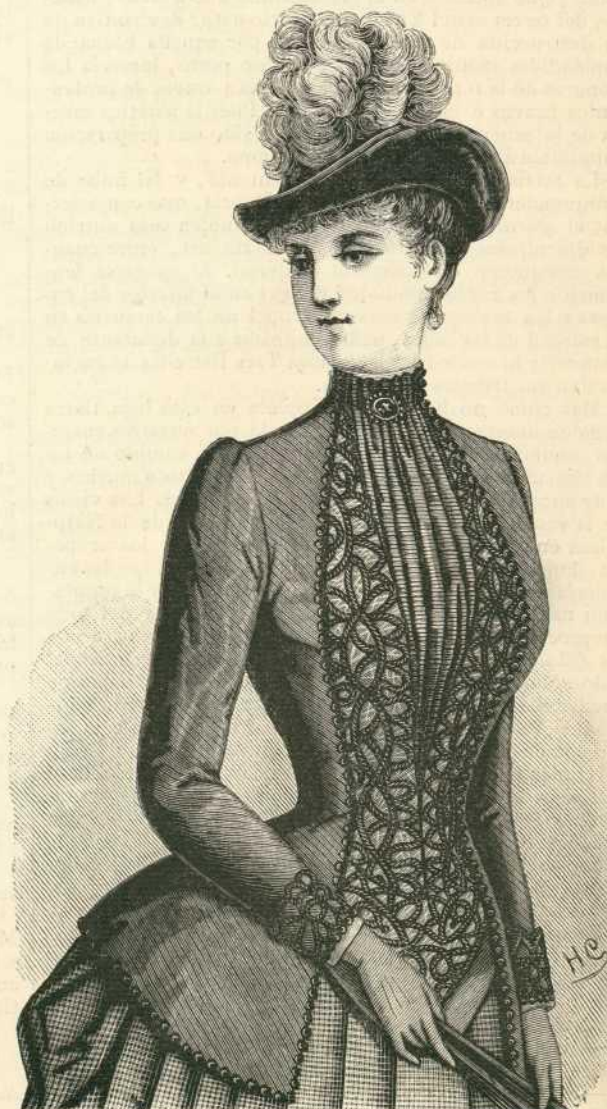
32.—Vestido de felpa y rasó.



33.—Traje de mañana.



29.—Paletó de astrakan gris.



30.—Paletó de lana gruesa.



Los primeros compases del *Prólogo*, que es verdadero monumento de instrumentación y armonía, resonaron en medio del absoluto lleno de la sala, que resplandecía de lujo y de riqueza en los prosencios como en las plateas. Bajo el desairado frac negro pululaban en las butacas las notabilidades de la literatura, del periodismo, de la política, de la banca, confundiendo democráticamente las grandezas pretéritas de la aristocracia histórica con la grandeza presente de la aristocracia contemporánea; el mérito, con el blason; los pergaminos, con las glorias; el talento, con la fortuna. Monsieur Delatre se veía inmóvil, ocupando el modesto palco de la Empresa, del lado allí de la embocadura, desde el instante de haberse levantado la cortina entre los aplausos de los espectadores.

Su semblante revelaba el bienestar de un hombre á quien se le dijese: «Pide lo que quieras», había de verse precisado á responder: «No necesito nada.» Pero no era la sublime creación del maestro Boito, cuya delicada grandiosidad ha oscurecido la esplendorosa fama del maestro Gounod, el motivo de su inefable complacencia. No. Él oía como un ruido agradable, y nada más, aquellas notas inmortales que estaba acostumbrado á escuchar en la más indiferente desatención de sus nervios. Monsieur Delatre conocía los misteriosos encantos del arte hasta el punto necesario para ajustar el cálculo de probabilidades del negocio. Y lo que vivaba sus pupilas, y lo que alegraba su fisonomía, era el genio de Mercurio y no era el genio de Talía.

Entre tanto, el amable desorden de las conversaciones de la multitud brillante que poblaba las espaciosas localidades empezó á dar claras señales de que el intermedio del primero al segundo acto había desbordado las impresiones reinantes del público. ¿Se desconocía por acaso el mérito de la partitura? Nada de eso. Pero ¿no se había de discutir la temeridad de presentarse en competencia con la célebre Tres Estrellas á sus amigos más sinceros? Violeta llevaba perdida por ese solo acto la mitad de la benevolencia de nuestra aristocracia. Así es que cuando apareció con su pintoresco traje de aldeana en el gabinete de la ideal Margarita, fué acogida con ceremonioso silencio.

La reserva iba poco á poco cediendo á los atractivos de aquella hermosa excepcional, realizada por los donaires de aquella *toilette* bucólica y por las seducciones de aquella garganta privilegiada. Su voz, á un tiempo grave y aguda, dulce y poderosa, cuyo registro juntaba á los tonos bajos del tenor menos afinado los tonos altos de la tiple más envidiable, su voz imperativa unas veces y otras veces suplicante, siempre pastosa empero, y siempre argentina, su voz disipó fácilmente todas las nubes. Y al llegar el cuarteto, que es la pieza capital del segundo acto, reinaba como soberana sobre sus mal prevenidos jueces. La Patti, cuya flexibilidad de ejecución ha prestado tan extraordinarios triunfos á su talento dramático, no recibió jamás demostraciones tan espontáneas de fervorosa simpatía ni homenajes tan inopinados de frenético culto.

El sexo feo, sobre todo, sentíase rendido. ¡Qué mujer y qué artista! En un instante había despertado mil pasiones dormidas en el fondo de las almas selectas, y había desbancado cien beldades adoradas en el altar de la moda tiránica. El nombre de Violeta corría de labio en labio para recoger de boca en boca nuevos testimonios de veneración. ¡Qué aplausos en el preciosísimo *duo lontano, lontano*, del tercer acto! El aria del cuarto acto, descriptiva de la destrucción de Troya, cantada por aquella Elena de espléndidas seducciones y majestuoso porte, merecía los honores de la repetición, y los obtuvo á través de prolongados bravos é insólitos trasportes. Pues la patética escena de la muerte de Margarita había sido una preparación inimitable á la inmortalidad del Olimpo.

La actriz no era inferior á la cantante, y así hubo de comprenderse por qué eligiera sin jactancia, mas con acierto, el *partito* más dramático, pero también más nutrido de dificultades ejecutivas, por decirlo así, entre cuantos enriquecen el repertorio moderno. Al apagarse lentamente los rayos luminosos del gas en el interior del coliseo y los resonantes ecos del tropel de los carruajes en la soledad de las calles, nadie motejaba á la debutante de temeraria ni concedía á la famosa Tres Estrellas la exclusividad en sus tributos de justicia.

Mas como no hay dicha completa en esta baja tierra llena de nuestros lamentos y poblada por nuestros suspiros, conforme afirma un orador insigne: á cambio de tales bienandanzas, la pobre Violeta había ganado muchas y muy encarnizadas rivalidades en breves horas. Los vicios de la vanidad andan mezclados con los dones de la Naturaleza en ese mundo falaz de las bambalinas y los oropeles, donde se envenenan con sonrisas cariñosísimas las envidiadas glorias. ¿Qué no se inventó para minar la reputación naciente? La escuela no era en definitiva del todo irreprochable, la gola no era en realidad lo que parecía á los *dilettanti*, la ovación no era en resumidas cuentas del todo sólida. Sobrevendría la reflexión y Violeta había de quedar reducida á lo que sin duda era en el terreno filarmónico, una hermosa voz, servida por un pulmón robusto y recomendada por una conducta equívoca.

Ni más ni menos le concedían las damas del oficio. Este juicio severo traspasó luego las murallas de lienzo formadas por los telones del teatro, y se debatió en los clubs, donde se arruinan los hombres, así como en las *soirées*, donde se desuellan las mujeres. Pero al variar de escenario sufrió sustanciosa reforma. ¡Quién toma en serio los reproches del vulgo artístico! Hé ahí lo que se dijo por una parte. ¡Quién deja de creer en las flaquezas del genio teatral! Hé ahí lo que por otra parte se dijo. Así la *diva* quedó en posesión de sus laureles inmarcesibles, á la par que hubo de verse sometida á las *horcas caudinas* de la galantería alevosa.

—Es un ruiseñor y una historia—exclamaba cierto condesito antes de pasar la primera semana del estreno.

—Pero una historia.... picante.... —reponía la más sospechosa de las duquesas.

—Es algo más que eso, porque es un modelo—objetaba un poeta de célebre nombre.

—¿Modelo de qué?—replicóle una vizcondesita de campanillas.

—Modelo de todas las gracias—dijo el pintor Enriquez.

—Y otra cosa—añadió uno de los banqueros de la época.

—Sí, un cuño de moneditas de cinco duros—observó cierto *reporter de esprit*, echando la llave á la maceración de la *prima donna*.

Todo esta pasaba un juéves en el salón de la generala Bermudez-Meraldita, como la llamaban los íntimos por donaire, pues ella se llamaba Esmeralda; salón muy concurrido, muy acreditado, muy elegante, muy informado de las novedades mundanas de la corte, en donde se hacían y se deshacían las reputaciones riendo. ¿Que es una crueldad? Pues es una crueldad de todos los días ó de todas las noches. Comiendo se arreglan los negocios de Estado, bailando se arreglan los negocios de amor, riendo se arreglan los negocios restantes. ¡Bah!.... En algo se ha de entretejer el hastío del ocio, que fué siempre el más enfadoso de los hastios.

PABLO NOUGUÉS.

## CRÓNICA DE MADRID.

### SUMARIO.

El acontecimiento de la quincena.—Carreras de caballos.—Lo que son y lo que no son.—De lo que se habla durante ellas.—El regreso de los transfugas.—Comidas y recepciones.—Bodas.—TEATRO REAL: *I Capuletti*.—*Amleto*.—La Brambilla y la Gargano.—Oxilia y Kaschman.—En los otros teatros.—En la PRINCESA, la Sra. Guerrero.—En la COMEDIA, la Princesa Dolgorouki.



AS carreras de caballos han sido el acontecimiento de la última quincena.

Pero ¿son realmente un acontecimiento entre nosotros, como lo son en otros países de Europa?

No vacilarémos en decir que no.

Ni en Madrid hay verdadero *sport*, ni afición á las luchas hípicas, ni éstas excitan profundo interés.

Dos veces al año—en primavera y en otoño—se anuncian en carteles y periódicos: las modistas y los alquiladores de carruajes las ven llegar con alegría, porque les han de proporcionar considerables productos; los jóvenes de ambos sexos las aguardan con impaciencia, los unos para pasar tres ó cuatro tardes alegres y entretenidas; las otras, para lucir las galas y preseas que han traído de París ó que les han fabricado en la corte.

Otra clase de individuos las desean y las celebran igualmente: los dueños de pastelerías y *restaurants* elegantes, de donde se surten las familias de la *high life*, de *sandwiches*, de *terrines de foie gras*, de botellas de Burdeos y Champagne, que se consumirán entre deudos y amigos á la hora del *lunch* en el *stand*.

Á eso se reducen las carreras en España: á agradables y sustanciosas meriendas al aire libre, amenizadas con los incidentes del espectáculo; con los atractivos de modestas apuestas, que nunca han arruinado á nadie.

De todo se habla en la tribuna de «libre circulación» y en el *stand*, ménos de lo que congrega allí la gente.

—¡Hola! ¡Ya ha vuelto Carmen!

Si es hombre quien habla, añade:

—¡Viene más preciosa que nunca!

Si es mujer, la observación es ménos benévola.

—Me parece—exclama una *amiga íntima* de la recién llegada—que viene muy desmejorada.

En otro grupo la conversación es de distinto género.

—Te digo que el sombrero es de Mme. Virot.

—Pues yo te aseguro que no está hecho en París.

—Juraría—interviene una tercera interlocutora—que es obra «de casa».

En fin, aquí y allá se discute sobre las probabilidades de Fulana con Zutano; del divorcio de un matrimonio que se casó por amor; de las relaciones de un viudo con una soltera, y de cien asuntos más de igual importancia.

Mientras tanto, se apuestan algunos duros á favor de la cuadra de Fernan-Núñez, de la de Villamejor ó la de Garvey, y á la vuelta todos vienen muy persuadidos de que han pasado una tarde deliciosa y de que han contribuido al «Fomento de la cría caballar en España».

Hé ahí la descripción fiel y exacta de lo que son en Madrid los *handicaps*, los *steeple chase* y las demás cosas que tanto apasionan á ingleses y franceses—á los ingleses en particular.

Entre nosotros es una moda que se halla en visible decadencia, como lo acredita la escasa concurrencia que ha asistido á las «reuniones de otoño»; la falta de animación que ha habido en el Hipódromo, y hasta la escasez de los caballos que han corrido.

La prensa, unánime, en virtud de semejante resultado, ha pedido que se supriman las carreras de Octubre y que sólo se celebren las de Mayo.

Esto sería lo prudente; pero estamos seguros de que no se hará.

Los héroes de la reciente campaña han sido los hijos del Marqués de Villamejor, el vizconde de Irueste y D. Gonzalo Figueroa, que han mostrado, sobre los caballos de su cuadra, que son hábiles é intrépidos jinetes; *sportsmen* distinguidos é inteligentes.

El tiempo no ha favorecido tampoco las fiestas del *stand*; las tres primeras tardes se tiritaba al sol: la última—que, como los toros, fué de *gracia*—la temperatura era tibia y suave, y merced á esto hubo más público y algunos carruajes abiertos.

Porque las anteriores no se veían apenas *milores* ni *charvettes*, y los *landaux* iban herméticamente cerrados.

En esta ocasión se ha podido ver que la *sociedad madrileña* está casi *au complet*.

Sólo faltan la Duquesa de Medinaceli, la cual, cuando las presentes líneas se impriman, quizás habrá regresado ya á sus penates; los Marqueses de la Torrecilla con sus hijos, incluso la Condesa de Ofelia, que la seguirán próximamente, y los Duques de Fernan-Núñez, los de Alba, y la Duquesa de Sotomayor, quienes regresarán en la época de costumbre: á fines del mes actual.

Los únicos que no pasarán el invierno en Madrid, por razones de salud ó de conveniencia, son los Duques de Plasencia, los Marqueses de Villa-Gonzalo y los Condes de Santovenia, todos los cuales permanecerán en la capital de la vecina República por tiempo indefinido.

Ha comenzado, pues, lo que se llama en el gran mundo «la vida de invierno».

La *high life* come ya entre siete y ocho de la noche; va en seguida al teatro Real ó al de la Princesa—tan favorecido por ella como el de la plaza de Oriente;—y han principiado también, si no los grandes banquetes, al ménos los de familia y de intimidad, á los que asisten semanalmente cierto número de personas.

Varias señoras reciben ya de cuatro á siete de la tarde, contándose en el número la Duquesa de Vistahermosa, cuando el estado de salud del anciano Duque se lo permite; las señoras de Ferraz, Martínez Campos y Figueras; la Condesa viuda de Valmaseda y algunas otras.

En todos esos círculos hacen el gasto en las conversaciones los numerosos enlaces matrimoniales próximos á efectuarse.

El primero será sin duda el de la señorita de Heredia, nieta de la Duquesa de Santoña, con el Sr. Enriquez, que se prepara á ofrecer á su futura esposa un título del Reino ó de Castilla, según dicen los que ignoran que éstos no existen; inmediatamente después les seguirán la hija mayor de los Condes del Asalto con el Vizconde de Palazuelos, primogénito de los Condes de Cedillo; y quizás antes se celebrará el de un artista muy aplaudido durante tres temporadas consecutivas en el regio coliseo, y que renuncia á su brillante porvenir para unirse á una señorita de alta clase y de admirable fortuna.

Las lectoras habrán adivinado que aludimos al Sr. Matías Battistini, el picaresco Figaro de *Il Barbiere di Siviglia*, el apasionado rey Alfonso de *La Favorita*, que por su hermosa voz de barítono y por su bella presencia ha conseguido aplausos de manos masculinas y femeninas.

La *inminente* cónyuge es la señorita de Figueroa, perteneciente á una ilustre familia, que á sus timbres nobiliarios reúne una renta de cuarenta mil pesetas.

Amor y dinero; ¿qué mayores garantías de ventura puede haber para un matrimonio?

El de que tratamos va á habitar un espacioso piso principal de la calle de Campománes, que se está amueblando con igual elegancia que lujo.

Han vuelto los días de fortuna y prosperidad para el teatro Real.

Sus antiguos abonados, que durante la crisis y tempestades del año anterior abandonaron sus respectivas localidades, vuelven á tomar posesión de ellas.

En lugar de las batallas reñidas antes, reina ahora completa calma; y hasta el Paraíso, ruidoso y levantisco de ordinario, aparece hoy tranquilo, pacífico, satisfecho.

Los cuatro óperas puestas en escena hasta el presente, *Roberto il Diavolo*—de la que hemos dicho algo—*Capuletti*, *Amleto* y *Favorita*, han sido benévola y alguna entusiastamente recibidas.

Los aplausos y las ovaciones fueron en ellas especialmente para la Pasqua, Stagno, Uetam y Baldini.

El tenor Anton, que llorando todavía á su pérdida madre, hizo su primera salida en *La Favorita*, no pudo desplegar todas sus facultades por la emoción que le dominaba; en cambio la Pasqua y Kaschman, dueños de sus medios naturales, alcanzaron señalado triunfo.

En *Capuletti* se han dado á conocer la soprano Elvira Brambilla y el tenorino Oxilia, á los que han dispensado favorable acogida los espectadores; habiendo vuelto éstos á saludar con palmadas á la tiple Sra. Gargano, ya conocida de tiempo atrás, que conserva su belleza y su voz flexible y armoniosa.

De los cuatro *partittos* cantados, es, no obstante, *Roberto* el que atrae mayor concurrencia y agrada más al auditorio, merced á la manera como lo interpretan Stagno, Uetam y el tenorino Baldini, quien todas las noches es llamado tres ó cuatro veces á las tablas en un papel que ordinariamente pasa desapercibido: el del campesino Ram-baldo.

El precioso y nuevo coliseo de la calle del Marqués de la Ensenada ha conseguido asimismo un suceso fausto: la aparición de una estrella que promete esparcir viva luz en el cielo del arte, tan escaso por desgracia de astros refulgentes.

Nos referimos á la actriz María Guerrero, que se ha presentado por primera vez al público en la linda comedia de D. Miguel Echegaray *¡Sin familia!*, y que desde luego ha merecido una acogida entusiasta.

La señorita Guerrero—hija de un tapicero muy conocido en la corte—tiene apenas diez y seis primaveras, y posee lo que no se reemplaza con nada: el instinto y la inspiración naturales.

Nadie al verla pisar la escena con tal soltura, con tal desembarazo, creería que es una principiante.

No hay nada en ella que lo descubra; y el tono, la actitud, la acción, son propios y sencillos: nunca suple la falta de experiencia la exageración.

Además, la señorita Guerrero canta como habla, sin esfuerzo, y en las canciones francesas introducidas en el ter-



cer acto de la comedia, manifiesta que conoce y pronuncia la lengua francesa con igual perfección que la de su patria.

El Sr. Mario está de enhorabuena porque ha encontrado lo único que le faltaba en su excelente compañía: una dama joven digna del resto del personal.

\*\*\*

Las lectoras saben—ó no saben—que, imitando á Duczal, Mario tiene la empresa de dos coliseos distintos.

No ha querido abandonar el de la Comedia, porque va unido á él el recuerdo de los timbres mejores de su gloriosa carrera; y ha instalado allí un pequeño cuadro de actores—á cuyo frente figuran Rubio y Castilla—añadiendo otros atractivos para llamar gente á la bonita sala de la calle del Príncipe.

Primero trajo unos cantantes de *couplets*, que pronto se han marchado, mohinos y cejjuntos, con la música á otra parte; ahora, y no ántes que el sábado, nos ha dado á conocer cierta princesa Dolgorouki, cuya reputación de violinista eminente, adquirida en las capitales del Norte, ha confirmado una de las del Mediodía de Europa.

La princesa Dolgorouki, auténtica ó no, ha demostrado que es una artista verdadera: siente y ejecuta; posee suficiente habilidad para dominar á los oyentes y para arrancarle ruidosas palmadas.

Esperamos y deseamos que la distinguida violinista compense el naufragio de los *cantadores* franceses, dignos de colocarse al nivel de los *cantadores* flamencos que se dejan oír diariamente en los cafés de cuarto orden.

EL MARQUÉS DE VALLE-ALEGRE.

2 de Noviembre de 1885.

## LA MEJOR VENGANZA.

**G**ALICIA abunda en paisajes agrestes; tan agrestes como pintorescos.

Ambas orillas del Sil, ese río que arrastra arenas de oro venidas de no se sabe dónde, son la admiración de los viajeros.

Hay una altísima montaña llamada *Montefurado* «Monte horadado», por donde se precipita el río impetuosamente. Aquel negro agujero, por el cual entran y salen á millares las palomas silvestres, es una antigua mina construida por los romanos, que ya habían intentado descubrir el rico filón de oro, que continúa siendo un misterio.

Cerca de Montefurado, en la falda de otra montaña, cubierta en su mayor parte de pinos enanos y de trepadora madre selva, existía hace poco tiempo, y creemos que exista todavía, una cabaña, habitada por un hombre llamado Andres.

Andres era cazador de profesion. Había sido militar, y los disparos de su escopeta eran fatales para las perdices que anidaban en aquellas asperezas, y para las liebres y conejos que minaban el áspero terreno que forma el Vierzo y se extiende hasta las mismas puertas de la antigua ciudad de Leon.

La historia de Andres era sumamente sencilla; una historia como hay muchas. Nuestro héroe había sido soldado, conforme hemos dicho ya. Antes de partir para el ejército abandonando su aldea, tenía padres, tenía hermana, y una novia, hermosa como una flor de primavera, á la cual había dado palabra de casamiento. Algunos años despues, al regresar á su país, todo lo había perdido; sus padres habían muerto, su hermana se había casado, y Rosa, su novia, se había casado también, olvidando la fe jurada.

El mundo ya no tenía atractivos para Andres. ¡Había pensado tanto en su dicha, que al perderla para siempre se creyó el hombre más infortunado de la tierra!

Despues de orar en la tumba de sus padres, tomó el camino de la Coruña, en donde sentó plaza, embarcándose luego para la isla de Cuba.

Ocho años despues regresaba á la Peninsula con el fruto de sus ahorros, que, á decir verdad, no eran muchos, y el empleo de sargento primero. De nuevo dejó el servicio, y se estableció en su país despues de comprar la cabaña que hemos mencionado. La situación de aquella vivienda, distante de los lugares habitados, convenia á su humor melancólico y al encanto que para él tenía la soledad.

Tanto por distraccion como por atender á su subsistencia, se hizo cazador.

Un cazador sin perro es poco ménos que un cuerpo sin alma.

Andres no tenía perro, y determinó proporcionarse uno de esos fieles animales que son el compañero del hombre, y en muchas ocasiones su mejor amigo.

La casualidad le facilitó lo que necesitaba.

Una mañana fué á Ponferrada á vender dos soberbias liebres y otros tantos conejos, y al atravesar una calle vió un perrillo tan escuálido, tan macilento, que apenas podía sostenerse.

Comprendió que el pobre animal estaba medio muerto de hambre.

Cerca de allí había una panadería. Entró en ella y compró un panecillo. Despues llamó al perro, el cual, pedazo tras pedazo, devoró el pan en pocos momentos.

Mientras comía miraba á su bienhechor; su mirada tenía algo de humana, y no sería aventurado decir que estaba húmeda de ternura. El perro sentia ya el agradecimiento, esa noble cualidad que Dios ha puesto en el corazón de tan fieles animales. En el momento en que Andres echó á andar, le siguió; le reconocía ya por amo y señor; se sometía voluntariamente á él; era su esclavo.

Ha dicho, no recuerdo quién, que el perro es un animal *adulador*, y que si quiere á su dueño es por *egoísmo*.

El autor de semejante opinión no ha estudiado bien las costumbres y el instinto de uno de los seres más interesantes de la Creación. Decir que el perro es *adulador*, y que se encariña por *egoísmo*, es un desatino mayúsculo.

Pocos días fueron necesarios para que *Palomo*, nombre con que Andres había bautizado á su perro, recobrase las fuerzas y se pusiese grueso y alegre.

Palomo acompañaba á su amo á la caza, y llegó á hacerse un animal inapreciable en el noble ejercicio que patrocinaba el bendito San Huberto. Ninguno mejor que él levantaba un bando de perdices ni descubria entre las matas á la liebre *encamada*. Bien ganaba el pan que comía.

Andres ya no se conceptuaba tan solo, tan abandonado. Desde que tenía perro, su cabaña, el pequeño huerto que cultivaba, y las montañas, cuyas faldas fertilizan las aguas del Sil, tenían para él más atractivos.

Cuando llegaba la noche, y sentado á la puerta de su choza fumaba sosegadamente mientras el fuego del hogar cocía la cena, el perro iba de un lado á otro mirándolo todo, olfateándolo todo, cual si quisiera evitar una sorpresa; era el vigilante centinela que cuidaba de la seguridad de su dueño. Andres lo comprendía así, y no se equivocaba.

Más tarde, en el momento en que el cazador cerraba la puerta de su cabaña, Palomo saltaba alegremente; había llegado la hora de la cena.

Durante un invierno, uno de esos inviernos terribles en que parece que las obras de la Naturaleza van á ser destruidas por el huracan ó anegadas por las lluvias torrenciales, nevó mucho.

La caza abundaba, pero había peligro en atravesar las montañas. Más de una vez estuvo Andres expuesto á rodar hasta el fondo de un precipicio.

Un día, empeñado en la persecucion de un corzo que probablemente había descendido de los elevados picachos conocidos con el nombre de *Las Médulas*, se alejó mucho de la cabaña, y tuvo que buscar abrigo en el monte.

Al cerrar la noche, el cierzo silbaba enfurecido. Haciale eco Palomo aullando lúgubrement. A los aullidos del perro pronto contestaron otros aullidos lejanos. Andres se estremeció; aquellos aullidos eran el grito pavoroso, llamémosle así, de los lobos hambrientos, á quienes la nieve obligaba á salir de sus madrigueras.

El cazador reconoció su escopeta de dos cañones, y se tranquilizó algun tanto; tenía confianza en el arma.

La noche era cada vez más oscura y tormentosa, y siempre que aullaban los lobos, Palomo temblaba de miedo y de frío.

Trascurrieron algunas horas, y la tempestad cedió algun tanto.

Empezaba á amanecer cuando Andres creyó escuchar agudos gritos, como si alguno pidiese socorro. No atendiendo más que á su buen corazon, abandonó el abrigo que se había proporcionado en una cueva abierta en las rocas, y avanzó con las debidas precauciones.

No se había equivocado: una voz de mujer, voz desgarradora y lamentable, llegó distintamente á sus oídos. Guiado por ella, llegó en pocos momentos al fondo de un pequeño barranco.

La incierta luz del alba le permitió distinguir un cuadro espeluznante: una mujer, apoyada contra un peñasco enorme, cuya cumbre coronaban las desnudas ramas de los abetos y zarzales, estrechaba contra su pecho un niño de corta edad; otro niño, abrazado estrechamente á aquella mujer, que parecia ser su madre, miraba hácia atras con los ojos desencajados.

— ¡Socorro! — gritaba la mujer con el acento del terror.

El motivo que tenía para pedir socorro no podía ser más grande: cinco lobos corpulentos, con el pelo erizado y encarnizados los ojos, la cercaban, dispuestos á lanzarse sobre ella.

Al ver á Andres, los carnívoros animales se detuvieron: los dientes de Palomo castañeteaban, y sólo el cariño que tenía á su dueño podía obligarle á permanecer cerca de él.

Apuntó el cazador al lobo más cercano é hizo fuego. Herido mortalmente el animal, lanzó un aullido tan lastimero como horroroso, y empezó á revolcarse sobre la nieve: los demás lobos huyeron espantados.

— ¡Gracias, ¡Dios de bondad! — exclamó la mujer estrechando á los dos niños contra su pecho.

El acento de aquella á quien acababa de salvar llevó á la memoria de Andres lejanos recuerdos.

Acercóse presuroso á la desgraciada, y ¡cual no sería su asombro al reconocer en ella á Rosa á su antigua novia!

Una exclamación partió de sus labios.

Rosa, pues ya sabemos que era ella, miró también á su salvador.

Al fijarse en su rostro, al ver á aquel hombre cuya desventura había causado con su inconsecuencia, cayó á sus plantas murmurando la palabra ¡*perdon!*

— ¡Levántese V. — exclamó Andres — y no piense más que en esas pobres criaturas!

— ¡Hijos de mi corazon! tartamudeó Rosa.

Dos horas más tarde, la infeliz madre y sus dos pequeños encontraban calor y abrigo en la cabaña del cazador.

En ella permanecieron tres días. Durante ellos Andres estuvo casi siempre en la montaña: por la noche dormía fuera de su casa. Esto demostraba su delicadeza.

Llegó el momento de la partida de Rosa. Entonces ésta refirió á su antiguo amante que había quedado viuda y pobre, y que iba con sus dos hijos, fruto de su matrimonio, al pueblo de su nacimiento.

Andres no le hizo reconvenccion alguna, y la acompañó hasta dejarla á la entrada del pueblo.

— ¡Adios! — exclamó Rosa con acento desgarrador, mientras dos cristalinas lágrimas temblaban en sus pestañas.

— ¡Adios! — repitió Andres poniendo un bolsillo de seda verde en manos del hijo mayor de la viuda y alejándose con paso rápido. Aquel bolsillo contenia todos sus ahorros; aquel bolsillo, con que socorría la miseria de Rosa, era su mejor venganza.

Desde aquel día estuvo mucho más triste que ántes: su encuentro con la mujer que había sido el único amor de su vida, había despertado en su corazón muchos de sus antiguos recuerdos.

Tan sólo le restaban éstos y el fiel y agradecido Palomo.

En el perro sí que tenía confianza. ¡Palomo no le abandonaría jamás!

Hay quien cree que un perro es preferible á una mujer veleidosa.

ANTONIO DE SAN MARTIN.

## LOS GUANTES.

**L**A Moda tiene algo del ave fénix de los cuentos fabulosos.

Reina algun tiempo, pasa y muere; pero revive también constantemente de sus propias cenizas.

Envejece todos los días; mas, sin embargo, siempre es joven.

Y tiene caprichos muy singulares.

Ayer nos parecia ridicula una cosa ó una costumbre cualquiera, y al día siguiente aquello mismo constituye la suprema elegancia, lo sublime del buen tono, la necesidad del día.

Sobre todo, por lo que á las damas se refiere, este fenómeno se observa á todas horas, por poco que se fije la atención en las evoluciones de nuestra indumentaria.

Abanicos, calzado, sombreros, trajes, adornos, joyas, todo lo que usamos, cediendo á una ley convencional, da testimonio de nuestras afirmaciones.

Vivimos las mujeres en perpétua trasformacion.

Se nos ocurren estas reflexiones con motivo de una moda que acaba de aparecer, ó de reaparecer, mejor dicho.

La de los guantes perfumados.

En absoluto, esta antigua moda no había desaparecido, propiamente hablando; pero era de mal gusto llevar los guantes trascendiendo á almizcle ó á cualquier otro perfume muy penetrante: en el gran mundo no se admitía esa costumbre, y toda señora á la moda había acabado por no tener esencia alguna en sus cajas de guantes.

Dentro de poco este estado de cosas cambiará radicalmente, sin duda alguna.

El mundo elegante lo quiere así.

Los guantes perfumados han vuelto á presentarse en escena, y han estado haciendo furor este verano en esas deliciosas playas y en esas espléndidas estaciones termales del extranjero, á donde concurren la flor y nata parisiense y la alta sociedad inglesa y alemana, que, como es sabido, dan la pauta de todas las modas.

¡Quién sabe si esto es un indicio de que vuelve el reinado de los perfumes!

La verdad es que los hombres galantes no comprenden á la mujer sin que de ella se desprenda esa suavísima fragancia que deja tras ella una estela de encantos y de mágica fascinacion, como la nave deja sobre las olas del mar, que rompe su quilla una estela de blanca espuma.

Una mujer sin perfume parece una flor sin aroma; una de esas flores que crecen bajo el cielo de nuestras islas Filipinas: se las admira, pero les faltan atractivos, y nadie se las lleva á los labios.

La divinidad no se concibe sin el incienso de los holocaustos, y hasta los pueblos salvajes, por tradicion no interrumpida en todos los siglos, quemán perfumes en las aras de los idolos que adoran.

¡Y tiene tanto de idolo la mujer!

Pero volvamos á los guantes, y hagamos con este motivo un poco de historia retrospectiva.

Esa prenda favorita de las damas elegantes, y que parece constituir un signo infalible de buen tono, es de uso antiquísimo, lo mismo entre las mujeres que entre los hombres.

En Grecia debieron usarse ya en época remota; por lo ménos se sabe que los gastaron las matronas de Itaca.

Cuando Ulises, despues de sus largos viajes y de sus novelescas aventuras, regresó á la tierra natal, encontró á su anciano padre el rey Laertes, que ya no le reconocía, escardando las plantas y flores de su jardín con las manos enguantadas con unos guantes de piel de cabrito, segun refiere Homero.

Las romanas y los romanos más elegantes usaban guantes también, los cuales eran de dos clases, ni más ni ménos que entre las señoras de nuestros días: unos completos y cerrados, y los llamaban *digitales*, y otros que cubrian la muñeca y la mano y dejaban los dedos al descubierto, y se denominaban *manica*: eran estos últimos lo que nuestros *mitones*, tan en boga actualmente para verano.

No puede fijarse con precisión si las romanas llevaban los guantes perfumados; pero puede presumirse que sí, puesto que las clases patricias, ó sea la aristocracia, eran muy aficionadas á los perfumes, que empleaban hasta en los más insignificantes objetos de uso constante, en el tocado, en los vestidos y en la lencería, hasta en los pañuelos, ó *sudarios*, que por más señas solían ser finísimos.

La moda de los guantes debió pasar de Roma á todos los pueblos occidentales, no sólo como prenda de puro lujo, sino hasta como arma defensiva.

Los guerreros de la Edad Media usaban todos indefectiblemente el guantelete ó guante de hierro ó acero, segun la alcurnia de cada cual, que servía para preservar la mano de los mandobles de las espadas enemigas.

Ningun caballero podía presentarse en duelo campal ni en los torneos sin calzar el guante, que completaba el atavío que se conocía con la frase gráfica de «*ir de punta en blanco*».

De ahí vino la costumbre caballeresca de arrojar el guante, para desafiar á cualquiera, entre las gentes que calzaban espuela y habían recibido el *espaldarazo* y velado sus armas en la capilla de algun almenado castillo feudal. Pajes y escuderos eran los encargados de alzar los guantes que se arrojaban á sus amos, y desde aquel momento quedaba aceptado el desafio.

Esa usanza era lo que el cambio de tarjetas entre los caballeros de nuestra época, con la diferencia de que lo del



guante era más característico, más expresivo, más gráfico y hasta más dramático.

Pero si la fórmula ha cambiado, no se ha perdido aún la frase sacramental de «arrojar el guante».

Las damas calzaban guantes también en la Edad Media, pero en ellas eran de finísima piel, ó de ámbar, como se llamaba á los preparados con esta sustancia resinosa.

Cien veces en fiestas y torneos perecieron de un bote de lanza apuestós y valerosos paladines por disputarse el guante que la dama, cuyo amor preterdian, habia arrojado entre los rivales: el vencedor quedaba dueño de la codiciada prenda, y por lo tanto de la blanca mano de la disputada hermosa.

¿De cuántos dramas y de cuántas tragedias domésticas han sido causa inocente los guantes en aquellos siglos de hierro!

Al declinar la Edad Media, el lujo habia llegado á un alto grado de esplendor en Europa. La riqueza, el buen gusto y el sibirismo de las repúblicas italianas, donde el arte en sus diversas manifestaciones encontraba entusiastas adoradores, contribuyeron en primer término á despertar el amor al lujo, á la ostentación y á las pompas asiáticas que venecianos y genoveses habian importado de los países orientales á nuestro continente.

El uso de los guantes se generalizó entonces más y más cada día en las cortes de los reyes y entre la gente principal, llegando á tomar carta de naturaleza hasta en los papas y los prelados, para quienes desde aquella época constituyen parte integrante del hábito pontifical de rúbrica: el guante morado y el anillo son las insignias características de la dignidad episcopal.

Los guantes impropriadamente llamados de ámbar, y los de cabritilla, ó piel de España como dicen los franceses, adquirieron gran boga desde aquel momento, y España fué desde el siglo XV el principal mercado de guantes para los elegantes de toda Europa.

De ahí viene el origen de los guantes perfumados, porque los de más tono y más de moda entonces eran los de ámbar ó ambrados, y éstos llevaban todos el perfume propio de la mano de obra.

La piel sufría una delicada y hábil preparación, de la cual el principal procedimiento era someter el material á una larga inmersión en cierta disolución de resinas odoríficas, ámbar y otras esencias que impregnaban por completo la piel y la daban el perfume que ya conservaba siempre, cualquiera que fuese el uso á que se la destinara.

El comercio de guantería lo monopolizaban generalmente los perfumistas, aunque la fabricación propiamente dicha constituía otra industria por separado.

En España é Italia esa industria estaba adelantadísima ya á fines del citado siglo y comienzos del XVI, y constituía un ramo de riqueza de los más importantes, dando lugar á una exportación cuantiosa y grandemente productiva, como todo lo que se relaciona con los artículos de lujo.

Por entonces España llevaba la dirección de la moda europea, cuyo cetro empuñó aún por largo tiempo, hasta que en tiempo de Luis XIV se apoderó de él la Francia, que ya no ha dejado de ejercer su influencia en esta parte por un solo momento hasta nuestros días, puesto que París continúa siendo aún el centro de la elegancia del mundo entero.

Las personas de tono por entonces preferían los guantes perfumados, ó mejor dicho, no usaban otros: era signo de buen gusto, á pesar del pronunciado olor á almizcle y ámbar que exhalaban.

España é Italia los importaron en Inglaterra, gracias á los caprichos de la reina Isabel, la Reina doncella como la apellidan los ingleses; bien pronto se introdujo también la moda en Francia.

LA CONDESA DE PEÑALONGA.

(Se continuará.)

## CANTARES.

¡Qué hermosa parecerías  
Con esas joyas tan bellas,  
Si bajo el peso del oro  
Enterraras tus flaquezas!

Ayer se ha muerto mi madre;  
Hoy han matado mi amor:  
Si tanto he visto morir,  
¿Por qué no me muero yo?

ADOLFO LLANOS.



REVISTA DE MODAS.

Paris, 2 de Noviembre.

Las leyes que presidian no hace mucho tiempo á los diversos grados del traje han padecido tan completa alteración, que es punto ménos que imposible el afinar con un hilo que nos conduzca en este laberinto de las mezclas y combinaciones de tejidos de varios géneros que dominan en la actualidad.

No falta quien me pregunta, y con razón: un traje hecho de seda y lana, ¿debe ser considerado como traje de seda, y tratado por consiguiente con el respeto debido á su categoría? O por el contrario, ¿es un simple traje de lana, y en tal concepto se puede sin inconveniente circular á pié,

cualquiera que sea el tiempo y á cualquier hora? Hace ya años que los vestidos de lana, mezclados, es verdad, con telas de seda, han adquirido el derecho de servir para hacer visitas; pero, en fin, ¿hasta qué limite puede extenderse este derecho? Segun se ve, la anarquía reina en el campo de la moda.

Sin embargo, aun en medio de este desorden las personas dotadas de buen gusto y de un método razonado, saben navegar entre los escollos, y á falta de ley, han logrado establecer una regla inspirada por su buen gusto.

Estas señoras llevan por la mañana, para salir á pié, cuando no salen para hacer visitas, vestidos de tela de lana sin ninguna mezcla de seda.

A una hora más avanzada, visten de lana con mezcla de seda ó terciopelo para paseo ó visitas de confianza.

Finalmente, cuando se trata de hacer visitas de *ceremonia*, el vestido de seda con adornos de terciopelo ó seda brochada es de rigor.

Existen, por lo demás, telas de seda de todos géneros, y por consecuencia, se puede llegar á combinaciones sumamente originales y nuevas. Una de las telas de seda más lindas de la estación, y que se empleará mucho combinada con telas de seda lisa, se compone de listas de felpa y moaré alternadas, listas de varios colores de felpa sobre un solo color de moaré, ó de un solo color de felpa y un solo color de moaré, como gris y azul masilla y encarnado oscuro, verde y marron, etc.

Importa igualmente observar en la *forma* y confección del vestido el mismo discernimiento que haya presidido á la elección de la tela adaptada á los diferentes usos del día. Por la mañana, para los trajes hechos completamente de lana, se adoptarán las formas más sencillas y ménos recargadas. Para el traje mezclado (seda y lana) se podrán emplear combinaciones un poco más complicadas; pero las bandas plegadas, las guarniciones, los bordados muy ricos, las quillas y entrepaños, quedan reservadas por la moda actual para los trajes que no se llevan para salir á pié.

Muchos cuellos de tela (terciopelo ó raso), bordados de cuentas y adornados con cordones de oro ó plata, reemplazan actualmente la lencería propiamente dicha, y es de sentir.

No se estará nunca bien y correctamente vestida suprimiendo todo lo que representa la ropa blanca entorno del semblante y de las muñecas. Bien es verdad que se ponen bajo el borde superior de estos cuellos unos bieses estrechos de tul grueso, de lana ó de cañamazo color crema, y que los mismos bieses se ponen bajo el borde inferior de las mangas; pero sobre que estos bieses son apenas visibles, semejante moda no tendrá nunca un aspecto, á primera vista, de aseo esmerado.

Se emplean para los cuellos en cuestión, cuentas de todos metales, incluso el plomo, y cuentas de todos colores, así como las cuentas de madera, que son la última novedad.

Además de las telas que podemos considerar como clásicas, tales como el cachemir de la India ó de Escocia, la vigoña flexible, las sargas y las diagonales, se han creado otras telas que no disfrutarán probablemente de la misma longevidad que las anteriores, pero que, por la misma razón, tentarán sin duda á las personas apasionadas de todo lo que es nuevo. Citaré, entre otras, una diagonal gruesa y aterciopelada, que se empleará sin mezcla de ninguna otra tela. La destinada á la polonesa, á la túnica ó á la falda de encima, fruncida por lo general, termina en un fleco que forma parte del tejido. Por encima de este fleco va una cenefa calada, que se repite en el resto de la tela y que servirá para guarnecer el corpiño, las mangas, el chaleco, etc. La esclavina de otoño, semilarga, con mangas anchas y dobladas hacia abajo y carteras forradas de seda, estará muy bien hecha de la tela á que me refiero.

Se ven aún muchas *guipures tejidas* y sostenidas con una aplicación de tela por debajo. Empezaron á llevarse el mes de Setiembre.

Se fabrican también preciosas lanillas tejidas de modo que forman entredoses calados, sin que el tejido se interrumpa bajo los entredoses. Algunas de estas telas tienen tan sólo una cenefa de 3 á 5 centímetros, destinada á formar adornos en los contornos inferiores. Se aumentará fácilmente el efecto de este género de tela con algunas hileras de cuentas de acero, de azabache ó de plomo, fijadas en el borde de los entredoses, cuyas cuentas servirán, no sólo de adorno, sino también para ocultar las puntadas en el caso de que se deban reunir los entredoses con una costura.

Por último, entre las pasamanerías que la moda actual prodiga con tanta largueza, debo citar las placas cuyo contorno es de cuentas de plomo y la parte interior de cuentas de azabache. Se hacen en este género muy bonitos broches de corpiño y de cinturón y galones de todos tamaños.

V. DE CASTELFIDO.

## EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.835.

1. *Traje para recibir.*—Vestido de tela listada color de ajenjo y color de musgo con listas mates y listas aterciopeladas. Falda recta de tela listada sobre un fondo de falda de tafetan. La falda de tela listada, que va fruncida sobre el fondo, tiene 2 metros 50 centímetros de vuelo. Del centro de delante sale una banda ancha de tela listada, prendida en el lado izquierdo con un broche de pasamanería verde, que figura unas hojas. Del lado derecho caen dos paños de faya color de ajenjo, que se unen al *pouf* con una costura. El *pouf*, bastante voluminoso, es de tela listada. Corpiño de la misma tela, cerrado en el lado izquierdo con una tapa y siete broches de pasamanería, iguales al de la falda, pero que van disminuyendo de arriba abajo. Cuello recto, carteras y cinturón en forma de V, de terciopelo musgo.

Se necesitan para este vestido 15 metros de tela listada, 2 metros 25 centímetros de faya lisa y 1 metro de terciopelo.

2. *Traje de visita.*—Este traje, de velutina de seda color de vino de Burdeos, y felpa del mismo color, se compone de un fondo de falda de tafetan, sobre el cual va una tira de felpa, y una segunda falda de velutina, abierta sobre la tira de terciopelo y sujeta con cordones de pasamanería del mismo color. Levita de velutina, abrochada hasta la cintura, desde donde se separan los delanteros: el de la izquierda cae en línea recta y se fija sobre la falda con ojales figurados. El lado derecho va recogido en forma de *paniers* y se le fija bajo el *pouf*, el cual va formado con el vuelo de la espalda de la levita. Unos cordones de pasamanería, iguales á los de la falda, adornan el cuerpo y las mangas de la levita.

Tela necesaria: 14 metros 75 centímetros de velutina, de 60 centímetros de ancho, y una tira de felpa de un metro 5 centímetros de largo por 25 centímetros de ancho.

Aconsejamos á las personas que hacen uso del VINO CHASSAING, que se aseguren bien de la autenticidad de los frascos que compran. El gran consumo de este producto ha dado lugar á numerosas falsificaciones, por lo que debe exigirse: 1.º, la firma CHASSAING sobre la etiqueta; 2.º, la misma firma en cuatro colores sobre la banda que rodea las cápsulas; 3.º, sobre cada página del folletito que rodea los frascos, la filigrana *Chassaing-Guénon et Ce, Paris* (visible al trasparente); 4.º, el timbre de *La Union de los Fabricantes* obliterado por la firma CHASSAING.

*Chassaing*



Depósito en todas las principales Farmacias

PASTA DE NAFÉ DE DELANGRENIER. Cincuenta médicos de los hospitales de París han demostrado su *poderosa eficacia* contra los *Resfriados, Grippe, Bronquitis, Irritaciones del pecho* y de la *garganta*. No conteniendo ni *opio*, ni *morfina*, ni *codeína*, puede darse sin temor á los niños que padecen de tos. Depósitos en las farmacias del mundo entero.

No conserveis, señoras, esos bigotes ridículos, cuyo menor inconveniente es enviejeros espantosamente; la *Pâte Epilatoire Dusser* os los quitará radicalmente y en pocos instantes.

*Dusser*, inventor, 1, rue J. J. Rousseau, París, y en las principales perfumerías de España.

Perfumeria *Ninon* V<sup>e</sup> LÉCONTE ET C<sup>ie</sup>, 31 rue du Quatre Septembre, París. (Véanse los anuncios.)

Perfumeria *exótica* SENET, 35 rue du Quatre Septembre, París. (Véanse los anuncios.)

GRANDES ALMACENES DEL PRINTEMPS.  
(Véanse los anuncios.)

## ADVERTENCIA.

Los frecuentes abusos que vienen cometándose por individuos que falsamente se atribuyen el carácter de representantes de esta Empresa en las provincias, nos ponen en el caso de recordar nuevamente: 1.º, que no respondemos más que de aquellas suscripciones que se hayan formalizado y satisfecho en nuestras oficinas; 2.º, que el público debe acoger con la mayor reserva las instancias de personas que, á la sombra del crédito de la Empresa, y atribuyéndose una representación que de ningún modo pueden justificar, abusan lastimosamente de su buena fe; y 3.º, que siendo en gran número los libreros, impresores y dueños de establecimientos mercantiles que en todas las capitales y poblaciones importantes del Reino reciben suscripciones á LA ILUSTRACION ESPAÑOLA y á LA MODA ELEGANTE, correspondiendo con honradez á la confianza que en ellos deposita el público, no nos es posible estampar aquí una lista tan numerosa, ni es tampoco necesario; porque conocidos como son en sus respectivas localidades, por el crédito que su comportamiento les haya granjeado, nada es tan fácil para las personas que deseen suscribirse por medio de intermediarios, como *asesorar-se previamente de la responsabilidad y garantía que puede ofrecerles aquel á quien entregan su dinero.*

La Administración de estos periódicos hace saber que D. Victor M. Pruneda, de Avilés (Gijón), NO ESTÁ AUTORIZADO para cobrar suscripciones á los mismos.





502

Nº 502

*Paris. N.º 502. Haute couture. Système G.º 1874*

Nº 1835

# LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

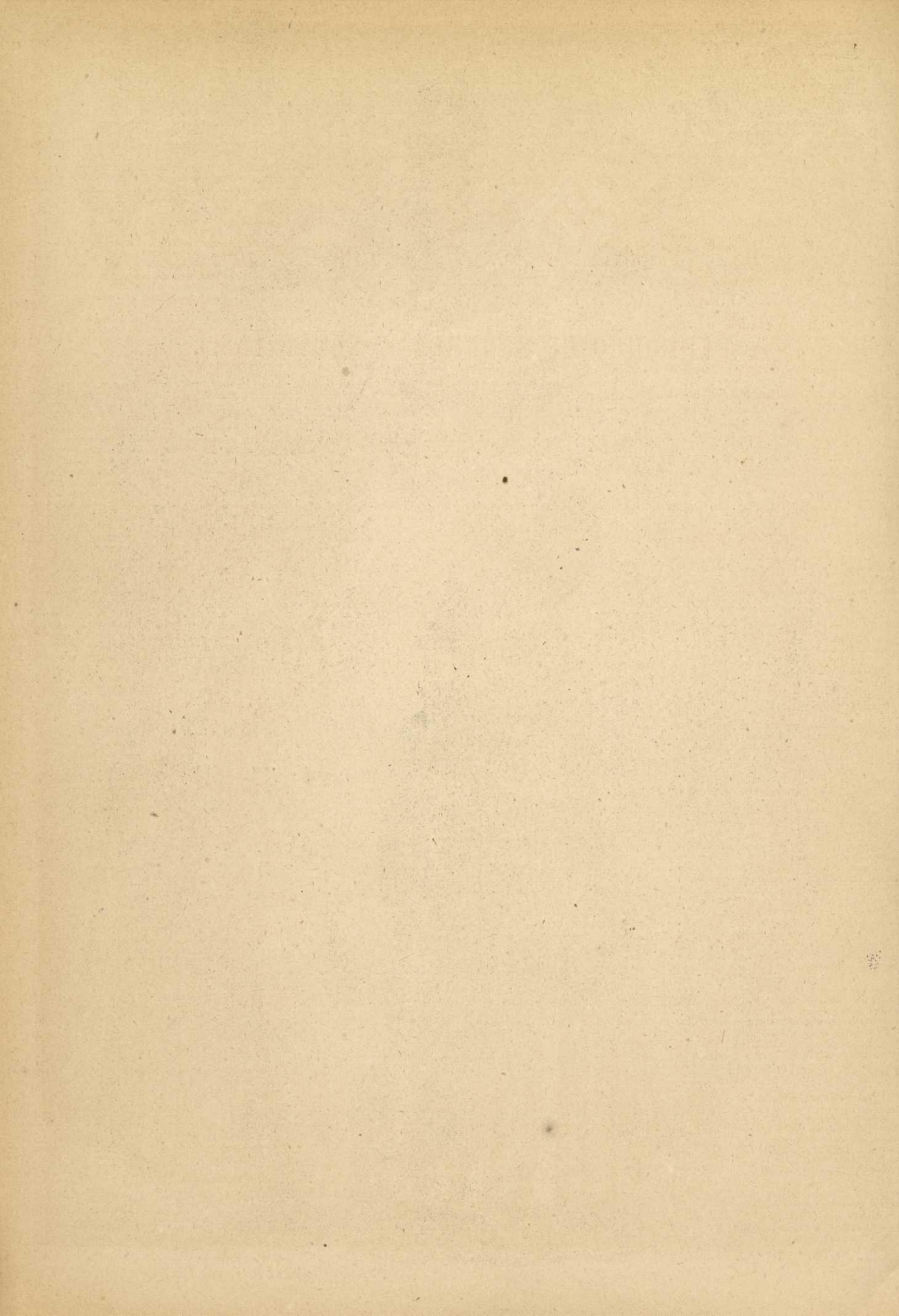
Administracion. Carretas. 12 pral.

MADRID

*Perfumeria de lujo. Guerlain. 15. r. de la Paix. Paris.*

*Corsi. Ana de Austria y Fuja Regente Pl. de M.º de Vertus. 12. r. Auber. Paris.*









# PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

AÑO XLIV.

MADRID, 14 DE NOVIEMBRE DE 1885.

NÚM. 42.

## SUMARIO.

1. Traje de visita.—2. Traje de calle.—3. Encaje para trajes de niño.—4. Tarjetero.—5 y 6. Dos cuadros para cabecera de butaca.—7. Tira para muebles.—8 á 15. Sombreros de invierno.—16. Vestido de lana rameada y faya lisa.—17 y 18. Bordados para sombreros.—19. Cenefa de cuentas.—20 y 21. Dos galones de cuentas.—22. Visita corta.—23. Visita.—24. Visita-manteleta.—25. Visita de vestir.—26. Traje para niñas de 10 á 12 años.—27. Traje para niñas de 9 á 11 años.—28 á 30.—Trajes representados en el figurin vistos de espalda.—31. Traje para señoritas de 16 á 18 años.—32. Traje para señoritas de 16 á 17 años.—33. Traje de paseo.—34. Traje de calle.—35. Traje de visita ó de recepción.

Explicación de los grabados.—Los Guantes (conclusión), por la Condesa de Peñalonga.—Castigo del cielo, por D. Ginés Alberola.—En un álbum, poesía, por D. Guillermo Blest Gana.—Correspondencia parisiense, por X. X.—Explicación del figurin iluminado.—Artículos de París recomendados.—Suelto.

### Traje de visita.—Núm. 1.

Vestido de pekin afelpado, color de nutria con listas de faya color crudo, y tela de lana rizada color de nutria. Falda de pekin sobre un fondo de falda de tafetán. Túnica de lana rizada, recortada en el lado derecho del delantero en forma de dientes de sierra. Esta túnica va plegada en el lado derecho como indica el dibujo, y dispuesta por detrás en pliegues rectos. Corpiño de la misma tela de lana; tiene la forma de una chaquetilla corta que va recostada en su borde derecho en forma de dientes de sierra, los cuales descansan sobre un galón color crudo bordado de seda de relieve color de nutria. Chaleco de felpa color de nutria, del cual no se ve más que la parte inferior, y que va adornado con un galón que forma punta y rodea los lados para salir por detrás formando dos correas cuadradas que sostienen el borde de la chaquetilla. Manga semilarga recortada en dientes, con un galón bordado por debajo.

Tela necesaria: 4 metros 40 centímetros de tafetán para el fondo de falda, y otro tanto de pekin de seda para la falda, y 6 metros 20 centímetros de tela de lana de un metro 20 centímetros de ancho.

### Traje de calle.—Núm. 2.

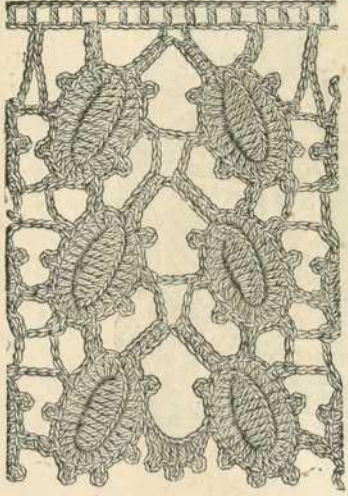
Este traje es de sarga gruesa de lana color de pino. Sobre la falda de debajo, que es de tafetán, se monta un delantal estrecho de tela cachemira de colores desvanecidos. Á cada lado cae una falda de sarga plegada con pliegues muy anchos y redondos. El centro de detrás va doblado sobre sí mismo de manera que forme como una cascada de pliegues, de la cual sale una falda de felpa. Corpiño con aldeteta corta en los costados. Un bolsillo cuadrado va añadido á la aldeteta. La espalda forma dos puntas que se abren sobre un borde de



1.—Traje de visita

2.—Traje de calle.





3.—Encaje para trajes de niño.

felpa. Chaleco de felpa que se abre sobre otro chaleco de tela cachemira. Cuello de la misma tela. Manga larga adornada con una doble carterá de felpa y tela cachemira.

Tela necesaria: 4 metros 40 centímetros de tafetán para el fondo de falda, 2 metros de felpa para la falda de detrás y el chaleco, y 6 metros 40 centímetros de sarga de un metro 20 centímetros de ancho.

**Encaje para trajes de niño.**  
Núm. 3.

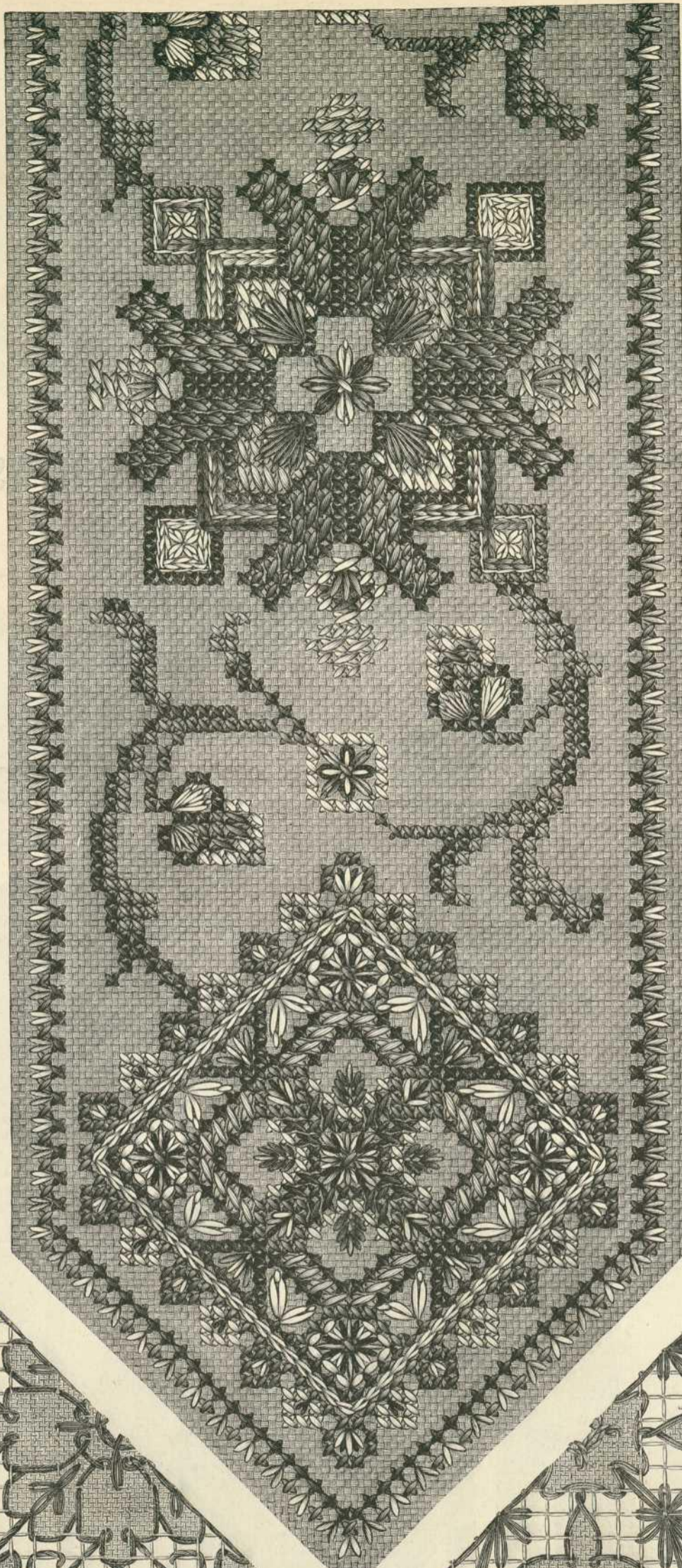
Se hace este encaje al crochet con hilo crudo, seda ó lana torzal, según la prenda á que se le destine.

Se compone de hojas reunidas entre sí por medio de bridas, que se ejecutan con arreglo á las indicaciones del dibujo, el cual representa este encaje de tamaño natural.

**Tarjetero.—Núm. 4.**

Se corta un pedazo de raso color de aceituna y de raso encarnado, de 18 centímetros de largo por 14 de ancho. El raso encarnado sirve de forro al de color de aceituna. Sobre éste se ejecuta un bordado con seda encarnada ó cordoncillo de oro. Se ponen en el forro dos bolsillos, que tienen 7 centímetros de ancho, y se hacen con seda listada encarnada y aceituna. Estos bolsillos van dobladillos en sus lados transversales. Se intercala un poco de percal fuerte entre la tela y el forro y se espuntean las dos telas en su contorno. Se dobla el tarjetero por la mitad.

Se intercala un poco de percal fuerte entre la tela y el forro y se espuntean las dos telas en su contorno. Se dobla el tarjetero por la mitad.



2.—Tira para muebles.



4.—Tarjetero.

**Dos cuadros para cabecera de butaca.**  
Núms. 5 y 6.

Véase el dibujo 3 del dibujo 41 de LA MODA ELEGANTE y su explicación.

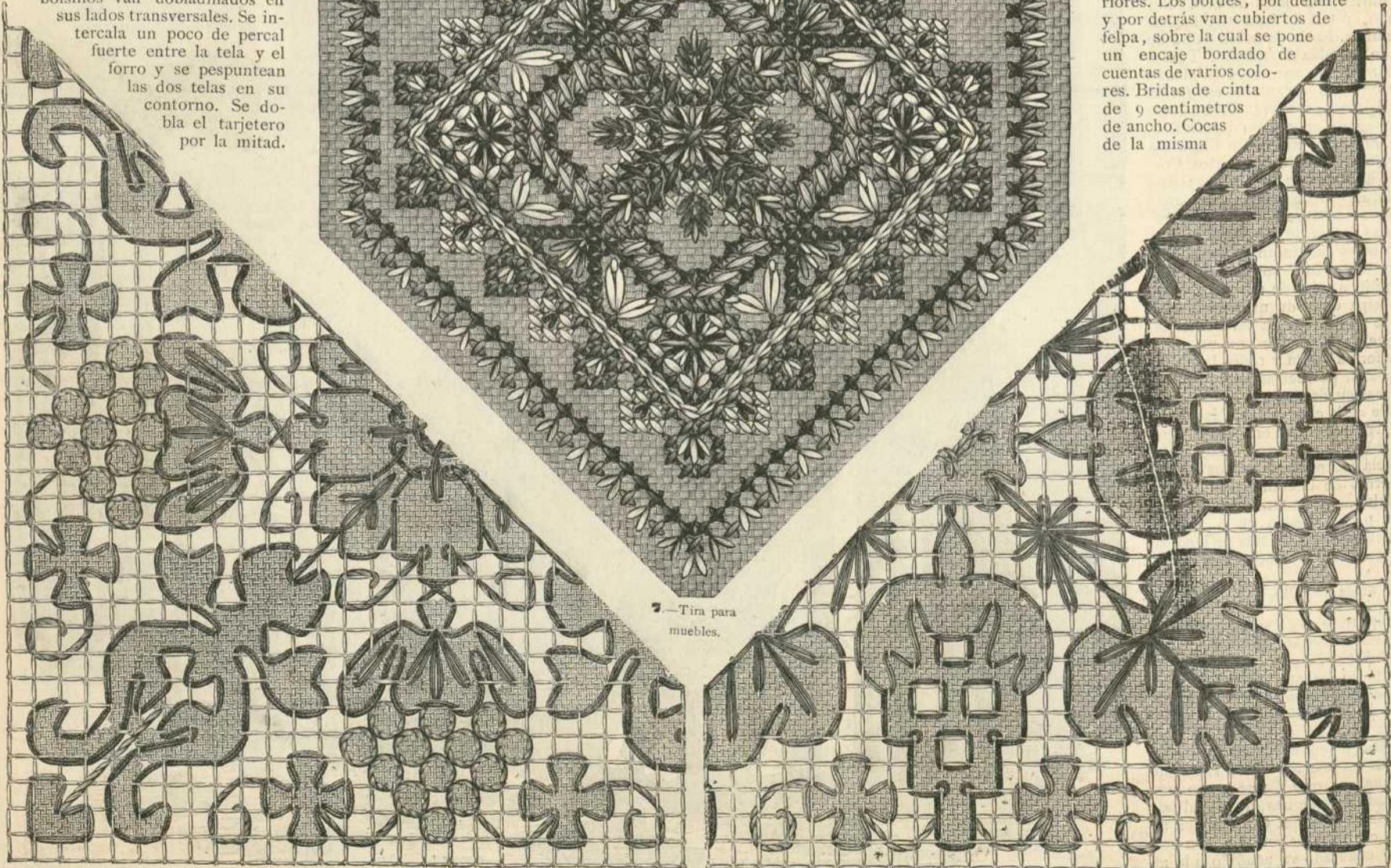
**Tira para muebles.—Núm. 7.**

Se borda este dibujo con lana de varios colores y seda floja, al punto cruzado y punto de cadeneta sobre lienzo crudo ó sobre cañamazo. En este último caso se llena el fondo con un dibujo corriente.

**Sombreros de invierno.**  
Núms. 8 á 15.

Núms. 8 y 12. *Sombrero de plumas.* La forma de este sombrero (véase el dibujo 12), que es de tul negro, va cubierta en su borde de delante de terciopelo marrón puesto de plano. En medio de la copa se pone una cinta de moaré marrón, ribeteada de terciopelo marrón, que se entrelazan para formar las bridas. Se cubre el sombrero con placas de plumas de pájaro, y se le adorna con una cabeza de pájaro y un lazo de cinta de moaré.

Núm. 9 y 10. *Sombrero de felpa.* El dibujo 10 reproduce el casco de este sombrero. Se le cubre de manera que forme en medio un bullón grueso y á cada lado uno pequeño. Se frunce la felpa á cada lado á 10 centímetros de distancia de su borde para formar los bullones, y se pliegan sus bordes exteriores. Los bordes, por delante y por detrás van cubiertos de felpa, sobre la cual se pone un encaje bordado de cuentas de varios colores. Bidas de cinta de 9 centímetros de ancho. Cocas de la misma



5.—Cuarta parte de un cuadro de la cabecera.—(Véase el dibujo 3 del núm. 41 de la LA MODA.)

6.—Cuarta parte de un cuadro de la cabecera.—(Véase el dibujo 3 del núm. 41 de la LA MODA.)





8.—Sombrero de plumas.



16.—Vestido de lana rameada y faya lisa.

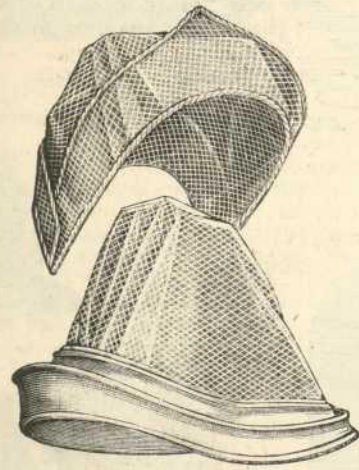


9.—Sombrero de felpa.

cinta. Plumas de avestruz y unas plumas de gallo. Núm. 14. Capota de terciopelo. La parte interior y la exterior del borde van cubiertas de tiras de terciopelo, cortadas al sesgo, plegadas y puestas de tal modo que su parte doblada guarnezca el contorno exterior. El fondo va cubierto del mismo terciopelo,

por encima del cual se ponen dos encajes crudos bordados de oro. Bidas de cinta otomana de 6 centímetros de ancho. Pájaro envuelto en cocas de cinta.

Núm. 15. Sombrero para señoritas. Este sombrero, de copa alta y redonda y ala muy estrecha levantada en los lados, es de fieltro color de nutria, y va ribeteado de una cinta del mismo color, de 1/2 centímetro de ancho. Los adornos se componen de cintas de reps con listas de felpa y hebilla de metal



10.—Casco del sombrero de felpa.

11.—Casco de sombrero redondo.

metal en forma de círculo.

Los dibujos 11 y 13 representan: el primero un casco de sombrero redondo cubierto de tul, y el segundo una capota de fieltro.

Vestido de lana rameada y faya lisa. Núm. 16.

Falda de debajo de faya verde aceituna, plegada perpendicularmente. Vestido un poco más corto que la falda, hecho de lana



17.—Bordado para sombreros.

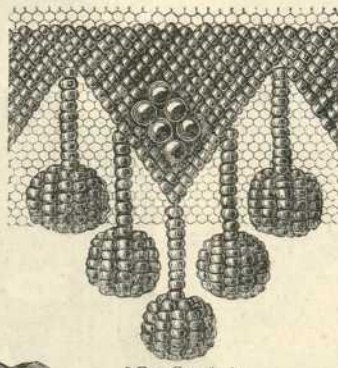
color crema con flores de varios colores muy apagados, cuyo vestido se abre en el lado izquierdo á toda su altura. Cinta de reps color de aceituna con borlas redondas, cubiertas de cuentas mordoradas. Corpiño plegado y cruzado por delante.

Bordados para sombreros. Núms. 17 y 18.

Estos bordados se ejecutan sobre el ter-



20.—Galón de cuentas.



19.—Cenefa de cuentas.

ciopelo ó fieltros para sombreros, ó sobre una tela de lana cualquiera para peto, chaleco, cuello ó carteras de manga. El bordado núm. 17 se ejecuta con unas plaquitas de metal dispuestas en forma de trébol y cuentas iguales. El núm. 18 va hecho con cuentas de azabache.

Cenefa de cuentas. Núm. 19.

Se emplea esta cenefa para guarnezcer sombreros. Nuestro modelo va hecho sobre tul negro con cuentas de plomo de dos tamaños diferentes. Cada festón va terminado en una borla hecha con cuentas iguales.

Dos galones de cuentas. Núms. 20 y 21.

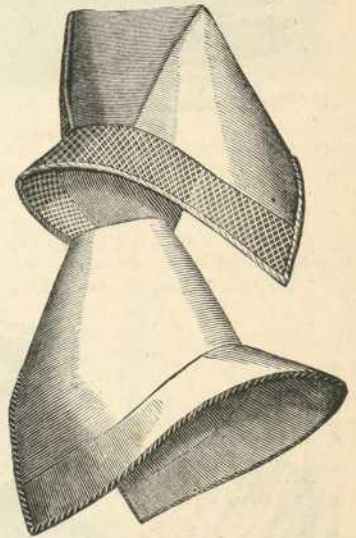
Núm. 20. Se le hace con placas de metal y cuentas del mismo color.

Núm. 21. Este galón se compone de trencillas de cuentas de azabache ó de color, ribeteadas á cada lado con otras cuentas talladas bastante gruesas.

Visita corta.—Núm. 22.

Esta visita es de paño negro ensortijado y listado. Lleva tres costuras por detrás. Manga estrecha y vuelta, la cual va adornada, así como los delanteros, con una tira de astrakán negro. Cuello vuelto de astrakán.

Se necesitan para esta confección 2 metros de paño de un metro 20 centímetros de ancho.

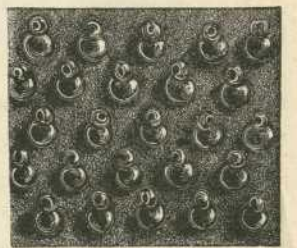


12 y 13.—Dos cascos de capota.



14.—Capota de terciopelo.

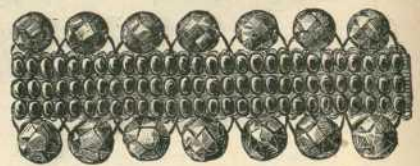
15.—Sombrero para señoritas.



18.—Bordado para sombreros.

Visita.—Núm. 23.

Es de paño ensortijado negro. Una sola costura ciñe la espalda, y el centro de su parte inferior se abre sobre una tira de astrakán adornada con un golpe de pasamanería. La manga, que forma parte de la espalda y es putiaguda, va rodeada de una tira ancha de astrakán. Delantero abrochado bajo una tira de astrakán que



21.—Galón de cuentas.





4 Charles

22 - Visita corta.

23 - Visita.



26 - Traje para niñas de 10 á 12 años.



28 - Traje de desposada. Espalda.

29 - Traje para señoritas. Espalda.

30 - Traje de visita. Espalda.

(Véase el figurín que acompaña al presente número y su explicación.)

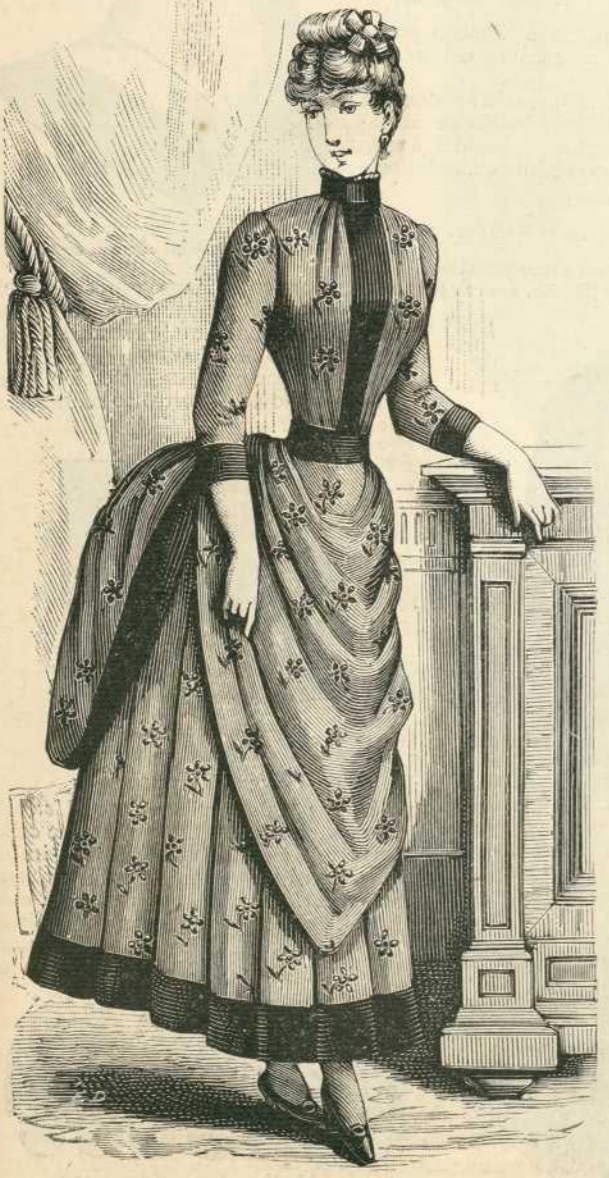


27 - Traje para niñas de 9 á 11 años.



24 - Visita-manteleta.

25 - Visita de vestir.



31 - Traje para señoritas de 16 á 18 años.



33 - Traje de paso.



35 - Traje de visita ó de recepción.



34 - Traje de calle.



32 - Traje para señoritas de 16 á 17 años.



rodea el escote. Unos golpes de pasamanería adornan los picos de las mangas.

Se corta esta visita por las figs. 18 á 20 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

**Visita-manteleta.—Núm. 24.**

Esta visita es de paño ensortijado color de nutria, y lleva tres costuras en la espalda. La aldeta es cuadrada y la manga estrecha y adornada, así como la aldeta y los delanteros, con un galón ancho de plumas color de nutria. Forro de seda pespunteada de color de fuego.

Se corta esta visita por las figs. 21 á 24 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

**Visita de vestir.—Núm. 25.**

Es de felpa de seda marrón. La espalda va unida con tres costuras. La manga va suelta sobre sí misma y adornada en el borde inferior con una cartera ancha de la misma tela. Delantero recto abrochado en medio con corchetes. Los picos plegados van sujetos en su extremidad con unos golpes de pasamanería. Cuello recto y alto de felpa.

Tela necesaria: 2 metros 60 centímetros de felpa de 60 centímetros de ancho.

**Traje para niñas de 10 á 12 años.—Núm. 26.**

Este traje es de lana gruesa azul marino. Falda corta plegada á todo el rededor. En los costados van unas quillas plegadas de seda color de fuego, las cuales se cubren con una escala de correas de cintas de terciopelo azul marino. En la parte de detrás, dos cocas de la misma tela de lana caen sobre la falda. Corpiño largo, ajustado por detrás y recto por delante. Chaleco plegado de seda color de fuego, cruzado de correas de terciopelo. El borde de los delanteros va guarnecido de una solapa ancha, de donde sale una esclavina que pasa bajo el cuello de detrás. Cinturón de cinta de raso azul marino, anudado por delante. Cuello recto y manga larga con adornos de terciopelo. Sombrero redondo de fieltro azul, adornado de terciopelo del mismo color y plumas azules y color de fuego.

**Traje para niñas de 9 á 11 años.—Núm. 27.**

Este traje es de felpa de seda color de castor natural y otomano beige. Falda corta de otomano, sobre la cual va otra falda fruncida de felpa, abierta en el lado izquierdo y rodeada de pompones de seda color de castor. Por detrás esta falda forma unas capuchas graduadas. Corpiño blusa plegado por delante y por detrás y sujeto con un cinturón de otomano, anudado en el lado izquierdo hacia atrás. Los delanteros se abren sobre un chaleco ancho de otomano. El borde de los delanteros va adornado con pompones. Lazo de cinta otomana en el hombro derecho. Cuello recto y manga larga, guarnecida de una cartera de otomano. Sombrero de felpa color de castor natural, con plumas del mismo color y lazos de cinta otomana.

**Trajes representados en el figurín, vistos de espalda.**

Núms. 28 á 30.

Véase el figurín iluminado y su explicación.

**Traje para señoritas de 16 á 18 años.—Núm. 31.**

Vestido de cachemir bordado color de castaña. Fondo de falda cubierto de una falda de cachemir, adornada en su borde inferior con una tira ancha de felpa color de castaña. Toda esta falda va plegada en anchos pliegues, echados unos sobre otros. Túnica del mismo cachemir, dispuesta en punta por delante. Un paño ancho va recogido por detrás formando un *pouf* redondo. Corpiño redondo, abrochado por delante con corchetes bajo una tira de felpa. Los delanteros van fruncidos en el escote, pero con poco vuelo. Cinturón de felpa y cuello recto también de felpa, así como las carteras de las mangas, que son semilargas.

Se necesitan para este traje 4 metros de tafetán y 8 metros 80 centímetros de cachemir de un metro 20 centímetros de ancho.

**Traje para señoritas de 16 á 17 años.—Núm. 32.**

Este traje es de lanilla con listas de felpa y cheviota lisa color de tabaco. Sobre el fondo de falda, que es de alpaca, va una falda de lana listada, sin vuelo por delante. Todo el vuelo va echado hacia atrás. Túnica de lana lisa, recogida en forma de delantal corto y dispuesta por detrás en un paño ancho que forma cocas graduadas. Corpiño con aldeta redonda, de lana lisa y abierto por delante sobre un chaleco de otomano color de tabaco. Lazo de cinta del mismo color en la cintura. Cuello recto, y carteras de las mangas, de otomano.

Tela necesaria: 3 metros de alpaca de 75 centímetros de ancho, para el fondo de falda, 2 metros de lana listada de un metro 20 centímetros de ancho, y 3 metros 50 centímetros de lana lisa del mismo ancho.

**Traje de paseo.—Núm. 33.**

Vestido de sarga gruesa color de zafiro. Fondo de falda corto y ribeteado de un rizado de seda tornasolada, encarnada y azul, sobre el cual cae una falda de sarga, dispuesta á todo el rededor en pliegues echados. Una especie de solapa de terciopelo granate adorna el lado izquierdo, que va guarnecido además con una hilera de cuentas gruesas de madera color granate, la cual rodea el contorno de la falda. Esta va recogida en el lado derecho hacia atrás, y los pliegues caen formando cascadas sobre un bajo de falda de terciopelo. Corpiño chaqueta de sarga, cuyos delanteros son cortos, así como la espalda, y descansan sobre una aldeta montada sobre un forro enteramente ajustado. Un peto abullonado de seda glaseada azul y encarnada va montado también sobre el forro. La parte inferior va sujeta con un cinturón de terciopelo. Se guarnecen el borde inferior y el delantero de la chaqueta con cuentas de madera. Cuello vuelto de terciopelo. Manga larga ribeteada de cuentas y guarnecida de una cartera de terciopelo.

Tela necesaria: 3 metros 30 centímetros de alpaca de 75 centímetros de ancho para el fondo de falda; un metro 60 centímetros de seda glaseada de 60 centímetros de ancho; para el peto, 6 metros 30 centímetros de sarga de lana

de un metro 20 centímetros de ancho, y un metro 60 centímetros de terciopelo.

**Traje de calle.—Núm. 34.**

Este traje es de lana listada color castaño. Se compone de una falda de debajo de tafetán del mismo color, que sostiene otra falda listada sin vuelo por delante y va adornada en el borde inferior con varios galoncitos de felpilla color castaño, y de una túnica, ó mejor dicho, una segunda falda plegada en el lado izquierdo y que forma por delante un pliegue muy ancho, abrochado en el lado derecho sobre un paño fruncido por arriba y doblado por abajo hacia dentro. El costado se pierde por detrás bajo dos paños reunidos, uno de los cuales va dispuesto en capuchas graduadas y el otro en conchas. Corpiño con aldeta redonda. El delantero izquierdo, de una forma nueva y original, va escotado en forma de corazón y cruza y se abrocha sobre el delantero derecho con unas presillas de seda y botones de acero bruñido. La aldeta de detrás va recortada en dos hojas y descansa sobre dos tiras de forma cuadrada. Cuello recto y alto, abrochado en el lado derecho. Manga semilarga, guarnecida de varios galones de felpilla. Los contornos del corpiño van adornados con los mismos galones.

Tela necesaria: 4 metros 40 centímetros de tafetán y 8 metros 30 centímetros de lana de un metro 20 centímetros de ancho.

**Traje de visita ó de recepción.—Núm. 35.**

Corpiño de terciopelo color de nutria, formando aldeta á cada lado, en cuyas aldetas se dispone una banda de raso color habano brochado de nutria, que cae en forma de *pouf* por detrás. Pliegues grandes de terciopelo color de nutria forman como un abanico que va abierto por delante sobre una falda de raso brochado. Sombrero de fieltro color habano, guarnecido de terciopelo nutria y plumas de color habano.

## LOS GUANTES.

(Conclusión.)

**U**NOS negociantes italianos lograron ser presentados á la versátil soberana británica, y en señal de pleito homenaje y de respeto le ofrecieron cada uno un par de guantes perfumados. El Conde de Oxford, por su parte, que fué el primer cortesano inglés que se hizo traer guantes bordados de España y de Venecia, presentó á la Reina en cierta ocasión, por la misma época, un regalo de guantes de esa clase, y su Graciosa Majestad quedó tan complacida del obsequio, que se hizo retratar con las manos enguantadas.

Desde entonces quedó la moda definitivamente admitida entre la alta sociedad de la corte británica, y los guantes perfumados de España, superiores todavía á los venecianos por lo delicado y finísimo de la piel y el fragante aroma natural que exhalaban, tomaron carta de naturaleza en Inglaterra.

En nuestro país, reyes, príncipes, damas del gran mundo y magnates usaban los guantes constantemente, considerándose de pésimo gusto el presentarse con las manos descalzas en ciertas fiestas y ceremonias.

La gente de guerra los usaba, por lo general, de ante. Durante buena parte del reinado de Felipe II el guante negro estuvo muy en boga entre los caballeros, por asimilación, sin duda, al traje, que era negro también.

Como prueba del tono y la majestad que el guante imprimía entre las personas de elevada clase, basta recordar que el célebre pastelero de Madrigal, que se hacía pasar por el desgraciado monarca lusitano D. Sebastián, jamás se presentaba sin la mano enguantada de negro desde el momento que apareció en escena hasta que acabó sus días en el cadalso.

La historia de los guantes tiene algunas notas trágicas, especialmente en los siglos XVI y XVII.

Las crónicas cortesanas y políticas de aquella época registran más de un caso de envenenamiento de altos personajes por medio de los guantes, aunque no está bien probado que pudiera producirse la intoxicación valiéndose de una prenda tan inocente; pero el hecho es que la crónica escandalosa así lo aseguraba, y que tales habillitas no dejaron de producir su efecto y sembrar el terror en ciertas esferas.

A la famosa reina de Francia Catalina de Médicis achacan las consejas haber utilizado más de una vez ese expeditivo y misterioso recurso para deshacerse de sus enemigos ó de personajes que la estorbaban.

Lo cierto es que la astuta Princesa florentina, cuando pasó á sentarse en el trono de los Valois, llevó consigo á París, en calidad de su confidente y servidor secreto, á un tal Renato, apellidado *el Florentino*, que figura como un personaje verdaderamente siniestro en las anécdotas del reinado de Catalina de Médicis.

Renato, que era un perfumista y droguista habilísimo, establecióse en la vieja Lutecia, y su oficina llegó á ser el centro y punto de cita del mundo elegante, como las tiendas de los barberos griegos y de los perfumistas romanos en la antigüedad, y los bazares de los vendedores de esencias y cosméticos de Oriente, eran el «mentidero» de desocupados, noveleros y murmuradores.

El sagaz y poco escrupuloso droguista florentino monopolizaba el comercio de guantes perfumados para magnates y cortesanos, y á veces, así por distracción, parece que cultivaba el arte de preparar activas ponzoñas; á esta fama, que le había labrado cierta terrible reputación, debióse el que se le atribuyera haber causado la muerte de la desgraciada reina de Navarra: ello es que de sus manos salieron unos funestos guantes que Catalina de Médicis regaló á aquella señora, y que ésta pereció envenenada á poco de

usarlos. Desde aquel momento todo el mundo aseguró que los guantes estaban emponzoñados y que Renato había sido el agente de Catalina en el asunto.

Gabriela de Estrée murió también envenenada por medio de los guantes.

En resumen, éstos fueron un arma terrible durante largo tiempo, y como los mencionados podríamos citar otros muchos casos que la leyenda y la tradición nos han transmitido. Algunos críticos juzgan inverosímiles tales hechos; pero no debe olvidarse que el procedimiento, más ó menos modificado después, era ya antiguo. Medea, la implacable hechicera de Corinto, quitó la vida á su rival Creusa, esposa de Jason, por medio de un manto emponzoñado que le regaló, y que hizo que aquella muriese abrasada, envuelta en él.

Desde aquellos tiempos la moda de los guantes se extendió poco á poco á todas las clases, á tal punto que hasta los soldados los usaron y usan por prescripción de Reales pragmáticas; es más, toda persona que haya viajado por la Península, ó residido algún tiempo en el campo, habrá observado que en muchas regiones los mismos labriegos de las aldeas usan infaliblemente unos enormes y fuertes guantes de gamuza cuando se dedican á la faena de escardar los sembrados ó de sacar la miel de las colmenas.

Los guantes largos hasta el codo ó más arriba, que tanto se llevan hoy para ceremonia, no son una novedad: nuestras bisabuelas los usaron ya á fines del siglo último y comienzos del presente. Tampoco lo son los de calle y paseo, llamados manoplas y mosqueteros; su nombre lo dice: son un remedo, los primeros, de los guanteletes caballerescos de la Edad Media; los segundos, de los que gastaban las históricas compañías de mosqueteros Reales de Francia y España.

La vulgarización del uso de los guantes ha dado origen á ciertas frases, elevadas hoy á la categoría de proverbios. Así se dice: «dar para guantes», frase genuinamente española, que envuelve delicadamente la idea de obsequio, regalo ó propina, según la clase de la persona que lo recibe, y que no solo es popular entre nosotros, sino que de la Península ha pasado también á Francia y otros pueblos europeos; «arrojar el guante», «echar el guante», esto es, detener á uno, ó más bien hacerle preso, pues en este sentido es como más comúnmente se emplea; «echar un guante», que equivale á recoger entre varias personas algunos donativos para socorrer ciertas desgracias particulares y vergonzantes; «poner á una persona como un guante», sinónimo de aplacar, ablandar, dominar, y muchas veces humillar al que nos ha hecho alguna ofensa; y otros modismos análogos.

Por último, diremos que el nombre de esta prenda tan en boga, y que tanto aire de elegancia y distinción presta á quien la usa, es de origen sueco: viene de la palabra *wantes*.

La moda lo quiere: saludemos, pues, la resurrección de los guantes perfumados, siquiera por el honroso recuerdo que simbolizan para la antigua industria española.

LA CONDESA DE PEÑALONGA.

## CASTIGO DEL CIELO.

I.

**K**RA una de esas noches crudísimas de invierno, durante cuyas largas horas el destino parece como que pone á prueba la virtud del mendigo, sujeto á sufrir todas las miserias del mundo, desde la despreciativa ó indiferente mirada del opulento, asaz sobrado de bienes materiales con que atender, no ya al sustento de cada día, sino á los vicios engendrados por su ociosidad, hasta el furor de la Naturaleza, impasible siempre, sañuda y cruel por esta época de los fríos; y allá, en el interior de rústica y desvencijada choza, aterido el cuerpo, helada casi la sangre en las venas, contraídos y sin movimiento los nervios, medio muerta de hambre, hallábase, más que tendida, acurrucada sobre mezuquino puñado de pajas cierta mujer, en quien se cebaban despiadadamente á una, cual si de infernal competencia se tratase, las plagas más horribles del mundo físico y los más intensos dolores del mundo moral. Pobre de condición, hermosísima en su edad florida, dulce en su trato cual verdadera helvética, sustentando sobre su frente, como un nimbo de luz, la candidez de su alma limpia de pecado, aquella mujer decrepita, huesosa, extenuada, falta de color el semblante ahora y de ánimo la voluntad, había sido en otro tiempo, como buena hija, el báculo en la vejez de sus padres; como amante esposa, el ángel custodio del hogar doméstico. Pero algo que no debe ser fatal, pues de serlo no existiera la responsabilidad en los actos individuales; algo misterioso y por misterioso fuera del alcance de la inteligencia humana, la cual no ha llegado todavía á descubrir las leyes psicológicas que rigen el destino moral de los seres, como ha descubierto las leyes físicas que rigen el destino material de las cosas, algo grande, algo superior, algo sobrenatural y divino, si quereis llamarlo así, el hado mismo, redujola, á los pocos años de matrimonio, á la viudez, y con la viudez, á la más espantosa miseria.

Un hijo el cielo, propicio esta vez con ella, lególe como prenda del amor profesado en vida á su esposo amante, y en tan hermosísimo retoño cifró la infeliz toda su esperanza. Ahora que la primavera ha ceñido á su cabeza la áurea diadema compuesta por los rayos del sol, á cuyos besos ardientes no saben oponer resistencia ni los hielos de las cumbres ni las corolas de las flores, rodando mal de su gusto las unas en hilos de agua, semejantes á monstruosos rosarios de perlas, de la montaña al valle, y abriendo las otras al aire, para perfumarlo de aromas dulces, sobre sus tallos garbosos los broches virginales, parecidos á vívidas y animadas estrellas, y de colgar á sus hombros el manto de mil colores que le han tejido á porfía, desde los insectos



recien revividos en sus larvas hasta los pájaros recién vuel- tos de sus emigraciones; desde la violeta oculta en sus pro- pias hojas hasta la rosa, apenas abierta cuando ya trocada en oloroso incensario; ahora, mejor que en ninguna otra ocasión, habréis visto, frenéticas de amor, posarse las aves sobre las ramas cubiertas de hojas, volar nerviosísimas de un lado para otro en busca de materiales propios á la fa- bricación de sus nidos, permanecer sesegadas horas y horas en el fondo de esa especie de canastillos flotantes donde se contienen los huevos vividos y empollados al influjo del maternal calor, cuidar solícitas, más tarde, de los hijuelos recién venidos al mundo, afanarse vehementes en la edu- cación propia de su especie inferior; pues, con mayor soli- citud aún, si cabe, atendía aquella madre modelo al cuidado de su hijo único. Ella velaba infatigable junto á la cuna donde yaciera dormido, con el sueño dulce de la inocencia, aquel pedazo de sus entrañas, cuyos gritos de dolor en casos de enfermedad, frecuentes en los niños, partíanle el pecho en mil pedazos y le llenaban el alma de tristeza y de an- gustia, y cuyas sonrisas placenteras pagaba con besos tiernísimos, capaces por su efusión de dar aliento y vida á las frías é inertes piedras; ella había inculcado en la mente del niño las ideas santas del cristianismo y puesto en sus labios las oraciones y las plegarias del creyente; ella había dirigido, una vez entrado en la edad florida, al mancebo incauto por la senda de la virtud y separádole en su cami- no las espinas y los abrojos diseminados por doquier; ella había vertido con sus sabios consejos gotas de bálsamo dul- cificante en las heridas abiertas por el amor infiel ó por la calculada amistad; ella había sido, al par que madre amantí- sima, su maestro de instrucción, su médico de cabecera, su director espiritual, su padre, su amigo, su confidente, cuanto necesitaba el cuidado y la educación de un pobre huérfano sin ningún amparo y sin otra égida que la provi- dencia de Dios.

Pero ¡ay! que el mundo resulta como vasto campo donde la calumnia crece, los vicios medran, la venganza se propaga, la traición germina, la apostasía fructifica, los zarzales y las cizañas encuentran terreno apropiado á su nacimiento y desarrollo, y en donde las virtudes mueren ahogadas como las matas de trigo por su vegetal contrario. ¡Oh! es una verdad tristísima, pero es una evidente verdad. La gratitud es planta que apenas crece por este nuestro deleznable y mezquino mundo. Aquella santa mu- jer, tras tantos y tan inmensos sacrificios, iba á morir de hambre ¡horror! mientras su hijo ingrato dispendiaba en báquicos y sensuales festines el oro á torrentes. Pero no adelantemos el curso de los acontecimientos.

Los primeros años de viudez habían corrido para ella llenos de privaciones. Penosas faenas procurábanle el ali- mento necesario á la existencia de su hijo y á su propia existencia. Ejemplo vivo de resignación, aquella mujer ex- traordinaria, jamás había maldecido de su adversa suerte; antes al contrario, al apuntar el alba, lo mismo que al de- clinar la tarde, por esos minutos de misterio y de oración en los pueblos cristianos, dirigiendo los ojos al cielo rezaba, y rezaba como una santa por el bien de sus seme- jantes, sin acordarse para cosa ninguna de su miseria y de su pobreza. Parecía imposible que aquella situación extre- ma pudiese, de la noche á la mañana, súbitamente cam- biar de aspecto. El ciego de nacimiento, por soñador que sea, y lo es mucho dada la imposibilidad material de ver los objetos con los colores brillantes y las formas capri- chosas que revisten por el mundo de la luz, no acierta á creer en otra existencia que no sea la terrible existencia de las sombras perpetuas. Llega el malvado de tal suerte á compenetrarse con el crimen, que la virtud le parece una verdadera hipocresía. Y el pobre, de tal suerte llega tam- bién á compenetrarse con la miseria, que la fortuna le pa- rece un sueño. Así aconteció á aquella triste y desheredada familia. Una mañana, apercibiendo el huérfano de nuestro cuento las herramientas propias á sus faenas agrícolas se hallaba, cuando acertó á pararse junto á la puerta de la humilde choza, caballero en soberbio corcel, gentilísimo paje, al servicio, según rezaban vestimenta y blasones á un tiempo, de poderoso conde feudal. No pudo evitar un movimiento de asombro el campesino á la súbita aparición del extranjero, y á su vez el paje no pudo evitar tampoco igual movimiento é impresión cuando, preguntando por el caballero Martín, respondió balbuciente el huérfano:

—Yo soy.  
—¡Vos!—exclamó el paje.  
—¡Si lo dudáis!....  
—Tanto como dudarlo, no.  
—Entonces....  
—Mas deseo cumplir á conciencia la misión que á estos lugares me trae.  
—¿Y consiste?....  
—En hacer entrega de este pliego al caballero Martín.  
—Pues no vaciléis.  
—No vacilo. Tomad, y que el cielo os guarde.  
—¿Tiene respuesta?—dijo el huérfano, á quien desde este momento designaremos con su nombre propio.  
—Ninguna espero.

Y en efecto, tras estas palabras, caballo y paje perdiéronse de vista, á lo largo del camino, entre nubes de polvo. Martín, con los ojos puestos fijamente en el pergamino, leía y releía y volvía á leer, como si en idioma extranjero ó con caracteres ininteligibles estuviera escrito su contenido. Con frecuencia se pasaba la mano por los ojos, cual si pretendiera de sus pupilas separar algo que no le dejaba ver claramente. Ya cobraba su rostro el color de la cera, ya el de las amapolas, ora se estremecía de placer, ora caía en terrible abatimiento; intentó dar voces, y no pudo; quiso correr en busca de su madre, y al primer paso rodó por el suelo, presa de terrible convulsión. ¿Qué extraño enigma había descubierto á la lectura de aquella misteriosa carta? Vamos á reproducir su contenido, para evitar el relato de una nueva y, aunque interesante, larguísima historia, si encadenada como por férreo eslabón á la que venimos refiriendo, innecesaria á nuestro fin y ob- jeto ahora. Decía de esta suerte la misiva, causa de vio- lentas emociones para el huérfano:

«Al caballero Martín:

»Tras una vida llena de crímenes, bajo á la tumba con la conciencia asombrada de remordimientos. Como señor feudal, he sido para mis vasallos un déspota; como heredero de noble familia, la deshonra de mis progenitores; como hermano de mis semejantes, un verdadero Caín. Más que conquistador de villas, he sido salteador de caminos; más que guerrero implacable, tigre selvático; más que humana criatura, monstruo del averno. Mi nombre ha de despertar por fuerza, como el nombre de Nerón, terribles odios entre las generaciones presentes y las generaciones por venir. No espero, no, compasión de quienes fui verdugo, ni aguardo respeto de quienes me burlé, ni pido lágrimas al mundo que, por mis crueldades, las vertió á torrentes sobre la tierra empapada en su propia sangre. Sobre mi ca- beza, trastornada de puro débil, veo cererse en este mi- nuto de suprema angustia dos ángeles contrarios entre sí: el ángel de la luz y el ángel de las tinieblas. El uno me in- cita al arrepentimiento y contrición de mis pecados; el otro, á la perseverancia en el mal, aun á la hora de la muerte. ¿A quién de los dos me acojo? Esta confesión ge- neral lo dice. A vuestro padre usurpé, Martín, su derecho á heredar un feudo tan vasto como un reino. El era hijo legítimo del conde Manfredo, mientras yo tan solo era mi- serable vasallo, tras bien tramado ardid, puesto á ocupar la cuna del verdadero infante. Ahora, por primera vez en mi vida, revelo este secreto, que á mi madre le costó su existencia; pues yo mismo ¡horrorizoos! di muerte á quien me dió el ser. Acudid á tomar posesión de vuestra herencia, que, aunque tarde, vuelvo arrepentido los ojos á Dios, en quien creo y á quien imploro misericordia. Ahora, que venga la muerte. Ni me espanta, ni la temo, cuando, des- cargada la conciencia, y el corazón henchido de dulces es- peranzas, se aparece ante los ojos interiores del ser, con sus misterios, como esa parte del día que llamamos noche, á merced de cuyas sombras divisamos infinidad de estrellas, ocultas por los resplandores del sol. ¡Oh! sí, Martín, creed- lo; á favor de las sombras de la muerte debe entrecerse, como á favor de las sombras nocturnas los astros, un mundo espiritual desconocido. Pronto lo sabré. Me ahoga la pena. Adiós para siempre.—El conde Manfredo.»

No duró mucho tiempo, merced á los cuidados de la madre amantísima, quien acudió prontamente en su auxi- lio, el ataque apoplético de que había sido víctima el cabal- lero Martín á la lectura de la anterior epístola. Serenado su espíritu por la reflexión; vuelta la calma á su ánimo por el encauce y acomodamiento en su mente de las ideas; go- zoso y satisfecho de la fortuna, esta vez presentada ante él, no con sus peculiares formas etéreas, sino material y tan- giblemente, se ocupó en primer término de los prepara- tivos necesarios al viaje. Hasta entonces siempre había obrado de acuerdo y en concierto con su madre; de hoy más había de obrar por cuenta propia. Decidió, pues, que la pobre anciana permaneciese en el valle y habitara en la choza hasta el día fausto de su ingreso en el vasto condado y de la toma posesional de la herencia. Acostumbrada aque- lla infeliz mujer á todo género de contrariedades, ninguna resistencia opuso, deplorando tan solo la soledad espantosa en que quedaría sumida con la marcha de su hijo. Pero aun este escrúpulo no duró en su memoria más de lo que duran los circuillos formados en el agua por la piedra arrojada á la superficie, ó lo que dura la mancha del aliento en el cris- tal. Ya todo dispuesto, el caballero Martín abandonó la mi- serable choza, dirigiéndose, tras tierra despedida de su madre, al soberbio castillo donde le aguardaban, anhelosos de conocer al nuevo conde, todos sus vasallos.

Instalado que se hubo Martín en su palacio, y dueño ya de la inesperada herencia, mandó celebrar grandes festiva- les por todas las aldeas pertenecientes al poderoso conda- do en conmemoración á su ingreso en él, tras largos años de ausencia del verdadero y legítimo señor. Su infeliz ma- dre, en tanto, aguardaba el retorno al hogar paterno del idolatrado hijo, quien ni parecía por ninguna parte, ni daba de sí la menor señal de vida. Imposible decir toda la inten- sidad que cobró la pena en el pecho amantísimo de aquella madre abandonada. A las lágrimas y el dolor por la ausen- cia de su hijo sucedieron la duda y el desengaño, esas lentas pero conminadoras enfermedades morales que des- truyen los humanos organismos y taladran los corazones sensibles con la facilidad que la carcoma corroe y taladra á su vez los añejos troncos. Aconteció entonces lo que no podía menos de acontecer. Falto de fuerzas el cuerpo por las continuas vigiliias, y falta la voluntad de ánimos por la in- tensidad de los pesares, la pobre madre, en quien se junta- ron á un tiempo el denuedo y la constancia para vencer al destino implacable y para huir á la miseria, por horrible que se mostrara á sus ojos, cayó ahora en completo abatimien- to. Ya no discurría su imaginación el modo de procurarse cotidianamente un pedazo de pan que ofrecer al hijo de sus entrañas, y por ende, ya todo estímulo al combate de la vida se había en su ser evaporado y perdido. Así vino sobre ella á los pocos meses de separación, y cuando agotados los últimos restos de sus ahorros fue, como nube de langosta sobre fértil sembrado, la más horrible de las ca- lamidades, la espantosa miseria. Tal era la situación á que se hallaba reducida la infeliz mujer cuando en los comien- zos de este relato tradicional la hemos visto tendida por los suelos en el interior de su triste y oscura cabaña.

GINÉS ALBEROLA.

(Se continuará.)

## EN UN ÁLBUM (1).

El álbum de la vida  
Es, niña, la memoria;  
Las dichas y pesares  
Se escriben en sus hojas.

(1) Del libro *Armonías*, que acaba de publicar en Santiago de Chile el editor D. Rafael Jover.

Hay páginas sombrías  
Y páginas de rosa;  
Y si son blancas unas,  
Bien negras son las otras.

Las dulces ilusiones,  
Las esperanzas locas  
Y sueños de ventura  
Comienzan esa historia.

Después deseos vagos  
Dibujan y coloran  
Con hechiceros tintes  
Mil adorables sombras;

Sombras que el alma joven  
En su inocencia adora,  
Visiones que reviste  
Con sus virtudes propias;

Á cuyos pechos presta  
Amor, ternura, aromas  
Que en los primeros años  
Del nuestro se desbordan;

Almas, hijas del alma,  
Á quienes damos toda  
La dicha que aguardamos,  
La vida que nos sobra.

Por eso en ese libro  
Hay páginas hermosas,  
Donde palpita el pecho,  
Donde los ojos lloran.

¡Recuerdos adorados,  
Dulcísimas memorias,  
Felices si lo escrito  
Las lágrimas no borran!

Porque más tarde vienen  
Cayendo gota á gota  
Del desengaño amargo  
Las tintas destructoras,

Y entonces ya ha perdido  
El alma sus aromas,  
Las esperanzas menguan,  
La vida no nos sobra.

Pero ¡ay! cuán dulce y grato  
Nos es entonces, Zoila,  
Adormecer la mente  
En las rosadas hojas!

¡Cómo palpita el pecho  
Cuando contempla á solas  
Las páginas que guardan  
Sus dichas transitorias!

Pero á llorar tal dicha  
Mas que á reír provoca,  
El cielo quiera, niña,  
Que nunca la conozcas.

Y si se nubla el brillo  
De tu rosada aurora,  
Acuérdate que alguno  
Te dijo en sus estrofas:

«El álbum de la vida  
Es, niña, la memoria;  
Las dichas y pesares  
Se guardan en sus hojas.»

GUILLERMO BLEST GANA.

## CORRESPONDENCIA PARIENSE.

### SUMARIO.

Placeres de otoño.—El campo y la ciudad.—Lo que se ve en París.—Emi- gración de las golondrinas.—Dos casamientos aristocráticos.—El *trousseau* y los trajes de ceremonia.—Teatro del GYMNASÉ, la *Doctoresse*, comedia nueva.—Un tipo falso.—VAUDEVILLE, *L'Age ingrat*, comedia de Pailleron.—El *Petit Poucet*, en la GAITÉ.

**D**ios me libre de repetir con todo el mundo que París es horroroso en la estación actual, que París no existe en otoño. En primer lugar, los que se ven forzados á regresar á sus hogares «antes de tiempo», no tienen motivos para echar de menos este año los pla- ceros campestres. ¿Qué atractivos pueden ofre- cer los bosques de hojas enrojecidas y ya raras, en medio de la lluvia incesante, torrencial, que trans- forma hasta las setas en viscosa podredumbre; que desalienta á los más intrépidos cazadores, condenados á acechar las liebres y conejos en compañía de un resfriado formidable, y que envuelve el paisaje en un velo nebuloso, inunda los prados, pone los caminos en un estado im- practicable y ataja la vendimia, aguardando el vino más de lo regular?

Pero ¡qué quiere V.!, la mayoría, sin consultar sus gos- tos personales, sigue la corriente tiránica de la moda, sin salir jamás de esa pista inflexible cuyas etapas comien- zan en las visitas de primero de año, siguen en el concu- rso hípico y se suceden inmutables hasta las carreras del Gran Premio.

Como si fuera necesario salir de París para admirar las maravillas de la Naturaleza en todas las estaciones.... Sin ir más lejos, ¿es posible imaginar nada más tierno, más conmovedor, más poético, en una palabra, que la emigración reciente de las golondrinas? Reunidas en los



tejados de ciertas casas de los extremos de la población, se esfuerzan las pobrecillas por orientarse en medio de la borrasca, emprender el vuelo veinte veces, y otras tantas regresan al mismo punto, celebran consejo, envían emisarios en diferentes direcciones para la emigración final, lanzando una nota penetrante y melancólica de despedida, en el momento en que la densa nube oscurece de repente el cielo, abrumado de tempestades.

Algunas rezagadas siguen revoloteando en el borde de las cornisas, con ciertos llamamientos lastimeros, cuyo sentido es claro para los naturalistas y observadores de las manifestaciones de la voluntad en los animales; llamamientos desconsoladores, que participán de la súplica y del dolor.... Estas tristes rezagadas son las pobres madres que dejan abandonados a sus hijuelos, demasiado débiles para seguir el gran movimiento de todo el pueblo alado. El tierno instinto de la maternidad las detiene; pero la sumisión a una ley secreta, a una disciplina inexplicable, más fuerte que aquel instinto, las impulsa a incorporarse en las filas del gran ejército, abandonando lo que más aman, por cumplir con lo que es, probablemente, el deber de las londrinas.

Partieron, al fin, con dirección al Sur, y las aves de invierno llegan a su vez antes del tiempo acostumbrado; lo cual indica, al decir de la gente del campo, que el frío está próximo y que será intenso.... ¡Brrr!.... Siquiera en París vemos la nieve al través de los empañados vidrios de las tibias habitaciones donde nos enterramos durante tres meses, a semejanza de los lapones y esquimales en sus viviendas subterráneas.

Por fortuna, los rigores invernales no impiden al habitante de París abandonar de cuando en cuando su abrigado refugio para tomar parte en el gran movimiento de la vida parisiense; movimiento que se anuncia este año con notable animación.

Aparte del movimiento teatral, de que me ocuparé más adelante, la *high life* ha tenido ocasión de mostrarse, con motivo de varios casamientos aristocráticos.

Dos principalmente han dado abundante materia a las conversaciones particulares y a las crónicas de la prensa parisiense: el del hijo del Rey de Dinamarca con la hija del Duque de Chartres, cuyas amonestaciones anunció el periódico *Les Petites Affiches* con los nombres de *Monsieur Waldemar de Dinamarca* y *Mademoiselle de Orléans*, lo que ha producido gran escándalo entre ciertas gentes, y el del Conde de la Rochefoucauld con la señorita de la Tremoille.

De ambos me ocuparé brevemente, siendo mi posición harto modesta y mis gustos demasiado llanos, para introducirme en tan encumbradas esferas. Bastará, para satisfacción de las lectoras de su ilustrado periódico, que les cuente algunas de las maravillas que figuraban en el *trousseau* de las nobles desposadas, y las que lucían las aristocráticas damas que asistieron a la ceremonia nupcial.

Entre un sinnúmero de *deshabillés* de suprema distinción, he admirado sobre todo un traje de terciopelo mordorado, guarnecido de piel de chinchilla, verdadero traje de gran dama por su elegancia y su originalidad.

El vestido de desposada de la señorita de la Tremoille, maravilla del arte parisiense, era de raso blanco, enteramente cubierto de un encaje antiguo, de la riquísima colección del Duque de la Tremoille.

La hija del Duque de Chartres vestía sencillamente de raso blanco, con un velo de encaje puesto a la española y prendido con una media luna de flores de azahar en los cabellos.

La Duquesa de Chartres llevaba una espléndida *toilette* de raso blanco brochado de oro, cuyo vestido iba recogido sobre una falda de raso mordorado y guarnecido de marta cibelina: un traje regio.

En la ceremonia religiosa del segundo de estos casamientos, que tuvo lugar en la iglesia de la Magdalena, observóse que los más ricos trajes eran de terciopelo. La Duquesa de la Rochefoucauld llevaba un vestido de terciopelo granate; la Duquesa de Mouchy iba vestida de terciopelo color de esmeralda, con un aderezo de perlas bellísimo; la Condesa de Poutalés lucía un elegantísimo traje de terciopelo color de amatista.

Es indiscutible que el terciopelo se presta admirablemente a la confección de un traje rico, dada la sencillez de las formas actuales.

Entre los trajes notables por la originalidad de su corte, debo citar un precioso vestido de señorita, hecho de terciopelo fondo beige con rayitas formando cuadros. La falda iba enteramente plegada con tablas anchas y guarnecida en el lado izquierdo con una quilla de faya color de algarrroba, que formaba viso ó trasparente a otra quilla de tul blanco bordado al punto de espíritu y bullonado.—Corpiño de terciopelo de cuadrados, adornado con un peto de faya velado de tul. Sombrero de felpa negra, género *Pifferraro*, con unas cocas de cinta rayada, raso y faya, que formaban penacho, el cual sobresalía muy por encima de la copa.

Podría citar muchos trajes tan elegantes como ricos, pero esta enumeración acabaría por ser monótona y de escaso interés.

En el teatro del Gimnasio hemos asistido a la representación de una comedia nueva, la *Doctora*, en que se pretende criticar ciertas aspiraciones de nuestro sexo, aspiraciones mucho más dignas de alabanza que de vituperio, y que no debieran servir de pasto a la sátira. Así es que, a mi juicio y al de no pocas personas sensatas, las flechas más ó menos envenenadas que los autores han querido dirigir contra nuestro pobre sexo, se vuelven contra el suyo. El personaje ridículo de la comedia no es la doctora, sino su marido, que se perfuma, que se riza el pelo, que vive de

la ciencia y del trabajo de su esposa, bella y encantadora joven, y que la engaña por añadidura.

El público no puede, con justicia, mostrarse muy severo con ciertas costumbres estrafalarias de la esposa, cuando ve al marido engalanarse como una señorita con el dinero de las visitas y consultas. Y los ingeniosos autores me permitirán que les diga que si la *señora* no tiene tiempo de amar a su marido, es que el marido no merece que lo ame. En realidad, las mujeres tenemos siempre tiempo de querer a los que queremos. Que los maridos se hagan acreedores al amor de sus esposas: tal es, en el fondo, la moral de la comedia del Gimnasio, que no me ha parecido, ni con mucho, desagradable para nosotras.

Por otra parte, el teatro moderno ha caído una vez más en el defecto de tomar por asunto las excepciones. Cuando Molière se mofaba de los médicos, de las petimetras y de los charlatanes, estos tipos pululaban en la corte y en la ciudad. Yo apostaría a que ninguna de las que me leen cuenta una sola *doctora* en el número de sus amigas. En toda Francia no pasan de una docena.

La compañía del teatro del VAUDEVILLE, que es una de las mejores de París, ha puesto en escena *L'Age ingrat*, comedia de Pailleron, célebre autor del *Monde où l'on s'ennuie*. El éxito ha sido, si cabe, más lisonjero que cuando se representó años há por primera vez en el Gymnase.

La GAITÉ nos ha ofrecido esta semana, transformado en *féerie*, el famoso cuento de Perrault *Petit Poucet*. Los anticipados elogios que se habían hecho de esta obra no me han parecido exagerados; el espectáculo es de los más divertidos que pueden imaginarse, y estoy seguro de que no solo la turba infantil, a quien va dedicado este género de espectáculos, irá a aplaudir las mágicas hazañas del héroe diminuto; sino millares de los que han pasado—por su desgracia—de la edad de los cuentos.

Hay quien supone que la humanidad no ha pasado aún de la edad de la infancia.

¡Ojalá fuese así!

X. X.

París, 8 de Noviembre de 1885.

## EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

### Núm. 1.836.

1. *Traje de desposada*.—Vestido de raso blanco. Fondo de falda que sostiene por delante y en el lado izquierdo dos paños de raso blanco bordado de flores de relieve. En lo alto va una especie de banda plegada de encaje, apuntada en el lado derecho con un ramo de flores de azahar, que sujeta al mismo tiempo una quilla de raso liso. La banda va recogida en el lado izquierdo con un ramo grande de flores de azahar. Corpiño terminado en punta muy pronunciada por delante y por detrás; la punta de la espalda desaparece entre los pliegues de la cola. Los delanteros se abren sobre un chaleco de encaje plegado y atravesado en el pecho con una barreta de terciopelo blanco. Cuello de terciopelo. Ramo de flores en el lado izquierdo. Manga semilarga, adornada con una cartera de terciopelo. Velo largo de tul de ilusión.

Tela necesaria: 4 metros 40 centímetros de tafetán para la falda de debajo, 2 metros 10 centímetros de raso blanco, cortado en dos paños y bordado después para el delantero y el lado de la falda, y 8 metros 90 centímetros de raso liso.

2. *Traje para señoritas*.—Este traje es de *crepelina* color de rosa y red de felpilla color de musgo, y se compone de una falda de debajo de tafetán color de rosa, sobre la cual va dispuesta una especie de delantal de red de felpilla. El lado derecho va formado por un entrepaño plegado, sujeto con lazos de cinta de terciopelo color de rosa. El lado izquierdo se compone de un paño plegado, seguido de una coca que va a unirse a la parte de detrás de la túnica, la cual consiste en una falda ancha y recta y cuyo vuelo superior cae formando capuchas graduadas. El corpiño es de forma sumamente original; no pasa de la cintura y descansa sobre una aldeta muy corta de felpa color de musgo, que forma punta por delante y por detrás. La parte superior de este corpiño va escotada en punta sobre un camisolín de red color de musgo, con un viso de tafetán de color de rosa. Los delanteros van enlazados sobre un chaleco de felpa color de musgo. Un encaje ribetea la la abertura de delante. Otro encaje, muy ancho y plegado, forma una especie de aldeta que disminuye en el lado izquierdo. Cuello de felpa. Manga que no pasa del codo y va adornada con un puño de felpa, cubierto de cuentas gruesas de color de musgo.

Se corta este corpiño por las figs. 9 á 17 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

Tela necesaria: 4 metros 20 centímetros de tafetán para el fondo de falda, y 9 metros 20 centímetros de *crepelina* de 60 centímetros de ancho.

3. *Traje de visita*.—Vestido de faya gruesa color de ladrillo, compuesto de una falda de debajo de tafetán del mismo color, sobre la cual se pone a la derecha un paño de faya tejida de entredoses, de cuentas y cinta de terciopelo del mismo color, y de una túnica muy larga de faya, consistente en una especie de delantal muy recogido en el lado derecho bajo una escarapela de cinta de terciopelo color de ladrillo, y en una quilla plegada de terciopelo, que adorna el lado izquierdo y va unida a la cola, la cual va ligeramente plegada por arriba. El borde de esta cola no lleva ningún adorno. Corpiño terminado en punta por delante y recortado en cuadro por detrás. Los delanteros se abrochan con corchetes bajo una tira de terciopelo, que va rodeada de un entredós de cuentas a cada lado. Cuello de terciopelo y manga guarnecida de un entredós de cuentas.—Capota pequeña de terciopelo color de ladrillo, ribeteada de un cordón doble de cuentas del mismo color. Plumas y penacho azul celeste.

Tela necesaria: 4 metros 40 centímetros de tafetán, un paño de un metro 10 centímetros de faya tejida de entredoses y cintas de terciopelo, y 11 metros 30 centímetros de faya lisa.

## ARTÍCULOS DE PARÍS RECOMENDADOS.

No podremos aconsejar mejores cosméticos, ni más higiénicos, que los siguientes: la *crema de fresas*, especie de *cold-cream* delicado, que se extiende sobre el cutis con un lienzo fino, ya sea por la mañana, ó por la tarde al volver de una larga excursión; al cabo de algunos minutos se enjuga el rostro, aplicando una ligera capa de *polvo de Cyprus*, finísimo polvo de arroz, impalpable, que deja sobre el rostro á manera de un impermeable vello. Las personas sujetas á enrojecimientos súbitos después de las comidas deberán servirse de la *crema de cohombres*, que les dará los mejores resultados. La *loción Guerlain* (15, rue de la Paix, París) es también excelente, y puede usarse como agua de tocador. El jabón *Sapoceli* al blanco de ballena es para nosotros el más agradable; el mejor de los jabones; es untuoso, abundante en espuma, y conserva indefinidamente su perfume.

No consiste la elegancia en el valor de los trajes que se llevan, sino en la corrección irreprochable de su forma. Así, pues, nunca ha desempeñado el corsé tan importante papel como ahora en la *toilette* femenil. Preguntad á las bellas clientes de la casa DE VERTUS (12, rue Auber, París), con qué facilidad han resuelto el problema de ir bien vestidas: sus costureras tienen muy poco trabajo que tomarse: el busto, maravillosamente preparado por el corsé *Ana de Austria*, tiene toda la aristocrática distinción que exige el corpiño ceñido, ya sea *jersey* ó piel de gamuza.

Reflexiónese que tales corpiños no tienen ninguna ballena, y que harían triste papel sobre un talle que no estuviera modelado por un corsé irreprochable, como los que salen de la casa de Vertus.

Como corsé de descanso, inapreciable para ciertos estados de languidez, la *faja-Regente* tiene grandes cualidades, pues sostiene el talle sin fatiga, dándole una elegancia abandonada, que tiene un encanto particular.

Todos esos trajes elegantes que cada semana describimos, perderían todo su encanto si las señoras que los llevan descuidaran los medios aparentes para hacerlos valer.

Lo más seguro es tener un corsé bien cortado, bien cosido, y procedente de una casa de primer orden como la casa P. DE PLUMENT, de París.

Con un corsé fabricado por dicha importante casa, el talle adquiere una perfección notable. ¿Sois un poco gruesa? El corsé-coraza *Juana de Arco* atenuará la amplitud de las caderas; sostendrá el talle y lo hará ganar en esbeltez, simulando, sin perjudicar vuestra salud, una superabundancia de carnes, que os atormenta en vuestro natural deseo de parecer bien.

¿Sois delgada? El corsé *Sultana* hará resaltar las elegancias de vuestro busto.

Pidase á la casa Aurigemma, de Barcelona (calle Fernando, 3), el *Boletín-guía de la casa de Plument*, que será remitido franco de porte, y en el cual se encuentran los dibujos de todos los corsés y ahuecadores de aquella importante casa.

Exposición Universal de 1878: Medalla de Oro, Cruz de la Legión de Honor. EL AGUA DIVINA de E. COUDRAY, perfumista en París, 13, rue d'Enghien, es el producto por excelencia para conservar la juventud. También es el mejor preservativo de la peste y del cólera morbo.

CONSERVAD el cabello con una loción cada mañana de la *Jaborandine*, descubrimiento nuevo.

Dusser, inventor, 1, rue J. J. Rousseau, París.

Bruxelles, 20 Mars 1883.

Toda mi familia sigue el régimen del HIERRO BRAVAIS y recomiendo á mis colegas como el único ferruginoso que nos conviene, pues he empleado otros sin obtener resultado. Así que reciba vuestro nuevo envío, le remitiré á V. el importe por el correo.

E. GRESINI, artista lírico.

En todas las farmacias. Exigir la firma R. BRAVAIS impresa en rojo.

El Aceite de Quina de E. COUDRAY, perfumista, 13, rue d'Enghien, París, conserva por un tiempo indefinido el cabello, dándole un brillo y una flexibilidad incomparables. No es extraño, pues, que su inventor haya obtenido en la última Exposición Universal de París las más altas recompensas por todos los productos de su casa á París.

El bozo y el vello de las damas se destruye radicalmente con la *Pâte Epilatoire Dusser*. (50 años de éxito, medallas en las Exposiciones universales).—DUSSER, inventor, 1, rue J. J. Rousseau, París.

El CREPÉ FRANCÉS es el más barato y mejor relleno para almohadillas de polisones. Único depósito, Fuencarral, 8.

Un médico eminente de Londres, consultado sobre el mérito que como medicamento tiene el HIERRO BRAVAIS, escribe: «He empleado de un modo muy extenso, tanto en mis diferentes dispensarios como en mi clientela, el HIERRO BRAVAIS, habiéndolo administrado en casos en los cuales el HIERRO no podía ser tomado de otro modo. Esta es la mejor preparación ferruginosa que hasta hoy se ha hallado.»

Perfumeria Ninon V<sup>e</sup> LECONTE ET Cie, 31, rue du Quatre Septembre, París. (Véanse los anuncios.)

Perfumeria exótica SENET, 35, rue du Quatre Septembre, París. (Véanse los anuncios.)

GRANDES ALMACENES DEL PRINTEMPS. (Véanse los anuncios.)





## PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

CONTIENE LOS ÚLTIMOS FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARÍS, PATRONES DE TAMAÑO NATURAL, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, CROCHET, TAPICERÍAS DE COLORES, NOVELAS.—CRÓNICAS.—BELLAS ARTES.—MÚSICA, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

AÑO XLIV.

MADRID, 22 DE NOVIEMBRE DE 1885.

NÚM. 43.

### SUMARIO.

1. Abrigo de felpa.—2 y 4. Vestido de diagonal.—3 y 5. Vestido de cheviota.—6. Tarjetero para fotografías.—8. Arandela para lámparas.—9. Cuarta parte de una cabecera.—10 y 33. Vestido de paño.—11. Capota para niñas de 3 á 5

años.—12. Capota para niñas pequeñas.—13. Corpino de debajo.—14. Cubrepañales.—15. Vestido para niñas de 3 á 4 años.—16. Douillette para niños pequeños.—17 á 22 y 7. Sombreros de invierno y de otoño.—23. Corpino para jovencitas.—24. Corpino con peto y solapa.—25. Camiseta para niñas de 5 á 7 años.—26. Camiseta para niñas de 6 á 8 años.—27 y 28. Vestido para niñas de 7 á 9 años.—29 y 30. Vestido para niñas de 2 á 4 años.—31 y 32. Dos cuellos rectos.—34. Abrigo de paño inglés.—35. Vestido de faya.—36. Vestido de

seda chiné.—37. Abrigo de felpa guarnecido de pieles.—38. Abrigo de lana rayada.

Explicación de los grabados.—Crónica de Madrid, por el Marqués de Valle-Alegre.—Recuerdos, por D. Eugenio Martínez de Velasco.—Castigo del cielo (conclusión), por D. Ginés Alberola.—Revista de modas, por V. de Castelfido.—Explicación del figurin iluminado.—Sultos.



### Abrigo de felpa. Núm. 1.

Véase la explicación de este abrigo en el recto de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

### Vestido de diagonal. Núms. 2 y 4.

Véase la explicación de este vestido en el recto de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

### Vestido de cheviota. Núms. 3 y 5.

Para la explicación y patrones, véase el número 1, figs. 1 á 12 de la *Hoja-Suplemento*.

### Tarjetero para fotografías.—Núm. 6.

La fig. 23 de la *Hoja-Suplemento* á nuestro número 41 corresponde á este objeto.

El tarjetero, que es de cartón, va cubierto por la parte interior de raso encarnado, y por la exterior de faya cruda, que se borda antes con arreglo al dibujo representado por la fig. 23. Este bordado va hecho con torzal encarnado, al pasado, punto de cadenceta, punto de cordoncillo, punto de espina, punto anudado y punto ruso. Se fija la faya sobre los dos pedazos de cartón y se reúnen éstos por medio de una tira de faya forrada de raso. Por la parte interior se forman unas vueltas dobladas en cada extremo de la parte de debajo. Estas vueltas se hacen de cartón cubierto de raso. Se ribetean todos los contornos exteriores con una cinta estrecha de raso encarnado, que se emplea también para cerrar las dos tapas del tarjetero.

### Arandela para lámparas. Núm. 8.

Se hace esta arandela de paño azul oscuro y se la borda con lana color aceituna de dos matices, seda azul claro, encarna-

1.—Abrigo de felpa.  
(Explicación en el recto de la *Hoja-Suplemento* al presente número.)

2.—Vestido de diagonal. Delantero.  
(Véase el dibujo 4.) (Explicación en el recto de la *Hoja-Suplemento* al presente número.)

3.—Vestido de cheviota. Delantero.  
(Véase el dibujo 5.) (Explicación y patrones, núm. 1, figs. 1 á 12 de la *Hoja-Suplemento*.)





4.—Vestido de diagonal. Espalda. (Véase el dibujo 2.)

da, color reseda y color de bronce, al punto ruso, punto de espina y punto de cruz. Después de haber pasado el dibujo al paño, se fija en los contornos (por medio de un punto transversal hecho con seda color de aceituna) una hebra de seda aceituna, que es lo que llaman *punto de Boulogne*. Para el enrejado de los ángulos se emplea el color más claro y dos matices de lana color de aceituna, y los puntos de unión de las hebras de lana van asegurados con una cruz hecha con seda amarilla. Los puntos largos del interior del enrejado se ejecutan con seda color reseda. El punto de espina que forma los semicírculos va hecho con seda color de aceituna, y el mismo punto, que sirve

de marco, se hace con seda azul claro. Los arabescos van hechos al punto ruso con seda encarnada y seda color de reseda. El contorno exterior se borda con seda amarilla.

Cuarta parte de una cabecera.—Núm. 9.

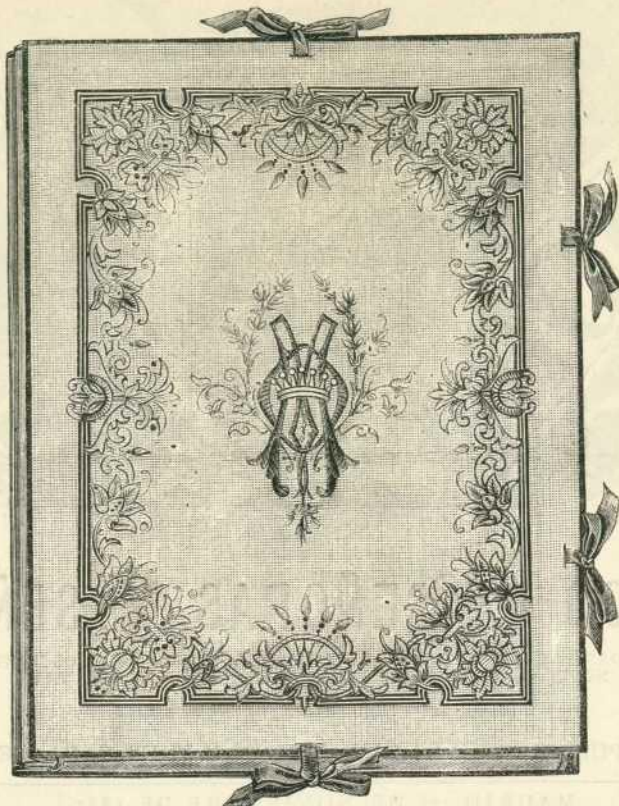
El fondo se hace al punto de red, con torzal crudo; se le borda al punto de zurcido con seda color de aceituna de dos matices, y al punto de espíritu con seda aceituna más clara que las anteriores. El contorno exterior va festoneado con seda aceituna más oscura que las precedentes. La rosácea del medio va bordada con felpilla color de cobre y azul claro y con lana color de cobre más oscura que la felpilla. Las estrellas de los ángulos van bordadas de felpilla de los mismos colores. Las ruedas se hacen alternativamente de felpilla color de cobre y felpilla azul claro. Se recorta el fondo por fuera del festón.

Vestido de paño.—Números 10 y 33.

Véase la explicación en el recto de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

Capota para niñas de 3 á 5 años.—Núm. 11.

El fondo de esta capota,



6.—Tarjetero para fotografías.

que es de gasa fuerte, tiene por delante 11 centímetros y por detrás 8 centímetros de alto. El ala, que va hendida por delante, tiene en este punto 7 centímetros y por detrás 3 centímetros de ancho. Esta ala va cubierta por encima de felpa color de corinto. La copa va cubierta de un tejido de seda brochada color crema. Un lazo de cinta color crema de 2 1/2 centímetros de ancho va puesto por delante.

Capota para niñas pequeñas.—Núm. 12.

El fondo de esta capota es de crespón de la China, color de marfil, y va adornado con un bordado y forrado de muselina, que se pliega por delante y por detrás, para formar un *bavolet* estrecho, el cual va ribeteado de un encaje color de marfil. El ala, levantada por delante, tiene 7 centímetros de ancho y va redondeada en los lados, cubriéndosela de raso color de marfil puesto doble y fruncido como indica el dibujo. En la parte exterior el ala va guarnecida, como el *bavolet*, de encaje y rizados de tul ribeteado de encaje. Lazos y bridas de cinta color de rosa de bengala.



5.—Vestido de cheviota. Espalda. (Véase el dibujo 3.)



7.—Tira bordada para sombrero (tamaño natural). (Véase el dibujo 17.)

Corpiño de debajo. Núm. 13.

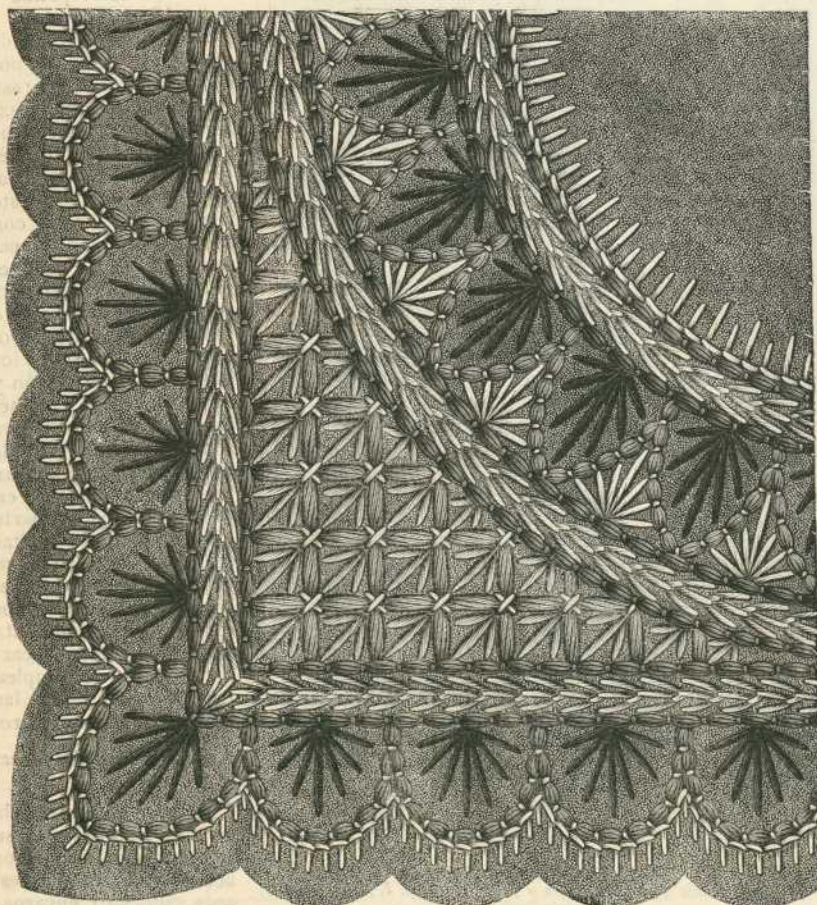
Para la explicación y patrones, véase el núm. VIII, figs. 46 á 49 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

Cubre-pañales.—Núm. 14.

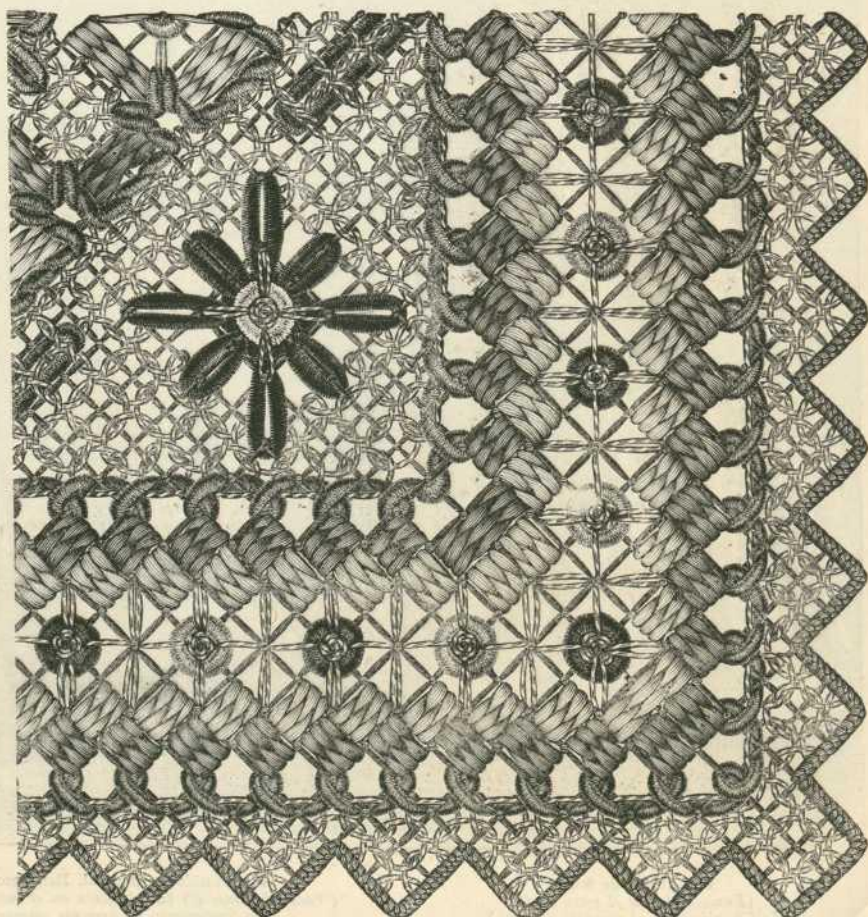
De *finette* blanca. El contorno de la falda va bordado de azul. El corpiño, que va fruncido por delante, va también bordado y pegado á la falda. Va abrochado á un lado bajo un lazo flotante de cinta azul.

Vestido para niñas de 3 á 4 años.—Núm. 15.

Este vestido es de paño blanco. La falda es de bordado plegado. El vestido de encima es de pana, y se compone de una especie de corpiño abierto por delante sobre un peto fruncido. Una falda plegada, y añadida á



8.—Arandela para lámparas.



9.—Cuarta parte de una cabecera (red).





11.—Capota para niñas de 3 á 5 años.



10.—Vestido de paño. Espalda. (Véase el dibujo 33.)



12.—Capota para niñas pequeñas.

todo el rededor va recortada en puntas por delante y adornada á todo el rededor con una tira bordada. Cinturón de terciopelo encarnado, anudado por delante. Lazo en el costado y en el escote del cuello.

«Douillette» para niños pequeños.—Núm. 16.

Esta douillette es de lana gris. La falda y la esclavina van bordadas tono sobre tono. Capucha igualmente bordada y cerrada con un lazo de cinta encarnada. Cinturón de cinta, anudado en el lado izquierdo. Manga adornada con una cartera bordada.

Sombreros de invierno y de otoño.—Núms. 17 á 22 y 7.

Núms. 17 y 7. Sombrero de reps con tira bordada. El casco de este sombrero va cubierto de reps marrón, sobre la cual se aplican unas tiras de terciopelo, adornadas con bordados. El dibujo 7 representa una de estas tiras de tamaño natural; el centro del bordado se ejecuta al pasado con seda marrón, y las tiras que le ribetean se bordan al pasado con hilos de acero. La copa va cubierta de un pedazo de reps de 56 centímetros de largo por 18 de ancho, sobre el cual se aplican seis tiras ó franjas al través; se le frunce varias veces en uno de sus lados largos y se le cose por detrás á la copa; el otro



13.—Corpiño de debajo. (Explicación y pat. núm. VIII, figs. 46 á 49 de la Hoja-Suplemento.)



14.—Cubre-panales.



15.—Vestido para niñas de 3 á 4 años.

lado de la tela va plegado entre las tiras, y se le fija sobre el ala. Después de haber ribeteado el ala de terciopelo marrón, se la guarnece de un rizado estrecho de encaje de acero, fijado por el revés. Se pone una tira

das de cinta de raso marrón, de 6 1/2 centímetros de ancho, completan los adornos de esta capota.

Núm. 20. Sombrero de terciopelo. Este sombrero es de copa alta, y el ala tiene por delante y en los lados 8 1/2 centímetros y por detrás 5 centímetros de ancho, y va arqueada hacia fuera por delante y en los lados. Por la parte exterior el ala va cubierta de terciopelo color de bronce, y el interior, de una cinta color de bronce fruncida. El sombrero



17.—Sombrero de reps con tira bordada. (Véase el dibujo 7.)

18.—Sombrero redondo de terciopelo.



16.—Douillette para niños pequeños.



19.—Capota de felpa.

20.—Sombrero de terciopelo.





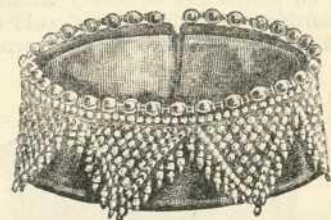
21.—Sombrero de calle.



23.—Corpiño para juvenetas.  
(Explic. y pat., núm. IV, figs. 26 y 27 de la Hoja-Suplemento.)



27.—Vestido para niñas de 7 á 9 años.  
Espalda.  
(Explic. y pat., núm. II, figs. 13 á 19 de la Hoja-Suplemento.)



31.—Cuello recto.



25.—Camiseta para niñas de 5 á 7 años.  
(Explicación en el recto de la Hoja-Suplemento.)



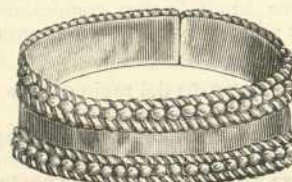
26.—Camiseta para niñas de 6 á 8 años.  
(Explic. y pat., núm. VII, figs. 40 á 45 de la Hoja-Suplemento.)



29 y 30.—Vestido para niñas de 2 á 4 años. Espalda y delantero.  
(Explic. y pat., núm. III, figs. 20 á 25 de la Hoja-Suplemento.)



28.—Vestido para niñas de 7 á 9 años.  
Delantero.  
(Explic. y pat., núm. II, figs. 13 á 19 de la Hoja-Suplemento.)



32.—Cuello recto.



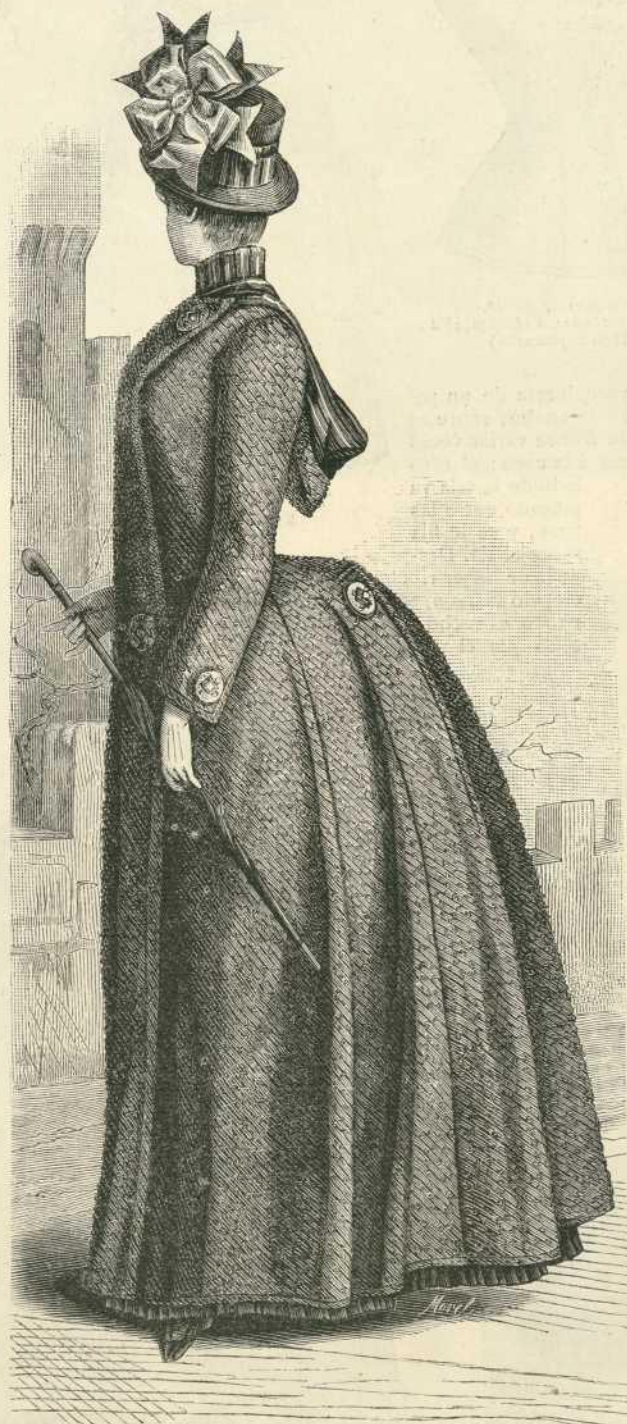
24.—Corpiño con peto y solapa.  
(Explic. y pat., núm. IX, figs. 50 á 52 de la Hoja-Suplemento.)



22.—Sombrero de teatro.



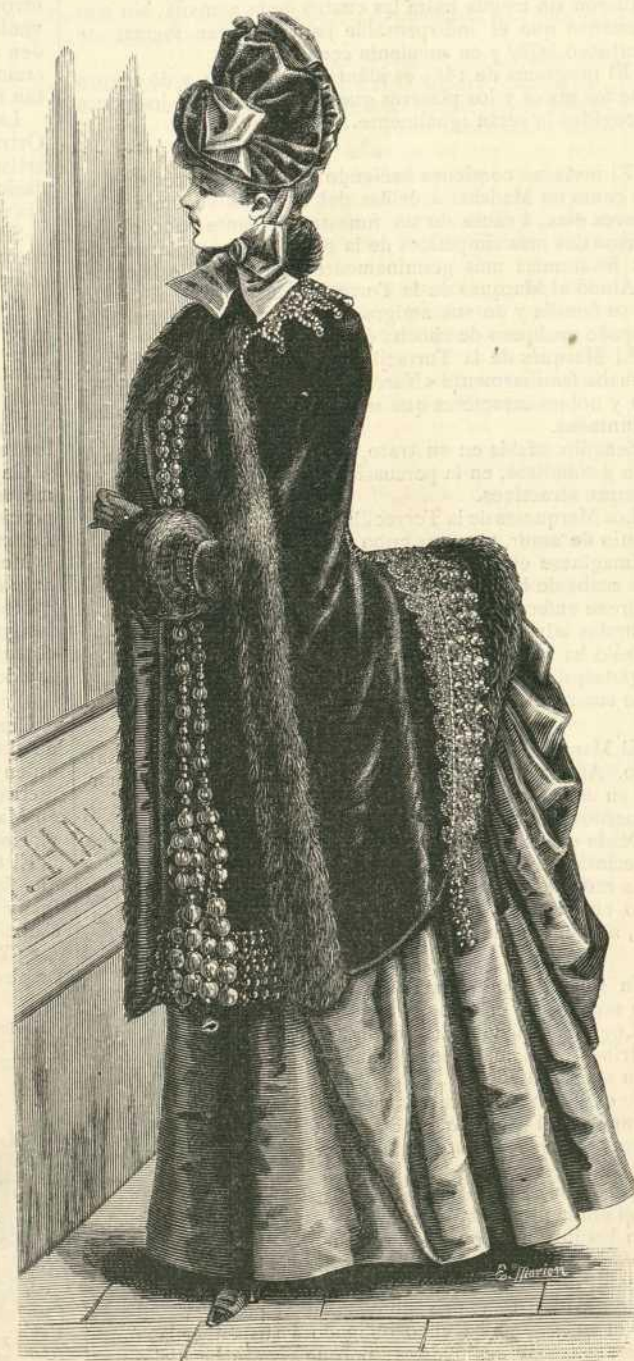
33.—Vestido de paño. Delantero.  
(Véase el dibujo 10.) (Explicación en el recto de la Hoja-Suplemento.)



34.—Abrigo de paño inglés.  
(Explic. y pat., núm. V, figs. 28 á 34 de la Hoja-Suplemento.)



35.—Vestido de faya.  
(Explic. y pat., núm. VI, figs. 35 á 39 de la Hoja-Suplemento.)



37.—Abrigo de felpa guarnecido de pieles.  
(Explicación en el recto de la Hoja-Suplemento.)



38.—Abrigo de lana rayada.  
(Explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.)



va adornado por delante con tres presillas grandes de cinta de raso color de bronce, doblado por la mitad. Los adornos se completan con unas presillas más pequeñas de cinta igual y cinta color de oro antiguo, dos plumas de ave cruz color de oro antiguo y un penacho de plumas marrón.

Núm. 21. *Sombrero de calle.* Este sombrero es de fieltro color de bronce. La parte de debajo no va forrada. Todo el borde va rodeado de varias hileras de cuentas de rosario. Varias cintas de terciopelo atraviesan la copa. Un grupo de cocas de cinta de terciopelo va puesto en lo alto en forma de penacho, y dos pájaros en el lado derecho. Bidas de cinta de faya color de bronce.

Núm. 22. *Sombrero de teatro.* El fondo va cubierto enteramente de encaje negro, dispuesto en pliegues, como lo indica el dibujo. El borde bullonado va sujeto por encima con una hilera de cuentas de azabache. Dos plumas largas sonrosadas van puestas en el lado izquierdo.

#### Corpiño para jovencitas.—Núm. 23.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IV, figs. 26 de la *Hoja-Suplemento*.

#### Corpiño con peto y solapa.—Núm. 24.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IX, figuras 50 á 52 de la *Hoja-Suplemento*.

#### Camiseta para niñas de 5 á 7 años.—Núm. 25.

Véase la explicación en el recto de la *Hoja*.

#### Camiseta para niñas de 6 á 8 años.—Núm. 26.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VII, figuras 40 á 45 de la *Hoja-Suplemento*.

#### Vestido para niñas de 7 á 9 años.—Núms. 27 y 28.

Para la explicación y patrones, véase el núm. II, figs. 13 á 19 de la *Hoja-Suplemento*.

#### Vestido para niñas de 2 á 4 años.—Núms. 29 y 30.

Para la explicación y patrones, véase el núm. III, figs. 20 á 25 de la *Hoja-Suplemento*.

#### Dos cuellos rectos.—Núms. 31 y 32.

Núm. 31. Este cuello, que es de terciopelo gris acero, tiene 40 centímetros de largo por 5 centímetros de ancho; va forrado de seda del mismo color del terciopelo. Sus adornos se componen de ondas de tul cubierto de hileras de felpilla negra y bordado de cuentas de plomo. El borde superior va guarnecido de cuentas gruesas de plomo.

Núm. 32. Se toma una tira doble de raso color masilla, de 40 centímetros de largo por 4 centímetros de ancho en medio por detrás, cuyo ancho va reducido por delante á 3½ centímetros. Entre las dos telas se pone una tira de gasa fuerte. Este cuello va adornado de felpilla blanca mezclada de oro y cuentas de madera.

#### Abrigo de paño inglés.—Núm. 34.

Para la explicación y patrones, véase el núm. V, figs. 28 á 34 de la *Hoja-Suplemento*.

#### Vestido de faya.—Núm. 35.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VI, figuras 35 á 39 de la *Hoja-Suplemento*.

#### Vestido de seda chiné.—Núm. 36.

Véase la explicación en el verso de la *Hoja*.

#### Abrigo de felpa guarnecido de pieles.—Núm. 37.

Véase la explicación en el recto de la *Hoja*.

#### Abrigo de lana rayada.—Núm. 38.

Véase la explicación en el verso de la *Hoja*.

## CRÓNICA DE MADRID.

### SUMARIO.

Dos sucesos faustos.—El estado de S. M. la Reina.—El matrimonio de la infanta doña Eulalia.—Compensaciones.—Lo pasado y lo porvenir.—Madrid triste.—Un salón abierto.—Otro que se abrirá.—Las catástrofes recientes.—Los Marqueses del Arenal y de la Torrecilla.—La enfermedad de Vico.—Los teatros.—Clausura del ESPAÑOL y de la COMEDIA.—En el de la PRINCESA, *Lola*.—En el REAL, *Lohengrin*.—Venida de Gayerre, la Patti y Tamagno.

Se habla en la villa y corte de las Españas sino de dos faustos sucesos que deben verificarse en épocas muy cercanas:—el matrimonio de S. A. la infanta doña Eulalia con su primo hermano el infante D. Antonio, hijo de los Duques de Montpensier, y el alumbramiento de S. M. la reina doña Cristina, próxima á entrar en el cuarto mes de su embarazo. Los amantes del trono y de la dinastía celebran mucho este doble acontecimiento, que debe ser acaso prenda de dichoso porvenir para la nación, y estrechar más los vínculos entre el Monarca y su pueblo.

Hay generalmente el presentimiento de que el tercer hijo de Alfonso será el heredero de su corona; como se abraza también por todos el de que la nueva unión de dos vástagos de las egregias casas de Borbón y Orleans realizará la ventura de los dos simpáticos y augustos jóvenes, que desde los primeros días del mes de Febrero venidero van á darse el dulce nombre de esposos.

Bien se necesitaban estas gratas impresiones para consolarlos de las catástrofes y calamidades que han llovido sobre España desde los principios del año actual.

Primero los terremotos; luego las inundaciones; más tarde la epidemia cólica; por último la llamada cuestión de las Carolinas, han sido otros tantos motivos de alarma y de inquietud.

Hoy, al comenzar el invierno, parecen alejarse las nubes que oscurecían el horizonte, mostrándose éste más despejado y sereno.

Y sin embargo, Madrid no recobra su aspecto alegre y bullicioso de otros años.

La *high life* regresa lentamente de sus excursiones al extranjero: aun hay familias españolas en Biarritz; aun están en París la Duquesa de Medinaceli, la de Plasencia—que acaba de sufrir un grave contratiempo—los Marqueses de San Carlos, los Duques de Alba y de Fernan-Núñez, y otros personajes que tanto contribuyen á la animación y á la vida de nuestra capital.

Los salones en su mayoría continúan cerrados, y no se abrirán, al menos por ahora.

Únicamente el del opulento capitalista Fontagud Gargollo ha franqueado ya sus puertas á la lozana y risueña juventud que se cita y reúne allí el lunes de cada semana.

Pero estas fiestas son de verdadera intimidad; empiezan temprano y nunca concluyen tarde: las señoras no lucen en ellas lujosas galas, sino trajes sencillos aunque elegantes: la corbata blanca no es de rigor entre los hombres, y el modesto piano sustituye á la ruidosa orquesta para acompañar los vales y las polkas que se bailan desde las diez de la noche á la una de la madrugada.

Hay muchas personas—y yo en el número—que prefieren estas *sauteries* á los saraos magníficos y espléndidos.

Reina en ellas un abandono, una alegría, una confianza incomparable: todo el mundo se conoce y se comunica; ni los gomosos escriben los nombres de sus parejas en los puños de las camisas, ni las señoritas llevan sus *carnets* ó librillos de memorias para apuntar los que les piden los rigodones ó el cotillón.

Tampoco se conoce lo que en estilo corriente se llama *tapicería* en los salones: aquella larga fila de madres y de tías soñolientas, que pasan el tiempo mirando los relojes, bostezando ó haciendo viajes al comedor.

Aquí—esto es, en el palacio de Gargollo—unas juegan al tresillo y al dominó; otras se pasean por las lujosas estancias, y todas parecen satisfechas y contentas al pensar que su martirio sólo dura, á lo sumo, tres horas.

Otra *soirée* de igual carácter se prepara para el 26 del corriente en la preciosa casadel joven y laureado poeta D. Juan Antonio Cavestany.

El motivo es celebrar el tercer aniversario de su matrimonio, en que ha encontrado resuelto el arduo problema de la vida: la felicidad.

Ya el año anterior, en semejante fecha, hubo en el mismo sitio otra deliciosa reunión, sazónada por el buen humor de los concurrentes, que, jóvenes como *jóvenes*, bailaron sin tregua hasta las cuatro de la mañana, sin más descanso que el indispensable para recobrar fuerzas en suntuoso *buffet* y en succulenta cena.

El programa de 1885 es idéntico al de 1884, y de seguro que los goces y los placeres que encuentran allí los pocos escogidos lo serán igualmente.

El invierno comienza haciendo víctimas ilustres en París como en Madrid: á orillas del Sena ha sucumbido en breves días, á causa de un funesto accidente, uno de los personajes más simpáticos de la grandeza española; una de las fisonomías más genuinamente madrileñas de la corte.

Aludo al Marqués de la Torrecilla, arrebatado al cariño de su familia y de sus amigos á consecuencia de haberse tragado un hueso de chocha ó de perdiz.

El Marqués de la Torrecilla, á quien su círculo íntimo llamaba familiarmente «Narciso», poseía uno de esos francos y nobles caracteres que se ganan desde luego todas las voluntades.

Sencillo, afable en su trato, no había quien no lo buscase y solicitase, en la persuasión de que encontraría en él siempre atractivos.

Los Marqueses de la Torrecilla habían realizado un matrimonio de amor, y nunca hubo unión más feliz ni perfecta.

Imagínese el dolor de la fiel y amante compañera del que acaba de bajar al sepulcro, la cual ha ofrecido, durante la breve enfermedad y después de la muerte de su esposo, ejemplos admirables de cariño y fortaleza de ánimo, pues no sólo ha vestido al egregio difunto, sino que se ocupó al llegar aquí de preparar el panteón donde se han depositado sus restos.

El Marqués del Arenal era también un cumplido caballero. Antiguo oficial de artillería, tuvo que abandonar por su delicada salud la carrera militar, dejando honrosos recuerdos en el distinguido cuerpo en que sirvió.

Desde entonces su existencia fué una serie continua de padecimientos.

La muerte de uno de sus hijos, ocurrida el verano último en San Sebastián, ha abreviado su existencia; golpe que, no por previsto, ha producido menor sentimiento.

Un general y un artista, ambos ilustres, se hallan también seriamente enfermos.

¿Logrará la privilegiada naturaleza del Duque de la Torre triunfar del mal que la mina y de los inconvenientes de su avanzada edad?

No es posible—ni siquiera á los hombres de ciencia—asegurarle: el paciente tiene alternativas de alivio y agravación, y generalmente se teme que el desenlace sea funesto.

Por el contrario, principianse á concebir esperanzas de que el eminente actor Vico salga de su peligrosa situación. En los instantes en que escribo hay evidente mejoría: el enfermo ha abandonado el lecho breve tiempo; el delirio ha cesado, y los síntomas favorables reaparecen.

El teatro Español, privado de su actor principal—iba á decir el único—se ha visto obligado á suspender las funciones, á cerrar sus puertas, porque, como ha dicho un cronista, Vico podía repetir, imitando á Luis XIV: «*El teatro Español soy yo*».

Si falleciera el glorioso intérprete de las obras de Eche-garay, de Cano, de Sellés, de los jefes, en fin, de la mo-

derna escuela, no podría quizás estrenarse por ahora el drama del primero, titulado *De mala raza*, que debía ponerse en escena precisamente el día mismo en que el artista hubo de guardar cama.

¿Quién le reemplazaría, partiendo siempre de la propia hipótesis, en el antiguo Corral de la Pacheca?

Calvo, el único que se halla en ese caso, trabaja en el Teatro Principal de Barcelona, del cual es director y empresario; y no abandonaría ciertamente una especulación que parece ventajosa, para sacar de apuros al Sr. Ducazal.

Entonces se cerraría definitivamente el coliseo de la calle del Príncipe, como se ha cerrado su vecino el de la Comedia.

Ni los esfuerzos del inteligente actor Rubio; ni la venida de la Princesa Dolgorouki—aplaudida y festejada una noche, olvidada las siguientes—ni los recuerdos de lo pasado, han podido salvar á aquel elegante teatro de la catástrofe.

Mario ha perdido en él una cantidad considerable, recogiendo en la compañía «de la Princesa» los restos de su terrible naufragio.

Por fortuna, el nuevo y precioso coliseo se halla cada vez más en moda, viéndose favorecido cotidianamente por concurrencia numerosa y aristocrática, á pesar del fracaso sufrido con *Lola*, comedia de D. Enrique Gaspar, que «no dió gusto á los señores», según decía el famoso é inmortal bedel de la Universidad de Alcalá.

El distinguido autor de *La Levita* y *Las Apariencias* se ha equivocado esta vez: creyó que podía escribir una comedia sin argumento suficiente para tres actos, y sin situaciones cómicas ni dramáticas, y el público le ha sacado de su error.

Sin duda tomará en breve su desquite en Apolo—donde tiene admitida otra composición—volviendo á escuchar los aplausos que ha oído en muchas y distintas ocasiones.

La campaña del regio coliseo continúa siendo próspera y feliz.

Hasta ahora no ha tenido ningún tropiezo; hasta ahora, cuantas óperas se han cantado en la hermosa sala de la plaza de Oriente han alcanzado éxito más ó menos brillante, aunque siempre favorable; y hasta el *Lohengrin*, que en otras temporadas fué escuchado con indiferencia, si no con disgusto, ha conseguido recientemente acogida mejor.

Verdad es que nunca había sido interpretado con la igualdad, con la perfección de ahora.

La Kupfer Berghe, que se ha dado á conocer entre nosotros en el papel cólosal de Elsa, justifica la fama de que venía precedida como cantatriz dramática de primer orden; y al verse aplaudida, aclamada en Madrid, habrá creído encontrarse en Viena, donde ha logrado tantos y tan ruidosos triunfos.

La Pasqua, á quien ya habíamos visto en la parte de Ortruda, ha hecho alarde de sus grandes dotes naturales y artísticas; y Stagno personifica admirablemente al legendario *Caballero del Cisne*, prestándole su fisonomía propia é imprimiéndole su verdadero carácter.

Silvestri y Bianchi han contribuido poderosa y eficazmente al conjunto de la representación, que ha dejado completamente satisfecho al auditorio.

No sería justo olvidar á los coros y á la orquesta, que tan importante intervención tienen en la obra de Wagner, ni al director D. Manuel Pérez, que ha conquistado dignamente su bastón de general de la hueste musical.

Pero ahora es cuando va á empezar la parte más brillante de la temporada del teatro Real.

Gayerre se encuentra ya entre nosotros, y durante dos meses su incomparable voz, su arte exquisito, nos proporcionarán el placer de escuchar los mejores *spartitos* de Bellini, de Donizetti y de Meyerbeer.

Merced á él nos deleitaremos con *La Favorita*, *La Africana* é *I Puritani*: merced á él oiremos *Il Duca d'Alba*, el canto del cisne del maestro de Bergamo, que á nuestro insigne compatriota le cupo la suerte de dar á conocer en el teatro de San Carlos de Nápoles con el gran resultado sabido de todos.

Quando se marche Gayerre á cumplir sus compromisos en el teatro de la Grande Opera de París, vendrá la Patti, quien dará siete ú ocho funciones *extraordinarias*, esto es, fuera de abono, mientras á la par hace su primera aparición en Madrid el célebre Tamagno, perteneciente á la trinidad gloriosa formada por él, Gayerre y Stagno.

El Conde de Michelena habrá tenido la satisfacción de que figuren en su teatro los cuatro artistas más importantes y famosos del mundo musical: la ex Marquesa de Caux y los tres tenores citados arriba.

«¡Y buen dinero que me cuestan!» exclamará con un suspiro el animoso y valiente empresario.

EL MARQUÉS DE VALLE-ALEGRE.

Noviembre 18 de 1885.

## RECUERDOS.

A primera vez que se visita el castillo de la Mota siéntense en el ánimo dos distintas emociones: angustia indefinible, como si el corazón se apretase con los recuerdos de la Historia, y desdén profundo, casi lástima, de los hombres que han abandonado tan egregia mansión al triste destino de las ruinas.

Allá cuando estallaron los primeros chispazos del voraz incendio de las Comunidades de Castilla, era Medina del Campo, antigua corte de los Reyes Católicos, emporio del comercio y uno de los principales centros de riqueza en la Península Ibérica; negóse altivamente á entregar al Consejo Real los cañones que en ella se guardaban, y les quitó las ruedas y las



cuñadas para que el famoso alcalde de casa y corte D. Rodrigo Ronquillo no pudiera llevarlos «para combatir á su hermana», la sublevada Segovia; las tropas del general D. Antonio de Fonseca, en castigo de tal negativa, incendiaron la ilustre villa el 21 de Agosto de 1520, «arrojando alcancías de alquitrán sobre los edificios..... y las llamas de tan inmensa hoguera (dice el obispo Sandoval) parecía que subían hasta el cielo y alumbraban las poblaciones de la comarca»; los bravos medineses, que pelearon como leones, no se rindieron ante el horrible estrago, y el fiero Fonseca y el adusto Ronquillo, vencidos por un puñado de comerciantes y hombres de negocios, tuvieron que retirarse á Valladolid, después de haber convertido en ruinas el centro comercial más floreciente de Castilla.

Medina del Campo fué destruida: «ya tenemos nuestros cuerpos fatigados de las armas (decían los regidores medineses á los regidores segovianos en lloroso mensaje), las casas todas quemadas, las haciendas todas robadas, los hijos y las mujeres sin tener do abrigarlos, los templos de Dios hechos polvo.....»

Todavía el viajero que llega á Medina y anhela visitar la histórica villa, encuentra algun *cicerone* que le refiere á su manera aquella espantosa catástrofe.

—Mirad, señor (me decía en cierta ocasión el viejo sacristán de la ex colegiata, guiándome por las solitarias calles de la población): ahí estaba el convento del Señor San Francisco, y todo él fué quemado, con los tesoros que tenía..... Venid más acá: ¿veis esa huerta? Pues en ella se refugiaron los frailes, y cuando el incendiario Fonseca les dijo que se marcharan á otra parte, se pusieron de rodillas y contestaron que los matasen y los quemasen antes que obligarlos á salir de Medina..... En la huerta existen aún los restos de una noria muy honda, muy honda: mírelos allí. Pues *cabe* la noria, donde *ahora* está esa parra, había entonces una *olma* viejísima, cuyo tronco estaba hueco: en aquella olma fué escondido por el prior del monasterio el Santísimo Sacramento, para que no le profanara la chusma del alcalde Ronquillo, más desalmada que la soldadesca del general D. Antonio.....

Así mi guía hablaba de sucesos ocurridos hace más de tres siglos y medio, y cuyo recuerdo se mantiene vivo entre el vecindario de Medina.

—¿Y el castillo de la Mota?

—Vedle, señor, encima de aquella loma, cayéndose á pedazos: cada primavera se cuarteaa un murallon ó se hunde una bóveda, y cada otoño los pobres de la vecindad arrastran las piedras caídas para componer con ellas sus chozas, y los maderos viejos para encender la lumbre de sus hogares en los días fríos del invierno.....

Álzase aún la torre del Homenaje del castillo de la Mota, cuadrada, con almenas y saeteras, hendida por anchas grietas y bañada de ese tinte negruzco que imprimen los siglos en la frente de los viejos monumentos.

Vese también la plaza de armas: no salen ya de aquellos soportales, apoyados en macizas columnas, las damas y caballeros, los prelados y magnates, los valerosos caudillos y bravos paladines que acompañaron á Isabel la Católica á la toma de Baza y á la rendición de Granada; pero la fantasía, guiada por la Historia, finge el soberbio espectáculo que describen antiguos cronistas, y cree ver á la augusta Reina en su corcel de batalla, seguida de su hija la infanta doña Isabel, salir de aquel recinto y presentarse en el campo de los sitiadores, «cual genio tutelar (dice uno de ellos) que se nos aparecía rodeado de ninfas, para restablecer con su presencia el aliento en los pechos castellanos, abatidos ya por las fatigas, las penalidades y los peligros.»

Allí hay una angosta poterna que conserva todavía honda señal del rastrillo, y dice la tradición que en aquel sitio pasó una noche la infeliz doña Juana la Loca, llorando amargamente, suplicando en vano á los centinelas que bajasen el puente levadizo, desoyendo con la insensatez de la locura los ruegos de sus atribulados padres: quería la desdichada Princesa partir sola y á pié para Flandes, con el objeto de sorprender las infidelidades de su esposo.....

Allí se ve una pieza cuadrada y ancha, que tiene pavimento de piedra lisa, paredes grieteadas, blasones en los ángulos y bóveda de laceria: llámase aún *El tocador de la Reina*, y se dice que, muerta Isabel la Católica, sirvió de cárcel por espacio de algunos años al príncipe D. Fernando de Nápoles, duque de Calabria, prisionero del *Gran Capitán* desde la rendición de Tarento.

Allí me enseñaron dos almenas rufinosas, que se levantan sobre el muro á gran altura: es fama que en ellas ató una cuerda y una escala el célebre César Borgia, preso en la Mota por el Rey Católico, para descollarse por el muro en la noche del 25 de Octubre de 1506, y escapar á uña de caballo hasta Navarra, donde siete meses después había de morir desastrosamente en un barranco, cerca de Viana.

También existe una piedra, un sillar cuadrado, cerca de la entrada principal del castillo: cuéntase que en esa piedra sentóse desfallecido el insigne Cristóbal Colón, acompañado de su hijo Fernando, al visitar por última vez al Rey Católico, y obtener del Monarca una cruel negativa á sus justas solicitudes.....

Hállase casi arruinada la vasta cámara donde hizo testamento y murió Isabel la Católica.

¡Cuántos dolores hirieron á la excelsa Reina en los postreros años de su vida!

Madre amantísima, había visto morir en edad temprana á la mayor de sus hijas, la predilecta doña Isabel, reina de Portugal, y á su hijo D. Juan, príncipe de Asturias, dechado de virtud y de nobleza; y para que nada faltase á su infelicidad doméstica, ella, tan pura como indulgente, que cerraba los ojos para no ver los devaneos de su inconstante marido, tuvo que lamentar las desavenencias que surgían en el hogar conyugal de su hija doña Juana. Acometiola ardiente calentura dos días después de haber

recibido de Flandes noticias desconsoladoras, y hallándose enfermo gravemente su esposo D. Fernando.

El fiel Pedro Mártir, que residía en el castillo de la Mota y presenciaba la lenta agonía de la Reina, escribió al Conde de Tendilla, gobernador general de Granada, en 7 de Octubre de 1504:

«Todo su sistema está dominado por la fiebre que la devora; se niega á recibir alimento; la sed la atormenta; la enfermedad, según creo, va á concluir en hidropesía.»

La enfermedad era, en efecto, mortal: sostenían el aliento de la Reina su espíritu varonil y su infatigable solicitud por el bien de los pueblos que gobernaba.

El día 12 otorgó su célebre testamento, y el 15 se encontraban los moradores del castillo «abatidos y melancólicos (escribe el mismo Pedro Mártir), esperando y temiendo que llegue la hora en que la religión y la virtud dejen la tierra con ella para siempre..... Casi no se puede decir que muere, sino que pasa á disfrutar otra existencia más noble; deja el mundo lleno de su fama, y va á gozar de la vida eterna en el cielo.»

La santa señora luchó valerosamente con la implacable enfermedad hasta el día 23 de Noviembre, en que otorgó su admirable codicilo (el cual se conserva con religioso celo en la Biblioteca Nacional de Madrid), cuyas cláusulas son la prueba más concluyente del amor que profesaba al pueblo castellano.

«No lloréis por mí (exclamaba con frecuencia, según Lucio Maríneo, al ver deshechos en lágrimas á sus servidores), no lloréis por mí, ni perdaís el tiempo en hacer inútiles ruegos por mi restablecimiento; rogad, sí, por la salvación de mi alma.»

Recibió los Sacramentos con fervorosa unción, y cuando le administró los Santos Oleos el arzobispo de Toledo, el gran Jiménez de Cisneros, no permitió que la descubrieran los pies.

El miércoles 26 de Noviembre, cerca de las doce del día, espiró la magnánima señora con la tranquilidad del justo, á los cincuenta y cuatro años de edad y el trigésimo de su glorioso reinado.

Así escribía Pedro Mártir á Fr. Hernando de Talavera, primer arzobispo de Granada, para darle cuenta de la irreparable pérdida que sufría la patria:

«Mi mano tiembla y se posa sin fuerzas sobre el papel: el mundo ha perdido su más bello ornamento..... Ella era espejo de todas las virtudes, escudo de los inocentes, espada vengadora para los malvados..... No sé que haya habido mujer alguna en los antiguos ni en los modernos tiempos que sea digna de entrar en parangón con esta señora incomparable.»

El embajador de la Señoría de Venecia en la corte del Rey Católico, el discreto Andrés Navagiero, consigna:

«La reina doña Isabel, por su genio singular, por su varonil firmeza y por otras virtudes que la adornaban, muy raras en nuestro sexo y más todavía en el suyo, no sólo fué gran parte, sino el todo, puede decirse, de la conquista de Granada. Era una señora muy extraordinaria y virtuosa, y los españoles hablan más de ella que del Rey.....»

Otro historiador contemporáneo, Paulo Giovio, italiano, dice:

«Por la grandeza de su ánimo generoso y prudentísimo, y por su modestia y piedad, sólo puede ser comparada con los héroes más celebrados de los tiempos antiguos.»

Un noble adversario de España, que murió en el campo del combate peleando contra españoles, Bayardo, *el caballero sin miedo y sin tacha*, escribió en sus *Memorias*:

«El año 1504 partió de esta vida una de las más triunfantes y gloriosas damas que han existido desde hace mil años: ésta fué la reina Isabel de Castilla..... Su vida fué tal, que bien mereció ser coronada de laurel después de su muerte.»

¿Y hay quien pretenda compararla con la hipócrita, cruel y malvada Isabel de Inglaterra!

«No (exclama un escritor moderno, después de señalar las diferencias que existen entre una y otra); la reina de Inglaterra era en extremo egoísta, incapaz de olvidar una injuria y despiadada en el castigo; pero la soberana de Castilla vivía sólo para los demás, siempre estaba dispuesta á sacrificarse por el bien público, y mostraba la mayor bondad hacia aquellos mismos que la habían ofendido en lo más vivo de su corazón.»

Del norteamericano W. Prescott, protestante, son estas magníficas frases:

«El respeto que inspiraba se unía con los más profundos sentimientos de viva adhesión y amor.»

«La más notable de sus cualidades morales era la magnanimidad: nada había de egoísmo en sus acciones y pensamientos.»

«Lo que daba un colorido especial á todos los rasgos del espíritu de doña Isabel era su piedad, que brotando del fondo de su alma con celestial brillantez, iluminaba todo su carácter.»

»De ella podía decirse:

Que hacía se apartase de su lado  
Hasta la sombra misma del pecado.»

Para hacer el más cumplido elogio de aquella excelsa Reina, basta escribir su nombre: *Isabel la Católica*.

«Y añadir luego (observa el R. P. Flórez) las palabras del Sabio: *Ipsa laudabitur*; Ella misma se alaba.»

Ignoro si el castillo de la Mota ha sido declarado monumento nacional y está á cargo de la Comisión de Valladolid; si así no fuese, ¿qué español no uniría su voz con la mía para suplicar al Sr. Ministro de Fomento que libre de total ruina, quizás inminente, al histórico edificio donde exhaló su postrer suspiro la insigne conquistadora de Málaga y Granada?

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.

Noviembre 1885.

CASTIGO DEL CIELO.

(Conclusión.)

II.



Se alaba á los espacios majestuosísimo é imponente, por las laderas del Blumisalp, el castillo del conde Manfredo, habitado á la sazón por el caballero Martín, y se erguía de igual suerte, en la cuenca formada por este y otros hermosos montes, la miserable vivienda bajo cuya techumbre ruinosa se guarecía la desamparada viuda. En vano, á pesar de la corta distancia que separaba á la madre del hijo, pudo aquella averiguar el paradero y residencia de éste, por grande espacio de tiempo. Una tarde, como saliera acosada por el hambre en busca de alimento, llegó á sus oídos, con grande extrañeza, la fausta nueva. Nunca como entonces debió comprender aquella madre infeliz la ingratitud y el desamor de su hijo, cuando ni lo triste de la situación en que la dejara á su partida, le movieron, ya que no por cariño, por lástima, á socorrerla en su desgracia y á consolarla en sus aflicciones. Y así lo comprendió, en efecto, pero de una manera vaga, como si lejos de ser la realidad lo que se presentaba con tan sombríos colores ante sus ojos, fuese un horrible, pero pasajero ensueño, sin vida efectiva y sin fundamento ninguno. A todo creía obediente el silencio de su hijo menos á desvío y abandono de su persona. ¡Qué madre no halla, en su bondad infinita, alguna disculpa que oponer á las faltas y aun á los crímenes cometidos por sus hijos! Podía Martín, abrumado de quehaceres, relegar á más tarde el ingreso de su madre en el palacio señorial; pero no podía, no, entregarla por completo al olvido. Quiso, sin embargo, apurar el cáliz de amargura tan cruelmente por el destino ofrecido, y lo apuró hasta las heces en aquella tristísima ocasión. El anhelo de abrazar á su hijo por un lado, y por otro lado la miseria y el hambre, constriñeronla y la obligaron á emprender su marcha con dirección al castillo, sito, como hemos dicho, por las faldas del Blumisalp.

Declinaba una tarde tristísima del mes de Noviembre. Nubes oscuras asombraban el cielo; viento glacial reinaba en la atmósfera; los rebaños habíanse refugiado ya en el interior de los rediles; las aves en la espesura de los bosques; las sombras de la noche á más andar se acercaban sobre la tierra, cuando llegó, jadeante de fatiga tras larga jornada, por caminos intransitables, encaramándose aquí como cabra montesa, arrastrándose allí como reptil inmundado, la pobre madre, al castillo señorial del Conde Manfredo. Tornaba á la sazón éste, seguido de numerosa comitiva, tras un día entero de caza por los montes vecinos, y su madre, al verlo después de una ausencia harta larga, no pudiendo contener en su pecho la alegría que la vista de su hijo le causara, gritó saliéndole al encuentro: —¡Martín, Martín! ¡Hijo mío!

El Conde, abstraído en la contemplación de cierta beldad á quien llevara á su diestra, volvió rápido la cabeza al sitio de donde habían partido aquellas tiernas exclamaciones, y todo desconcertado á la presencia de su madre, preguntó, dirigiéndose á su acompañamiento:

—¿Quién es esa mujer?  
—No sabemos—dijeron unos.  
—Os ha llamado hijo—dijeron otros.  
—Alguna loca—repitieron los más.  
—¡Paso, paso al Conde!—gritaron todos.

La madre de Martín, al oír tales palabras, creyó perder el sentido. No cejó, sin embargo, en su empeño de detener á su hijo hasta que éste la reconociese y la abrazase. Advertidos de cuanto sucedía, corrieron varios arqueros á dejar franca la entrada en el palacio; pero antes de que éstos llegasen, había ya la infeliz mujer cogido las bridas del caballo donde iba caballero el Conde, é instado á éste con grandes instancias á que echase pié á tierra. Martín, á manera de fría estatua ecuestre, permaneció inmóvil sobre su caballo; los circunstantes á la extraña escena no se atrevieron ni á moverse, ni á balbucear tampoco una sola palabra. Parecía que la expresión del dolor reproducido en la faz de aquella santa mujer, juntamente con los ayes de angustia escapados á su pecho, obraba sobre todos el milagro de contrastar las indómitas voluntades y de enternecer los acerados corazones propios á la aristocracia feudal. Sólo se oían los sollozos de la madre de Martín, la cual no dejaba ni por un instante de escudriñar la mirada incierta de su hijo. Esta violenta situación duró lo que dura un relámpago en aparecer y desaparecer del espacio. La hermosa amazona con quien venía en amorosísima plática departiendo el Conde, y que no era otra sino su concubina ó favorita, rompió el silencio con estas palabras:

—Y bien, ¿qué decís á todo esto, Manfredo?  
—Digo..... empecé á balbucear el Conde.  
—No mentas, Martín, no mentas—le interrumpió su madre, adivinando en la expresión de sus ojos, sin duda, lo terrible de la respuesta.

—¡Ea, acabemos, Manfredo!—añadió con resolución la hermosa compañera del señor feudal.

—Pues digo que no conozco para nada á esa mujer.  
—¿Que no me conoces?—clamó amargamente la viuda.  
—No, no, y mil veces no—repitió el desnaturalizado hijo.

En aquel instante llegaban los arqueros del castillo, quienes, sin pronunciar palabra, intentaron arrancar de las manos de la viuda las bridas del caballo señorial, á que se había la infeliz asido fuertemente. ¡Inútil empeño! La desesperación prestó ánimos tales á su débil y achacosos cuerpo, que no había fuerzas humanas bastantes á desasir sus dedos, agarrotados como garfios, en lo que ella consideraba como la única tabla salvadora de tamaño naufragio. Entonces ocurrió un incidente espantoso. Cansados de forcejear los domésticos del Conde, y no teniendo á mano otro recurso que oponer á la tenaz resistencia de la viuda,



blandieron con ira sobre su cabeza los acerados puñales hasta entonces suspensos al cinto. Un grito de horror cruzó el espacio, y una frase expresiva detuvo en su siniestra hazaña á los asesinos, escapado el primero á la garganta de su víctima, y la segunda escapada á la lengua de Martín, quien dijo con voz imperiosa:

—No, no la matéis.

La desconocida y negada madre creyó descubrir en la interposición de su hijo entre ella y sus verdugos un resto de misericordia, y animada por tal idea, y en la creencia de que lograría su deseo fiándolo todo á la humildad, exclamó con acento de reconciliación:

—¡Martín, Martín! ¿Por qué así reniegas de tu madre?

Acabas de libertarme la vida material con una sola palabra. Liberta ¡oh, hijo mio! de igual suerte mi alma de los dolores que la atenacean y la afligen, con una frase también de amor y reconocimiento.

—He dicho que no os conozco—insistió nuevamente el Conde.

—Pues en tal caso, ya no insisto más. Renuncio públicamente á ser tu madre; pero deja que lo sea al menos allá en el interior de tu hogar. Viviré esclava de tus caprichos. Obedeceré tus mandatos con la misma docilidad con que obedece el perro la voz de su señor. Goza tú de la vida y sus placeres, ya que la fortuna ha querido colmar los deseos de tu corazón, harto ambicioso; mas, por Dios, no desampares á quien, muerta materialmente de hambre y moralmente desheredada de afectos, sólo te pide un poco de ternura con que llenar su corazón afligido, y un pedazo de pan con que nutrir su cuerpo extenuado y débil.

—Porfiadísima es la mendiga—replicó la hermosa amazona, frunciendo el ceño en muestra de desagrado.

—¡Fuera, fuera!—gritaron varios caballeros.

—¡Señores, por caridad!—exclamó con ojos suplicantes la madre de Martín.

—Idos en buen hora, que harta paciencia para escucharnos hemos tenido—dijo á su vez el Conde.

—¿Y en tal desamparo me dejas, Martín?

—Pues aun habéis de agradecerme la vida—replicó todo amostazado Manfredo.

—Estoy muerta de frío, y no tengo ropas con que cubrir mis carnes desnudas. Me siento caer desfallecida, y no hallo á mano ni un solo bocado de pan. Lo largo y fatigoso del viaje ha extinguido mis fuerzas, al extremo de no poder ya dar ni un solo paso, y no cuento, por pobre y por mezquino que sea, un lecho donde reposar. La oscuridad de la noche me impide el retorno y vuelta al valle de donde en mal hora he salido. Quien te ha procurado con la leche de sus pechos el alimento en la niñez, con el calor de su seno abrigo seguro contra los fríos, con su regazo amantísimo lecho tranquilo donde descansar, ¿no ha de merecer siquiera las migajas de tus festines, un rincón en las cuadras de tus caballos, algo con que aliviar á un tiempo hambre, desnudez y cansancio?

Al llegar aquí un murmullo general cortó la palabra á la pobre madre.

Quien dijo:

—¿Y para venir á parar en esto estamos tanto tiempo detenidos?

Quien añadió:

—Industriada en el oficio vergonzoso de la mendicidad es la vieja.

Este caballero decía:

—¡Buena manera de pedir limosna!

Aquel otro:

—Por menos se cuelga á cualquier vasallo de una almena.

—¡Vagabunda, vagabunda!—proferían todos con desprecio.

Aun permanecía indeciso en sus determinaciones el caballero Martín ó el Conde de Manfredo, que de las dos maneras podíamos llamarle, cuando inclinándose la cabeza pronunció en su oído la palabra «acabemos» su hermosa concubina. Y, en efecto, aprovechando la descuidada actitud en que la madre afligidísima se hallaba, aguijonearon á la par los criminales amantes sus respectivos caballos, partiéndose, veloces como relámpagos, con dirección al castillo. A éstos siguió la comitiva, y á la comitiva siguieron los arqueros recién llegados en auxilio de su señor. La infeliz mujer, sobre el suelo rodada á la violencia del inesperado empuje, levantóse de súbito y se dirigió lanzando agudos gritos al palacio señorial. ¡Vano esfuerzo! A su arribo se había izado ya el puente levadizo, y sólo se descubría en su lugar profundo foso, impidiendo la entrada á los extranjeros en aquella mansión de corrompidos seres.

La noche con su manto de tinieblas envolvía entre sus pliegues espesos árboles y peñascos, abismos insondables y cimas encumbradas, el cauce de los ríos y la cuenca de los valles, apareciéndose todo á la vista con la uniformidad y monotonía reinantes por el espacio en la época de las tinieblas y de la nada. Más que por conocimiento del terreno que habían de recorrer sus plantas, por impulsos secretos que le incitaban á abandonar para siempre aquellos lugares, descendió la heroína de nuestro cuento, sin obstáculo ni tropiezo ninguno, de aquellas alturas del Blumisalp al centro del valle, donde se erguía su triste cabaña. Por todo el camino no cesó de suspirar su pecho, de lanzar á los vientos ayes agudísimos, de verter á torrentes lágrimas amargas. Momentos hubo en que, desesperada, pidió con fervor á los cielos la muerte. Ya se la veía cabizbaja y pensativa, como si cruzase por su imaginación una idea siniestra. Unas veces invocaba á grito herido el nombre santo de Dios, á quien devotamente pedía luz para el entendimiento, harto ofuscado, de su hijo, y ternura para su corazón insensible. Otras veces, siguiendo

las varias alternativas de sus nervios, tanto más desarreglados cuanto que, falta de alimento, predominaba en ella con predominio eminente el sistema nervioso, sentíase rodar por entre los peñascos, á cuyo borde abrían sus fauces pavorosos abismos. Se encontraba ya próxima al término de su viaje, cuando, toda presa de terrible pánico y al estampido de horrisono trueno, precursor de grande tormenta, volvió rápida la cabeza. ¡Espantoso cuadro el que se presentó ante sus ojos! La chispa eléctrica correspondiente á aquel bramido de la Naturaleza había puesto fuego al palacio de su hijo. Las llamas del inesperado incendio iluminaban, como si fuesen siniestras antorchas, las paredes, amenazantes de ruina. Inmensas columnas de humo se elevaban á los aires en guisa de espesas nubes apegadas á las cimas. Sembraba el antes pintoresco castillo un volcán en erupción. A todos estos horrores, producidos por el devorador elemento, se juntaron las trepidaciones impetuosas de los terremotos. Parecía venido el apocalíptico fin del mundo. Las entrañas de la tierra latieron con estremecimientos violentísimos, mientras los espacios cerúleos despedían á millares por doquier relámpagos fulgurantes y rayos asesinos. A cada minuto se oían tremendos retumbos, producidos por el desplome y desgajamiento de los montes, azotados por las corrientes subterráneas. Cuando cesó en sus estragos este siniestro fenómeno de la Naturaleza, y cual si no hubiera quedado la terrena superficie harto desfigurada y maltrecha, comenzó la ventisca á amontonar en grandes cantidades la nieve por la fértil comarca. Como el simoun del Africa subvierte y cambia los parajes, convirtiendo los llanos en montes y los montes en llanos, merced á su fuerza incontrastable para trasladar las arenas del desierto de un lado á otro, se trastrocó y traspuso allí, en corto intervalo, el antes pintoresco panorama. El conde Manfredo tuvo á su muerte por anticipado el infierno, pues de toda su corte feudal acompañado, pereció entre las llamas del incendio. Sólo su madre pudo salir ilesa de aquel desquiciamiento parcial del planeta. Pocas veces la Providencia, que vela noche y día como ángel custodio por el bien de todos los seres en el mundo, se había mostrado más propicia en ocurrir, sin tasa ni medida, á las necesidades de su criatura predilecta, el hombre, cual en la época á que se refiere la tradición con respecto á los habitantes del Blumisalp y otras montañas próximas no menos bellas. Con razón podían llamarse los moradores de aquellas cimas abruptas, donde la vegetación alcanzaba la exuberancia de las zonas tropicales, privilegiados seres, puestos allí como en un jardín aéreo, henchido de bienaventuranzas. Mas desde aquel infausto día, la nieve cubrió sus montes; inmensa y profunda grieta se abrió donde antes estuviera asentado el palacio feudal, y por sus bordes bajaron perpetuamente al abismo las lágrimas de la madre ultrajada, convertidas por un milagro de Dios en el frío destello de las nieves eternas, únicas soberanas ya de sitios tan amenos y encantadores.

GINÉS ALBEROLA.



Paris, 16 de Noviembre.

Ningún cambio notable tengo que registrar en la pasada quincena. Las modistas se concretan á transformar continuamente, por medio de detalles, los elementos de que dispone la moda, y observando con alguna atención los dibujos y figurines que publica nuestro periódico, mis lectoras podrán modificar fácilmente, y á poco coste, los trajes que poseen. Apuntaré, sin embargo, ciertos rasgos característicos de la moda actual.

Según yo lo había previsto y anunciado, el vestido enteramente redondo, sin cogidos, tunicas ni bandas, ha dejado de existir. La tierra le sea leve. Bien mirado, no hay nada más difícil de llevar, ni más costoso, que la extremada sencillez.

Un vestido complicado en sus pliegues y cogidos, así como en sus adornos, pasará, puesto sobre un fondo de falda de tela igual y hecho de tela de calidad mediana, si no inferior; pero no sucede así con el traje sencillo, bien sea de lana ó de seda: un vestido completamente sencillo tiene que ser de tela de calidad superior; de lo contrario, al cabo de poco tiempo parecerá un trapo viejo colgado de la cintura de su dueña.

Es fácil, por lo tanto, de comprender que en una época como la actual, en que nadie tiene el valor de parecer pobre, sea mucho más ventajoso un traje barato y recargado de adornos, que produce mucho efecto, que un vestido de lana superior, enteramente redondo, sin bandas ni tunicas, y cuya tela costará á razón de 12 francos el metro.

Y véase por qué el vestido liso y redondo ha dejado de existir.

El vestido redondo ha degenerado, pues, en un volante liso, de 60 centímetros de alto próximamente por 2 metros 50 centímetros de ancho, cuyo volante va adornado á menudo con cintas de terciopelo ó entredoses de encaje de lana sobre tiras de lana ó seda, formando transparente. Esta última guarnición es muy linda. En los vestidos de seda, la túnica se compone de unos *paniers* pequeños y un paño dispuesto de una manera muy sencilla, que cae por detrás hasta el borde de la falda.

Este mismo género de tunicas, se hace igualmente con las telas de lana mezcladas de seda, ó con los tejidos brochados. Las lanas lisas se emplean más bien en tunicas lisas, dispuestas en grandes y abundantes pliegues y poco recogidas sobre un volante liso. A veces, las faldas de debajo van adornadas á lo largo por un lado solamente.

En tal caso, se pone un paño entero de tela en el lado que se ha de guarnecer, y se adorna este paño con galones, cintas de terciopelo ú otras, cuyos adornos van puestos siempre á lo largo. La sobrefalda va fruncida en torno de la cintura, y recogida por un solo lado—el que lleva los adornos—y va á formar por detrás un *pouf* poco abultado y dispuesto en graciosos pliegues. El lado opuesto á los adornos va sujeto con dos ó tres pliegues simples.

Vuelve á llevarse mucho la faya negra, bordada de azabache, cuyos bordados, puestos á todo el ancho de la seda, no son demasiado caros, y se venden aparte los adornos del corpiño por un precio relativamente módico.

Entre las novedades que hay que registrar en primera línea se encuentra la faya rizada, que se empleará mucho para trajes de teatro y *soirée*. La cola de este género de vestidos, que sigue haciéndose separadamente, es decir, independiente de la falda de debajo, se forrará de *pekin* ó tela listada, de brillantes colores, que está muy de moda. La cola va fijada en los lados de la falda. Las *balayeuses* blancas han pasado completamente de moda, haciendo las veces de *balayeuse* el forro de *pekin* ó de raso de que he hecho mención.

Esta cola, sobre una falda corta, adornada por delante con encaje ó crespón de la China, ó bien cubierta de bordados y acompañada de un corpiño en punta, constituye en la actualidad el traje de gran ceremonia. Si no se quiere ir á cuerpo, se completa este traje con una manteleta de tela igual á la falda.

Una de las formas de manteleta más á la moda es la de la manteleta llamada de *manguitos*, la cual se compone de una espalda muy ajustada y dos caídas que se doblan para formar cada una la mitad de un manguito que se guarnece de una tira de piel.

Las chaquetas y casacas ajustadas de astracán negro están muy de moda este año; son el *summum* de la elegancia. La piel de nutria está casi abandonada. El manguito y la gorra de astracán deben acompañar la chaqueta. Hay que advertir que es una moda bastante cara. La chaqueta ó casaca en cuestión va generalmente forrada de raso color de rosa, ó crema.

Se da gran importancia este año al lujo en los forros. Así es que vemos telas de seda brochada, de los colores más suaves, destinadas á este objeto, y á veces el forro vale tanto ó más que la tela. En esta moda hallarán una excelente aplicación los vestidos de *soirée* un poco usados.

V. DE CASTELFIDO.

## EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 1.837.

1. *Pelliza para visitas ó paseo en carruaje.*—Este elegante abrigo es de otomano color de vino de Burdeos, brochado de felpa granate. La manga, añadida á los delanteros, forma como un *panier*, sujeto á la manga y al *pouf* con unos golpes de pasamanería color granate. Esta pelliza va forrada de raso encarnado y respunteada y adornada con tiras de castor natural. Cuello y manguito iguales.—Capota de terciopelo granate, adornada con plumas más claras.

Se necesitan para este abrigo 10 metros de otomano brochado, de 60 centímetros de ancho.

2. *Abrigo largo de lana verde musgo y terciopelo del mismo color.*—La esclavina forma manga. Los delanteros van separados sobre unos dobles delanteros de terciopelo liso color de musgo. Este abrigo va forrado de *surah* color de maíz; sus adornos se componen de bieses de faya verde, de faya color de maíz y de terciopelo verde. Cuello de terciopelo de este último color.—Sombrero redondo de terciopelo, adornado con plumas amazonas de los tres colores.

Tela necesaria: 4 metros 75 centímetros de lana, de un metro 20 centímetros de ancho, y un metro 50 centímetros de tela de cada color para los bieses, y otro tanto para los dobles delanteros.

Sin necesidad de insistir en los buenos efectos del HIERRO BRAVAIS, este medicamento es conocido en todas las familias, y muchas madres le deben la recuperación de las fuerzas de sus hijos extenuados por un crecimiento demasiado rápido ó con un exceso de trabajo.

**Primavera.** E. Coudray, 13, rue d'Engien, París.—Nuevas creaciones, especialmente recomendadas á la gente de buen tono, que aprecia de una manera particular la finura y suavidad de estos diferentes productos.—Medalla de oro y Cruz de la Legión de Honor en la Exposición Universal de París, 1878.

Los vellos de los brazos desaparecen en un instante con el *Pilivore*. DUSSEY, inventor, 1, rue J. J. Rousseau, París.

El **CREPÉ FRANCÉS** es el más barato y mejor relleno para almohadillas de polisonos. Unico depósito, Fuencarral, 8.

*Perfumeria Ninon* V<sup>e</sup> LECONTE ET C<sup>ie</sup>, 31, rue du Quatre Septembre, París. (Véanse los anuncios.)

*Perfumeria exótica* SENET, 35, rue du Quatre Septembre, París. (Véanse los anuncios.)

GRANDES ALMACENES DEL PRINTEMPS.  
(Véanse los anuncios.)





Nº 506

*Paris. M. S. de la mode. imp. G. Bachevalier. 1837.*

Nº 1837

## LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Administracion Carretas. 12 pral.

MADRID

*Perfumeria de lujo. Guerlain. 15. r. de la Paix. Paris.*

*Corsi Ana de Austria y Faja Regente 13<sup>te</sup> de M<sup>mes</sup> de Vertus. 12. r. Auber. Paris.*









## PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

CONTIENE LOS ÚLTIMOS FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARÍS, PATRONES DE TAMAÑO NATURAL, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, CROCHET, TAPICERIAS DE COLORES NOVELAS.—CRÓNICAS.—BEL LAS ARTES.—MÚSICA, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

AÑO XLIV.

MADRID, 30 DE NOVIEMBRE DE 1885.

NÚM. 44.

### SUMARIO.

1. Sombrero de paseo.—2 y 3. Dos galones para delantales y vestidos de niños.—4 y 5. Dos dibujos para libritos de memoria, etc.—6 y 7. Botones de metal.—8. Franja para cortinas.—9 á 11. Cabecera para sofá.—12. Fleco para muebles.—13. Pantalla de mano.—14 y 15. Dos placas de pasamanería.—16. Corpiño de debajo.—17. Camisa de batista.—18. Camisa de dormir adornada de encajes.—19. Delantal de lana para niños.—20. Vestido de percal para niños pequeños.—21. Vestido de debajo para niñas de 7 á 9 años.—22. Pantalón-pañal.—23. Babero bordado.—24. Vestido de seda brochada y terciopelo.—25. Vestido de lanilla listada.—26. Traje de paseo.—27. Traje de calle.—28. Chaqueta de franela azul para niñas.—29. Capota para niños pequeños.—30. Traje para niñas de 6 á 8 años.—31. Abrigo para niñas de 7 á 9 años.—32. Sombrero para señoritas.—33. Manguito.—34. Capucha de franela.—35 y 36. Chaleco y puño de raso azul.—37. Cuello-fichú á la marinera.—38. Visita-mantilla.—39. Visita larga.—40. Traje de calle.—41. Traje de paseo.—42. Vestido de lana y terciopelo labrado.—43. Falda de seda y polonesa de lana adamascada.

Explicación de los grabados.—Haz bien..., por D. Antonio de San Martín.—Un crepúsculo (esbozo), por S. Rueda.—Al retato de mi madre, poesía, por D. Miguel Sánchez Pesquera.—A la distinguida señorita Amelia B., poesía, por P. de Torre-Icañza.—Correspondencia parisiense, por X. X.—Figurín de sombreros, extraordinario.—Explicación del figurín iluminado.—Artículos de París recomendados.—Advertencias.

cuadro formado con puntos al sesgo encontrados (cada punto va hecho sobre dos hebras), hechos con lana color de aceituna y marrón claro, y una estrella hecha de felpilla encarnada de dos matices y cordoncillo de oro. Se hacen en los dos lados de esta tira del centro una hilera de puntos de cadeneta con lana marrón. Los cuadros al sesgo

de las tiras estrechas van ejecutados con puntos prolongados de lana azul de dos matices. Los puntos que se cruzan van fijados con puntos cruzados de seda color de aceituna. Después de haber ribeteado estos dibujos con una hilera de puntos de cadeneta, se hacen las ondas ó dientes de la franja con puntos prolongados de felpilla encarnada de dos matices y lana color de aceituna. Los dientes de felpilla van rellenos con puntos rusos de felpilla igual, y los de lana con seda marrón claro de dos matices.

Cabecera para sofá.—Núms. 9 á 11.

Nuestro número se compone de una tira bordada sobre un pedazo de cañamazo de 15 centímetros de ancho, al punto de cruz y punto renacimiento, con arreglo á las indicaciones del dibujo 9. El borde superior va guarnecido de una tira de felpa marrón de 9 centímetros de ancho. El borde exterior va guarnecido de una hilera de dientes hecha al crochet con algodón retorcido color masilla y lana marrón terminada en borlas de algodón y lana iguales (véase el dibujo 11, que representa el fleco de la cabecera). Para hacer la hilera de dientes, se hace al crochet, con algodón, la

1.<sup>a</sup> vuelta.—8 mallas al aire, cuya última se une á la 1.<sup>a</sup>—6 mallas simples sobre las 4 mallas más próximas de las 7 mallas al aire todavía libres,—7 mallas al aire, unidas á los dos lados de la última malla simple,—3 mallas simples sobre las 2 mallas más próximas de las 7 mallas al aire precedentes,—4 mallas al aire unidas á los dos lados de la malla 3.<sup>a</sup> de las 6 mallas simples anteriores,—6 mallas simples sobre las 4 mallas al aire anteriores,—3 mallas simples sobre las 2 mallas más próximas todavía libres de las 7 mallas anteriores,—7 mallas al aire unidas á los dos lados de la última malla simple,—3 mallas simples sobre las 2 mallas más próximas de las 7 mallas al aire unidas á los dos lados de la 6.<sup>a</sup> malla hecha en último lugar,—3 mallas simples sobre las 2 más próximas de las 4 mallas al aire anteriores, 4 mallas al aire, unidas á los dos lados de la 3.<sup>a</sup> de las 6 mallas simples anteriores,—6 mallas simples sobre las 4 mallas al aire anteriores,—3 mallas simples sobre las 2 mallas todavía libres de las 4 penúltimas mallas al aire,—3 mallas simples sobre las 2 mallas más próximas de las 7 últimas mallas al aire,—7 mallas al aire unidas á los dos lados de la última malla simple. Vuelve á empezarse desde °. Se hace en el lado de la 1.<sup>a</sup> vuelta que forma una línea recta la

2.<sup>a</sup> vuelta, con lana marrón,—una malla simple en el lado vertical de la última malla simple que se ha hecho sobre las 7 mallas más próximas al aire de la vuelta anterior,—4 mallas al aire, y volviendo sobre las mismas, se pasa la malla más próxima,—una malla simple,—2 bridas sobre las 3 mallas siguientes. Vuelve á empezarse desde °. Se cosen los dientes de esta vuelta al borde inferior de la tira.

Fleco para muebles.—Núm. 12.

Se hace este fleco con algodón retorcido color masilla, lana marrón y galón rizado. Se hace al crochet, yendo y viniendo:

1.<sup>a</sup> vuelta.—9 mallas al aire;—sobre la



### Sombrero de paseo.—Núm. 1.

Este sombrero es de fieltro color de aceituna. Las alas, que van inclinadas en los lados, forman una punta levantada por detrás y van forradas de terciopelo color de aceituna. Una hilera de cuentas de rosario del mismo color ribetea el contorno del ala. La copa va rodeada de una banda plegada de terciopelo color crema. Tres pájaros grises matizados de rojo van puestos en el lado izquierdo y por delante. Lazo de cinta de raso color de aceituna con piquillos, por detrás.

### Dos galones para delantales y vestidos de niños.—Núms. 2 y 3.

Estos galones, hechos sobre un tejido de cañamazo blanco, terminado á cada lado por piquillos, van bordados con algodón encarnado y algodón azul, al punto de cruz y punto ruso. Se hace cada punto de cruz sobre una hebra doble á lo alto y á lo ancho de la tela. El punto ruso va hecho con arreglo á las indicaciones del dibujo.

### Dos dibujos para libritos de memoria, etc.—Núms. 4 y 5.

Se bordan estos dibujos sobre un fondo de raso ó de seda con sedas de diferentes colores, al pasado, punto de cordoncillo, punto de cadeneta y punto ruso.

### Botones de metal.—Núms. 6 y 7.

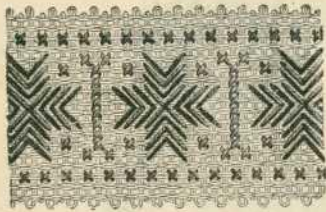
Núm. 6. Botón de metal bronceado, estilo japonés. El pájaro y la rama son de metal dorado y plateado.

Núm. 7. Botón de metal bronceado estilo renacimiento, representando la cabeza de un caballero que se destaca sobre un fondo de arabescos.

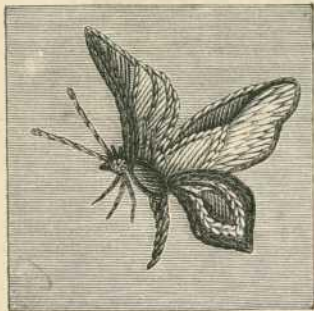
### Franja para cortinas.—Núm. 8.

Se ejecuta esta franja sobre una tela calada color crudo, ó sobre lienzo de embalaje, con lanas de diferentes colores, seda y felpilla fina. Se hace primero para el centro de la franja alternativamente un





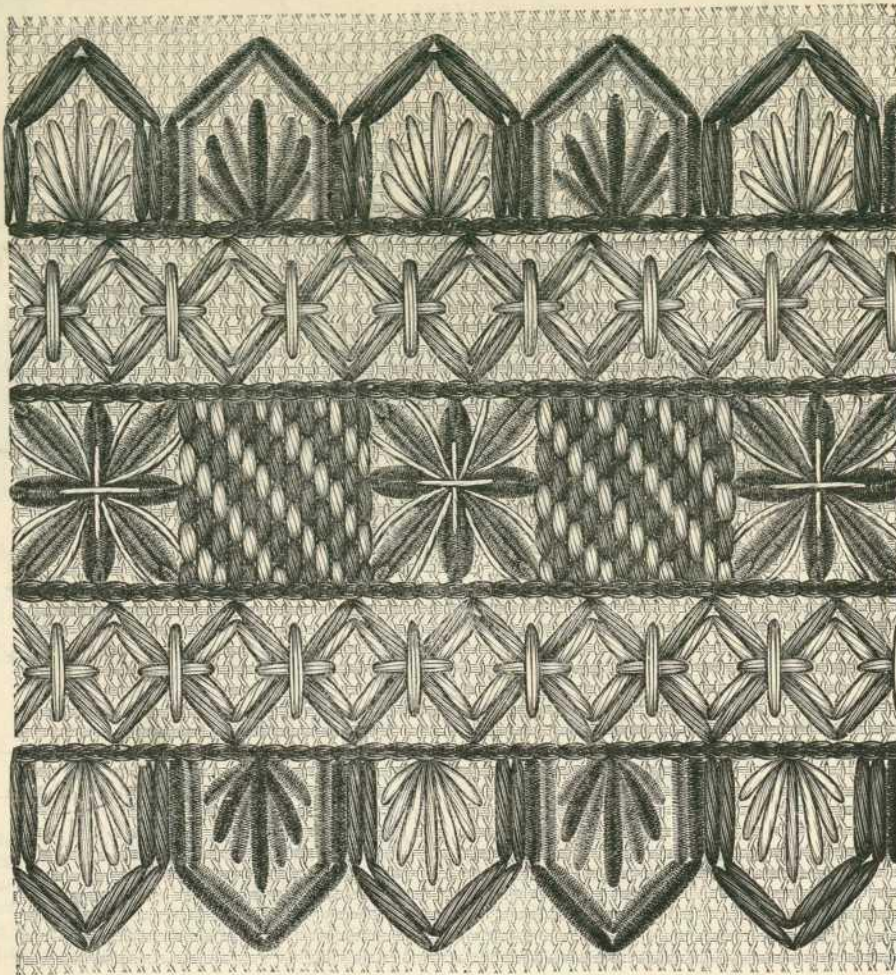
2.—Galón para delantales y vestidos de niños.



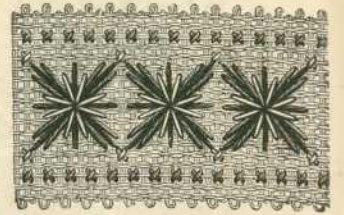
4.—Dibujo para libritos de memoria, etc.



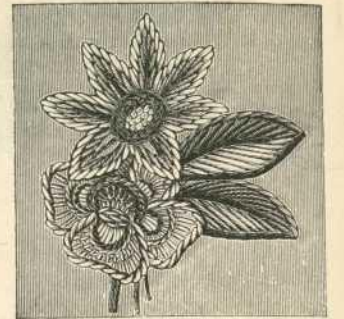
6.—Botón de metal.



8.—Franja para cortinas.



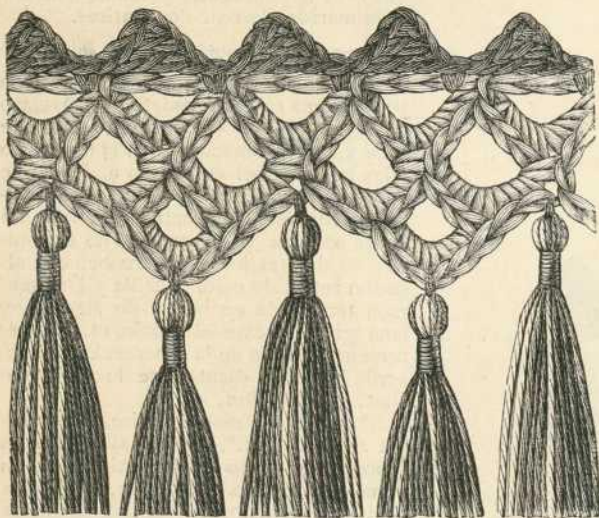
3.—Galón para delantales y vestidos de niños.



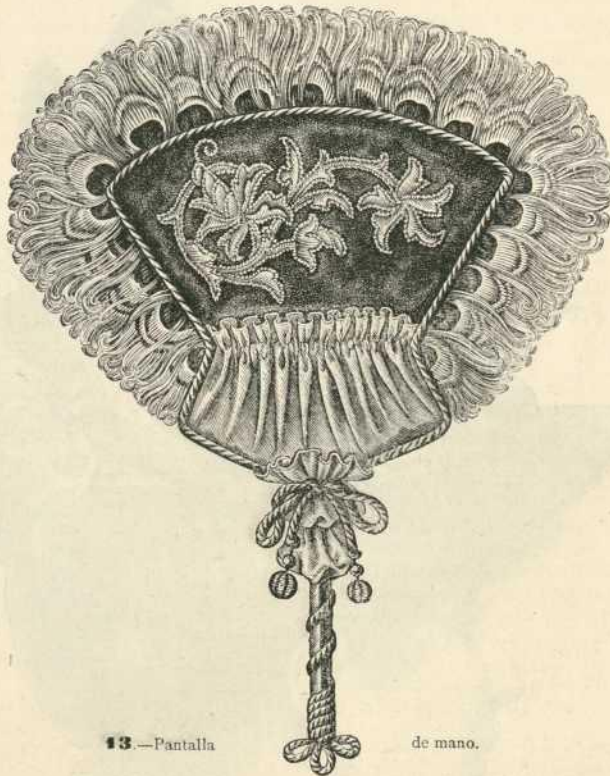
5.—Dibujo para libritos de memoria, etc.



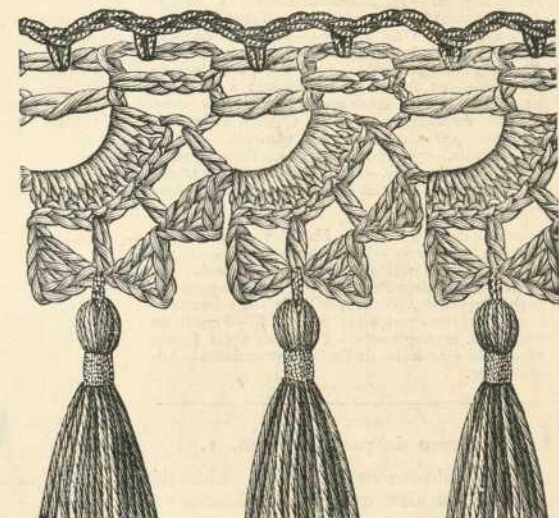
7.—Botón de metal.



11.—Fleco de la cabecera. (Véase el dibujo 9.)



13.—Pantalla de mano.



12.—Fleco para muebles.

1.<sup>a</sup> de estas 9 mallas se hacen dos bridas separadas por 3 mallas al aire °.

2.<sup>a</sup> vuelta.—5 mallas al aire,—una brida sobre las 3 mallas más próximas al aire de la vuelta anterior,—3 mallas al aire,—9 bridas sobre la malla al aire siguiente, hecha sobre la brida más próxima.

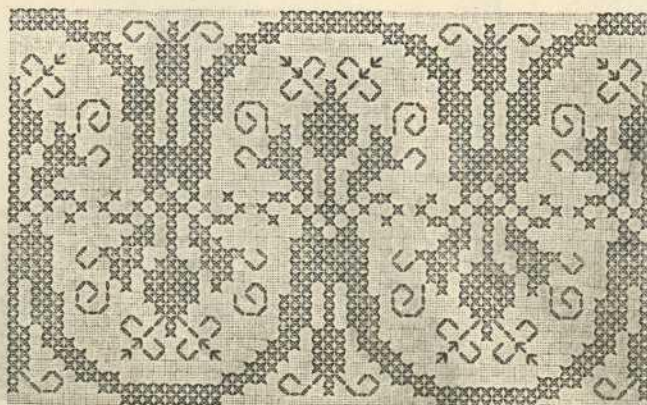
3.<sup>a</sup> vuelta.—° un diente de 4 mallas al aire; volviendo sobre estas mismas mallas se pasa la malla más próxima,—una malla simple,—media brida,—una brida sobre las 3 mallas más próximas,—una brida sobre la 3.<sup>a</sup> brida siguiente de la vuelta anterior. Vuelve á empezarse otras dos veces desde °,—después de lo cual se hacen 6 mallas al aire,—una brida sobre las 3 mallas al aire más próximas,—3 mallas al aire,—una brida sobre las 5 mallas al aire siguientes. Se vuelve á empezar siempre alternando las 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> vueltas.

En el lado de la labor que forma una línea recta, se hace una vuelta á lo largo, para la cual de lana y otra de galón rizado. Se toman siempre alternando, con una malla simple, las mallas de la orilla,—3 mallas al aire. Las borlas fijadas entre las ondas van hechas con lana y algodón y rodeadas de galoncillo rizado.

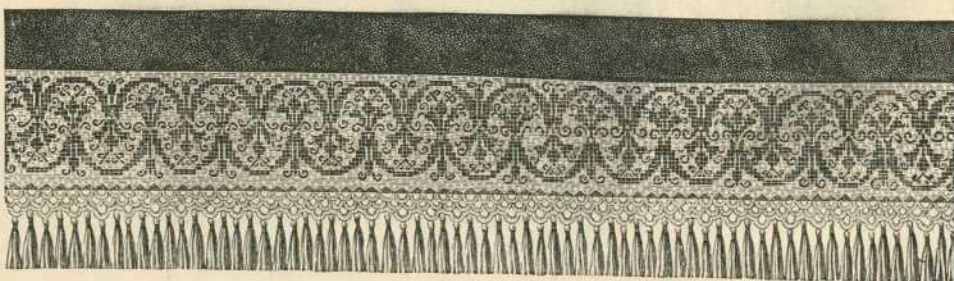


14.—Placa de pasamanería.

Pantalla de mano.—Núm. 13.  
Se compone esta pantalla de una hoja de palmera cubierta de gasa blanca y



10.—Bordado de la cabecera. (Véase el dibujo 9.)



9.—Cabecera para sofá. (Véanse los dibujos 10 y 11.)

guarnecida de un borde de cartón bastante fuerte para sostener el contorno. Se cubre la parte exterior de la pantalla, en parte, de raso color de aceituna claro fruncido y en parte con felpa color de aceituna oscuro, que se adorna con un bordado al pasado y al punto de cordoncillo, hecho con sedas de diferentes colores é hilillos de metal, y con un cordón grueso de seda color de aceituna. El revés de la pantalla va cubierto de raso fruncido. Una cenefa de plumas de pavo real rodea el borde exterior de la pantalla, cuyo puño va cubierto de raso liso y raso bullonado. Se le rodea de un cordón grueso de seda terminado en borlas de pasamanería.

Dos placas de pasamanería. Núms. 14 y 15.

Núm. 14. Esta placa, que es de pasamanería de seda negra, representa tres hojas de encina adornadas de bellotas. La placa va terminada por un ramo de bellotas.

Núm. 15. Esta placa, que se hace de seda torzal negra, representa una hoja grande de encina y va terminada en un ramo de bellotas.

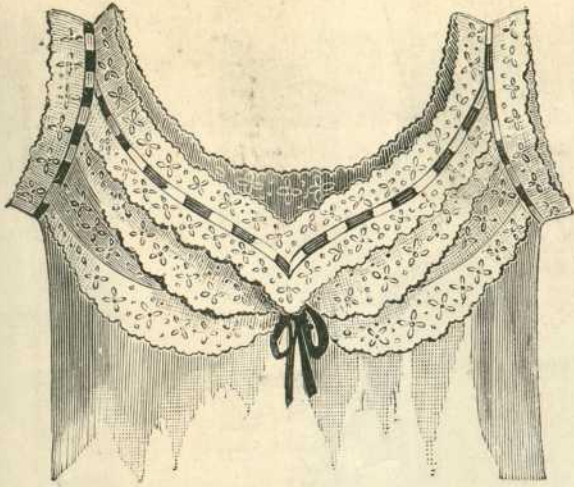


15.—Placa de pasamanería.

Corpiño de debajo. Núm. 16.

Este corpiño es de percal fino. Los delanteros se cierran sobre un peto hecho de entredoses bordados. El escote, que es redondo, va guarnecido de un entredós y un encaje de Valenciennes. Manga corta guarnecida de encaje.





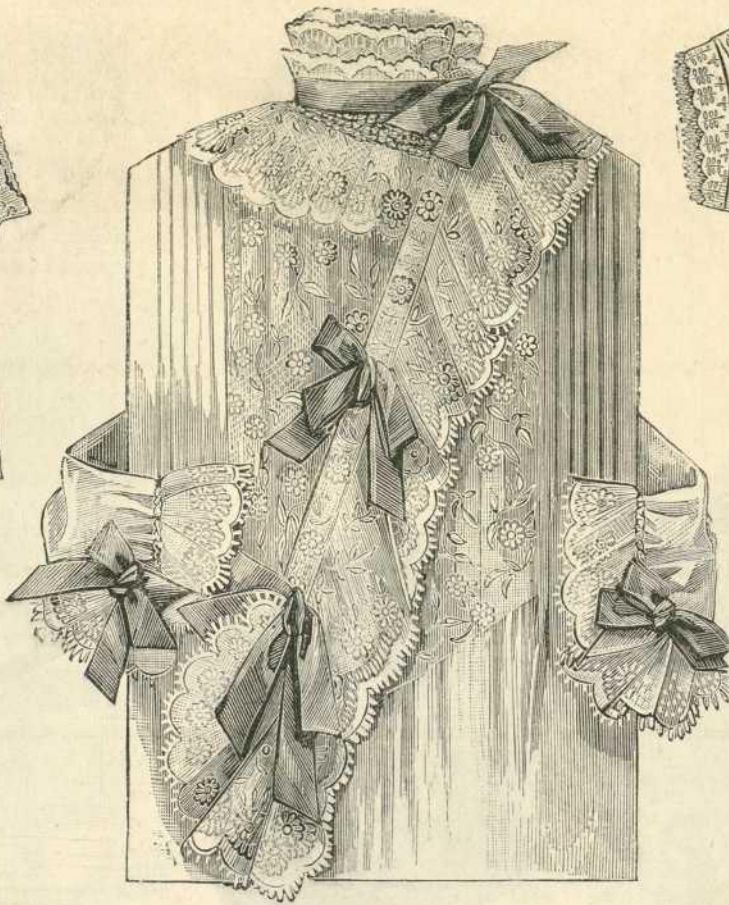
17.—Camisa de batista.

Camisa de batista.—Núm. 17.

Un bordado muy fino rodea el escote de esta elegante camisa, que forma punta por delante. Una cinta de terciopelo va pasada por el entredós estrecho que separa los bordados. La manga se compone de un bordado sujeto con un entredós estrecho y una cinta de terciopelo.

Camisa de dormir adornada de encajes.  
Núm. 18.

Esta camisa es de *surah* blanco. La pechera va plegada y adornada de entredoses y encajes de Valenciennes. Esta pechera va atravesada de izquierda á derecha con una chorrera de encaje ancho de Valenciennes, adornada con lazos de cintas color de rosa. La manga y el cuello van guarnecidos de encaje y lazos de cinta.



18.—Camisa de dormir adornada de encajes.

Delantal de lana para niños.—Núm. 19.

El delantero forma un peto plegado y atravesado por entredoses y bordado de seda de relieve tono sobre tono. Los delanteros van adornados del mismo modo, así como el borde de las mangas. Bolsillos plegados y bordados.

Vestido de percal para niños pequeños.  
Núm. 20.

El delantero y la espalda se componen de plie-

(fondo claro, brochado de flores oscuras). Esta segunda falda, puesta de plano por delante y fruncida por detrás, va hendida en el lado izquierdo, de manera que deje ver una tira de terciopelo fijada sobre la falda. La blusa, plegada, es de *surah* color crema y va guarnecida de un cuello de terciopelo marrón y completada con una chaquetilla de terciopelo. Un bullonado de *surah* guarnece el borde inferior de las mangas, que son semilargas. Una banda de faya marrón rodea la parte inferior de la blusa y forma un lazo por detrás.



19.—Delantal de lana para niños.

gues y entredoses bordados. Falda plegada y adornada de entredoses y bordado y sujeta con un entredós que forma cintura. El escote, que es cuadrado, va guarnecido de entredoses y tiras bordadas. Manga formada de una tira bordada y un entredós.

Vestido de debajo para niñas de 7 á 9 años.—Núm. 21.

Este vestido es de percal blanco y se abrocha en medio de la espalda. Los delanteros son rectos. Falda plegada, añadida y ribeteada de un encaje. *Tournure* compuesta de tres volantes sobrepuestos. Los dos últimos van adornados de un encaje.

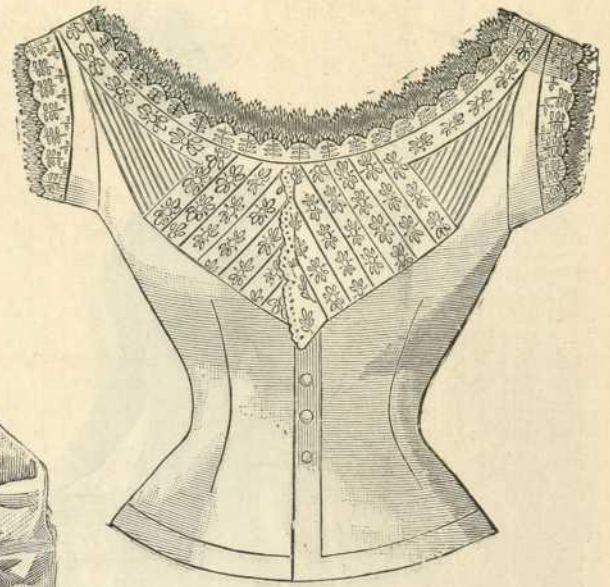


21.—Vestido de debajo para niñas de 7 á 9 años.



24.—Vestido de seda brochada y terciopelo.

25.—Vestido de lanilla listada.



16.—Corpiño de debajo.

Pantalón-pañal.—Núm. 22.

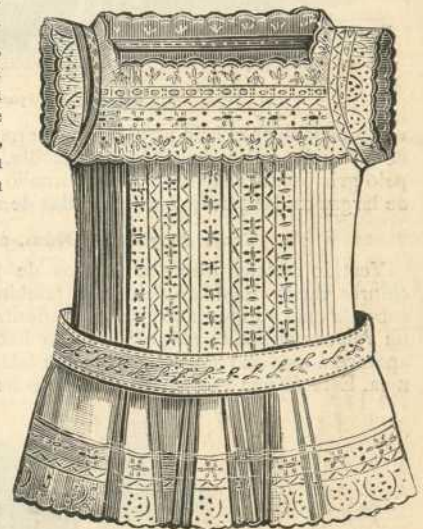
Todo el borde inferior de este pantalón-pañal va adornado de un volante bordado. En el delantero va una guirnalda también bordada.

Babero bordado.—Núm. 23.

Este babero es de piqué. El borde del escote va bordado. Toda la parte inferior se compone de entredoses bordados rodeados de una tira bordada.

Vestido de seda brochada y terciopelo.  
Núm. 24.

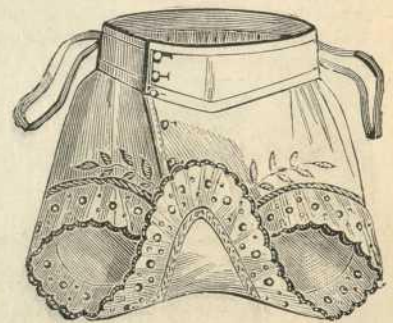
La falda, que es de faya marrón, va cubierta de una sobrefalda de seda brochada del mismo color y adornada de un volante bordado. Esta segunda falda, puesta de plano por delante



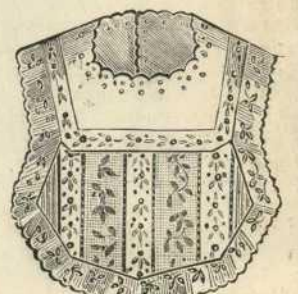
20.—Vestido de percal para niños pequeños.

Vestido de lanilla listada.—Núm. 25.

La falda de debajo de este vestido, que es de faya gris, va cubierta con un paño de lana gris listada de dos matices, plegado por detrás. Este paño va recogido ligeramente en el lado izquierdo y guarnecido de una especie de solapa de faya gris. El corpiño, que es de lana listada,



22.—Pantalón-pañal.



23.—Babero bordado.





26.—Traje de paseo.



28.—Chaqueta de franela azul para niñas.



32.—Sombrero para señoritas.



30.—Traje para niñas de 6 á 8 años.



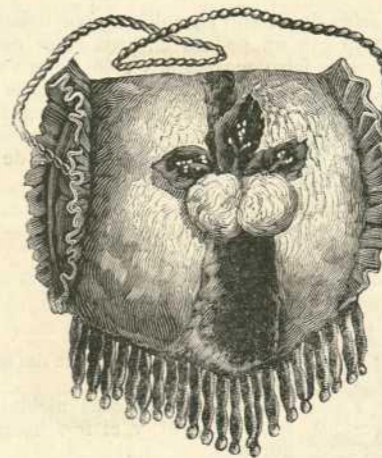
34.—Capucha de franela.



31.—Abrigo para niñas de 7 á 9 años.



29.—Capota para niños pequeños.



33.—Manguito.



27.—Traje de calle.

va abrochado en el lado izquierdo y guarnecido de un peto y de un cuello vuelto bordado de trencilla. Solapas de terciopelo gris oscuro. El vestido va adornado con un cinturón de largas caídas terminadas en borlas de seda.

Traje de paseo.—Núm. 26.

Vestido de lana bronce con listas de felpa y flores de colores varios. Falda de debajo, de tafetán color de bronce, sobre la cual va montado, en la izquierda y por delante, un volante muy alto plegado, de lana listada, el cual desaparece á medias bajo una especie de falda que forma túnica. Esta última va plegada á la derecha y fruncida por

delante, y su extremidad del lado izquierdo va levantada completamente sobre los pliegues de la falda, uno de los cuales va sujeto con botones muy gruesos y calados. El lado derecho de la falda forma unas conchas forradas de felpa color de bronce. Corpiño con aldeta de lana lisa color de bronce, abierto por delante sobre un chaleco fruncido de seda glaceada color de bronce con reflejos de color de rosa. El centro va abrochado en línea recta, y los bordes de los delanteros adornados con botones y unas presillas de seda. Capucha puntiaguda forrada de seda. Cuello de felpa igual á la falda. El mismo adorno en el borde inferior de la manga.

Traje de calle.—Núm. 27.

Este traje es de terciopelo marrón y lana rizada color marrón y oro antiguo. Fondo de falda de tafetán, sobre el cual va montada una falda de terciopelo marrón bastante ancha, adornada en el borde inferior con un cordón de cuentas de madera color de oro antiguo. Sobre esta falda va dispuesta una túnica de lana rizada. El lado derecho va muy levantado sobre la cadera bajo un adorno de cuentas de madera, de don-



38.—Visita-mantilla.

39.—Visita larga.



35 y 36.—Chaleco y puño de raso azul.



42.—Vestidode lana y terciopelo labrado.

43.—Falda de seda y polonesa de lana adamascada.

de sale una especie de bolsillo añadido en el borde inferior del corpiño. En el lado izquierdo, la túnica va menos levantada y deja descubiertos unos galones que llegan hasta el borde inferior de la falda. La parte de detrás de la túnica se compone de dos paños reunidos, y el borde de la izquierda va adornado con una solapa de terciopelo. Corpiño de terciopelo, de aldeta redonda, la cual va completamente disimulada bajo la túnica. Los delanteros se abrochan en medio con corchetes ingleses. Cuatro galones bordados de cuentas van puestos en la parte superior del corpiño. Manga larga adornada de galones.

Chaqueta de franela azul para niñas. Núm. 28.

Esta chaqueta viene á ser una especie de corpiño con aldetas, ajustado por detrás y plegado en medio de la aldeta. Los delanteros son rectos y se abrochan en el centro. Cuello grande á la marinera, de la misma tela de la chaqueta. Manga recta y ceñida en el borde inferior con un puño.

Capota para niños pequeños. Núm. 29.

Esta capota es de terciopelo color granate. El fondo va cubierto de terciopelo plegado. El ala se compone de varios frun-



37.—Cuello-fichú á la marinera.



40.—Traje de calle.

41.—Traje de paseo.

cidos y de un rizado de terciopelo. La capota va guarnecida de plumas de color de rosa.

Traje para niñas de 6 á 8 años.—Núm. 30.

Vestido inglés de sarga de lana, ajustado por detrás, recto por delante y abrochado en el centro. Faldita corta y plegada, sujeta con un cinturón de terciopelo. Una tira de terciopelo sobresale de la falda. Esclavina cuyos fruncidos en el escote van cubiertos con una capucha. Cuello recto y manga larga.



**Abrijo para niñas de 7 á 9 años.—Núm. 31.**

Este abrigo es de vigoña color de nutria. La espalda y el delantero van plegados en pliegues redondos. Los delanteros se abrochan en línea recta. La falda va plegada y añadida bajo un cinturón de felpa color de nutria. Manga larga, adornada con una cartera de felpa. Esclavina larga, montada con fruncidos bajo un cuello grande y redondo de felpa. Cuello recto de la misma felpa.

**Sombrero para señoritas.—Núm. 32.**

La figura 54 de la *Hoja-Suplemento* á nuestro número 43 corresponde á este objeto.

Se corta un pedazo entero de felpa azul oscuro por la figura 54, se le forra de seda encarnada y de muselina fuerte, y se pliega el sombrero fijando cada cruz sobre un punto. En la parte de detrás se ponen las puntas una sobre otra, de manera que se fijen la estrella *a* sobre la estrella *b*, y el punto doble *a* sobre el punto doble *b*. El sombrero va guarnecido con un lazo de cinta de raso encarnado de 6 centímetros de ancho.

**Manguito.—Núm. 33.**

Este manguito tiene 21 centímetros de largo por 24 de alto en medio. Se le recorta en el borde inferior hacia los lados, como indica el dibujo, y se le forra de raso marrón. Se cubre el manguito de una piel de cisne y se fija por el revés un bolsillito. Los delanteros del manguito van guarnecidos de dos tiras de cisne de 6 centímetros de ancho, de dos pompones de la misma piel y de tres hojas de piel marrón. Los lados del manguito van guarnecidos de volantes de raso puesto doble y dispuestos en pliegues huecos. Un fleco de felpilla de 7 centímetros de ancho, fijado en el borde inferior del manguito, y unos cordones de seda marrón, completan los adornos.

**Capucha de franela.—Núm. 34.**

La figura 53 de la *Hoja-Suplemento* á nuestro número 43 corresponde á este objeto.

Para hacer la capucha se corta un pedazo de franela encarnada fuerte por la figura 53, que sólo representa la mitad de la capucha. El borde inferior de este pedazo va dobladillo y se le dobla al revés sobre las líneas de puntos. Se le cubre el borde de delante, á todo el ancho de la tela doblada, con tul fuerte negro. Se fija el punto doble *a* sobre el punto doble *b*, y se cose la tela por el derecho de la línea de puntos, sobre la línea lisa hasta la estrella, después de lo cual se fijan en cada uno de los parajes marcados con el punto doble *b* los lados transversales de una cinta elástica de 20 centímetros de largo. La capucha va guarnecida por delante, en el lado izquierdo, con un lazo grande en forma de rosácea, hecho con cinta otomana de 7 1/2 centímetros de ancho.

**Chaleco y puño de raso azul.—Núms. 35 y 36.**

El chaleco y el puño van bordados con seda de dos colores, tono sobre tono. Este chaleco se pone debajo de una chaqueta abierta ó bajo una bata abierta igualmente.

**Cuello-fichú á la marinera.—Núm. 37.**

Este cuello es de terciopelo color de tabaco, medio cubierto de un encaje blanco que desciende formando conchas por delante, y cuya parte inferior va sujeta con una abrazadera de terciopelo.

**Visita-mantilla.—Núm. 38.**

Este elegante abrigo es de faya negra. La espalda va ceñida con tres costuras. La aldetá, que es corta, desaparece bajo unas hileras de flecos de felpilla y cuentas de azabache. Manga redonda, doblada sobre sí misma y adornada, así como los delanteros, con varias hileras de flecos que rodean el escote.

Se necesitan para esta confección 2 metros 80 centímetros de faya de 60 centímetros de ancho.

**Visita larga.—Núm. 39.**

Este abrigo es de paño felpado azul muy obscuro. La espalda va ajustada con tres costuras. La falda se continúa con dos pliegues gruesos y redondos, sujetos en lo alto con dos adornos de pasamanería. Manga pequeña y redonda, vuelta sobre sí misma y adornada, así como los delanteros, con una tira de castor del Canadá. Cuello de la misma piel.

Tela necesaria: 3 metros 80 centímetros de paño de un metro 40 centímetros de ancho.

**Traje de calle.—Núm. 40.**

Este traje es de vigoña gruesa color de tabaco y astrakán del mismo color. Sobre el fondo de falda se pone por delante, hacia la derecha, una especie de delantal de vigoña sin vuelo, el cual va cubierto á medias con una túnica de astrakán de lana, plegada á la derecha bajo un adorno de cuentas de rosario. En el lado izquierdo la túnica va á reunirse al lado opuesto, que es de vigoña, y va levantado completamente sobre esta especie de falda de astrakán. En el lado derecho la falda va adornada con varias aplicaciones de cuentas que salen del último pliegue. Corpiño con aldetá. Chaleco fruncido de seda glaceada color de rosa y color de tabaco. El delantero derecho va ribeteado de una solapa de terciopelo, y el izquierdo adornado con dos aplicaciones de cuentas. Cuello de terciopelo y carteras de lo mismo en las mangas. Capota de crespón color de tabaco, adornada con lazos de cinta de faya color de rosa antigua.

**Traje de paseo.—Núm. 41.**

Vestido de gro rayado color de bronce y astrakán del mismo color. Falda de debajo, de tafetán, sobre la cual va montada en el borde inferior, á 30 centímetros de altura, una tira de astrakán. En el lado derecho, medio paño de astrakán llega hasta la cintura. Túnica de gro rayado, plegada y abierta en el lado derecho y recogida ligeramente en el izquierdo. Corpiño chaqueta completamente ajustado

por delante por medio del chaleco. Un doble delantero sin pinzas queda flotante y va adornado de una cartera ribeteada de un fleco de pompones de felpilla que rodea todo el contorno. El chaleco va ribeteado de un cinturón de la misma tela. Manga larga, guarnecida de una cartera y de un fleco en la abertura. Sombrero de seda color de bronce, adornado de terciopelo del mismo color.

**Vestido de lana y terciopelo labrado.—Núm. 42.**

La falda, que es de faya color masilla, va cubierta de terciopelo labrado del mismo color. El resto de la falda se cubre de unos paños de lana color masilla, dispuestos en pliegues gruesos. Unos *paniers* de lana, terminados por detrás en un lazo grande, completan la falda. El corpiño, corto, terminado en puntas, va guarnecido de un pedazo plegado de lana y un corseillo de terciopelo marrón. Estos pedazos van cosidos en el delantero de la derecha y abrochados con corchetes en el lado izquierdo. Se completa el corpiño con unas piezas de terciopelo labrado y un cuello y puños de terciopelo liso.

**Falda de seda y polonesa de lana adamascada.****Núm. 43.**

La falda de debajo va cubierta por delante y en el lado izquierdo con un pedazo de seda color de tabaco, tejido con tiras de felpa encarnada y color de oro antiguo. Se cubre la falda en el lado derecho y por detrás con un pedazo de lana adamascada color de tabaco, plegada en parte. La falda se completa con unos *paniers* plegados y un paño de túnica por detrás, que unidos al corpiño de la misma tela, le dan la forma de una polonesa.

**HAZ BIEN.....****I.**

RA una desapacible noche del mes de Diciembre del año de 186.....

Densas y húmedas nieblas se extendían sobre Madrid, y el frío hacía sentir sus rigores.

Las doce habían sonado ya; mas á pesar de lo avanzado de la hora y de lo desagradable de la noche, la gente discurría por las calles bulliciosa y regocijada.

No era extraño: el pueblo cristiano celebraba con la alegría de costumbre el nacimiento glorioso del Redentor del mundo.

Las puertas de los templos estaban abiertas de par en par, y por ellas salían torrentes de luz y de armonía: en aquel momento empezaba á celebrarse la *Misa del Gallo*.

En épocas de mas fe y de más creencias religiosas, tan sagrada ceremonia inspiraba á los fieles un santo recogimiento y una dulce alegría. Hoy muchos de los que concurren á esa misa con que la Iglesia conmemora la Redención de la humanidad, van en un estado deplorable: han cenado fuerte, y las repetidas libaciones trastornan su cerebro y ahogan la escasa fe que aun queda en sus pechos.

¿De cuantas irreverencias son testigos los templos en noches semejantes!.....

.....  
A la puerta de la iglesia de San Isidro un hombre, cuya edad no era fácil apreciar, y cuyo destrozado vestido daba á entender bien claramente su pobreza, alargaba inútilmente la mano á la bulliciosa multitud que penetraba en el templo.

La mayor parte de los que pasaban por su lado no se fijaban en él, y los más compasivos se contentaban con murmurar un *¡Dios le socorra!* con acento de glacial indiferencia.

No desplegaba los labios el pordiosero: ¡quizá la vergüenza le impedía hacer uso de la palabra! En su rostro se notaba el sello del sufrimiento, y otro sello mucho más horrible aún, el sello que imprime la miseria, ¡el hambre!

Próximo á desfallecer, y con la desesperación en el alma, el mendigo bajó trabajosamente las gradas del templo. ¡Comprendía que era inútil implorar la caridad pública! Al llegar á la calle, un caballero de rostro agradable y aspecto elegante se le acercó, y depositando una moneda en su mano, le dijo con voz conmovida:

—¡Tome V., y remédiese!

La mirada de reconocimiento que el pordiosero clavó en el rostro de su favorecedor era una de esas miradas que jamás se olvidan.

El caballero no la notó y entró en el templo. En aquel momento empezó á caer una copiosa nevada.

La noche no podía ser más horrible, especialmente para aquellos que carecían de pan y de albergue.

A pesar de la inclemencia del tiempo, el són de los panderos, de los *almireces* y otros *instrumentos* no ménos desagradables, sonaba aquí y allí en las calles de la capital, acompañando canciones más ó menos cultas, destinadas todas ellas al fausto suceso que se conmemoraba.

Largo rato permaneció el pordiosero en la calle mirando con enternecidos ojos el lugar por donde su favorecedor había desaparecido. La nieve que sobre él caía no le causaba, al parecer, impresión alguna: su alma estaba embargada por el agradecimiento más vivo.

Turba inquieta y gritadora de mujeres y chiquillos pasó por su lado cantando desentonadamente:

«Esta noche el demonio  
Se desconsuela,  
Porque el Rey de las almas  
Bajó á la tierra.  
¡Que viva!  
¡Viva el Niño y la Madre,  
Virgen Maria!.....»

La alegre turba penetró en San Isidro, y el mendigo dobló la esquina de la calle de la Colegiata.

**II.**

Ardía en España la espantosa guerra civil, ese monstruo sanguinario que hace que el hijo haga armas contra su padre, y viceversa.

La ira dominaba á ambos partidos, y no se daba treguas para obligarles á cometer las mayores atrocidades.

Entre tanto, las campiñas estaban yermas, cerradas las fábricas y el comercio agonizaba.

Los partidarios del Pretendiente tenían cercado á Bilbao.

En un caserío poco distante de la ciudad tenía lugar la escena que vamos á referir.

Empezaba á declinar la tarde.

El cielo estaba nublado, y un viento tempestuoso arremolinaba las hojas de los árboles, que los primeros soplos del precursor invierno, el melancólico otoño, habían desprendido de las ramas.

En uno de los aposentos del caserío que hemos citado, correspondiente á la planta baja, habia dos hombres: uno de ellos vestía el uniforme de capitán del ejército liberal, ó más bien republicano, y el otro los severos hábitos de ministro del Altísimo.

Oigamos á aquellos hombres:

—¡Pida V. á Dios, hijo mío—decía el sacerdote—que le dé fuerzas para poder afrontar el duro trance! ¡Valor y resignación, y dentro de breves horas las eternas bienaventuranzas serán el premio.....

—¡Valor no me falta, padre!—exclamó el capitán interrumpiendo al sacerdote.—¡Pero, á decir verdad, es muy triste perder la vida á los veinte y seis años! ¡Además, conforme he dicho á V. ya, tengo madre; una madre que me adora, y á la cual la noticia de mi muerte va á abrir también la sepultura! ¡Y como si esto no fuese bastante para sumirse en la desesperación, voy á morir cuando estaba á punto de alcanzar la dicha que ambicionaba; cuando estaba á punto de casarme con la mujer de mi amor!

—¡Olvide V. todo eso, hijo mío!

—¡Ay, padre, no puedo! ¡Era tan feliz!..... ¡Si al menos me cupiese en suerte morir en el campo de batalla!..... ¡Pero perder la vida aquí, sin gloria, oscuramente.....

—Vamos, calme V. su agitado espíritu. Un poco de descanso le vendría mucho. Acuéstese V., y antes del amanecer me tendrá de nuevo á su lado. Entonces.....

El sacerdote se detuvo, y su interlocutor elevó tristemente los ojos al cielo.

Pocos instantes después el capitán estaba solo. El cura habia partido, encomendándole de nuevo que hiciese todo lo posible para olvidar las cosas de este mundo.

Creemos que nuestros lectores ya se habrán hecho cargo de la situación.

¡Sí, amigos míos! ¡El capitán, cuyo nombre era don Carlos de Acuña, debía ser pasado por las armas al amanecer del siguiente día! ¡Prisionero de los carlistas, iba á ser, como muchos otros, una de las tantas víctimas de esa ley sangrienta que se llama *represalias!*

El aposento en donde habia tenido lugar el anterior diálogo servía de capilla á D. Carlos: en uno de los ángulos de la estancia se veía un pequeño altar portátil, sobre el cual se elevaba un crucifijo alumbrado por dos velas. Próximo al altar, habia un lecho de los llamados *de tijera*, y frente á él dos sillas de paja de Vitoria y una mesita, encima de la que se veía una botella de vino, un vaso y una bandeja con bizcochos. Una sola ventana enrejada daba luz al aposento, y tanto las maderas de aquella ventana, como la puerta que daba paso á la capilla, se hallaban cerradas.

**III.**

Continuaba abismado el prisionero en sus tristes reflexiones.

Tan abismado estaba, que no sintió que la puerta de la capilla se abría para dar paso á un hombre, que, á juzgar por su boina encarnada con chapa metálica y por su uniforme, debía pertenecer á las filas de D. Carlos.

El carlista, y le llamáremos así, avanzó cautelosamente mirando hacia atrás cual si temiese ser sorprendido.

Acercándose al prisionero le puso suavemente una mano en el hombro.

El capitán alzó la cabeza é interrogó al recién llegado con una mirada.

—¡Ha llegado el momento!—le dijo en voz baja el carlista.

—¿Qué momento?—preguntó el prisionero con sobresalto.

—El momento de huir. La ocasión no puede ser más favorable: todos duermen, y la noche está más oscura que boca de lobo.

—Pero.....

—No hay tiempo que perder: luego hablaremos. Póngase V. su capote de campaña, á fin de ocultar el uniforme, y andando.

Don Carlos de Acuña obedeció maquinalmente. Púsose el capote, que estaba sobre la cama, y cubrió su cabeza con una boina igual á la que usaba el carlista, y que éste llevaba á prevención en uno de los anchos bolsillos de sus calzones.

Después ambos hombres salieron de la capilla.

Como debe suponerse, caminaban haciendo el menor ruido posible.

Atravesaron un pequeño corredor, cruzaron luego un huerto en el cual crecían algunos árboles frutales, y salieron al campo por una puerta abierta en el muro, y que afortunadamente sólo estaba cerrada con una tranca de madera.

Don Carlos aspiró con fuerza el aire de la libertad.

La noche estaba sumamente oscura, y ni una sola estrella brillaba en lo alto del cielo: esto era conveniente para los fugitivos, que, sin pronunciar una palabra, andaban todo lo más rápidamente que les permitía el pedregoso terreno.

De este modo caminaron hasta cerca del amanecer.

Entonces el carlista hizo alto.

—Ya no hay peligro—dijo alegremente.—Estamos próximos al ejército á que V. pertenece, y hasta aquí no ven-



drán á perseguirnos aquellos á quienes acabo de abandonar. Hemos tenido suerte. Si se hubieran apercibido de nuestra fuga, si nos hubieran perseguido, á estas horas estaría yo también en capilla, y antes de que saliese el sol mi cabeza olería á pólvora.

—Ha llegado el instante—dijo D. Carlos—en que es necesario que yo sepa el motivo por que V. espuso su vida por salvarme. Hable V., yo se lo suplico, empezando por decirme su nombre, para que pueda bendecirlo eternamente.

—Mi nombre, prosiguió el carlista, no hace al caso: usted no me conoce. Sin embargo, ya que V. lo desea saber, le diré que me llamo Juan. Ahora, oiga V. Hace próximamente un año, añadió con acento solemne, durante una horrible noche de invierno, un infeliz imploraba inútilmente la caridad pública á la puerta de un templo de Madrid.

¡Aquel hombre estaba enfermo, y no había tomado alimento alguno hacía dos días!

Cuando más desesperado se hallaba, cuando faltó de esperanzas iba á alejarse, un caballero se acercó á él, y poniéndole un duro en la mano, le dijo:—*¡Tome V., y remédiese!*..... ¡Aquel dinero fué la salvación del infeliz!

¡Gracias á él pudo encontrar albergue y alimento! ¡Era hombre agradecido, y las facciones de su bienhechor habían quedado profundamente grabadas en su alma! Pidió á Dios con el mayor fervor que le proporcionase una ocasión en que poder pagar la deuda de gratitud! ¡Dios oyó su ruego!

—¡Ah!—exclamó el capitán.—¡Ya empiezo á comprender! ¿Usted era?.....

—¡Yo era el infeliz que pedía limosna á la puerta de la iglesia!.... Tan luégo como estuve restablecido, salí de Madrid y vine á afiliarme en el ejército carlista. ¡Juzgue usted de mi asombro y mi dolor cuando ayer por la mañana vi á V. entre los prisioneros que debían ser fusilados! ¡Mi bienhechor era militar! ¡Mi bienhechor iba á ser pasado por las armas!..... Afortunadamente el cielo me proporcionó los medios de poder salvar á usted. He desertado de las filas carlistas, pero ¿qué importa si al fin he podido pagar mi deuda de gratitud?.....

—¡Le debo á V. la vida!—exclamó enternecido D. Carlos de Acuña.

—¡Toma, toma!—añadió el carlista, ó llamémosle Juan, puesto que tal era su nombre—¿por ventura, yo no se la debo á V. también?

Un apretado abrazo puso término á este diálogo: luego los dos fugitivos prosiguieron su marcha.

IV.

Juan no quiso ser traidor á sus principios: era carlista por convicción, y por consiguiente no ingresó en el ejército liberal.

Tres meses después se hizo la paz; la paz que toda España ambicionaba, y D. Carlos de Acuña celebró su boda con la mujer que amaba tanto.

Juan ya no se separó de él, y fué, digámoslo así, el amigo de confianza de la casa: todos le querían en ella entrañablemente. Le quería la madre de D. Carlos, le quería la esposa de éste, y el señor de Acuña no podía olvidar el instante tan solemne como terrible en que le había abierto las puertas de la capilla.

—¡Qué adorable es aquella máxima santa que dice: *¡Haz bien, y no mires á quien!*

Hoy D. Carlos, separado ya del servicio de las armas, es padre afortunado de dos lindos niños, que Juan saca diariamente á paseo, y á los cuales enseña el ejercicio.

ANTONIO DE SAN MARTÍN.

UN CREPÚSCULO.

(ESBOZO.)



A luz había formado el más brillante cuadro que soñó imaginación alguna.

Teófilo Gautier hubiera encontrado en aquel mosaico de colores asunto adecuado á su pluma de oro.

El viento de otoño, que tenía el rumor de una tos seca y prolongada, arrancaba á los árboles sus hojas y las llevaba haciendo remolinos por las calles inmediatas á la ciudad.

Detrás de un cristal que los últimos rayos del sol poniente convertían en una extensión de fuego, miraba yo ir poco á poco desmayando la tarde y lanzar todas sus reverberaciones.

Una zona encendida, rayada por largas líneas de niebla, servía de fondo á aquel cuadro extendido ante mis ojos y desprovisto de figuras humanas, al que pudiera llamarse paisaje aéreo. A la derecha, otra no menos ancha zona, de un verde clarísimo, asomaba por cima de las torres de la ciudad, extendiéndose hacia el Norte y difuminando sus contornos sobre un fondo azul, claro y profundo, por el que todavía cruzaban algunos pájaros.

A modo de gigantesca pizarra de coral alzabase otra nube á la izquierda, cuya cúspide, por un azar de la niebla, se había trocado en el más bello molino de viento imaginable.

Sobre el cuadro iba escalonándose porción de nubes de todos colores, y servían de sostén á tan brillante pintura las azuladas cumbres de una montaña, por cuyas faldas subía la sombra.

De pronto, un parcial hundimiento del paisaje, en que borráronse las líneas, cambiaron de forma los objetos y hundiéronse las montañas, arrojando de su seno porción de volcanes, cambió la faz del horizonte, que pronto vióse convertido en un mar ondulante y sereno, por cuyas llanuras volaban cien esquifes de oro, atravesaba una barca de ébano con lucientes remos de plata, mecíase un gallardo

buque con velas de fuego, y el oleaje parecía venir á estrellarse lentamente sobre los campanarios de la ciudad, que, coronada por tan distintos resplandores, no parecía sino una encantada Babilonia construida con sillares de oro y torres de cristal.

Pero hé aquí que instantáneamente un violento huracán encrespa la superficie, hace cabecear con violencia las naves, destroza las aguas en luminosas espumas, y da la voz de tempestad á las olas, alzando locos remolinos y erizadas crestas, tan llenas de resplandores como si el oleaje fuera una disolución de piedras preciosas.

Fuése poco á poco calmando la tempestad, y á medida que los vientos se echaban, iban sumergiéndose lentamente las aguas, hasta que el mar vióse convertido en extensa llanura, donde por arte maravilloso empezó el soberbio alzamiento de la antigua Menfis, y pronto se destacaron tumbas de pórfido, esfinges talladas en zafiros, y templos de soberana arquitectura con sus torres y cúpulas resplandecientes, donde caía la luz en chorros irisados. Por cima de la fantástica ciudad iban cabalgando sobre monstruos horribles los viejos Faraones, cruzando el cielo á modo de visión dantesca y dejando tras de sí siniestro relampaguear, acompañado de lejanos é imperceptibles truenos. Una franja que fué pasando por todos los tonos azules, tendióse sobre el figurado desierto á semejanza de anchuroso Nilo, y dejó ver en sus orillas esbeltas palmeras y pintados cocodrilos.

Tras de algunos instantes derrumbóse la soberbia ciudad; mustios collados y anchas soledades sucedieron á los brillantes edificios, y todo empezó á tomar los tonos de un paisaje apacible, por donde una tarda yunta iba dejando hondos surcos de niebla, y un enrojecido labriego apretaba el arado contra la tierra, arrancándole terruños de oro que unos pájaros picoteaban y escarbaban, rompiéndolos con sus patas azules.

A lo lejos bailaban algunos pastores al pié de corpulentos árboles, y un flautero, sentado sobre un arrebólado peñón, animaba la fiesta con los sonos de rústica flauta; al fondo, por detrás de verdes ramajes que ya la noche iba cuajando de flores de estrellas, veíase atravesar una figura á manera de negro fantasma, que representaba la noche y que recorría cautelosamente el horizonte.

La viva claridad fué poco á poco amortiguándose, y apenas si como último paisaje dejése ver una desierta llanura parecida á un campo de Castilla, por medio de la cual atravesaba una figura á lomos de enflaquecido rocinante, con su lanza en ristre, su armadura donde venían á quebrar armas los reflejos, su yelmo abollado en cien y cien aventuras, y la vista fija en el último término del horizonte, donde parecía aún oscilar el dorado molino de viento formado por la niebla.

Aquella figura, simbolo de la locura humana, fué también desvaneciéndose, y á poco los rojos tonos del crepúsculo tornáronse violados, los cenicientos volviéronse levemente azules, y los oscuros, por último, tocaron en la sombra.

Sobre el montón ya imperceptible de los vapores empezó á oscilar un diluvio de estrellas; la luna apareció, eternamente afligida tras de los montes; los campanarios de la ciudad borráronse en las tinieblas; todo fué poco á poco perdiendo sus contornos, y yo me ví entonces cercado de las sombras y con el pensamiento flotando aún por los mundos imaginarios, como si dentro de mi cerebro fueran reproduciéndose paisajes brillantes y ciudades de brumas.

Nada turbaba el silencio en torno mio; solamente á lo lejos, y entre el sosiego de la noche, oíanse las notas de un piano que entonaba *El último pensamiento* de Weber.

S. RUEDA.

Madrid, 22 de Noviembre de 1885.

AL RETRATO DE MI MADRE.

¿Quién es esa mujer, un tiempo bella  
Cual del Edén la sonrosada aurora,  
Que ya mostrando de la edad la huella  
Entre las naves de ese templo llora?

¿Quién es esa mujer, que, solitaria  
Y envuelta del incienso en el aroma,  
Exhala de su labio una plegaria,  
Como vuela del nido una paloma?

Una mujer, cuya cabeza cana  
Simboliza el pesar de los pesares,  
Nueva Raquel, que con la fe cristiana  
Busca á su hijo al pié de los altares.

Una azucena cándida, nacida  
A la falda gentil del Chimborazo,  
Rica perla del cielo desprendida,  
Que á mi corona de poeta enlace.

La que arranca la zarza del camino  
Y me deja la flor, el ángel bueno  
Que me guía en la nave del destino,  
Es la mujer que me hospedó en su seno.

Claro lucero de mi noche oscura;  
Tú, que en mis horas de aflicción bendigo,  
Tú eres mi único amor, tú mi ventura,  
Y siempre tu retrato irá conmigo.

Él me recuerda que en tu edad primera  
Fuiste de encantos oriental tesoro,  
Con tu rubia y sedosa cabellera,  
Oléaje gentil de luz y oro.

Él me recuerda que en mi patrio suelo  
Y en la cuna al mirarte sonreía,  
Pues la primera vez que yo ví el cielo  
Lo ví desde tus ojos, madre mía.

Él me recuerda tu cintura leve,  
Tu tez, concha de nácares galana,  
Pura como los Andes cuya nieve  
No ha pisado jamás la planta humana.

Y tu mano tan breve, que del niño  
En la crencha espiral de los cabellos  
(Ahora en indolente desaliño)  
Jugaba alegre y se ocultaba en ellos.

¿Qué es una madre? Fáltame el acento  
Y falta á mi garganta melodía:  
¡Preguntadlo en el Gólgota sangriento  
Donde al pié de una cruz llora María!

La estrella que alumbró con sus fulgores  
La soledad del mundo y de la vida;  
La madre es el amor de los amores;  
La madre es el amor que nunca olvida.

Hoy que Jesús en un portal nacido  
Extiende al pecador sus tiernos brazos,  
Recibe un corazón entristecido  
Que una ausencia crúel hace pedazos.

Yo sólo tengo un pensamiento fijo,  
Ser cual mi padre un probo ciudadano;  
Yo sólo aspiro, madre, á ser un hijo,  
Como tú, bueno, y, como tú, cristiano.

MIGUEL SÁNCHEZ PESQUERA.

Á LA DISTINGUIDA SEÑORITA AMELIA B.

Yo, que pasé mi vida,  
Mi vida alegre,  
La belleza admirando  
De las mujeres,  
No he visto nunca  
Una imagen tan bella  
Como la tuya.

Antes de conocerte  
Supe que eras  
Un ángel que del cielo  
Bajó á la tierra!.....  
Después te he visto,  
Y te juro que un ángel  
Me has parecido.

Quiso Dios al formarte  
Darte hermosura,  
Y vertió en tí sus gracias  
Una por una:  
Quiso que fueses  
La mujer más hermosa  
De las mujeres.

Así, pues, no te extrañe,  
Querida Amelia,  
Que á cantar tus hechizos  
Yo no me atreva!.....  
Mi lengua calla:  
Tu belleza se siente,  
Mas no se canta.

P. DE TORRE-ISUNZA.

CORRESPONDENCIA PARISIENSE.

SUMARIO.

Los parisienses de regreso.—Refugio de la vida elegante.—Los teatros liricos.—La Ópera y los ensayos del *Cid*; la *Juive*.—La Ópera cómica: *L'Etoile du Nord*, de Meyerbeer.—Mademoiselle Isaac y el tenor Maurel.—Proyectos de M. Carvalho.—*Mors et vita*, oratorio de Carlos Gounod.—Teatro del Vaudeville: *La Poule et ses poussins*, comedia en un acto de Najac.—Nos escriben de Viena.....



MIENTRAS las notabilidades del gran mundo abren sus salones é inauguran las *soirées* de la temporada, los parisienses, de regreso de las partidas de caza y de las recepciones en los *châteaux*, no pierden una representación teatral. Los teatros constituyen, por decirlo así, el refugio de la vida elegante. Hablemos, pues, de teatros.

La dirección de la Ópera sigue ocupándose con incansable actividad de la obra de Massenet, *El Cid*, cuyos ensayos adelantan rápidamente, siendo probable que el estreno tenga lugar á principios de Diciembre. Se anuncia ya como un triunfo el baile del género español, en que la Mauri, nuestra célebre compatriota, hará prodigios. ¿Qué relación puede existir entre la graciosa bailarina y el héroe castellano? Misterio del libretista.

Entretanto, la *Juive* ha sido interpretada con admirable perfección, principalmente por Mme. Carón, que se ha mostrado actriz eminente y cantante de primer orden. Se dice que Gayarre no cantará en el teatro de la Ópera hasta el mes de Febrero; pero no se dice por qué.

La tiple, señorita Isaac, que ha pasado del teatro de la Ópera al de la Ópera Cómica, ha cantado en este último teatro, con extraordinario éxito, *L'Etoile du Nord*, acompañada del tenor Maurel.

En el mismo teatro se ha puesto en estudio una ópera nueva de M. Widor, letra de F. Coppée y A. Dorchain; pero ni los libretistas ni la Empresa han decidido aún el título que darán á la obra. Uno de sus episodios más interesantes parece ser la reproducción de la *Ronde de nuit*, célebre cuadro de Rembrandt; así es que los autores vaci-



lan entre este título y los de *Maese Ambros* ó *Los Patriotas*.

El proyecto de poner en escena en el coliseo de la rue Favart la ópera del maestro Wagner, *Lohengrin*, encuentra, según se dice, obstáculos serios en las regiones oficiales.

Como la Ópera Cómica es un teatro subvencionado por el Gobierno, éste posee la facultad de impedir la representación de una obra de autor extranjero, y por añadidura enemigo encarnizado de la nación francesa. Pero como el empresario, Sr. Carvalho, parece resuelto á vencer todas las dificultades, es de esperar que, dentro de poco, tendremos el gusto de oír la obra maestra del compositor alemán.

Para terminar esta serie de noticias musicales, haré una breve reseña del oratorio del ilustre maestro Gounod, ejecutado por primera vez en Birmingham, y que es el gran acontecimiento filarmónico de la actualidad. Ignórase á qué razones ha obedecido el autor de *Fausto* para dar las primicias de su nueva composición á un país extranjero. Pero no cabe duda que los *dilettanti* parisienses serán llamados este invierno, á más tardar, en la próxima Semana Santa, á sancionar el brillante triunfo de Birmingham.

La trilogía de *Mors et vita* es, hasta cierto punto, el complemento de la *Redención*, del mismo maestro.

En el prefacio que Gounod ha puesto al principio de su oratorio, se leen las siguientes líneas, que son como una explicación del título:

«He puesto la muerte antes de la vida, porque en el orden eterno de las cosas es la muerte la que precede á la vida, aun cuando en el orden temporal sea la vida la que precede á la muerte. La muerte es el término de una existencia que tiene su fin todos los días; pero es el primer instante del nacimiento de lo que va á ser eterno.»

La primera parte de la obra contiene un *Requiem*, cuyas lígubres notas contrastan singularmente con las suaves melodías de Jesús, que expresan anteriormente, en el prólogo, las delicias de la vida futura.

El *Juicio final* y la *Resurrección*, otro magnífico contraste, están tratados con un arte, una profundidad y una majestad incomparables. Los tormentos de los condenados y la alegría de los elegidos, forman la antítesis.

La tercera parte, que contiene la *Visión de San Juan*, está escrita en un estilo elocuente y admirablemente inspirado. «He visto un nuevo cielo, una nueva tierra; el primer cielo, la primera tierra han desaparecido, y hasta el mar ha desaparecido.»

Esta última parte termina en un inmenso *Hosanna in excelsis Deo*, coro espléndido y que sobrepuja en bellezas orquestales al de la *Resurrección* y al *Coro celeste de los bienaventurados*.

A juicio de todas las personas competentes que han asistido á la ejecución de *Mors et vita*, el maestro Carlos Gounod ha escrito esta vez una obra perfecta, y la ciencia profunda que revela su orquestación, explica el entusiasmo con que ha sido acogida esta composición magistral.

Pasemos á otro género de arte más profano.

En el teatro del Vaudeville se ha puesto en escena, como *lever de rideau*, una comedia en un acto, de Najac, titulada *La Poule et ses poussins* (*La Gallina y sus polluelos*). Es triste la suerte de estas piezas en un acto, que dan principio á la representación en casi todos los teatros de París, á una hora en que las gentes que se respetan, acaban y á veces principian á comer. Los infelices actores están condenados primero á dirigirse á las butacas vacías, y después, á ser interrumpidos por el ruido de las puertas que se cierran, de los banquillos que ruedan por el suelo, de las conversaciones y de los murmullos. Nadie trata de ponerse al corriente del asunto de la pieza, y cae el telón en medio de una indiferencia general, que es, con frecuencia, injusta.

Sería de desear, en efecto, que un numero público de sufragas parisienses asistiese todas las noches, como á una lección de conducta, á la representación de *La Poule et ses poussins*, que es un estudio de costumbres sumamente fino, mesurado, justo y admirablemente observado. No se hace en él la crítica de una corporación combatida con harta violencia en los libros y en el teatro; el autor admite, por el contrario, y aun prueba que existen sufragas excelentes. Por desgracia, éstas son tal vez las más temibles, porque no dan pretextos para despedirlas, y un tercero, cualquiera que sea, que se interpona entre dos recién casados, es siempre un tercero incómodo. ¡Hay que ver cómo madame Grassot, la perla de las características, nos lo demuestra con su ejemplo!

Su yerno le ha prometido vivir junto á ella y no separarla jamás de su hija adorada. Por lo demás, ella adora también á este yerno complaciente, y confiesa que está adornado de mil excelentes cualidades, demasiado buenas, puesto que hace perfectamente feliz á su joven esposa, privando así á su madre, como dice ésta en sus confidencias al público, «del derecho sagrado de consolar á su hija.» Si ésta viniese alguna que otra vez á confundir sus lágrimas con las suyas.... ¿Y por qué llora esta buena madre? Porque siente el vacío en torno suyo, porque no puede consagrarse noche y día á su hija idolatrada. Y esto es muy natural; como es natural también que la hija, admirablemente educada por una madre semejante, le haga algunos sacrificios, salga todos los días con ella, no la deje nunca comer sola y no consienta en ir sin ella al teatro.

Pero no es menos natural que el joven marido maldiga la existencia que el destino le depara, á despecho de las golosinas que le sirven, de las zapatillas que le bordan y del incienso que queman perpetuamente en torno del nido donde se siente como prisionero.

Si habla intimamente con su esposa, se oye un golpe

cito á la puerta: se trata de una cortina ó de cualquiera otra cosa, la sorpresa no deja de ser importuna.... Reanuda la interrumpida conversación.... en vano.... tan, tan.... La mamá ha olvidado los espejuelos.

Y así sucesivamente en una serie de escenas maravillosamente exactas, hasta el momento en que el marido, furioso, huye con su mujer, se echa la culpa de todo lo que pasa, y ve entonces á su suegra verdaderamente sublime en las grandes crisis que dan un alimento á la actividad de su corazón. Y el yerno la estima y la venera, pero insiste en su resolución de vivir independiente, y tiene razón, por aquello de «cada uno en su casa....»

Esciben de Viena que la autoridad gubernativa ha adoptado una medida suntuaria, que me parece, en verdad, digna de imitación.

Varios espectadores se han dirigido á la autoridad en queja contra los sombreros de las damas vienesas, cuya exagerada elevación les impide absolutamente disfrutar del espectáculo en los teatros de Viena. De sus resultados, la altura de los sombreros en cuestión ha sido determinada por un decreto, y los que pasen de la medida legal serán, de grado ó por fuerza, depositados en el vestuario. El periódico que da la anterior noticia, añade que las señoras interesadas se preparan á hacer una resistencia heroica.

X. X.

París, 24 de Noviembre de 1885.

## FIGURÍN DE SOMBREROS, EXTRAORDINARIO.

(Obsequio á las Sras. Suscriptoras de la 1.<sup>a</sup> edición de lujo.)

1. *Capota de calle*.—Es de felpa color de nutria, con fondo extendido, así como el borde del ala, que es puntiagudo por delante y va recogido con una coca de galón bordado de cuentas color de oro antiguo, el cual rodea el ala. Lazo de cinta de faya beige, apuntado con dos pájaros. Bidas de cinta de terciopelo color de nutria.

2. *Capota Jersey*.—El fondo va guarnecido de una especie de tejido de punto color crudo. El borde se compone de hojas de terciopelo bordado. Pájaro en el lado izquierdo y hojas bordadas en el derecho. Lazos y bridas de cinta de faya cruda.

3. *Capota de visita*.—El fondo va bordado de cuentas gruesas de azabache y atravesado de cintas plegadas de moaré y faya encarnada. Ala cubierta de terciopelo negro. Cocas de terciopelo negro, mezcladas de terciopelo encarnado, y apuntadas con plumas de azabache. Bidas de cinta de moaré encarnado.

4. *Gorro para señoritas*.—De paño marrón bordado de lana beige. Todo el fondo, que es alto, va plegado. Los pliegues van agrupados por delante bajo una cabeza de castor. El borde va rodeado de una tira de piel de castor.

5. *Gorra húngara*.—El fondo es de faya color marfil bordada de lunares. Borde de castor. Los pliegues del fondo van fijados en el lado izquierdo con una cabeza caprichosa, seguida de alas de colores varios.

## EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 1.838.

(Corresponde á las Señoras Suscriptoras de la 1.<sup>a</sup> edición de lujo.)

1. *Traje para niñas de 6 á 8 años*.—Este traje es de felpa y surah color de fuego. La falda de debajo va cubierta de un volantino de felpa plegada y añadida al vestido por debajo de la cintura, cuya pegadura se cubre con una banda ancha de surah que va á anudarse por detrás. Los delanteros del corpiño son rectos y van abrochados en medio con una hilera de botones. La espalda va ligeramente ceñida en la cintura con tres costuras. Cuello grande de muselina blanca enteramente plegado y el cual cubre los hombros. Manga con cartera de muselina.—Se cortará este vestido por las figuras 5 á 9 del patrón que daremos por suplemento al número 46 de LA MODA.

2. *Traje para señoritas*.—Vestido de raso gris plomo con cintas de terciopelo encarnado. Falda de debajo, guarnecida por delante con un paño de raso en cuyo borde inferior van puestas nueve cintas de terciopelo. Levita larga de raso. Los delanteros del corpiño van cerrados en línea recta en el centro y guarnecidos de tres cintas de terciopelo que vienen á formar punta en la cintura. La espalda es muy ajustada. Los faldones, tan largos como la falda, van montados en torno de la cintura con pliegues anchos encañonados y van guarnecidos por delante con tres cintas de terciopelo. Cuello del mismo terciopelo, y fuelle de terciopelo plegado en la abertura de las mangas.

3. *Traje de lana color de madera*.—El fondo de falda va guarnecido de un volante ancho de lana, tableado y deshilachado en el borde inferior. Banda plegada de la misma tela con borde igualmente deshilachado. Corpiño de lana. Los delanteros, abrochados en el centro con corchetes, van guarnecidos de dos solapas deshilachadas, que se unen en medio y forman una punta larga en la cintura. La aldeta es redonda y deshilachada á todo el rededor. La espalda va terminada en dos pliegues redondos cubiertos con unas correas puntiagudas. El *pouf* va formado de las extremidades de la banda.

## ARTÍCULOS DE PARÍS RECOMENDADOS.

Poseéis un corsé bien hecho, que lleva una buena marca; vuestro busto está lleno de flexibilidad y bien sostenido por todas partes, sin rigidez ni afectación. Si vuestro corsé es un corsé de

pacotilla, entonces todo cambia: tendréis, á pesar vuestro, un abandono de mal tono, molesto y de fea apariencia.

Con los corsés de la casa de Plument tendréis la gracia, la suavidad de líneas y la corrección. Su corsé *Sultana* es conocido y apreciado de todo el mundo. Su coraza *Juana de Arco* es la providencia de las señoras gruesas, que logran, gracias á ella, hacerse un talle posible. Para las señoras que están delicadas, nada como la *cintura de reposo*.

Es imposible en la actualidad vestirse bien sin polisón (*tour-nure*). Hay que escoger la que mejor se adapte á cada traje; es decir, que se necesitan tantas *tournures* como trajes se tengan de diferente tipo.

Las señoras que no hayan recibido el *Boletín-guía* de la casa Plument, deben pedirlo á la de F. Aurigemma, de Barcelona ( *calle Fernando*), la que se lo enviará franco de porte. En dicho *Boletín* se hallan los dibujos de todos los corsés y polisones de moda.

Recomendamos expresivamente á nuestras lectoras españolas, amantes del bello arte de la música, la casa editorial de D. Benito Zozaya (*Carrera de San Jerónimo, 34, Madrid*), en la que encontrarán el más completo surtido de música, así nacional como extranjera, y las obras que sirven de texto en el Conservatorio de Música y Declamación. La casa del Sr. Zozaya, cuya reputación es tan antigua como sólida, es la primera de España en su especialidad.

Recomendamos se pida en las fondas, cafés, ultramarinos, etc. los acreditados y excelentes vinos de Burdeos de la casa Prosper Molina Fils.

Los pedidos al por mayor y menor, en el establecimiento «La Europea», Atocha 24 y 26, frente á San Sebastián.

No conservéis, señoras, esos bigotes ridículos, cuyo menor inconveniente es envejeceros espantosamente; la *Pâte Epilatoire Dusser* os los quitará radicalmente y en pocos instantes.

*Dusser*, inventor, 1, rue J. J. Rousseau, París, y en las principales perfumerías de España.

Aconsejamos á las personas que hacen uso del VINO CHASSAING, que se aseguren bien de la autenticidad de los frascos que compran. El gran consumo de este producto ha dado lugar á numerosas falsificaciones, por lo que debe exigirse: 1.º, la firma CHASSAING sobre la etiqueta; 2.º, la misma firma en cuatro colores sobre la banda que rodea las cápsulas; 3.º, sobre cada página del folleto que rodea los frascos, la filigrana *Chassaing-Guénon et Ce, Paris* (visible al transparente); 4.º, el timbre de *La Union de los Fabricantes* obliterado por la firma CHASSAING.

*Chassaing*

PASTA DE NAFÉ DE DELANGRENIER. Cincuenta médicos de los hospitales de París han demostrado su poderosa eficacia contra los *Resfriados, Grippe, Bronquitis, Irritaciones del pecho* y de la garganta. No conteniendo ni opio, ni morfina, ni codeína, puede darse sin temor á los niños que padecen de tos. Depósitos en las farmacias del mundo entero.



Perfumería Ninon V<sup>o</sup> LECONTE ET C<sup>ie</sup>, 31, rue du Quatre Septembre, París. (Véanse los anuncios.)

Perfumería exótica SENET, 35, rue du Quatre Septembre, París. (Véanse los anuncios.)

GRANDES ALMACENES DEL PRINTEMPS. (Véanse los anuncios.)

## ADVERTENCIAS.

Rogamos á nuestras señoras suscriptoras se fijen en el *Prospecto* para el año de 1886 (45.º de vida editorial para LA MODA ELEGANTE), impreso en la página 2.ª de la cubierta anexa al presente número.

Las abonadas á nuestro periódico, á quienes somos deudores de tantas deferencias, nos dispensarán un favor especialísimo, anticipándose cuanto les fuera posible á honrarnos con sus órdenes para la renovación de sus suscripciones, teniendo presente que la aglomeración de avisos y de asientos en estas oficinas, en los finales y principios de año, suelen ser causa irremediable de retrasos, tan contrarios á nuestra voluntad, como perjudiciales á nuestras favorecedoras, acostumbradas á la mayor exactitud en el servicio.

Con el presente número recibirán las señoras suscriptoras á la primera y segunda edición de lujo dos de los números musicales que más han contribuido al brillante éxito obtenido recientemente por la ópera *Pinafor* en el teatro de la Zarzuela.





## PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

CONTIENE LOS ÚLTIMOS FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARÍS, PATRONES DE TAMAÑO NATURAL, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, CROCHET, TAPICERÍAS DE COLORES NOVELAS.—CRÓNICAS.—BELLAS ARTES.—MÚSICA, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DÍAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

AÑO XLIV.

MADRID, 6 DE DICIEMBRE DE 1885.

NÚM. 45.

### SUMARIO.

1 á 3. Vestidos de baile.—4 á 9. Dos manteles para bandejas.—10. Cuarta parte de una alfombrilla.—11. Capucha de paño.—12 y 13. Muñeca en un columpio.—14. Vestido de la muñeca.—15. Camisa para muñeca.—16. Pantalón de la muñeca.—17. Chabarra de muñeca.—18. Enagua de franela para

muñeca.—19. Vestido para niñas de 4 á 6 años.—20. Vestido para jovencitas de 11 á 13 años.—21. Abrigo para niñas de 5 á 7 años.—22. Traje para niñas de 7 á 8 años.—23. Traje para niñas de 8 á 9 años.—24. Corpiño para vestido de baile.—25. Corpiño para vestido de *soirée*.—26 y 27. Vestido para niñas de 8 á 10 años.—28 y 29. Vestido para niñas de 9 á 11 años.—30. Sombrero para niños de 2 á 3 años.—31. Sombrero para niños de 1 á 2 años.—32. Bata de vigóna.—33. Abrigo para lluvia.—34. Salida de teatro.—35. Salida de baile.

Explicación de los grabados.—Tres siemprevivas. Á la memoria del rey don Alfonso XII, por D. Eusebio Martínez de Velasco.—Crónica de Madrid, por el Marqués de Valle-Alegre.—El abuelo, poesía, por D. Julio Valdelomar y Fábregues.—Pedro y Camila, por doña María del Pilar Sinués.—Explicación del figurín iluminado.—Artículos de París recomendados.—Suelto.—Solución del jeroglífico del número 37.



Vestidos de baile.—Núms. 1 á 3.

Véase la explicación en el verso de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

Dos manteles para bandejas.—Núms. 4 á 9.

Sobre una bandeja, que se desea preservar ó cubrir, se ponen unos mantelitos bordados de algodón de color. Los dibujos que publicamos podrán ejecutarse también con seda, para cabeceras ó tapetes.

El mantel núm. 4 tiene 80 centímetros de largo por 74 de ancho; se le hace de una tela cruda y se le adorna con un fleco. El dibujo 6 reproduce de tamaño natural una parte del bordado, que se hace con algodón encarnado y algodón marrón oscuro. Las tintas diferentes del dibujo indican el empleo de estos dos colores. La cenefa (dibujo 7) va ejecutada en dos hileras junto á este bordado y repetida del mismo modo á 5 centímetros de intervalo. Entre estas dos cenefas se bordan unas estrellas iguales á las representadas en el dibujo principal. En el contorno exterior se repite una sola hilera de la cenefa, que cubre la costura de un fleco de 5 centímetros de ancho. Se puede también deshilar el mantele para formar el fleco.

Mantel núm. 5. Este servirá principalmente para un aparador ó para una mesita en forma de aparador. Su largo es de 90 centímetros y su ancho de 77. Se le ejecuta sobre cañamazo un poco grueso, bordando solamente uno de los lados transversales; el otro lado transversal va dobladillo. Se hace el bordado con algodón color de barro cocido, de dos matices, siguiendo las indicaciones de los dibujos 8 y 9. Entre los cuadros que alternan se aplica un adorno recostado de cretona de colores, cuyos contornos se bordan con algodón de color. Esta cenefa va hecha á 10 centímetros de distancia del borde inferior del mantel. Se cose en este borde un fleco de 10 á 15 centímetros de ancho.

Cuarta parte de una alfombrilla.—Núm. 10.

Esta alfombrilla es una imitación de los tapices de Esmirna. Se la ejecuta con arreglo á los dibujos y explicaciones que hemos publicado en varios números anteriores.

Se podrá hacer igualmente en este dibujo, ejecutado al punto de cruz ordinario, un tapete para centro de mesa, escabel, etc.

Capucha de paño.—Núm. 11.

Para la explicación y patrones, véase el núm. X, figs. 34 y 35 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

Muñeca en un columpio.—Núms. 12 y 13.

Véase la explicación en el recto de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

Vestido de la muñeca en el columpio. Núm. 14.

Para la explicación y patrones, véase el número XIII, figs. 50 á 54 de la *Hoja-Suplemento*.

Camisa para muñeca.—Núm. 15.

Para la explicación y patrones, véase el núm. V, fig. 24 de la *Hoja-Suplemento*.

1.—Vestido de faya y encaje. (Explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.)  
 2.—Vestido de tul de lana y terciopelo. (Explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.)  
 3.—Vestido de faya y gasa. (Explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.)  
 1 á 3.—VESTIDOS DE BAILE.



**Pantalón de la muñeca.—Núm. 16.**

Para la explicación y patrones, véase el número VI, figs. 25 de la *Hoja-Suplemento*.

**Chambra de muñeca.—Núm. 17.**

Para la explicación y patrones, véase el número IV, fig. 21 á 23 de la *Hoja-Suplemento*.

**Enagua de franela para muñeca.—Núm. 18.**

Para la explicación y patrones, véase el número VIII, figs. 27 á 29 de la *Hoja-Suplemento*.

**Vestido para niñas de 4 á 6 años.—Núm. 19.**

Para la explicación y patrones, véase el número XII, figs. 45 á 49 de la *Hoja-Suplemento*.

**Vestido para jovencitas de 11 á 13 años.—Núm. 20.**

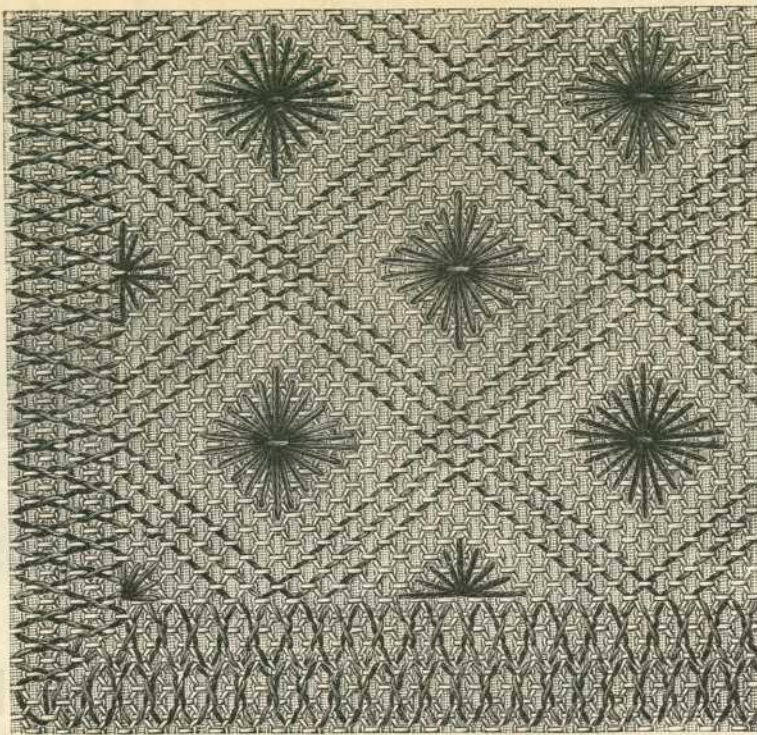
Para la explicación y patrones, véase el número II, figuras 7 á 13 de la *Hoja-Suplemento*.

**Abrigo para niñas de 5 á 7 años.—Núm. 21.**

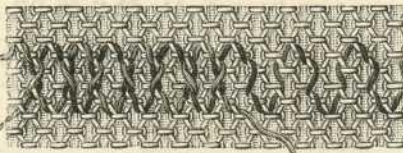
Véase la explicación en el verso de la *Hoja-Suplemento*.

**Traje para niñas de 7 á 8 años.—Núm. 22.**

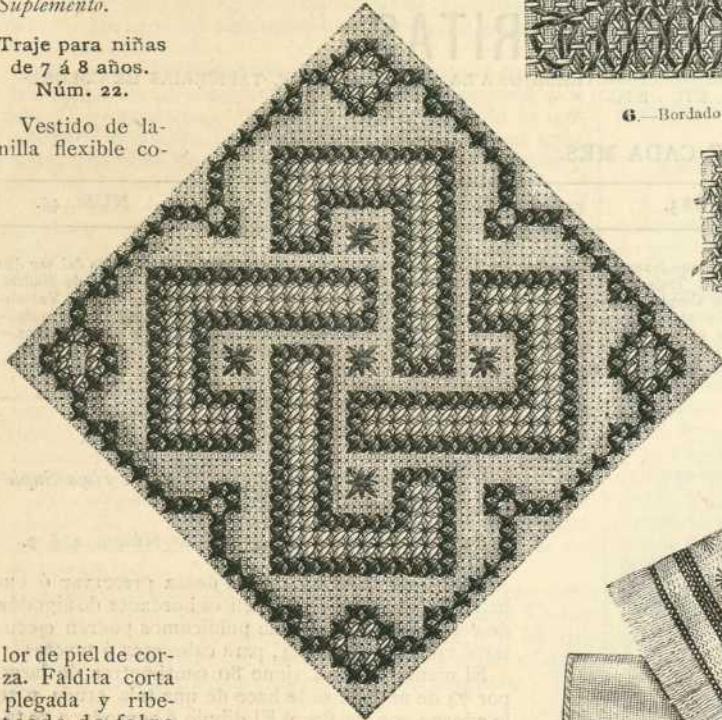
Vestido de la-nilla flexible co-



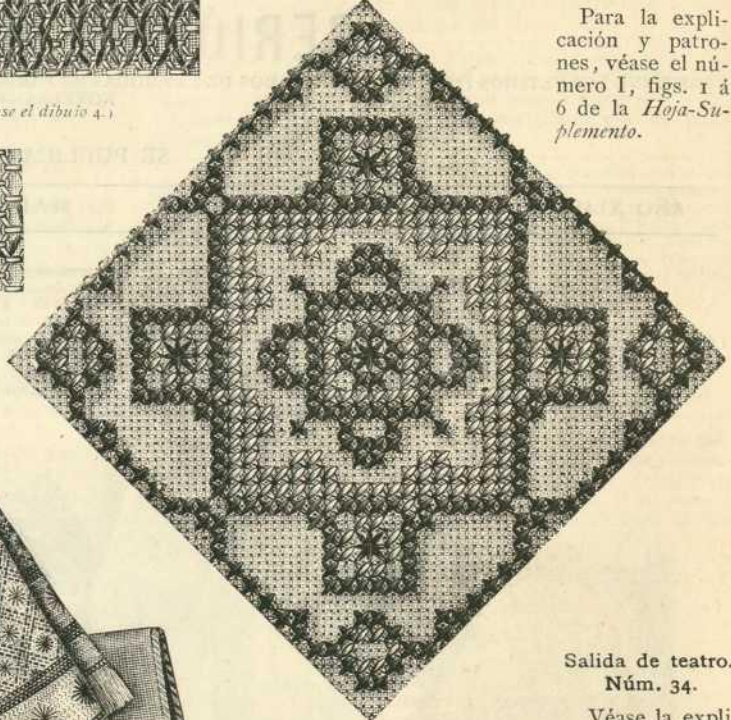
6.—Bordado de uno de los manteles. Tamaño natural. (Véase el dibujo 4.)



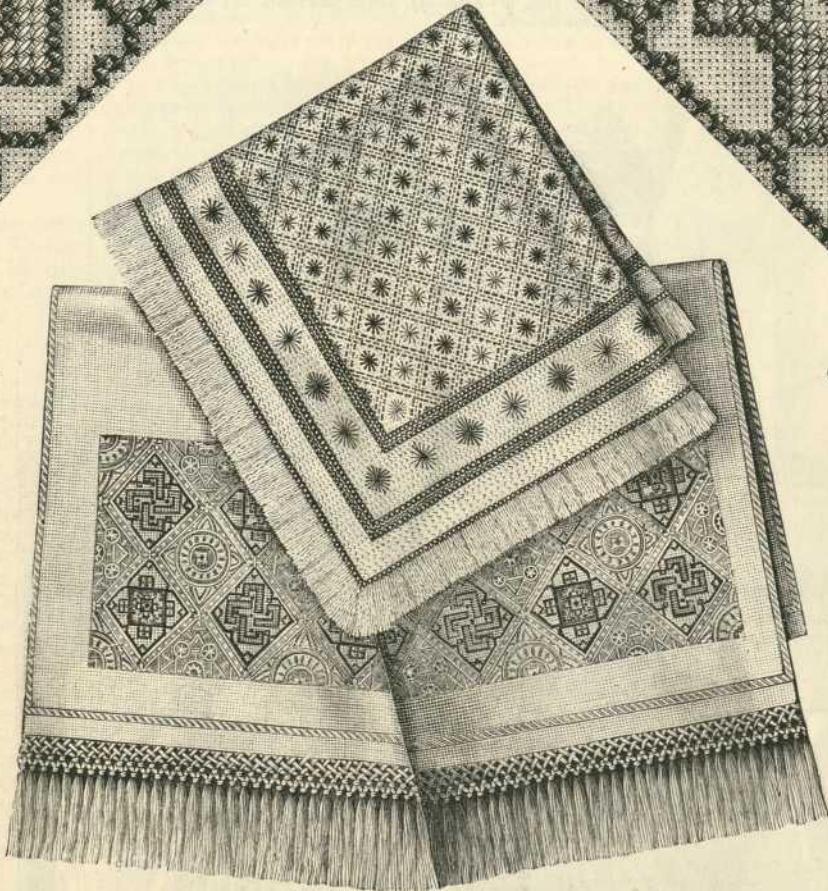
7.—Cenefa de uno de los mantel s. (Véase el dibujo 4.)



8.—Cuadro de uno de los manteles. Tamaño natural. (Véase el dibujo 4.)



9.—Cuadro de uno de los manteles. Tamaño natural. (Véase el dibujo 4.)



4 y 5.—Dos manteles para bandejas. (Véanse los dibujos 6 á 9.)

lor de piel de corza. Faldita corta plegada y ribeteada de felpa granate. Corpiño casaca, abierto por delante en redondo sobre un chaleco fruncido de faya color de piel de corza. La espalda va ajustada. La aldeta va rodeada, así como los delanteros, de una tira de felpa. Esclavina de felpa, abierta por delante y abrochada con barretas de la misma felpa. Cuello de felpa, cerrado con un broche artístico. Un broche igual sujeta la parte inferior del chaleco. Manga larga adornada con una cartera de felpa. Sombrero *pierrat* de fieltro granate, adornado con una tira plegada de terciopelo y una hebilla de acero.

**Traje para niñas de 8 á 9 años.—Núm. 23.**

Este traje es de siciliana oscura, bordado de lunares encarnados. Se compone de un vestido inglés, que se abre por delante bajo unos tirantes de terciopelo rayado que caen sobre un peto fruncido, escotado sobre un camisolín de tul bordado. La espalda va dispuesta del mismo modo. Lazo de cinta de terciopelo. Cuello recto y manga larga guarnecida de una cartera de terciopelo rayado. La faldita de debajo va rodeada de un volante plegado.

**Corpiño para vestido de baile.—Núm. 24.**

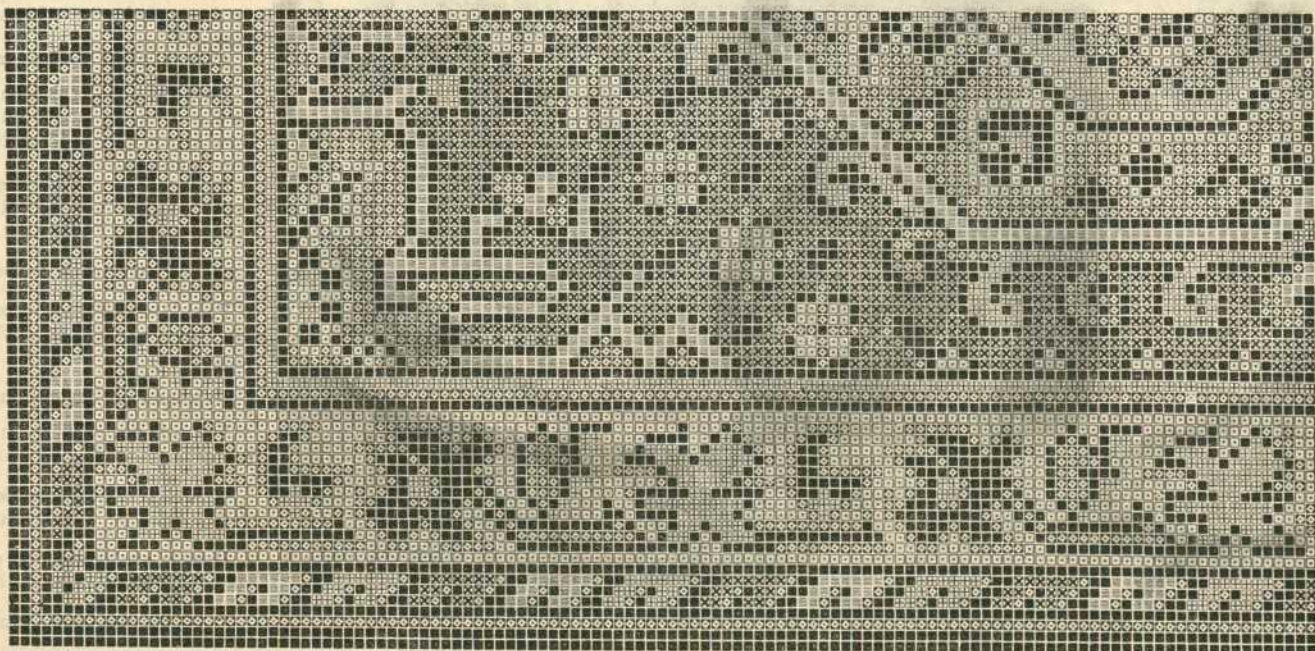
Véase la explicación en el verso de la *Hoja-Suplemento*.

**Corpiño para vestido de «soirée».—Núm. 25.**

Para la explicación y patrones, véase el número III, figuras 14 á 20 de la *Hoja-Suplemento*.

**Vestido para niñas de 8 á 10 años.—Núms. 26 y 27.**

Para la explicación y patrones, véase el número XI, figuras 36 á 44 de la *Hoja-Suplemento*.



10.—Cuarta parte de una alfombra. Imitación de Esmirna.—Explicación de los signos: ■ negro; ◻ encarnado; X verde-acituna; ⊕ azul mediano; ▨ marrón; ◻ amarillo.

**Vestido para niñas de 9 á 11 años.—Núms. 28 y 29.**

Véase la explicación en el verso de la *Hoja-Suplemento*.

**Sombrero para niños de 2 á 3 años.—Núm. 30.**

Es de felpa con surcos color granate. Todo el fondo y el ala, que va levantada por el lado derecho, es de felpa. Lazos grandes de cinta de faya color de rosa en el lado izquierdo.

**Sombrero para niños de 1 á 2 años.—Núm. 31.**

Este sombrero es de fieltro blanco. Toda el ala va arrollada y sujeta por delante con un lazo de cinta de moaré blanco y unas plumas blancas. Lazo de moaré por detrás y bridas de cinta de moaré.

**Bata de vigoña.—Núm. 32.**

Para la explicación y patrones, véase el número IX, figs. 30 á 33 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

**Abrigo para lluvia.—Núm. 33.**

Para la explicación y patrones, véase el número I, figs. 1 á 6 de la *Hoja-Suplemento*.

**Salida de teatro.—Núm. 34.**

Véase la explicación en el verso de la *Hoja-Suplemento*.

**Salida de baile.—Núm. 35.**

Véase la explicación en el verso de la *Hoja-Suplemento*.

**TRES SIEMPREVIVAS.**

Á LA MEMORIA DEL REY DON ALFONSO XII.

Al ver hoy, en el fúnebre salón de Columnas del Real Palacio, el yerto cadáver del rey D. Alfonso XII, y contemplar cerrados para siempre aquellos antes inquietos y vividos ojos, que eran la expresión de un espíritu varonil é inteligente, y mudos aquellos labios, que se dilataban en vida con la sonrisa de la benevolencia, esa dulce sonrisa que parece símbolo espontáneo del corazón noble y generoso, cruzaron por mi mente los recuerdos del efímero reinado del infeliz Monarca: veíale niño de tres años, en brazos de su augusta madre, aplaudir con sus manecitas á las tropas que volvían de África y llevaban en sus banderas los laureles de Castillejos, Tetuán y Wad-Ras; contempláble después en el Vaticano, recibiendo su primera comunión de manos del inmortal pontífice Pío IX; admiráble más tarde en Madrid, recibido en triunfo por un pueblo casi desfallecido, que le consideraba como esperanza de salvación de la patria, como iris de ventura en deshecha tempestad de desgracias.

Guarde la Historia en sus páginas eternas los hechos memorables del reinado de D. Alfonso XII;





12.—Muñeca en un columpio.  
(Véanse los dibujos 13 á 16.)  
(Explicación en el recto de la Hoja-Suplemento al presente número.)



13.—Sombrero de la muñeca en el columpio.  
(Véase el dibujo 12.)



14.—Vestido de la muñeca en el columpio.  
(Véase el dibujo 12.)  
(Explic. y pat., núm. XIII, figs. 50 á 54 de la Hoja-Suplemento.)



11.—Capucha de paño.  
(Explic. y pat., núm. X, figs. 34 y 35 de la Hoja-Suplemento.)



17.—Chambra de muñeca.  
(Explic. y pat., núm. IV, figs. 21 á 23 de la Hoja-Suplemento.)

digan los militares encanecidos en las penalidades de la guerra cuán grande era el valor del animoso Monarca, adolescente aún, en los peligros y sufrimientos de la campaña del Norte, y digan los hombres políticos cuál era la misteriosa fuerza de atracción que le ganaba leales servidores entre adversarios antiguos del trono, y fieles súbditos entre enemigos humillados en el campo de batalla; canten los poetas



15.—Camisa para muñeca.  
(Véase el dibujo 12.)  
(Explic. y pat., núm. V, fig. 24 de la Hoja-Suplemento.)



19.—Vestido para niñas de 4 á 6 años.  
(Explic. y pat., núm. XII, figs. 45 á 49 de la Hoja-Suplemento.)

20.—Vestido para jovencitas de 11 á 13 años.  
(Explic. y pat., núm. II, figs. 7 á 13 de la Hoja-Suplemento.)

21.—Abrigo para niñas de 5 á 7 años.  
(Explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.)



18.—Enagua de franela para muñeca.  
(Explic. y pat., núm. VIII, figs. 27 á 29 de la Hoja-Suplemento.)

tres modestas siemprevivas en la hermosa corona de gloria de nuestro malogrado Monarca.

Era la mañana del 24 de Enero de 1875.

Un pobre soldado de los que formaban en la línea del Carrascal, cerca de Pamplona, había recibido en la noche anterior una carta de su madre, vecina de Calahorra y



16.—Pantalón de la muñeca en el columpio.  
(Véase el dibujo 12.)  
(Explic. y pat., núm. VI, fig. 25 de la Hoja-Suplemento.)

al egregio soberano en sus visitas á la assolada comarca de Murcia, á los pueblos en ruinas de Granada y Málaga, á los hospitales de coléricos de Aranjuez y de Madrid, prodigando socorros al desvalido y palabras de consuelo y esperanza al moribundo.

Yo sólo intento referir á las amables lectoras de LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA tres hechos de la vida de D. Alfonso XII; los tres son oscuros, desconocidos, pero rigurosamente históricos; forman

anciana de setenta años, con estas ó parecidas frases: «Hijo querido, tu padre está en la agonía; dice que tiene que comunicarte, á ti solo, un grave secreto de familia; pide permiso á tu coronel para venir esta noche, jurándole que mañana, á primera hora, te encontrarás otra vez en las filas, en tu puesto, aunque yo me quede sola con mi dolor.»

El coronel era un hombre generoso, de honrados sentimientos, dignísimo por todos conceptos, y





22.—Traje para niñas de 7 á 8 años.



21.—Corpiño para vestido de baile.  
(Explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.)



26.—Vestido para niñas de 8 á 10 años.  
Delantero.  
(Explic. y pat., núm. XI, figs. 36 á 44 de la Hoja-Suplemento.)

28.—Vestido para niñas de 9 á 11 años.  
Delantero.  
(Explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.)



25.—Corpiño para vestido de soirée.  
(Explic. y pat., núm. III, fig. 14 á 20 de la Hoja-Suplemento.)



23.—Traje para niñas de 8 á 9 años.



32.—Bata de vigona.  
(Explic. y pat., núm. IX, figs. 30 á 33 de la Hoja-Suplemento.)



30.—Sombrero para niños de 2 á 3 años.



27.—Vestido para niñas de 8 á 10 años. Espalda.  
(Explic. y pat., núm. XI, figs. 36 á 44 de la Hoja-Suplemento.)



34.—Salida de teatro.  
(Explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.)

35.—Salida de baile.  
(Explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.)



31.—Sombrero para niños de 1 á 2 años.



29.—Vestido para niñas de 9 á 11 años. Espalda.  
(Explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.)



33.—Abigo para lluvia  
(Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 6 de la Hoja-Suplemento.)



además padre de familia; pero también era severísimo ordenancista, y no pudo otorgar el solicitado permiso en vísperas tal vez de una batalla.

Pedro, que así se llamaba el soldado, dijo al propio que le llevó la carta:

—Ya lo ves.... Di á mi padre que me bendiga y muera en paz con su secreto, y di á mi santa madre que tenga paciencia....

Y rompió á llorar como un niño.

La Providencia dispuso que en tal momento pasase por allí el capitán G....., ayudante de un distinguido general agregado al cuarto militar del Rey, y viese correr las lágrimas por el atezado rostro del soldado; preguntó la causa de tanta pena, y marchóse después con honda impresión de amargura; refirió el suceso, algo más tarde, á su general, cuando éste se hallaba en la tienda de campaña del Rey, separado del Monarca por una tela de lona y una colgadura de damasco rojo.

—¡Pobre muchacho!—exclamó el general.—Hoy llora como un niño, y mañana buscará la muerte en el combate como un desesperado....

En aquel instante el rey D. Alfonso XII levantó la colgadura, y dijo:

—Entren VV. aquí.... Todo lo he oído. ¿Conoce usted, capitán, á ese muchacho?

—Es la primera vez que le veo, Señor; pero le conoceré.

—Pues búsquele, y llévele el consuelo.

Y arrancando una hoja de su cartera escribió en ella, con lápiz, la orden para el coronel del regimiento de Pedro, concediendo licencia á éste por tres días....

El pobre soldado llegó á tiempo de recibir el secreto y la bendición de su padre, y regresó á su puesto en la tarde del siguiente día.

El joven Rey, con aquel arranque espontáneo de su corazón generoso, libró del deshonor á una honrada familia; que grave era, en verdad, el secreto del anciano moribundo.

Me ha referido este hecho el mismo capitán G....., hoy retirado y residente en Madrid.

Una tarde del invierno último, al salir de Palacio los Reyes para dirigirse á la basílica de Nuestra Señora de Atocha, cierta hermosa joven enlutada rompió las filas de la guardia, acercóse rápidamente al carruaje, sacó un papel que llevaba oculto entre el manto y.... las fuerzas le faltaron, y cayó desvanecida.

La reina Doña Cristina gritó al punto:

—¡Socorredla!

El rey D. Alfonso dijo:

—Dadme esa carta que deseaba entregarnos.

La joven fué socorrida en el acto, y el caballero que seguía al coche Real tomó la carta, y la entregó respetuosamente al Rey.

Aquella carta contenía una historia de lágrimas: la joven era huérfana de un teniente de infantería, y su madre había fallecido pocas semanas antes, dejándola tres niños y horrible perspectiva de sufrimientos y miseria; poco á poco, para atender á la subsistencia y á la educación de sus hermanitos, y no bastándola el escaso producto de sus labores, mal pagadas aunque eran primosas, tuvo que deshacerse de sus pocas alhajas, de los muebles de la casa, de los colchones de las camas; el hambre y la desnudez acosaban á los pobrecitos huérfanos, y las fuerzas de la desgraciada niña se consumían en impotente lucha.

No tenía parientes ricos, ni caritativos; los amigos de sus padres la habían vuelto la espalda; algún protector interesado, fingiendo compasión y afecto, ponía viles asechanzas á la virtud de la honrada huérfana.

Eso decía aquella carta, que era memorial doloroso, y solicitaba en ella el amparo de la regia munificencia.

Le obtuvo: al anochecer del mismo día se presentó en el domicilio de la huérfana un fiel servidor de D. Alfonso XII, y habiéndose enterado escrupulosamente de la verdad de los hechos, declaró á la joven que S. M. el Rey tomaba bajo su protección á los hijos del bizarro teniente M.....

¡Cómo llorarán hoy esos huérfanos la prematura muerte de su segundo padre!

Había en la huerta de Murcia una modesta casita, en medio de fértil campo de flores y hortalizas, y un bosquecillo de moreras: allí vivía una familia de honrados agricultores, cuyo jefe, anciano de sesenta y cinco años, era hijo de un cochero del rey D. Fernando VII.

Las avenidas del Segura arrasaron el campo, troncharon los árboles y cuartearon los débiles muros de la casa; y para colmo de males, el pobre viejo murió de pena, algunos días después de las inundaciones, al ver destruida su hacienda y perdidos sus ahorros y su trabajo de cuarenta años.

Quedaron allí una hija del difunto ex cochero, viuda, y cinco pequeñuelos, cobijados en una cabaña de ramas de árboles y paja de maíz.

Cuando llegó el Rey á la huerta de Murcia, y socorrió con mano pródiga los infortunios que presenciaba, decían las gentes á aquella pobre mujer:

—Anda, Juana; preséntate al Rey.... ¡Quién fuera como tú, que eres hija de un antiguo criado de la casa Real!

—No me atrevo.

—¿Por qué no te atreves? Mirale bien, y verás cómo tiene cara de bueno.... Siempre está con la sonrisa en los labios.... Parece como que arde en ganas de que le pidan mercedes para concederlas á raja tabla....

El cura de la parroquia instó igualmente á Juana, con dolido con la desgracia de aquella familia que antes era una de las mejor acomodadas de la huerta; y Juana también le contestó ruborizándose:—¡No me atrevo!

Pero el cura se atrevió por ella: fué á Murcia, solicitó ver al Rey, obtuvo audiencia y expresó en pocas palabras el objeto de su viaje, impresionando el ánimo de S. M. con

la relación de las desdichas que sufría la desventurada Juana.

—¿Cómo?—exclamó el Rey cuando el buen cura acabó su relato.—Diga V. á esa señora que los servidores de mis abuelos son hijos de mi casa.

Y le entregó en el acto una respetable suma para levantar la casita y volver á sembrar las devastadas heredades.

¡Dios haya perdonado al Rey! Él ha muerto con la tranquilidad del justo, y deja en el mundo corazones que le lloran y dulce memoria de bondad y de caballerosos hechos.

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.

28 de Noviembre de 1885.

## CRÓNICA DE MADRID.

### SUMARIO.

La muerte del Rey.—El sentimiento público.—Aspecto de la población.—Ceremonias fúnebres.—Demostraciones populares.—El Duque de la Torre.—Su entierro.—Vico.—Al cabo de cinco días.—Reapertura de los teatros.—En el Real: *Aida* y *Los Puritanos*.—En el de la Princesa: *Dora*.—La Tubau en el de la Comedia.

DESDE que escribimos nuestra última revista de los sucesos de la corte ha ocurrido uno tan doloroso, inesperado y terrible, que ha venido á cambiar completamente, no sólo el aspecto de la población, sino el del país entero.

El rey D. Alfonso XII ha bajado á la tumba, y esta noticia infausta ha hecho brotar abundantes y amargas lágrimas en los ojos de sus fieles súbditos, y ha producido y producirá importantes alteraciones en nuestra patria.

Nadie estaba preparado para semejante catástrofe:—más aún: nadie la recelaba ni temía.

Los partes de los médicos de cámara no hacían suponer grave la dolencia del Monarca: la actitud de las personas que le rodeaban no descubría tampoco aprensiones ni temores: hasta la Bolsa—tan impresionable y asustadiza—no indicaba alarma ni miedo.

Así, el efecto que en la tarde del 24 de Noviembre causaron primero las medidas militares adoptadas por las autoridades, luego el rumor de que se celebraba en el Pardo una consulta de siete facultativos notables, para saber su dictamen sobre el estado de S. M., fué como una bomba que estallase de pronto sobre los habitantes de la capital.

En breves instantes reemplazó á la tranquilidad la agitación, á la confianza el sobresalto, á la alegría la tristeza.

Todo se suspendió: teatros y reuniones, banquetes y tertulias; y fué general el presentimiento de que no tardaría en ocurrir la tremenda desgracia.

En efecto, á las nueve menos cuarto de la mañana del día siguiente se extinguió sin convulsiones y sin agonía aquella existencia breve, aunque llena de rasgos heroicos, de esforzadas acciones y de nobles ejemplos.

Alfonso XII ha muerto sin cumplir los veintiocho años; pero durante su vida ¡cuántas ocasiones hemos tenido de conocer el temple de su alma, su generoso corazón, su alta inteligencia!

Así, se le ha llorado y se le llora lo mismo en los lujosos palacios del magnate que en la humilde vivienda del obrero; así visten luto por él los que habían apreciado de cerca sus relevantes cualidades privadas, y aquellos que sólo desde lejos pudieron juzgar sus relevantes virtudes y sus gloriosos hechos.

Bondadoso y valiente, sencillo y afable, clemente y enérgico á la par, reunía un conjunto verdaderamente extraordinario de raras dotes y de prendas inestimables.

Por eso era su concepto tan grande en Europa. Por eso la noticia de su temprana muerte ha causado igual dolor en Viena y en Pekín, en Roma y en Washington, en Berlín y en París.

De todas partes los Soberanos, como los Presidentes de repúblicas, se han apresurado á dirigir á la desolada y augusta viuda expresivos telegramas, asociándose á su inmensa aflicción; y en todas partes la prensa ha reflejado iguales sentimientos de general simpatía.

Porque el joven Príncipe que acaba de desaparecer de nuestro lado había sabido conquistarse la consideración y el respeto de la Europa, que admiraba su precoz experiencia de los hombres y de las cosas, su tacto, su previsión, todas las prendas, en fin, que únicamente se adquieren y poseen en edad madura.

Imposible es dar idea del afecto que en Madrid y en la nación entera ha producido la catástrofe:—la Bolsa bajó aquí seis enteros; suspendiéronse las aulas particulares y las cátedras en las Universidades; cerráronse la mayoría de las tiendas, y nadie se ocupó sino en sentir, en deplorar, en llorar la desventura que el cielo nos deparaba.

El viernes 27, fecha en que fueron trasportados desde el Real Sitio del Pardo á Madrid los restos mortales del malogrado Príncipe, acudió á recibirlos y á saludarlos con profunda emoción inmensa y recogida multitud.

Todos se descubrían la cabeza al pasar el cadáver: todos, al ver á la viuda, á las tiernas hijas, á la madre, á las hermanas, á los demás parientes del egregio difunto acompañarle piadosamente, no podían contener las lágrimas, y agitando los pañuelos y con demostraciones aun más elocuentes de cariño, tomaban parte en el duelo de la infortunada familia.

Idéntico espectáculo ofreció el domingo siguiente la conducción del cuerpo al panteón del Escorial—donde ya re-

posa junto á sus gloriosos antepasados:—las cercanías del regio Alcázar, el paseo de San Vicente, la estación del Norte, eran un hervidero de rostros dolientes y afligidos, que ofrecían un cuadro triste aunque consolador, pues demostraba que no se han extinguido entre la humanidad los nobles sentimientos de gratitud y de admiración.

En nuestra última crónica anunciamos la situación desesperada en que se hallaba el ilustre Duque de la Torre, y así á la par que el joven Rey ha fallecido el anciano guerrero, cuyo cadáver fué conducido al lugar del descanso eterno, en el camposanto de la Sacramental de San Sebastián, el sábado por la tarde, formando el cortejo fúnebre hombres políticos de diferentes partidos, y amigos particulares del valiente General.

No todas han de ser noticias infaustas: el distinguido artista Vico ha logrado vencer la peligrosa dolencia que padecía.

No se sabe fijamente cuándo podrá tornar á la arena de sus triunfos; témese que no sea en la temporada actual, por la decadencia de sus fuerzas; pero, de todos modos, debemos celebrar que la escena patria no pierda uno de los que sostienen sus gloriosas tradiciones, uno de los actores de quienes más puede esperar todavía.

Por tan diferentes y poderosos motivos la suerte de los teatros madrileños no es buena.

Multitud de familias, ricas é ilustres—en el número las que tienen cargos en Palacio, y son bastantes—se abstendrán, durante los meses del luto, de asistir á diversiones y espectáculos públicos; otras han sufrido graves quebrantos en sus intereses; otras, por último, lloran los parientes cercanos que han perdido durante la epidemia colérica.

El que más debe resentirse de tantas desgracias es el Real, al que concurren de preferencia la aristocracia y las clases elevadas.

Es verdad que el abono es en él considerable; es verdad que los que no asisten tienen pagados sus palcos ó butacas; pero, sin embargo, la Dirección no contará con el producto de las entradas, ni con el de las localidades que en otras circunstancias se venderían en el despacho de billetes.

Pocas empresas son más dignas de interés y de consideración que la del Conde de Michelena.

Por culpas ajenas se habían alejado del regio coliseo el año anterior infinitos de sus asiduos favorecedores.

Existía cierta hostilidad en el público contra él; al principio hubo ruidosas demostraciones de disgusto, y al cabo, remediando los desaciertos de otros, volviendo los precios—verdadera manzana de la discordia—á los tipos de antes, logró el Sr. Michelena desarmar las iras populares y ver de nuevo en la bella sala de la plaza de Oriente á la mayoría de los recalcitrantes.

Al empezar el presente año cómico parecía inaugurarse una era de ventura y de prosperidad.

El abono, si no tan grande como en los buenos tiempos, era considerable; en la lista de la compañía figuraban los nombres de la Kupfer Berghe y la Pasqua; los de Stagno, Gayarre, Tamagno y Uetam, luego aumentados con el de la Patti.

Las primeras funciones dejaron satisfecho al auditorio; las óperas cantadas tuvieron buen éxito, y cuando todo anunciaba la desaparición de las tempestades, la muerte de Alfonso XII ha producido una nueva crisis de temerosos resultados.

El lunes 30 de Noviembre, al día siguiente del sepelio de Su Majestad, volvieron á continuar las representaciones.

Pero ¡qué triste, qué doloroso aspecto ofrecía el vasto recinto!—Había gente, mucha gente, en el Paraiso y en los palcos por asientos; los palcos y las butacas se hallaban casi vacíos, no viéndose en los primeros sino cuatro ó cinco familias, la mayor parte no abonadas.

Á la noche siguiente la concurrencia fué algo mayor en la platea, si bien las localidades destinadas al gran mundo, á la *high life*, estaban también desiertas.

Lo menos hasta que no se cumpla un mes del fallecimiento del Rey no asistirán las damas de la Reina, los altos empleados de Palacio, ni lo que se llama «elemento oficial.»

Digamos algo ahora acerca de las óperas puestas en escena recientemente.

El lunes se cantó *Aida* por la Kupfer Berghe, que tan brillante *debutto* hizo en *Lohengrin*; la Pasqua, la cual tan admirablemente desempeña la parte de Amneris; el tenor Antón, el barítono Bianchi y el bajo Silvestri.

Los aplausos fueron exclusivamente para las dos *divas*, quienes caracterizaron é interpretaron de un modo perfecto los papeles que tenían á su cargo.

La Kupfer demostró que lo mismo sobresale en el género alemán que en el italiano; que Elsa y Aida le son igualmente familiares.

Los espectadores la aplaudieron desde el principio hasta el fin, llamándola á las tablas infinitas veces, aun con mayor entusiasmo después del terceto del acto tercero.

La Pasqua renovó los laureles que en distintas épocas había alcanzado la hija de Faraón.

¡Ay! ¿por qué no podemos consignar que fué igualmente propicia la suerte para la parte masculina?

Antón, muy celebrado, muy aplaudido en las postrimerías de la temporada anterior, no logra igual fortuna en ésta. Ni en *La Favorita*, ni en *L'Ebreca*, ni en *Aida* le ha sido favorable la opinión pública.

La dolorosa pérdida de su madre, que últimamente ha sufrido, ha amenguado sin duda sus facultades naturales, robándole fuerza y vigor.



PEDRO Y CAMILA.

I.

**N**el caballero de Arcis, oficial de caballería, se había retirado del servicio en 1760. Aunque era joven todavía, y aunque su fortuna le permitía presentarse ventajosamente en la corte, se había cansado ya de la vida de soltero y de los placeres de París. Compró, pues, cerca de Mans una bonita casa de campo y se instaló en ella; pero al cabo de poco tiempo, la soledad, que había hallado al pronto agradable, se le hizo penosa; sentía que le era difícil romper de repente con los hábitos de su juventud. No se arrepentía de haberse retirado del mundo; mas no pudiendo resolverse a vivir solo, tomó el partido de casarse, y de encontrar, si esto era posible, una mujer que compartiese su gusto por el reposo y por la vida sedentaria que estaba decidido a llevar. No deseaba que su esposa fuese bella, pero tampoco la quería fea; daba la preferencia á un exterior simpático y agradable, y quería que tuviese instrucción é inteligencia con el menor ingenio posible; lo que deseaba, sobre todo, era que fuese de carácter alegre é igual, y esto lo miraba en una mujer como las primeras cualidades.

La hija de un negociante retirado, que habitaba en la vecindad, le agradó; como Mr. de Arcis no dependía de nadie, no reparó en la distancia que había entre un caballero noble y la hija de un mercader; dirigió á la familia una petición, que fué acogida con apresuramiento; visitó la casa de su novia durante algunos meses, y el matrimonio se verificó.

Jamás alianza alguna fué formada bajo mejores y más dichosos auspicios; á medida que conocía mejor á su mujer, el caballero descubría en ella nuevas cualidades y una dulzura de carácter inalterable; ella, por su parte, manifestaba hacia su marido un amor extremado; no vivía más que para él, no soñaba más que en complacerle, y muy lejos de echar de menos los placeres de su edad, que le había sacrificado, deseaba que su existencia entera pasase en una soledad que de día en día le era más querida.

Esta soledad no era, sin embargo, completa; algunos viajes á la ciudad, la visita periódica de algunos amigos prestaban variedad de tiempo en tiempo. El caballero no rehusaba el ver frecuentemente á los parientes de su mujer, de suerte que ésta podía creer que no había salido de la casa paterna; salía muchas veces del lado de su marido para encontrarse de nuevo en los brazos de su madre y disfrutar así de un favor que la Providencia concede á muy pocos, porque es raro que una dicha nueva no destruya la antigua.

Mr. de Arcis no estaba dotado de menor dulzura y bondad que su mujer; pero las pasiones de su juventud y la experiencia que tenía de las cosas de este mundo le causaban algunas veces melancolía. Cecilia, así se llamaba Mme. de Arcis, respetaba religiosamente estos momentos de tristeza; aunque no poseyera un talento superior, su corazón le advertía fácilmente que no debía quejarse de esas ligeras nubes que destruyen la dicha cuando se las mira, y que no son nada cuando se las deja pasar.

La familia de Cecilia se componía de buenas gentes, mercaderes enriquecidos por el trabajo, y cuya vejez era, por decirlo así, una perpetua fiesta; el caballero gustaba de esta alegría del reposo comprada á costa de penalidades, y tomaba parte en ella de buen gusto; fatigado de las tumultuosas fiestas de Versalles, de las cenas de mademoiselle Quinauld, se recreaba con estas maneras un poco ruidosas, pero francas y nuevas para él.

Cecilia tenía un tío, excelente hombre, y mejor gastrónomo aún, que se llamaba Giraud; había sido maestro de obras en su juventud, y después había llegado poco á poco á arquitecto; á costa de su trabajo había ganado unas veinte mil libras de renta; la casa del caballero era muy de su gusto, y era siempre bien recibido en ella, aunque iba muchas veces cubierto de yeso y de polvo, porque á despecho de los años y de sus veinte mil libras, no podía menos de preparar sobre los tejados y de manejar la paleta. Cuando había bebido algunas copas de champagne, era inevitable que perorase en los postres.

—Por cierto sois muy dichoso, sobrino mío—decía frecuentemente al caballero;—sois rico, joven aún, tenéis una buena mujercita, una casa no del todo mal edificada; no os falta nada; tanto peor para el vecino si lo siente; yo os digo y repito que sois dichoso.

Un día Cecilia, oyendo estas palabras é inclinándose hacia su marido,

—¿No es cierto—dijo—que es preciso que en esto haya algo de verdad, para que te lo dejes decir tantas veces?

—Sí, Cecilia mía—repuso el caballero besándola en la frente;—¡soy completamente feliz!

Había detrás de la casa una pequeña colina desde la cual se descubría todo el valle, y los dos esposos se paseaban siempre juntos en aquel ameno sitio; una tarde que estaban sentados sobre la hierba,

—Tú no has contradicho á mi tío el otro día—dijo Cecilia;—¿piensas, sin embargo, que tuvo enteramente razón? ¿eres perfectamente dichoso?

—Tanto como un hombre puede serlo—respondió el caballero—y no veo nada que pueda aumentar mi dicha.

—Yo soy entonces más ambiciosa que tú—replicó Cecilia—porque me sería fácil citarte alguna cosa que nos falta aquí y que nos es absolutamente necesaria.

El caballero creyó que se trataba de adquirir algún mueble elegante y que su esposa quería tomar un rodeo para confiarle un capricho de mujer: hizo chanceándose mil conjeturas, y á cada cuestion las risas de Cecilia se redoblaban; se levantaron y descendieron de la colina; Mr. de Arcis apresuró el paso, y animado por la rápida pendiente de la colina, quería que Cecilia le siguiese; pero ella se detuvo, y apoyándose sobre la espalda del caballero,

—Ten cuidado, amigo mío—le dijo—y no me hagas an-

dar precipitadamente; tú buscabas muy lejos el objeto que nos es preciso, y Dios nos lo dará muy pronto en nuestro hijo.

A contar de este día, todas sus conversaciones no tuvieron más que un motivo; no hablaban más que de su hijo, de los cuidados que iban á prodigarle, de la manera como lo educarían, de los proyectos que formaban ya para su porvenir; el caballero quiso que su mujer tomase todas las precauciones posibles para conservar el tesoro que guardaba; redobló sus atenciones y su amor, y todo el tiempo que duró el embarazo de Cecilia no fué mas que una larga y deliciosa embriaguez, llena de las más dulces esperanzas.

El término fijado por la Naturaleza llegó; una niña vino al mundo, bella como el día; en la pila del bautismo se la llamó Camila; á pesar del uso general, y contra la opinión misma de los médicos, Cecilia quiso criarla ella misma; su orgullo maternal estaba tan lisonjeado con la belleza de su hija, que fué imposible separarla de su lado; es verdad que su belleza, tratándose de una criatura recién nacida, era extraordinaria; sus ojos, sobre todo, así que se abrieron á la luz, brillaron con un resplandor deslumbrante.

Cecilia, que se había educado en un convento, era extremadamente piadosa, y sus primeros pasos, así que pudo salir, fueron para ir á la iglesia á dar gracias á Dios.

Pasó un año: la niña comenzaba á tomar fuerzas y á desarrollarse. A medida que crecía, extrañaba verla guardar inmovilidad completa; ningún ruido parecía impresionarla; era insensible á esas mil dulces palabras que las madres dirigen á sus hijos; mientras que cantaba mecida, tenía ella los ojos fijos y abiertos, mirando ávidamente la claridad de la lámpara y al parecer sin oír nada.

Un día que se hallaba dormida en su cuna, una criada derribó un mueble; Cecilia acudió al instante y vió con asombro que la niña no se había despertado.

El caballero se espantó con estos indicios, demasiado claros para que pudieran equivocarse; la observó con atención desde este día, y comprendió cuál era la desgracia á que estaba condenada su hija; la madre quiso en vano engañarse y por todos los medios imaginables disipar los temores de su marido; se llamó á los más famosos médicos, y el examen no fué ni largo ni difícil, declarando unánimes que la pobre Camila estaba privada del oído y de la palabra. Había nacido muda.

II.

El primer pensamiento de la madre había sido el preguntar si el mal no tenía remedio, y le respondieron que había ejemplos de curación. Durante un año, á pesar de la evidencia, conservó algunas esperanzas; pero todos los recursos del arte fracasaron, después de haberlos agotado todos.

Desgraciadamente, en aquella época en que tantas preocupaciones fueron destruidas y reemplazadas por otras, existía una despiadada contra esas pobres criaturas que se llaman sordo-mudos; algunos sabios distinguidos, y aun algunos hombres solamente impulsados por un sentimiento caritativo, habían desde largo tiempo protestado contra esta barbarie. Un monje español fué el primero que en el siglo x adivinó y ensayó la tarea, creída entonces imposible, de enseñar á los mudos á hablar sin palabra; su ejemplo había sido seguido en Italia, en Inglaterra y en Francia diferentes veces; Bonnet, Wallis, Bulwer, Van-Helmont, habían dado á luz obras importantes; mas la intención había sido mejor que el efecto: algún bien se había hecho acá y allá sin que el mundo lo supiera, casi al azar y sin ningún fruto. Por todas partes, en París mismo, en el seno de la civilización más avanzada, los sordo-mudos eran mirados como una especie de seres aparte, marcada con el sello de la cólera celeste. Privados de la palabra, se les negaba el pensamiento; el claustro para los que nacían ricos, el abandono para los pobres, tal era su suerte; los infelices inspiraban más horror que piedad.

Mr. de Arcis cayó poco á poco en el más profundo pesar; pasaba la mayor parte del día solo, encerrado en su gabinete ó paseándose en el bosque. Se esforzaba, cuando veía á su mujer, en mostrar un semblante tranquilo, y trataba de consolarla, pero en vano; Mme. de Arcis, por su lado, no estaba menos triste; una desgracia merecida puede hacer verter lágrimas casi siempre tardías é inútiles; mas una desgracia sin motivo abruma la razón y desalienta la fe.

Estos dos recién casados, nacidos para amarse y que se amaban, empezaron á verse con pena y á evitar su encuentro en las mismas calles de árboles donde pocos meses antes venían á hablarse de una esperanza próxima, tranquila y pura.

Mr. de Arcis, al desterrarse voluntariamente á su casa de campo, no había aspirado más que al reposo; la felicidad parecía haberle sorprendido allí; Cecilia, su esposa, tampoco había hecho más que un casamiento de razón; pero el amor había llegado y era reciproco; y, sin embargo, un obstáculo terrible se había colocado de repente entre ellos, y este obstáculo era precisamente el objeto mismo que hubiera debido ser un lazo más sagrado y más tierno.

Lo que causaba esta separación repentina y tácita, más afrentosa que un divorcio y más cruel que una muerte lenta, era que la madre, á pesar de la desgracia de su hija, la amaba con pasión, en tanto que el caballero, á pesar de sus propósitos, á pesar de su paciencia y de su bondad, no podía vencer el horror que le inspiraba esta maldición de Dios que pesaba sobre la pobre niña.

—¿Será verdad que yo aborrezco á mi hija?—se preguntaba él con frecuencia en sus paseos solitarios.—¿Es acaso su culpa si la cólera del cielo la ha herido? ¿No debería más bien compadecerla, tratando de dulcificar el dolor de mi esposa, ocultar lo que yo sufro y velar sobre esa criatura? ¿A qué triste existencia está destinada, si yo, su padre, la abandono? ¿que será de ella? Dios me la envía así, yo debo resignarme. ¿Quién la cuidará? ¿quién la educará? ¿quién la protegerá? Ella no tiene en el mundo más que su madre y yo; no encontrará un esposo; no tendrá jamás ni

Esperemos que se las devuelva el reposo, que hoy le es acaso indispensable.

Bianchi y Silvestri estuvieron inferiores á sí mismos, y no dieron colorido ni relieve á los personajes que habían de representar.

En *I Puritani* el resultado general ha sido mejor: Stagno ha probado que para el verdadero talento no existen imposibles, cantando un papel que no está dentro de sus aptitudes y medios, y haciéndose aplaudir en piezas donde Gayarre dejó imperecedera memoria; la Gargano ha salido airosa en una empresa no menos difícil, y Uetam ha alcanzado un triunfo más, tan ruidoso como los anteriores, al interpretar el puritano Giorgio.

No diremos nada de Pandolfini, en consideración á su gloriosa carrera, á su legítima fama de otros tiempos. Hoy su triste decadencia nos inspira respeto y consideración.

El coliseo de la Princesa acababa de obtener uno de esos éxitos que forman época en la historia de un teatro, cuando la horrible catástrofe que lloramos vino á hacer suspender—á la quinta—las representaciones de *Dora*, preciosa comedia de Sardou, casi literalmente traducida por D. Javier Santero.

La obra es muy conocida, y el desempeño por parte de la Mendoza Tenorio, la Martínez, Mario y Cepillo particularmente, ha puesto en evidencia las bellezas que el autor francés sembró á manos llenas en su composición.

La concurrencia, que era numerosísima en los primeros días, disminuyó considerablemente cuando volvió á abrir sus puertas el suntuoso edificio de la calle del Marqués de la Ensenada, y tememos que *Dora* no dé los resultados que habría producido sin la dolorosa tragedia del 25.

Asegurábase que la compañía de Apolo se trasladaría desde el 1.º de Diciembre á la Comedia; pero estamos á 2 y no hemos visto todavía oficialmente anunciado en los carteles que María Tubau cambie de residencia y se establezca allí donde conquistó tantas victorias y logró los mejores laureles que ciñen su noble y hermosa frente.

EL MARQUÉS DE VALLE-ALEGRE.

Diciembre 2 de 1885.

EL ABUELO.

Muy próximo á la ventana,  
Que tiene vistas á un huerto,  
Con la nevada cabeza  
Inclinada sobre el pecho,  
Se encuentra alegre, sentado  
En amplio sillón de cuero,  
Un anciano que contempla,  
Lleno de gozo, los juegos  
Á que se entregan solícitos  
Sus pequeños nietezuelos.  
Hay en sus dulces miradas  
Y en su semblante severo,  
Donde sus profundos surcos  
Dejó marcados el tiempo,  
Un algo que no se explica;  
Placeres y sufrimientos,  
Reminiscencias del joven  
Con el presente del viejo;  
Huellas de dolor, sonrisas,  
Y en sus miradas de fuego,  
Los últimos resplandores  
De una tarde de misterios.  
Cuando los niños se cansan  
De sus infantiles juegos,  
Buscan cariñoso asilo  
En los brazos de su abuelo,  
Que en sus rosadas mejillas  
Éstampa sonoros besos,  
Mientras su huesosa mano  
Acaricia con empeño  
Sus cabecitas doradas  
De querubines del cielo.  
Montados en las rodillas,  
Los dos niños, de su abuelo  
Aguardan con impaciencia  
El relato de algún cuento,  
Ó de guerreras hazañas  
Ó de brujas y hechiceros,  
Ó la vida de algún santo  
Que vió á Satanás soberbio  
Cabe su celda una noche  
Mirar con ojos de incendio  
La cruz bendita que supo  
Ahuyentarlo de allí luego,  
Mientras sus manos pequeñas  
Hunden los rosados dedos  
Del rapé en la abierta caja  
Que á veces sorbe el abuelo,  
Y recuentan los botones  
De la casaca ligeros,  
Haciendo del bastón lanza  
Y bandera del pañuelo,  
Y caballo de las piernas  
Siempre temblonas del viejo,  
Que al declinar de la tarde,  
Ya de su vida remedo,  
Mira la aurora en los ojos,  
Tan azules como el cielo,  
De aquellos felices seres  
Que buscan nido en el viejo,  
Cual suelen las golondrinas  
Labrar el suyo modesto  
En los pardos torreones  
Del antiguo monasterio.

JULIO VALDELOMAR Y FÁBREGUES.



hermano ni hermana; basta con una desgraciada más en el mundo; á no tener corazón, yo debo consagrar mi vida á hacerla soportar la suya.

Así pensaba el caballero; después corría á su casa con la firme intención de llenar sus deberes de padre y de esposo.

Encontraba á su hija en los brazos de su mujer, y se arrojaba delante de ellas, tomando las manos de Cecilia entre las suyas; le habían hablado, decía él, de un médico célebre que haría venir; aun había esperanza; se le atribuían cosas maravillosas. Hablando así, tomaba á su hija entre sus brazos y la paseaba por la habitación; pero terribles pensamientos le asediaban á pesar suyo; la idea del porvenir, la vista de aquel ser silencioso é incompleto, cuyos sentidos estaban cerrados; la idea de la reprobación, de la repugnancia, de la compasión, del menosprecio del mundo, le abrumaban; su semblante palidecía, sus manos temblaban; devolvía la niña á su madre y se alejaba para ocultar sus lágrimas.

En estos momentos era cuando Mme. de Arcis estrechaba á su hija contra su corazón con una especie de ternura desesperada y con esa mirada profunda del amor maternal, el más violento y el más alto de todos; nunca dejaba oír una queja; se retiraba á su cuarto, colocaba á Camila en su cuna y pasaba horas enteras, muda como ella, mirándola con desolada expresión.

Esta especie de exaltación sombría y apasionada llegó á ser tan fuerte, que no era raro ver á Mme. de Arcis guardar el más absoluto silencio durante días enteros; en vano se le dirigía la palabra; parecía que quería saber por ella misma lo que era aquella noche del espíritu, en la cual debía vivir su hija.

Hablaba por señas á la niña, y era la única que sabía hacerse comprender de ella; las otras personas de la casa, el caballero mismo, eran extraños para Camila; la madre de Mme. de Arcis, mujer de un talento vulgar, no iba nunca á Chardonneux (así se llamaba la tierra del caballero) más que para deplorar la desgracia que abrumaba á su yerno y su querida Cecilia; creyendo dar pruebas de sensibilidad, se compadecía sin cesar de la triste suerte de esta pobre niña, y se le escapó decir un día:

—¡Más valiera para ella no haber nacido!

—¿Qué hubierais, pues, hecho si yo hubiera nacido así?—exclamó Cecilia casi con el acento de la cólera.

Y sin esperar la respuesta de su madre, salió de la estancia.

El tío Giraud, maestro de obras, no encontraba gran mal en que su pequeña sobrina fuese muda.

—He tenido—decía él—una mujer tan bachillera, que miro cualquiera cosa del mundo como preferible; esta niña está segura anticipadamente de no emplear jamás malas palabras ni de oír las; de no incomodar toda una casa cantando sentimentales aires de ópera, que son todos parecidos; no será quejumbrosa, no dirá injurias á las criadas como mi mujer lo hacía siempre; no se despertará nunca si su marido tose ó si se levanta antes que ella para vigilar sus obreros; no sonará en voz alta; será discreta; verá claro, porque los sordos tienen buenos ojos; arreglará una cuenta contando por los dedos, y pagará si tiene dinero, pero sin discurrir trampas como los propietarios á propósito de la menor edificación; ella sabrá por sí misma una cosa muy buena que no se aprende de ordinario sino con dificultad, y es: que vale más hacer que decir. Si tiene el corazón en su lugar, ya se conocerá sin que tenga necesidad de ponerse miel en la punta de la lengua; es verdad que no reír en sociedad, mas tampoco oír durante la comida á los aguafiestas que hablan por periodos; será bonita, tendrá ingenio, no hará ruido; á fe que si fuera joven, no tendría reparo en casarme con ella cuando fuese grande, y hoy que soy viejo y sin hijos, no tendría dificultad en llevarla á mi casa, como á mi hija, si por acaso os fastidiaba.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

(Se continuará.)



## REVISTA DE MODAS.

Paris, 2 de Diciembre de 1885.

Las líneas generales del traje no han experimentado notable mudanza en la pasada quincena. En cambio, los detalles varían, por decirlo así, diariamente.

Cuando decía hace poco tiempo que el carácter general del traje de la estación se halla representado en una falda no muy ancha y lisa ó plegada, un corpiño con tónica corta, ó bien una polonesa más ó menos plegada y recogida, cualquiera hubiese creído que no había nada que añadir á este análisis; pero sobre semejante tema se hacen infinitas variaciones.

Los trajes de calle no salen del círculo que la moda les ha trazado; sin embargo, algunos de ellos admiten innovaciones originales y de buen gusto.

Una de las novedades en este género de vestidos es la manga de terciopelo. Así, un vestido de sarga de lana rugosa ó de cachemir se guarnece de terciopelo de color más obscuro de la tela, y las mangas de la casaca ó del corpiño se hacen completamente de terciopelo. El aspecto de estos vestidos es original y agradable á la vista.

Los vestidos sencillos, para calle, llevan todos dos faldas; la segunda va abierta sobre unas *quillas* bordadas, ó va recogida muy alto en los lados. Muchos vestidos de lana

gruesa van guarnecidos de astrakán de lana, otra novedad de la estación. La primera falda es de terciopelo inglés y lleva una tira de astrakán de 8 á 10 centímetros de alto. La segunda va adornada con una tira de astrakán muy ancha, que sale del borde inferior y va recogida en las caderas.

La furia del momento es el *vestido plaid*. Este vestido se compone de una falda de terciopelo inglés, ó de lana, sobre la cual se dispone un *plaid* escocés de lana gruesa, especie de mantón con fleco. Los colores que más se llevan son el *madera* y *mordorado*, el *verde océano* y otros verdes, los grises y algunos granates.

Se ven muchas telas de lana con cenefas tejidas, como lo he indicado ya en una de mis anteriores. Se emplean estas telas, por lo general, de la manera siguiente: la primera falda es lisa; la tónica (ó la polonesa) va guarnecida con una de las cenefas á que me refiero, que puede tener, sin inconveniente, de 25 á 30 centímetros de ancho. La mayor parte de las veces estas cenefas representan varios galones muy cerca unos de otros. La tónica va recogida con descuido, de manera que forme pliegues grandes que caen *naturalmente*. Con la misma cenefa se forma un peto, poniendo las listas perpendicularmente, y se adorna del mismo modo el borde inferior de las mangas.

En esta clase de telas, las más lindas son aquellas cuyas cenefas se componen de galones de felpa, de varios colores muy fundidos. Se las emplea, no sólo en trajes de calle, sino de paseo y visita. Para los trajes de visita, la falda es de felpa ó terciopelo, faya ó raso, cuya falda no lleva, por lo general, ningún adorno, y tiene muy poco vuelo. Como he explicado ya, si se hacen muchos vestidos de lana, aun para visitas, es con la condición indispensable, en este último caso, de combinar la lana con seda, felpa ó terciopelo. En este género de tela con cenefas he visto una *cheviota* color de almendra, cuya cenefa representa galoncillos del mismo color, pero de varios matices. Es un género de buen gusto, de aspecto sobrio y que conviene á personas de todas las edades.

Con las lanas afelpadas se componen trajes de mucho abrigo, que se forran y adornan, además, de felpa ó de pieles. La falda va plegada ó extendida sobre una quilla ó un paño de terciopelo de astrakán ó de felpa. La chaqueta igual, muy corta y ajustada, se forra de felpa ó de piel. Las botinas, muy altas, van forradas, ó por lo menos, ribeteadas de piel, á la rusa. El vestido debe ser, pues, un poco corto, para que el pie, elegantemente calzado, produzca su efecto. Todo se ha previsto para el frío, que, según se anuncia, es rigoroso este invierno, y hasta los *jerseys*, tan sedosos y que tan bien sientan, van forrados de una especie de plumón.

Para los trajes de vestir, los encajes continúan de moda, sólo que no se les dispone del mismo modo que el año anterior. Se les coloca formando grandes pliegues al través con unas *quillas* de cinta núm. 12, puesta en forma de escala. Estas cintas son de raso ó de moaré.

Los vestidos bordados de cuentas llevan los encajes en forma de quilla ó entrepaños, donde se ponen además unos lazos flotantes de cintas.

Estos adornos no excluyen los vestidos lisos de terciopelo ó de otra tela análoga de elevado precio. Los ricos bordados están también muy de moda, pero se les aplica sin mezcla de ningún otro adorno. Puestos sobre rasos de seda ú otras telas de precio, no consienten ni lazos ni encaje.

El corpiño *Harlowe* está muy en boga. Este corpiño, con aldetas, es muy ajustado y va adornado por arriba con tres botones, desde los cuales se le corta en línea recta, de modo que dejan abiertos sus dos lados sobre una blusita flotante, que va sujeta con un cinturón redondo. Dos bolsillos le dan un aire varonil muy gracioso. Se hace el corpiño *Harlowe* de paño ó terciopelo de color obscuro, bordado de acero ó ribeteado de cuentas de oro, plata ó azabache.

La visita de felpa granate y mordorado, guarnecida de marta cibelina, de chinchilla ó de shungs, es el abrigo elegante por excelencia; pero estas visitas se hacen tan cortas, que caen apenas sobre el *pouf* del vestido. Algunas de ellas son de terciopelo bordado de flores grandes de seda y adornado de ricas pasamanerías de oro ó de acero.

Se llevan igualmente, como el invierno anterior, los abrigos largos, hechos enteramente de felpa ó de terciopelo liso ó labrado, negro ó de colores oscuros. Son muy ajustados por detrás: llevan unas mangas cuadradas que salen de las costuras y van guarnecidas de pieles.

Los sombreros se cubren generalmente de encajes: el día, de encajes negros, y la noche, de encajes blancos. Empieza á llevarse un nuevo sombrero, imitación del capillo de la edad media. El fondo, formado de unos cuantos pliegues de terciopelo, un poco elevados, se adelanta formando punta sobre la frente; no tiene ala, sino un grueso rollo de tela bordada. Se adorna con un penacho, un pájaro ó una joya.

Como todas las imitaciones de tiempos que no tienen ninguna semejanza con los nuestros, esta moda será efímera.

V. DE CASTELFIDO.

### EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 1.840.

1. *Traje de baile*.—Vestido de felpa verde aceituna, muselina de seda crema y encaje del mismo color. El corpiño, de terciopelo, un poco abierto y corto de aldetas, por delante deja ver dos bandas plegadas de encaje, que forman fichú. La parte de detrás es del género de la polonesa, formando una sola pieza con la cola cuadrada, que es muy

larga y va forrada de raso color de rosa y adornada con un ramo de crisantomo de los mismos colores de los bordados en el delantal. Este es de muselina de seda color crema, y cae sobre el delantero de la falda, que es de felpa. Este delantal se une al fichú de encaje bajo una de las barretas de felpa bordadas de perlas que adornan el corpiño y aparecen como una sola pieza. Un precioso ramo de crisantomo va bordado sobre la tela del delantal, que va guarnecido además de un volante ancho de punto de Inglaterra.—Tirantes de flores en los hombros, y ramo de las mismas flores en la cadera y en el cabello.—Media de seda color de rosa y zapato de faya del mismo color, guarnecido de lacitos de raso. Guantes de Suecia color natural.

2. *Traje de teatro para señoritas*.—Este vestido es de faya lisa y brochada color de rosa Hortensia, encaje y fleco del mismo color. El corpiño ó chaquetilla va adornado con chaleco de faya brochado, terminado en punta, cuyo brochado es un poco más pálido que el fondo de la tela. La chaquetilla es de faya lisa, va abierta en forma de corazón y guarnecida de un encaje color de rosa puesto como un cuello vuelto. Las mangas van guarnecidas igualmente de un volante de encaje y de un lacito de raso color de rosa. Un ramo de margaritas va puesto en el lado izquierdo del corpiño.—La falda, redonda, es de faya lisa, y se compone de un paño de un metro 3 centímetros para el delantero, dos paños en puntas, de un metro 3 centímetros para cada lado, y de un paño recto, de un metro 10 centímetros para la parte de detrás; va guarnecida en su parte inferior de una tira de faya brochada, de 25 centímetros de alto. Una rica banda de tejido de encaje color de rosa, con un fleco de felpilla y cuentas del mismo color, va recogida á cada lado en las caderas. El *pouf* es de faya brochada.—Guantes de cabritilla color de paja, y ramo de margaritas en los cabellos.

### ARTÍCULOS DE PARÍS RECOMENDADOS.

He aquí, señores, algunos informes útiles sobre el empleo de cierto cosmético de M. Guerlain. Al nombrar al célebre perfumista Guerlain (15, *rue de la Paix*, en París), creemos útil insistir sobre la excelencia de sus productos, sobre sus efectos benéficos y sobre la clase de las materias en ellos empleadas, que son todas de primera calidad. La *loción Guerlain* se adiciona con agua; hace desaparecer los granitos y las eflorescencias de la piel, y se conserva indefinidamente. La *crema de fresas* es refrescante; mantiene la frescura de la tez, y se la devuelve si ha sido alterada por el sol ó por las brisas del invierno. Las señoras jóvenes, cuyo fino cutis se arruga fácilmente, deberán hacer uso del *agua de benjuí*. El *polvo de Cypris* es muy bueno para el uso diario: fino y adherente, da la apariencia de un ligero vello transparente. El *agua de Chipre* para el tocador, ó el *agua de Judea*: para las manos, el *jabón Sapoceti*, untuoso y abundante en espuma.

¡Cuántas señoras emplean toda clase de medios para hacerse un talle delgado y no temen comprometer su salud cometiendo imprudencias! Estas señoras procederían con más cordura recurriendo inmediatamente á una casa especialista en corsés, como la de Vertus, 12, *rue Auber*, París.

De esta suerte adquirirían esa elegancia de contornos; esa armonía de proporciones, que hacen de la faja *Regente* ó del corsé *Ana de Austria* el elemento indispensable de la *toilette* de una dama de gusto. ¿Cómo ha de ir bien vestida una señora si su busto no está modelado por un excelente corsé? ¿No es á ese molde indispensable á quien la mujer elegante debe una gran parte de la gracia y de la flexibilidad de su talle?

Es, pues, evidente, para todo el mundo, que el medio más seguro de remediar las imperfecciones de la naturaleza, ó de aumentar sus encantos, es el uso constante de los incomparables corsés que acabamos de citar.

BIGOTES, vellos de la cara, todo esto desaparece en un instante con la *Pâte Epilatoire Dusser*, única que destruye la raíz. (1 *rue J. J. Rousseau*, París.)

Mores (Jura), 21 *Jun* 1885.

Estoy comisionado por un amigo de pedir un frasco de HIERRO BRAVAIS, cuyas propiedades son infalibles, pues habiéndolo yo mismo usado, soy de los que han quedado más satisfechos de su empleo. Sírvasse V. expedirme un frasco á la dirección adjunta.

A. LAMY.

En todas las farmacias. Exigir la firma R. BRAVAIS impresa en rojo.

Exposición Universal de 1878: Medalla de Oro, Cruz de la Legión de Honor. EL AGUA DIVINA de E. COUDRAY, perfumista en París, 13, *rue d'Enghien*, es el producto por excelencia para conservar la juventud. También es el mejor preservativo de la peste y del cólera morbo.

Perfumería Ninon V<sup>o</sup> LECONTE ET C<sup>ie</sup>, 31, *rue du Quatre Septembre*, París. (Véanse los anuncios.)

Perfumería exótica SENET, 35, *rue du Quatre Septembre*, París. (Véanse los anuncios.)

### SOLUCIÓN AL JEROGLIFICO DEL NÚMERO 37.

La Opera nacional á la par será en España vía de gloria y riqueza.

La han presentado las Sras. y Srtas. D.<sup>a</sup> Alicia y Ottilia Armada López.—D.<sup>a</sup> J. Varela Menéndez de Limia.—D.<sup>a</sup> Clodia Arenas y Rodríguez.—Doña Arsenia Rodríguez de Posada.—D.<sup>a</sup> Concepción Hernández.—D.<sup>a</sup> Soledad Moraleda.

También hemos recibido de la isla de Cuba, Uruguay y Canarias, la solución al Salto de Caballo del número 35, de las Sras. y Srtas. D.<sup>a</sup> Dolores Saldaña de Fernández.—Srtas. Janny Edwards y Diston.—D.<sup>a</sup> Gabriela Arceaga.—D.<sup>a</sup> Francisca Espunes y Cembrano.—D.<sup>a</sup> Rosa de J. Díaz.—D.<sup>a</sup> Camelia S. de Cabello.—D.<sup>a</sup> Amalia Mallen y del Prado.—D.<sup>a</sup> Severa Lubary y Pláceres.





Paris. Imp. Sordani et Cie. (Système Goussier). 1885.

Nº 1840

# LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Carretas 12

MADRID

*Perfumeria de lujo. Guerlain. 15. r. de la Paix. Paris.*

*Faja Regente B. y Corse. Ana de Austria de M. de Vertus. 12. r. Auber. Paris.*









# PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

AÑO XLIV.

MADRID, 14 DE DICIEMBRE DE 1885.

NÚM. 46.

## SUMARIO.

1. Traje de calle.—2. Traje de paseo.—3. Mitad de un acericio.—4 y 5. Canastilla de labor.—6 y 7. Papelera.—8. Cenefa bordada.—9 y 10. Dos cenefas al punto de cruz.—11. Mantón al crochet.—12. Cofia de encaje y cintas.—13. Cofia de terciopelo.—14. Traje para niñas de 3 á 4 años.—15. Traje marino para niños de 3 á 4 años.—16 á 18. Trajes representados en el figurín que acompaña al presente número, vistos de espalda.—19. Traje de luto para señoritas.—20. Traje de luto riguroso.—21. Manteleta para señoritas de 16 á 17 años.—22. Traje para señoritas de 16 á 18 años.—23. Gorra de terciopelo y pieles.—24. Gorra de felpa y pieles.—25. Sombrero de paño bordado.—26. Gorra para jovencitas.—27 á 30. Abanicos.—31. Vestido para niñas de 8 á 10 años.—32. Guarnición de corpiño.—33. Cuello y peto de tul y encaje.—34. Levita de paño cruzado.—35. Levita recta de paño rizado.—36. Matinée.—37. Bata.—38. Vestido de guipur sobre falda de terciopelo.—39. Vestido de pelo de jabal con cenefas tejidas.

Explicación de los grabados.—Pedro y Camila (continuación), por doña María del Pilar Simón.—Correspondencia parisiense, por X. X.—La Muerte del Rey, poesía, por D. Antonio F. Grilo.—Explicación del figurín iluminado.—Sumario del número de *La Ilustración Española y Americana* correspondiente al 30 de Noviembre último.—Artículos de París recomendados.—Sueltos.

### Traje de calle.—Núm. 1.

Vestido de sarga gruesa de lana azul oscuro. Falda de debajo, sobre la cual va montada una falda de terciopelo con bastante vuelo por detrás. Túnica de sarga plegada en la cadera izquierda. La parte de detrás forma conchas en el lado derecho, y en el izquierdo va doblada en forma de solapa forrada de terciopelo del mismo color de la sarga. Corpiño Figaro de terciopelo, redondo y plegado por delante sobre un chaleco de sarga, cuya punta va ribeteada de un cinturón de terciopelo bordado de cuentas de rosario. Unas cuentas iguales rodean el corpiño, que va guarnecido de solapas de sarga. Cuello de la misma tela y corbata de muselina de seda blanca, que termina en punta hasta el cinturón.—Sombrero redondo de fieltro marrón, adornado de plumas y terciopelo marrón.

Se cortan el corpiño y chaleco de este traje por las figs. 19 á 26 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

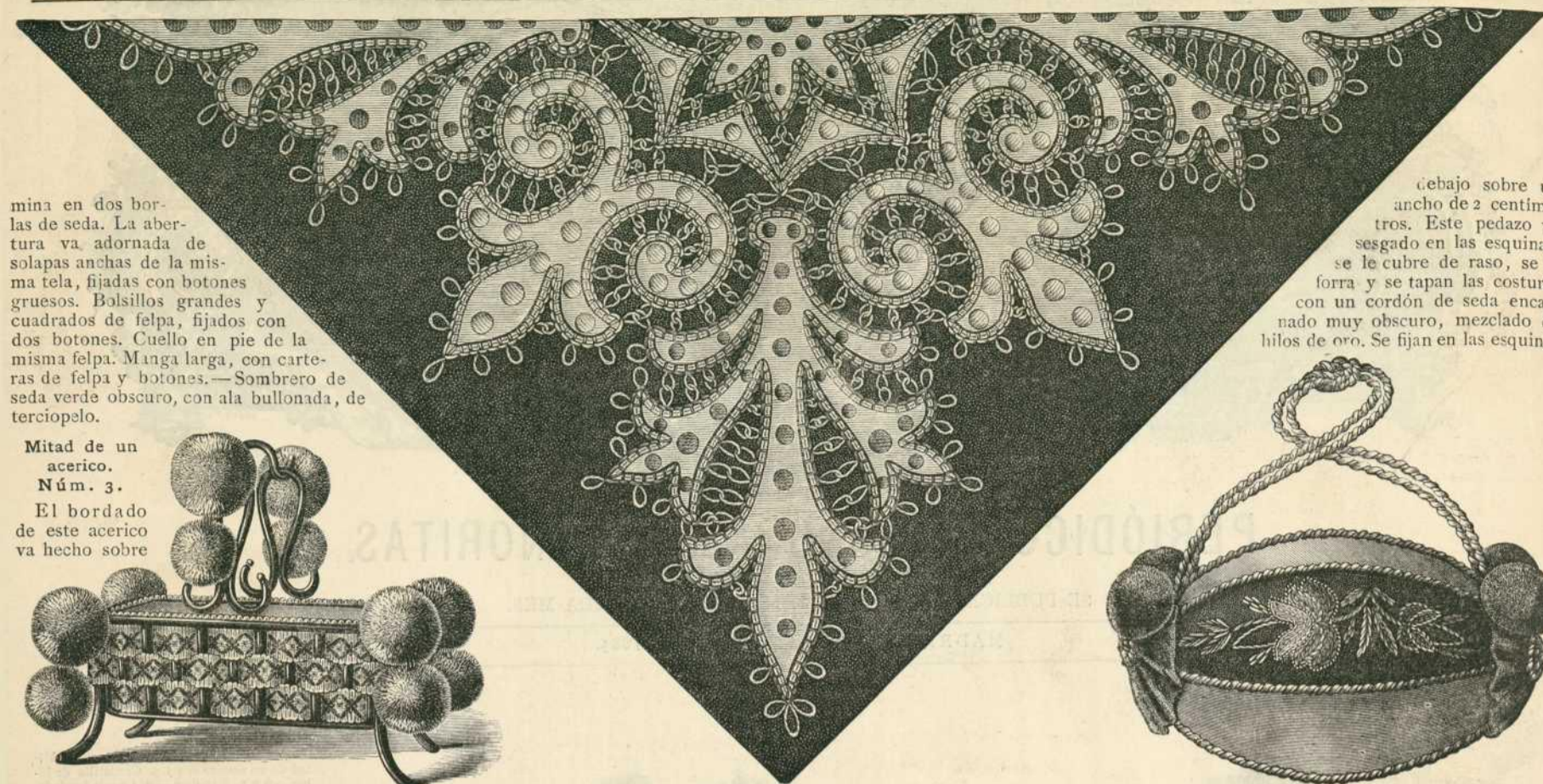
### Traje de paseo.—Núm. 2.

Este traje es de lana verde oscuro con listas rizadas de un encarnado claro. Falda de debajo de tafetán verde oscuro, sobre la cual va montada una especie de falda plegada en pliegues redondos por el medio y seguidos de un grupo de pliegues más pequeños, que van recogidos bajo el paño de detrás que constituye la túnica, el cual va dispuesto en un *pouf* bastante voluminoso. Corpiño con aldetas. Los delanteros se abren sobre un chaleco de la misma tela, terminado en punta y ribeteado de un cinturón felpa, que se cruza y ter-



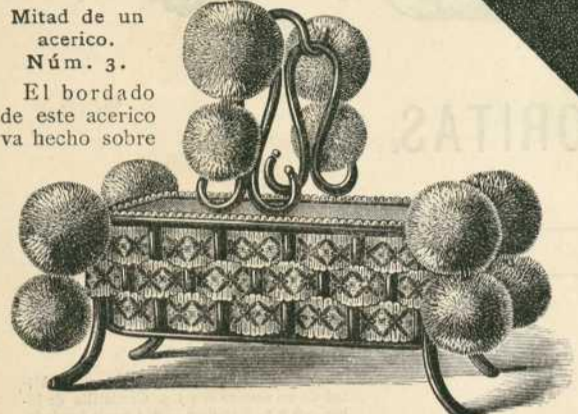
1.—Traje de calle. 2.—Traje de paseo.  
(Explic. y pat. (del grabado núm. 1), núm. IV, figs. 19 á 26 de la Hoja-Suplemento al presente número.)





mina en dos borlas de seda. La abertura va adornada de solapas anchas de la misma tela, fijadas con botones gruesos. Bolsillos grandes y cuadrados de felpa, fijados con dos botones. Cuello en pie de la misma felpa. Manga larga, con carters de felpa y botones.—Sombrero de seda verde oscuro, con ala bullonada, de terciopelo.

debajo sobre un ancho de 2 centímetros. Este pedazo va sesgado en las esquinas; se le cubre de raso, se le forra y se tapan las costuras con un cordón de seda encarnado muy oscuro, mezclado de hilos de oro. Se fijan en las esquinas



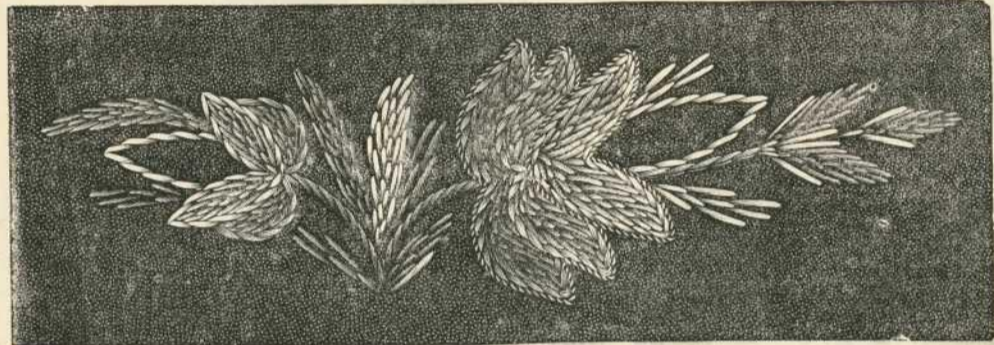
Mitad de un acerico. Núm. 3. El bordado de este acerico va hecho sobre

3.—Mitad de un acerico.



6.—Papelerera. (Véase el dibujo 7.)

raso color de oro antiguo con seda color de rosa y azul y torzal de oro fino. Se pasa el dibujo á un pedazo de tela del tamaño necesario y forrado de percal fino; se fija en todos los contornos una hebra doble de torzal de oro, con seda azul y seda color de rosa, al punto de festón. Se hacen con la hebra de oro exterior unos piquillos á intervalos regulares, reunidos á los piquillos correspondientes, según indica el dibujo. Se hacen las conchas al pasado, con seda color de rosa y con seda azul. Se recorta la tela en los contornos y se fija el bordado sobre un fondo de felpa de color.



7.—Bordado de la papelerera. (Véase el dibujo 6.)

los extremos de un cordón doble de seda, de 40 centímetros de largo, dispuesto en medio en un lazo, y se fija en cada extremo una rosácea de terciopelo y otra de seda. Se guarnece la papelerera con borlas de seda de diferentes colores.

Cenefa bordada.—Núm. 8.

Se borda esta cenefa con cordoncillo de oro y seda de color sobre terciopelo ó felpa, y sirve para adornos de canastillas, taburetes de piano, etc.

Dos cenefas al punto de cruz. Núms. 9 y 10.

Se emplean estas cenefas para adornar vestiditos, delantales y otras prendas de niños. Se les borda con algodones de los colores que indica el dibujo.

Canastilla de labor.—Núms. 4 y 5.

Esta canastilla, que es de bambú barnizado de negro, va guarnecida en el fondo y en los lados de unos pedazos de cartón cubiertos de piel marrón claro. Se pasa tres veces al través de los bambús de la canastilla un galón bordado, que se ejecuta sobre un fondo de seda y algodón color de oro antiguo, con felpilla fina color de oro antiguo y seda floja al punto de cruz y punto ruso. El dibujo 5 representa una parte del bordado, de tamaño natural. Las esquinas y el asa de la canastilla van adornadas con bolas de lana y seda color de oro antiguo.

Papelerera.—Núms. 6 y 7.

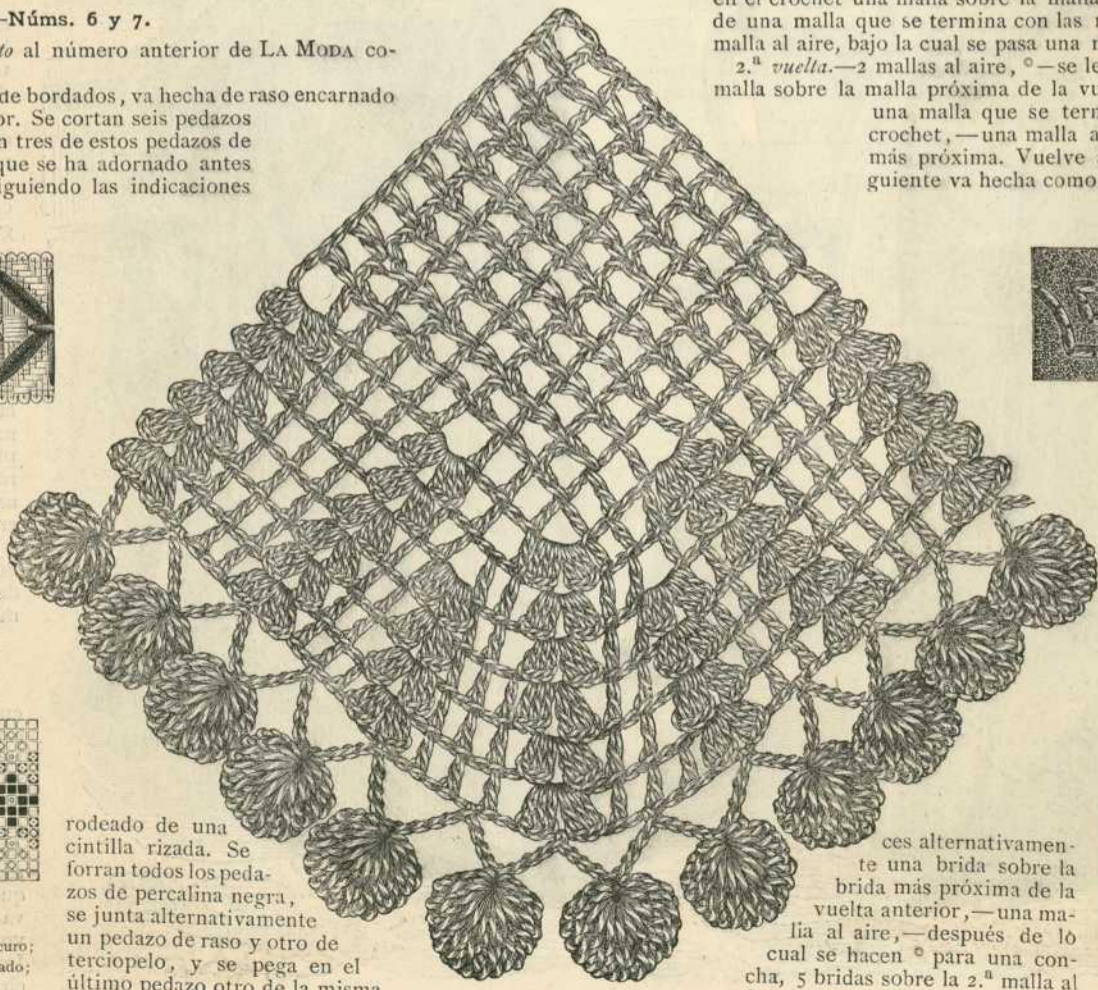
La figura 26 de la Hoja-Suplemento al número anterior de LA MODA corresponde á este objeto.

Esta papelerera colgante, adornada de bordados, va hecha de raso encarnado obscuro y terciopelo del mismo color. Se cortan seis pedazos de cartón por la figura 26. Se cubren tres de estos pedazos de raso y los otros tres de terciopelo, que se ha adornado antes con un bordado. Éste se ejecuta, siguiendo las indicaciones

Mantón al crochet.—Núm. 11.

Este mantón, cuadrado, representado en parte por el dibujo 11, va hecho al crochet, con lana azul, de un dibujo calado. El borde exterior va guarnecido de una cenefa. Se hace una cadeneta del largo necesario, sobre la cual se labra yendo y viniendo.

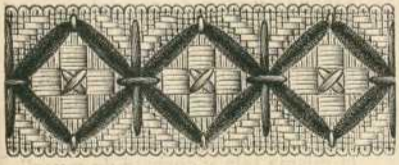
- 1.ª vuelta.—Se pasan las 4 mallas más próximas, se levanta con la malla en el crochet una malla sobre la malla más próxima, y se la pasa al través de una malla que se termina con las mallas que están en el crochet, una malla al aire, bajo la cual se pasa una malla,—se vuelve á empezar desde °.
- 2.ª vuelta.—2 mallas al aire, se levanta con la malla en el crochet una malla sobre la malla próxima de la vuelta anterior, se la pasa al través de una malla que se termina con las mallas que están en el crochet,—una malla al aire, bajo la cual se pasa la malla más próxima. Vuelve á empezarse desde °. Cada vuelta siguiente va hecha como la vuelta anterior.



11.—Mantón al crochet.

rodeado de una cintilla rizada. Se forran todos los pedazos de percalina negra, se junta alternativamente un pedazo de raso y otro de terciopelo, y se pega en el último pedazo otro de la misma forma, pero que va remitido por

ces alternativamente una brida sobre la brida más próxima de la vuelta anterior,—una malla al aire,—después de lo cual se hacen para una concha, 5 bridas sobre la 2.ª malla al aire siguiente aislada, cuyas bridas se reúnen á la primera,—2 mallas al

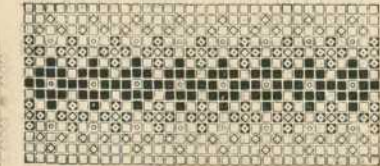


5.—Bordado de la canastilla. (Véase el dibujo 4.)

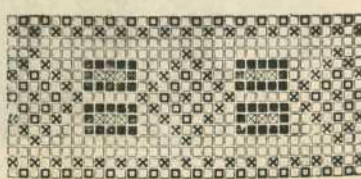


8.—Cenefa bordada.

Para la cenefa, se hace la 1.ª vuelta.—Siempre alternando, una brida en el borde exterior del mantón,—una malla al aire,—en cada esquina se hacen en la malla de orilla 2 bridas separadas por 3 mallas al aire, terminando con una malla cadeneta simple sobre la primera brida de esta vuelta. 2.ª vuelta.—4 mallas al aire,—2 ve-



9.—Cenefa al punto de cruz. Explicación de los signos: ■ marrón oscuro; □ marrón claro; ● azul; ○ encarnado; □ fondo.



10.—Cenefa al punto de cruz. Explicación de los signos: ■ marrón oscuro; □ marrón claro; ● encarnado claro; □ fondo.





12.—Cofia de encaje y cintas.



13.—Cofia de terciopelo.



16 á 18.—Trajes representados en el figurín que acompaña al presente núm. eso, vistos de espalda.



14.—Traje para niñas de 3 á 4 años.



15.—Traje marino para niñas de 3 á 4 años.



19.—Traje de luto para señoritas.



20.—Traje de luto riguroso.





21.—Manteleta para señoritas de 16 á 17 años.

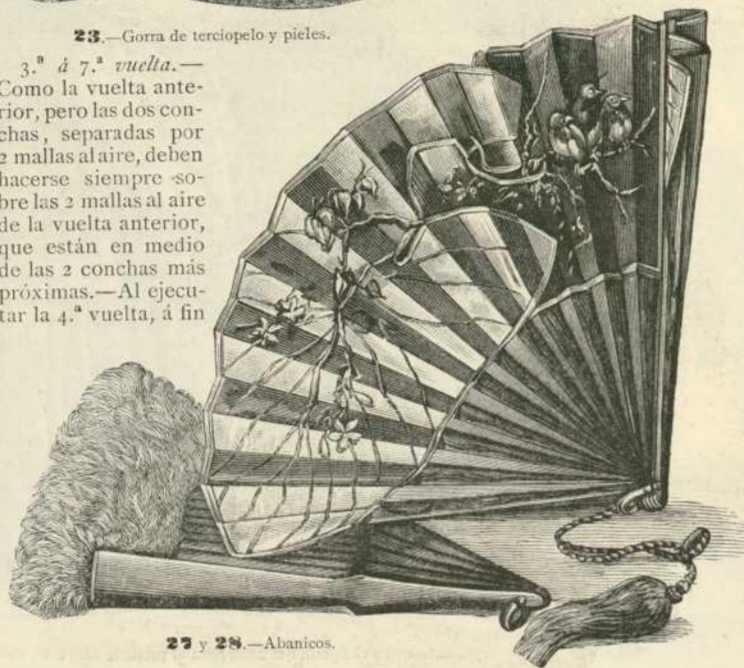


23.—Gorra de terciopelo y pieles.

3.<sup>a</sup> á 7.<sup>a</sup> vuelta.— Como la vuelta anterior, pero las dos conchas, separadas por 2 mallas al aire, deben hacerse siempre sobre las 2 mallas al aire de la vuelta anterior, que están en medio de las 2 conchas más próximas.—Al ejecutar la 4.<sup>a</sup> vuelta, á fin



25.—Sombrero de paño bordado.



27 y 28.—Abanicos.

lana y cinta de raso, de 5 1/2 centímetros de ancho, cubre el centro del ala por delante. Se completa la cofia con una banda de 35 centímetros de largo, hecha de encaje, y con un pedazo de cinta del mismo largo, terminado en un lazo y cosido en el ala con arreglo á las indicaciones del dibujo.

Cofia de terciopelo.—Núm. 13.

Se corta de muselina fuerte un ala redondeada, de 45 centímetros de largo en el borde de delante por 35 en el de detrás y 7 1/2 centímetros de ancho, y puntiaguda en cada extremo. Se guarnece esta ala con una cinta



31.—Vestido para niñas de 8 á 10 años.

de ancho. Se cose el borde todavía libre sobre el ala, disponiéndole en seis pliegues huecos. El ala va cubierta de una tira bordada sobre gasa blanca, adornada de cuentas encarnadas y oro. Esta tira cubre lo alto de la copa. Dos tiras de terciopelo, estrechas y plegadas en forma de abanico van, fijadas en el borde de la copa por detrás. Se las guarnece á todo el rededor con una tira de gasa bordada, pero sin



26.—Gorra para jovencitas.

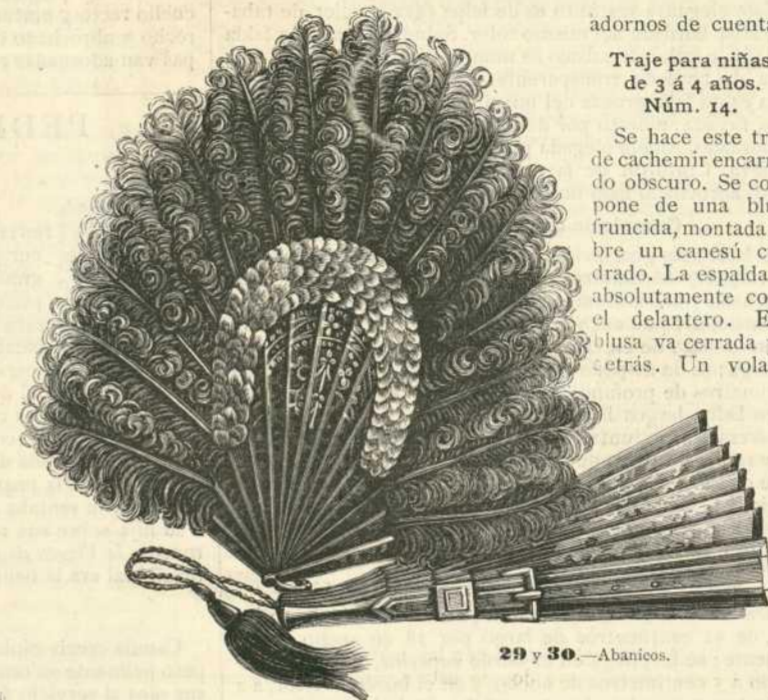


24.—Gorra de felpa y pieles.

adornos de cuentas.

Traje para niñas de 3 á 4 años. Núm. 14.

Se hace este traje de cachemir encarnado obscuro. Se compone de una blusa fruncida, montada sobre un canesú cuadrado. La espalda es absolutamente como el delantero. Esta blusa va cerrada por detrás. Un volante



29 y 30.—Abanicos.



32.—Traje para señoritas de 16 á 18 años.

Traje de luto para señoritas.—Núm. 19.

Vestido de lana mate y crespón inglés. Falda de debajo corta, sobre la cual va montado en el lado izquierdo un paño muy ancho y plegado de crespón inglés, cuyo pliegue central forma quilla. En el borde de la falda de crespón va puesta una



31.—Levita de paño cruzado.

35.—Levita de paño rizado.

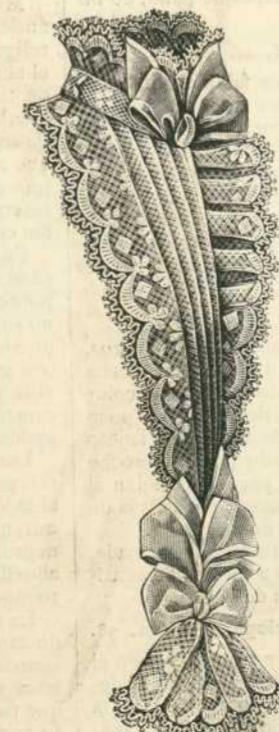


32.—Guarnición de corpiño.



38.—Vestido de guipur sobre falda de terciopelo.

39.—Vestido de pelo de jabalí con cenefas tejidas.



33.—Cuello y peto de tul y encaje.



36.—Matinée.

37.—Bata.

plegado forma la falda, que va añadida bajo una cinta anudada que forma cinturón. Cuello recto y manga larga y ancha, sujeta en la muñeca con un puño.

Traje marino para niños de 3 á 4 años.—Núm. 15.

Es de sarga de lana azul marino. Los delanteros, que son anchos, van fruncidos en el hombro. La espalda es asimismo un poco ancha, y la parte inferior cae, como los delanteros, sobre una falda corta, plegada y adornada con un galón ancho azul y encarnado. Los delanteros se abrochan con una tapa escondida bajo el galón. Cuello grande vuelto, adornado con un galón. Manga larga, con puño formado de lo mismo.

Trajes representados en el figurín que acompaña al presente número, vistos de espalda.—Núms. 16 á 18.

Véase la explicación del figurín iluminado.



hileras de cuentas gruesas mates. Túnica de lana, plegada en el lado derecho y recogida en el izquierdo con algunos pliegues agrupados en la parte superior, y que caen formando cascadas por los lados. Adornos de cuentas mates en el lado izquierdo. El paño de detrás de la túnica va plegado en el lado izquierdo y recogido después en cocas graduadas. Corpiño con aldetas terminadas en punta por delante y por detrás, y ribeteado de cuentas gruesas mates. Los delanteros, que se abrochan en medio con corchetes, van recortados, así como la espalda, sobre un camisolín hecho de crespón inglés y entredoses bordados. Unas cuentas gruesas ribetean la abertura. Cuello recto de entredós. Manga semilarga, recortada por encima y ribeteada de cuentas. Un plegadito sale de la abertura.—Sombrero redondo de crespón inglés, con banda plegada y lazo del mismo crespón.

*Tela necesaria:* 4 metros 20 centímetros de tafetán para la falda de debajo; 2 metros 40 centímetros de crespón de 70 centímetros de ancho, y 6 metros 80 centímetros de lana mate de un metro 20 centímetros de ancho.

#### Traje de luto riguroso.—Núm. 20.

Este traje es de velo grueso y crespón inglés. Sobre una falda corta de tafetán se monta por delante y en los costados una falda de crespón inglés. El centro de detrás sólo va cubierto de una tira ancha. Túnica de velo plegada por delante y en la izquierda en pliegues muy huecos, y enteramente recogida en la derecha para dejar descubierta la falda de crespón inglés. Los pliegues se agrupan bajo la parte de detrás de la túnica, que se compone de dos paños anchos, cuyo borde derecho va plegado en forma de conchas forradas de crespón. En el lado izquierdo los pliegues caen en línea recta, y sobre ellos van dos cocas de la misma tela. Todo el borde de la túnica va rodeado de cuentas mates. Corpiño terminado en punta por delante y en dos correas cuadradas por detrás. Los delanteros se abren sobre un chaleco plegado de crespón, que se abrocha bajo un bullón de crespón inglés blanco. Todo ello va adornado con barretas de crespón ribeteadas de cuentas y formando una V. Cuello recto de crespón inglés. Manga guarnecida de un puño de crespón y cuentas. Capota de crespón inglés, cuya ala va ribeteada de un bias de crespón inglés blanco. Velo muy largo, de crespón.

Se necesitan para este traje 4 metros 40 centímetros de tafetán, 3 metros 50 centímetros de crespón inglés y 6 metros 20 centímetros de velo de un metro 20 centímetros de ancho.

#### Manteleta para señoritas de 16 á 17 años.—Núm. 21.

Se hace esta manteleta de vigoña gruesa color de bronce; es una especie de esclavina ceñida por detrás, con una sola costura. La parte inferior va vuelta hacia dentro y forrada de seda glaseada color de fuego. Un lazo grande de cinta de faya color de bronce va puesto por encima. Capucha forrada de seda glaseada color de fuego. Cuello recto cerrado con un lazo flotante.

*Tela necesaria:* 90 centímetros de vigoña de un metro 20 centímetros de ancho, sin contar la parte de debajo, que la constituye el forro.

Se corta esta manteleta por las figs. 1 á 4 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

#### Traje para señoritas de 16 á 18 años.—Núm. 22.

Este traje es de pekin, faya y felpa color habano. La falda de pekin. Túnica de faya del mismo color y recogida por delante en forma de delantal corto. Lazos en el lado derecho y en la falda.—Corpiño figaro de felpa, redondeado sobre un chaleco de faya plegado. El borde va adornado de una pasamanería. Una capucha de faya listada guarnece el corpiño. Manga adornada con una pasamanería.

Se corta esta chaquetilla, así como el chaleco y la capucha, por las figs. 10 á 18 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

#### Gorra de terciopelo y pieles.—Núm. 23.

Esta gorra, hecha de terciopelo habano, tul fuerte y seda como forro, va guarnecida de un borde que forma punta por delante y va cubierto de piel color de arena. Se adorna la gorra con lazos de cinta de raso color de arena, de 9 1/2 centímetros de ancho, y cinta otomana color habano, del mismo ancho. Cuatro cabecitas de animales completan los adornos.

#### Gorra de felpa y pieles.—Núm. 24.

El ala de esta gorra va cubierta por dentro de terciopelo marrón. La parte exterior se cubre de piel del mismo color. El casco de la gorra, que cae en línea recta por detrás, es de tul fuerte. Se la cubre de terciopelo marrón plegado, dispuesto por delante en forma de lazo y mezclado con cinta de raso color masilla, de 7 centímetros de ancho. Una cinta igual va enrollada en torno del casco.

#### Sombrero de paño bordado.—Núm. 25.

El casco de este sombrero va cubierto, de plano, por dentro y por fuera del borde, de terciopelo color bronce. Se cubre luego la parte exterior del borde con dos tiras de paño bronce claro, de 12 centímetros de ancho, adornadas de bordados hechos en seda color de bronce de dos matices, y cuyos lados rectos van plegados como indica el dibujo. Los adornos del sombrero consisten en un lazo alsciano de cinta de raso bronce, de 8 1/2 centímetros de ancho, y tres plumas de avestruz matizadas color de aceituna y encarnado, puestas en el lado izquierdo.

#### Gorra para jovencitas.—Núm. 26.

Esta gorra se compone de un casco de imitación de piel de nutria, el cual forma un pliegue hueco en medio y tiene 14 centímetros de alto, y de un borde de piel de colimbo, de 9 centímetros de ancho. Se fijan en medio de la gorra, por delante y en los costados, unas alitas y un pompon de pluma, así como unas hojas de piel con bordado de cuentas.

#### Abanicos.—Núms. 27 á 30.

Núm. 27. Este abanico, que es de madera barnizada de

gris, va cubierto de raso gris. Su borde superior va guarnecido de plumas grises, que tienen 10 centímetros de largo. Una cordonadura de seda gris, con borlas, completa el abanico.

Núm. 28. Este abanico va cubierto de raso amarillo, de manera que imite dos hojas de álamo, y adornado de unas pinturas. El varillaje, que es de madera barnizada de amarillo, va adornado con adornos y borlas.

Núm. 29. Este abanico, de una forma nueva y original, se compone de varillas de conchas, parte lisas y parte caladas, de diferentes tamaños. Cada una de ellas va guarnecida de una pluma negra de avestruz. En medio del abanico se fija una guarnición de plumas de pájaro del paraíso, cuya guarnición, de 4 centímetros de ancho, tiene la forma de una herradura y cubre el pie de las plumas negras. Cordonadura de seda y borlas.

Núm. 30. El varillaje es de madera color habano, y las varillas exteriores van adornadas con hebillas de metal. Se cubre el abanico de raso color de oro oscuro, adornado con una pintura. Cordones y borlas de seda del mismo color.

#### Vestido para niñas de 8 á 10 años.—Núm. 31.

Este elegante vestido es de felpa rayada color de tabaco y faya, bordado del mismo color. Sobre un fondo de falda de tafetán color de tabaco se monta, sólo por delante, una falda de bordado transparente. La parte de detrás de la falda es de faya gruesa del mismo color. Corpiño casaca de felpa rayada, abierto por delante sobre un chaleco ancho de bordado. Aldeta plegada por detrás bajo un lazo de cinta de faya. Cinturón de faya anudado por delante. Cuello recto, abrochado bajo un lazo. Manga larga.

#### Guarnición de corpiño.—Núm. 32.

Se hace esta guarnición con cinta rayada de diferentes colores, de 7 centímetros de ancho, una tira ancha de felpa encarnada y cinta otomana de un encarnado obscuro, y de 23 centímetros de ancho. Para hacer la guarnición, se toma un pedazo de cinta rayada de un metro 10 centímetros de largo; se la dispone por el medio en un pliegue de 2 centímetros de profundidad; se le dobla al revés por uno de los lados largos hacia las extremidades y en los lados transversales; se juntan los dos extremos del otro lado largo, y se fija un trozo de cinta lisa. La tirita del escote, que es de cinta igual, y a la cual se une un rizado ó gola de encaje, va cosida por detrás sobre la cinta ancha rayada; se abrocha la tirita por delante bajo un lazo de cinta rayada y cinta lisa.

#### Cuello y peto de tul y encaje.—Núm. 33.

Para hacer el peto, se toma un pedazo de tul grueso inglés, de 31 centímetros de largo por 28 de ancho próximamente; se le pliega en el borde superior, dejándolo reducido á 5 centímetros de ancho, y en el borde inferior, á 2 centímetros, y se le adorna en el borde de la derecha con encaje puesto de plano, y en el de la izquierda con encaje dispuesto en pliegues gruesos y sesgado hacia el borde inferior. El encaje, puesto de plano, se continúa en el borde inferior formando fruncidos gruesos. El cuello, cubierto de encaje, va adornado con un lazo de cinta de gasa de 6 centímetros de ancho. Unos lazos de la misma cinta adornan el peto.

#### Levita de paño cruzado.—Núm. 34.

Esta levita es de paño cruzado color de bronce. La espalda es muy ajustada. Los faldones llevan dos pliegues gruesos por detrás. Los delanteros, que van ajustados con una pinza, cruzan y se abrochan un poco más abajo de la cintura. Bolsillos en los costados y abiertos en la misma tela. Cuello recto de terciopelo. Manga larga, adornada con una cartera de terciopelo, que va ribeteada de un galón de lana, así como el contorno de la levita.

#### Levita recta de paño rizado.—Núm. 35.

Es de paño rizado color de nutria. La espalda va ajustada con dos laditos; el de delante termina en el bolsillo, que va abierto en la misma tela. Los delanteros, que no llevan pinzas, cruzan y se abrochan en el lado izquierdo. Cuello y manga larga, adornada de un galón que figura una cartera.

*Tela necesaria:* 3 metros 60 centímetros de paño, de un metro 40 centímetros de ancho.

#### Matinée.—Núm. 36.

Es de sarga fina mordorada. Fondo de falda corto, sobre el cual va montada una falda plegada á todo el rededor. *Matinée* ajustada por detrás y sin pliegues. Los delanteros se abren sobre un chaleco, el cual va abierto á su vez sobre una camisa de lana gruesa blanca. La parte inferior del chaleco se abrocha hasta un cinturón anudado por delante, que cubre sus picos. Solapas, cuello y carteras de astrakán.

Se necesitan, para la falda y la *matinée*, 6 metros 40 centímetros de sarga de lana, de un metro 20 centímetros de ancho.

#### Bata.—Núm. 37.

De tela enrejada gruesa color de bronce. Los delanteros, que van plegados y montados sobre un canesú, se abren sobre un chaleco, también plegado, de terciopelo color bronce, que se continúa en forma de delantal. Un poco más abajo de la cintura, el delantero de la bata va sujeto con un cinturón de terciopelo, apuntado con un broche artístico. La espalda es ajustada y va pegada también al canesú, como el delantero. Pliegues gruesos por detrás de la falda. Cuello de terciopelo y carteras de lo mismo.

*Tela necesaria:* 4 metros 40 centímetros de tela enrejada, de un metro 20 centímetros de ancho, y 2 metros 80 centímetros de terciopelo, de 60 centímetros de ancho.

#### Vestido de guipur sobre falda de terciopelo.—Núm. 38.

La falda de debajo es de faya marrón y va cubierta en el borde inferior, á una altura de 14 centímetros, y por delante en forma de delantal, con terciopelo marrón. Se la guarnece de unos paños de guipur Enrique II, fondo marrón, con dibujos color masilla, plegados en el borde supe-

rior y dispuestos por detrás en pliegues que se dirigen hacia arriba. La parte de detrás, plegada, cae en línea recta y es de faya marrón. El corpiño, que es de guipur, con aldetas cortas y plegadas por detrás, va cubierto, por delante, en forma de chaleco, con faya plegada y guarnecido de solapas, cuello y carteras de terciopelo.

#### Vestido de pelo de jabalí con cenefas tejidas.

Núm. 39.

La falda de debajo, de tafetán azul oscuro, va cubierta en el borde inferior, sobre un ancho de 9 centímetros, con un tejido llamado pelo de jabalí azul oscuro, después de lo cual se cubre de un volante plegado de la misma tela, de 68 centímetros de alto, en el lado izquierdo, y que llega por delante y por el lado derecho hasta la cintura. La túnica tiene un metro 3 centímetros de largo por 2 metros 45 centímetros de ancho, y termina en un fleco por delante y en el borde inferior; se la dispone en varias series de pliegues, como indica el dibujo. Por detrás, la falda va adornada con dos pedazos de terciopelo azul, de 21 centímetros de ancho, y un metro 12 centímetros de largo. El corpiño, dispuesto por delante en forma de blusa, con aldetas cortas y plegadas por detrás, va adornado con solapas, cuello recto y cinturón de terciopelo, cosido en el lado derecho y abrochado con corchetes en el izquierdo. Las solapas van adornadas con botones gruesos de metal.

## PEDRO Y CAMILA.

(Continuación.)

MIENTRAS el tío Giraud tenía semejantes discursos, un poco de alegría cercaba por algunos instantes á Mr. de Arcis y á su esposa; no podían dejar de sonreír ambos ante esta ingenuidad un poco brusca, pero respetable, y sobre todo, bienhechora, que no quería ver el mal en ninguna parte.

Pero el mal estaba allí; todo el resto de la familia miraba con ojos asustados y curiosos esta desgracia poco común; los criados de la casa formaban círculo cada día antes de comer, razonando acerca del estado de la pequeña Camila.

Cecilia se sentaba algunas veces cerca de ellos, teniendo á su hija sobre sus rodillas. Si Rafael hubiera vivido entonces, la *Virgen de la Silla* hubiera podido tener una hermana; tal era la belleza de la madre y de la niña.

### III.

Camila crecía rápidamente; la Naturaleza llenaba triste pero fielmente su tarea; la pobre criatura no tenía más que sus ojos al servicio de su alma; sus primeros gestos fueron, como lo habían sido sus primeras miradas, dirigidos hacia la luz; el más pálido rayo de sol le causaba transportes de alegría.

Quando empezaba á tenerse en pie y á andar, una curiosidad extrema le hacía examinar y tocar todos los objetos que la rodeaban, con una delicadeza mezclada de temor y de placer, que tenía algo de la vivacidad de la infancia, y ya del pudor de la mujer. Su primer movimiento era el de correr hacia todo lo que le parecía nuevo, como para asirlo y apoderarse de ello; pero se volvía siempre desde la mitad del camino á mirar á su madre como para consultarla. Asemajábase entonces al arriño, que se detiene y renuncia á la senda que quería seguir, si ve que un poco de fango ó arena puede manchar su blancura.

Algunos niños de la vecindad venían á jugar con Camila en el jardín; mirábales ella hablar, con una atención constante y sostenida; estos niños, poco más ó menos de su misma edad, ensayaban hacer repetir á Camila las palabras de sus ayas, é intentaban, alzando la voz todo lo posible, enseñarlas á su compañera, que no percibía otra cosa que el movimiento de sus labios; algunas veces, para probar que había comprendido, extendía las manos hacia sus pequeñas amigas, quienes por su parte retrocedían asustadas delante de esta expresión del mudo pensamiento de Camila.

Mme. de Arcis no se separaba de su hija; observaba con ansiedad las menores acciones, las menores señales de inteligencia de Camila; si ella hubiera podido adivinar que el abate l'Épée debía llevar tan pronto la luz á ese mundo de tinieblas, ¡cuánta hubiera sido su alegría! Mas aquel bienhechor de la humanidad aun no había llegado, y Cecilia se hallaba sin fuerzas contra esta crueldad de la suerte que el valor y la piedad de un hombre tenían que destruir; un sacerdote debía ver más lejos que una madre, y estaba reservado al espíritu que discierne encontrar el consuelo del corazón que tanto sufría.

Quando las pequeñas amigas de Camila estuvieron en edad de recibir las primeras instrucciones de una aya, la pobre niña empezó á manifestar una gran tristeza porque no se hacía por ella lo que por las otras; había en casa de un vecino una vieja institutriz inglesa, que hacía deletrear con gran trabajo á un niño y le trataba severamente; Camila asistía á la lección, miraba con asombro á su pequeño camarada, y seguía con los ojos sus esfuerzos; deseaba ayudarle y lloraba con él cuando le reñían.

Las lecciones de música que se daban á sus amigas fueron para ella motivo de una pena mucho más viva; de pie al lado del piano extendía y revolvió sus pequeñas dedos, mirando á la maestra con sus grandes ojos, que eran muy negros y muy hermosos; parecía preguntar lo que era aquello, y golpeaba las teclas de una manera al mismo tiempo dulce é irritada.

La impresión que los seres ó los objetos exteriores producían sobre los otros niños no parecía sorprenderla; pero cuando les veía mostrar con el dedo estos mismos objetos y cambiar entre ellos ese movimiento de los labios que para ella era ininteligible, entonces volvía á empezar su tristeza, se iba á un rincón del jardín, y con una piedra ó un pedazo de madera trazaba casi maquinalmente sobre



la arena algunas letras mayúsculas que había visto señalar a los otros y que ella consideraba atentamente.

El rezo de la noche era para Camila un enigma que se parecía a un misterio; se arrodillaba como los demás y juntaba las manos sin saber por qué; el caballero veía en aquello una profanación.

—¡Quitad de aquí esta niña—exclamaba;—evitad esta impía ridiculez.

—Yo tomo sobre mí el pedir perdón a Dios—respondió un día la madre con el acento de la desesperación.

No solamente los otros niños se aproximaban a ella con cierto temor, sino que evitaban encontrarla con aire de desprecio. Acontecía alguna vez que uno de ellos, con esa falta de compasión de que habla La Fontaine, le hablaba largo tiempo, y la miraba cara a cara riéndose y pidiéndole respuesta.

Camila contaba ya cerca de doce años, y aun miraba a los niños bailar bulliciosamente formando rueda; sola y retirada, apoyada sobre un banco, llevaba el compás mecido su linda cabeza, sin pensar mezclarse en el grupo, pero llena de tristeza.

La coquetería se muestra desde temprano en las mujeres, pero Camila no daba ningún indicio de ella.

—No gusta de galas, y sin embargo, ¡qué bella es!—decía Cecilia a su marido; y al mismo tiempo hacía señas a su hija para hacerla andar delante del caballero, a fin de que éste viese mejor su talle, que se empezaba a formar, y su aire aun infantil, que era encantador.

A medida que adelantaba en edad Camila, se apasionaba, no por la religión, que no conocía, sino por los templos; tal vez tenía ella en el alma ese instinto invencible que hace que una niña de doce años conciba el proyecto de tomar el hábito, de buscar lo que es pobre y lo que sufre.

Camila se sumergía cada vez más en una tristeza profunda: la imagen de la Virgen; el niño de coro, cuya vieja sobrepelliz cubría la sotana y que pedía para el culto; el grave bedel, excitaban en ella una melancólica atención, y era en la iglesia donde hallaba la paz y el bienestar.

IV.

—¡Mi hija es muy bella!—repetía el caballero con profunda tristeza.

Y Camila lo era en efecto.

En el perfecto óvalo de un rostro regular, en los rasgos de una pureza y de una frescura admirables, brillaba, por decirlo así, la claridad de un buen corazón. Camila era de regular estatura, algo pálida, pero muy blanca; con largos cabellos negros; cariñosa, activa; tenía el más bello natural; era triste con dulzura y casi con negligencia; llena de gracia en todos sus movimientos, de ingenio, y algunas veces de energía en su pequeña pantomima; singularmente industriosa para hacerse entender, viva para comprender, y siempre obediente cuando comprendía: el caballero se quedaba alguna vez mirando a su hija mudo de admiración; tanta gracia y hermosura junto a tanta desgracia estaban a punto de perturbar su espíritu. Se le veía abrazar con frecuencia a Camila con una especie de transporte, y alejarse después de ella murmurando:

—¡Soy un hombre malvado!

Había una calle en el fondo del jardín, donde el caballero tenía la costumbre de pasearse después de almorzar; desde la ventana de su cuarto Mme. de Arcis veía a su marido ir y venir entre los árboles; pocas veces iba ella a encontrarle; miraba con una tristeza llena de amargura a aquel hombre, que había sido para ella más bien un amante que un esposo, del que jamás había recibido un reproche, a quien ella no había nunca tenido uno solo que hacer, y que no tenía ya el valor de amarla porque era madre desgraciada.

Una mañana fué a su encuentro; se trataba de un baile de niños que debía tener lugar en un castillo vecino; madame de Arcis quería llevar a Camila; deseaba ver el efecto que producía sobre el mundo y sobre su marido la belleza de su hija; había pasado algunas noches sin sueño pensando en el traje que le pondría; Cecilia había formado sobre su proyecto las más dulces esperanzas. Será preciso, se decía, que se enorgullezca al verla tan linda, al ver que todos los padres y madres nos la envidian; porque ella será la más bella de todas las niñas allí reunidas.

Así que el caballero vió a su mujer, se adelantó hacia ella y le tomó la mano, que besó con una ternura y una galantería que había conservado de su estancia en la corte, y de la que no se olvidaba nunca a pesar de su ingenuidad natural; los dos esposos continuaron juntos su paseo.

Mme. de Arcis buscaba de qué manera propondría a su marido que le permitiese llevar a su hija al baile, rompiendo así la determinación que había anunciado, después del nacimiento de Camila, de no ver más el mundo. El solo pensamiento de exponer su desgracia a los ojos de los indiferentes ó de los maldicientes, ponía casi fuera de sí a M. de Arcis, y había anunciado formalmente su voluntad sobre este punto. Era, pues, preciso que Mme. de Arcis encontrase un pretexto cualquiera para hablar de su desgracia.

El caballero parecía reflexionar también; él fué el primero en romper el silencio; un negocio sobrevenido a uno de sus parientes, dijo él a su mujer, venía a ocasionar grandes desórdenes de fortuna en su familia; era importante para él vigilar a las gentes encargadas de las medidas que se debían tomar; sus intereses, y por consecuencia los de Mme. de Arcis, corrían el riesgo de comprometerse por falta de cuidado; en una palabra, anunció que estaba obligado a hacer un corto viaje a Holanda, donde debía entenderse con su banquero; añadió que el negocio era extremadamente urgente y que pensaba partir en la siguiente mañana.

Mme. de Arcis quedó aterrada; el caballero estaba bien lejos de imaginar el abandonar a su esposa; pero, a pesar suyo, experimentaba una necesidad irresistible de aislarse durante algún tiempo, hasta que pudiese volver más tranquilo. Todo verdadero dolor ocasiona al hombre este deseo de soledad.

Mme. de Arcis fué tan dolorosamente sorprendida, que no respondió más que por esas frases indiferentes que siempre suben a los labios cuando no se puede decir lo que se piensa; sin embargo, a costa de una violencia espantosa, pudo manifestar tranquilidad aconsejada por su altivez; pero en tanto que hablaba, el dolor le oprimía el corazón, y alegando cansancio, se sentó sobre un banco; allí quedó por largo rato sumergida en un letargo profundo con la mirada fija, las manos caídas. Mme. de Arcis no había conocido hasta entonces ni grande alegría ni grandes placeres; sin ser una mujer de un talento elevado, sentía con vehemencia; su matrimonio había sido para ella una dicha del todo imprevisita y nueva; una hermosa luz había brillado ante sus ojos en medio de largos y helados días, y ahora la noche la rodeaba.

Los dos esposos permanecieron en un silencio violento; Cecilia quedó por algún tiempo pensativa; el caballero se mostraba impaciente por volver a casa; Mme. de Arcis se levantó al fin, tomó el brazo de su marido y se volvieron juntos.

Llegada la hora de comer, Mme. de Arcis envió a decir que se encontraba indispuesta y que no la esperasen; arrojóse ante su reclinatorio y permaneció allí hasta la noche. Su doncella entró muchas veces, pues había recibido de M. de Arcis la orden secreta de velar sobre ella; pero Cecilia no respondía a lo que le decía; hacia las ocho de la noche llamó, pidió el traje mandado hacer para su hija, mandó que enganchasen el caballo al carruaje, é hizo advertir al mismo tiempo a su marido que iba a salir y que le suplicaba que la acompañase.

Camila tenía el talle de una sílfide; un vestido de muselina blanca bordada, zapatitos de satén blanco, un collar de perlas, una corona de acianos, componían el traje de Camila, que se miraba con orgullo y saltaba de alegría; su madre, vestida con un traje de terciopelo negro, tenía a su hija en la falda cuando su marido se presentó.

Mme. de Arcis, sin ninguna emoción aparente, preguntó a su marido si la acompañaba al baile de niños; por toda respuesta le presentó éste el brazo y dió la mano a Camila, bajando para tomar el carruaje.

Esta era la primera vez que se veía a Camila desde hacía mucho tiempo; se había oído hablar mucho de ella, y la curiosidad dirigió todas las miradas hacia la niña desde que apareció; Mme. de Arcis no demostró ni embarazo ni inquietud; después de los cumplimientos de costumbre, se sentó con el aire de la mayor calma, y mientras cada una seguía con los ojos a su hija con una especie de asombro ó un aire de interés afectado, ella la dejó en libertad en el salón, sin parecer pensar en ella.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA PARISIENSE.

SUMARIO.

Una embajada japonesa.—Jacinto Loyson, ó Jacinto del Palais Royal.—Maubant ó Paulus.—Odor di femina.—Las ideas del Dr. Galopin.—Ámbar gris, almizcle y violeta.—Lo que es la ciencia.—Los Jacobitas, drama en cinco actos y en verso, por François Coppée.—Aparición de una estrella.—La hija de un fusilado.

**A**LBRICIAS! El Japón nos envía una embajada de nuestro sexo. Los japoneses, que me han parecido siempre un pueblo culto, original y en extremo inteligente, nos demuestran una vez más que poseen en alto grado el espíritu de observación unido a la galantería, comprendiendo que para estudiar las costumbres de un país extraño, la mujer es infinitamente superior al hombre.

Guiado por esta creencia, el Gobierno japonés ha nombrado doce institutrices ó maestras, entre las más inteligentes y—es de esperar—entre las más bonitas, para que vengán a pasar tres años en Francia, después de cuyo tiempo regresarán a su país y serán colocadas en diferentes escuelas del Japón.

No sé quién será el encargado de guiar esta embajada femenina por entre los múltiples escollos de nuestra refinada civilización.

La misión será delicada.

Estas jóvenes japonesas deben tener sobre las artes, las ciencias, la religión y el amor, nociones algo distintas de las nuestras, y no creo que el naturalismo, con sus fórmulas violentas y un tanto brutales, haya penetrado aún en el Imperio del extremo Oriente.

Se trata de saber si sus guías deberán llevarlas a oír las conferencias del ex padre Jacinto Loyson, ó de Jacinto el del Palais Royal; si asistirán a las representaciones de *Los Jacobitas* ó a las del *Petit Poucet*; si irán a ver a Maubant ó Paulus, Mlle. Manchamir ó Grille-d'Égout, y últimamente, si deberán aprender del profesor M. Caro la diferencia que existe entre el «yo» y el «no yo», ó del Dr. Galopin las distintas variedades de perfume que exhala la mujer, con el nombre genérico de *odor di femina*.

\* \*

Si hemos de dar crédito al sabio doctor que acabo de mencionar, hay mujeres al ámbar gris, otras al almizcle, otras al ébano y otras a la violeta. Según parece, no hay que fiarse de las mujeres que huelen a almizcle: este perfume indica una imaginación desenfrenada y apetitos feroces. El olor de ébano indica la pasión del oro. En cuanto al ámbar gris, el que una vez lo ha aspirado no puede separarse de él. Todos los grandes amores de la antigüedad: Antonio y Cleopatra, Laura y Petrarca, Romeo y Julieta, Luis XIV y Mme. Maintenón, etc., etc., debieron ser inspirados por el ámbar gris. Réstanos la violeta, que representa el ideal, la castidad, la fidelidad, la dulzura. Lucrecia, Cornelia, Blanca de Castilla, La Vallière, Virginia y otras parecidas, despedían indudablemente un pronunciado olor de violeta.

De hoy en adelante, el pretendiente no necesitará tomar

informes acerca de su futura, ni consultar a los padres, amigos y vecinos: un buen olfato será suficiente. Presentado a la joven, el nervio olfativo deberá desempeñar su oficio y advertirle de los peligros venideros.

—¡Diantre!—se dirá el mozo—no hay que fiarse. Esta joven huele a almizcle; debe ser dada a devaneos.

Pero si, por el contrario, el aspirante a la coyunda se siente halagado por un suave y penetrante olor de violeta, puede exclamar sin vacilaciones:

—¡Magnífico! he encontrado lo que me conviene; una buena esposa que se ocupará del puchero conyugal, y de quien la historia dirá sencillamente:

«Guardó el hogar y elaboró calcetas.»

Así, en nuestra época positivista, todo será analizado, clasificado, catalogado. ¡Adiós la atracción vaporosa é indefinible! ¡Adiós el encanto embriagador que resultaba de misteriosos efluvios esparcidos en la atmósfera! Atracción, encanto y efluvios, pueden resolverse en una fórmula química.

Resueltamente, la ciencia es una gran cosa.

o o

Los teatros de París no han escatimado los estrenos en la última quincena. Los dos que se disputan la atención pública son *Los Jacobitas*, drama en cinco actos y en verso, de M. F. Coppée, estrenado en el teatro del Odeón, y *El Cid*, representado por primera vez el sábado 28 de Noviembre en la «Academia nacional de Música», por otro nombre teatro de la Ópera.

Me ocuparé hoy de la primera de estas obras, aun cuando no con la extensión que deseara, por falta de espacio, dejando para mi próxima correspondencia el análisis de la partitura del maestro Massenet, la cual merece un examen detenido por su mérito incontestable y por estar destinada indudablemente a figurar en las principales escenas líricas de Europa, sin contar con que su asunto nos interesa particularmente a los compatriotas del héroe castellano.

Entre el *Eduardo en Escocia*, de Alejandro Dumas padre, y *Los Jacobitas*, de M. François Coppée, existen, a no dudarlo, más de un punto de semejanza; pero no es posible negar que el estilo y la factura pertenecen al autor de *Severo Torelli*. Por lo demás, los defectos de que adolece la obra, y que solamente la brillantez de la versificación y una ó dos escenas de gran efecto logran hacer olvidar, demuestran mejor que pudiera hacerlo el cotejo hoy minucioso, que el fácil y elocuencia poeta que ocupa hoy quizás el primer puesto en el Parnaso francés no ha cursado en la escuela del autor de *Margarita de Borgoña*, uno de los primeros dramaturgos de nuestro siglo.

Sabido es que se dió el nombre de *Jacobitas* a los últimos partidarios de Jacobo Estuardo, rey destronado de Inglaterra. Los jacobitas, escoceses en su mayor parte, y representados por un gran número de jefes de *clan*, apoyaron, a mediados del siglo XVIII, la tentativa de restauración de Carlos Eduardo y su desembarco en Escocia.

Una de las más graves faltas de François Coppée como autor dramático es haber elegido por héroe de su poema un personaje cuyo carácter y costumbres no tienen nada de heroico: libertino, egoísta, ligero, como educado en una corte corrompida, Carlos Eduardo principia, a su desembarco en la madre patria, por hacer traición a su más adicto partidario, requiriendo de amores a lady Fingal, esposa del ilustre jefe de los montañeses insurrectos. Esta situación se resuelve en algunas escenas bastante dramáticas, una de las cuales tiene el inconveniente de recordar la escena de *Hernani*, en que Silva lucha entre el deseo de venganza y el deber que la hospitalidad le impone. Lord Fingal se inclina ante el deber, como lo hizo Ruy Gómez de Silva.

Otra víctima del Pretendiente es una muchacha del pueblo, que la fatalidad coloca en su camino: María, hija de un bardo, anciano y ciego, que ha sacrificado también todo por la causa de los *Jacobitas*, María muere por Carlos Eduardo, quien después de haber sembrado la ruina y el oprobio en torno suyo, se embarca, llevándose en su fuga el nombre maldecido de los Estuardos.

La sonora y magnífica versificación descuella más que nunca en la nueva obra de Coppée, y a pesar de los defectos escénicos que más arriba he indicado, su éxito ha sido brillante, y según todas las probabilidades, será duradero.

Hay que advertir que una joven actriz, desconocida hasta ahora, alumna del Conservatorio, de donde salió hace apenas un año con el primer premio de declamación, Mlle. Weber, encargada del modesto papel de María, ha contribuido poderosamente al triunfo de *Los Jacobitas*. Mademoiselle Weber, que, entre paréntesis, es huérfana de un comunero fusilado en 1871, se ha revelado desde la primera representación como trágica de primer orden: todo París desea conocer a la nueva estrella del firmamento teatral; muchos la comparan con Rachel, y la mayoría la juzgan ya superior a Sarah Bernhardt. Tal vez van demasiado lejos.

Qui vivra verra.

X. X.

París, 8 de Diciembre de 1885.

LA MUERTE DEL REY (1).

I.

Quando el dolor petrifica,  
Quando las penas estallan,  
Ni tiene rasgos la pluma,  
Ni tienen los ojos lágrimas.  
Las manos que sostuvieron  
El cetro de las Españas  
Están de color de cera,

(1) En obsequio a nuestras señoras suscriptoras, reproducimos en las páginas de LA MODA ELEGANTE esta inspirada composición poética, que ha aparecido por primera vez en el magnífico número de *La Ilustración Española y Americana* correspondiente al 30 de Noviembre último.—(N. de la R.



Rígiditas.... yertas.... ¡¡¡ cruzadas!!!  
El cañón con roncás voces  
Se queja en fúnebres salvas;  
Los templos dan á los aires  
Las preces de las campanas,  
Y hasta la Naturaleza  
Con un sudario de escarcha  
Parece que toma parte  
En el dolor de la patria!!!

## II.

El oro del uniforme,  
La centella de la espada,  
Los simbólicos emblemas  
De la cruz y de la banda,  
No son hoy el fausto anuncio  
De las victorias logradas,  
Ni de Aranjuez el regreso,  
Ni de las nupciales galas;  
¡ Tendidas bajo la urna  
De la carroza enlutada  
Son sobre el regio cadáver  
Reliquias de una mortaja!

## III.

Los horizontes se nublan,  
Las ondas negras se alzan,  
Y él deja la nave sola  
En medio de las borrascas!!!  
¿Dónde están sus enemigos,  
Si en sus auroras tempranas  
No pudo inspirar los odios  
Ni las traiciones qué matan?  
Murcia gimió desvalida,  
Y en el fango sepultada,  
Desde el trono hasta el pantano  
Bajó para consolarla;  
De París en los umbrales  
Ahogó en germen la borrasca,  
Y en oro esculpió la Historia  
Lo heroico de aquella entrada!!!

Montes enteros hundidos  
Pueblo y heredad aplastan;  
Los cauces desaparecen,  
Los árboles se trasladan;  
Sin rumbo, por nuevos valles,  
Corren las dispersas aguas,  
Que el huracán las azota  
Y el terremoto las cambia!!!  
Sobre el vacilante suelo  
Fija el Rey la augusta planta,  
Y al que no de los peligros,  
De la miseria lo arranca!!!  
Triunfa en Aranjuez la muerte;  
Deja el lecho con el alba....  
Y se van los moribundos  
Bendiciendo á su Monarca!!!  
Su decisión era el rayo,  
Evangelio su palabra;  
De su madre el alto espíritu  
Sus ojos iluminaba;  
Conservando, como aquélla,  
En sus venas y en sus arcas  
El oro para los pobres,  
La vida para la patria!!!  
Sintió todas las tristezas,  
Todas las dudas amargas  
De los males y los riesgos  
Que el porvenir amenazan!  
Con pensamientos recónditos  
Sorprendió todas las causas,  
Y cayó en el polvo herido,  
Más que del cuerpo, ¡¡¡ del alma!!!  
El ídolo de su madre!!!  
El júbilo del Alcázar!!!  
¿Dónde encontrarán consuelo,  
Ni aquélla ni sus hermanas?

## IV.

¡Oh pobre reina viuda,  
Tranquila y desconsolada,  
Que el llanto en tus ojos llevas  
Y en tu seno la esperanza!  
¡ Apura el cáliz amargo,  
Y en la difícil jornada  
Tu serenidad defiende  
La preciosísima carga!!!  
¿Quién sabe si por las noches,  
De la luna plateada  
En un rayo soñoliento  
Que se filtre en el Alcázar,  
El espíritu de Alfonso,  
Descendiendo á tu almohada,  
Te señalará los rumbos  
De las hoy brumosas playas?  
¡ Acaso vele su sombra  
La cuna de las infantas,  
Y cuando alegres despierten  
Con sus risas y sus charlas,  
Acariciando tu rostro  
Sus manecitas de nácar,

Te dirán que han visto en sueños  
Al padre de sus entrañas!  
¡Tú le has cerrado los ojos;  
Tú has convertido la estancia  
En una estufa de flores  
Por tus lágrimas regadas!  
¡Tú en sus manos colocaste,  
A la vez que las besabas,  
Tu imagen en el retrato  
Que hoy al sepulcro consagras!  
Tal vez en la noche eterna  
De la tumba solitaria  
El egregio muerto estreche  
La imagen allí copiada,  
Y bajo el hueco medroso,  
Con un rumor sin palabras,  
Murmure el retrato: ¡¡¡ espera!!!  
Y el Rey diga: ¡¡¡ cuánto tarda!!!

## V.

Vuelven á gemir los bronces,  
Vuelven á llorar las salvas,  
¡Y al Escorial se lo llevan  
Encerrado en una caja!  
El cariño que me tuvo;  
El pan que traje á mi casa;  
La voz amiga y sincera  
Que mis estrofas cantaba;  
Oír mis versos en sus labios;  
Merecer su confianza;  
Saber que siempre eran tuyas  
Mis dichas y mis desgracias;  
Laureles.... si á algo los debo;  
Glorias.... si algunas me aguardan;  
El porvenir de los seres  
Que á la existencia me atan,  
Ante mi Monarca muerto  
Diera con toda mi alma,  
Por devolverle una vida  
Que á todos nos hace falta!!!!

ANTONIO F. GRILLO.

## EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 1.840<sup>bis</sup>.

1. *Traje de pasco.*—Vestido de lana listada, color de hiedra y encarnada. Falda de debajo corta, sobre la cual va montado un volante plegado, de otomano grueso color de hiedra. Túnica de lana listada, que viene á ser una segunda falda, plegada y recogida como indica el figurín. Corpiño con aldeta recortada en hojas, que descansan sobre una aldeta de terciopelo, la cual se ve por una abertura. Los delanteros van abiertos por arriba sobre un chaleco plegado de *surah* verde y se reúnen bajo un lazo. Cuello en pie, de terciopelo, y cuello grande y vuelto, de lo mismo. Manga larga, recostada en punta sobre un borde de terciopelo.

*Tela necesaria:* 4 metros 40 centímetros de tafetán y 6 metros 60 centímetros de tela de lana, de un metro 20 centímetros de ancho.

2. *Traje para teatro y concierto.*—Vestido de pekin ó tela con listas de felpa mordorada y faya crema, felpa mordorada y faya lisa del mismo color. La falda, montada sobre un fondo de tafetán, es de pekin y va medio cubierta con un precioso delantal de faya mordorada, plegado á todo el rededor de la cintura; el borde del lado derecho va recogido y doblado hacia fuera, formando una especie de solapa, que se adorna con un bordado de cuentas doradas. En el lado izquierdo los pliegues van agrupados bajo un lazo de cinta de faya mordorada, y el borde de los pliegues se adorna con una guarnición de encaje crema. Cola larga, redonda y lisa, de felpa mordorada. Corpiño de felpa, un chaleco de crepón color crema, terminado en punta bajo un cinturón bordado de cuentas. Una punta bordada también de cuentas cae sobre el chaleco y sobre la espalda. Manga semicorta, bullonada y sujeta en un galón de cuentas.

*Tela necesaria:* 4 metros 40 centímetros de tafetán, 3 metros de tela listada, de 60 centímetros de ancho, 3 metros 60 centímetros de faya lisa y 8 metros 10 centímetros de felpa, de 60 centímetros de ancho.

3. *Traje de calle.*—Este traje es de lanilla rizada con puntitos encarnados sobre fondo azul oscuro. Sobre el fondo de falda se monta un borde de terciopelo azul oscuro. Un medio paño de terciopelo va montado en el lado derecho y desaparece en parte bajo unos galones de cuentas de rosario que forman quillas, las cuales van á su vez medio cubiertas por delantal plegado, recogido á la derecha formando cocas forradas de terciopelo azul. La parte de detrás va plegada en pliegues de levita. Corpiño terminado en punta por delante y por detrás. Los delanteros van recortados en una especie de ángulo sobre un chaleco de terciopelo azul, cuya parte superior forma peto, y la inferior se abrocha con dos hileras de botoncitos, atravesados por unos galones bordados de cuentas. Cuello bordado del mismo modo. Manga con carteras bordadas de cuentas.

*Tela necesaria:* 4 metros 40 centímetros de tafetán, 2 metros 40 centímetros de terciopelo y 6 metros 50 centímetros de lanilla, de un metro 20 centímetros de ancho. Los dibujos 16 á 18 del presente número representan estos tres trajes vistos de espalda.

He aquí el *Sumario* del número de *La Ilustración Española y Americana* correspondiente al 30 de

Noviembre último, que tan extraordinariamente ha llamado la atención del público:

TEXTO.—Crónica general, por D. José Fernández Bremon.—La Muerte del Rey, poesía, por D. Antonio F. Grillo.—Nuestros grabados, por D. Eusebio Martínez de Velasco.—El reinado del rey D. Alfonso XII, según *La Ilustración Española y Americana*, por D. Juan Cervera Bachiller.—Recuerdos del reinado de D. Alfonso XII, por E. M. de V.—El Duque de la Torre, por X.—Anuncios.

GRABADOS.—125 de *Noviembre de 1885!*, composición y dibujo de D. Arturo Mérida.—*Enfermedad y fallecimiento de S. M. el rey D. Alfonso XII*. Madrid: El público firmando las listas en la galería del Real Palacio, al anochecer del 24 del corriente. (Dibujo del natural, por Manuel Alcázar.)—Real sitio del Pardo: Exterior del palacio donde ha fallecido S. M. el Rey, en la mañana del 25. (De fotografía de Laurent.)—Llegada de SS. AA. RR. la Princesa de Asturias y la infanta D.<sup>a</sup> María Teresa al palacio del Pardo, en la mañana del 25. (Dibujo del natural, por Comba.)—Últimos momentos de S. M. el rey D. Alfonso XII. (Dibujo hecho por el Sr. Comba en el palacio del Pardo, con apuntes del natural tomados en la misma cámara mortuoria.—La Capilla ardiente en la cámara mortuoria. (Dibujo del natural, por Comba.)—Retrato del Excmo. Sr. D. Francisco Serrano y Domínguez, duque de la Torre; † en Madrid, el 26 del actual.—SUPLEMENTOS ARTÍSTICOS.—Recuerdos del reinado de D. Alfonso XII. Entrada de S. M. el Rey en el Alcázar de sus mayores, el 14 de Enero de 1875. (De fotografía.)—S. M. el Rey pasa revista á tres cuerpos de ejército del Norte, 50.000 hombres, en la plana de Olite, Navarra, el 23 de Enero de 1875. (Dibujo del malogrado artista D. Ricardo Balaca, según croquis de D. Ramón Padró.)—La Inundación de Murcia: S. M. el Rey lleva el consuelo á los desgraciados habitantes del pueblo de Alcantarilla, el 20 de Octubre de 1879. (Dibujo del natural, por Comba.)—Entusiasta ovación tributada por el pueblo de Madrid á S. M. el Rey á su regreso de París, el 2 de Octubre de 1883. (Dibujo tomado desde la calle de Bailén, por Manuel Alcázar.)

El número á que nos referimos, se vende á pesetas 1'50 en la Administración de LA MODA ELEGANTE, Carretas, 12, principal, Madrid. Para recibirlo bajo certificado, envíense pesetas 1'75 al Administrador de LA MODA ELEGANTE.

## ARTÍCULOS DE PARÍS RECOMENDADOS.

Hémos ya en plena época en que los trajes de aparato y los tocados de baile se muestran en todo su esplendor; por tanto, es también una época de éxito para el *Corsé Coraza* de la casa de Plument, pues ningún corsé conviene mejor que éste para tales vestidos, ni ninguno da al talle una desenvoltura más elegante. Sobre este corsé, el corpiño del traje aparece como modelado; la modista no tiene que esforzarse para vestir bien á una parroquiana, contando con un auxiliar tan eficaz.

El *Corsé Sultana* no tiene nada que indique abandono: muchas señoras lo usan hasta para trajes de baile, porque es gracioso y sienta bien á todos los talles, á la vez que los alarga, dejándoles la flexibilidad que les es tan favorable. Ambos corsés, aunque de corte diferente, sientan igualmente bien, y su éxito es el mejor elogio que pudiéramos hacer de ellos.

Pídase á la casa F. Aurigemma, de Barcelona, calle Fernando, 3, el *Boletín-Guía* de la casa de PLUMENT, que será enviado franco de porte, y en el cual se encuentran los dibujos de todos los corsés y ahuecadores de dicha importante casa.

Un médico eminente de Londres, consultado sobre el mérito que como medicamento tiene el *Hierro Bravais*, escribe: «He empleado de un modo muy extenso, tanto en mis diferentes dispensarios como en mi clientela, el *Hierro Bravais*, habiéndolo administrado en casos en los cuales el *Hierro* no podía ser tomado de otro modo. Esta es la mejor preparación ferruginosa que hasta hoy se ha hallado.»

ALIMENTO DE LOS NIÑOS.—Para robustecer á los niños, las mujeres y personas débiles del pecho, del estómago, ó que padecen de clorosis ó de anemia, el mejor y más barato almuerzo es el *RACAHOUT* de los ARABES, de Delangrenier, de París. Depósitos en las farmacias del mundo entero.

Perfumería Ninon V<sup>e</sup> LECONTE ET Cie, 31, rue du Quatre Septembre, París. (Véanse los anuncios.)

Perfumería exótica SENET, 35, rue du Quatre Septembre, París. (Véanse los anuncios.)

El *Aceite de Quina* de E. COUDRAY, perfumista, 13, rue d'Enghien, París, conserva por un tiempo indefinido el cabello, dándole un brillo y una flexibilidad incomparables. No es extraño, pues, que su inventor haya obtenido en la última Exposición Universal de París las más altas recompensas por todos los productos de su casa á París.

La *Pâte Epilatoire Dusser* es enviada franca de porte, con toda la discreción apetecible, al recibo de una libranza de 20 francos.

Para un ligero bigote basta un bote de 10 francos. Dusser, inventor, 1, rue J. J. Rousseau, París.

El *CREPÉ FRANCÉS* es el relleno más conveniente para polisonés. Único depósito, Fuencarral, 8.





# PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

AÑO XLIV.

MADRID, 22 DE DICIEMBRE DE 1885.

NUM. 47.

## SUMARIO.

1. Salida de baile ó abrigo para visitas.—2. Abrigo de teatro.—3 y 4. Horquillas de concha.—5. Porta-abanico bizantino.—6. Collar de cinta.—7 á 9. Banqueta-cofre de antecámara.—10. Cofia para señora mayor.—11. Gorra de felpa para señoritas.—12. Sombrero de fieltro.—13 y 14. Rotonda larga.—15 á 17. Chaqueta, pantalón y chaleco para niños de 8 á 10 años.—18. Acerico.—19. Almohadón para los pies.—20. Camiseta de crepón liso.—21. Chaqueta de faya lisa.—22. *Matinée* de franela.—23. Corpiño de faya.—24. Alzacuello de terciopelo.—25 y 26. Cuello bordado de cuentas y lentejuelas.—27 y 28. Dos broches.—29. Peto de gasa de seda.—30. Peto de tul.—31 á 34. Peineta y horquillas de concha.—35 y 36. Vestido de pelo de jabalí, liso y listado.—37 y 38. Abrigo de lana brochada, forrado de pieles.—39 y 40. Abrigo de terciopelo.—41. Vestido de felpa y encaje para teatro y *soirée*.—42. Vestido de baile.

Explicación de los grabados.—Crónica de Madrid, por el Marqués de Valle-Alegre.—Pedro y Camila, por D.<sup>a</sup> María del Pilar Sinués.—Noche-buena y noche-mala, por D. José Jackson Veyán.—Revista de modas, por V. de Castellido.—Explicación del figurín iluminado.—Suelto.—Advertencias.



### Salida de baile ó abrigo para visitas.—Núm. 1.

Para la explicación y patrones, véase el número VI, figs. 28 á 32 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

### Abrigo de teatro.—Núm. 2.

Véase la explicación en el recto de la *Hoja-Suplemento*.

### Horquillas de concha. Núms. 3 y 4.

Estas horquillas, hechas de concha clara y obscura, sirven para fijar las trenzas, como las horquillas ordinarias.

### Porta-abanico bizantino. Núm. 5.

Se compone de medallas de plata antigua de diferentes tamaños, reunidas entre sí por medio de cadenillas de plata. Una cadenilla de plata antigua y un broche completan este porta-abanico, el cual se cose á los vestidos en forma de cintura.

### Collar de cinta.—Núm. 6.

Se toma una cinta de 39 centímetros de largo por  $3\frac{1}{2}$  de ancho; se hace un pliegue en medio por delante y se la guarnece con dos cintas de raso encarnado obscuro, de  $3\frac{1}{2}$  centímetros de ancho, puestas unas sobre otras. La cinta inferior cubre lo alto de unas presillas de cinta de raso encarnado de 2 centímetros de ancho y de 12 á 16 centímetros de largo, las cuales se fijan cayendo una sobre otra. En la punta inferior de cada presilla se pega un cascabel de cuentas y gasa

1.—Salida de baile ó abrigo para visitas. (Explic. y pat., núm. VI, figs. 28 á 32 de la Hoja-Suplemento.)

2.—Abrigo de teatro. (Explicación en el recto de la Hoja-Suplemento al presente número.)



de oro. Unos cascabeles iguales van puestos en el borde inferior de la cinta.

**Banqueta y cofre de antesala.—Núms. 7 á 9.**

La tapadera de esta banqueta, que es de madera de encina tallada, va guarnecida de un almohadón cubierto de una tela sueca. El almohadón, que tiene un metro 14 centímetros de largo por 15 centímetros de ancho, va relleno de plumas y atravesado de una tela de lana gruesa que alterna con unas tiras de diferentes anchos, bordadas de colores distintos. Las tiras van separadas cada una por un galoncito tejido estrecho. El revés del almohadón se compone de un tejido de lana gruesa con dibujos azules, encarnados y verdes. Los ángulos van adornados con unas borlillas hechas con lanas de diferentes colores.

Este almohadón, en vez de ir cubierto de lana, puede cubrirse de un bordado. Las tiras se ejecutan sobre ca-



8.—Bordado de la tira estrecha de la banqueta-cofre. (Véase el dibujo 7.)



3 y 4.—Horquillas de concha

tan los bordados con lana azul, encarnada y negra, cada una con una hebra de intervalo, sobre dos á seis hebras del cañamazo. El fondo va bordado con lana color de oro antiguo al punto de cruz.

**Cofia para señora mayor.—Núm. 10.**

La fig. 53 del *Suplemento* al presente número corresponde á este objeto.

La cofia es de gasa de seda negra y encaje negro tejido de hilos de oro. Se la adorna en el lado izquierdo con un lazo de cinta de gasa de oro de 8 centímetros de ancho. Un lazo igual, pero más pequeño, sujeta los picos inferiores del pedazo de gasa. Para hacer esta cofia se emplea un pedazo de gasa, puesto doble, de un



7.—Banqueta-cofre de antesala. (Véanse los dibujos 7 y 8.)

ñamazo con lana azul, encarnada, verde, negra, blanca y color de oro antiguo. Los dibujos 8 y 9 representan las tiras bordadas, de la mitad del tamaño natural. Se ejecu-



5.—Porta-abinico bizantino

corta un borde de tul fuerte de 54 centímetros de largo por 4 de ancho; se le ribetea con una cinta de latón y se le une á un pedazo de felpa marrón, plegado y forrado



6.—Collar de cinta.

de gasa fuerte. El borde va cubierto de un bias de terciopelo marrón fruncido. Por delante, la gorra va guarnecida de cinco pedazos de terciopelo plegados en forma de hojas, en las cuales se fijan unas plumas montadas, amarillas y marrón. Unos pájaros de diferentes colores adornan la gorra, en la forma que indica el dibujo.

**Sombrero de fieltro.—Núm. 12.**

Este sombrero es de fieltro gris. La copa tiene 13 centímetros de alto y el ala 7 1/2 centímetros de ancho; ésta va encorvada por detrás tres veces en el lado izquierdo y cubierta interiormente de reps gris. Su borde de delante va guarnecido de un rulú de terciopelo gris de 1 1/2 centímetros de ancho. Los adornos se componen de una cinta de raso gris con bordes de moaré de 6 1/2 centímetros de ancho, fijada en el lado iz-



9.—Bordado de la tira ancha de la banqueta-cofre. (Véase el dibujo 7.)





11.—Gorra de felpa para señoritas.

quierdo por debajo del ala y puesta de plano en torno de la copa, perdiéndose por detrás en el lado derecho. El sombrero va adornado además con lazos de la misma cinta y una pluma de avestruz gris sombreada.

Rotonda larga.—Núms. 13 y 14.

Para la explicación y patrones, véase el núm. I, figuras 1 á 4 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

Chaqueta, pantalón y chaleco para niños de 8 á 10 años.—Núms. 15 á 17.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VII, figs. 33 á 47 de la *Hoja-Suplemento*.



15.—Chaqueta para niños de 8 á 10 años. (Explic. y pat., núm. VII, figs. 42 á 47 de la *Hoja-Suplemento*.)

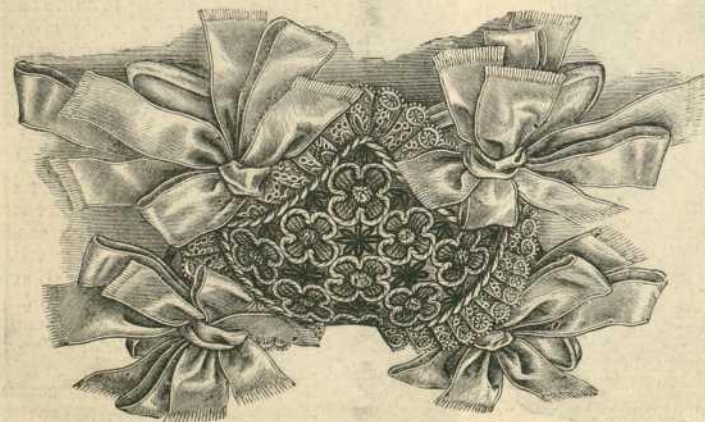
Acerico.  
Núm. 18.

Este acerico, que es de raso azul pálido, va cubierto de un pedazo de tela de algodón blanco, de 12 centímetros de ancho, cuyos dibujos van rodeados de felpilla marrón é hilillo de oro, y cubiertos en parte de seda gruesa encarnada. Los dibujos rodeados se bordan al pasado con seda de diferentes colores. La parte de encima va guarnecida de un encaje plega-

do, de 3 centímetros de ancho, y adornado del mismo modo con seda y cordoncillo de oro. Lo alto del encaje va cubierto con un cordoncillo de oro. Cuatro lazos grandes de cinta de raso azul pálido, de 4 ½ centímetros de ancho, guarnecen el acerico, como indica el dibujo.

Almohadón para los pies.—Núm. 19.

Este almohadón, que tiene 40 centímetros en cua-



18.—Acerico.



10.—Cofia para señora mayor.



12.—Sombrero de fieltro.

gular plegado (los lados rectos de estos triángulos tienen cada uno 20 centímetros de largo); se fija una tira de tela igual en el borde, que tiene 15 centímetros de alto. Se guarnece el revés del almohadón de paño negro y se le adorna con bolas de felpilla, como indica el dibujo.

Camiseta de crespón liso.—Núm. 20.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VIII figuras 48 y 49 de la *Hoja-Suplemento*.

Chaqueta de faya lisa.  
Núm. 21.

Véase la explicación en el verso de la *Hoja-Suplemento*.

«Matinée» de franela.  
Núm. 22.

Para la explicación y patrones, véase el número III, figuras 15 á 24 de la *Hoja-Suplemento*.

Corpiño de faya.  
Núm. 23.

Véase la explicación en el recto de la *Hoja-Suplemento*.

Alzacuello de terciopelo.—Núm. 24.

La figura 55 de la *Hoja-Suplemento* al presente número corresponde á este objeto.

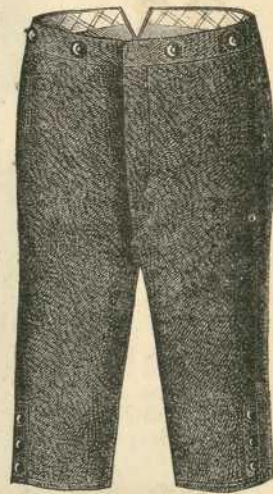
Este alzacuello, que es de terciopelo gris obscuro, va forrado de muselina fuerte y seda gris, y guarnecido en el borde superior de una hilera de cuentas de plomo, y en el inferior de cascabeles de cuentas iguales. Se le abrocha por detrás. Se corta este alzacuello por la figura 55.

Cuello bordado de cuentas y lentejuelas.  
Núms. 25 y 26.

El cuello, que es de lentejuelas y cuentas de oro, va cosido sobre un pedazo de terciopelo encarnado de 3 ½



13 y 14.—Rotonda larga. Espalda y delantero. (Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 4 de la *Hoja-Suplemento*.)

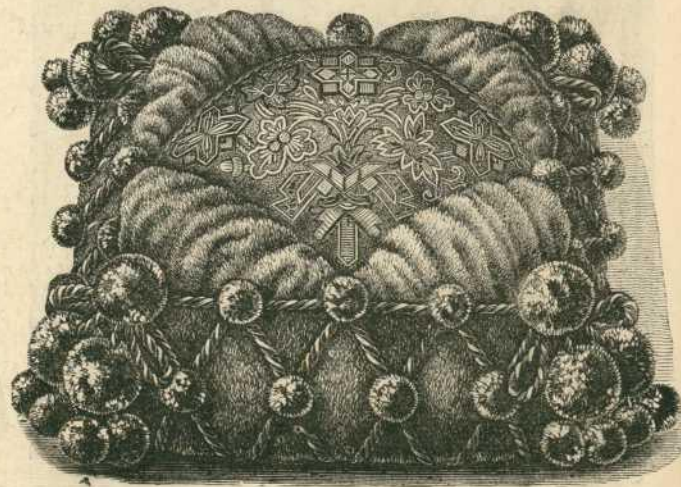


17.—Pantalón para niños de 8 á 10 años. (Explic. y pat., núm. VII, figs. 33 á 36 de la *Hoja-Suplemento*.)

dro, va rodeado en los picos y cubierto en parte de felpa de lana color de aceituna y en parte de un bordado. Se le guarnece de un cordón grueso de lana de diferentes colores, y bolitas de las mismas lanas. El bordado va hecho sobre un pedazo de lana color de aceituna, de 23 centímetros en cuadro, con lanas de diferentes colores, al pasado, punto de cadeneta y punto ruso. Se fija el bordado sobre el almohadón con arreglo á las indicaciones del dibujo, y se cubren los picos libres con un pedazo de felpa trian-



16.—Chaleco para niños de 8 á 10 años. (Explic. y pat., núm. VII, figs. 37 á 41 de la *Hoja-Suplemento*.)



19.—Almohadón para los pies.



centímetros de ancho, cuyos extremos forman un lazo por delante. El dibujo 26 representa una parte de este bordado.

Dos broches.—Núms. 27 y 28.

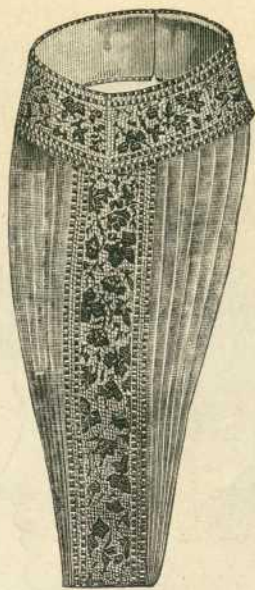
Núm. 27. Este broche, de estilo egipcio, se compone de un fondo negro con adornos de oro. La media luna que sirve de coronamiento va adornada en su borde superior con turquesas.

Núm. 28. Este broche, de estilo bizantino, consiste en un

tronos, véase el núm. X, fig. 52 de la Hoja-Suplemento.

Peineta y horquillas de conchas. Núms. 31 á 34.

Esta peineta y las horquillas, de formas variadas, son de concha rubia y concha morena, y sirven para fijar sólidamente el peinado.



29.—Peto de gasa de seda. (Explic. y pat., núm. IX, figuras 50 y 51 de la Hoja-Suplemento.)



21.—Alzacuello de terciopelo.



25.—Cuello bordado de cuentas ó lentejuelas. (Véase el dibujo 26.)



30.—Peto de tul. (Explic. y pat., núm. X, fig. 52 de la Hoja-Suplemento.)



27.—Broche artístico.



26.—Bordado del cuello. (Véase el dibujo 25.)



28.—Broche artístico.

color de púrpura respunteado y algodónado, va dispuesto por detrás en pliegues huecos profundos, recortados en dientes por su borde inferior y adornados con golpes de pasamanería y flecos decuentas. El abrigo va abierto por delante en cuadro, y la abertura va guarnecida de un peto plegado de raso ne-

centímetros. Un paño de felpa color de aceituna, cortado al sesgo, y al cual se une en el lado derecho la cola de la misma felpa, va fijado en el paño de delante y en los lados. La cola del lado izquierdo va unida en parte al paño de felpa. La falda va adornada por delante con un pedazo de felpa recortado en correas, bordado de hilos de oro, y cuyo pedazo va pegado bajo el paño de delante. El corpiño, abrochado por detrás, va cubierto en forma de



23.—Corpiño de faya. (Explicación en el recto de la Hoja-Suplemento.)



24.—Chaqueta de faya lisa. (Explicación en el verso de la Hoja.)



20.—Camiseta de crepón liso. (Explic. y pat., núm. VIII, figs. 48 y 49 de la Hoja-Suplemento.)



22.—Mantón de franela. (Explic. y pat., núm. III, figs. 15 á 24 de la Hoja-Suplemento.)

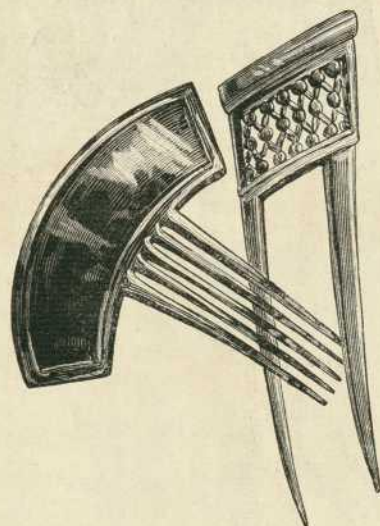
esmalte de oro con adornos de oro y plata.

Peto de gasa de seda. Núm. 29.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IX, figuras 50 y 51 de la Hoja-Suplemento.

Peto de tul.—Núm. 30.

Para la explicación y pa-



31 y 32.—Peineta y horquilla de concha.

Vestido de pelo de jabalí, liso y listado.

Núms. 35 y 36.

Para la explicación y patrones, véase el núm. II, figs. 5 á 14 de la Hoja-Suplemento.

Abriego de lana brochada, forrado de pieles.

Núms. 37 y 38.

Véase la explicación en el verso de la Hoja.

Abriego de terciopelo.

Núms. 39 y 40.

Este abriego, que es de terciopelo negro forrado de



39.—Abriego de terciopelo. Delantero.



35 y 36.—Vestido de pelo de jabalí, liso y listado. Delantero y espalda. (Explic. y pat., núm. II, figs. 5 á 14 de la Hoja-Suplemento.)

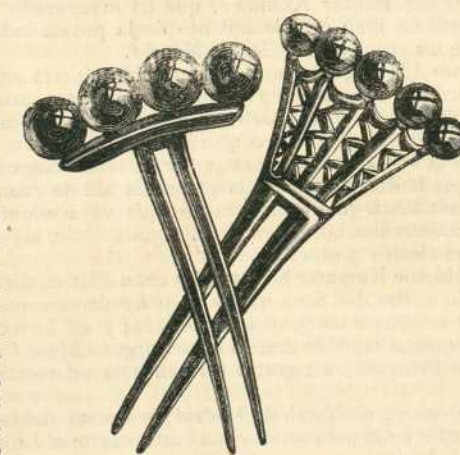


41.—Vestido de felpa y encaje para teatro y soirée.

gro. Se adorna últimamente el bigo con encaje adeseada negra, cosido en espirales, y golpes de pasamanería, de cuentas y torzal negro.

Vestido de felpa y encaje para teatro y «soirée». Núm. 41.

Los paños de delante y de la falda son de raso maravilloso color crema, y se les cubre de encaje crema plegado por delante sobre 50 centímetros de alto, y en el lado izquierdo sobre 80



33 y 34.—Horquillas de concha.

corseillo con felpa color de aceituna. Se le adorna con encaje y tirantes de felpa. El borde inferior del corpiño va guarnecido de correas de terciopelo bordadas de oro.

Vestido de baile. Núm. 42.

La falda, redonda, va cubierta de un volante



37 y 38.—Abriego de lana brochada, forrado de pieles. Espalda y delantero. (Explicación en el verso de la Hoja.)



40.—Abriego de terciopelo. Espalda.



hecho de seda brochada (fondo de color de rosa pálido con dibujos encarnados), cuyo volante va dispuesto en pliegues huecos. La túnica, que es de seda brochada, va dispuesta al sesgo por delante, recogida formando *pouf* por detrás y guarnecida por delante con encaje fruncido. Se le adorna con una rama de rosas de su color y rosas encarnadas. Unos cordones de cuentas y borlas de las mismas cuentas adornan el corpiño, que va enlazado por detrás.

## CRÓNICA DE MADRID.

### SUMARIO.

Los funerales de D. Alfonso XII.—En todas partes.— Siguen las catástrofes.— Muerte del Rey viudo de Portugal.— Los salones cerrados.— Tresillos.— De lo que se habla.— Bodas.— Los teatros.— REAL.— Las representaciones de Gayarre.— *La Favorita*— *Lucrecia Borgia*— *Linda di Chamounix*.— PRINCESA.— *Las Tres jaquecas*.— La Sra. Guerrero.— COMEDIA.— *Las de Regordete*.

Podemos hablar de alegres ni regocijadas fiestas: no nos es dable describir espléndidos banquetes ni bulliciosas reuniones. La corte de las Españas no ríe, llora: no se entrega a los placeres propios de la época del año en que nos encontramos: eleva sinceras y ardientes plegarias al cielo por el alma de aquel que tan pronto ha desaparecido para siempre de la tierra.

Cerrados y vacíos están los salones del gran mundo: abiertos y llenos de fieles los templos donde se celebran funerales por el rey D. Alfonso XII.

Todas las altas clases de la sociedad han querido rendir ese tributo de aprecio y de amor al Monarca glorioso, cuyo nombre vivirá eterno en la Historia, como uno de los príncipes más ilustrados, valientes y generosos de todas las épocas y de todos los países.

Primero el Gobierno en el restaurado templo de San Francisco el Grande; en seguida, allí mismo, los caballeros de la insigne Orden de San Juan de Jerusalén; luego, los de las cuatro órdenes militares de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa; después, las señoras que componen las diferentes asociaciones piadosas de la capital; por último, el cuerpo colegiado de la Grandeza Española, han hecho solemne y religioso alarde de su profundo dolor.

La Europa entera quiso asociarse al homenaje rendido al que ya sólo vive en la memoria de sus súbditos; y las potencias más poderosas, igualmente que las menos importantes—Rusia como Mónaco; Inglaterra como Bélgica; Austria como Holanda—han mandado embajadores y representantes extraordinarios á que tomaran parte en el duelo nacional.

Unas han elegido individuos de las familias reinantes; otras, personajes ilustres por su nacimiento ó por su posición personal.

Austria mandó dos de sus archiduques, ambos hermanos de S. M. la reina Cristina; Portugal, al infante D. Augusto, hermano de su Monarca; Baviera, á S. A. el príncipe D. Fernando, esposo de nuestra infanta D.<sup>a</sup> María de la Paz; la Gran Bretaña, al Duque de Wellington, nieto del que combatió con nosotros en la guerra de la Independencia; Rusia, al general Conde Schuvaloff; Italia, al general Garavaglia, y así los restantes pueblos de ambos hemisferios.

El funeral, pues, celebrado, según arriba dijimos, en una de las iglesias más amplias y hermosas de Madrid, fué verdaderamente magnífico y suntuoso.

Además del número y calidad de los concurrentes, contribuyeron al brillo de la función el Arzobispo de Valladolid con su palabra inspirada y elocuente; Gayarre, con su voz incomparable; Verger, con su talento peregrino; alcanzándose una cosa difícil en tales ocasiones:—que habiendo durado más de cuatro horas el funeral, á nadie le pareciese demasiado largo.

Las demás fiestas fúnebres han sido igualmente notables; y hasta la Hermandad del Refugio se ha asociado al sentimiento público con otra, digna de especial mención, efectuada en la iglesia de San Plácido.

Adonde quiera que tornemos los ojos no podemos contemplar sino desastres é infortunios: Portugal acaba de perder también un Príncipe augusto, que se sentó en su trono, y que después ha vivido consagrado al culto de las artes.

Aludimos al rey D. Fernando, padre de D. Luis I, que ha fallecido en edad no muy avanzada, de resultas de una caída.

Este doloroso motivo obligó á su hijo el infante don Augusto á abandonar Madrid precipitadamente y á correr á su patria, donde no pudo llegar á tiempo de recoger el último suspiro del que le dió el sér.

De modo que el invierno actual será en todas partes triste y sombrío, porque los diferentes Estados europeos visten largo luto por los que acaban de descender á la tumba.

Pero en ninguna como en la capital de la Península, porque en ninguna es tan vivo, tan general, tan profundo el sentimiento por la pérdida que hemos sufrido.

Nadie habla, nadie piensa en bailes ni en *soirées*: únicamente hay *tresillos* en cinco ó seis casas aristocráticas, donde se citan unas cuantas docenas de personas para entregarse á aquella pacífica é inofensiva distracción.

A las doce se sirve el té, y antes de la una de la noche se disuelve la pequeña y tranquila tertulia.

Los domingos la tiene la Duquesa de Santoña; los martes, los Condes de Pinohermoso, los señores de Santos Suárez y de Monsalve los jueves, los Marqueses de

Pacheco; los viernes, los Condes de Vilena, y los sábados, los Condes de Tejada de Valdosera.

Nadie hace proyectos ni planes para más adelante:—aunque el carnaval llega muy tarde en 1886—el 7 de Marzo—no se cree que ni aun en sus últimos días, cuando hayan transcurrido tres meses después de la muerte de nuestro inolvidable Soberano, ofrezca más animado aspecto la *high life* madrileña.

El asunto favorito de las conversaciones en los círculos elegantes son las bodas que se han verificado ya, ó que van á verificarse en breve plazo.

El 8 del corriente se unieron con vínculos indisolubles la hermosa señorita D.<sup>a</sup> María Morenes y García de Alesón, hija de los Condes del Asalto, con el Vizconde de Palazuelos, primogénito de los Condes de Cedillo.

La ceremonia religiosa tuvo lugar en la artística y bella casa de los padres de la novia, asistiendo á ella los deudos y amigos íntimos de los contrayentes.

Aun más «en familia» fué el enlace—celebrado el 10—de la hija mayor de los Condes de Torre Pando con el señor D. Miguel Moreno, sobrino del difunto Cardenal Arzobispo de Toledo.

Las dos parejas conyugales salieron de Madrid poco después de recibir la bendición nupcial.

El barítono Battistini, tan estimado y aplaudido en el teatro Real, se dispone á recibir la semana próxima la sagrada coyunda. Su compañera—los lectores lo saben ya—será una distinguida señorita española, D.<sup>a</sup> Francisca Figueroa, sobrina de un general del arma de artillería.

Pero aunque su futura esposa posee cuantiosas riquezas, el simpático artista, que se halla en lo más lozano de la juventud, no quiere renunciar á su gloriosa carrera, y continuará, como hasta ahora, conquistando laureles en las primeras escenas de Europa.

En fin, en los últimos días del 85 se efectuará la unión de la señorita de Muguíro con el Duque de Marchena, hijo segundo de S. A. la infanta D.<sup>a</sup> Cristina.

La muerte del rey D. Alfonso impedirá que ofrezca la pompa y brillantez que estaba acordado darle, pues debían ser padrinos SS. MM., y celebrarse en el Real palacio.

A consecuencia del doloroso acontecimiento que todos deploramos, la boda se realizará en el hotel de la madre del novio, y con asistencia de contado número de personas.

Allí donde se juntan y reúnen las señoras del gran mundo ha de tratarse de galas y de preseas; y es objeto de las conversaciones en todas partes el rival que le ha salido entre nosotros al famoso sastre de París, Mr. Worth, en la persona de Mr. Héctor Kummer, que ha inaugurado recientemente un gran establecimiento de la propia índole en uno de los sitios principales de Madrid.

Aludimos á la elegante casa de confección abierta en el amplio y cómodo local donde durante algunos años estuvo la tienda de novedades de Bach, en el núm. 17 de la calle del Caballero de Gracia, tan conocida de la *high life*.

Esta no la visita menos ahora, y por la tarde larga fila de carruajes blasonados acusa la presencia allí de cuanto hay de más distinguido en la corte, que va á adquirir batas y *matinées* suntuosas, trajes y abrigos de lujo, al lado de otros modestos y sencillos.

El Sr. Héctor Kummer hará mucho daño á las modistas célebres de orillas del Sena que vienen frecuentemente á ofrecer sus servicios á las familias opulentas; y en lo sucesivo disminuirán también mucho los encargos á Mme. Laferrière, á Pringard, á cuantas servían á la aristocracia española.

Kummer es ya el Worth de Madrid, y á pesar del luto trabaja noche y día para satisfacer á sus numerosas é ilustres parroquianas.

Hasta el regio coliseo se resiente mucho de la situación del país.

Se ha necesitado la presencia de Gayarre para galvanizarle; ha sido preciso que la voz del ilustre tenor español resuene en los ámbitos de la vasta sala, para que ésta se pueble, se anime, y se escuchen en ella el rumor de los aplausos.

Y, sin embargo, el aspecto que hoy ofrece no es el de tiempos más felices: aunque el paraíso y las butacas están llenos, muchos palcos se hallan de ordinario vacíos.

Todas las miradas se vuelven al que aun no ha mucho ocupaba, alegre, sonriente, dichosa, la Real familia, y ahora desierto, abandonado.

¿Quién no cree ver allí todavía el rostro afable y simpático del joven Monarca, tan prematuramente muerto? ¿Quién no recuerda el bello cuadro que presentaba el pequeño y suntuoso recinto, en que se hallaban reunidas las esperanzas de la patria?

Pero no aflijamos el ánimo de las lectoras con dolorosas imágenes, y tornemos al desempeño de nuestra misión:—la de darles cuenta de lo ocurrido en Madrid durante la quincena última.

Lo hemos apuntado: la principal novedad consiste en la vuelta de Gayarre á la arena de sus antiguos triunfos,—al cabo de cinco años de ausencia.

¿Cómo ha juzgado en esta nueva etapa el auditorio al que fué antes su ídolo?

La acogida que le ha hecho no ha podido ser más brillante ni más cariñosa.

Al verle aparecer, sonó una salva general de aplausos, prolongada por espacio de algunos minutos: después se multiplicaron las demostraciones de aprobación y de entusiasmo, siendo llamado á la escena nuestro célebre compatriota multitud de veces, mientras en las alturas se agitaban pañuelos, y hasta se victoreaba al artista.

Éste sólo ha cantado hasta el presente dos óperas: *Favorita* y *Lucrecia Borgia*.

La romanza *Spirto gentil* en la primera, la de D. Sebastián en la segunda, han dado motivo para dos ovaciones como ven muy pocas en nuestros coliseos.

Inútil es añadir que ambas fueron repetidas, y que Gayarre las dijo con igual desahogo y facilidad las dos veces.

La Pasqua compartió con el famoso tenor el triunfo en *La Favorita*, y la Cepeda se reveló cantatriz notable á su lado en *Lucrecia*.

Porque la Cepeda era conocida en toda Europa y en las principales capitales de España, antes de venir á solicitar la consagración de su talento de los madrileños.

Carolina Cepeda posee cuanto se necesita para agradar:—hermosa voz y arte exquisito, conocimiento y dominio de la escena.

Desde el principio de la romanza de salida *Comm'è bello* comprendió el auditorio el mérito de la *debutante*, haciéndole una acogida tan justa como calorosa.

¿Por qué no podemos decir lo propio de *Linda di Chamounix*, la última *novedad* que nos ha ofrecido el Conde de Michelena?

La interpretación por parte de la Gárgano, del tenorino Baldini y del barítono Pandolfini, ha sido muy mediana, sobresaliendo solamente el caricato Baldelli, que volvía á presentarse entre nosotros en el papel del *Marchese*, uno de sus mayores triunfos.

El público, algo displicente con los demás, le tributó aplausos generales, manifestándole así el gusto con que le veía de nuevo en nuestra primera escena lírica.

Prepáranse ahora *Il Barbiere*, con Stagno; *Mefistofele*, con Gayarre; y para más adelante *Ana Bolena*, de Donizetti, desempeñada por nuestros tres insignes compatriotas: la Cepeda, Gayarre y Uetam.

Excelente trinidad, que promete una gran victoria.

El teatro de la Princesa es el que menos se ha resentido de las circunstancias: *Dora* le ha proporcionado buenas entradas, y ahora corre el público á apludir á la joven actriz señorita Guerrero en la segunda de sus creaciones, en la que no ha desmentido las esperanzas que hizo concebir en la primera.

En *Las Tres jaquecas*, arreglo de *Le Monde où l'on s'ennuie*, de Pailleron, ha dado nueva muestra de sus disposiciones, que prometen para época cercana una gloria más á nuestra decaída escena.

La compañía de Apolo se ha trasladado á la linda sala de la Comedia; pero como al cambiar de residencia no ha mejorado su personal masculino, no ha conseguido gran cosa.

Su primer paso fué un tropiezo, y *El Amigo de confianza* cayó ante la indiferencia de los espectadores, teniendo idéntica suerte que *Lola*, hija del mismo padre.

*Las de Regordete*, traducción de *Les Petites Godin*, hecha con bastante tino por D. Eusebio Sierra, ha tenido mejor fortuna.

Los principales papeles de la obra son los femeninos, y merced á esto la ejecución fué menos endeble y defectuosa que en otras representadas antes.

La Rodríguez, la Alverá de Nestosa, y sobre todo la característica Guerra, estuvieron acertadas y felices; el actor cómico Domingo García merece ser citado igualmente por la gracia con que caracterizó el personaje.

¿Logrará el joven empresario Palencia vencer las dificultades con que lucha? ¿Las dos producciones de su cosecha que nos anuncia, *Nieves* y *El Señorito Carlos*, obtendrán el éxito de *El Guardián de la Casa* y *Cariños que matan*?

Lo deseamos sinceramente, aunque este sea uno de los arcanos del porvenir.

EL MARQUÉS DE VALLE-ALEGRE.

18 de Diciembre de 1885.

## PEDRO Y CAMILA.

(Continuación.)

CAMILA volvió á encontrar allí á sus pequeñas compañeras; corrió ya hacia una, ya hacia otra, como si hubiese estado en el jardín; todas, sin embargo, la recibieron con reserva y con frialdad; el caballero, de pie, á un lado, sufría visiblemente. Sus amigos se llegaron á él, alabando la belleza de su hija; personas extrañas y aun desconocidas le hacían cumplimientos; él comprendió que se le consolaba, y apenas podía dominar su disgusto; sin embargo, á la vista de las simpatías que su hija conquistaba, se tranquilizó algún tanto, y hasta sintió alguna alegría; después de haber hablado por gestos casi á todos, Camila se había quedado de pie al lado de su madre, y todos las miraban con benevolencia y con cariño. La niña había saludado con graciosas reverencias; había enviado besos á las madres de sus pequeñas amigas en la punta de sus rosados dedos, y al volver á su sitio empezaron á admirarla. Nada, en efecto, era más hermoso que aquella criatura; su talle, sus facciones, sus largos cabellos rizados, sus ojos, de un brillo incomparable, sorprendieron á la concurrencia. Al mismo tiempo que sus miradas ensayaban adivinarlo todo, y un gesto decirlo todo, su aire reflexivo y melancólico prestaba á sus menores movimientos, á sus maneras de niña y á sus actitudes, cierto aspecto de triste grandeza; se aproximaron á Mme. de Arcis, la rodearon, se propusieron mil cuestiones por gestos á Camila; al asombró y á la repugnancia habían sucedido una benevolencia sincera, una franca simpatía. La exageración llegó detrás de la injusticia; todos aseguraban que no se



había visto jamás tan encantadora niña; nada había semejante, nada tan hermoso como ella; Camila alcanzaba, en fin, un triunfo completo, que estaba lejos de comprender.

Mme. de Arcis le comprendió; siempre tranquila en la apariencia, su corazón palpitaba de júbilo y de felicidad; aquellas horas fueron las más dichosas de su vida, y hubo un instante en que cambió con su marido una sonrisa que valía muchas lágrimas.

Una joven se puso al piano y tocó una contradanza. Los niños se asieron de las manos y se pusieron en su sitio, ejercitando los pasos que el maestro de baile del lugar les había enseñado. Los parientes comenzaron a complimentarse recíprocamente, á encontrar encantadora esta pequeña fiesta, y á hacer notar los unos á los otros la gentileza de sus hijos.

El caballero no separaba los ojos de su hija, la cual, como se supone, no estaba en la contradanza. Camila miraba la fiesta con una atención melancólica; un niño vino á invitarla; ella sacudió la cabeza por toda respuesta.

Mme. de Arcis recompensó con un beso la atención del pequeño caballero, y á continuación buscó á su marido, pero en vano; no se hallaba ya en la sala. Hizo preguntar si se había marchado y si había tomado el carruaje, y le contestaron que había vuelto á su casa á pié.

## V.

Mr. de Arcis había resuelto partir sin decir adiós á su mujer; temía y huía toda explicación penosa, y como por otra parte su designio era volver dentro de poco tiempo, creyó obrar con más acierto dejando sólo una carta; no era verdad que sus negocios le llamasen á Holanda, pero, sin embargo, su viaje podía serle ventajoso; no bien llegó á su casa, hizo arreglar su equipaje y le envió á la ciudad; montó á caballo y partió.

Una incertidumbre cruel y un grande arrepentimiento se apoderaron sin embargo de él luego que pasó el umbral de su puerta; temía haber obedecido demasiado pronto á una idea que podía hacer verter á su mujer lágrimas amargas, y no hallar él en otra parte el reposo que robaba á Cecilia.

—Pero ¿quién sabe, se decía, si hago por el contrario una cosa útil y razonable? ¿quién sabe si la tristeza pasajera que podrá causar mi ausencia nos volverá días más dichosos? ¡Yo estoy herido de una desgracia en la que Dios sólo puede poner remedio! Me alejo por algunos días del sitio donde sufro; la mudanza, el viaje, la fatiga misma calmarán quizá mi espíritu; voy á ocuparme de cosas materiales, importantes, necesarias; volveré con el corazón más tranquilo, más contento, habré reflexionado y sabré mejor lo que debo hacer.

Mme. de Arcis salió del baile con su hija; eran las once, y Camila se durmió en breve sobre las rodillas de su madre, que aunque ignoraba que el caballero hubiera ejecutado tan pronto su proyecto de viaje, no sufría menos por haberse quedado sola en la fiesta; lo que no es á los ojos del mundo más que una falta de atención, se convierte en un cruel dolor para el que supone el motivo de ella. Mr. de Arcis no había podido soportar el espectáculo público de su desgracia; su esposa había querido mostrar esta desgracia para vencer la antipatía que inspiraba; hubiera perdonado á su marido la tristeza ó el mal humor; pero dejarla sola con Camila en medio de una sociedad curiosa y mordaz, era una cosa cruel y de la que debía hablarse durante largo tiempo.

En tanto que el carruaje se arrastraba lentamente sobre los guijarros del camino, Mme. de Arcis, mirando á su hija dormida, se entregaba á los más tristes presentimientos. Sostenía á Camila de manera que los vaivenes no la pudiesen despertar, y meditaba con esa fuerza que la noche trasmite al pensamiento, en la fatalidad que venía á amargar hasta la alegría que había experimentado en el baile; una extraña disposición de espíritu la hacía transportarse al porvenir de su hija.

—¿Qué va á ser de nosotras?—se decía;—¡mi marido va á partir para siempre! Todos mis esfuerzos, todos mis ruegos para disuadirle, sólo servirán para importunarle; su amor está muerto; me tiene lástima, pero sufre y quiere buscar la tranquilidad lejos de mí. ¡Qué haré, Dios mío! Si yo me adhiero á esta pobre niña como debo, como lo hago, es casi renunciar á mi marido. ¡Huye de ella, le causa horror! Si yo intento acercarme á él, si me atrevese á despertar su antiguo amor, me exigirá quizá que me separese de mi hija. ¡Podría ser que él quisiera confiar á Camila á manos extrañas, y librarse así de un espectáculo que le affige!

Hablándose así Mme. de Arcis abrazaba á Camila.

—¡Pobre niña—continuó—¡yo abandonarte! ¡Yo comprar al precio de tu reposo, de tu vida quizá, la apariencia de una dicha que se aleja de mí! ¡Cesar de ser madre para ser esposa! ¡Quiero mejor morir que pensar!

Á alguna distancia de Chardonneux había un ancho arroyo; las lluvias le habían acrecido durante los últimos días, y sus aguas, que se desbordaron mientras Mme. de Arcis se hallaba en el baile, cubrían los prados de las inmediaciones. El barquero rehusó desde luego meter el carruaje en su barca, y dijo que era preciso desenganchar, y que él se encargaba de atravesar el agua con las gentes y el caballo, pero no con el carruaje. Mme. de Arcis deseaba volver á ver á su marido; no quiso bajar, y dijo al cochero que entrase en la barca; era un trayecto de algunos minutos, que ella había hecho cien veces.

En medio del vado, el batel comenzó á desviarse, empujado por la corriente. Había á dos ó trescientos pasos más abajo un molino con una esclusa, hecha de vigas y tablas, pero ya gastadas por el agua y convertidas en una especie de cascada, ó mejor dicho, de precipicio; era evidente que si se dejaban arrastrar hasta allí se exponían á un accidente terrible.

El cochero había bajado de su asiento, deseando servir de ayuda; ¿pero cómo? No había más que un remo en el barco; el barquero, por su lado, hacía desesperados esfuerzos; mas la noche estaba oscura; una lluvia menuda y fina

cegaba á estos dos hombres, que se reemplazaban para coger el agua y ganar la ribera.

Á medida que el ruido de la esclusa se aproximaba, el peligro se volvía más espantoso; el batel, cargado pesadamente, iba de costado y se volvió sobre sí mismo; madame de Arcis, que se había quedado en el carruaje con la niña, abrió el cristal con un terror espantoso.

—¡Estamos perdidos!—exclamó.

En este momento el remo se rompió, y los dos hombres cayeron en el barco agotadas sus fuerzas.

El barquero sabía nadar, pero el cochero no, y no era posible perder tiempo.

—Sr. Georgeot—dijo Mme. de Arcis al barquero—¿nos podéis salvar á mi hija y á mí?

El tío Georgeot echó una mirada sobre el agua, y después sobre la ribera.

—Ciertamente—respondió alzando las espaldas con un aire casi ofendido.

—¿Qué debo hacer?—preguntó Mme. de Arcis.

—Vos poneros sobre mis espaldas—replicó el barquero;—vuestro vestido os sostendrá; agarraos á mi cuello con los dos brazos, y no tengáis miedo ni os canséis, porque nos anegáramos; no gritéis, porque esto os ahogaría. En cuanto á la niña, yo la tomaré con una mano por la cintura, remaré con la otra á lo marinero, y la pasaré en el aire sin mojarla; no hay veinticinco brazas de aquí á la orilla.

—¿Y Juan?—dijo Mme. de Arcis designando al cochero.

—Juan tragará un poco de agua y nada más; que vaya á la esclusa y que espere, que yo le encontraré.

Georgeot se lanzó al agua cargado de su doble fardo; pero había confiado demasiado en sus fuerzas; era, si bien de gran vigor, ya anciano. La ribera estaba más lejos de lo que decía, y la corriente era más fuerte de lo que pensaba; hizo, sin embargo, todo lo que pudo por llegar á tierra; pero fué bien pronto arrastrado por la corriente; el tronco de un sauce cubierto por el agua, y que él no podía ver en las tinieblas, le detuvo de repente; hirióse con violencia en la frente; brotó la sangre, y su vista se oscureció.

—Tomad vuestra hija, señora, y ponedla sobre mi cuello también—exclamó;—pronto; ¡yo no puedo más!

—¿Podrías salvarla si no lleváseis más que á ella?—preguntó la madre.

—No lo sé, pero creo que sí—dijo el barquero.

Mme. de Arcis, por toda respuesta, abrió los brazos, dejando libre el cuello del barquero, y se dejó caer al fondo del agua, murmurando el nombre de Dios.

Cuando el barquero hubo depositado en tierra á Camila sana y salva, el cochero, que había sido sacado del río por un aldeano, le ayudó á buscar el cuerpo de la heroica madre.

No se le encontró hasta la mañana siguiente junto á la orilla. Cecilia estaba más hermosa que nunca, y en su rostro brillaba la sonrisa de los mártires.

## VI.

Un año después de este suceso, en una habitación de un hotel amueblado, situado en la calle Bouboi de París, en el cuartel de las diligencias, una joven de luto estaba sentada al lado de una mesa y frente á un buen fuego.

Sobre esta mesa había una botella de vino ordinario, á mitad de beber, y un vaso. Un hombre encorvado por la edad, pero de una fisonomía noble y franca, vestido como un obrero, se paseaba á grandes pasos por la habitación; de tiempo en tiempo se aproximaba á la joven, se detenía delante de ella y la miraba con un aire paternal. La joven entonces extendía el brazo, tomaba la botella con un apresuramiento mezclado de cierta repugnancia involuntaria y llenaba el vaso. El viejo bebía un trago y después volvía á pasearse, gesticulando de un modo singular y casi ridículo, mientras la joven sonreía con un aire triste, siguiendo sus movimientos con atención.

Difícil le hubiera sido al que se hubiera hallado allí adivinar quiénes eran estas dos personas; la una, inmóvil, silenciosa, pero llena de gracia y distinción, ostentaba en sus facciones y en sus menores gestos algo más que lo que ordinariamente se llama la belleza; la otra, de una apariencia del todo vulgar, los vestidos en desorden, el sombrero puesto, bebiendo del grosero vino de la taberna y haciendo resonar sobre el suelo de madera los clavos de sus zapatos, formaban un extraño contraste.

Estas dos personas estaban, con todo, ligadas por una afición muy viva y muy tierna. Eran Camila y el tío Giraud. El digno hombre había venido á Chardonneux cuando Mme. de Arcis había sido transportada á su última morada. Muerta su madre, y su padre ausente, la pobre niña se encontraba entonces absolutamente sola en este mundo. El caballero, habiendo dejado una vez su casa, distraído por su viaje, llamado por sus negocios y obligado á recorrer muchas villas de Holanda, no había sabido, sino después de algunos meses, la muerte de su mujer; durante todo este tiempo Camila estuvo, por decirlo así, huérfana; había en la casa un ama de llaves que se había encargado de velar por la joven; pero Cecilia era la que cuidaba á su hija, y el ama de gobierno conocía apenas á Camila, no pudiendo darle ningún consuelo en aquellas circunstancias.

El dolor de la joven á la muerte de su madre fué tan violento, que se había temido largo tiempo por sus días. Cuando el cuerpo de Mme. de Arcis había sido retirado del agua y llevado á casa, Camila acompañó este cortejo fúnebre dando gritos de desesperación, tan desgarradores, que las gentes del país tenían casi miedo; había, en efecto, algo de espantoso en este ser que estaban acostumbrados á ver mudo, dulce y tranquilo, y que salía de repente de su silencio en presencia de la muerte. Los sonidos inarticulados que se escapaban de sus labios, y que ella únicamente no oía, eran casi salvajes; no eran ni palabras, ni sollozos, sino una especie de lenguaje horrible que parecía inventado por el dolor; durante un día y una noche estos gritos espantosos no cesaron de llenar la casa; Camila corría á todos lados, se arrancaba los cabellos y golpeaba las pare-

des: en vano procuraron consolarla; la fuerza misma fué inútil; el cansancio la hizo al fin caer al pie del lecho donde el cuerpo de su madre estaba depositado.

De repente pareció recobrar su tranquilidad acostumbrada y, por decirlo así, olvidarlo todo: quedóse algún tiempo en una calma aparente, andando todo el día al acaso con un paso lento y distraído, sin rehusar ninguno de los cuidados que se tomaban por ella; creyeron que se había consolado, y el médico, á quien se había llamado, se engañó como todos los demás; una fiebre nerviosa se declaró bien presto con los más graves síntomas, y fué necesario velar constantemente por la enferma.

Escribió el ama de llaves al tío Giraud, y éste tomó la resolución de ir al instante al socorro de su sobrina.

—Ya que Camila no tiene padre ni madre en este momento—dijo á sus amigos—yo me declaro uno y otro y me encargo de ella. Ésta me ha gustado siempre; he pedido con frecuencia á su padre que me la diese, y aunque no es justo que ahora le prive de su hija, por el pronto yo la ampararé; á su vuelta veremos.

El tío Giraud no tenía gran fe en la medicina, por una razón; era ésta que apenas creía en las enfermedades, porque no había estado nunca enfermo.

Una fiebre nerviosa le parecía una quimera, ó á lo sumo un desarreglo de ideas, que un poco de distracción debía curar; decidió, pues, llevar á Camila á París.

—¡Vosotros veis—dijo á los criados—qué triste está la niña; no hace más que llorar, y tiene razón, porque sólo una madre nos da Dios! Pero aquí no se trata de que la hija se vaya porque la otra se haya marchado; es preciso procurar que piense en otra cosa, y dicen que París es muy bueno para esto; yo no conozco á París, ni ella tampoco. Así, pues, me voy y la llevo; esto nos divertirá á los dos. Por otra parte, aunque sólo sea la fatiga del camino, ha de serle provechosa; yo he tenido penas como los demás, y siempre que he visto saltar delante de mí el látigo de un postillón me he sentido remozado.

Camila y su tío fueron, pues, á París; M. de Arcis, instruido de este viaje por una carta del tío Giraud, lo aprobó; á la vuelta de su excursión á Holanda había traído á Chardonneux una melancolía tan profunda, que le hubiera sido casi imposible ver á nadie, sin exceptuar á su misma hija. Parecía querer huir de todo ser viviente y buscar donde huir de sí mismo. Casi siempre solo, á caballo en los bosques, fatigaba su cuerpo con exceso para dar algún reposo á su alma. Una tristeza oculta, incurable, le devoraba; reprochábale en el fondo de su corazón el haber hecho á su mujer desgraciada durante su vida y el haberla abandonado en la noche fatal del baile.

—¡Si yo hubiera estado allí—se decía—ella viviría y aun podíamos ser dichosos!

Este pensamiento, que no le dejaba nunca, emponzoñaba su vida.

Su deseo más ardiente era ver á Camila dichosa, y estaba pronto á hacer para esto los más grandes sacrificios. Su primera idea al volver á Chardonneux había sido la de reemplazar cerca de su hija á su esposa y pagar á la niña esta deuda de corazón que había contraído; pero el recuerdo de la semejanza de la madre y de la hija le causaba de antemano un dolor intolerable; era en vano que buscara engañarse sobre su dolor mismo, y que quisiera persuadirse de que sería más bien á sus ojos un consuelo, un medio de dulcificar su pena, el encontrar en un semblante amado los rasgos de aquélla que lloraba sin cesar. Camila, á pesar de todo, era para él una reconvencción viviente, una prueba de su falta y de su desgracia, que él no se sentía con fuerzas para soportar.

El tío Giraud no deseaba más que alegrar á su sobrina y hacerle la vida agradable. Desgraciadamente, esto no era fácil. Camila se había dejado llevar á París sin resistencia, pero no quería tomar parte en ninguno de los placeres que el buen hombre trataba de proporcionarle; por toda respuesta le enseñaba su vestido negro.

El viejo maestro de obras era obstinado; había alquilado, como se ha visto, una habitación amueblada en un hotel de las Mensajerías, el primero que un *comissionnaire* de la calle le había indicado, no pensando estar más que un mes ó dos. Pero ya estaba allí con Camila hacia cerca de un año. Durante este tiempo, Camila había rehusado todas sus proposiciones de partidas de placer, y como él era al mismo tiempo tan bueno y tan paciente como terco, esperaba aún convencerla y alegrarla.

Amaba á esta joven con toda su alma, por uno de esos encantos inexplicables que ligan la bondad á la desgracia.

—Pero, en fin, yo no sé—dijo, apurando del todo su botella—lo que te puede impedir venir á la Opera conmigo; aquello cuesta muy caro; ya tengo los billetes en mi bolsillo; tu luto acabó ayer; tienes dos trajes nuevos; ponte uno, el más lindo, encima del capuchón, y....

El buen hombre se interrumpió al llegar aquí.

—Diablo—añadió—tú no entiendes nada de cuanto digo, y no había pensado en ello; pero ¿qué importa? tienes buena vista, y para ir allí basta; tú no oyes, pero yo escucharé; además, ambos veremos bailar.

Así hablaba el buen tío, que no podía nunca persuadirse, cuando había alguna cosa interesante que decir, de que su sobrina no podía ni entenderle ni responderle; hablaba con ella á pesar suyo. Por otra parte, cuando ensayaba explicarse por señas, Camila lo entendía menos; el tío Giraud había, pues, adoptado la costumbre de hablarle como á todo el mundo, si bien gesticulando con todas sus fuerzas; Camila estaba hecha á esta pantomima, y encontraba modo de responderle también por señas.

El luto de Camila había terminado, en efecto, como le decía el anciano; éste había comprado dos lindos trajes á su sobrina, y al ver que la joven no hacía ningún signo de asentimiento para ir á la Opera, fué á buscarlos y se los presentó con aire á la vez tan tierno y tan suplicante, que Camila le abrazó como para darle gracias; después se sentó de nuevo con la triste calma en que se la veía siempre sumergida.

—Pero no es esto lo que yo quiero—dijo el tío;—es



preciso que te vistas; ¡he comprado ese vestido para que te luzcas esta noche! ¡La modista me ha llevado una suma enorme por él! Vamos, hija mía, animate.

Y hablando así, se paseaba por la habitación, haciendo bailar los trajes en sus manos como si fuesen dos muñecos.

Camila había llorado bastante para que no desease algunos momentos de alegría. Por la primera vez, desde la muerte de su madre, se levantó, se puso delante de su espejo, tomó uno de los dos trajes que su tío le mostraba, le miró tiernamente, le tendió la mano, é hizo una pequeña señal con la cabeza que quería decir: ¡Sí!

A esta señal, el tío Giraud se puso á saltar como un niño, haciendo resonar sus gruesos zapatos. ¡Triunfaba! ¡Era al fin llegada la hora en que él cumplía sus deseos! Camila quería adornarse, salir con él, ir á la Ópera, ¡ver el mundo! A este pensamiento, la alegría le puso fuera de sí, y abrazó á su sobrina, y corrió á llamar á todas las criadas de la casa.

Empezó el tocador de Camila, y al terminarlo estaba tan bella, que le pareció reconocerse á sí misma y sonrió á su propia imagen. El tío Giraud salió en busca de un carruaje, y al volver presentó el brazo á su sobrina. Camila le hizo señal de que esperase; tomó el vestido de luto que se había quitado, le dobló con cuidado, le besó, le guardó en un armario, y aceptando el brazo del anciano, salieron los dos.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

(Se continuará.)

## NOCHE-BUENA Y NOCHE-MALA.

El jornalero que gana  
Dos pesetas cada día,  
Y hoy tira con alegría  
El jornal de una semana,  
Y con sus chicos, su Juana,  
Un besugo y una bota,  
Canta, brinca y alborota  
Sin ambición y sin pena.....  
¡Noche-buena!

Acaudalado banquero  
Que en ambiciosa vigilia  
No se creó una familia  
Por amontonar dinero:  
Que no cena el majadero  
Porque come á la francesa,  
Y en el fausto de su mesa  
Ni una distinción señala.....  
¡Noche-mala!

Aguerrido militar  
Que luchando sin sosiego  
Solo aguarda un «¡alto el fuego!»  
Para sentarse á cenar,  
Y á falta de otro manjar,  
Come al raso y sin abrigo  
La ración que el enemigo  
Perdió en la sangrienta escena.....  
¡Noche-buena!

El que á solas con su crimen  
No escucha en la sombra hundido  
Más música que el ruido  
De los hierros que le oprimen:  
Que no aguarda que le animen  
Ni una esperanza ni un beso,  
Porque es de muerte el proceso  
Que ha sentenciado la Sala.....  
¡Noche-mala!

El que tranquilo en su hogar,  
Sin recuerdos que gemir,  
Tenga mucho que reír  
Aunque poco que cenar,  
Y se acierte á emborrachar  
De placer más que de vino,  
Soñando luego sin tino  
Que el oro su casa llena.....  
¡Noche-buena!

El autor de un entremés,  
Que estrenado en un teatro,  
Sin llegar al veinticuatro  
Le silban el veintitres:  
Y de la suerte el revés  
Sufre sin apelación,  
Sin besugo y sin turrón,  
Haciendo del hambre gala.....  
¡Noche-mala!

Político sin color,  
Ilustrado mendigante,  
Que acostándose cesante  
Despierta gobernador,  
Y hasta el popular tambor,  
La zambomba y el pandero  
Se figura placentero  
Que le dan la enhorabuena.....  
¡Noche-buena!

Y el que cual yo, con afán,  
Trabaja siempre sin tino,  
Y esclavo sirve un destino  
Por un pedazo de pan,

Y si hace versos le dan  
Lo que á un ciego callejero;  
Que no baila jaranero,  
Ni triste suspiro exhala.....  
¡Ni buena ni mala!

JOSÉ JACKSON VEYÁN.

Diciembre 1885.

## REVISTA DE MODAS.

Paris, 16 de Diciembre de 1885.

El genio industrial que se ocupa del atavío femenino es, en verdad, inagotable. Hoy tenemos que señalar un nuevo tejido, producto de las fábricas de Lyon: es una especie de faya mate, flexible y muy gruesa, de todos los colores finos y pálidos, con unas flores de seda tejidas—rosas, claveles, lirios, etc.—Solamente las hojas de terciopelo son de relieve.

Esta tela es de un efecto admirable y encantador. He visto un traje de teatro, hecho de este género de faya, que no puedo resistir al deseo de explicar á mis lectoras. Componiase de una falda de terciopelo color de oro con tableado y seis hileras de cuentas de madera imitando el coral color de rosa, por encima, y una segunda falda de faya crema, sembrada de claveles tejidos con hojas de terciopelo sombreadas. La parte superior de esta falda iba formada alrededor de la cintura. Esta falda, abierta en el costado, iba recogida en la cadera con una cordonadura de pasamanería de los colores del vestido. La cola, muy larga, era de faya igual, é iba forrada de terciopelo color de oro y plegada en forma de *pouf* por medio de una cordonadura. El corpiño, que era muy ajustado, iba reunido á la falda con tanto arte, que cualquiera hubiese dicho que no formaban sino una sola pieza; iba enlazado por detrás y tenía mucha semejanza con el corseillo de la Edad Media. Una preciosa chaquetilla del género zuavo, hecha de terciopelo color de oro y guarnecida de cuentas de coral color de rosa, acompaña á este corpiño.

También he tenido ocasión de admirar un vestido de terciopelo color de rosa, enteramente liso, con larga cola igual, cuyo corpiño llevaba á todo el rededor de la aldeta, apenas indicada, una multitud de preciosos bucecillos ó presillas de cinta de raso.

El corpiño con presillas es la gran novedad del momento. La moda actual consiste en marcar excesivamente la cintura, que aparece redonda y sin cinturón. El corpiño, bien sea plano ó fruncido, con picos redondos ó puntiagudos, parece como que forma parte de la falda, la cual es casi siempre fruncida. Unos bucecillos ó presillas de cinta rodean su borde inferior, y unas cuentas de Jaffa lo guarnecen por arriba como un alzacuello. Se puede guarnecer, sin embargo, el escote con presillas de cinta.

Las cuentas llamadas de Jaffa, que son de madera, se hacen de todos los colores á la moda. Se adornan con ellas vestidos, abrigos, sombreros y hasta los manguitos. Jamás se han visto tantas cuentas, sobre todo de colores tan variados.

Los terciopelos lisos se emplean especialmente para vestidos, ó por mejor decir, para faldas. Se hacen este año terciopelos con arabescos magníficos, que sirven para abrigos, visitas y sobrefaldas. Nada es más elegante que el vestido de terciopelo liso de color claro, cuya larga cola se recoge con una cordonadura de cuentas de Jaffa.

Los paños bordados de trencillas de seda y oro vuelven á estar en moda y son muy distinguidos. Las prendas hechas con estos paños bordados no llevan ningún adorno. Por el contrario, los paños lisos van siempre guarnecidos de galones, de pieles, ó por lo menos de astracán de lana.

Por lo demás, las pieles son el adorno preferido, no sólo para los abrigos y confecciones, sino para las salidas de baile y teatro y para ciertos corpiños de terciopelo. Es un adorno generalmente muy rico y que produce siempre buen efecto.

Los *matinées* son rectos por delante y abiertos sobre unos plegados de raso ó de encaje. Son, por lo general, de telas de abrigo, como terciopelo, felpa ó franela de buena calidad, listada ó lisa. Algunos van abiertos por el costado en forma de dientes grandes y muy adornados de lazos flotantes.

No debemos olvidar el *vestido plaid* de que hice mención en mi anterior revista, y que se lleva cada día más como traje de mañana y principalmente de viaje. Este mantón transformado en vestido es un negligé muy original.

Una novedad, para concluir. Se llevan mucho, para teatro y *soirées*, unos corpiños servios y búlgaros de paño y terciopelo bordado de oro ó de plata, los cuales van abiertos sobre unos corpiños ondulados de encaje.

V. DE CASTELFIDO.

## EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 1.841.

1. *Traje para señoritas.* Vestido de pekin ó tela listada de felpa y raso y sarga de lana azul. La banda plegada de delante y el paño de detrás son de sarga. Corpiño de la misma tela, con chaleco de pekin, solapas, cuello y carteras de felpa azul liso; este corpiño forma punta por delante y por detrás, pero la punta de delante va cubierta por la banda plegada. La de detrás, al contrario, cae sobre el paño largo y dispuesto en pliegues de levita, el cual va montado por debajo y debe ser completamente independiente de la falda. Un fleco de bolas de felpilla de los colores de la falda guarnece el contorno de este paño y la

banda plegada de delante.—Falda redonda, bastante ancha, de pekin, felpa y raso, ajaretada en lo alto con cuatro hileras de fruncidos. Los paños deben ser tan anchos de arriba como de abajo, es decir, que se les debe sesgar, á fin de dejar todo el ancho necesario para los fruncidos.—Sombrero de fieltro color de avellana, adornado con plumas azules y color de avellana.—Manguito de felpa azul, guarnecido de lazos de faya del mismo color.

2. *Traje de visita.* Este traje es de faya gris plomo, y se compone de una falda de faya lisa, plegada por delante y guarnecida en los lados de unas quillas ó entrepaños de faya con aplicaciones de lunares grandes de terciopelo y pasamanería gris mezclada de encarnado, y una manteleta visita de la misma faya con aplicaciones. Esta confección, que es muy elegante, sobre todo cuando se la hace de la misma tela del vestido, va forrada de raso color de ladrillo y algodonada. Es muy corta por detrás y termina por delante en dos caídas cuadradas. Se la adorna con un fleco bastante ancho de felpilla mezclada de hebras de pasamanería gris y encarnado.—Capota de terciopelo de seda gris, bordada de cuentas y adornada por delante con un lazo de faya gris y un pájaro de brillante plumaje.—Manguito de piel de nutria, forrado de raso encarnado.

El **CREPÉ FRANCÉS** es el relleno más conveniente para polisones. Unico depósito, Fuencarral, 8.

**Primavera.** E. Coudray, 13, rue d'Engien, Paris.—Nuevas creaciones, especialmente recomendadas á la gente de buen tono, que aprecia de una manera particular la finura y suavidad de estos diferentes productos.—Medalla de oro y Cruz de la Legión de Honor en la Exposición Universal de Paris, 1878.

**Perfumeria Ninon V<sup>e</sup> LECONTE ET C<sup>ie</sup>,** 31, rue du Quatre Septembre, Paris. (Véanse los anuncios.)

**Perfumeria exótica SENET,** 35, rue du Quatre Septembre, Paris. (Véanse los anuncios.)

**LA JABORANDINE,** extracto de la planta brasileña el *Jaborandi*, asegura la belleza, la conservación y el crecimiento del cabello.

**DUSSER,** inventor, 1, rue J. J. Rousseau, Paris.

La anemia, precursora de la mayor parte de los males que llegan á crónicos, es debida á la insuficiencia del Hierro en la sangre. Esta afección llega á combatirse con el empleo del **Hierro Bravais**.

## ADVERTENCIAS.

Las señoras abonadas á LA MODA ELEGANTE que deseen dispensarnos la honra de continuar siéndolo en el año entrante, nos dispensarán un favor especialísimo anticipándose cuanto les sea posible á pasarnos sus órdenes para la renovación de sus suscripciones; teniendo presente que la aglomeración de avisos y de asientos en estas oficinas, en los finales y principios de año, suelen ser causa irremediable de retrasos, tan contrarios á nuestra voluntad, como perjudiciales á nuestras favorecedoras, acostumbradas á la mayor exactitud en el servicio.

Los frecuentes abusos que vienen cometiéndose por individuos que falsamente se atribuyen el carácter de representantes de esta Empresa en las provincias, nos ponen en el caso de recordar nuevamente: 1.º, que no respondemos más que de aquellas suscripciones que se hayan formalizado y satisfecho en nuestras oficinas; 2.º, que el público debe acoger con la mayor reserva las instancias de personas que, á la sombra del crédito de la Empresa, y atribuyéndose una representación que de ningún modo pueden justificar, abusan lastimosamente de su buena fe; y 3.º, que siendo en gran número los libreros, impresores y dueños de establecimientos mercantiles que en todas las capitales y poblaciones importantes del Reino reciben suscripciones á LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA y á LA MODA ELEGANTE, correspondiendo con honradez á la confianza que en ellos deposita el público, no nos es posible estampar aquí una lista tan numerosa, ni es tampoco necesario; porque conocidos como son en sus respectivas localidades, por el crédito que su comportamiento les haya granjeado, nada es tan fácil para las personas que deseen suscribirse por medio de intermediarios, como asesorarse previamente de la responsabilidad y garantía que puede ofrecerles aquel á quien entregan su dinero.

La Administración no reconoce como válidas las suscripciones que se hubieren hecho, ó se hagan por conducto de los señores siguientes: D. Antonio M. Pruneda, de Avilés, y D. Antonio de Souza Pinto, de Lisboa.





*Paris. Imp. Godefranz imp. Systeme Say N° 1519. Reproduction autorisée*

N° 1841

# LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Administracion Carretas 12 pral

MADRID

*Perfumeria de lujo Guerlain 15. r. de la Paix. Paris.*

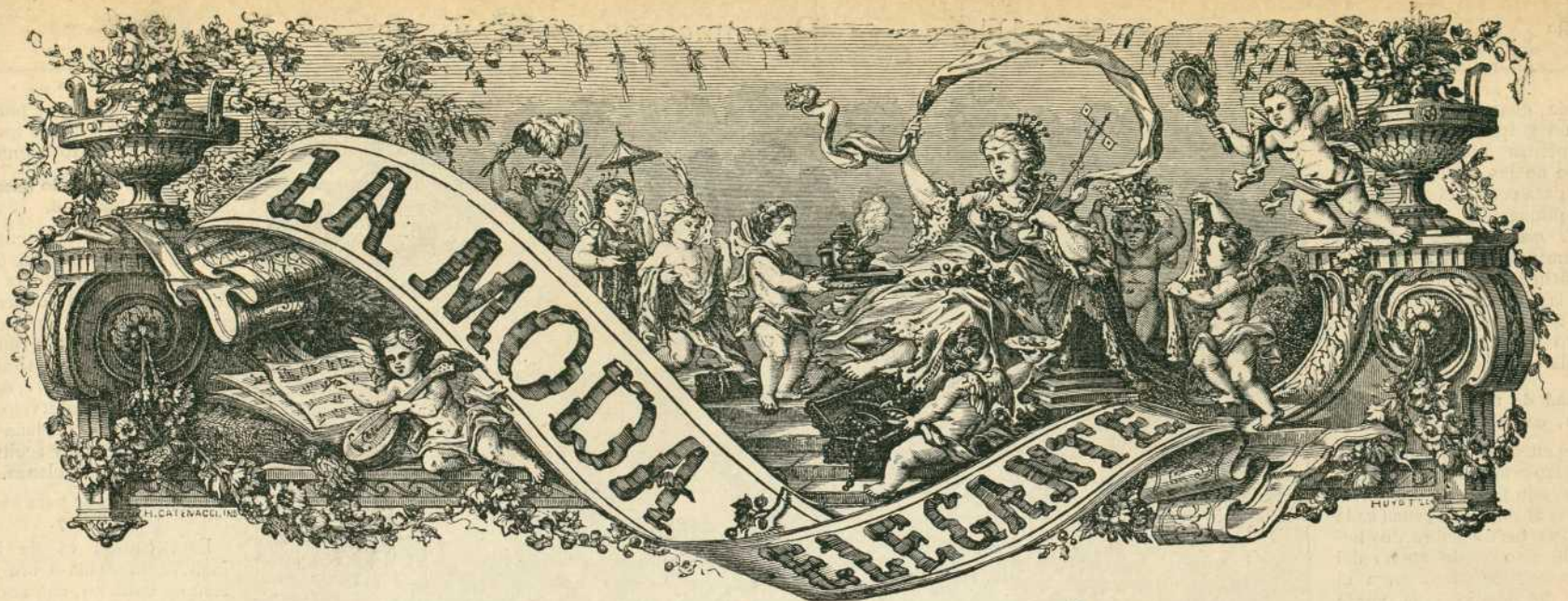
*Corsi Ana de Austria y Faja Regente 13. r. de la M. de Vertus. 12. r. Auber. Paris.*











# PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

AÑO XLIV.

MADRID, 30 DE DICIEMBRE DE 1885.

NÚM. 48.

## SUMARIO.

1. Vestido de baile para señoritas.—2. Salida de baile y teatro.—3. Mitad de un cuadro para tapete, escabel, etc.—4. Canastilla de labor.—5. Cenefa para vestidos de niño.—6. Tira de bordado sueco.—7. Camisa de vestir para señoras.—8. Camisa de vestir para señoras.—9. Pantalón de surah blanco para señoras.—10. Delantal para té.—11. Traje para señoritas de 16 á 17 años.—12. Traje para señoritas de 17 á 18 años.—13. Corpiño de nansuc para niños.—14. Pantalón para niños.—15. Chaqueta ajustada.—16. Chaqueta recta.—17. Paletó con esclavina.—18. Visita-mantilla.—19. Traje de visita.—20. Traje de calle.—21. Traje para niñas de 9 á 10 años.—22. Traje para niñas de 7 á 8 años.—23. Abrigo para niños de 8 á 10 años.—24. Alfiler de metal para sombreros.—25. Serpiente de metal para sombreros.—26 y 27. Dos broches.—28. Chaqueta larga.—29. Chaqueta Figaro.—30 y 31. Dos visitas largas.—32 y 33. Vestido de raso y felpa.—34. Vestido de lanilla.

Explicación de los grabados.—La misa de mañines (cuadro de Nochebuena), por S. Rueda.—Paz y fueros (episodio de la regencia de D.<sup>a</sup> María de Molina), por don Eusebio Martínez de Velasco.—Carta á mi sobrina Julia, poesía, por D. Cándido Rodríguez Pinilla.—Correspondencia parisiense, por X. X.—Explicación del figurín iluminado.—Suelos.—A nuestras suscriptoras.

### Vestido de baile para señoritas. Núm. 1.

Este vestido es de tul blanco y faya blanca. La falda de debajo, que es de tafetán, va ribeteada por un tableado de faya cubierto á medias por una falda de tul, que va recogida por delante y en el lado izquierdo formando dos bullones con cintas de terciopelo color de cobre y lazos de la misma cinta. Estas cintas sujetan al mismo tiempo una especie de pliegues que forma el borde derecho del delantal. La parte de detrás de la túnica consiste en una polonesa recogida en cocas graduadas. Á la izquierda los pliegues caen en línea recta. El delantero y la espalda del corpiño van escotados en forma de corazón y ribeteados de una solapa de terciopelo color de cobre. Va cerrado en el centro bajo un lazo de terciopelo. Las mangas son del mismo terciopelo y van prendidas con perlas de imitación.

*Tela necesaria:* 4 metros 20 centímetros de tafetán, de 55 centímetros de ancho; 2 metros 50 centímetros de tul, de 2 metros 40 centímetros de ancho, y 7 metros 50 centímetros de faya, de 60 centímetros de ancho.

### Salida de baile y teatro. Núm. 2.

Es de felpa mordorada. La espalda va ceñida con tres costuras, terminadas en unas hojas redondeadas, que van separadas por un golpe de pasamanería de cuentas. Los delanteros, que van abrochados con corchetes bajo una guarnición de plumas, se abren sobre la falda y son muy estrechos en el borde inferior. Manga redonda y



1.—Vestido de baile para señoritas

2.—Salida de baile y teatro.



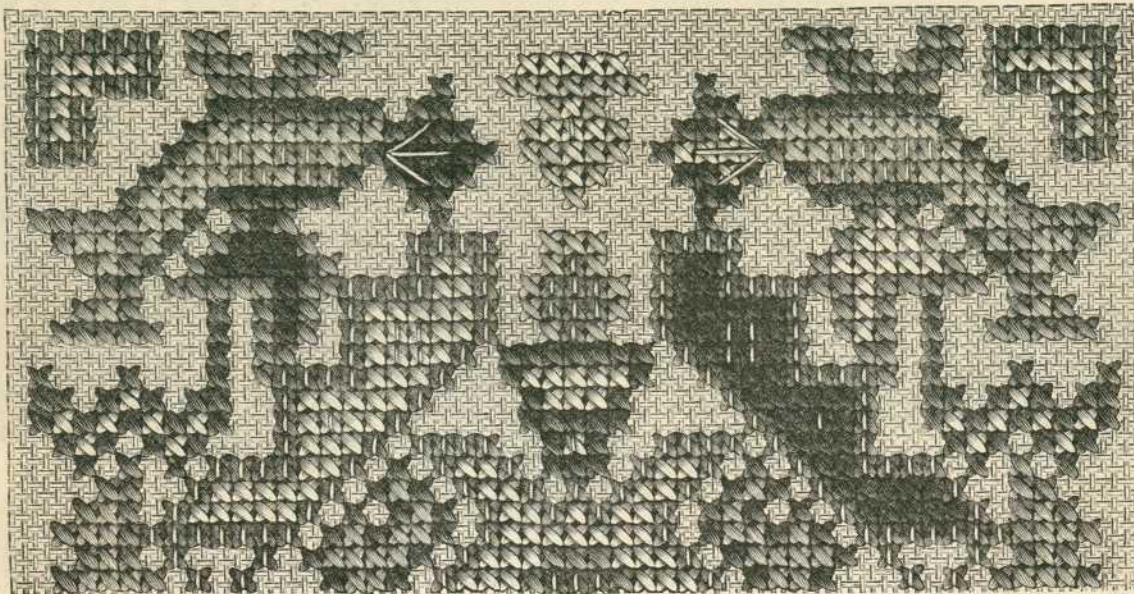
doblada, guarnecida de plumas y de un golpe de pasamanería de cuentas mordoradas. Un broche de las mismas cuentas sirve para cerrar el cuello, que es de plumas.

**Tela necesaria:** 2 metros 60 centímetros de terciopelo, de 60 centímetros de ancho.

En la *Hoja-Suplemento* al número 2 del año entrante publicaremos el patrón de esta salida de baile.

**Mitad de un cuadro para tapete, escabel, etc.—Núm. 3.**

Este cuadro se ejecuta sobre cañamazo crudo, tejido de hilos de oro, con sedas de diferentes colores, al punto de cruz (cada punto va hecho sobre dos hebras de alto y de ancho del cañamazo). Se toma para el dibujo del medio seda verde aceituna de dos matices; para los dibujos unidos al del medio, seda color de rosa, azul claro y aceituna, y para los dibujos al sesgo, seda color de rosa y encarnado obscuro y seda azul



3.—Mitad de un cuadro para tapete, escabel, etc.

blanco ó crudo, al punto de cruz, con algodón de los colores que indican los signos.

**Tira de bordado sueco. Núm. 6.**

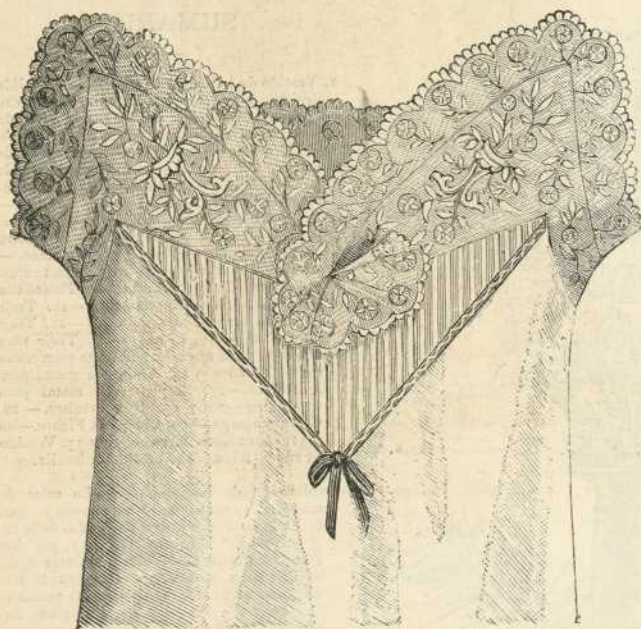
Este dibujo representa una de las tiras estrechas del almohadón de la banqueta de antesala que hemos publicado en nuestro número anterior. Se borda esta tira del mismo modo que la tira ancha, sobre dos á seis hebras de la tela, dejando una hebra de intervalo. Esta tira va bordada con lana encarnada, azul, negra y aceituna, y el fondo, con lana blanca.

**Camisa de vestir para señoras. Núm. 7.**

Esta camisa es de batista fina. Va montada sobre un canesú de bordado, con encaje en el escote. Unas tablitas en la parte inferior del canesú van terminadas en un lazo flotante.

**Camisa de vestir para señoras. Núm. 8.**

Esta camisa es de percal fino.



7.—Camisa de vestir para señoras.



4.—Canastilla de labor.



8.—Camisa de vestir para señoras.

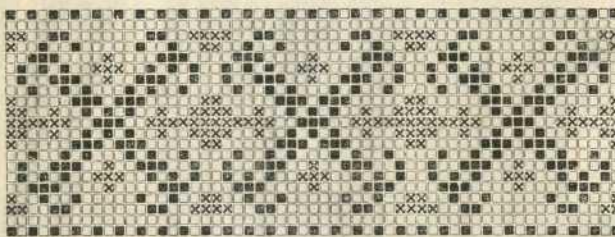
pavo real. Se bordan los demás dibujos con sedas de diferentes colores. El bordado va adornado al punto ruso con torzal de oro fino.

**Canastilla de labor.—Núm. 4.**

Esta canastilla, montada sobre un pie de madera bronceada, es de mimbre dorado. Se la cubre por la parte interior de raso color de fresa, plegado varias veces en el borde superior y en los bordes de los costados. Dos pedazos triangulares de felpa color de cobre, de 60 centímetros de largo cada uno, adornan la canastilla, cuyos pedazos se adornan con un ramo de flores, bordados sobre el cañamazo al punto de gobelinos con sedas de diferentes colores. La canastilla va guarnecida además con unas bolitas de lana encarnada oscura mezcladas de seda color de fresa. Unas bolas iguales y tres borlitas de lana van fijadas en la parte superior del soporte.

**Cenefa para vestidos de niño.—Núm. 5.**

Esta cenefa va ejecutada sobre un galón de cañamazo

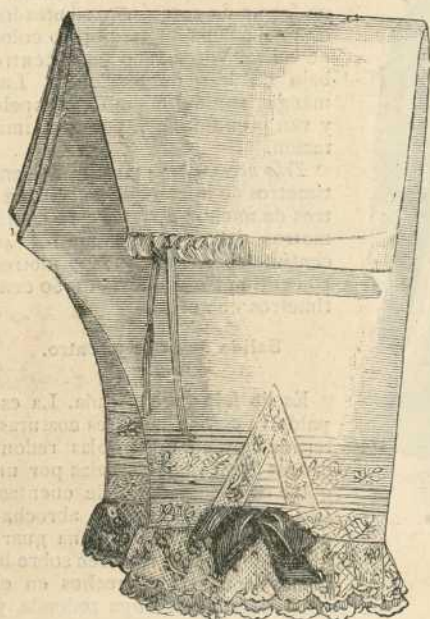


5.—Cenefa para vestidos de niño. Explicación de los signos: ■ azul obscuro; ☒ azul claro; □ fondo.

Va escotada en redondo por detrás y en punta por delante. Un bordado ancho pasa de derecha á izquierda bajo un entredós adornado de lazos de cinta. Manga hecha de una tira bordada, con lazos flotantes en los hombros. El borde inferior de la camisa va adornado igualmente con un bordado.

**Pantalón de surah blanco para señoras. Núm. 9.**

La parte inferior,



9.—Pantalón de surah blanco para señoras.



6.—Tira de bordado sueco.



10.—Delantal para té.

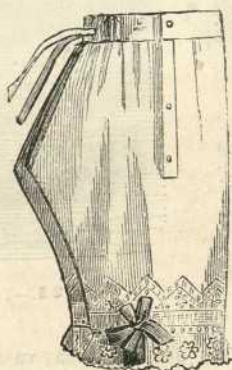




11.—Traje para señoritas de 16 á 17 años.



13.—Corpiño de nansuc para niños pequeños.



14.—Pantalón para niños.



12.—Traje para señoritas de 17 á 18 años.



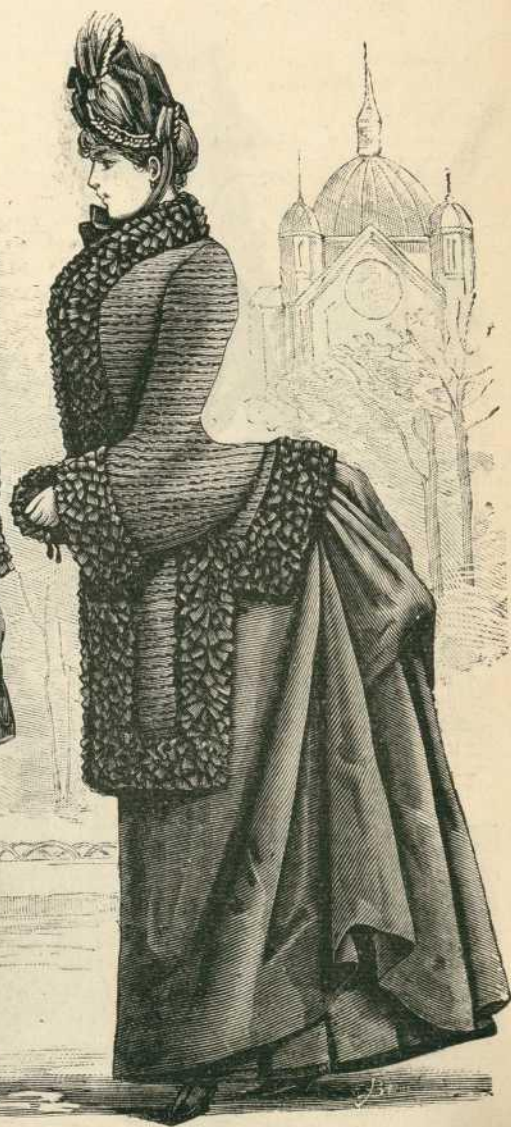
15.—Chaqueta ajustada.



16.—Chaqueta recta.



17.—Paletó [con esclavina.]



18.—Visita-mantilla.

Charles

J.R. A. Charles





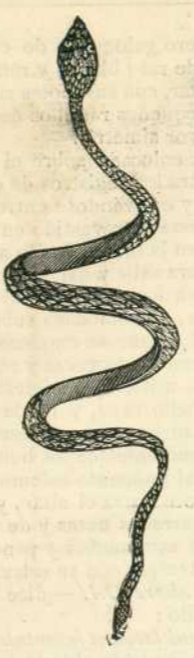
20.—Traje de calle.



22.—Traje para niñas de 7 á 8 años.



23.—Abrigo para niños de 8 á 10 años.



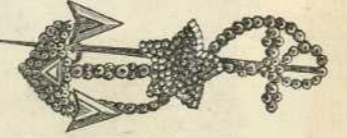
25.—Serpiente de metal para sombreros.



27.—Broche.



24.—Alfiler de metal para sombreros.



26.—Broche.



21.—Traje para niñas de 9 á 10 años.



19.—Traje de visita.

que es ancha, va adornada con entredoses de Valenciennes alternando con tablitas. Volante en el borde inferior, hecho de un encaje de Valenciennes, y lazo de cinta granate.

**Delantal para té. Núm. 10.**

Es de batista beige bordada de blanco. Las iniciales y el escudo van bordados sobre el corselillo. Cinturón y lazos de cinta de terciopelo granate.

**Traje para señoritas de 16 á 17 años.—Núm. 11.**

Vestido de lana gruesa beige obscuro. La falda de debajo es de tafetán y sostiene una falda plegada de lana gruesa, adornada en el borde inferior con una tira ancha de felpa de lana de pelo largo color de tabaco. Un delantal ligeramente recogido en el lado izquierdo va plegado en el derecho en el mismo sentido de los pliegues de la falda. Una tira ancha de felpa ribetea este delantal. Lazo grande con varias cocas de cinta de terciopelo formando *puf*. Corpiño chaqueta, abierto en redondo sobre un chaleco de felpa de seda beige, abrochado en línea recta con botoncitos calados. El borde inferior del corpiño va adornado con una tira de felpa. Cuello recto de la misma felpa.



32.—Vestido de raso y felpa. Espalda.

34.—Vestido de lanilla.

33.—Vestido de raso y felpa. Delantero.

Manga larga con cartera de la misma felpa.—Manguito de felpa color de tabaco, adornado por encima con un lazo de cinta.—Gorra de felpa de seda color de tabaco, adornada con un lazo de faya y terciopelo en forma de piquillos.

**Traje para señoritas de 17 á 18 años.—Núm. 12.**

Falda de pekin ó tela listada de felpa y lanilla color de nutria, sin vuelo por delante. Túnica de lana lisa color de nutria, plegada por delante en forma de delantal y adicionada con un paño dispuesto por detrás en cocas graduadas. Corpiño de lana lisa formando punta por delante. Esclavina de felpa, abierta sobre un chaleco frunciado que depende del corpiño. Una tira de piel de nutria adorna la abertura de la esclavina y va fijada en la cintura con un broche de metal. Una tira de la misma piel ribetea la esclavina y los bordes de las mangas. Cuellicito recto abrochado con botones.—Sombrero de fieltro color de nutria, adornado con un galón del mismo color y plumas encarnadas.

**Corpiño de nansuc para niños pequeños. Núm. 13.**

Todo el delantero se compone de bordados que



30.—Visita larga.

31.—Visita larga.



28.—Chaqueta larga.

29.—Chaqueta Figaro.



alternan con tablitas. Un bordado va dispuesto en forma de babero por delante. Cuello recto cerrado en la izquierda bajo un lazo de cinta color de rosa. Manga ancha sujeta con un puño bordado y un lazo de cinta.

#### Pantalón para niños.—Núm. 14.

Este pantalón es de tela de algodón fuerte. El borde inferior va bordado y adornado de entredoses y lazo de cinta.

#### Chaqueta ajustada.—Núm. 15.

Esta chaqueta es de astrakán color de nutria. La espalda va ajustada y sin pliegues. Delantero ajustado con una pinza. Bolsillo cortado en la misma tela. El delantero va abrochado con una hilera de botones gruesos. Cuello recto y manga larga abrochada con los mismos botones.

*Tela necesaria:* 2 metros de astrakán, de un metro 20 centímetros de ancho.

#### Chaqueta recta.—Núm. 16.

Es de paño afelpado azul oscuro. Los delanteros sin pinzas se abrochan en línea recta. La espalda va abierta en la aldeta, así como los costados. La chaqueta va ribeteada de un galón de lana azul. Bolsillo redondo y cuello en pie, ribeteados del mismo galón. Manga larga con cartera.

#### Paletó con esclavina.—Núm. 17.

Este paletó, enteramente ajustado y sin mangas, es de paño ensortijado negro y va adornado en el borde inferior y por delante con un galón de plumas. Sobre el paletó va una esclavina que sale de los costados y cuya parte inferior va doblada hacia dentro. Un galón de plumas adorna el borde de delante. Cuello de plumas.

*Tela necesaria:* 2 metros 10 centímetros de paño, de un metro 20 centímetros de ancho.

#### Visita-mantilla.—Núm. 18.

Es de paño ensortijado negro. Una sola costura ciñe la espalda. La manga va doblada hacia dentro y cae sobre una faldita que forma parte del delantero, el cual va recortado en unas caídas cuadradas. Se adorna este abrigo con un galón de plumas.

*Tela necesaria:* un metro 60 centímetros de paño, de un metro 20 centímetros.

#### Traje de visita.—Núm. 19.

Vestido de terciopelo negro cincelado figurando plumas. En el borde de la falda de debajo va un volante rizado de faya negra. En el lado derecho, una quilla plegada de faya negra, sobre la cual se ponen unos adornos de cuentas negras. La túnica viene a ser una doble falda recogida con pliegues agrupados en la cadera derecha y se abre siguiendo el borde de la quilla. Corpiño de terciopelo cincelado. Los delanteros, que terminan en punta, se abren sobre un peto de cuentas de azabache puestas sobre un fondo de faya. Cuello recto y manga semilarga, adornada con una cartera de azabache, abierta en la parte de encima.

Se necesitan para este vestido 4 metros 40 centímetros de tafetán, de 55 centímetros de ancho; 2 metros 20 centímetros de faya y 11 metros 60 centímetros de terciopelo cincelado, de 55 centímetros de ancho.

#### Traje de calle.—Núm. 20.

Este traje es de cachemir marrón y astrakán de lana del mismo color. Sobre el fondo de falda se pone una falda de astrakán que sólo llega a unos 20 centímetros del borde superior. El fondo de falda va guarnecido de un rizadito de faya marrón. Túnica de cachemir, ancha y fruncida por delante y recogida en el lado derecho. Todo el borde inferior de esta túnica va adornado con una doble greca bordada de trencilla de oro. Corpiño con aldeta, terminado en punta por delante. La aldeta de detrás es corta y plegada. Los delanteros se abren sobre un chaleco bordado de trencilla de oro. Solapas anchas de terciopelo marrón. Manga larga, adornada con una cartera de terciopelo y una punta bordada de trencilla de oro.

*Tela necesaria:* 4 metros 20 centímetros de tafetán, de 55 centímetros de ancho; un metro 80 centímetros de astrakán, de un metro 20 centímetros de ancho; 80 centímetros de faya y 6 metros de cachemir.

#### Traje para niñas de 9 á 10 años.—Núm. 21.

Este traje es de bengalina color de bronce y felpa del mismo color. Falda corta y plegada en pliegues redondos, sobre la cual va una falda adornada con galones de terciopelo calados. Casaca de felpa, abrochada en el centro bajo un peto bullonado de encaje y lana cruda. La casaca va recortada por detrás en arcos cuadrados que caen sobre un lazo de felpa. Cuello recto de la misma tela y cuello vuelto de encaje. Manga larga, adornada con una cartera doble de felpa y encaje.

#### Traje para niñas de 7 á 8 años.—Núm. 22.

Es de pekin de lana calada y tela astrakán color gris aleonado. Falda de debajo corta, adornada en el borde inferior con una tira de felpa color canaque, sobre la cual cae una falda de pekin. Túnica polonesa de lana astrakán, recogida por delante y abierta por delante sobre un peto de felpa. El delantero izquierdo cruza sobre el derecho y se abrocha con corchetes bajo un adorno de cuentas de madera. Solapas de felpa, fijadas con unos adornos de cuentas. Cuello en pie y manga larga guarnecida de carteras de felpa, ribeteadas de cuentas y de un adorno de lo mismo.

En la *Hoja-Suplemento* al núm. 2 de LA MODA del año entrante daremos el patrón de esta polonesa.

#### Abrigo para niños de 8 á 10 años.—Núm. 23.

Este abrigo es de paño fino azul. La espalda va plegada y casi recta, y va sujeta, así como el delantero, con un cinturón que desaparece bajo una esclavina larga, la cual lleva por encima una capucha redonda y plegada. Manga larga y abrochada.

#### Alfiler de metal para sombreros.—Núm. 24.

Estos alfileres, muy á la moda, sirven indistintamente para sujetar el sombrero al peinado, ó sólo para adornar aquél. Se les puede utilizar igualmente como adornos de cabeza, clavándolos en el pelo.

#### Serpiente de metal para sombreros.—Núm. 25.

Se emplea este adorno, como el anterior, para sombreros, ó simplemente en el peinado.

#### Dos broches.—Núms. 26 y 27.

Núm. 26.—Este broche, que es de cuentas de acero talladas, de diferentes tamaños, tiene la forma de una ancla y va adornada en medio con una estrella.

Núm. 27.—De forma redonda, como un botón grande, es de plata, con adornos de oro y esmalte. Lleva además unas piedrecitas, que suelen ser granates ó topacios.

#### Chaqueta larga.—Núm. 28.

Es de paño azul marino. Los delanteros, que son rectos, se abrochan con corchetes bajo unas solapas fijadas en lo alto con mariposas bordadas de oro. Cuello recto de terciopelo y manga larga adornada con una cartera de terciopelo, ribeteada de un cordón.

#### Chaqueta Figaro.—Núm. 29.

Es de paño color de castaña, y se compone de una chaqueta ajustada por delante y por detrás, sobre la cual se pone un delantero recto y flotante, ribeteado, así como todo el contorno de la chaqueta, con cuentas de madera del mismo color del paño. Bolsillo de terciopelo. Cuello y carteras de terciopelo ribeteado de cuentas.

#### Dos visitas largas.—Núms. 30 y 31.

Estas visitas son de paño negro ensortijado. Ambas van adornadas con un galón hecho con cintas de seda, imitando un galón de plumas. Se diferencian en la forma de las mangas y en algunos leves detalles que se indican en los dibujos.

#### Vestido de raso y felpa.—Núms. 32 y 33.

Este vestido es de raso duquesa marrón. La falda va cubierta por delante y en los costados con un pedazo de raso listado de felpa del mismo color, guarnecido en el borde inferior de una cenefa de felpa. La falda va guarnecida de pedazos de raso doble, dispuestos en forma de *paniers*. Se completa la falda por detrás con un pedazo de 2 metros 20 centímetros de ancho, abrochado en lo alto sobre el corpiño, el cual forma una punta por delante y por detrás, y va guarnecido de un peto plegado de raso adornado de cuentas de bronce. Se fijan en el cuello recto unos pedazos plegados iguales. El corpiño va adornado de pasamanería de cuentas.

#### Vestido de lanilla.—Núm. 34.

La falda va cubierta por delante de un pedazo plegado de lana gris, al cual va unido un pedazo que cae de plano y va plegado por detrás. Este último pedazo va doblado en el borde de delante en forma de solapas. El corpiño, de aldeta cortas y redondas, va guarnecido con solapas y un cuello de terciopelo negro. Unos cordones con borlas de seda guarnecen el vestido, como indica el dibujo.

## LA MISA DE MAITINES.

(CUADRO DE NOCHEBUENA.)



VE María purísima! ya era hora de que entráramos en la iglesia, que no parece sino que íbamos á estar esperando toda la vida.

Y lo que es esta noche, la misa ha de ser de lo bueno. Sonajas, almireces, zambombas; qué sé yo lo que va á haber en el coro. La iglesia, aunque pequeña, puede contener á la gente del pueblo, y va á ser cosa de emborracharse con tanta luz y tanto villancico como se va á derrochar.

Guitarras acá, violines allá, zambombas á este lado, panderos al otro; aquello va á ser lo mejor del mundo. En el coro estará todo lo mejor del pueblo tocante á canto y música, y será de oír desde abajo el conjunto de voces que inundará la iglesia, llenando de alegría el ánimo.

Pero calla, que ya se empieza á ver venir gente por la plaza, pues ha sonado el último repique en la torre, y es preciso estar en la iglesia al dar *los golpes*, porque el cura comienza á decir su misa con la serenidad del mundo, y no aguarda á nadie para empezar.

Los hombres caminan embozados en sus capas, porque el frío aprieta de veras, y los estómagos van como parches, según lo llenos de comida que fueron absorbiendo entre trago y trago del peleón.

La iglesia brilla como un ascua de oro. Sobre uno de los altares están frente á frente la Virgen y San José, la primera puesta de veinticinco alfileres, con su plateada corona y su manto cargado de estrellas, y éste con su traje de barro, amplio y holgado, que este punto es principal en la indumentaria celeste. En medio de ambos véase al niño metido en su pequeña cuna, toda cubierta de arabescos y randas de oro, y una verdadera plaga de pastoras y pastores rodea la preciosa cuna, cuál con un borrego á la cabeza, aquél con un suculento plato de natillas, éste con un par de gallinas que sostiene con las cabezas puestas hacia abajo, y estotro con un diminuto cántaro de leche, tapado con el consabido trozo de penca, recortado en forma de corcho.

La gente invade la única nave del templo, y conforme van llegando nuevas personas, arrodillanse acá y allá después de *santiguarse*, empezando á hacer con los labios un movimiento sin rumor.

El altar mayor está ya profusamente iluminado, y véase cubierto con el traje de las grandes solemnidades, á saber:

un paño delantero galoneado de cinta dorada en sus orillas, con fondo de raso blanco y ramos de lo mismo, y un hule sobre el altar, con sus motas rojas resaltando sobre lo negro, y sus pequeños ramillos de flores, diseminados en medio de la mayor simetría.

El misal está colocado sobre el atril, de excelsa pendiente, y muestra los registros de cinta asomando por los cantos de abajo y enlazándose entre sí.

El sacerdote está ya vestido en la puerta de la sacristía, con el cáliz en la mano, y sólo aguarda ver encenderse la última vela para salir y dar principio á la misa.

A todo esto, ya ha pasado hacia el coro la comitiva de los instrumentos, y acomodada sobre larguissimos bancos, aguarda la señal de que se empiece la misa, para romper en armoniosa catarata de voces y sonidos.

En la primera mitad de la iglesia está, ya sentado, ya de rodillas, el bello sexo, y desde el *banco de la justicia* atrás extiéndese el concurso de hombres, todos con capas descomunales pendientes de los hombros.

Llega por fin el momento solemne.

Sale el sacerdote hacia el altar, y en este momento un torrente de abigarradas notas y de voces atipladas estalla al compás de las zambombas y panderetas, haciendo casi estremecerse el templo con su estruendo y algazara.

—*Introito ad altare Dei!*—dice el sacerdote—y contesta el monaguillo:

—*Ad Deum, qui latificat juventutem meam!*

Con estos latines queda abierta la misa, como si dijéramos, y empiezan á salir del coro villancicos, uno tras otro, hasta que, cansadas las manos de repicar los panderos, hay un momento de silencio, que pronto véase roto por la profunda voz del cura, que desde el altar canta un poco de la misa, acompañado á lo lejos por el sacristán, que frente á un atril, y con la boca puesta en forma de canuto, empieza á hacerse el respondón con el cura, no dejando sin respuesta ninguna de sus interpelaciones.

Entre letanía y aleluya acábese la misa, y cuando canta el cura aquello de *Ite, missa est*, una avalancha de personas cerca el sitio del nacimiento, y todos principian á empujarse, alargando la gaita para ver de dominar la cuna del recién nacido, que, iluminada por la luz de las velas, resplandece con todos sus dijes y monadas.

La confusión crece por instantes, y se ve que el ánimo de todos es querer ver antes de salir la cara del Niño de Dios, que sereno y apacible envía su sonrisilla de barro á la concurrencia, conforme ésta va llegando á su lado.

Como la famosa cena fue antes de la misa, ahora cada cual váse á su casa, pensando en las fiestas que le esperan al día siguiente y tratando de disuadir á los muchachos, que después del rato de iglesia desean todavía otro rato de fandango, como último saludo á las alegrías de *Nochebuena*.

Entre tirón de mano y persuasivo razonamiento, llega cada familia á su casa, donde aun brilla la candela bajo la chimenea, y se percibe claro y distinto el olor del vino escanciado, así como el de las doradas tortillas.

Acuéstanse los muchachos, y á poco rato gozan un sueño delicioso, dejando vagar su imaginación por las fiestas que les esperan al siguiente día, primero de Pascua, entre las que descuellan el *tiro de gallo*, la salida de *los locos* de casa en casa pidiendo dinero para el Santísimo, y la decantada *rifa andaluza*, cuadro lleno de luz y colorido, cuya amena descripción tan bien llevó al libro el incomparable hablista y nunca bien alabado pintor de costumbres, el *Solitario*.

S. RUEDA.

## PAZ Y FUEROS.

(EPISODIO DE LA REGENCIA DE DOÑA MARÍA DE MOLINA.)



En la regencia de la insigne reina D.ª María de Molina durante la menor edad de su hijo el rey D. Fernando IV *el Emplazado*, y de su nieto D. Alfonso XI *el Justiciero*, es una de las épocas memorables en la historia de Castilla.

Señora de gran talento, corazón magnánimo y varonil entereza, consagrada por completo al amor de su hijo y de su pueblo, á la defensa de los derechos de la corona y de los fueros del reino castellano, supo guiar con fortuna, y á través de deshechas borrascas la nave del Estado, y arribar con ella á puerto de salvación para la patria.

Murió el joven rey D. Sancho IV en Toledo, á 25 de Abril de 1295, á consecuencia de calenturas perniciosas que le acometieron en el cerco de Tarifa, y que acabaron con él después de aniquilarle tres años de sufrimientos.

Nueve años de edad tenía entonces el infante D. Fernando, hijo y sucesor en el trono del difunto monarca; y aunque la imperial Toledo se vistió de gala y aparentó exagerado júbilo cuando le proclamó Rey de Castilla y de León, cerníanse ya en el espacio, el mismo día de la Real proclamación, los sombríos nubarrones que anunciaban próxima tormenta.

Consérvase en Toledo una tradición popular interesante, y no muy conocida.

El Rey niño, después de los oficios en la iglesia mayor, y de haber jurado guardar y hacer guardar los fueros del reino, fué paseado á caballo por las calles y plazas de la ciudad, con numeroso acompañamiento de prelados, magnates y ricos hombres, y en medio de las aclamaciones populares.

Al volver de la basílica de Santa Leocadia para entrar en palacio, el corcel que montaba el Rey tropezó violentamente y despidió de la silla al jinete; al lado de éste caminaba su madre D.ª María de Molina, montada en nivea hacanea, y la ilustre dama, lanzando un grito de espanto, pudo coger al niño antes de que cayese á tierra, y le sentó en el arzón de su cabalgadura; iba detrás el obispo de Burgos Fr. Francisco de Covarrubias, franciscano, varón docto y



piadoso, familiar que había sido del papa Nicolás III, y exclamó de pronto en alta voz:

*Ea, Rey niño,  
Que en salvo estás,  
Y si te empujan,  
No te caerás.  
Porque en tu madre  
Te apoyará.*

Esa coplilla fué popular en Toledo y en otras ciudades castellanas hasta mediados del siglo XVI; pero las palabras del prelado burgense, al decir de su antiguo cronista, fueron éstas: *Ea, Rey, tenos quedo, y echaos en brazos de vuestra madre, y salvo seréis.*

¡Palabras verdaderamente proféticas! La ambición de los magnates produjo horrible fermento de turbulencias alrededor del trono castellano; príncipes de la misma Real familia y monarcas extranjeros, nobles poderosos y vasallos inconsecuentes, amigos indiscretos y aliados perjuros, cristianos y sarracenos, todo el reino, en suma, se incendió con las llamas de la discordia y era presa de la más espantosa anarquía.

Pero el Rey niño *estaba echado en los brazos de su madre*, según la frase del obispo Covarrubias, y su madre le salvó, y salvó a la patria castellana.

\*\*\*

Aquel infante D. Juan, hermano del rey D. Sancho IV, que cometió el infame y cobarde asesinato del tierno hijo de Alonso Pérez de Guzmán *el Bueno* ante las murallas de Tarifa, se había proclamado rey de Castilla y de León con el apoyo del rey moro de Granada, Muhamad Alhamar II.

Avistóse también con D. Dionis, rey de Portugal, quien le ofreció auxilio en sus pretensiones, y entrando éste en tierra castellana al frente de lucido ejército, llegó hasta la fortaleza de Simancas, a las puertas de Valladolid, corte y residencia de la reina regente D.<sup>a</sup> María de Molina.

Decían los nobles a la Reina:  
—Huid, señora, y dejad la regencia y el gobierno al infante D. Enrique, experimentado en negocios diplomáticos y en asuntos de guerra.

Este infante D. Enrique era el aventurero hijo del rey D. Fernando III, que después de sufrir veintiseis años de prisión en Italia desde que cayó prisionero en la batalla de Tagliacozzo, había regresado, anciano y lleno de achaques, pero siempre henchido de ambición, al reino de Castilla.

Y la Reina respondía a los nobles:

—¡Jamás abandonaré a mi hijo y a mi pueblo! En ellos y en Dios tengo puesta mi esperanza.

Una tarde de Febrero de 1297 salía del palacio de Valladolid esbelto paje, montado en brioso caballo, y tomaba al galope el camino de Simancas.

Antes de llegar a los muros de la fortaleza, detúvole un centinela, gritando con voz agudentosa:

—¡Alto ahí! ¿Quién va?

—Mensajero Real—contestó el paje.—Soy portador de un pliego urgente para el rey D. Dionis.

A los pocos minutos el mensajero, vendados los ojos y en hombros de dos soldados portugueses, cruzaba por las tortuosas calles de Simancas y subía la escalera de caracol de la torre del Homenaje del castillo, donde se alojaba el Rey de Portugal.

Allí, quitada de los ojos la venda, presentó al Monarca el urgente y misterioso pliego, que decía así:

«Señor: La viuda de D. Sancho IV (q. s. g. h.) y madre del rey D. Fernando os ruega que la otorguéis merced de una entrevista en su palacio de Valladolid ó en vuestra residencia de Simancas, por convenir así a la paz del reino y a la tranquilidad de nuestras conciencias.»

El rey D. Dionis contestó en el acto:

«Señora: Mañana tendré el honor de besaros la mano en vuestro alcázar de Valladolid, y pondré a vuestros pies las llaves de la fortaleza de Simancas.»

La historia cita los hechos, aunque no ha conservado los documentos escritos.

Fuó una inspiración del cielo, ó un presagio de ventura que iluminó con esplendente luz el espíritu sereno y reflexivo de la augusta señora.

Llegó, en efecto, el rey D. Dionis a Valladolid, rodeado de los principales caballeros de su corte y de su campo; recibióle con vulgar curiosidad el pueblo, que no comprendía los sucesos, aunque adivinaba algún acto magnánimo de la Regente de Castilla; en ancho salón del palacio Real se congregaron poco después los prelados y caballeros castellanos al lado de los guerreros portugueses, y apareció la Regente llevando de la mano derecha a su hijo el rey D. Fernando IV, y de la izquierda a la infanta D.<sup>a</sup> Beatriz, y seguida del monarca lusitano, que ostentaba el manto Real en los hombros y la espada desnuda en la diestra.

—Prelados, caballeros y ricoshombres de Castilla y de Portugal (dijo con entonación vigorosa D.<sup>a</sup> María de Molina): nuestro muy amado primo el rey D. Dionis reconoce y proclama por rey de Castilla a nuestro querido hijo D. Fernando, ajusta la paz, sepárase de la alianza de los rebeldes, y forma pacto con nos en defensa de los derechos sagrados que poseemos y defendemos; y en prenda de sinceridad, nos tenemos la honra de pedirle la mano de la infanta D.<sup>a</sup> Constanza de Portugal para nuestro hijo don Fernando.

A éstas palabras, que dejaron estupefactos a muchos nobles castellanos, entre los cuales había no pocos partidarios de los infantes D. Juan y D. Enrique, contestó el Rey de Portugal:

—Prelados, caballeros y ricoshombres castellanos y portugueses: reconozco y proclamo a D. Fernando por rey de Castilla, y a su noble madre D.<sup>a</sup> María de Molina por regente del reino y tutora de su hijo; ajusto la paz, y devuelvo las plazas y castillos que mis tropas han ocupado; sepárome de los nobles rebeldes, y renuncio para siempre a darles auxilios directos ó indirectos; y en fe de sinceridad, otorgo la mano de la infanta D.<sup>a</sup> Constanza al Rey de Castilla, y tengo la honra de pedir a la Reina Regente la

mano de la princesa D.<sup>a</sup> Beatriz para mi hijo primogénito y sucesor en el trono, el infante D. Alfonso.

Así, con resolución discretísima de la Regente, favorecida por un monarca portugués noble y caballeroso, quedaron conjuradas las primeras tormentas que combatieron con sañudos vendavales el trono vacilante del rey niño D. Fernando IV.

o

La Historia refiere el hecho de esta lacónica manera:

«Con mucha maña y destreza supo la Reina madre atraer a D. Dionis de Portugal a una entrevista, y en ella le redujo a ajustar una paz en la que se estipuló el matrimonio del rey D. Fernando con la infanta portuguesa D.<sup>a</sup> Constanza, y el de D.<sup>a</sup> Beatriz de Castilla con el Príncipe heredero de Portugal, entregando al Monarca portugués varias plazas y obligándose él a auxiliar al castellano.»

Los dos Reyes cumplieron el pacto: el de Portugal se retiró a sus Estados, y la Regente de Castilla pudo vencer las dificultades que le deparaban la discordia y la ambición de los magnates, y dar al pueblo *paz y fueros*.

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.

Diciembre, 1885.

## CARTA Á MI SOBRINITA JULIA.

Señora Doña.... Traviesa,  
Princesa de Andalucía:  
—Dios te ha hecho sobrina mía;  
Yo, á mi vez, te hago Princesa.—  
Porque no dudes jamás  
Del cariño de tu tío,  
Uno, cien besos te envío;  
Y dime si quieres más.

Aunque no pienses que acceda  
Á darte sin interés,  
Yo quiero que tú me des  
El pago en igual moneda.  
¿Deseas pagarme al punto?  
Bésame.... ¡No eres avara!  
¡Eh!.... ¡Que me abrasas la cara!....  
¿Me has pagado? Ahora, á otro asunto.  
¿Cómo te va, niña mía,  
Bajo ese cielo andaluz,  
Donde hay de noche más luz  
Que tiene en Castilla el día?

Dime, ¿ha puesto ya ese cielo,  
Ese sol de rayos rojos,  
Más fuego en tus negros ojos,  
Más azabache en tu pelo?  
Sin duda que sí, sin duda;  
Yo sé por un pajarito,  
Que tienes muy buen palmito;  
Que no eres tonta ni muda.

Y sé que jovial y franca,  
En juegos y bailes diestra,  
Pudieras ya ser maestra  
De tretas, en Salamanca.  
A propósito; oye, di,  
Respóndeme muy formal:  
Y de labores.... ¿qué tal?  
¿Mediano? — Me lo temí.

¡Qué! ¿No te gusta la escuela?  
¿La maestra no te quiere?  
Bien, callaré; no se entere  
De esta atrocidad tu abuela.

¿Cuánto va á que con más sal  
Sabes mover los palillos  
Que hacerle los dobladillos  
A un pañuelo?—Es natural.

Tus manitas holgazanas  
No sabrán hacer labores....  
Y, ¿á que hacen tus piés primores  
Cuando bailas sevillanas?  
¿Á que cantas ya playeras  
Y te entusiasma el jaleo?  
¿Á que tienes ya el seseo  
De una andaluza de veras?

Desde aquí se me imagina  
Que te oigo todo lo que hablas,  
Y las porfias que entablas  
Con tus muñecas de china.

A una la dices: ¡Eh, tú!  
Vén que te *siña* el pañuelo....  
Caya, no yores: ¡mi *sielo*!  
¡Qué *fatiga*! ¡ay *hesú*!  
Al oírte, ¿quién diría  
Que no has nacido en Triana,  
Sino en tierra castellana,  
Princesa de Andalucía?

Ave que fuiste del Norte,  
¡Pronto has tomado la tierra!  
Tú, ¡que naciste en la sierra  
Que sirve el hielo á la corte!

Ni la andaluza más pura  
Podrá parecerlo más:  
Para bromear, ¡jamás  
Dejas de hallar coyuntura.

El culpable es ese sol;  
Ese alegre y claro cielo;  
Ese clima y ese suelo,  
El Paraíso español.

Y á tu edad, ¿qué se ha de hacer?  
No témas que yo te riña  
Ser por mucho tiempo niña,  
Es el bien de la mujer.

Tú vivís sin aprensión;  
Que mientras tú vas medrando,  
Tu madre te irá formando

A su gusto el corazón.  
Y al traspasar esa edad,  
Esta niña macarena,  
Se parecerá en lo buena  
A su madre; ¿no es verdad?  
La promesa vale un beso;  
Déjame que te lo envíe.  
Ahora.... canta, baila y rie;  
Que después.... No hablemos de eso.

Adiós, sobrinita, adiós;  
De larga esta carta peca:  
Dale un beso á tu muñeca,  
Y si te parece, dos.  
Nunca trates con desvío  
A tus hermanos; ¿lo harás?  
Quiere mucho á tus papás;  
Y mucho, mucho, á tu tío.  
Señora Doña Traviesa,  
Princesa de Andalucía,  
Sé amable con quien te envía  
Otro beso, otra remesa.  
Tu tío, que será viejo  
—si acaso ya no lo es—  
Cuando muestres tú interés  
En que te alabe el espejo.

CÁNDIDO RODRÍGUEZ PINILLA.

Madrid, 20 de Abril de 1885.

## CORRESPONDENCIA PARISIENSE.

### SUMARIO.

ACADEMIA NACIONAL DE MÚSICA: *El Cid*, ópera en cuatro actos y diez cuadros, letra de los Sres. Ad. Dennery, Luis Gallet y Eduardo Blau, música de J. Massenet.



PERMITAME V. que dedique esta carta, según en mi anterior le prometía, á la ópera *El Cid*, del maestro Massenet, estrenada el 30 de Noviembre último en la Academia Nacional de Música, vulgarmente teatro de la Opera.

El estreno de esta obra ha sido una verdadera solemnidad, tanto por el asunto, que interesa vivamente al público francés—lo que parece extraño á nuestros compatriotas—como por la partitura, inspirada y original en sus principales piezas—aun cuando no falta quien opine que para expresar la energía y bravura de este drama eminentemente heroico habría sido necesario el genio de un Meyerbeer ó de un Verdi—y por la magnificencia incomparable de la *mise en scène*.

Dos palabras sobre el libreto.  
Sus autores, con un buen sentido raro en los literatos de este país, han prescindido en gran parte de la tragedia clásica francesa, inspirándose en fuentes más puras, en *El Romancero* y en el drama de Guillén de Castro, de donde Corneille tomó su célebre tragedia.

Sabido es que algunos autores extranjeros han puesto en duda la existencia del Cid; hasta tal punto la figura legendaria de nuestro héroe popular sobrepasaba de las proporciones ordinarias de lo humano. Pero la tradición y los documentos españoles y árabes están ahí para atestiguar de una manera irrefutable que «en tiempos del rey Sancho vivía un valiente guerrero llamado Rodrigo Díaz Campeador», como cuenta la crónica de Rodrigo de Toledo, y que, según consta del monumento levantado en el solar de la casa del Cid, «Rodrigo Díaz de Vivar, apellidado el Cid Campeador, nació en Burgos el año de 1026, y murió en Valencia el 7 de Febrero de 1099»; habiendo sido trasladadas sus cenizas al monasterio de San Pedro de Cardena, y más tarde á la catedral de Burgos.

A falta de estos documentos históricos, el héroe invencible que abatió por vez primera el poderío musulmán en España, el conquistador de Madrid y de Valencia, encarna tan genuinamente el carácter, los sentimientos del pueblo español en la grandiosa epopeya de la reconquista, que puede muy bien decirse con un historiador francés, que «si el Cid no ha existido, España ha tenido razón en inventarlo.»

La forma más antigua en que ha llegado hasta nosotros la leyenda del Cid difiere mucho de la que ha revestido después en el teatro. Los monumentos históricos más remotos que nos transmiten esta leyenda son *La Crónica rimada* y *El Poema del Cid*, ambas probablemente del siglo XIII. En la primera se habla de una reyerta entre los pastores de Diego Lainez y los del conde Gómez de Gormaz, de cuyas resultas se encendieron los ánimos de ambos potentados, talaron mutuamente sus posesiones, persiguiéronse sus vasallos, y por último, Rodrigo mató al Conde en la refriega, terminando todo en el casamiento de Rodrigo con Jimena, hija del Conde.

Los principales rasgos del Cid, tal como le conocemos en nuestros días, se encuentran en el *Romancero*, compuesto en la segunda mitad del siglo XVI. El primer romance consagrado al Cid refiere la prueba á que Diego Lainez, que había recibido un bofetón del conde Lozano (no se trata ya de una reyerta entre pastores), somete á sus tres hijos, para elegir el que podrá vengarle. Guillén de Castro ha reproducido en su drama esta escena, tomada casi literalmente del *Romancero*. Rodrigo provoca al Conde, le da muerte,

«...y vengóse,  
la cabeza le cortó,  
Y con ella ante su padre  
Contento se afinojó.»

Jimena pide justicia al Rey contra el matador de su padre; D. Diego protesta. Pero en esto llega la nueva de que cinco reyes moros, á la cabeza de poderosas huestes, han



entrado en Castilla. Rodrigo, sin escuchar más consejo que el de su valor, reúne sus hombres y toma por asalto la fortaleza de Montes de Oca, en que se han retirado los moros, haciendo prisioneros á los cinco reyes y apoderándose de todo el botín. El rey D. Fernando I (y no D. Sancho como han escrito los libretistas siguiendo el error de Corneille) dice á Jimena que haría mejor en casarse con Rodrigo, que tan valerosamente había peleado y vencido, que en pedir su muerte. Jimena consiente, quizás con demasiada precipitación, y Rodrigo, por su parte, acepta alborozado y dice á Jimena:

«—Maté á tu padre, Jimena,  
Pero no á desaguado;  
Maté de hombre á hombre  
Para vengar cierto agravio.  
Maté hombre y hombre doy;  
Aquí estoy á tu mandado,  
Y en lugar del muerto padre  
Cobrabste marido honrado.»

Un poeta de genio, Guillén de Castro, vino á refundir todas las tradiciones que corrían sobre el Cid para poner en escena el héroe popular. Su drama, traducido al francés por Hipólito Lucas, fué representado en París en el teatro del Odeón, el 8 de Septiembre de 1849.

Corneille no negó nunca que había tomado el asunto de su tragedia del drama español, y hasta cierto número de versos. No obstante tan leal franqueza, La Harpe y Voltaire lo han acusado de haber sacado también partido de la tragedia de Diamante sin decirlo, y Sismondi ha reproducido el mismo error. Y sin embargo, es cosa demostrada hoy que el Cid, de Diamante, escrito veinte años después del de Corneille, es una imitación ó arreglo de éste, según confiesa implícitamente el arreglador en una dedicatoria al Rey.

°°

Señalaré tan sólo los puntos principales del nuevo Cid, debido á la pluma de tres libretistas: L. Gallet, Ed. Blan y Ad. Dennery. Se comprende sin dificultad que la trama de la tragedia de Corneille no podía bastar para una ópera, y que los libretistas no debían extenderse largamente sobre la lucha entre el amor de Jimena y el deber de la hija cuyo padre acaba de perecer á manos del amante: lucha que, admirablemente expresada, forma el interés principal de la tragedia. En la ópera se ha añadido, en primer lugar, una escena en que el Rey arma caballero á Rodrigo y nombra á su padre ayo del Infante. El papel de la Infanta ha quedado subsistente en la ópera, á pesar de ser completamente inútil; pero existe en las obras españolas lo mismo que en la tragedia de Corneille.

Guillén de Castro, sujetándose á la versión del Romanero, ha puesto la escena del bofetón en presencia del Rey, lo cual agrava considerablemente la ofensa. Corneille no se había atrevido á tanto. En la ópera, esta escena pasa en presencia de los amigos del conde Lozano, que se burlan de D. Diego al verle desarmado por el Conde. Guillén de Castro hace que Jimena y la Infanta asistan al desafío de Rodrigo y de Gormaz. En la ópera, la escena pasa en medio de la noche, entre los dos adversarios solos, como en la tragedia del poeta francés.

Jimena, á quien han llevado el cadáver de su padre, sale desahogada en busca del matador; examina uno tras otros los asistentes, y al llegar delante de Rodrigo y al verle pálido y consternado, arroja un grito de horror:

—¡Ah!... ¡Él!... ¡Cielos!... ¡Rodrigo!... ¡Es él!

Y cae el telón. El efecto es muy dramático. Deberá suprimirse la repetición del coro de frailes, si no se ha hecho ya, pues destruye parte del efecto.

Hay en la ópera una aparición sobrenatural, como en el drama de Guillén de Castro; pero Rodrigo no recibe la investidura divina de una manera tan absoluta, ni es tan intrépido ni tan confiado en su valor como en la tragedia de Corneille. Muerto el conde Lozano, el Rey, á propuesta de D. Diego, nombra á Rodrigo jefe de la expedición contra los moros.

El tercer acto comprende cuatro cuadros: 1.º entrevista de Rodrigo y Jimena; 2.º el campamento de Rodrigo; una parte de los soldados, aterrorizados del número de los enemigos, emprenden la fuga; 3.º la tienda de Rodrigo: Santiago aparece á Rodrigo, que empezaba á desmayar, y le ofrece su protección; 4.º el campamento; comienzo de la batalla.

Jimena debe finalmente dar la mano de esposa á Rodrigo; pero cada autor tiene su versión particular. Corneille ha corregido la de Guillén de Castro; Diamante ha variado la de Corneille y la ha empeorado creyendo hacerla más dramática. En la ópera, los fugitivos vienen á anunciar la derrota y la muerte de su jefe; al oír la noticia, Jimena deja ver sus verdaderos sentimientos. El Rey declara que Rodrigo vive y que ha salido vencedor. Jimena pide de nuevo venganza. «Te la he prometido—dice el Rey—habla.» Obligada á pronunciarse, Jimena no se atreve á pedir la muerte del que posee su amor y que acaba de alcanzar tan glorioso triunfo. Rodrigo declara que se hará justicia él mismo y que morirá dulcemente, «pues ha visto un instante su vigor desarmado.»

Jimena se siente vencida, y en un arranque medio involuntario exclama: «¡Le amo!» «Tal alma es digna de tal corazón»—dice D. Diego, designando uno después de otro á Jimena y Rodrigo.

Y el coro celebra el triunfo del amor.

°°

No me extenderé mucho sobre la partitura, porque esta carta empieza á ser ya demasiado extensa.

El joven compositor de la música del Cid pertenece á lo que llaman la *nueva escuela*, que reconoce por jefe al compositor alemán Wagner; con lo que dicho se está que los críticos franceses no le perdonan este crimen de lesa patriotismo, á pesar de sus ya numerosos y merecidos triunfos escénicos.

Esto no obstante, los más feroces antiwagneristas se ven obligados á confesar que la última producción del maestro Massenet, «si bien no sale del género sinfónico», es superior al *Roi de Lahore* y á *Herodiade*, óperas que valieron, sin embargo, al joven maestro universales aplausos.

Las piezas que tienen mayor relieve—si me es lícito expresarme así—en la nueva ópera de Massenet, son el gran concertante del primer acto, en que las campanas y el órgano se mezclan con las voces para celebrar la victoria de los castellanos contra los moros; las coplas de la Infanta, intercaladas en el baile, cuya monotonía rítmica interrumpe agradablemente, y por último, la escena de la *visión*, escrita con mucho arte para tenor, bajo, coros y violín solo.

La melodía del duo de amor de Rodrigo y Jimena es muy expresiva, pero las primeras notas ofrecen cierta semejanza con una melodía de la *Traviata*, cuyo carácter es el mismo. Los recitados abundan y son un poco largos, á la manera del que Wagner ha puesto en el tercer acto del *Tannhauser*, y que dura veinte minutos.

Merecen los más sinceros elogios los artistas encargados de la interpretación: las señoras Fidès Devries y Bosman, los hermanos Retzké, Melchissédéc y Plançon, sin olvidar nuestra compatriota Rosita Mauri, que hace las delicias de los aficionados al arte de Terpsicore.

X. X.

Paris, 22 de Diciembre de 1885.

#### EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 1.842.

1. *Traje de paño verde y piel de marta.* La falda de debajo va cubierta de una falda de paño plegado, con un paño ancho por detrás. La confección es una especie de manteleta, cuyos delanteros van cortados como unos delanteros de visita y pasan sobre las caderas para ir á reunirse con el paño plegado que forma el faldón de la manteleta por detrás. Esta confección se compone de dos piezas reunidas por el cinturón del medio: la manga va simplemente señalada por la pinza que pasa en redondo sobre el hombro, y va reunida al delantero por medio de la costura del hombro y por la de la sangría. Los delanteros forman varios pliegues, que van reunidos en la cintura. Una hombrera de cuentas de madera guarnece el contorno de la manga en el hombro, y un adorno de cuentas va puesto más abajo de la cintura, en medio de los pliegues de los faldones de la confección. Cuello de pieles. Tira de pieles en los contornos de la manteleta y alrededor de las puntas.

2. *Abriego de paño labrado, por otro nombre nido de abejas.* Los delanteros van abrochados en línea recta como los de una levita y ajustados por medio de una pinza. En el borde de la cintura se añade, en los costados, por medio de un punto hecho por el revés, una especie de faldón en punta, guarnecido de un galón ancho de pasamanería, sembrado de cuentas de madera. La espalda de este abriego consiste en una falda ancha y fruncida, que se añade á lo largo de los delanteros con una costura. Esclavina muy ajustada, ceñida por la costura del medio y por dos pinzas en los hombros. Una tirita añadida por el revés sirve para poner los brazos y mantener la esclavina contra el cuerpo. Cañon en el delantero y solapas altas guarnecidas de galón.

PASTA DE NAFÉ DE DELANGRENIER. Cincuenta médicos de los hospitales de París han demostrado su *poderosa eficacia* contra los *Resfriados, Grippe, Bronquitis, Irritaciones del pecho* y de la *garganta*. No conteniendo ni *opio*, ni *morfina*, ni *codeína*, puede darse sin temor á los niños que padecen de tos. Depósitos en las farmacias del mundo entero.

Mensualmente damos á nuestras abonadas noticias sobre el corsé *Sultana* y el corsé coraza de la casa de Plument, y sin embargo no cesamos de recibir cartas, en las cuales se nos pregunta: «¿Conveniría el corsé *Sultana* á mi talle, que es tal vez demasiado delgado?» En otras: «Soy algo gruesa, y busco un buen corsé para disminuir en lo posible este exceso de carnes que me apesadumbra.» Hay también quien dice: «Tengo el talle corto, y la moda de ahora exige que sea largo; indíqueme VV. cuál es el corsé que me conviene.»

Nuestros informes precedentes contestaban por anticipado á todas estas consultas, y si nuestras suscriptoras se han servido leerlos, habrán encontrado todas las indicaciones que puedan desear. Un buen corsé, hecho á la medida, y por manos verdaderamente inteligentes, puede modificar el talle, sin perjuicio para la salud. El corsé *Coraza* y el corsé *Sultana* alargan el talle, disminuyen la robustez y dan elegancia al busto. El primero conviene especialmente para las grandes *toilettes*, y el segundo para los trajes de día.

Para obtener estos corsés, pídanse á la casa Aurigemma, calle Fernando, núm. 3, en Barcelona.

Perfumeria exótica SENET, 35, rue du Quatre Septembre, Paris. (Véanse los anuncios.)

Perfumeria Ninon V<sup>o</sup> LECONTE ET C<sup>ie</sup>, 31, rue du Quatre Septembre, Paris. (Véanse los anuncios.)

La Perfumeria especial á la Lacteina, recomendada por las notabilidades medicas de París, ha valido, en la Exposición Universal de 1878, á su inventor, M. E. COUDRAY, 13, rue d' Enghien, en París, las más altas recompensas: la Cruz de la Legion, la Medalla de Honor y de Oro.



Depósito en todas las principales Farmacias

No conserveis, señoras, esos bigotes ridículos, cuyo menor inconveniente es envejeceros espantosamente; la *Pâte Epilatoire Dusser* os los quitará radicalmente y en pocos instantes.

Dusser, inventor, 1, rue J. J. Rousseau, París, y en las principales perfumerías de España.

#### Á NUESTRAS SEÑORAS SUSCRITORAS.

Con el presente número da cima LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA al año XLIV de su vida editorial. Si nuestras constantes favorecedoras se sirven examinar en su conjunto el tomo de 1885, fácil les será comprobar la exactitud y el esmero con que hemos cumplido, en este año como en los anteriores, nuestro programa de siempre, no perdonando desvelo ni sacrificio para que nuestro periódico sea cada vez más digno de la predilección con que las damas españolas y americanas no cesan de honrarlo, convencidas, por una larga y provechosa experiencia, de que es el más completo, el más útil y el más práctico, sin dejar de ser el más barato, relativamente, de cuantos periódicos de modas se publican en Europa.

Continuar cumpliendo leal y religiosamente ese programa: he aquí el sencillo plan de nuestras tareas sucesivas, despojado de ampulosas promesas, á las que no necesita apelar una Empresa que, como la de LA MODA ELEGANTE, cuenta, desde hace cuarenta y cuatro años, con la sanción y el apoyo de una clientela tan respetable por su calidad como por su número.

Dignense nuestras constantes favorecedoras aceptar la viva expresión de nuestra gratitud por el eficaz concurso con que nos favorecen, y los votos que hacemos por su prosperidad y la de sus familias en el año que va á empezar.

El Administrador de LA MODA ELEGANTE suplica de la manera más encarecida á las Sras. Suscriptoras cuyo abono termina en fin de este mes, y deseen continuar favoreciéndonos, tengan la bondad de pasar el aviso para la renovación del mismo, con toda la anticipación que les sea posible. Este ruego obedece al deseo de evitar á nuestras Abonadas la contrariedad de experimentar retraso en el servicio del periódico al dar principio el nuevo año, época de la mayor aglomeración de trabajos en estas oficinas.

Es de la mayor conveniencia, para evitar errores, que á la orden de renovación se acompañe una de las fajas, impresas ó manuscritas, con que se recibe el periódico, ó á falta de ella, que se exprese con toda claridad el nombre de la Sra. Suscritora, la edición á que desea suscribirse, punto de su residencia, provincia á que éste corresponde y señas del domicilio.

FIN DEL TOMO XLIV.

Impreso sobre máquinas de la casa P. ALAUZET, de París (Passage Stanislas, 4).





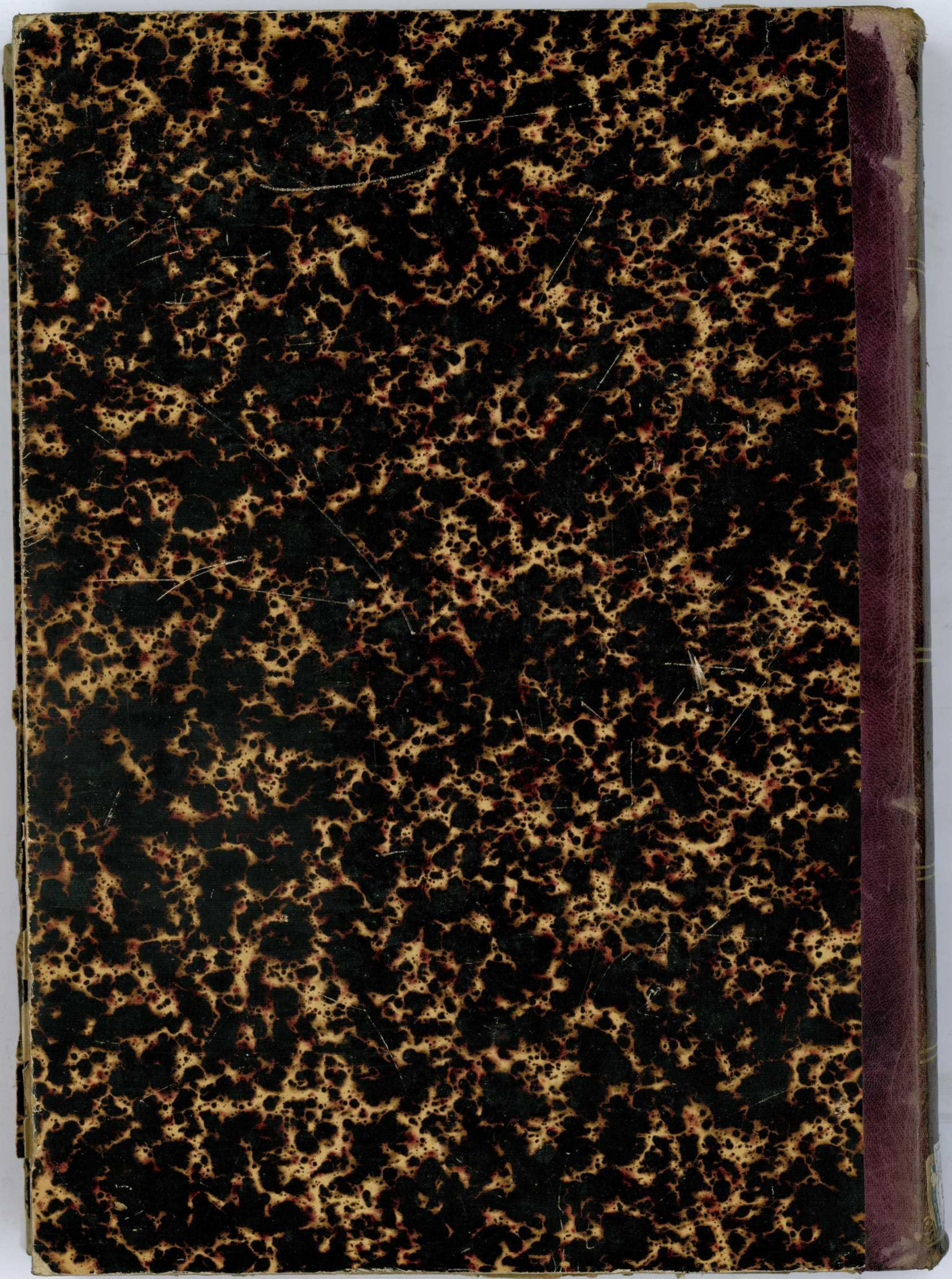














LA MODA

ELEGANTE

1885

B

24

17